



*Bienvenida a  
este mundo,  
pequeña  
Fannie  
Flagg*

**Lectulandia**

Tras el éxito de la inolvidable *Tomates verdes fritos*, que se repitió con la versión cinematográfica de la novela, Fannie Flagg vuelve a deleitarnos con personajes de carácter fuerte y situaciones tan reales como la vida misma.

Dena Nordstrom, una joven entrevistadora de televisión, ha llegado al estrellato y goza de gran prestigio —incluso ha sido nominada para un Emmy—, pero su vida personal está muy lejos de ser satisfactoria. Cuando regresa a pasar una temporada con su familia en Elmwood Springs, un pequeño pueblo de Misuri, para curarse de una úlcera provocada por la intensa actividad laboral, Dena se reencuentra con sus viejos amigos y vecinos de la infancia. A sus treinta y cinco años, convencida de su ineptitud para relacionarse y expresar sus sentimientos, de repente se descubre capaz de enamorarse de una casa, de una ciudad e incluso de una persona muy especial.

Estamos pues ante la historia de una mujer que se enfrenta con un futuro prometedor, un presente lleno de complicaciones y un pasado marcado por el misterio.

**Lectulandia**

Fannie Flagg

# **Bienvenida a este mundo, pequeña**

ePub r1.1  
Titivillus 18.01.15

Título original: *Welcome to the world, baby girl!*

Fannie Flagg, 1998

Traducción: Viviana Werber

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Sam y Jo Vaughan, con amor.

## **Agradecimientos**

Quisiera manifestar mi gratitud a las siguientes personas y entidades, cuyo aliento y apoyo han sido inapreciables para mí: Susie Glickman, Lois Scott, De-Thomas Bobo & Associates, Ulf Buchholz, Wendy Weil, Steve Warren, Sally Wilcox, la señora Ray Rogers, Evelyn Birkby, Collen Zuck y su personal, al estado de Alabama y, en especial, a todos mis amigos y familiares, que me dan alegría todos los días.

Pobrecitos los humanos... Los lanzan al mundo violentamente y no saben de dónde vienen, ni qué se espera que hagan, ni en cuánto tiempo deben hacerlo. Ni adónde irán a parar después. Pero benditos sean; la mayoría se despierta cada día y sigue intentando encontrarle un sentido a las cosas. Es imposible no quererlos, ¿verdad? Lo que no entiendo es por qué son tan pocos los que se vuelven locos de remate.

TÍA ELNER, 1978

# Prefacio

*Elmwood Springs, Missouri*  
1948

A finales de los años cuarenta, Elmwood Springs, municipio del sur de Missouri, es como otros miles de pueblos de Estados Unidos.

El centro comercial está formado por una sola y larga manzana delimitada por una farmacia Rexall en una esquina y por el salón masónico de Elmwood Springs en la otra. Si se va del salón masónico a la farmacia, se pasa por la tintorería La Cinta Azul, por una tienda de reparación de calzado de la cadena La Zarpa del Gato, en cuyo escaparate hay un zapato de neón rosa, por el almacén de los hermanos Morgan, el banco y por un pequeño callejón con una escalera que sale del lateral de un edificio y lleva al primer piso, donde está la escuela de baile de Dixie Cahill. Los sábados por la mañana se oye el fuerte zapateo y los golpes de los bastones de las Tappettes, una colección de deslumbrantes bellezas del lugar, al menos así las ven sus padres. Después del callejón se encuentra la cafetería El Tranvía, donde sirven las mejores salchichas picantes y un refresco de naranja por quince centavos. Al lado, está el cine Nueva Emperatriz, ante el que se congrega una multitud de niños haciendo cola los sábados por la tarde para ver una película del Oeste, unos dibujos animados y un capítulo de la serie semanal de Buck Rogers. A continuación se halla la farmacia Rexall. En el otro lado de la calle tenemos la Primera Iglesia Metodista y, después, la panadería sueca de Nordstrom, que aún exhibe la estrella dorada en el escaparate, en honor del hijo de la familia. Más allá se halla el salón de té de la señora Alma, el estudio fotográfico de Haygood, el local de la Western Union y correos; la oficina de la compañía telefónica y la floristería de Víctor. Por una escalera estrecha se sube al consultorio odontológico «indoloro» del doctor Orr. Al lado aparece la ferretería de Warren e hijo. El hijo es Macky Warren, de dieciocho años, que se encuentra a punto de casarse con su novia, Norma, y por eso está muy nervioso. Luego viene la tienda de comestibles A & P y, en la esquina, el Centro de los Veteranos de Guerra.

Elmwood Springs tiene aire de barrio, y casi todos los habitantes se llevan bien con *Bottle Top*, el gato blanco con una mancha negra que duerme en el escaparate de la zapatería. El borracho del pueblo es James Whooten, a cuya desdichada esposa, Tot Whooten, siempre la llamaban «la pobre Tot». Pese a que volvió a casarse con un abstemio y ahora parece muy feliz, la mayoría sigue llamándola «la pobre Tot», por costumbre.

El aire es puro, y cada uno cuida de su jardín. Si alguien se pone enfermo y no puede, otro hombre del pueblo acude a cuidárselo. El cementerio está muy arreglado y el día del homenaje a los Caídos los veteranos de guerra ponen flores en las tumbas de todos los soldados. Hay tres iglesias: la luterana, la metodista y la unitaria, y las



cenos y ferias benéficas que organizan son muy concurridas. La mayoría de los habitantes asiste a la ceremonia de graduación del instituto y a la exhibición anual de baile de Dixie Cahill. En esencia es un pueblo típico de clase media, y en casi todas las salas de estar se encuentra la menos un par de zapatos infantiles de bronce y la foto de un niño subido en el mismo poni marrón y blanco que monta el niño del vecino. No hay ricos pero Elmwood Springs es un pueblo satisfecho de sí mismo. Se advierte por la reluciente pintura de las casas y por las cortinas blancas y limpias de las ventanas. Al tranvía que lleva al lago Elmwood acaban de darle una mano de pintura granate y beige, y a los asientos les han puesto tanto barniz que es difícil no resbalar al sentarse. La gente se siente satisfecha. Se ve en el brillo del cemento que cubre la fachada del cine, iluminado por el parpadeo del semáforo. Casi todos sus habitantes viven satisfechos. Se nota en los gatos y perros bien alimentados que se ven paseando por las aceras del pueblo; y hasta los ciegos lo perciben en las risas que provienen del patio de las escuelas y en el suave golpe que produce el periódico al caer todas las tardes en los porches.

Pero la mejor manera de saber cómo es un pueblo, cualquier pueblo, es escuchar atentamente por la noche... mucho después de medianoche... cuando se han cerrado por última vez las puertas, se han apagado las luces y los niños se han metido en la cama. Quien escucha se da cuenta de que todos, incluso los pollos, que son las criaturas más nerviosas del mundo, duermen apaciblemente la noche entera.

Elmwood Springs, Missouri, no alcanza en absoluto la perfección, pero en comparación con los demás pueblos podría decirse, sin ponerse sentimentales ni inventar mentiras, que se aproxima a ella.

## El programa «La vecina Dorothy»

*Elmwood Springs, Missouri  
1 de junio de 1948*

Todos los habitantes de Elmwood Springs y sus alrededores recuerdan el día en que instalaron la emisora de radio en el patio de la vecina Dorothy y lo entusiasmados que se sintieron la noche en que vieron por primera vez la bombilla roja de la punta de la torre, brillando como la luz de un árbol de Navidad en lo alto del cielo negro de Missouri. Como el terreno era llano, se veía a kilómetros y kilómetros en todas direcciones, y con los años llegó a ser una señal conocida y familiar. Aquella luz unía de algún modo a la gente.

Lo más probable era que cualquiera que se encontrara en el pueblo entre las nueve y media y las diez de la mañana escuchara el programa «La vecina Dorothy», a menos que hubiera perdido el conocimiento a golpes. Y todos los vecinos lo seguían, a excepción del viejo Henderson, que continuaba considerando la radio un invento tonto para gente tonta. El instituto y la escuela primaria programaban los horarios de entre las nueve y las diez de la mañana de modo que los docentes pudieran seguir el programa en la sala de profesores. En bastantes kilómetros a la redonda, las mujeres abandonaban lo que las ocupaba en casa y se sentaban a la mesa de la cocina a escuchar, lápiz y papel en mano. Dorothy Smith era una de las amas de casa más oídas por la radio en la zona del Medio Oeste, y si daba una receta de pastel de arce, esa misma noche la mayoría de los hombres lo comía de postre.

El programa se transmitía en vivo de lunes a viernes desde el cuarto de estar de Dorothy y se oía la emisora WDOT, en el 66 del dial. Nadie se atrevía a perderse el programa. No sólo daba consejos caseros y anunciaba los próximos acontecimientos, sino que, además, nunca se sabía quién podía aparecer. Por el programa pasaba gente de todo tipo para hablar, cantar, bailar claqué o hacer lo que les apeteciese. Una vez, una tal señora Mary Hurt llegó a hacer música con cucharas. Mamá Smith tocaba interludios en el órgano. Había invitados fijos que nadie quería perderse, como Ruby Robinson, la enfermera de la radio; Beatrice Woods, la cantante ciega que tocaba la cítara y cantaba; el reverendo Audrey Dunkin, que acudía a menudo para dar una charla o leer un poema inspirador; y también un coro con campanillas de la Primera Iglesia Metodista. El año anterior, habían salido al aire los Soldados del Mendrugillo cantando su éxito *Pégame otra vez a tus faldas, mamá*, y la vecina Dorothy también recibió la visita de la Orquesta Hawaiana Chicle de Fruta, que llegó desde Yankton, Dakota del Sur. Y aún falta mencionar a dos muchachas del pueblo, Ada y Bess Goodnight, que cantaban sin anuncio previo, y las noticias, que por lo general eran buenas.

En 1948, la vecina Dorothy era una mujer regordeta con la cara dulce y ancha de

una muchacha. Si bien tenía más de cincuenta años, su aspecto no había cambiado mucho desde que cursaba primer año en el instituto y la conoció su marido, Doc Smith, el encargado de la farmacia Rexall. Después de acabar el instituto, Dorothy estudió en la Escuela de Economía Doméstica Fannie Merit, de Boston; volvió luego al pueblo, se casó con Doc y dio clases en la escuela durante un tiempo, hasta que tuvo su primera hija, Anna Lee. Anna Lee sufría leves problemas de salud; un poco de asma, que fue, sin embargo, suficiente para que la vecina Dorothy considerara conveniente quedarse en casa con ella. Doc estuvo de acuerdo. Puesto que permanecía en casa todo el día, Dorothy quiso al menos mantenerse ocupada, y comenzó a hacer pasteles y más pasteles. De frutos secos, de limón, de plátano, de caramelo, de cereza, de chocolate, de arce y de mermelada. Hacía pasteles de todo lo imaginable, aunque su especialidad eran los temáticos. Le encargaban un tema y ella preparaba un pastel adecuado para la ocasión. No es que no supiera hacer unos simples fideos o cualquier cosa que le pidiesen, pero era famosa por sus pasteles. Ni un solo niño en todo Elmwood Springs y alrededores había dejado de recibir en su cumpleaños un pastel suyo redondo, blanco y rosa, con un ti vivo de juguete en miniatura. Por eso fue al auditorio Mayfair, de Poplar Buff, el día de la «demostración casera», para ofrecer por radio la receta de su pastel redondo. Allí mencionó por casualidad que hacía sus pasteles con harina Copo Dorado y cuando, al día siguiente, las ventas de la harina Copo Dorado se duplicaron en cuatro estados del país, los directivos de la empresa propusieron a la vecina Dorothy que realizara un programa de radio. Ella les dio las gracias pero dijo que no podía aceptar su propuesta porque no podía ausentarse de casa todos los días y, además, recorrer más de treinta kilómetros de ida y de vuelta hasta la emisora de radio de Poplar Buff. Por eso le instalaron la antena de radio en el jardín de su casa, y su hijo menor, Bobby, se crió en la radio. Bobby tenía sólo dos años cuando el programa de la vecina Dorothy salió al aire por primera vez, pero de esto hace ya más de diez años, y lo que él ahora recuerda es que siempre hubo un programa de radio en el cuarto de estar.

Al principio, cuando Dorothy le preguntó a su marido qué le parecía la idea, él se echó a reír.

—Al menos, hablarás por la radio; de todas maneras, te pasas el día hablando por teléfono.

No era cierto del todo, pero sí en parte. A Dorothy le encantaba charlar.

A pesar de que la emisora WDOT tiene sólo doscientos vatios de potencia, como el terreno es llano, en los días tranquilos y fríos, con cielo claro y buen tiempo para la radio, la señal viaja como por un túnel, atraviesa el Medio Oeste y llega hasta Canadá; incluso una vez en que hizo mucho frío, la captaron unos barcos en alta mar. No se puede decir que el programa de Dorothy fuera intelectual, refinado ni nada de eso, pero sí que con los años vendió un montón de harina Copo Dorado, base para crepes Mezcla Crep y cualquier producto que anunciase.

La casa de la vecina Dorothy está en el lado izquierdo de la Primera Avenida

Norte y tiene la dirección completa escrita en grandes letras negras en el bordillo de la acera, por lo que nadie puede equivocarse. Es la última casa de la esquina; un porche la rodea por completo y tiene dos columpios en la parte de delante, uno en una punta y otro en la otra. Un toldo de lona verde y blanca lo cubre en todo el perímetro.

Si se sube la escalera del porche y se mira a la derecha, se ve escrito en la ventana, en pequeñas letras doradas y negras, RADIO WDOT, EN EL 66 DEL DIAL. Por lo demás, es una casa como cualquier otra, exceptuando las letras de la ventana y la alta antena de radio que se alza en el jardín. La puerta siempre se encuentra abierta. No hace falta cerrarla, pues entra y sale gente en todo momento: el lechero, el panadero, el repartidor de hielo, el vendedor de gas, el hijo de Dorothy, Bobby, que tiene doce años y va y viene cien veces al día, y, por supuesto, las muchas visitas de la radio que llegan con frecuencia en autobús y son siempre bien recibidas con una tanda recién horneada de las galletas especiales que Dorothy prepara a diario. Entrando a mano derecha, se ve una gran sala, en la que hay un escritorio sobre el que se ajusta un micrófono con la inscripción WDOT. El escritorio está junto a la ventana para que Dorothy pueda darse la vuelta, mirar hacia fuera y ofrecer información directa sobre el tiempo. A la izquierda está el órgano de mamá Smith y unas diez sillas dispuestas para que la gente se siente, si lo desea. En la misma esquina de la casa se encuentra la parada del autobús interurbano; así, los que esperan pueden entrar y presenciar el programa, o sentarse a esperar en el porche, sobre todo si llueve. Los suelos de la casa son de madera oscura, y la vecina Dorothy tiene repartidas unas cuantas alfombras encima. Las cortinas son verdes, con un estampado amarillo y rosa que podría parecer de palmeras. Hace poco, Dorothy instaló unas persianas venecianas que Doc le regaló para Navidad.

En el comedor luce una bonita araña de bronce con cuatro pantallas de cristal opalino que reproducen pequeñas escenas holandesas, y también unas encantadoras cortinas con un festón de encaje en las ventanas del mirador, y un hermoso mantel blanco en la mesa. La cocina sigue siendo el lugar donde se suele reunir la familia a comer. Una gran mesa de madera blanca, sobre la que cuelga una bombilla, ocupa el centro. La cocina es una O'Keefe & Merritt blanca, esmaltada y cromada con reloj y con un conjunto de salero y pimentero de plástico rojo y blanco, a juego. Hay un gran fregadero y un escurridor sobre un faldón de flores, y una enorme nevera Kelvinator. Las paredes están recubiertas de listones de madera y pintadas de verde claro. Saliendo de la cocina, al fondo, se entra en un gran porche cubierto, donde Bobby duerme en verano. Al otro lado, hay un grupo de mesas y sillas infantiles, donde los niños del pueblo celebran sus cumpleaños y donde, también en verano, Anna Lee y su amiga organizan un parvulario, con la intención de ganar algo de dinero para comprarse ropa. Las otras dos habitaciones del lado izquierdo de la casa constituyen el dormitorio de Anna Lee, típico de una chica de diecisiete años, con una cama de pabellón blanco, un tocador con espejo y, sentada sobre una cómoda, una muñeca con una pluma en la cabeza. También hay una habitación que usan la vecina Dorothy y

mamá Smith como sala de costura y donde Anna Lee guarda sus álbumes de Dana Andrews, el actor de cine del que está enamorada este año. Otros tres dormitorios dan al pasillo: son el de Doc y la vecina Dorothy, el de mamá Smith y el de Bobby, al final. También vive en la casa *Princesa María Margarita*, que dispone libremente de todas las habitaciones y es famosa por derecho propio. Es una perra cócker de diez años que Doc regaló a la vecina Dorothy en la Navidad del primer año en que el programa salió al aire.

El nombre se eligió por votación, en un concurso en el que participaron todos los oyentes, y el de Princesa María Margarita ganó el primer premio. Un buen nombre, porque no sólo Inglaterra tiene su princesa Margarita: también Missouri cuenta con su princesita, Margarita Truman, la hija del presidente Harry S. Truman, originario de Missouri, y de su esposa Bess. En 1948, *Princesa María Margarita* es muy célebre. La vecina Dorothy no es la única que la miman; también la miman los oyentes. Tiene su club de admiradores, conocido como Club Princesa María Margarita, y el dinero de las cuotas del club se destina a la Sociedad Humanitaria. Además, el Club Princesa María Margarita recibe tarjetas de cumpleaños que le mandan *Lassie* y otros muchos famosos desde Hollywood.

Hay dos habitantes más en la casa: *Dumpling* y *Moe*, los canarios cantores amarillos propiedad de la familia Smith. Su jaula blanca se encuentra en el cuarto de estar, y durante la transmisión se los oye gorjear. El jardín de la vecina Dorothy, como ya se ha dicho, es igual que los demás, a excepción de la antena de radio, y tiene un terreno muy amplio que llega a las vías del tren, detrás de las cuales se extienden los campos de maíz. No hay cercas, de modo que podría decirse que el pueblo entero tiene un solo jardín enorme y que de un jardín se pasa al contiguo. La única diferencia existente entre la casa de la vecina Dorothy y las demás es el tendedero de ropa, que va desde su puerta trasera hasta la de la vecina. Porque en la casa de al lado vive Beatrice Woods, la cantante ciega, que aprovecha el tendedero para cogerse a él e ir y venir así de la casa de la vecina Dorothy. Si no fuese porque tiene la inscripción WDOT en letras doradas y negras en la ventana delantera, el órgano en el cuarto de estar, la antena de radio en el jardín, y también porque es una parada de autobús interurbano y alberga un parvulario en el porche trasero, y porque en ella vive una perra que todos los años recibe una felicitación personal de Navidad del presidente de Estados Unidos, podría decirse que es una casa normal y corriente.

Y hoy también es un día normal y corriente. A las nueve y media en punto, todos escuchan lo que vienen escuchando todas las mañanas de los días laborables desde hace diez años. Se oye primero la voz de un locutor de la emisora central.

—Y, ahora..., harina Copo Dorado y Mezcla Crep... la harina siempre tan ligera y esponjosa, en su envase rojo y blanco..., los invitan a esa casita blanca que hay a la vuelta de la esquina de cualquier sitio donde usted esté para encontrarnos con... su

vecina y la mía, la mujer de la voz sonriente, ¡la vecina Dorothy, con mamá Smith al órgano!

En cuanto les dan la señal de estar en el aire, mamá Smith toca los primeros acordes de la sintonía, dando comienzo al programa con una espléndida versión de *En el lado soleado de la calle*. Enseguida la vecina Dorothy saluda a sus radioyentes con sus habituales palabras cordiales:

—Buenos días a todos... ¿Cómo están? Confío en que muy bien. Aquí, en Elmwood Springs, hace un día espléndido, y espero que también lo haga donde ustedes se encuentren. Hoy les hemos preparado muchas sorpresas... así que siéntense, relájense y tomen una taza de café conmigo, ¿de acuerdo? Ojalá todos pudieran ver a mamá Smith en este momento... Va muy elegante y muy guapa. ¿Adónde vas hoy, mamá Smith? Ah, dice que irá al centro, al salón de té de la señora Alma, porque tiene un almuerzo. Bueno, seguramente será muy divertido... Todos queremos a la señora Alma, ¿verdad? Sí, claro que sí.

»Hoy tenemos montones de cartas que leerles, además de dos recetas por las que ha preguntado mucha gente; una es la del pastel Lady Baltimore y la otra, la de un pastel Baltimore infantil, así que tengan lápiz y papel a mano. Más tarde, Beatrice, nuestra cantante ciega, nos cantará...¿qué canción, cariño? ¡Ah...! Dice que va a cantar *Cuando se encienden los faroles del valle*. Me parece que es muy buena.

»También tenemos con nosotros a la ganadora de nuestro concurso «Cómo conoció a su marido»... Pero, antes que nada, esta mañana quiero empezar con una buena noticia para las muchachas que ayer fueron a la despedida de soltera de Norma. Estaban bastante preocupadas, porque se comieron el pastel de la moneda de la suerte y a nadie le tocó la porción que escondía la moneda; pero la madre de Norma, Ida, ha llamado esta mañana para decir que ha encontrado la moneda en la cocina: se había olvidado de ponerla, así que todas pueden estar tranquilas... Ninguna tendrá que ir a hacerse una radiografía. No me cabe duda de que se sentirán aliviadas. Como todos saben, Norma es nuestra futura novia de junio. Va a casarse con Macky Warren el veintiocho de junio a las doce del mediodía en la iglesia Unitaria; así que, si están en el pueblo, podrán asistir después a la recepción que tendrá lugar en el Centro de los Veteranos de Guerra, ya que nos indican que todos serán bienvenidos. Así pues, no dejen de ir, y no hace falta que lleven nada. Ida explica que la panadería de Nordstrom va a encargarse de la comida, por lo que ya saben que estará muy rica.

»Hablando de novias... junio es un mes muy movido, tantas celebraciones, bodas, graduaciones... Si están pensando qué pueden regalarle a una mujer especial, Bob Morgan, del almacén de los hermanos Morgan, dice que no lo piensen más, porque el regalo ideal son perlas, perlas y más perlas... Perlas para la graduada, perlas para la novia de junio, perlas para la madre de la novia, para las damas de honor... perlas para todas. Recuerden, las perlas son un buen regalo para todas las ocasiones... Bob dice que pasen hoy... que estará encantado de atenderlos.

»Y veamos qué otra cosa tengo hoy... Ah, ya sé... Tengo una llamada de la pobre

Tot. Su gata ha vuelto a tener gatitos y dice que todos son feos menos uno, así que acérquense. El primero que llegue escogerá... Dentro de unos instantes voy a aconsejarles sobre cómo limpiar las almohadas de plumas, pero antes escuchemos a Beatrice, vuestra cantante ciega...

Veinticinco minutos más tarde, la vecina Dorothy termina el programa como siempre, con estas palabras:

—Bueno, el viejo reloj de pared me dice que es hora de marcharnos... Resulta agradable estar con ustedes todas las mañanas y compartir una taza de café. Ustedes son nuestra alegría diaria, así que hasta que volvamos a vernos, los echaremos de menos. Vuelvan mañana, ¿lo harán? Les hablan la vecina Dorothy y mamá Smith, desde nuestra casa a la suya, para decirles... que tengan un buen día.

Aquella noche en el porche trasero de la casa, la vecina Dorothy y su familia tomaban un helado de melocotón que había hecho su marido. También estaba *Princesa María Margarita*, que tenía un cuenco propio con su nombre.

En las noches de verano, casi todas las familias de Elmwood Springs salen a sentarse al porche delantero después de cenar y saludan a la gente que pasa por la acera camino del centro para mirar escaparates o que regresa del cine. Se oye a la gente hablar bajo en toda la calle, y en la oscuridad brilla el resplandor anaranjado de los cigarrillos o pipas que fuman los hombres.

Bobby, feliz y quemado por el sol, con la nariz todavía impregnada de olor cloro y los ojos enrojecidos de bucear todo el día en la piscina, estaba tan cansado que se quedó profundamente dormido en el columpio mientras los adultos hablaban.

—Si lo hubieras visto cuando salió del agua esta tarde... Llevaba tanto tiempo dentro que estaba arrugado como una pasa —dijo Dorothy a Doc.

Doc rió.

—Mamá, no deberías dejarlo ir más —opinó Anna Lee—. Lo único que hace es bucear todo el día y pellizcar a la gente.

—Dejadlo disfrutar de su infancia; pronto será mayor —intercedió mamá Smith.

En aquel instante, Macky Warren y Norma, su prometida, que llevaba de la mano a su sobrina de cuatro años, pasaron por delante. Dorothy los llamó y les hizo señas de que se acercaran.

—Hola, ¿cómo estáis?

Ellos también saludaron.

—Muy bien. Venimos del cine.

—¿Qué habéis visto?

—*El huevo y yo*, con Claudete Colbert y Fred MacMurray. Es muy buena —gritó Norma.

—¿Hasta cuándo van a ponerla?

—Uno o dos días más. No os la perdáis.

—Iremos a verla —aseguró la vecina Dorothy.

Macky miró hacia el porche.

—¿Cómo va todo, Doc?

—Bien —contestó él. Dirigió una sonrisa a la niña rubia y dijo a Macky—. Veo que esta noche haces de canguro. Está bien que te vayas acostumbrando. Pronto tendrás los tuyos.

Macky sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí, señor. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando pasaron, Dorothy se recostó en el asiento, miró a Anna Lee y suspiró.

—Parece que fue ayer cuando mis dos hijos eran unos recién nacidos. El tiempo... qué rápido pasa... Un día de éstos, Anna Lee se casará.

—No me casaré —replicó su hija.

—Sí, te casarás y te irás, y Bobby será un hombre antes de que nos demos cuenta.

Siguieron sentados un buen rato, hablando con algunas personas que pasaban, hasta que Dorothy preguntó:

—¿No os gustaría poder detener el tiempo? ¿Hacer que no avanzara, pararlo donde está?

—Si pudieras detener el tiempo, mamá, ¿dónde lo detendrías? —quiso saber Anna Lee.

Dorothy pensó.

—Pues... Supongo que si pudiera, lo pararía ahora mismo, rodeada de mi familia, precisamente esta noche. —Miró a su marido—. Y tú Doc, ¿cuándo lo detendrías?

Él dio una chupada a su pipa.

—Éste sería un buen momento. No hay guerras. Estamos todos sanos. —Devolvió la mirada a Dorothy y sonrió—. Y antes de que mamá pierda su hermosa figura.

Dorothy rió.

—Es demasiado tarde ya. ¿Y tú, Anna Lee?

Su hija suspiró. Hacía poco que había salido del instituto y se había vuelto repentinamente muy juiciosa.

—Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, lo hubiera detenido el año pasado, cuando todavía era una niña.

Dorothy sonrió.

—Y tú, ¿cuándo detendrías el tiempo, mamá Smith?

Mamá Smith meditó.

—Creo que no lo pararía. Me parece que lo dejaría seguir como hasta ahora.

—Ah, ¿sí?

A mamá Smith la habían llevado a la Exposición Universal de San Luis, en 1904, cuando era muy pequeña, y desde entonces esperaba el futuro con ansiedad.

—Sí, sí. No soportaría correr el riesgo de perderme algo bueno que pudiera estar



a punto de llegar, a la vuelta de la esquina.

—Me parece que tienes razón, mamá Smith —reflexionó Dorothy—. No tenemos ni idea de lo que nos prepara el futuro.

—Ni la menor idea. Imagina cómo será la vida dentro de veinticinco años.

Anna Lee hizo una mueca de desagrado.

—Yo seré una vieja canosa.

—Puede ser —rió mamá Smith— pero yo me habré ido mucho antes. ¡Al menos tú estarás aquí para ver lo que pasa!

# LIBRO PRIMERO

## **La noticia**

*Elmwood Springs, Missouri  
1 de abril de 1973*

Norma Warren esperaba hecha un manojo de nervios a que Macky volviera a casa para desayunar. Iba a estallar si seguía guardando la noticia. Macky había ido a llevar una bolsa de alpiste a la tía Elner, que vivía sólo a dos manzanas, pues ésta había llamado al amanecer para decirles que sus pájaros estaban tirando la casa abajo porque se había quedado sin comida para ellos. Norma quería muchísimo a la anciana tía Elner, que estaba sorda como una tapia, pero ¿por qué había tenido que elegir precisamente aquella mañana para quedarse sin alpiste? Sabía que la gente iba a parar a Macky por la calle para charlar con él. En general, no le molestaba, pero aquel día sí. ¡Dios sabe dónde estaría Macky! Conociéndolo, era probable que ya hubiera recorrido la mitad del condado, estuviera en la terraza de alguien, o se hubiera subido al coche de un desconocido para hablar de cualquier cosa. Esperó sentada unos minutos más y luego se dio por vencida. Puso el desayuno de Macky en el horno para mantenerlo caliente; cogió la escoba, salió al porche delantero y se puso a barrer, sin dejar de buscarlo con la vista, pensando que un día compraría uno de aquellos aparatos, un buscapersonas, y obligaría a Macky a llevarlo encima.

Pasados unos minutos no aguantó más. Entró en la cocina y telefoneó. El aparato sonó varias veces hasta que contestaron.

—Tía Elner, ¿estás bien?

—Perfectamente, cariño —contestó la anciana, con voz alegre—. ¿Cómo estás tú?

—Muy bien. Me preocupaba que tardases tanto en contestar.

—Ah, sí, es que estaba en el jardín. Macky está ayudándome a plantar unas minutisas al final del huerto.

Norma hizo una mueca de fastidio, pero dijo con delicadeza:

—Qué bien. No hay prisa, pero ¿puedes decirle a Macky que cuando termine venga directamente a casa y no se detenga en ningún sitio? Se le está enfriando el desayuno. ¿Me haces ese favor?

—Por supuesto, cariño. Se lo diré. Norma, ¿sigues ahí?

—Sí, tía Elner.

—Mis pájaros te lo agradecen mucho. Hasta luego.

Norma, una hermosa mujer de cuarenta y tres años, de pelo castaño, se miró en el espejo del lavabo y vio que tenía la cara enrojecida por la agitación.

Unos veinte minutos después, cuando casi había arrancado la pintura del porche de tanto limpiar y también había barrido media manzana, divisó a su marido en el horizonte, acercándose a la casa con paso tranquilo e imperturbable, saludando a todo el mundo, incluidos dos perros y un gato. Le gritó y le hizo señas, desesperada.

—¡Macky, ven, rápido!

Macky, bajo y fornido, rubio y de carácter amable, sonrió con satisfacción y también agitó un brazo. Norma entró corriendo en la casa, sacó el plato del horno, lo puso en la mesa y cogió la cafetera cuando él entraba dando un portazo.

—Entra y siéntate antes de que me dé un ataque.

Él se sentó.

—¿Qué pasa, cielo?

Le sirvió el café y, antes de que pudiese probar siquiera un bocado de los huevos revueltos, se sentó a su lado y lo miró fijamente.

—Adivina —le dijo.

—¿Qué?

—No vas a creer lo que ha pasado.

—¿Qué?

—Nunca adivinarías quién ha llamado.

—¿Quién?

—Tres minutos después de salir tú, o tal vez menos...

—¿Quién?

—¿Te rindes?

—Sí. ¿Quién ha llamado?

—¿Estás listo?

—Sí, mi vida, hace rato que estoy listo. ¿Quién?

Norma hizo una pausa mientras en su imaginación sonaban los clarines y, entonces, incapaz de seguir conteniéndose, espetó:

—¡La Pequeña!

Macky, considerablemente sorprendido, soltó el tenedor.

—¿Es una broma?

—No, no es una broma. Ha llamado tres minutos después de que salieras.

—¿Dónde está?

—En Nueva York, y adivina qué: viene a casa.

—¿Viene aquí?

—¡Sí!

—Y qué... ¿Ha dicho por qué?

—Ha dicho que necesitaba escapar de no sé qué. En realidad, estaba tan entusiasmada que no me acuerdo de lo que ha dicho, pero ha comentado que estaba muy agobiada en el trabajo y que le gustaría venir de visita.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Que sí, por supuesto. Le he dicho: «Hace años que no hacemos más que decirte que queremos que vengas a casa, que nos encantaría recibirte aquí. Te hemos dicho que éste es tu hogar y, en cualquier momento que quieras, ven y ya está, sin ninguna formalidad». ¿No le hemos dicho lo mismo no sé cuántas veces?

—Claro que sí.

Norma le quitó el plato de delante.

—A ver, voy a calentar estos huevos.

—No, están bien así.

—¿Seguro...? No, deja que los meta cinco minutos...

Corrió al horno y metió el plato dentro.

—¿Qué más ha dicho?

Norma se sentó y se concentró.

—Bueno, ha dicho «hola», claro, «como estás», etcétera, y después ha dicho que quería venir a visitarnos y que se quedaría en casa. Le he respondido que sí, cómo no, y ha contestado que no nos tomemos ninguna molestia.

Macky se puso serio.

—¿Crees que se encuentra bien? ¿No necesitará que vaya a buscarla? Puedo coger un avión y llegar mañana, si hace falta. ¿Se lo has dicho?

—Sí, le he asegurado que irías a buscarla con mucho gusto, pero ha contestado que no, que lo arreglaría todo y después nos avisaría.

—De buena gana iría a buscarla.

—Ya lo sé, pero no he querido insistir. Me ha sorprendido tanto que llamara... y cuando ha dicho que quería venir a vernos, me he quedado con la boca abierta. Imagínate.

—¿No estará enferma?

Norma sacó el plato del horno.

—No, no creo. Por la voz parecía cansada, quizá un poco deprimida... Aquí tienes; cómelos ahora que están calientes... No parecía enferma.

—Le dije que terminaría hecha polvo si seguía trabajando tanto —afirmó Macky cogiendo el tenedor—. Le dije que parara. Se lo dije desde el principio, ¿no?

—Sí, se lo dijiste —confirmó Norma—. Le sugeriste que se tomara unas vacaciones porque pensabas que trabajaba demasiado. Se lo dijiste cuando estuvimos en Nueva York. —Norma vio que Macky cortaba los huevos revueltos con dificultad—. ¿Quieres que te prepare otros?

—No, éstos están bien —respondió Macky, que era capaz de comer cualquier cosa.

Norma alargó el brazo para coger el plato.

—Será un momento.

—Norma, éstos están bien. Me gustan los huevos bien cocidos. ¿Y su trabajo? ¿Cómo le va?

—No se lo he preguntado. Es asunto suyo y nos cuenta lo que quiere que sepamos. No voy a meterme en sus cosas. Ah, sí, me ha pedido que no le contemos a nadie que viene, en especial al periódico y a esa gente.

—Claro que no. Si se enteran de que está aquí, son capaces de meterse en las cloacas con tal de encontrarla —dijo Macky—. ¿La Pequeña sigue saliendo con ese tipo de las iniciales? ¿Cómo se llama?

—No se lo he preguntado. J.C.

—No me pareció gran cosa.

—Bueno, a ella le gusta, y eso es lo que importa. Lo único que sé es que va a venir y que pienso hacer todo lo que esté a mi alcance para que sienta que en este mundo hay alguien que la quiere. No tiene más parientes que la tía Elner y yo. Seguramente se siente sola. Me parte el alma que haya vivido todos estos años yendo de aquí para allá, sin nadie que se preocupara por ella. ¿Y si se pusiera enferma en serio, Macky? ¿Con quién contaría?

—Con nosotros, mi vida. Se lo dijimos, y seguramente lo cree; si no, no nos hubiera llamado.

Norma cogió una servilleta de papel del servilletero de plástico rojo y se sonó la nariz.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. No hay que llorar por eso.

—Sí, ya lo sé. Me he emocionado mucho, y estoy muy contenta de que nos haya llamado. Confía en nosotros.

—Me parece que sí. ¿Te ha dicho cuándo viene?

—No. Supongo que pronto, mañana o pasado mañana. ¿Quieres más café?

—Un poquito.

Norma se alarmó.

—Ay, Dios mío.

—¿Qué pasa? —Se sobresaltó Macky.

—Acabo de darme cuenta de que no sé si toma café o té, ni lo que le gusta de desayuno. He de tener todo lo que le gusta, por si acaso. ¿Te parece que vayamos a la panadería a comprar un pastel o hago uno yo?

—Las dos cosas están bien.

—Los pasteles de Edna son estupendos. Quiero decir que son verdaderamente caseros... Pero no sé; a lo mejor le ofende que haya comprado un pastel en vez de molestarme en hacerle yo uno.

—Mi vida, un pastel es un pastel. ¿Cómo va a saber si lo has hecho tú o lo ha hecho Edna Buntz?

—Por la caja.

—Lo sacas de la caja y lo pones en un plato. Para mí, todos tienen el mismo sabor.

—Para ti puede ser, pero no olvides que sus abuelos eran los dueños de la panadería antes que Edna; notará la diferencia. Tienes razón, haré un pastel. ¡Dios mío!, es lo menos que puedo hacer. De verdad. ¿Qué dormitorio le damos? ¿El nuestro? Es el mejor.

—No, cariño. No lo aceptará. Vamos a ponerla arriba, en la habitación que usaba Linda. Tendrá más intimidad.

—Sí, es el cuarto más tranquilo. Después subiré a arreglarlo y a revisar la ropa de la cama. Tenemos que lavar las cortinas y limpiar la alfombra. Gracias a Dios que esta tarde voy a la peluquería. —Miró de reojo a Macky—. Tú también tendrás que ir a Ed a cortarte el pelo.

—Norma, a ella no le importará que me haya cortado el pelo o no.

—Pero a mí sí. No podemos avergonzarla apareciendo en el aeropuerto con pinta de zarrapastrosos. —Macky se echó a reír—. En serio, Macky. Está acostumbrada a rodearse de neoyorquinos refinados.

—Bueno, supongo que tengo que lavar el coche.

—¿Por qué no me dejaste pintar la casa como yo quería?

—Ya está bien, Norma, tranquilízate. Ha dicho que no hagamos nada especial.

—Sí, pero es que no puedo controlarme. Es que todavía no consigo creerlo. ¡Pensar que la Pequeña vuelve a casa después de tantos años!

# Resaca

*Nueva York*

*1 de abril de 1973*

Cuando Dena Nordstrom abrió los ojos, vivió los tres o cuatro segundos de gracia en que no recordaba quién era ni dónde estaba.

Hasta que el cuerpo reveló su estado. Y como ocurría siempre, después de una noche como la pasada, sintió un dolor de cabeza abrumador y palpitante, al que siguieron una oleada de náuseas y un angustioso sudor frío.

Poco a poco recordó los acontecimientos de la noche. Todo había empezado igual que cada vez que aceptaba tomar una copa con J.C. Después de los cócteles habían ido a cenar al Copenhagen, en la calle 58, donde bebieron Dios sabe cuántos vasos de aguardiente muy frío y de cerveza helada para acompañar una tabla de quesos. Como en una nebulosa, Dena recordaba haber insultado a un francés y haber ido a pie al Brasserie a tomar un café irlandés. Se acordaba muy bien de que ya había salido el sol cuando volvió a casa, pero ahora al menos estaba en su cama y sola: J.C. se había ido, gracias a Dios. Entonces se dio cuenta. ¿Qué le habría dicho a J.C.? A ver si se había comprometido a casarse con él otra vez... En ese caso, tendría que inventar una forma de romper el compromiso de nuevo. Siempre lo mismo.

—Pero no parecías borracha —decía él—. Te pregunté si estabas borracha y me juraste que te encontrabas totalmente sobria y eras responsable de lo que decías.

Ése era el problema. Nunca se consideraba borracha y estaba absolutamente convencida de todo lo que decía. Dos semanas antes, durante una fiesta que ofreció la cadena, invitó a veinte personas a comer en su piso al día siguiente, y después tuvo que pagar al portero para que avisara a todos de que se había visto obligada a salir de viaje porque había fallecido su abuela. Aparte de que no sabía ni hervir un huevo, hacía años que sus dos abuelas habían muerto.

Intentó levantarse, pero las sienes le latían con un dolor tan intenso que veía las estrellas. Se deslizó suavemente de lado hasta bajar de la cama, apretándose la cabeza con las manos. El dormitorio estaba oscuro como una tumba, y cuando Dena abrió la puerta, la luz que había quedado encendida en el pasillo la cegó. Logró llegar al baño y no podía inclinarse sin que la cabeza le estallara de dolor, así que cogió agua con las manos y se salpicó la cara. Le temblaban las manos cuando tomó dos alkaseltzers, tres aspirinas Bayer y un Valium. En aquel momento, necesitaba sobre todas las cosas del mundo una Coca-cola bien fría; tal vez así lograra sobrevivir.

Atravesó el pasillo en dirección a la cocina y cuando llegó al cuarto de estar se detuvo: J.C. dormía profundamente en el sofá. Volvió al baño andando de puntillas y bebió agua del grifo. Se puso una toalla fría en la cabeza, entró en su habitación y, sin hacer ruido, cerró la puerta con llave mientras rezaba a un Dios en el que no creía.



«Por favor, que se levante y se vaya a su casa... por favor». Volvió a meterse en la cama, subió la temperatura de la manta eléctrica al máximo y siguió durmiendo.

Eran casi las once de la mañana cuando Dena se despertó de nuevo con la necesidad de tomar otra aspirina. El estómago le dolía y le ardía, pidiéndole hidratos de carbono. Abrió sigilosamente la puerta del dormitorio, atravesó el pasillo andando de puntillas otra vez y miró hacia el cuarto de estar. Qué satisfacción, J.C. se había ido. ¡Hurra! Llamó al bar Carnegie, que quedaba enfrente, y pidió dos bocadillos calientes de queso, patatas fritas, un helado de chocolate y dos paquetes de Viceroy. Mientras esperaba, salió a la terraza. Era un día frío, oscuro y húmedo. El aire estaba viciado y pegajoso. Había un atasco de tráfico en el cruce de la calle Cincuenta y ocho con la Sexta Avenida, como de costumbre, y los conductores se gritaban unos a otros con todas sus fuerzas y tocaban el claxon. El intenso alboroto empeoraba su dolor de cabeza, por lo que volvió adentro, donde se amortiguaba el sonido. Aun así, por debajo de la puerta se colaba el ruido de alguna otra sirena o el sonido penetrante de un claxon, que se le clavaban en los oídos como cuchillos afilados. Finalmente fue a esperar a la cocina. Pegada a la nevera, encontró una nota que le había dejado J.C.: «Nos encontramos para cenar a las ocho». Dena le habló a la nota.

—Ah, no, ni lo sueñes.

Devoró la comida en menos de cinco minutos, volvió al dormitorio, pasó por encima de la ropa tirada en el suelo y se tumbó en la cama, aliviada. Sonrió y bendijo su suerte, porque era sábado y tendría tiempo de dormir hasta el lunes por la mañana. Cerró los ojos unos segundos... y los abrió con un sobresalto.

Acababa de acordarse. Los miembros de la convención de la Asociación Nacional de Emisoras habían llegado a la ciudad. Aquél era el gran día y se suponía que Dena era la invitada de honor de la comida.

—¡Dios mío!... —se lamentó—. No, por favor, no me digas que tengo que ir a esa comida. Prefiero que me maten a golpes con un palo con clavos. Dios, haz que me muera en la cama, lo que sea... Por favor, déjame quedarme aquí acostada, no me obligues a ir a esa comida... No me obligues a levantarme y vestirme.

Se quedó acostada diez minutos más, pensando si le convenía llamar y decir que había sufrido un repentino ataque de apendicitis, buscando una dolencia que fuese grave y a la vez pudiese atacar un sábado y desaparecer al lunes siguiente. Ojalá tuviera un niño, no hay nada mejor que un niño enfermo; las criaturas están expuestas a todo tipo de enfermedades repentinas. Por más que intentó convencerse de que tenía derecho a no ir, de que la comida no era más que un encuentro para hacer relaciones públicas para la cadena de televisión, y no un trabajo verdadero, al final llegó a la conclusión de que debía ir, porque si no se sentiría tan culpable que tampoco conseguiría dormir. Le gustaba ser una persona de confianza. En especial, cuando también podía servirle. Los socios acudían de todas partes del país, y para muchos

aquella comida era el plato fuerte del viaje. Casi todos los hombres habían viajado con sus esposas para aquella ocasión en particular, con el fin de que conocieran a Dena Nordstrom en persona. Algunos habían seguido la trayectoria de Dena desde aquella primera entrevista con el exsenador Bosley, y otros la habían conocido cuando comenzó a trabajar en la televisión nacional. Casi todas las mujeres la admiraban y veían su programa matinal a diario. Así que salió de la cama arrastrándose y volvió al baño para ver si había alguna esperanza de recuperación. Se miró en el espejo, esperando lo peor, pero tuvo una agradable sorpresa.

Gracias a alguna afortunada casualidad genética, ocurría que Dena Nordstrom estaba particularmente maravillosa cuando tenía resaca. Sus ojos azules parecían brillar, las mejillas se veían saludablemente sonrosadas y los labios, sensuales y ligeramente hinchados de fumar miles de cigarrillos. Por más que le ocurriera siempre, el fenómeno no dejaba de asombrarla.

A las doce y media, las esposas, que llenaban el salón del restaurante Tavern, y sus maridos, los socios, intentaban disimular la emoción que les producía aquella comida. No dejaban de mirar furtivamente en dirección a la puerta para ver si ya llegaba ella. A las doce cincuenta y siete minutos, los primeros conatos de conversación se interrumpieron y las miradas se posaron en la rubia alta y despampanante que apareció en la puerta. Según la opinión de más de una esposa, estaba «espléndida»; vestía un traje de chaqueta de cachemir, un jersey negro de cuello alto, llevaba unos pendientes de oro de buen tamaño e iba casi sin maquillaje, como contarían a su regreso a sus envidiosas amigas. Allí estaba, en persona, Dena Nordstrom, y era idéntica a sí misma, con su cara vivaz y saludable del Medio Oeste, y su sonrisa radiante.

Mientras el salón entero se inclinaba hacia ella, Dena se disculpó ante los presentes por el micrófono del podio.

—Siento mucho haber llegado tan tarde. Llevaba esperando esta comida todo el año y, como si fuera a propósito, ha sonado el teléfono precisamente cuando salía de casa. Era mi hermana, que me ha llamado desde Copenhague para decirme que se encontraba en Urgencias porque se había roto un tobillo. Parece que ayer por la noche acudió con su marido a una fiesta y les sirvieron bebidas fuertes a las que no está acostumbrada... Bueno, para resumir, tropezó porque llevaba zuecos. He tenido que ponerme a buscar los datos del seguro médico para dárselos porque, si no, no la dejaban irse, y tenían que coger el avión. Por favor, discúlpenme...

Se detuvo allí en vez de seguir adelante. ¿Por qué sus excusas incluían siempre de una forma u otra a la familia? No era muy original que digamos y, además, no tenía familia. Pero, aunque hubiera anunciado que acababa de matar a seis monjas con un hacha, aquella gente la habría perdonado. A continuación, todos se le acercaron rápidamente, le aseguraron con cara de felicidad, una y otra vez, que era mucho más guapa en persona que en la pantalla, y le preguntaron si podían hacerse una foto con ella. Los flashes de las cámaras Instamatic que comenzaron a disparar desde todos

lados parecían miles, y en un momento Dena no vio nada más que puntos blancos flotando ante sus ojos. Pero no dejó de sonreír.

## La tía Elner

*Elmwood Springs, Missouri*

*1 de abril de 1973*

Macky había tirado de la cadena del retrete y había abierto todos los grifos para comprobar si funcionaban bien. Norma se preguntaba si necesitarían una colcha nueva y le pidió que fuera a mirar la que ya tenían.

—Me parece que no, y te voy a decir por qué. Creo que lo mejor es dejar las cosas como están, no hacer nada distinto. Estoy seguro de que, después de los lugares que ha visto, una colcha nueva no va a impresionarla. No podemos competir con esas casas lujosas. Lo que tenemos que hacer es tratar de que se sienta como en su casa, ¿entiendes? Algo que seguro que no le pasa en todas partes.

—Sí, Macky, pero a lo mejor una colcha de felpa vieja y gastada no le da la sensación de estar en casa. Probablemente le dé la sensación de que está vieja y gastada. ¿No has pensado en eso?

—Cariño, está muy bien. Te lo aseguro.

—Si te lo parece... Pero por lo menos debería lavar la funda y las sábanas. Eso sí que puedo, ¿no?

—Claro que sí.

Los dos se pusieron a deshacer la cama.

—De todas maneras, Macky, a veces no se hace lo suficiente. No quiero que piense que no nos alegra que venga. —Señaló las ventanas—. ¿Puedes quitar esas cortinas? Ya que estoy, lo lavaré todo junto.

Macky comenzó a quitar las cortinas.

—Norma —dijo—, claro que sabrá que nos alegra su llegada. Se dará cuenta. Me parece que tendríamos que tratar de vivir como siempre y ya está, sin darnos aires ni hacer cosas distintas. ¿No viene por eso, para escapar de las presiones? Es probable que necesite estar un tiempo en una casa normal, comer comida normal y tomarse las cosas con calma.

—Ya lo sé —replicó Norma—, pero no olvides que cuando fuimos a Nueva York nos atendió de maravilla, nos puso la alfombra roja y se ocupó de darnos todo lo que necesitábamos. No quiero que piense que no estamos dispuestos a hacer lo mismo.

Después miró la alfombra ovalada con desconfianza.

—Hay que lavar esta alfombra. ¿Puedes hacerlo tú?

—Muy bien, como quieras. Subiré a lavarla después. ¿Algo más?

—Sí, cambia las toallas del cuarto de baño. No sé cuánto llevan ahí. Y mira si las cortinas de la ducha tienen manchas de moho.

—¡Macky! ¿Y la tía Elnor? —exclamó Norma, cuando bajaban las escaleras.

—¿Qué le pasa a la tía Elnor?

—¿Vamos a decírselo? La Pequeña ha pedido que no le dijéramos a nadie que venía. ¿Crees que también se refería a ella?

—¿La ha mencionado?

—No, no ha dicho nada de ella.

—Pues ahí tienes la respuesta. Si quisiera que se lo contásemos a la tía Elnor, lo habría dicho.

—Ya lo sé, pero no me imagino que no quiera que lo sepa.

—Lo único que sé yo es que tenemos que hacer lo que ha pedido.

—Pero no ha visto a la tía Elnor desde que tenía cuatro años. ¿Por qué no va a querer verla?

Norma cargó el primer montón de ropa en lavadora, añadió jabón, cerró la tapa y se sentó con su marido a la mesa de la cocina.

—Macky, ¿y si no quiere ver a la tía Elnor cuando venga, y ella se entera de que ha estado en el pueblo cuando ya se haya ido? Se disgustará mucho.

—Haces un mundo de algo que todavía no ha pasado. Todo saldrá bien.

Norma se levantó y se sirvió una taza de café.

—Está bien, haremos lo siguiente: cuando haya llegado y esté bien instalada, sacaré el tema con naturalidad en la conversación, ¿entiendes? Diré, como de pasada: «Pequeña, seguramente querrás ver a tu tía Elnor. Se desilusionará mucho si no te ve. Está muy orgullosa de ti y presume con todos los del pueblo cuando te ve por la televisión. Siempre dice: es mi sobrina».

—En otras palabras, chantajearás a la pobre chica para que vaya.

—No digas eso. Y cuando se decida, la llamaré y le diré: «Tía Elnor, ¿sabes qué? La Pequeña acaba de llegar al pueblo inesperadamente». Así podemos darle una sorpresa.

Macky sugirió otra posibilidad.

—¿Por qué no llevas a la Pequeña a su casa, llamas a la puerta y le das una verdadera sorpresa?

Norma lo miró con incredulidad.

—¿Estás pensando con la cabeza? No se puede llamar a la puerta de una mujer de noventa y tres años y gritar: «¡Sorpresa!». Corremos el riesgo de que le dé un ataque al corazón y se muera allí mismo, en la puerta, y qué bien que la Pequeña venga a casa y mate a su tía abuela, así, sin más. Serían unas vacaciones maravillosas, ¿no? ¿Cómo te sentirías con esto pesándote en la conciencia el resto de tu vida?

—Bueno, al menos la Pequeña estaría aquí para el entierro...

Ella lo miró y movió la cabeza.

—¿Sabes qué, Macky? A veces me preocupas, en serio.

## ¿Qué he hecho?

*Nueva York*

*1 de abril de 1973*

La comida estuvo bastante bien. Muy bien. Hubo momentos del día, cuando sonreía y saludaba, en que a Dena le interesaba de verdad lo que la otra persona le contaba. Algunas veces parecía que, cuanto peor se sentía, más amable se volvía. Un ataque de remordimiento. ¿Y si aquellas personas la hubieran visto hacía pocas horas, borracha como una cuba? Se habrían horrorizado. Pero aunque estaba allí con expresión tranquila y relajada, por dentro se sentía como si se arrastrase por el suelo. Tuvo la suerte de que la comida terminara a tiempo. Cerca de las tres menos cuarto de la tarde, las aspirinas, los alka-seltzers, el valium y los dos vasos de Bloody Mary que había logrado tomar estaban perdiendo sus efectos, y Dena sentía aquel terrible dolor de cabeza sombrío y palpitante al acecho, dispuesto a atacarla como una manada de bisontes. Comenzó a arderle el estómago otra vez, le dolían los músculos del cuerpo como si hubiera caído desde un décimo piso. En los últimos diez minutos comenzó a sudar ligeramente y notó un tic en el ojo izquierdo. Pero aguantó hasta el final.

Subió a un taxi y le dio la dirección.

—Al ciento treinta y cuatro de la calle Cincuenta y ocho oeste, por favor.

Sonrió y se despidió de la gente con la mano. Cuando el taxi dobló a la izquierda, alejándose del parque, y los perdió de vista, estuvo a punto de desmayarse del alivio. La comida había pasado. Por fin podía dejar de sonreír. Ya podía irse a casa, tomar más aspirinas y otro valium, beber una cerveza helada y meterse en la cama a dormir. Sólo le quedaba aguantar un rato más.

Pero aguantar no resultaba muy fácil con aquel taxista que conducía dando violentas sacudidas, frenando de golpe y haciendo dar coletazos al coche de un lado a otro.

—Señor —dijo Dena, inclinándose hacia delante—, ¿podría conducir con más suavidad, por favor? Estoy recuperándome de una operación de la cadera.

El taxista no le prestó atención; se limitó a dirigirle una mirada hosca y a murmurar unas palabras en un idioma desconocido. Siguió conduciendo con movimientos bruscos y exagerados, y frenando de golpe. Dena sintió que la manada de bisontes le acechaba de nuevo la cabeza. Lo intentó otra vez.

—Señor, por favor...

Notó que el hombre no le hacía caso. Se dio por vencida, se apoyó contra el respaldo y trató de sostenerse como pudo. ¡Santo cielo! ¿Quedaba algún taxista en Nueva York que hablara inglés? Además de no saber una palabra de su idioma, aquel tipo era desagradable y grosero, y era evidente que odiaba a las mujeres. Además, despedía un olor tan penetrante que resucitaba a un muerto. Se bajó en el cruce de la

calle 58 con la Sexta Avenida, porque no le quedaban fuerzas para explicarle cómo dar la vuelta. Cuando le entregó un billete de cinco dólares para pagar el viaje de cuatro con setenta, él se volvió a mirarla con expresión adusta, dio un gruñido y extendió la mano esperando una propina.

—¡Mira, desgraciado —le espetó Dena— si esperas una propina, será mejor que primero aprendas a conducir, a hablar inglés y a ser educado!

El conductor le gritó algo en su idioma, quién sabe qué, arrojó el cambio al suelo y escupió. Mientras arrancaba protestando, le gritó la única palabra que Dena entendió:

—¡Putá!

Ella lo insultó levantando el dedo corazón y gritándole:

—¡Gilipollas! ¿Por qué no te vuelves a tu país, imbécil?

Al alzar la voz, le aumentó el dolor de cabeza y, además, la gente se detuvo a mirar. Observó a su alrededor y pensó: «Estupendo. Aquí estoy, en una esquina, con resaca, convertida en la típica americana grosera». Era probable que la hubieran reconocido y que apareciera al día siguiente en *The Daily News*.

El único consuelo fue que mientras se alejaba caminando, varias personas la aplaudieron.

Tan pronto como entró en el piso, comenzó a quitarse la ropa. Fue directamente al botiquín y bebió tres tragos del frasco de Maalox líquido para calmar el ardor. Al abrir el envase de aspirinas notó que le temblaban las manos. Nunca le había pasado y se asustó. En realidad, siempre había tenido unos nervios de acero. Pero pronto dejó de pensarlo. «Es sólo que estás cansada. No eres una alcohólica. ¡Virgen santa! Sólo pasa que últimamente te exigés demasiado. Bueno, últimamente..., desde hace unos quince años». En general sabía controlarse con la bebida, pero en los últimos tiempos había notado que, más o menos una vez cada dos semanas, salía y se emborrachaba, como la noche anterior, a más no poder. Después se levantaba con una resaca infernal y juraba que no volvería a beber. «Supongo que soy una especie de tetera. Tengo tanta presión que estoy a punto de estallar». Pero las resacas eran cada vez peores, y se preguntaba por qué seguía haciéndolo. Le iba de maravilla en su carrera; estaba en el programa matinal de televisión más visto del país. No existía nada mejor, excepto el horario central, y podía obtenerlo en el futuro si las cosas seguían marchando tan bien como hasta entonces. Por fin había superado la relación con aquel tipo de Washington. Había tardado casi cinco años, pero ya prácticamente no pensaba en él. Bueno, prácticamente. «Será que no descanso lo suficiente, eso es todo. No soy infeliz».

Llenó la bañera de agua caliente, esperando que un baño le aliviara los dolores. Cuando iba a la cocina a buscar la cerveza, recordó que debía llamar a J.C. antes de volver a dormirse e inventar algún motivo para justificar que no podía ir a cenar.

Se sumergió en la bañera, comenzó a relajarse y se sintió un poco mejor. Se quedó sentada, admirando la belleza del líquido ámbar claro que contenía la botella y la condensación que hacía correr gotas por la etiqueta negra y dorada con la marca Miller, como si fuese una exquisita obra de arte. Ése era el problema del alcohol. Era tan hermoso a la vista que ¿cómo resistírsele? ¿Y acaso había un lugar más atractivo y seductor que una coctelería elegante de verdad? Eso fue lo que había sentido la primera vez que una amiga de su madre la llevó a un lugar bonito, cuando tenía doce años. Desde el primer momento la fascinaron las filas interminables de botellas colocadas en estantes de cristal con un espejo de fondo, detrás de la barra; por la forma en que se iluminaba el cristal y el resplandor que parecían irradiar el verde esmeralda del pipermin y el rojo brillante de la granadina, y lo alegre que parecía todo el mundo. Incluso recordaba la suntuosidad de las alfombras, las pantallas de color rosa de las lámparas que decoraban las mesas y los sonidos amortiguados del piano que sonaba en un rincón. Le dio una sensación hogareña. También fue aquella la primera vez que vio un *gin* Martini como Dios manda, en vivo y en directo. En aquel momento le pareció lo más elegante del mundo, sin contar el Radio City Music Hall y sus bailarinas, las Rockettes. Realmente hacía pensar que alguien había derretido un puñado de diamantes azulados y los había servido en aquel vaso largo, frío, esbelto. Tuvo ganas no sólo de apoderarse del vaso y beberlo, sino también de comerlo, de masticarlo entero. Más adelante sintió lo mismo con el *whisky* escocés. Sólo el nombre le resultaba atractivo, pero cuando le sirvieron aquel líquido espeso y consistente, del color del caramelo, en aquel vaso corto y de fondo grueso, Dena supo que tendría exactamente el mismo sabor que un flan líquido. No veía la hora de crecer y poder pedir una copa de verdad, en lugar de la limonada con granadina que le había ofrecido la amiga de su madre aquella primera vez. Cuando por fin tuvo edad suficiente para pedir un Martini, el primer sorbo estuvo a punto de volarle la cabeza. Era fortísimo. Y cómo se sorprendió de que el *whisky* escocés tuviera más sabor a yodo que a flan. Dos de las grandes desilusiones de su vida.

Entonces, cuando sí bebía, muchas veces pedía cócteles, agravando el error. La noche anterior había sido una excepción. Sólo tomó aguardiente con cerveza para rebajarlo, porque a J.C. le encantaba y era divertido que los camareros llevaran las botellas heladas a la mesa y las sirvieran. Pobre J.C. Creía todo lo que ella le decía. Era un buen tipo, verdaderamente; muy divertido, el acompañante perfecto, y además estaba tan enamorado de Dena que ella hacía lo que quería cuando salían. Y algunas veces se alegraba de verdad de verlo. Pero, más que nada, le servía para alejar a otros hombres. Y había también otro motivo por el que quería estar con él. No lo amaba, y eso era precisamente lo que deseaba. A Dena no le interesaba el amor. El amor la había confinado al anonimato y la había maltratado. Enamorarse perdidamente de un miembro de un lobby de Washington, ingenioso, apuesto, locuaz, sólo le había servido para entristecerse y deprimirse. Se obsesionó profundamente con él y se pasó años esperando que la llamara, esperando que volviera a la ciudad y descubriéndole



mentiras. Se prometía que no volvería a verlo, pero siempre aceptaba de nuevo. Ya se hubiera tratado de amor o de obsesión, cuando por fin terminó, quiso olvidar por completo el asunto. Había sido demasiado doloroso.

En aquel momento, le satisfacía ser la amada, y así quedaría la cosa. Sexo, tal vez; amistad, sí, pero amor, no. Si alguna vez sentía que le rondaba el amor, lo esquivaría. Además estaba decidida a no permitir que nada ni nadie interfiriera otra vez en su trabajo.

Después del baño se metió en la cama, llamó a J.C. y le alegró no encontrarlo en su casa. Era probable que estuviera en el bar viendo el partido de fútbol americano en la televisión, así que le dejó un mensaje en el contestador. Cuando volvió a dejar el teléfono en la mesa y lo descolgó para dormir, vio que la agenda estaba abierta en la letra W. La invadió la angustia típica de la resaca al ver los nombres «Norma y Macky Warren, Elmwood Springs, Missouri». Comenzó a recordar que había llamado a alguien a las seis de la mañana, cuando estaba completamente borracha. Trató de hacer memoria. «Por favor, no los habré llamado. Que no sea cierto. No puedo haber cometido semejante estupidez». Pero en el fondo sabía que sí. En otras ocasiones había llamado a otras personas y después lo había recordado. No quería pensarlo, así que encendió la manta eléctrica, se tapó la cabeza con las sábanas y se durmió.

Dena se despertó a las cuatro de la mañana del lunes, descansada pero con un leve sentimiento de culpa. Había dormido todo el sábado y todo el domingo. Se duchó, se vistió y estaba preparada cuando el coche pasó a buscarla a las cinco para llevarla al estudio. Le gustaba la ciudad a aquella hora de la madrugada. Las calles estaban tranquilas y casi vacías; sólo había algunos madrugadores y perdularios que volvían a casa después de una larga noche. La soledad le resultaba conocida. Vio a una pareja que trataba de conseguir un taxi; la mujer aún llevaba puesto un vestido de gala con lentejuelas, y el hombre, un esmoquin sin corbata. A aquella hora, la Sexta Avenida parecía tan ancha y larga como un campo de fútbol americano, pero pronto estaría tan atestada de coches y de gente que cuando saliera del trabajo las construcciones de ambas aceras parecerían haberse adelantado veinte pasos gigantes hacia el centro de la calle. Entró en el edificio del estudio. Después de cuatro años, todavía le costaba creer que trabajaba en el Rockefeller Plaza y, aunque había entrado miles de veces, en cuanto ponía un pie dentro tenía la sensación de penetrar en una novela de Ayn Rand, tanto por los murales de las paredes como por el ruido de sus altos tacones en el mármol al caminar por los pasillos vacíos hasta los ascensores, que suavemente la llevaban al piso veintiséis en cinco segundos. El único efecto secundario de su borrachera de fin de semana eran los ojos hinchados de tanto dormir, pero Magda, la maquilladora yugoslava, lo solucionaría como siempre, haciéndola reposar diez

minutos con unas bolsitas de té sobre los párpados.

La entrevista a Helen Gurley Brown salió bien. Se suponía que iba a ser una nota frívola sobre la editora de la revista *Cosmopolitan*, pero resultó ingeniosa, cómica y bastante jugosa, por lo que Dena estaba de buen humor cuando llegó a su despacho. Allí encontró un hermoso ramo de flores y una enorme canasta con frutas que le enviaba Julian Amsley, el presidente de la televisión nacional. Lo acompañaba una nota: «Me he enterado de que los dejaste impresionados en la comida. Te lo agradece tu familia de la televisión nacional».

Casi había olvidado ya aquella larga noche hasta que comenzó a revisar sus mensajes y vio uno que había llegado mientras estaba en el aire.

Pequeña, ¡estamos encantados de que vengas a casa! Por favor, no dejes de llamarnos y avisarnos en qué vuelo llegas para que vayamos a buscarte al aeropuerto.

Tu familia de Elmwood Springs,

NORMA, MACKY Y TÍA ELNER

Las personas que estaban al otro lado de su despacho, junto a la fuente, oyeron un sonoro «Dios mío». Dena se inclinó sobre el escritorio con las manos en la cabeza, preguntándose cómo diablos se le había ocurrido llamarlos y decirles que iba a ir a Missouri, ¡precisamente a Missouri! Elmwood Springs no era más que el nombre de un pueblo en el que había vivido muy poco tiempo durante su infancia. Allí estaban enterrados su padre y sus abuelos, pero por lo demás sólo era para ella un recuerdo borroso. Ni siquiera sabía dónde quedaba. ¿Y por qué Norma y Macky? Además de no conocerlos mucho, hacía años que no pensaba en ellos siquiera. No se acordaba ni del parentesco que los unía. Sabía que Norma era su prima o su tía segunda, o algo por el estilo, pero bien podrían ser unos perfectos desconocidos. Claro, siempre le enviaban tarjetas de cumpleaños, le felicitaban las Pascuas y le mandaban algo en conserva para Navidad; y durante años, se mudara a donde se mudara, la habían encontrado infaliblemente y le habían mandado la suscripción a una revista religiosa, una cosa llamada *Daily Word*, de la que se deshacía rápidamente junto con las extrañas conservas marrones. Norma y Macky eran personas agradables, pero sólo los había visto una vez, cuando fueron a pasar unos días a Nueva York. Por agradables que fuesen, atenderlos representó un gran esfuerzo para Dena. Se alojaron en el Hilton, y J.C. le hizo el favor de llevarlos a ver la Estatua de la Libertad y el Empire State Building. Lo único de lo que se ocupó Dena fue de conseguirles entradas para el Radio City y el programa televisivo *The Tonight Show*, y de salir a cenar con ellos. En el restaurante no hicieron otra cosa que contarle que habían conocido a Wayne Newton, que aquella noche había estado en *The Tonight Show* como invitado, y que era muy simpático. Un amigo de Dena había dispuesto las cosas para que fuesen a conocerlo al camerino después del programa y para conseguir una foto suya con

autógrafo.

Dena estaba desconcertada. ¿Por qué, entre todas las personas de su agenda, había elegido llamarlos a ellos? Tal vez porque otra vez había vuelto a soñar con su madre y con aquella casa; tal vez por el aguardiente. Fuera cual fuese el motivo, se puso a pensar en cómo salir de aquél aprieto.

«No es culpa mía —se dijo—. Mataré a J.C. Para empezar, él fue quien pidió todas esas copas».

# Viaje a Siberia

*Elmwood Springs, Missouri*

*3 de abril de 1973*

Para la cena, Norma había ensayado diversas recetas tomadas del *Libro de cocina de la vecina Dorothy*. Le dijo a Macky que sólo tenía ganas de probar algo nuevo para variar, nada en especial, pero él sabía que practicaba para cuando llegara la Pequeña. Norma sabía que él lo sabía, pero los dos seguían el juego. Le habría servido los siguientes platos: el pastel de carne de Minnie Dell Crower, el guiso de alubias y queso de Leota Kling, los escalopes de nabo de Virginia Mae, los bollos de patata ligeros como una pluma de John y Susan Tate; los panecillos que vuelan del plato de Lucille, la ensalada de cerezas de Gertrude y, para terminar, el pastel de mantequilla de cacahuete y chocolate de Vernelia Pew.

Todos los platos pasaron la prueba, a excepción de los nabos. La tal Virginia Mae no estaba destinada a ir al cielo de las buenas cocineras. Macky apenas podía moverse después de cenar y se tumbó en la sala a ver la televisión. Norma estaba en la cocina oyendo cómo se despedazaban los restos de los nabos en su nueva trituradora de basura cuando sonó el teléfono.

Cinco minutos después, apareció en el cuarto de estar con cara de desánimo, se sentó y miró a su marido.

—No viene —anunció.

—¿Por qué?

—Estaba muy desilusionada... Si la hubieras oído...

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, ha dicho que en principio tenía planeado venir mañana, pero le pareció que era mejor hacerlo esta noche. Había arreglado todo para coger el último vuelo a Kansas y pensaba llamarnos desde el aeropuerto de Nueva York para decirnos exactamente a qué hora llegaba. Había hecho las maletas, tenía el billete, ya había llamado a un taxi y salía de su casa (mejor dicho, estaba en el vestíbulo), cuando sonó el teléfono. Y me ha dicho que se arrepentía de haber vuelto atrás para contestar. Porque, mira lo que son las cosas, era su jefe, frenético porque había programada una entrevista muy importante en el exterior y el periodista que debía ir había tenido un ataque súbito de malaria en el último momento.

—¿Malaria?

—Si, se contagió mientras escribía un artículo en no sé qué selva, y sabes que es una enfermedad recurrente, así que no puede venir porque el avión la estaba esperando en el aeropuerto. Bendita sea. Si la llevaban a rastras a Siberia, es un

milagro que haya tenido tiempo de llamarnos. Menos mal que ha llamado; le he recordado que lleve un abrigo. Nunca se sabe. A ver si llega allá y se congela en medio de una tormenta de nieve.

—¿Siberia? Me gustaría saber a quién va a entrevistar en Siberia.

—No lo sabe; ha dicho que era algo importante y al parecer tan secreto que ni se lo habían explicado. Es igual. Pensándolo bien, ha sido una bendición que ya hubiera hecho las maletas y estuviera preparada para irse. Pero seguramente habrá cogido ropa ligera creyendo que venía para aquí. Al menos la he hecho llevar un abrigo grueso.

Macky se levantó y comenzó a sacar del estante el gran tomo verde del Atlas mundial Colliers.

—Norma, ¿estás segura de que no ha dicho Ginebra o Cerdeña o algo parecido?

—No, estoy segura de que ha dicho Siberia. ¿Por qué crees que le he recordado que lleve un abrigo? No le diría que llevara un abrigo grueso de invierno a Ginebra ni a Cerdeña; sé distinguir entre Cerdeña y Siberia. —De repente, Norma se alarmó—. Acabo de darme cuenta de una cosa. ¿No se supone que hay que vacunarse cuando se sale del país?

El dedo de Macky dio con Siberia en el mapa.

—Sí, pero yo no me preocuparía. No creo que existan gérmenes capaces de sobrevivir tan al norte.

—¿Y el pasaporte? ¿Lo habrá olvidado, con tanta prisa?

Él negó con la cabeza.

—No, cariño. Como siempre tienen que salir de repente, seguramente tendrán cuatro o cinco. A lo mejor lleva uno en el bolso. —Macky miraba detenidamente el mapa—. Me juego la cabeza a que el entrevistado, sea quien sea, es ruso. Ven a verlo, está justo en el límite.

Norma observó dónde quedaba Siberia.

—¡Ay, Virgen Santa! ¿No es al otro lado del telón de acero? ¿Crees que estará a salvo? ¿No la raptarán o la matarán o algo por el estilo?

—No —contestó su marido, negando con la cabeza—. Si llegara a pasarle algo, se enteraría todo Estados Unidos. No van a hacer ninguna tontería con un personaje famoso de la televisión; te lo aseguro. Tal vez esté más a salvo que cualquier otra persona del mundo. ¿Te ha dicho si podrá venir cuando vuelva del viaje?

—No, no puede. Éstos eran los únicos días que podía tomarse.

—Bueno, es un crimen la forma en que la hacen trabajar. Desde que está en esa cadena no tiene vacaciones. Esa chica trabaja demasiado.

Media hora después, mientras Macky preparaba el filtro de café para el desayuno, Norma dijo, con un suspiro:

—Supongo que será mejor que llame a la tía Elner y le avise de que no viene.

—Pero si no se ha enterado de que venía, Norma.

Pero ella no lo escuchaba y ya había marcado el número.

—Tía Elner, ¿estás despierta? Soy Norma. —Luego, subiendo la voz—: Soy Norma. Ve a buscar el audífono, cariño. —Esperó—. Bueno, ahora ya puedo contártelo porque no va a ocurrir. ¿A que no adivinas quién iba a venir a casa de visita? Y también iba a pasar por tu casa para darte una sorpresa. Adivina... Bueno, ya sé que no lo sabes... pero adivina. No, aún mejor que Wayne Newton. —Macky rió—. La Pequeña. De ella se trataba. No, ya no vendrá. Sí, hubiera sido maravilloso, pero justo en el último momento, cuando salía de su casa, su jefe la ha llamado y ha tenido que ir a Siberia a entrevistar a alguien. Siberia. —Lo deletreó—: S-I-B-E-R-I-A; sí, allí mismo. Macky cree que va a entrevistar a algún ruso que está metido en asuntos sucios. Me da tanta lástima que tengo ganas de llorar. La mandan de acá para allá, pero las noticias no esperan, como se dice. Ah, sí estaba muy desilusionada. Pero desilusionada no es la palabra; más bien, destrozada. Trataba de hacerse la valiente, pero por la voz me di cuenta de que estaba al borde de las lágrimas. Es decir, estamos todos muy desilusionados, pero imagínate lo mal que se sentirá. Tenía las maletas hechas; estaba lista para salir de su casa con destino a Missouri y al final ha acabado viajando a Siberia.

## **Recuerdo**

*Elmwood Springs, Missouri  
Noviembre de 1968*

Cuando Norma y Macky volvieron a su casa, después de visitar a Dena en Nueva York, lo primero que hicieron fue ir a casa de la tía Elner para llevarle los recuerdos que habían comprado para su estantería de adornos. Una pequeña Estatua de la Libertad de bronce y un pisapapeles que contenía una réplica del Empire State Building con nieve falsa. Dos horas después, la tía Elner llamó a Norma con el pisapapeles en la mano.

—¿Norma?

—Sí, cariño.

—A lo mejor tienes que venir a llevarte este pisapapeles.

—¿Por qué?

—No puedo dejar de moverlo; es como si tuviera un invierno chiquito dentro, ¿no?

—Bueno, me alegra que te guste. No sabíamos qué comprarte.

—Sí, estoy disfrutándolo a lo grande. No te lo imaginas.

—Qué bien.

—¿A la Pequeña parecía irle bien?

—Sí, pero no pudimos verla mucho. La hacen trabajar mañana, tarde y noche.

—¿Sigue tan delgada?

—No, está más llenita y tiene un tipo muy bonito.

—¿Le gustaron los higos en conserva?

—Pues sí, se puso muy contenta cuando los recibió. No creo que tenga muchas ocasiones de probar comida casera. Allá todos comen en restaurante día y noche.

—Vaya, pobrecita. ¿Piensas que le vendrían bien unas nueces? Tengo un barril lleno en el porche. Este año el nogal se me ha vuelto loco. A lo mejor le hago uno de mis pasteles de nuez con cobertura de caramelo. ¿Crees que le gustará?

—Sí, seguramente.

—¡Todavía resulta difícil pensar que la Pequeña es una mujer hecha y derecha!

La última vez que la vi era un enanita. ¿Cuántos años tenía? ¿Cuatro?

—Cuatro o cinco.

Entonces la tía Elnor hizo la misma pregunta que formulaba cada vez que hablaban de Dena:

—¿Ha hecho algún comentario sobre su madre?

Ni media palabra.

—¿Qué le dirías si lo hiciera?

—Contestaría con toda la franqueza posible a lo que me preguntara. Es lo único que puedo hacer. Pero, por ahora, ella no dice nada y yo tampoco. Tendré que seguirle la corriente.

Se hizo un silencio.

—Tiene que resultarle difícil de aceptar. ¿No crees? —preguntó la tía Elnor—. Debe de preocuparla mucho.

—No lo sé, tía, pero me imagino que se sentirá herida sólo de pensarlo, así que procuro no tocar el tema.

—Sí, probablemente será lo mejor. Bueno, tesoro, gracias otra vez por el regalo. Es precioso... Y dile a Macky que se dé una vuelta por aquí, ¿quieres? Se me ha vuelto a estropear la puerta trasera.

—Muy bien, se lo diré.

La tía Elnor colgó, giró el pisapapeles de cristal una vez más, observó cómo se arremolinaban los copos de nieve falsa para acomodarse alrededor del Empire State Building en miniatura y se dijo en voz alta:

—Míralo... Es como dice allí, el país de las maravillas en invierno.

Al día siguiente, Norma se sentó a escribir una carta:

*Sr. Wayne Newton*

*The Tonight Show, NBC*

*Nueva York*

Estimado señor Newton:

Le escribo simplemente para saludarlo de nuevo. Como ya sabe, mi esposo, nuestra tía Elnor y yo siempre hemos sido sus admiradores. Siempre lo vemos en televisión y tenemos todos sus discos, y hace cuatro años tuvimos la suerte de presenciar su actuación en la feria del estado del Missouri.

Así que imagínese qué agradecidos estamos a nuestra sobrina Dena Nordstrom por darnos la oportunidad de llegar a conocerlo en persona y poder llevarnos una foto con autógrafo. Fue el mejor momento de nuestro viaje.

Fue usted muy amable por recibirnos, y nos alegró descubrir que es usted una persona agradable y sencilla. Sé que viaja mucho y tal vez no tenga la oportunidad de pasar por la iglesia, y por eso le mando una suscripción al Daily Word y unos higos en conserva de parte de nuestra tía Elnor. Señor



Newton, si alguna vez pasa cerca de Elmwood Springs, Missouri, sepa que aquí tiene una casa y buena cocina casera. Estoy segura de que estará cansado de la comida de hotel y nos encantaría tenerlo como invitado.

Con cariño,

NORMA WARREN

P.D.: Ahora tenemos su foto en nuestra «Pared de la fama», en un lugar destacado, junto a la de nuestra sobrina.

## **Cómo llegó allí**

*Academia del Sagrado Corazón  
Silver Spring. Maryland  
1959*

La fama es extraña. Sabe a quién prefiere y comienza a acechar a las personas desde temprana edad. Dena tenía sólo quince años cuando la fama la persiguió. Un día fue a su colegio un fotógrafo de la revista *Seventeen*, y ella fue una de las diez chicas que escogió para una sesión de fotos. Nunca se había considerado guapa, y estaba alcanzando una estatura excesiva, pero habían pedido varias rubias, y aquel año ella era una de las pocas rubias que había en su clase. Hacía tiempo que Albert Boutwell se dedicaba a maquillar adolescentes de risa tonta de todo el país; por eso cuando entró aquella niña esbelta y larguirucha la vio como una más de la fila de caras que debía maquillar aquel día. Dena se sentó y él le puso una bata. Notó que tenía la tez especialmente blanca, por lo que le colocó una base ligeramente más oscura y un poco más de delineador para resaltarle los ojos. Cuando terminó, dio una ojeada al espejo para observar el resultado y se quedó atónito. Se encontró con un rostro que, con sólo un retoque, se había transformado en uno de los más hermosos que había visto en su vida. Dena, que nunca se había puesto maquillaje, estaba tan pasmada como él. El maquillador le preguntó su nombre.

—Bueno, señorita Dena Nordstrom —le dijo—, mírese. ¡Es impresionante!

Luego entró la chica siguiente y ocupó el lugar de Dena.

Un mes más tarde, en Nueva York, el fotógrafo que observaba las pruebas llegó a la foto de la chica Nordstrom, la miró con lupa y recordó aquel momento.

—Tienes razón. Mira esta chica. ¡Diablos! ¡Es imposible que salga mal en una foto! Esta niña tiene una cara divina, espectacular. —Se dirigió a su ayudante—: Averigua quién es y cómo podemos ponernos en contacto con ella.

—Te lo dije —le recordó Albert—. Cuando entró, no tenía nada especial. Le di unas pinceladas de maquillaje, le puse un poquito de sombra y ¡zas!

El fotógrafo seguía examinando la foto.

—Caray. Lo único que hice fue ponerle un jersey negro de cuello normal y corriente; empecé a hacerle fotos y mira... mira la forma de la cara. ¿Qué es, sueca o algo así?

—No lo sé.

El ayudante volvió con una lista.

—Se llama Dena Nordstrom.

—Lo sabía —afirmó el fotógrafo—. Aquí tenemos a una futura Garbo o a otra Ingrid Bergman. ¿Cuántos años tiene?

—Quince.

El fotógrafo se desilusionó.

—Bueno, soñar no cuesta nada, ¿verdad?

Albert, que lo conocía muy bien, le recordó:

—Sí, tienes que limitarte a soñar si no quieres que te caiga encima otra madre ofendida, o el peso de la ley.

El fotógrafo suspiró y ordenó a su ayudante:

—Llama a Hattie a la agencia y dile que le mandaremos unas fotos... pero adviértele que nosotros vamos a usarla primero.

Dos días más tarde, después de llamar al colegio de Dena y de lograr localizar a su madre en el trabajo, Hattie Smith explicó a ésta que sólo representaba a las modelos adolescentes más importantes y que quería firmar un contrato por cinco años con Dena y comenzar a trabajar con ella de inmediato.

—Su hija es excepcional. Creemos que con una representación adecuada tiene un gran futuro por delante.

Hattie se relajó en su silla, confiada en que oiría lo que siempre respondían las madres: entusiasmo porque sus hijas serían modelos. Pero aquella madre no dijo más que dos palabras:

—Ni hablar.

La madre de Dena se había alarmado. Ignoraba que le habían hecho fotos a su hija.

Hattie dio un respingo.

—¿Cómo dice?

—Señora Smith, le agradezco su interés, pero tenemos que rechazar su ofrecimiento.

—Pero nosotros creemos que puede ser una gran estrella... De hecho, estábamos pensando incluirlas a las dos en un póster de madre e hija que va a sacar el mes que viene *Family Circle*, así que si pudiera mandarnos una foto reciente de usted...

—Creo que no me ha entendido. No quiero que ninguna foto de mi hija ni mía aparezca en ninguna revista. Lamento decirle que no me parece bien, lo siento.

—Pero usted no lo entiende —insistió Hattie, frustrada—. Su hija tiene posibilidades de ganar dinero, mucho dinero, posando para revistas o haciendo

anuncios. A usted no le parece mal el dinero, ¿no es cierto?

Se hizo un silencio.

—Trabajo mucho para ganar dinero, señora Smith, y quiero que mi hija estudie antes de considerar cualquier otra posibilidad para su futuro.

—No tenemos intención de interferir en sus estudios. —Hattie no daba el brazo a torcer—. Nuestras chicas continúan estudiando, pues podemos programar las sesiones de fotografía en horarios que no coinciden con los del colegio. Ya le hemos arreglado una sesión para la revista *Seventeen*, probablemente para la portada.

—Señora Smith, como ya le he dicho, no quiero que fotografíen a mi hija. Intento hablarle con el mayor tacto que puedo; no, muchas gracias. —Y colgó.

—¡Caray! —exclamó Hattie.

Tres años más tarde, Dena se encontraba sola en casa cuando volvieron a llamar. Su primera sesión profesional de fotos la llevó a una portada de la revista *Seventeen*. A continuación, le ofrecieron una beca para estudiar teatro en la Universidad Metodista del Sur, en Dallas. Dena estaba encantada, pero no se quedó allí y, después de cursar el segundo año, abandonó los estudios para aceptar un empleo de meteoróloga en un canal de televisión de Fort Worth. Tenía que mantenerse sola y, por más que la idea de estudiar teatro la seducía, descubrió enseguida que era en la televisión donde estaba el dinero, y desde el principio se desenvolvió muy bien en este medio.

Once meses después de empezar, comenzó a pasar de una cadena de televisión a otra. Su audiencia era cada vez mayor y en su imaginación cada día se veía más cerca de Nueva York. A Dena no le importaba trasladarse de un lugar a otro; estaba acostumbrada. Su madre había viajado por todo el país desde que ella tenía cuatro años. En realidad buscaba acumular tanta experiencia como pudiera, aunque tuviese que ir a cien sitios. Quería estar bien preparada cuando le llegara el momento de aparecer en la televisión nacional. Trabajó en Arkansas; en Billings, Montana; después en Oklahoma; en Kentucky; otra vez en Billings y luego en Richmond, Virginia, donde volvió a ejercer como meteoróloga. Y finalmente ascendió a copresentadora del programa matutino local, en el que llevaba secciones sobre exposiciones de arte, sobre caballos y perros, y alguna que otra vez entrevistaba a personajes famosos que pasaban por la ciudad. Cuando la actriz Arlene Francis fue a Richmond, le gustó la manera en que Dena había llevado la entrevista y se lo comentó a sus representantes. Sandy Cooper era un representante de jóvenes promesas, especializado en televisión, y buscaba chicas nuevas con talento. El movimiento de liberación de la mujer se extendía rápidamente, y sabía que las cadenas de televisión habían comenzado a buscar más mujeres para prepararlas, pues estaban seguros de que sólo era cuestión de tiempo que en algún momento los obligasen a contratar a una o dos para los informativos. Sandy quería participar desde

el principio.

Un fin de semana que viajó con su esposa a Richmond, se quedaron en la ciudad para ver a aquella tal Dena Nordstrom en el programa del lunes por la mañana. A Sandy le gustó lo que vio. No se podía negar que la belleza de Nordstrom era singular, pero además poseía determinadas características que él sabía que buscaban las televisiones. Era inteligente, rápida y tenía una personalidad de muchacha normal y corriente, a la vez que una sonrisa que iluminaba la pantalla. Poseía estas características a su favor, pero lo más importante fue que pasó la prueba definitiva de Sandy. A su esposa, Bea, una mujer bajita y robusta que generalmente detestaba a las mujeres guapas, le gustó Dena. Sólo le quedaba por averiguar si aquella chica era ambiciosa o no. La pregunta quedó respondida en menos de cinco minutos cuando se encontraron y, una hora después, Dena figuraba en la lista de Agencia William Morris, una de las más grandes y poderosas del país. Tres meses después, Sandy se enteró de que una televisión local de Nueva York necesitaba una chica que reemplazase a Nancy Lamb, y la que ocupara su lugar sería candidata a pasar en algún momento a la televisión nacional. Concertó una entrevista para Dena con Ira Wallace, el jefe de los informativos de la cadena.

A la semana siguiente, Dena se trasladó de Richmond a Nueva York en avión. Sandy pasó a buscarla por el hotel. Quería ir caminando hasta el lugar de la cita para tener tiempo de poner a Dena al corriente sobre quién era Ira Wallace y, sobre todo, de advertirla que no se dejara acobardar por su personalidad. Hasta Richmond llegaban las historias acerca de él. Dena estaba algo asustada, pero no preocupada. Muy pocas veces, tal vez nunca, había conocido a un hombre al que no lograra seducir. Además sabía que estaba preparada para aquel trabajo. Llegaron al piso indicado y Sandy dio sus nombres a la secretaria. Cuando ésta los pasó, oyeron una voz sonora e impaciente al otro lado del interfono.

—¿Sí?

—Vienen a verlo el señor Cooper y la señorita Nordstrom, señor Wallace.

—¿Quiénes?

—El señor Cooper y la señorita Nordstrom —repitió la secretaria—. Tienen una cita.

—No sé quién diablos son —dijo la voz, y cortó.

La secretaria, sin inmutarse, se pidió que tomaran asiento. Dena miró a Sandy.

—¿Estás seguro de que teníamos una cita?

Sandy, tan indiferente como la secretaria, cogió una revista.

—Sí. Lo hace para intimidarte.

—Bueno, pues funciona —le aseguró Dena, sentándose.

—No te molestes en molestarte. Lo hace con todo el mundo.

Desde allí oían a Ira Wallace insultando a gritos a una o varias personas. Al cabo de treinta y cinco minutos, llamó a la secretaria por el interfono.

—¿Todavía siguen ahí esos impertinentes?

—Sí, señor.

—¡Válgame Dios! Bueno, que pasen.

Dena se puso en pie.

—Esto es ridículo. Yo no entro. Ni siquiera sabe que tenemos una cita.

La secretaria la miró.

—Sabe que tienen una cita, señorita, pero es idiota. Pasen.

A regañadientes, Dena siguió a Sandy por el pasillo. Él se detuvo ante el despacho y llamó suavemente a la puerta. El hombre estaba hablando por teléfono, pero se las arregló para gritarles:

—Vamos, no tengo todo el día.

Sandy indicó con una seña a Dena que pasase primero. El despacho apestaba a humo de puro. Enseguida vio a Wallace, que era un hombre gordo y calvo, idéntico a un róbalo. Llevaba una camisa blanca, unas gafas negras de plástico, tenía un puro en la boca y estaba sentado detrás de un escritorio de tres metros de largo. No se levantó. La miró durante un segundo y siguió maldiciendo al teléfono, mientras ellos dos continuaban de pie. Aguardaron a que aquel hombrecito de cabeza sudorosa y brillante terminara de reprender a quien hablaba con él. Cuanto más tiempo permanecía Dena de pie sin que él le prestara atención, más se ofuscaba. Sintió que enrojecía. Si algo había heredado de su madre era el orgullo, y no pensaba permitir que aquel gusano la humillara, aunque deseara el puesto con toda su alma.

Tan pronto como Ira Wallace cortó la comunicación, Dena se acercó sin titubear a su escritorio, extendió el brazo y le estrechó la mano a la fuerza.

—Mucho gusto, señor Wallace. Soy Dena Nordstrom. Encantada de conocerlo. No, no se moleste en levantarse. Tomaré asiento, gracias. —Wallace la miró como si fuese una marciana recién llegada. Ella se sentó, le sonrió y añadió—: Bien, señor Wallace, hábleme un poco de usted. Me gusta conocer bien a las personas antes de decidir si acepto un trabajo.

El hombre miró a Sandy Cooper, que también estaba notablemente confundido. Después, se quitó el puro de la boca.

—¿Qué...? ¿Está bromeando?

Sandy procuró reponerse.

—Bien..., señor Wallace..., ¿ha visto usted por casualidad las cintas?

Antes de que el hombre pudiera responder, Dena miró su reloj.

—¡Ay, maldición! Ojalá pudiera quedarme. Lo siento muchísimo, señor Wallace, pero desgraciadamente llego tarde a otra cita. —Se levantó, se acercó al escritorio y volvió a estrecharle la mano—. Siempre resulta agradable conocer a un caballero tan encantador y de tan buenos modales. —Mientras salía se dirigió a Sandy—: Después te llamo. —Los dos hombres la observaron marchar, boquiabiertos.

Mientras esperaba el ascensor, Dena comentó:

—Este hombre es asqueroso.

La secretaria, sin levantar la vista, replicó:

—Vaya noticia.

Cuando se quedó sola en el ascensor, Dena se echó a llorar.

Mientras, en el despacho, Ira Wallace se puso a vociferar.

—¿Qué le pasa a ésa? ¿Está mal de la cabeza? ¿Me haces perder el tiempo con locos? ¿Qué demonios le pasa?

—Lo siento, señor Wallace. No sé qué ha ocurrido. Estaba interesada en el trabajo, y ha venido en avión especialmente para la entrevista.

—¿Estás seguro de que no está loca?

—No, en absoluto. Es una chica muy responsable. No sé qué decirle... excepto que tal vez, tal vez... usted pueda haber herido su sensibilidad.

—¿Su sensibilidad?

—Viene del Medio Oeste. Pienso que lo que le ocurre es que debe de ser muy sensible.

—¿Sensible? Pues tendrá que dejar de fastidiar con esas imbecilidades si quiere trabajar conmigo. Me han gustado sus cintas, pero no pienso soportar que se haga la estrella.

—¿Le han gustado sus cintas? —se apresuró a preguntar Sandy.

—Puede que tenga posibilidades... si no se vuelve loca.

—Eso no, no hay problema, se lo aseguro.

—No sé si es muy lista. Tal vez sea otra muñequita tonta como las demás, pero tiene el aspecto que buscamos. Esa cara inocente, fresca, campechana y... bueno, un cierto estilo. Quizá estemos dispuestos a probarla.

Sandy se apresuró a cambiar de táctica.

—Tiene toda la razón del mundo. Por eso lo traje aquí antes de que alguien nos la quitara. Además de ser guapa, cuenta con mucha experiencia; ha estado en seis televisiones locales y ahora era el personaje televisivo más popular de Richmond.

—Aunque fuera *Miss América*, aquí empezará desde abajo. ¿Lo tiene claro?

—Oh, sí —respondió Sandy.

—Muchísimo trabajo. Le pagaremos cincuenta mil al año, con una cláusula que permita rescindir el contrato a las trece semanas. A nosotros, no a ella.

—Perfecto, perfecto —aceptó Sandy—. Y le advierto que no le tiene miedo al trabajo. Hace unas entrevistas excelentes.

—De acuerdo, no exageres —atajó Wallace. Sandy empezó a dirigirse ya a la puerta del despacho, por si a Wallace se le ocurría cambiar de idea—. Y dile a la quisquillosa de tu clienta que, si tiene un hueco en su agenda, aparezca por aquí mañana por la mañana.

Cuando el representante salió, Ira Wallace no pudo evitar reír para sí. Hacía una

semana que había tomado la decisión de contratarla, desde que vio las cintas. Eran mil veces mejores que las demás. Pero a Wallace le gustaba ver a la gente encogerse de miedo. Claro que Dena no lo había hecho; se había enfrentado con él. Parecía muy distinta de los pasmarotes asustadizos que solían pulular por su oficina todo el día. Tal vez tuviera lo que él buscaba. Si era lo bastante lista como para hacer lo que se le dijera.

Sandy volvió corriendo a su oficina y llamó a Dena al hotel.

—Hola, Dena, soy Sandy. ¿Estás sentada?

—Lo siento mucho. Sé que he cometido una estupidez, ¿qué puedo decirte? No era mi intención avergonzarte.

—Dena...

—Sé que estás desilusionado, y yo también lo estoy, te lo juro. Pero prefiero ser taxista que permitir que me traten como a un... cero a la izquierda.

—¡Dena, escúchame!

—Aunque mi madre no tenía mucho dinero, no me educó para soportar los insultos de un mutante engreído. ¿Quién se ha creído que es?

—¿Has terminado?

—Sí.

—Te ha dado el trabajo.

—Sí, sí, no me cabe duda... Lo único de lo que me arrepiento (y porque soy una señora) es de no haberle dicho lo que podía hacer con su...

—Dena, escúchame, no es una broma. Le han gustado tus cintas. Te da el trabajo. Para empezar te pagará muy poco..., pero eso significa que ya estás dentro.

—Y te digo otra cosa, no trabajaría con ese hombre ni por un millón de dólares. No sé ni cómo ha logrado entrar en la televisión.

—Está bien, es un cerdo asqueroso y desagradable, pero no te lo tomes como algo personal. Te aseguro que trata a todo el mundo como basura. Lo que importa es que te da el trabajo.

Hubo una pausa.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Quiere que vayas mañana para hablar con él...

—Estás bromeando —dijo ella.

—No, te digo que le han gustado tus cintas. Opina que posees algo especial.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿No es una broma...?

—No.

—Ah, bueno. —Hizo otra pausa—. ¿Cuánto van a pagarme?

—Ya te he dicho que será un poco bajo al principio... pero...



—¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

—No lo sé, Sandy. Tengo que pensarlo. Volveré a llamarte.

Sandy se quedó sentado con el teléfono en la mano. No podía creer lo que acababa de oír. Colgó y alzó las brazos al techo.

—¿Le ofrecen el mejor puesto de Nueva York y tiene que pensarlo?

Diez minutos más tarde, telefoneó Dena. Él intentó simular tranquilidad.

—Sí. ¿Lo has pensado?

—Sí. Hubiera aceptado cincuenta mil, y contenta. Pero ese hombre me ha insultado y ahora tendrán que pagarme el doble.

Sandy gruñó.

—Dena, no me hagas esto. Padezco del corazón. Por favor..., por favor..., los nervios. Cincuenta mil no es una oferta despreciable.

—No es el dinero, son los principios.

—Dena, en este momento no puedes permitirte el lujo de tener principios. Espera a convertirte en una estrella y podrás mantener todos los principios que quieras. Confía en mí, éste no es el momento de hacerte la dura. No tienes con qué afirmarte.

—Sandy, si no lo hago ahora, no lo haré nunca. No puedo dejar que ese hombre me trate como basura y se salga con la suya. Además, si acepto el trabajo por menos de lo que valgo, creo que no me lo perdonaré.

—Dena... ¿Quién va a saber cuánto ganas? Tú, yo y algún contable anónimo. ¡Por favor!

—Lo sabré yo.

—Escúchame, yo soy el representante. Yo soy el que tendría que estar convencéndote de que pidieras más dinero, y no al revés; y te digo que aceptes esa suma.

Habló con ella durante veinte minutos más, pero Dena no se echó atrás.

—Además Sandy —añadió antes de colgar—, quiero que le expliques el motivo por el que quiero más dinero.

—Creí que Bea te caía bien —se quejó Sandy.

—Y me cae bien, ¿por qué?

—Entonces, ¿por qué tratas de dejarla viuda? Ira me matará si le telefono para decirle esto.

—Entonces le telefonaré yo. No le tengo miedo.

—No, no. Ya lo llamaré yo. Preferiría que me atacase una jauría de perros salvajes, pero lo llamaré.

Sandy contuvo el aliento mientras marcaba el número de teléfono de la oficina de Ira Wallace. Le hicieron aguardar cinco minutos y después oyó la amable voz de Wallace.

—¿Sí?

—Sí... señor Wallace, soy Sandy Cooper.

—¿Qué quieres?

—Es que... tenemos un pequeño problema... con el salario.

—¿De qué narices hablas?

—Se trata del caso Dena Nordstrom.

—Sí, vamos al grano. ¿Qué hay?

—Es decir..., cree que necesita un poco más, teniendo en cuenta que Nueva York es una ciudad tan cara y todo eso...

—¿Me dices que la loca de remate de tu clienta quiere un aumento cuando ni siquiera ha empezado a trabajar? ¿Has perdido el juicio? ¿Cuánto quiere, maldita sea?

Sandy inspiró profundamente.

—Quiere cien al año.

—¡Adiós infeliz! —aulló Wallace. Y colgó.

Sandy permaneció todo el día sentado junto al teléfono, con la vana esperanza de que Wallace telefonease. Wallace esperaba que Sandy se comunicara con él.

A las cuatro y media de la tarde, Sandy volvió a llamar a Dena y le rogó que reconsiderara el asunto, pero ella no dio su brazo a torcer. A las seis y cinco, Sandy contestó al teléfono. Era Wallace.

—Está bien, rata inmundada. Setenta y cinco, lo toma o lo deja. ¡Tienes cinco minutos!

Llamó a Dena de inmediato y se puso a hablar a toda velocidad.

—Dena, soy yo. Antes de decir nada, escúchame. Quiero que reflexiones sobre lo que estás haciendo. No pienses sólo en lo inmediato... Piensa adónde puede llevarte este trabajo. Acuérdate, si te va bien, un día de éstos tendrás un puesto en la televisión nacional. ¿No es verdad?

—Está bien —respondió ella—. Te escucho.

—No puedo creerlo, pero acaba de llamarme para hacer otra oferta. Pero prométeme que...

—¿Cuánto te ha propuesto?

—Setenta y cinco, o esto o nada... Pero piensa en tu...

—Acepto.

—¿Cómo?

—Que me parece bien. Acepto.

—¿Lo coges? ¿Así sin más? Ay, mis nervios. Me has hecho sufrir un ataque al corazón que todavía no he tenido tiempo de tener. Te llamo enseguida.

Cuando volvió a telefonar ni se tomó la molestia de saludarla.

—De acuerdo, Dena. ¿Tienes idea de los nervios que he pasado todo el día?

—¿Tú estabas nervioso? Pues yo he estado vomitando desde el mediodía.

—¿Sabes el riesgo que hemos corrido de perder este contrato? Si soy sincero contigo, jamás pensé que Wallace me telefonara.

—Yo tampoco —rió Dena.

—Esta vez has tenido suerte, pero prométeme que no jugarás más a la ruleta rusa con tu carrera, ¿vale?

—De acuerdo, te lo prometo. —Dena soltó otra risita nerviosa.

—Espera, estoy llamando a Bea por la otra línea. Lleva encendiendo velas todo el día. —Aguardó hasta que Sandy recuperó la llamada—. Bea dice que te felicita y que os invite a cenar a las dos. ¿Adónde te apetece ir? Eliges tú.

—Al Twenty-One —contestó Dena.

—¿Al club Twenty-One? No creo que podamos entrar. Es un club privado o algo parecido y además ya es tarde para reservar mesa. ¿Qué te parece si vamos al Sardi?

—Ya tenemos mesa reservada en el Twenty-One.

Sandy se quedó boquiabierto.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Tengo un amigo allí y le he contado que íbamos a celebrar una cosa.

—¿Cómo sabías que tendríamos algo que celebrar?

Dena rió.

—No lo sabía, pero, de todos modos, siempre he querido cenar en el Twenty-One.

—¿Hace veinticuatro horas que estás en Nueva York y ya tienes amigos?

—Bueno, en realidad es un amigo que hice ayer en el avión. Me dijo que si alguna vez necesitaba un favor, lo llamara, y eso he hecho.

Sandy colgó sin salir de su asombro. Llevaba viviendo en Manhattan toda su vida y Dena acababa de llegar y lo invitaba a sitios que no conocía. Aun así, se preguntó cómo le iría en Nueva York a una buena persona como ella. Quizá no tuviera problemas, eso esperaba pero sabía que Nueva York era una ciudad hostil, llena de seres despiadados que no veían la hora de destrozarte. Allí, el éxito podía ser brutal. Miró de reojo el titular de la primera plana del periódico que su secretaria le había dejado en el escritorio. Ser bueno, o incluso distinguido e importante, ya no protegía. Un desliz, y se perdía la reputación para siempre. Si no, allí estaba lo que le había ocurrido a Arthur Rosemond. Pobre hombre.

# Una buena persona

*Nueva York*

1968

Arthur Rosemond había nacido en Noruega y a los diecisiete años era ya uno de los dirigentes de la resistencia clandestina durante la Segunda Guerra Mundial. En 1942, lo arrestaron y lo enviaron a un campo de concentración, de donde logró escapar dos años después. Cuando terminó la guerra marchó a Estados Unidos, donde realizó un máster en Ciencias Políticas en la Universidad de Georgetown. A los treinta años de edad ya había escrito tres libros y había ejercido durante cuatro años como asesor especial del ministro de Asuntos Exteriores. Sólo tenía cuarenta y dos cuando recibió el nombramiento para un puesto de responsabilidad en las Naciones Unidas, y desde ese cargo había impulsado importantes negociaciones de paz y había viajado por diversas partes del mundo durante los últimos once años. Hacía dos años había compartido el Premio Nobel de la Paz, concedido por sus esfuerzos conciliadores.

En cuanto a su vida privada, se lo consideraba un poco fuera de lo común, porque, si bien estaba felizmente casado, mantenía la amistad tanto de sus amigos como de sus amigas. La compañía femenina le parecía verdaderamente interesante, pues las intuiciones de sus amigas y sus observaciones sobre las personas le resultaban muy útiles. Una de estas amigas era Pamela Lathrope. Habían mantenido una estrecha amistad mientras ella estuvo casada y siguieron manteniéndola tras su divorcio. Rosemond consideraba a Pamela una de las personas más agudas que había conocido, y acostumbraba a pedirle consejo cuando se enfrentaba a una negociación particularmente difícil. Solían cenar juntos para tratar algún asunto concreto, en ocasiones acompañados de la esposa de Rosemond u otros amigos, y en ocasiones, solos. Como aquella noche. Rosemond tenía problemas en su trato con el nuevo representante de Francia, cuyo apoyo necesitaba respecto a diversas cuestiones inminentes, y no lograba llegar a ningún punto. Con el anterior embajador francés había establecido una maravillosa relación de colaboración profesional y social, pero con el nuevo estaba muy lejos de ser así por el momento.

Arthur necesitaba encontrarse con él en alguna reunión social no muy concurrida con el fin de observarlo y poder comprender su manera de actuar. Para ello había recurrido a la ayuda de Pamela, quien era famosa por las cenas que organizaba, cuyas invitaciones nadie rechazaba. Como la mayoría, el diplomático francés aceptó. Sólo iban a reunirse Arthur junto con su esposa, Beverly; el embajador y su esposa, y Pamela. Arthur anhelaba el momento en que Pamela pudiese observar detenidamente la situación durante un rato. Poseía la habilidad de observar a las personas y catalogarlas con mucha más precisión que él. Esa tarde, tres horas antes de la cena, la esposa de Arthur telefoneó a Pamela.

—Escucha, Pamela, soy Beverly; ¿me matarías si no fuera a la cena esta noche?

—Por supuesto que no.

—Disculpa que te avise a esta hora, pero es que estoy agotada. Llevo trabajando en el jardín con los jardineros desde las siete de la mañana. Parece mentira que, precisamente hoy, hayan aparecido con todas las plantas nuevas. No estoy arreglada y hasta que me duche, me vista y llegue ahí... Se me hará tarde de todos modos. ¿Crees que a Arthur le molestará?

—No, no creo. No te preocupes, yo le avisaré. Relájate y date un baño caliente.

—Eres una maravilla. Te debo una; no te olvides.

Pamela no se preocupó en absoluto. Sabía que Beverly, dieciséis años menor que Arthur, lo adoraba, pero no le gustaban los interminables compromisos sociales de su marido. Prefería mil veces quedarse en su casa con sus hijos atendiéndolos o leyendo. No podía quejarse de que Beverly no asistiese a la cena. Por lo que había explicado Arthur, el embajador francés y su esposa no constituían precisamente la pareja más divertida de París... como se comprobó después.

A pesar de todo, la cena transcurrió apaciblemente. Pamela, al tiempo que se ocupaba de ser una considerada anfitriona, fue tomando nota mentalmente de cuanto observaba sobre el pequeño hombre y su esposa, baja y robusta. Una vez terminó la velada, cerró la puerta de su casa y se dirigió a la salita. Allí la aguardaba Arthur.

—Ahora entiendo a qué te referías —comenzó Pamela.

—Ya te lo dije: no consigo arrancarle una respuesta concreta de ninguna de las maneras. Nunca acabo de saber por dónde va.

Pamela encendió un cigarrillo.

—En primer lugar, nunca te va a dar una respuesta seria porque no es un hombre que tome decisiones.

Arthur asintió con la cabeza.

—Es exactamente lo que pensaba, pero necesitaba que me lo confirmaras.

—No hay ninguna duda. Ese hombre no ha tenido una sola idea original en toda su vida. —Arthur sonrió. De repente, se encogió de dolor. Pamela lo miró—. ¿Qué te pasa?

—No sé, será una indigestión.

Comenzó a aflojarse la corbata. Parecía que le faltaba aire. Pamela notó que había comenzado a sudar.

—¿Te encuentras mal?

—Me... duele el estómago.

Se encogió con otra punzada de dolor y cayó al suelo. Pamela se levantó de un salto y trató de sujetarlo, pero no llegó a tiempo. Corrió a la cocina, llamó al portero por el interfono y le pidió ayuda a gritos. Cuando volvió corriendo a la salita de estar, Arthur se hallaba inconsciente. Pamela cogió el teléfono y llamó al número de Urgencias; después volvió a acercarse a Arthur y le quitó la corbata. Cuando el portero llegó, estaba desesperada. No se le encontraba el pulso.

# Confía en mí

Nueva York  
1968

Sidney Capello era nervioso desde pequeño. Aquella noche recorría a zancadas el cuartucho del hotel de mala muerte del cruce de la calle Cuarenta y ocho con la Tercera Avenida, donde vivía, más preocupado de lo normal. Algo no funcionaba. Sidney había obtenido renombre en ciertos círculos como periodista independiente, especializado en obtener información privada sobre personas públicas. Tenía informantes pagados, ocultos en un sinfín de rincones y recovecos, que cubrían Nueva York como una gigantesca telaraña. Los ricos o los famosos no hacían muchos movimientos sin que Sidney se enterase de una u otra forma. Pero últimamente los informantes de Sidney estaban decepcionándolo. Su tropa de soplones permanecía extrañamente callada. La fábrica de chismes y rumores que a veces escupía material sucio y rentable durante las veinticuatro horas del día se había atascado de repente. Puede que los famosos se hubieran propuesto portarse bien o, sencillamente, que hubieran empezado a ser más discretos. O escurridizos. Esa noche, Sidney los odiaba. Le impedían ganarse la vida, con todo el dinero que tenían. Eran unos ingratos y codiciosos. Aunque recibía una paga fija de un periódico de Nueva York y de dos de los mejores columnistas de chismes, lo que más le molestaba era pagar dinero en vano. La situación le estaba haciendo echar canas. Desde hacía dos meses no disponía de un escándalo grande, gordo y candente; ni siquiera de un chismorreo jugoso. Estaba inquieto y no podía dormir. Se moría por tener algún indicio de algo, cualquier detalle que poder exprimir hasta convertirlo en noticia. A eso de las doce y media de la noche, cuando llamaron por teléfono, Sidney estaba a punto para entrar en acción.

Llamaba Mary, del Servicio de Ambulancias de la Ciudad. Acababa de enviar una unidad al edificio Beekman Towers, apartamento 107. Sidney tardó menos en cerrar la puerta y salir a la calle de lo que tarda un bombero en bajar por el tubo.

Nunca había sido *boy scout*, pero iba siempre preparado. Llevaba siempre unos dos mil dólares en efectivo en el bolsillo, una pequeña cámara alemana plateada con una gran lente e impresos de autorización. En su trabajo no podía permitirse el lujo de perder un segundo, con todos los novatos de la ciudad que intentaban estafarlo. Estaba emocionado. El Beekman Towers era un hotel residencial exclusivo de la zona Este, situado cerca del edificio de las Naciones Unidas. Prácticamente cualquiera que estuviese allí podía ser noticia. Le invadió la adrenalina, y en cinco minutos llegó corriendo al edificio, pisando los talones a la ambulancia. Logró pasar inadvertido entre los agentes de seguridad y en un santiamén se coló y se halló ante el apartamento 107. Vio que unos médicos intentaban reanimar a un hombre que estaba desmayado en el pasillo. Sidney había cultivado el arte de escabullirse en cualquier

parte sin ser visto. Había trabajado tres años como detective privado dedicado, sobre todo, a las irrupciones sorpresivas para conseguir divorcios, y el trabajo le había servido de entrenamiento. Su especialidad era actuar rápidamente entre las personas afectadas o distraídas por la tragedia ocurrida. Mientras los médicos se esforzaban por salvar la vida del hombre, Sidney hizo al menos diez fotografías sin llamar la atención y averiguó quién era el hombre y a quién había ido a visitar, antes de que nadie supiera bien qué había sucedido. Sidney se esforzó por no reír de satisfacción en voz alta. Después de todo, Dios existía. ¡Por fin! Tenía en las manos un escándalo de primera plana y ya se lo imaginaba. Había dado en el clavo. Arthur Rosemond acababa de hacer un enorme favor a Sidney al morir de un ataque al corazón en el piso de una mujer que no era su esposa.

La señora Pamela Lathrope III era una persona de gran actividad social que se había divorciado del multimillonario Stanley Lathrope III, recientemente elegido gobernador del estado de Nueva York. Sidney había oído siempre rumores vagos sobre la relación entre la señora Lathrope y el embajador pero nunca había podido pillarlos. Hasta aquella noche. Estaba a punto de dar botes de alegría. ¡Qué agradable era volver al ruedo! Sólo momentos después se había hecho ya con más nombres y más fotos. Había hecho una del piso y otra del portero, pero lo más importante era que había conseguido la foto que valía oro, una toma perfecta del rostro del muerto, efectuada cuando pasaba por su lado la camilla. Lo único que no había podido sacar era una foto de la señora Lathrope, pero en el periódico encontrarían alguna. Tenían fotos de archivo de todas las personas destacadas y famosas para usarlas en caso de urgencia, muerte súbita o escándalo; lo que ocurriera primero.

Aquella noche, Sidney era el rey y el mundo se inclinaba a sus pies. Le habían lanzado un pedazo de carnaza, y se lo había arrebatado de las manos a otros imbéciles para sacarle provecho. Así, antes de que la ambulancia tuviera tiempo de llegar al hospital, Sidney hablaba ya desde el teléfono del vestíbulo con un editor y regateaba en voz baja el precio de la noticia y de las fotos. Obtuvo hasta el último centavo que pudo, pero el editor quería algo más que los hechos.

—¿No tienes nada más que sirva? Quiero detalles íntimos, informaciones de testigos. ¿Puedes conseguírmelo? ¿Tienes a alguien?

Sidney pensó rápidamente y se fijó en el portero, a quien antes había hecho unas breves preguntas, que hablaba ahora con algunos vecinos del edificio.

—El portero dice que ha sido el primero en entrar en el apartamento. Tal vez nos dé algo... a cambio de dinero.

—Adelante. Consigue lo que sea. Averigua qué llevaba la señora, dónde se vestían, si los ha encontrado en la cama.

—Afirma que estaba en la sala.

—Sí, bueno, explícale cuánto vale la noticia si de repente recuerda que los encontró en posición horizontal.

—¿Cuánto puedo ofrecerle?

—Hasta mil quinientos. Consigue lo que sea.

Sidney no apartó la vista del portero.

—Algo conseguiré. No te preocupes. ¿No lo hago siempre?

—Oye, Sidney..., que firme. Necesito cubrirme las espaldas. No puedo usar la noticia a menos que firme.

—De acuerdo.

Sidney colgó, abrió su bloc de notas y fue en busca del portero.

—Señor O'Connell, ¿podemos hablar en privado? Es muy importante.

—Sí, señor.

El portero se apartó de los otros y se acercó. Sidney exhibió una acreditación falsa de periodista de *The New York Times*.

—Señor O'Connell, mi jefe está esperando al teléfono y me ha pedido que verifique algunos de los hechos para asegurarnos de que poseo la información cierta. Usted se llama Michael O'Connell y ha sido el primero en llegar al lugar de los hechos, ¿no es cierto?

El portero, alto, pelirrojo y uniformado, no había superado todavía la conmoción.

—Sí, señor, así es. Yo me encontraba en el vestíbulo cuando la señora Lathrope me llamó, muy agitada, gritando que la ayudara.

—¿Y después qué ocurrió?

—Bueno, señor, subí lo más rápido que pude, corrí por el pasillo hasta llegar al piso y, cuando llegué, encontré la puerta abierta y entré.

Sidney alzó la mano.

—Espere. A ver si nos entendemos. Cuando llegó, la puerta estaba abierta, así que entró en el dormitorio.

—No, señor, era la salita; y entonces vi al señor Rosemond desplomado en el sillón.

Sidney lo miró con sorpresa.

—¿En la salita? Antes me ha dicho que fue en el dormitorio. ¿Está seguro de que no seguían en el dormitorio?

El portero lo miró fijamente.

—No, señor, nunca he dicho que fuera en el dormitorio. Después, ayudé a la señora Lathrope a tumbarlo en el suelo.

—Aguarde. —Sidney simuló releer sus apuntes—. Sí, aquí está. Usted ha dicho que la puerta del dormitorio estaba abierta de par en par y que entró.

—Bueno, no recuerdo haber dicho eso... pero sin ninguna duda estaban...

—Entiendo, pero la puerta del dormitorio estaba abierta, ¿verdad?

—Bueno, no me fijé. Podría ser, pero no me acuerdo, señor.

Sidney esbozó una sonrisa comprensiva.

—Claro, no puede recordar todos los detalles. Es imposible. Me imagino que la señora Lathrope estaría muy alterada.

—¡Oh, sí, señor, muy alterada!



—¿Qué dijo?

—No dejaba de decir: «Ay, Dios mío»... y cosas así.

—Comprendo, sí; cuando la gente está mal, se confunde. ¿Cómo diablos se puede esperar que recuerde usted cada detalle? Permítame preguntarle: ¿cabe alguna posibilidad, por remota que sea, de que él se encontrara en el dormitorio y de que la puerta abierta que usted recuerda fuese la puerta del dormitorio? ¿No es posible que lo haya usted olvidado con el nerviosismo? Sería una equivocación natural.

—¿Por qué insiste en eso? Yo no mentiría sobre algo así. La señora Lathrope y yo lo levantamos del sillón y lo pusimos en el suelo, y ella le aflojó la corbata. De eso me acuerdo. Si no me cree, pregúntele a la señora Lathrope.

—¡Oh, no! —se negó Sidney—. No vamos a molestarla en este momento. Seguramente estará tan nerviosa que no recordará si se encontraba en el dormitorio, en la sala o dónde. Tal vez ni usted se acuerda que entró en el dormitorio. La gente se marea y se confunde. Yo cubro este tipo de sucesos y...

Había ido demasiado lejos. O'Connell adoptó una actitud hostil.

—Mire, no sé adónde quiere usted ir a parar, pero él estaba en la sala, y punto.

—Está bien, hombre, está bien. Usted gana, como usted diga. —Después suspiró, movió la cabeza y cerró lentamente la libreta de notas—. Es una pena... que no lo recuerde, usted que fue el primero en llegar al escenario de los hechos. Pero oiga, mire, la verdad es que a mí me da igual. Lo que ocurre es que mi jefe estaba dispuesto a entregar un buen fajo de billetes a cambio del informe de un testigo directo. ¿Tiene usted hijos?

—¿Hijos? Sí, señor, tengo seis —respondió el portero.

—Me lo imaginaba. Me parece terrible que ellos salgan perdiendo en este negocio. Mil dólares es mucho dinero. Me parece terrible que usted se lo pierda. Eso es todo.

—¿De qué habla? —preguntó el portero, frunciendo el entrecejo.

—Hablo de mil dólares. Libres de impuesto. Los tengo aquí, en el bolsillo... y son para usted, si los quiere. —El portero no parecía entender. Sidney miró el vestíbulo y sugirió—: Acompañeme un momento.

Llevo al portero a un rincón del vestíbulo, se puso de espaldas al pasillo y extrajo del bolsillo diez flamantes billetes de cien dólares, como si fueran fotos pornográficas.

—Tenga, cójalos. Usted encontró a los dos en el dormitorio, ¿y qué? ¿En qué cambia eso las cosas a estas alturas? El tipo se ha muerto, narices. A él ya no le importa.

El portero miró los billetes.

—Pero era un buen hombre. Y estaba en la salita.

Sidney empezó a sentirse frustrado e irritado.

—Mire, mi jefe puede llegar hasta mil doscientos.

Ahora vio lo que había estado esperando con tanto esfuerzo: unas diminutas gotas

de sudor comenzaron a aparecer en la frente del portero.

—Maldita sea... En realidad, sé que le podría pagar hasta mil quinientos. Usted tiene la sartén por el mango, hombre, es el único testigo. Lo tiene cogido de narices. Es mucho dinero; no puede permitirse el lujo de despreciarlo. Vamos, no sea tonto. ¿No le viene bien el dinero?

—No es que no me venga bien. —El portero sacó un pañuelo, se quitó la gorra y se secó la frente—. Creo que no puedo mentir así.

—Caray, no se trata exactamente de mentir. Por lo que usted sabe, puede que haya sucedido así, pero usted no lo recuerda. Además, no hace daño a nadie. ¿A quién va a hacer daño?

—No, me parece que no puedo. No puedo aceptar el dinero por algo...

—Bueno, es una verdadera lástima. Me estoy partiendo la cara por hacerle a usted un favor y es usted demasiado tonto para apreciarlo. No diga nunca que no lo intenté.

Sidney volvió a guardarse el dinero en el bolsillo, lentamente, y se alejó del portero. Pero enseguida se detuvo un instante y volvió.

—Mire, la verdad es que no sé por qué hago esto, ¡maldita sea! Porque con lo que le voy a decir tal vez esté jugándome el empleo, ¿entiende?

Echó una ojeada a su alrededor y habló como si estuviera haciendo una confidencia:

—Oiga, la verdad es que mi jefe tampoco lo necesita a usted para nada. Va a escribir la noticia como quiera, y se caga en lo que usted diga o no diga. Y a mí me importa un bledo que él quiera tirar su dinero. Lo que me parece terrible es que renuncie usted a una oportunidad única... si no por usted, hágalo por sus hijos. No sea tonto. A mi jefe le sobra y no le afecta para nada. Vamos..., acéptelo...

El portero tragó saliva.

—¿Qué tendría que hacer?

—Nada, eso es lo mejor. Nada. Solamente firmar un simple papel que dice que nos cede los derechos exclusivos de su relato. El dinero no queda registrado y está libre de impuestos. Así ningún otro periódico... lo molestará. Es para protegerlo a usted, además de a nosotros. —Sidney metió la mano en el bolsillo y volvió a sacar el dinero—. ¡Caray! Quedemos en dos mil. Le diré a mi jefe que tuve que subirlo. Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no?

Pareció que el portero iba a aceptar el dinero, pero vaciló una vez más y retrocedió negando con la cabeza.

—No, no puedo. Sería incapaz de volver a mirar a la cara a la señora Lathrope. Es una persona maravillosa.

—Es comprensible. ¿Y por qué iba a hacerlo? Me refiero a mirarla a la cara. Mi jefe puede colocarlo en cualquier edificio de la ciudad. ¡Caramba! Si él es propietario de unos veinte. Le explicaré la situación y lo colocará en otro sitio con el mismo sueldo y puede que hasta un poco más alto. Es un hombre muy compasivo, como le he dicho, un tipo generoso, aunque no tiene por qué darle a usted ni un centavo,

recuérdelo. —El portero tenía la cara empapada de sudor—. Voy a ponérselo más fácil. Ni siquiera citaremos su nombre. Pondré: «Un testigo no identificado», y punto. ¿Le parece bien? ¿Así le resulta más fácil?

—¿No citará mi nombre?

—Le doy mi palabra de honor. —Sidney miró su reloj—. Mire, amigo, no tengo ninguna intención de meterle prisa, pero tengo que entregar y me voy corriendo. ¿Se decide o no? —El portero no se movió. Él le acercó el dinero insistiéndole—: ¡Vamos, cójalo! No voy a dejarle desperdiciar esta oportunidad. —Le encajó el dinero en la mano y le ordenó—: Guárdelo en el bolsillo, firme aquí; yo me voy, usted es rico y no hacemos daño a nadie.

El portero cogió el bolígrafo, aturdido.

—Si no va a citar mi nombre, ¿por qué tengo que firmar?

—No es nada, no se preocupe, es sólo un contrato interno. Se hace por motivos legales, no lo ve nadie. No tiene absolutamente nada de qué preocuparse. Confíe en mí; yo no le aconsejaría mal. —Mientras el portero firmaba, Sidney no dejaba de hablar—. Me estará agradecido por esto, créame. Los trabajadores tenemos que apoyarnos mutuamente, ¿no?

Cuando el portero escribió la última «l» de «O'Connell», Sidney le arrebató el papel y salió corriendo. Volvió la cabeza sólo para gritarle:

—Gracias, amigo. No se arrepentirá.

El portero preguntó:

—¿Está seguro de que no va a...?

Pero Sidney ya había cruzado la puerta. Llegó al despacho del editor y lo primero que hizo fue tenderle el papel firmado.

—Aquí está. Pero no ha sido fácil. Ese irlandés miserable nos ha sacado dos mil quinientos.

El editor abrió un cajón y sacó los billetes.

—Si me entero de que no existe ningún portero llamado O'Connell, está muerto, Sidney.

Él pareció indignarse.

—Vaya, ¿no confías en mí? Podría haberte sacado tres mil por una noticia así. ¿Crees que intentaré estafarte? Eres como un padre para mí.

El editor le hizo una seña con la mano para que se fuese.

—Sí, vete ya de una vez, cretino.

Sidney se echó a reír y salió del despacho. Estaba demasiado nervioso para irse a la cama, así que dio una vuelta por uno o dos bares. Salía el sol cuando volvió al hotel. Aquel día el mundo le parecía deslumbrante. Incluso se percató de que había flores en las ventanas. ¿Siempre habían estado allí? Cuando entró en su habitación, estaba cansado y pudo ya dormir bien.

Apenas tres minutos después de que Capello llegó a su hotel, la ciudad se llenó de furgonetas de reparto con montones enormes de periódicos. Podría decirse que la

primera plana gritaba desde las aceras. Para algunos lectores, en especial los familiares y los amigos de las partes involucradas, el titular y las fotos resultarían tan crueles y brutales como un acto de exhibicionismo para los niños de una escuela. Para los desconocidos que pasaban deprisa camino del trabajo, fue sólo un entretenimiento más de la mañana, una sorpresa leve, un sobresalto, un estremecimiento súbito como el que produce un buen café fuerte que ayuda a empezar el día.

### **¡ROSEMOND MUERE EN SU NIDO DE AMOR!**

Arthur Rosemond, ganador del Premio Nobel de la Paz y embajador de Estados Unidos, murió súbitamente ayer por la noche en el lecho de la señora Pamela Lathrope, su amante desde hace años, exesposa del gobernador Stanley Lathrope.

Michael J. O'Connell, el portero del lujoso hotel Beekman Towers de la zona Este de la ciudad, confió a este cronista ayer por la noche, en una entrevista exclusiva, que alrededor de las 10.40 recibió una llamada urgente desde el apartamento de la señora Lathrope. Cuando llegó, la puerta estaba abierta, y entró en el dormitorio, donde encontró a la señora Lathrope semidesnuda, histérica y apesadumbrada, inclinada sobre el cuerpo de Rosemond, según O'Connell.

El portero confirmó, además, que Rosemond visitaba con frecuencia la *suite* de Lathrope y, evidentemente alterado aún por haber presenciado la tragedia de ayer por la noche, comentó con dolor: «Era un buen hombre, pero supongo que murió como preferirían morir casi todos los hombres».

Se localizó a la señora Rosemond en la casa del matrimonio, en Pound Ridge, Nueva York, y se le comunicó la muerte de su esposo.

# En ascenso

*Nueva York*  
1973

Después de aceptar el puesto de trabajo en la televisión local de Nueva York, Dena se pasó tres largos años sonriendo y asintiendo ante el presentador del programa matinal, que llevaba un ostentoso peluquín. Además, tuvo que entrevistar a varios autores de libros de cocina, de decoración de interiores y de educación infantil, tres temas que no le interesaban en absoluto. Finalmente, obtuvo lo que deseaba: pasó a ser copresentadora del programa matutino de la televisión nacional. El paso resultó fácil, su tarea seguía consistiendo en sonreír y asentir ante otro presentador que también usaba peluquín, y en hacer más o menos el mismo tipo de entrevistas.

Era el mejor puesto al que podía aspirar la mayoría de las mujeres en aquel momento, y todas se hubieran sentido satisfechas. Pero ella apuntaba al nuevo telediario nocturno, que duraba una hora y se transmitía en horario punta, y que había sido creado por su exjefe, Ira Wallace, que en aquel momento lo producía. Tal como había predicho Sandy, la televisión nacional se veía forzada a colocar en él a una mujer. Poco después, Sandy convenció a los directivos de que la dejaran realizar entrevistas en el telediario nocturno. Aunque se trataba de notas intrascendentes, que se insertaban entre noticias importantes, Dena desarrollaba bien su trabajo y éste, a la vez, le ofrecía la posibilidad de conocer a personas interesantes e influyentes.

A pesar de todo, al cabo de un año seguían considerándola sólo una chica guapa que servía de relleno y era capaz de encargarse de alguna entrevista de poca importancia. Ni Wallace ni ningún otro productor estaban dispuestos a asignar a una mujer entrevistas serias y de peso, que tuvieran repercusión. Dena sabía que si pretendía conseguir alguna, tendría que buscársela ella.

Pasó semanas enteras haciendo averiguaciones, hasta que un día dio con el hombre que necesitaba. El senador Orville Bosley había cambiado de partido político y se había hecho demócrata. Todo el mundo sospechaba que perseguía una posición de relieve, tal vez la vicepresidencia. La prensa buscaba satisfacer su curiosidad y los periodistas intentaban hablar con él, sin el menor resultado. Bosley había cambiado de conducta, se mostraba muy discreto y no concedía entrevistas. A partir de los informes de Woodward y de Bernstein, y del comienzo de las investigaciones por el escándalo Watergate, los políticos recelaban de los periodistas y rechazaban muchos reportajes. Por suerte para Dena, Bosley era un hombre que creía tener a todas las mujeres a sus pies. A ella le parecía un idiota y un engreído, pero la situación le venía como anillo al dedo.

Se enteró de que Bosley iba a asistir a una recepción para senadores y diputados demócratas recién elegidos, que iba a celebrarse en el hotel Shorehem de Washington.

Cogió el tren a Washington por la tarde, con la idea de hacer su aparición por la noche, aproximadamente una hora después de que hubiera comenzado la recepción. Llegó sola, ataviada con un vestido negro largo con un corte lateral. Sabía que las piernas y el pelo eran sus mejores bazas. Sólo llevaba como joya una gargantilla de oro. No quería parecerse a las esposas de los senadores, y no se parecía.

Bosley se encontraba en un rincón del salón, rodeado como siempre de un grupo de hombres, todos vestidos con idéntica americana y corbata. Se le veía henchido de orgullo, con la arrogancia de hombre rudo que le caracterizaba. Conversaba muy concentrado sobre política económica, cuando al alzar la vista la vio.

Dena permaneció inmóvil en la puerta el tiempo suficiente para interrumpir las conversaciones. Después se abrió paso entre los presentes hasta llegar a Bosley. Los invitados se hacían a un lado como las aguas del mar Rojo al abrirse, y ella caminó directamente, sin detenerse, hasta encontrarse frente al senador. Llevaba el pelo peinado con raya a un lado, de modo que, cuando volvía levemente la cara al hablar, le caía sobre la frente un mechón de pelo, lo cual fascinó a Bosley. Lo miró directamente a ojos y sonrió.

—Bueno, senador, parece que usted y yo fumamos la misma marca de cigarrillos.

Tres semanas más tarde, lo tenía sentado delante de ella en el estudio, con un micrófono al cuello, preparado para ofrecer su primera entrevista desde que había cambiado de partido. Ira Wallace no salía de su asombro. Los presentadores de la cadena se morían de rabia porque Dena lo había conseguido y tenían la esperanza de que se estrellara. Pero los telespectadores no veían lo que ocurría tras las cámaras ni sabían que, en la consola, todas las miradas se clavaban en Dena como si estuviera a punto de lanzarse desde lo alto de un edificio. Lo único que veían los telespectadores era una joven de apariencia afable con un sencillo traje de lana rojo y negro, de ojos azules y piel de color melocotón claro, que, cuando comenzaron, aparecía tan tranquila y serena como si charlara con un viejo amigo en su sala de estar. Sonreía al entrevistado, como prestando extrema atención a cada una de sus palabras. Parecía comprensiva cuando él contó que se había criado en la época de la Depresión y había comido sólo crepes durante un año entero. Leyó una nota de una maestra de la escuela primaria del senador, que decía: «Orville siempre estuvo a la cabeza, incluso de niño. Siempre supe que llegaría muy lejos». Los dos se rieron cuando en la pantalla se mostró una foto de Orville de pequeño, vestido con un mono raído. En un momento en que el senador se hallaba completamente relajado, Dena comentó con una sonrisa:

—Senador, se dice que, si bien usted es demócrata, sus votos son... más bien parecidos a los de un republicano conservador. ¿No le parecería justo comunicar a su electorado demócrata que, aunque se ha pasado a otro partido, sigue manteniendo la misma posición?

La pregunta sorprendió al senador con la guardia baja. Creía que iban a seguir hablando de su infancia pobre y del esfuerzo que había hecho de joven para pagarse

los estudios universitarios recogiendo algodón y cavando zanjas. Se puso a tartamudear.

—Bueno... mmm... Me parece que esa acusación no tiene ningún fundamento. Todos los que me conocen saben de qué color son mis votaciones...

Dena conocía con detalle todas las votaciones emitidas por el senador y fue exponiendo sus argumentos con calma, tema por tema. El equipo de investigadores de Ira la había preparado bien, y estaba lista para lidiar con él. Cuando Bosley acababa de referirse a un tema concreto, Dena citaba todos los votos que había emitido en relación con él, y siguió haciendo lo mismo con cada punto que él mencionaba, con absoluto detalle y con la eficacia de una ametralladora. Los entrevistadores varones perdieron la esperanza de que fracasara. Las actuaciones y votaciones de Bosley contradecían todas sus manifestaciones. Dena lo destapó por completo, en horario punta y por la televisión nacional.

La entrevista había constituido un verdadero desafío para Dena. Debía estar guapa, ser simpática, tener los datos a mano y, a la vez, dar la impresión de que casi se sorprendía ella también. Y lo había logrado en menos de diez minutos.

Cuando el director anunció que ya no emitían, Dena experimentó la sensación de haber metido un gol en el último instante. Mientras salía del estudio escoltada por los compañeros y recibía las felicitaciones de Ira Wallace y de Sandy, miró de reojo a Bosley. Fue sólo un segundo, pero alcanzó a verle la cara. Estaba todavía allí sentado, anonadado y destruido por lo que acababa de sucederle.

Una semana después leyó en la prensa que, a consecuencia de la entrevista, era probable que Bosley no consiguiera los votos suficientes para ser reelegido y, menos aún, para obtener la candidatura a la vicepresidencia. Dena no pudo evitar sentirse culpable. Entendió el alcance de lo que había hecho y comprendió mejor que nunca cuánto poder ejercía el medio en el que trabajaba. Pero ya era demasiado tarde. No podía arrepentirse a esas alturas; debía seguir adelante. Ira le había dejado entrever que si seguía el camino adecuado, en el plazo de un año aproximadamente, podía llegar a ser la primera mujer a la que se le ofreciera un puesto fijo en el programa.

Era obvio que su carrera iba en ascenso. La entrevista le había costado cara a Bosley, pero también a Dena. La carrera de él quedó arruinada, pero ella se despertaba por las noches con terribles dolores de estómago.

# Una pregunta para Macky

*Elmwood Springs, Missouri*

1973

La tía Elner era una campesina tierna y rolliza que sonreía con la dulzura de una niña. Tenía canas, pero sus ojos y su sonrisa rebosaban juventud. Y siempre olía a pastel de bodas por los polvos Cashmere Bouquet y la colonia refrescante Dorothy Gray que usaba, aun en invierno, y que impregnaban toda su casa de un aroma embriagador. No tenía hijos, pero adoraba a los niños y ellos la correspondían. Todos los años, por Pascua, recortaba la silueta de unas patas de conejo sobre un gran trozo de cartulina, las espolvoreaba con talco y dejaba huellas de pisadas con ellas, simulando que el conejo de Pascua había atravesado la casa dando saltos, desde la puerta de entrada hasta la trasera. Después, todos los niños del barrio acudían a buscar las cestas de Pascua que, según ella decía, les había dejado el conejo.

Eran las once de la mañana, y Norma estaba pensando en lo que iba a preparar para el almuerzo cuando llamó la tía Elner.

—¿Está Macky?

—Sí, está en el jardín.

—Dile que quiero hablar con él, por favor, tesoro.

—¿Quieres que te llame después?

—No. Dale una voz y dile que se ponga al teléfono, espero. Necesito preguntarle una cosa importante.

Norma fue a la puerta trasera y llamó a Macky, que estaba cavando en el bancal de las lombrices.

—Macky, te llaman por teléfono.

—¿Quién es?

—La tía Elner.

—Dile que la llamo enseguida.

—Quiere hablar contigo ahora mismo.

—Pregúntale para qué.

—Tía Elner, dice que te pregunte qué quieres.

—Bueno... Necesito hablarle de una cosa.

—Macky, necesita hablarte ahora mismo.

—Ya voy.

Macky se incorporó y se sacudió la tierra de las manos. Entró en la cocina y se dirigió al teléfono. Norma lo detuvo antes de que tocara el aparato.

—Lávate las manos. ¡No quiero que el teléfono se me llene de gérmenes de lombriz!

Él fue al fregadero.



—¿Sabes qué es lo que quiere?

—No, no lo sé. Pero parece urgente. —Arrancó del rollo una toalla de papel y se la tendió—. Toma, sécate con esto.

Él se secó las manos y cogió el teléfono.

—Hola. ¿Qué pasa?

—¿Está ahí Norma?

—Sí.

—Bueno, que no se dé cuenta de que es algo malo, pero necesito que vengas, mires lo que han puesto en la puerta y me des tu opinión.

—Muy bien.

—Y fíjate si te han pegado algo en la tuya. Si es así, quítalo antes de que lo vea Norma, que ya bastante nerviosa es de por sí.

—Perfecto.

La tía Elnor lo aguardaba en el porche cuando llegó.

—¿Había algo en tu puerta?

—No, no. Nada de nada. —Macky negó con la cabeza mientras pasaba por encima del gato, *Sonny*, que descansaba en la acera.

—Bueno, ¿quieres ver lo que me han puesto a mí? Míralo y dime qué opinas. —Y le puso en la mano un papel rojo brillante, con unas letras negras que decían:

CUIDADO: EL APOCALIPSIS ESTÁ A UN PASO. ¡SE ACERCA EL FIN DEL MUNDO! EL REVERENDO CLAY STILES HA TENIDO UNA REVELACIÓN DIVINA SOBRE EL FIN DEL MUNDO. ESTÁ INFORMACIÓN SE BASA EN VISIONES DE LOS ACONTECIMIENTOS FINALES, QUE RECIBIÓ DE DIOS EN ABRIL, CON LA FECHA EXACTA. PARA MÁS INFORMACIÓN COMUNÍQUESE CON EL 555-2312 Y LE MANDAREMOS UN FOLLETO GRATUITO.

—¿Qué te parece? ¿Llamo? —preguntó tía Elnor.

—No, tía Elnor. Es sólo un farsante en busca de dinero.

—¿Eso crees? Dice «gratuito».

—Es que quieren tenerte en su lista de direcciones para pedirte donativos.

—Entonces, ¿no tengo que preocuparme de que hable en serio?

—Será un idiota. Tíralo. Todo eso son patrañas.

—Qué suerte que te he llamado antes de hacer nada, porque no quiero estar en otra lista de direcciones, aunque sea la de un predicador. Ya recibo bastante correspondencia inútil.

—Tienes razón.

—Ya que estás aquí, siéntate conmigo un rato en el porche. Voy a hacer té. Macky subió los escalones.

—Muy bien, tomaré un té contigo.

Se sentó en la mecedora de lunares amarillos y blancos, y se balanceó mientras esperaba. La tía Elnor volvió y le dio una taza.

—Quiero preguntarte una cosa, Macky. —La tía Elnor tomó asiento—. ¿A ti te gustaría saber cuándo será el fin del mundo? Yo no sé si lo quiero saber; me parece que prefiero esperar y que me sorprenda. ¿Y tú?

—Supongo que también.

—¿Está bastante dulce?

—Está perfecto.

—¿Qué harías si tuvieras la certeza de que el fin del mundo es el martes que viene?

Macky reflexionó un instante.

—No sé. Nada, supongo. ¿Qué se puede hacer? ¿Tú qué harías?

—No limpiaría la casa en toda la semana, te lo aseguro.

—Tal vez iría a Florida —dijo Macky—. O algo así.

—Me parece que es mejor que nadie sepa cuándo será, ni siquiera si vamos a verlo. Así la vida se parece más a un juego de azar, ¿no crees?

—Claro.

—A la gente le gustan los juegos de azar, ¿no? A mí me gusta jugar al bingo. Si no sabemos cuándo va a ser, estamos siempre a la expectativa, siempre tratando de adivinar. —Macky asintió con la cabeza. Después de unos instantes, la tía Elnor continuó—: ¿Crees que lloverá?

Macky se inclinó hacia delante y miró el cielo.

—Dios quiera que no. Esta tarde pienso ir al lago.

—¿Por qué motivo querrías ir a Florida?

—¿Cómo?

—Si supieras que llega el fin del mundo.

—Pues, no sé. Supongo que me gustaría ir de pesca antes de morir.

—Pero Macky, no querrás estar rodeado de extraños en Florida cuando llegue el fin, ¿verdad?

—Bueno...

—Me parece que sería mejor no viajar en un momento así. Conviene quedarse en casa, ¿no te parece?

—Supongo que sí.

—Seguramente querrías que Norma y Linda estuviesen contigo, en familia, ¿o no? Sabes que Norma no iría a Florida, ya la conoces. Querría dejar la casa reluciente. Dicen que ése será el día del juicio final. Es mejor que estés donde tienes que estar, para que Él no tenga que ponerse a buscarte. Me parece que nos conviene quedarnos donde estamos.

—Pienso que tienes razón, tía Elnor. —Macky se puso en pie—. Bueno, será mejor que vuelva a casa. Norma quiere que me ocupe de algunas cosas.

—Muy bien, cariño. Muchas gracias por venir. —Macky bajó los escalones y la

tía Elnor le dijo otra vez—: ¡No le cuentes a Norma qué hemos estado hablando, del fin del mundo y todo eso!

—No le diré nada —prometió él, saludándola con un ademán y pasando por encima de *Sonny*, que nunca se movía.

# El dilema de Dena

*Nueva York*

1973

Dena había visto al reverendo Charles Hamilton en varios actos organizados para recaudar fondos destinados a obras de caridad, y se había sorprendido. El reverendo Hamilton era nombrado cada año uno de los diez hombres más admirados de Estados Unidos. Si bien la iglesia que tenía en Nueva York no era la más grande, se había hecho famoso en todo el país gracias a sus libros. Igual que su esposa, Peggy, provenía de un entorno humilde, una aldea de Kentucky, pero con el correr de los años se había dado a conocer como el hombre que convencía e inspiraba a millones de personas y que incluso asesoraba a los presidentes. Sin embargo, al margen de sus apariciones en público, procuraba no llamar la atención en cuanto a su vida privada. Dena no tenía un interés particular en los predicadores, pero descubrió que los Hamilton eran exactamente lo que parecían: dos personas extremadamente agradables y de una auténtica amabilidad.

A primera vista, Peggy Hamilton no impresionaba por su belleza, pero era una de esas mujeres que parecen cada vez más atractivas después de estar un rato con ellas, y que, de repente, se vuelven hermosas. Cuando hablaba, su interlocutor se sentía la persona más importante del mundo. Y aunque Dena por lo general sólo tenía amigos varones, la señora Hamilton le caía muy bien.

Hacía años que la prensa deseaba hacer una entrevista personal a los Hamilton y ellos se habían negado siempre. Sin embargo, por algún motivo que sólo ellos sabían, aceptaron conceder una entrevista a Dena en la casa del matrimonio. Peggy había fundado hacía muchos años Children Inc., organización dedicada a proveer de alimentos y ropa a los niños necesitados, que había crecido poco a poco hasta alcanzar extensión mundial. En aquel momento, las donaciones a la organización habían disminuido, y Dena prometió dedicar la mitad de la entrevista, que sería transmitida por la televisión nacional, a promover Children Inc., y la otra mitad a conversar sobre la vida familiar de los Hamilton, su matrimonio, el secreto de su felicidad. Dena estaba entusiasmada. Sabía que la habían elegido para el reportaje porque les caía bien, y el momento no podía ser más propicio. Ira Wallace estaba a punto de tomar la decisión de incorporarla al telediario principal, y aquélla iba a ser otra entrevista importante que habría aportado Dena por su cuenta.

Cuatro días antes de la grabación, Wallace la convocó a su despacho. Cuando entró, Dena vio a tres hombres; dos eran investigadores de la empresa y al tercero, un hombre con cara de hurón, no lo conocía. Wallace, que nunca se tomaba la molestia de presentar a nadie, hizo ese día una excepción.

—Dena Nordstrom, te presento a Sidney Capello, ¡el hombre que acaba de

lanzarte al estrellato, nena!

Dena miró al hombre, que esbozó una media sonrisa, y lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Mucho gusto.

Se sentó. Ira se regodeaba como el lobo chupando los huesos de Caperucita Roja después de comérsela. Alguna cosa estaba causándole una gran satisfacción.

—No te lo había contado porque no quería preocuparte, pero hacía semanas que había puesto a mis mejores investigadores a trabajar en este asunto... y no me traían nada, cero, ni gota. El muy hijo de puta era más santo que un bebé recién nacido.

Dena no alcanzaba a comprender.

—¿Quién... de quién hablas?

—¿De quién? De tu amigo el reverendo, el señor Buenazo. ¿Qué me dices si te cuento que no habíamos encontrado nada para el reportaje, ni siquiera una multa por aparcar mal? Pero no me di por vencido. Sabía que a lo mejor ésta era nuestra única oportunidad de ponerle la mano encima, y vamos a hacer papilla a ese granjero tonto, y vamos a engancharlo, gracias a nuestro amigo Sidney. Sabía que tenía que haber algún resquicio por donde meternos, y Sidney lo ha encontrado. No se trata de Hamilton, sino de la persona que está en segundo plano... que es mejor aún, si la situación se controla. Es la esposa, y estamos seguros al cien por cien, con documentos, con un testigo bajo juramento.

A Dena se le hizo un nudo en el estómago sólo de imaginar lo que podía venir a continuación. Wallace continuó.

—Sidney se trasladó a Kentucky a husmear un poco y dio en el clavo. Resulta que, antes de casarse con Hamilton, a nuestra querida señora Santísima la dejaron preñadita. Y por si eso no bastara, se deshizo de la criatura y no ha vuelto a verla.

—Ira, no puedo creerlo —balbució Dena, estupefacta—. ¿De dónde ha salido esa información?

Wallace levantó un papel.

—De muy buena fuente, del bruto que la preñó. Estoy impaciente. Los tendrás parlotando un buen rato, los harás hablar de su feliz vida de casados y, de repente, introduces el tema: «Entonces, señora Hamilton, ¿cuánto hace que no ve a su primer hijo?». Tartamudeará, pronunciará el nombre del primer hijo que haya tenido con Hamilton, y tú, con esa mirada inocente tuya, le dirás: «No, me refiero a su hija, que, según nuestros datos, nació en 1952, y usted entregó en adopción». Y después nos relajaremos y sólo tendremos que ver cómo sudan y se retuercen como lombrices en el anzuelo. Ah, me encanta.

Dena respiró hondo y se acomodó en la silla con una sensación de malestar.

—¿Charles Hamilton conoce esta historia?

—¡Quién sabe y a quién le importa! Si no lo sabe, mejor aún... Veremos cómo estalla el matrimonio cristiano más falso y charlatán del mundo en directo, por la televisión. El bombazo del año y ahí lo tienes, en bandeja. ¿Ves cómo me preocupó

por ti?

Wallace esperaba que Dena le diera las gracias, pero ella no reaccionó como él esperaba.

—Ira, conozco a los Hamilton personalmente. Me concedieron la entrevista como favor personal. Si hago esto, pensarán que les tendí una trampa para hacerlos caer.

—Y qué anzuelo, ¿no? —dijo Wallace, mirando a los hombres, que se echaron a reír. Se dirigió a Capello—: No te dejes engañar por esa jeta de campesina inocente que tiene, Sid. Posee un instinto homicida. Se sienta, sonrío, parpadea con esos ojos azules y cuando los entrevistados empiezan a relajarse... ¡zas!, apunta directamente a la yugular. Nunca llegan a saber de dónde ha venido el golpe.

—Gracias, Ira, justo lo que siempre quise ser, una homicida —dijo Dena—. ¿Puedo hablar contigo a solas, por favor?

—Sí, claro. Muchachos, daos una vuelta por ahí. —Los tres hombres se pusieron en pie y salieron del despacho. Wallace la miró—. ¿Qué te pasa? ¿Sabes la suerte que hemos tenido al conseguir esto? Capello podría haber escapado con la noticia, venderla y sacar una fortuna. He tenido que prometer a ese maldito italiano que será mi productor asociado, pero he logrado conseguirte la primicia. Deberías estarme agradecida.

—Lo estoy. No es eso, es que...

Wallace se impacientó.

—¿Qué? ¿Es qué?

Dena se inclinó hacia delante y lo miró a los ojos.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo he contratado? No tenía elección. El tío podía venderlo a otro.

—No. ¿Por qué tenemos que hacer el reportaje?

—¿Cómo dices?

—Digo que por qué tenemos que hacer el reportaje.

—¿Estás bromeando? Es una noticia.

—¿Ah, sí? No estoy segura. Parece... no sé... innecesario. ¿No deberíamos avisarles al menos de lo que nos proponemos en vez de tenderles una emboscada en directo?

—Escucha, a esos tarados vamos a regalarles millones de dólares de publicidad gratuita, ¡por el amor de Dios! ¿Vas a dejarles controlar la entrevista? No, maldita sea. Les preguntaremos lo que nos venga en gana y cuando se nos antoje. Estamos en un país libre.

—Ya lo sé, pero...

—¿Qué te sucede? ¿Ahora no te atreves? Otras veces has hecho preguntas comprometidas. Recuerda como agarraste a Bosley y a los demás. Todavía están que trinan, ¡válgame Dios!, por no hablar de los índices de audiencia.

—Sí, Ira, pero se trataba de granujas e impostores que estafaban al gobierno. Merecían que los denunciáramos. En cambio, Peggy Hamilton es una mujer tierna

que nunca ha hecho daño a nadie. Ahí hay una diferencia importante. ¿Qué finalidad tiene esto?

—¿Qué finalidad tiene? ¿Me preguntas qué finalidad tiene? Tiene la finalidad de hacer valer el derecho del público, el derecho de saber lo falsos que son. Vamos, alégrate. Cuentas con el reportaje más sonoro de la temporada, incluso del año tal vez, servido en bandeja.

—Ira, ¿te das cuenta de la situación en la que me pones? Además, si se lo pregunto, los espectadores me odian.

—Por favor. ¿Qué es esto, una broma? Los espectadores te adorarán. Una cosa así los hace conformarse más con su vida de mierda. Serás una heroína... Los de arriba te adorarán y tus admiradores te adorarán también por sacar a la luz la verdad de esos dos infelices. No les tengas lástima. Tienen muchísimo dinero. A ver si maduras, no son pobres e inocentes como tú crees.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Yo lo sé, créeme. No se diferencian en nada de los demás pícaros que andan buscando dinero por ahí. Todos esos fondos que juntan para los niños son probablemente fondos para los Hamilton.

—Ira, no me obligues a hacerlo. Tienen hijos, piensa en el daño que les hará. Además, lo creas o no, los Hamilton han hecho mucho bien a la gente y se los respeta.

—¡Por el amor de Dios!, no me digas que te tragas todo ese autobombo religioso. Ese tío es un hipócrita.

—Pero estás hablando de su esposa. ¿Y si es verdad que se equivocó? Es humana. ¿Tú nunca te has equivocado?

—Claro que sí, pero no me hago pasar por santo delante del público. ¿Quieres dártelas de benefactora? Pues ésta es precisamente tu ocasión. El problema de este país es ése... Hace falta que la gente sepa la verdad sobre esos desgraciados. Y ése es, exactamente, tu trabajo. Si quieres vivir en un mundo encantado, vete a Disneylandia.

—No me parecen unos desgraciados.

—Bueno, lo que sea. Tú haz la pregunta y ya está. Sé lo que hago y me lo agradecerás. Ahora, lárgate.

Wallace le indicó con un ademán que saliera, cogió de la mesa un informe sobre el programa siguiente y comenzó a leerlo. Dena permaneció sentada unos instantes; luego se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero se volvió.

—¿Por qué odias tanto a Charles Hamilton?

Wallace levantó la vista y la miró con auténtica sorpresa.

—¿Odio? No lo odio. Si ni siquiera lo conozco.

Dena salió a comer, pero no consiguió probar bocado. Ira le había enseñado bien, y

ella sabía que no era la respuesta de Peggy Hamilton lo que podía herirla, sino la pregunta. Una vez pronunciada, provocaría un raudal de indagaciones. Y si se negaba a hacerla, se arriesgaba a perder la posibilidad de trabajar en la televisión nacional. Nadie se oponía a Ira Wallace; el que lo hacía quedaba fuera. Había trabajado duro con todos aquellos años para llegar a donde estaba y, de repente, aquello. Irá tenía razón en una cosa: por supuesto, Dena no era ninguna santa. Ya había logrado que otras personas le concedieran entrevistas utilizando su sonrisa y su atractivo. Y luego los había sorprendido ante la cámara con un dato proporcionado por el equipo de Wallace. Le enseñaron a resolver la entrevista más difícil del año, diciendo mientras sonreía:

—Sé que nuestros productores firmaron un acuerdo que prohíbe hablar ante las cámaras de la denuncia por violencia y agresión que le hizo su primera esposa en mil novecientos sesenta y cuatro, y respeto ese acuerdo, pero ¿qué opina de la violencia en general?

Conocía ya los trucos y sabía emplearlos muy bien. Demasiado bien. Ira sabía que era capaz de hacer aquel tipo de entrevistas si pestañear, pero en este caso había algo que no estaba bien, era un caso distinto. Si hubieran descubierto la implicación de Charles Hamilton en un hecho delictivo o escandaloso, quizá Dena habría adoptado otra postura, pero estaban persiguiendo a su esposa. Por otra parte, Dena sabía que Ira había comenzado a jugar sucio con el fin de aumentar su audiencia; pero aquello resultaba demasiado ruin, incluso en esas circunstancias. En menos de un año, Ira Wallace había hecho subir los informativos del tercero al segundo puesto, y ahora parecía obsesionado por superar a la cadena de televisión que ocupaba el primer puesto, haciendo cualquier cosa para conseguirlo.

Hacía unos minutos que Dena había vuelto de comer cuando, sin llamar a la puerta, entró en su despacho Sidney Capello. Se arrellanó en el sillón de cuero rojo, como si estuviera en su casa. Dena lo miró con asco, como si Capello fuese una serpiente que se hubiera arrastrado subrepticamente hasta el sillón.

—Ira quiere que me pases las preguntas para que no haya dudas de que estás haciendo las cosas bien. —Recorrió el despacho con la vista como si buscara insectos voladores—. Lo de la esposa preñada, ¿sabes? Quiere que trabajemos juntos.

Dena se puso en pie.

—¡Ah, no! Nunca trabajaré contigo, cretino.

Capello volvió la vista hacia ella.

—Oye, no tengo por qué soportar insultos de ninguna muñeca tonta. Si no quieres trabajar conmigo, es problema tuyo, colega.

Pero Dena no oyó la última frase porque ya corría por el pasillo hecha un torbellino de ira. Irrumpió en el despacho de Wallace sin llamar.

—¿Le has dicho a ese montón de basura que podía trabajar conmigo?

Wallace estaba hablando por teléfono como de costumbre, pero la miró, alzó la mano y le hizo señas de que se sentara. Dena obedeció y esperó. Estaba tan furiosa



que el estómago volvió a dolerle. Inspiró profundamente varias veces tratando de tranquilizarse. Al fin, Wallace cortó la comunicación.

—A ver, ¿de qué montón de basura hablas?

—De Sidney Capello. —Dena intentó no perder la calma—. ¿Le has dicho que podía trabajar conmigo?

Wallace parecía desconcertado porque aquello representaba un problema.

—Sí, ¿y qué? Ya te dije que he tenido que contratarlo como productor asociado.

—Ira, tal vez tú puedas estar en la misma habitación que él, pero yo no. Ya me resulta bastante desagradable tener que trabajar con esos otros dos estúpidos a los que llamas investigadores para hacerlo con este tipo que es asqueroso.

—Bueno, bueno, puede ser. Pensé que podía ayudarte, nada más. No es para tanto que tengáis incompatibilidad de caracteres. Podemos solucionarlo; problema resuelto. ¿Alguna cosa más?

—¿Cómo puedes confiar en él, Ira? Es posible que mienta sobre lo de los Hamilton. Quizá lo haya inventado.

—No miente, corroboramos la información. Será un montón de basura pero es un experto. No te gustará lo que encuentra, pero es el mejor en lo que hace. ¿Cómo confío en él? ¡Por favor! Es capaz de vender a su abuela como carnada si cree que sacará diez centavos, pero eso no significa que no sea bueno.

—No entiendo cómo puedes trabajar con alguien en quien no confías.

—Pero, bueno, ¿qué tiene que ver la confianza con el trabajo? No participamos en un concurso de popularidad; no hace falta confiar en alguien para hacer negocios.

—A lo mejor no te hace falta a ti, pero a mí sí. Sigue sin parecerme bien hacer esa pregunta.

—No me vengas otra vez con lo mismo. ¿Sabes qué, nena? Me estás decepcionando; con lo que me ha costado conseguirlo... Y tú, que te desvives por un puesto fijo en la televisión nacional.

—Ya lo sé, Ira, pero conozco a Peggy Hamilton, y ella y su marido confían en mí. Para empezar, por eso conseguí la entrevista.

—Permíteme que te pregunte una cosa. Ella sabe en qué consiste tu trabajo, ¿verdad?

—Sí...

—Entonces, el trabajo es el trabajo. Ellos lo saben. ¿Por qué aceptan la entrevista, si no? Para atraer el dinero, ¿o no? Ellos ya saben de qué va. Tú te limitas a hacer lo tuyo; ellos te usan, tú los usas; negocios. Vamos, déjate de tonterías. Si empiezas a pensar como una tarada, te pones el sombrero y coges el primer autobús hacia Hicksville Springs. —Dena vaciló. Wallace miró el reloj, se reclinó en el sillón y prosiguió—: Voy a contarte una cosa. Mi abuelo llegó a este país sin un centavo. Tuvo que matarse a trabajar en la calle durante toda la vida. Vendía botones de casa en casa y trabajaba dieciocho o diecinueve horas al día. Pero cuando murió había ahorrado quince mil dólares y me había costado los estudios en la Universidad de

Nueva York. ¿Te haces una idea de la cantidad de botones que tuvo que vender? Un día, cuando yo tenía cuatro años, me llevó a la cocina y me subió a una silla. Extendió los brazos hacia mí y me dijo: «Salta». Yo tenía miedo. Repitió: «Vamos, salta. Yo te cojo». Pero yo no saltaba. Me preguntó: «¿Qué pasa? ¿No confías en mí? Soy tu abuelo». Entonces salté y, ¡pum!, me di de bruces contra el suelo. Él me miró y me dijo: «Ésta es tu primera lección sobre el mundo de los negocios, pequeño. Nunca confíes en nadie, ni siquiera en mí. No lo olvides jamás». —Wallace casi tenía los ojos llenos de lágrimas—. Cuánto quería a ese hombre. Y te digo otra cosa: nunca he olvidado la lección.

—Ésa es la diferencia entre tú y yo, Ira —dijo Dena—. Cuando yo era pequeña, mi abuelo me hizo lo mismo... sólo que él me sujetó.

—Muy bien, pero no te engañes —dijo Wallace—. No te hizo ningún favor.

# La oportunidad

*Nueva York*

1973

Eran las cuatro y media de la madrugada del sábado y Dena comía en su cuarto de estar un plato de fideos con queso. Llevaba despierta toda la noche luchando consigo misma y pensando qué hacer en relación con la entrevista a los Hamilton. Tomar decisiones sobre su carrera nunca le había resultado difícil. Siempre había tenido muy claro su objetivo y le había dado prioridad aunque implicase pisar a algunos. Había abandonado empleos de un día para otro sin ningún remordimiento, si había conseguido una oportunidad mejor. Pero aquel asunto era distinto. Aquella entrevista implicaba algo que la inquietaba profundamente, incluso la asustaba. No guardaba relación con la religión ni con la posibilidad de que los productores le habían asegurado que la historia de la primera hija era pública. Se trataba de otra cosa, de algo que no lograba precisar. ¿Temía no conseguir ninguna entrevista ni ser aceptada por la gente adecuada si se oponía a los Hamilton? ¿Era simplemente porque Peggy Hamilton era mujer y parecía tan vulnerable, tan indefensa? ¿Era porque aborrecía a Sidney Capello desde el instante en que lo había visto? ¿Por qué se sentía tan amenazada? Fue al baño, encendió la luz, se miró de pasada en el espejo y lo que vio la sobresaltó. Por una milésima de segundo creyó que tenía delante el rostro de su madre.

A las ocho de la mañana cogió el teléfono y marcó un número. Respondió el hijo más pequeño de los Hamilton, que fue en busca de su madre. Peggy Hamilton se puso al teléfono de inmediato, alegre y cálida.

—Señora Hamilton, soy Dena Nordstrom.

—¡Ah!, mucho gusto.

—Señora Hamilton, escuche; la llamo por la entrevista. ¿Sería posible que nos encontráramos usted y yo a solas? Es muy importante. Tengo que decirle una cosa.

—Muy bien. Ven a casa cuando quieras. ¿O prefieres que vaya yo a tu despacho el lunes?

—No. Sería mejor que nos encontráramos en otro sitio antes del lunes.

Dena propuso el restaurante Laurent de la calle 56, porque era un lugar antiguo muy acogedor, y estaba absolutamente segura de que no encontraría allí a Ira ni a nadie que él conociese. Llegó por la tarde al restaurante diez minutos antes de la hora fijada y pidió una mesa situada en el fondo. Llevaba un pañuelo al cuello y unas gafas oscuras, y se sentía un personaje de una película mala de Joan Crawford. A las cuatro y diez, estaba muy nerviosa; ya había fumado medio paquete de cigarrillos y había

tomado dos destornilladores cuando Peggy Hamilton llegó, sonriente.

—¡Ah!, estás aquí. Casi no te reconozco con esas gafas oscuras. Disculpa el retraso. ¿Me disculpas?

—Por supuesto, acabo de llegar. ¿Quieres una copa... o un té o café? Yo voy a pedir una copa.

—Me parece que tomaré una taza de té. —Dena llamó al camarero y pidió un té y otra bebida para ella. Le temblaban las manos cuando intentó encender otro cigarrillo. Peggy Hamilton le preguntó—: ¿Te encuentras bien? ¿Estás preocupada por algo? Por teléfono parecías un poco nerviosa.

Dena había encendido el cigarrillo por el lado del filtro.

—Bueno, sí, pasa algo. Creo... bueno... no sé cómo preguntárselo porque... es un poco personal. En realidad..., es muy personal, pero... —Peggy Hamilton aguardó, y Dena empezó a vacilar, aunque había ensayado el discurso veinte veces—. Sé que no nos conocemos bien, pero... me parece que... ¡Dios mío!, no sé si puedo...

La mujer le cogió la mano.

—Dena, siempre es bueno hablar con alguien de lo que te perturba, sea lo que sea, y ya sabes que todo lo que me digas quedará entre nosotras. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? —El camarero se había retirado y Dena seguía dudando si continuar o no. Peggy añadió—: Intentaré ayudarte en lo que sea con todo gusto. Charles y yo te apreciamos muchísimo.

—Ése es el problema, maldita sea... —exclamó Dena—. Discúlpeme, pero resulta más difícil de lo que imaginaba. —Se detuvo—. Esto... bueno... lo que pasa es que... no se trata de mí, sino de usted.

—¿De mí?

—Sí. Antes que nada, quiero que sepa que no lo he sabido hasta ayer. Verá... cuando hacemos una entrevista, los integrantes del equipo efectúan a veces una investigación para colaborar en confeccionar las preguntas y demás, y... no confío en el hombre que contrató mi jefe, y necesito saber si lo que ha dicho es cierto o no, y si hay algún error, bueno, necesito saberlo.

—¿De qué se trata?

—Mi jefe quiere que te pregunte acerca de la... o al menos piensan que tal vez hayas... tenido un hijo antes de casarse. —Al percibir el terror que reflejaron los ojos de Peggy Hamilton, Dena conoció la respuesta y palideció—. Maldita sea, Peggy, tenía la esperanza de que no fuera cierto. Lo lamento mucho. Si supieras... Debía preguntarlo delante de las cámaras, pero no podía.

—¿Cómo te has enterado?

—No he sido yo, Peggy, te lo juro. Un desgraciado que se dedica a cosas así fue a tu pueblo natal de Kentucky y empezó a hacer preguntas intentando encontrar algún escándalo sobre vosotros, y encontró a un tipo que afirma ser el padre de la criatura y está dispuesto a jurarlo.

Peggy Hamilton estaba destrozada.

—¿Por qué? ¿Por qué ha querido revelarlo ahora, después de tantos años?

—A lo mejor ha imaginado que podía sacar algo. Quizá cree que es su oportunidad de hacerse famoso o le han prometido que saldría en la televisión. La gente suele hacer cosas de esta clase.

—Entiendo.

—¿Lo sabe Charles?

—Sí. La que no lo sabe es mi hija. —Miró a Dena—. No lo entiendo. ¿Por qué querían hacerme una pregunta sobre ese tema?

—No lo sé, Peggy. —Dena negó con la cabeza—. Supongo que forma parte del negocio ofrecer algo que sorprenda y conmocione a la gente. No eres tú la única. Se trata de... ¡Caray! Se trata de que quieren tener más audiencia, así de simple. Me siento despreciable, pero lo único que puedo hacer es advertirte, porque aunque yo no te lo preguntase, probablemente la cosa surgiría de una manera u otra. Cuando descubren algo, lo usan.

—¿Sabes una cosa? Es raro. Siempre me aterró pensar que este asunto saldría a la luz algún día. Me preocupó durante años y, ahora que ha salido, estoy desconcertada. Nunca había imaginado que sucedería así. Me parece que voy a tomar una copa, sin no te importa.

—Claro que no, por favor. Yo también necesito otra.

Indicó al camarero que les sirviera dos copas más y acercó su bebida a Peggy Hamilton. Le temblaban las manos cuando tomó un sorbo.

—Peggy, lo siento muchísimo, de verdad. He hecho todo lo que he podido para convencerlos, pero no he conseguido nada. Esperan de mí que haga las preguntas. Me entran ganas de matar a Ira. Al principio no tenían intención de hablar de ti. Buscaban un escándalo que implicara a Charles, pero se encontraron con esto.

—Entiendo. Me gustaría saber qué va a pasar ahora.

—Cuéntame qué pasó. ¿Cuáles fueron las circunstancias? ¿Cómo has conseguido mantenerlo tanto tiempo en silencio?

—Yo tenía sólo quince años, y él veintitrés. Era muy tonta. No sabía nada acerca del sexo. Tenía siete hermanos y creo que me halagó que me prestara atención. Seguramente estaba muy necesitada de afecto. Él era mi tío. Me decía que me quería y que yo era especial, y casi sin darme cuenta... Sólo fue una vez, pero más o menos al cabo de un mes empecé a sentirme mal, y no tenía ni idea de lo que me pasaba. Vino el médico a casa y le dijo a mi padre que estaba embarazada. Ahora resulta difícil creerlo, pero mi familia era muy religiosa y nunca hablábamos de estas cosas.

—Bajó la voz—. Lo más extraño es que él siempre lo negó. Dijo que no había sido él y que yo mentía. Ellos le creyeron y me mandaron a vivir con la hermana de mi madre. Tuve a la niña, y al día siguiente ya no la encontré a mi lado. No ha pasado un solo día desde entonces en que no me haya preguntado por ella, en que no haya deseado saber si se encontraba bien, si era feliz. Pero firmé un papel y cedí mis

derechos. No te imaginas lo difícil que ha sido no intentar encontrarla. Pero tampoco podía hacerle eso, no podía sacarla a la luz. Y, ahora, pasa esto. —Se quedó un instante con la vista perdida—. Si le hace daño a mi hija, no sé si podré perdonarle.

De repente, Dena se irritó.

—¿Perdonarle? Creo que no lo entiendes. Este asunto es serio y puede destrozar tu vida y todo el trabajo que habéis hecho Charles y tú. ¡Deberías estar furiosa!

—Estoy furiosa, pero también aterrorizada. No sé que puedo hacer.

Con la voz teñida de vodka y de falso coraje, Dena anunció:

—Yo sí que puedo hacer algo, ¡claro que sí! Dimitiré, sencillamente. Le diré que si continúa con esto, dimito. De todas maneras, es probable que me echen si averiguan que te lo he contado. Así que el lunes por la mañana iré al despacho y presentaré mi renuncia.

—No puedes hacer eso, Dena. Además, has dicho que saldrá a la luz tarde o temprano y tienes razón.

—Pero no con mi ayuda. Y si sale a la luz, niégalo. Puedes decir que él miente. La gente os creerá antes a ti y a Charles que a ese gusano.

—No puedo.

—Piénsalo. Este asunto va a estropear tu vida. El público os tiene en un pedestal. No les importará a quién se intenta proteger, sólo importará que tuviste un niño antes de casarte y lo has ocultado. ¿Crees que la gente va a perdonarte? No puedes permitir que destrocen tu vida porque te equivocaste una vez hace más de veinte años. —Le tocó el brazo—. Escúchame, Peggy. Anula esa maldita entrevista. Di que estás enferma, que tu madre se está muriendo, que te estás muriendo tú... lo que sea, pero haz algo. Están cometiendo una injusticia, así que ¿por qué tienes que ser justa tú? Peggy, no seas idiota, no tienes obligación de ser sincera con una gente así. ¡El mismo Jesucristo les mentiría!

—Tengo que hablar con Charles. No sé qué hacer.

—Estoy diciéndotelo. Miente.

—Pero la verdad es ésa.

—Entonces, di que te violaron.

—No me violaron. Es decir... dejé que me besara. Quizá fue culpa mía, no dije que no hasta que...

—¿Cómo que fue culpa tuya? Tenías quince años, ¿cuántos años dices que tenía el hombre?

—Veintitrés.

A Dena se le iluminaron los ojos.

—Ya lo tenemos, Peggy. Amenázale; un hombre de veintitrés años y una chica de quince. Eras menor de edad. El hijo de puta puede ir a la cárcel por estupro.

—¿Estupro?

—¡Sí!

—No podría hacer una cosa así.

Dena miró a la pareja que acababa de acomodarse en la mesa de al lado y notó que el restaurante comenzaba a llenarse con los primeros comensales de la noche.

—Me parece que será mejor que nos vayamos. Vuelve a casa y habla con Charles.

—Dena... no sé cómo agradecerte que me hayas advertido. Ignoro lo que vamos a hacer ahora, excepto rezar.

—Bueno, reza si quieres, pero mientras tanto yo lo amenazaría con una denuncia.

—Dena. —Peggy Hamilton la cogió del brazo—. Pase lo que pase, prométeme que no vas a dimitir por esto. No soportaría ese peso también en la conciencia.

Dena asintió con la cabeza.

—Te lo prometo.

Peggy le apretó la mano.

—Gracias.

Dena esperó unos minutos para que nadie las viera salir juntas. Cuando se puso en pie y atravesó el restaurante, notó que le temblaban las rodillas y supo que no era tan valiente como creía.

## La trama del poder

Nueva York

1973

Dena aguardó en su despacho los días siguientes como un condenado a muerte. ¿Recibiría una llamada de Ira? A medida que el día de la entrevista se aproximaba comenzó a sentir terror y a respirar con dificultad. Aquella mañana estaba a punto de tomar un Valium cuando sonó el interfono. El corazón le dio un vuelco.

La voz de Wallace bramó:

—¡Ven aquí!

Anduvo por el pasillo con el corazón encogido. Aquello podía ser el fin de su carrera. Llamó con suavidad a la puerta.

—Entra. —Wallace se levantó, se acercó a la puerta y la cerró—. Siéntate. —La miró con el entrecejo fruncido desde el otro lado de su escritorio—. Ya sé que lo que voy a decirte no va a matarte de pena precisamente, pero tenemos que eliminar de la entrevista la maldita pregunta sobre el maldito niño de Peggy Hamilton.

—¿Por qué?

—Julian Amsley no nos deja seguir adelante. Tiene miedo de que interpongan una demanda judicial.

—¿Por qué?

Wallace dio un puñetazo sobre la mesa.

—Porque el maldito gusano que desenterró Capello —gritó— dice ahora que mintió y que no pasó nada. Y ha tenido el valor de negar toda la maldita historia, así que tenemos que desecharla. —Wallace continuó—: ¿Puedes creer que el desgraciado ese lo niegue? El muy hijo de puta no ha cumplido el trato. Pero ésa es la gente con la que uno se relaciona ahora: mentirosos, estafadores, inútiles de mierda. La gente ya no tiene ética. ¡Maldición!

Dena ignoraba qué habrían hecho los Hamilton para convencer al hombre de que negara la historia, pero recuperó rápidamente la compostura y organizó una escena de la que se hubiera enorgullecido su profesor de teatro de la universidad. Lo miró con la expresión que habría adoptado si Ira Wallace le hubiera anunciado que iba a meterse cura y le espetó:

—¿Me estás diciendo, Ira, que después de todo lo que me has hecho pasar por este asunto, al final no puedo utilizarlo? No puedo creerlo... ¡La verdad es que no puedo creerlo! —Se puso de pie y comenzó a recorrer el despacho a zancadas—. Mira, no me importa que Julian Amsley sea el presidente; voy a hacer la pregunta. Son noticias, ¡por el amor de Dios! ¡No puede entrometerse en las noticias!

Wallace se aterrorizó.

—¿Quieres que nos echen a todos?



—No me importa. Son principios.

—Pues a mí sí que me importa. Mis principios son los de no quedarme sin mi maldito trabajo.

—¿Y qué diablos debo hacer ahora, Ira? He planificado toda la entrevista en torno a esa pregunta. Y ahora me quedo con un reportaje inconsistente que tengo que reescribir en menos de veinticuatro horas.

Wallace intentó tranquilizarla.

—Ya lo sé, ya lo sé, ¿qué puedo hacer? Dime lo que necesitas. ¿En qué puedo ayudarte?

—¡Así que Capello era el mejor! Ni siquiera comprobó su fuente, y ahora mira con lo que me deja.

—Está bien, está bien. Fue una estupidez por mi parte. —Wallace alzó las manos como si estuviera rindiéndose—. Mátame.

Dena se divertía.

—Es imposible que esté lista para mañana. Tendrás que anular la entrevista.

—No podemos hacer eso. Ya está programada.

—Escúchame, Ira; la que va a quedar mal soy yo, no tú. Tendría que ponerlos a ti y a Capello delante de las cámaras sin estar preparados, a ver si os gustaría.

—Entiendo, entiendo; está claro. ¿Cómo puedo compensarte? Si quieres a mi primogénita, llévatela, es tuya. Pero no te vuelvas loca, ¿vale? ¿Qué quieres? Dímelo.

Lo que Dena pidió a continuación la sorprendió incluso a ella, pero una vez lo pronunció, supo que lo decía en serio.

—Quiero que echés a Capello de una patada en el culo.

—Sí, sí, estaría bien... Mira, pongo a tres ayudantes a tu disposición. Te mandaré la cena y el desayuno; y hasta te pagaré las horas extras. ¿Qué más puedo hacer?

—Ya te lo he dicho. Quiero que echés a Capello.

—No puedo, acabo de contratarlo.

—Quiero que lo echés.

—Quieres que lo eche. ¿Porqué no hablas en serio?

—Es en serio.

—Mira, aunque quisiera, y te aclaro que no quiero, no podría echarlo. Ha firmado un contrato, hay dinero en juego.

—Ira, no me digas que no hiciste alguna trampa en el contrato. Lo haces siempre. De pronto, Ira recapacitó.

—Oye, espera un momento. Tú no puedes decirme a quién tengo que echar y a quién no. ¿Quién te crees que eres? Todavía no has conseguido el empleo.

Dena se inclinó sobre la mesa.

—Te lo explicaré. Si no se va de aquí dentro de una hora, estaré demasiado nerviosa para hacer la entrevista. Y los Hamilton no van a hacerla sin mí. Ya te dije que les caigo bien y confían en mí. Te quedarás con veinte minutos vacíos.

—Vamos, estás bromeando, ¿verdad? No querrás hacerle eso a Capello. El pobre

infeliz sólo ha cometido un error, no seas desalmada. Bastante mal se siente el pobre diablo. Si lo hubieras oído..., no soportaba decepcionarte. Estaba al borde de las lágrimas. Si lo hubieras visto...

Wallace notó que Dena se mostraba inflexible y lo miraba con una firmeza que no le conocía. Se quedaron los dos sentados, observándose. Después de unos instantes, Wallace cedió.

—Muy bien, pero esto es un chantaje. Te advierto que te equivocas. Capello puede servirte de mucho.

—Otra cosa —añadió Dena, poniéndose de pie—. Quiero estar presente cuando se lo digas.

Wallace no podía creer lo que oía. La miró con expresión abatida y movió lentamente la cabeza.

—¿Qué te ha pasado? Antes eras una chiquilla tan dulce y amable...

Dena no contestó.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, cuando volvió de comer, Capello se encontró sentado delante de Dena, oyendo a Wallace comunicarle su despido. Capello atacó a Dena de inmediato.

—Ya verás, hija de puta. Espera y...

Wallace dio la vuelta al escritorio y empujó prácticamente a Capello hacia la puerta.

—Sí, sí, sí, todos sabemos lo duro que eres, Sidney. Ahora, lárgate de una maldita vez. —Lo hizo salir a empellones, cerró la puerta de golpe y volvió a su escritorio—. ¿Satisfecha?

Dena sonrió.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo.

Mientras recorría el pasillo en dirección a su despacho, sintió que la invadía una sensación de fortaleza. Por primera vez en su vida la embriagaba el poder y entonces entendió por qué se peleaban los hombres por él. Era muy placentero y en ese momento se alegró de no ser como Peggy Hamilton. No tenía ninguna necesidad de perdonar a Capello.

Wallace se reclinó en su asiento, volvió a encender su puro y también se vio invadido por una sensación. Sólo que en su caso era de admiración por sí mismo, por haber contratado a Dena Nordstrom. Caray, qué dura era. Ni se había inmutado mientras él despedía a Sidney. Tampoco se había echado atrás ni un segundo cuando discutía con él. Wallace se había equivocado con algunas personas, pero siempre había sospechado que tras aquella carita inocente se escondía alguien que podía servirle para conseguir que los santurrones de la otra televisión nacional, los que lo

despreciaban, quedaran fuera de circulación. En especial aquel locutor de telediarios mandón que tenían, aquel Kingsley, a quien Wallace ansiaba derribar de su pedestal. En una ocasión, Howard Kingsley se había negado a trabajar con él, y por ese motivo Ira perdió la oportunidad de obtener un buen empleo en el canal de televisión de Howard. No lo olvidaba. Llamó por el interfono al nuevo despacho de Sidney Capello y cuando éste respondió, lo saludó.

—Soy yo, Ira.

Capello comenzó a insultarlo y a amenazarlo, hasta que Ira lo interrumpió.

—Eh, aguarda... Ya sé lo que te he dicho, pero escúchame. —Y gritó—: ¡Escucha, por el amor de Dios! No vas a demandar a nadie. Llamo para decirte que no te lo tomes en serio. Tenía que solucionar un problema, eso es todo, así que no te exaltes. Podemos arreglar lo de tu contrato; no es para tanto. No vienes más por aquí y ya está. ¿Tan terrible es? Te quedas en tu casa, mandas tu material y cobras el sueldo. Ella ni se entera. Tú estás contento, yo estoy contento y ella está contenta. Ya sé que te prometí que trabajarías aquí dentro, pero ¿qué puedo hacer? Te odia con toda su alma. Mira, cobrarás el sueldo y, a fin de año, tal vez una buena gratificación. ¿No está bien? Ya mejorarán las cosas. Confía en mí.

Capello estaba tremendamente desilusionado. Aquélla había sido su oportunidad, tal vez su única oportunidad, de entrar en la televisión con mayúsculas. Wallace era la única persona en el mundo que podía llegar a contratarlo, y por culpa de aquella estúpida muñeca rubia había vuelto otra vez al punto de partida. Sería de nuevo sólo un informante a sueldo que trabajaba desde un destartado cuarto de hotel. Adiós al despacho, a su cargo de productor, a todo, y sólo por una imbécil que se creía mejor que los demás. Maldita sea.

Se puso a embalar los objetos del despacho que había sido suyo por pocos días. Entre ellos encontró la placa que había colocado sobre su escritorio: LA VENGANZA ES UN PLATO QUE SE SIRVE FRÍO. Leerlo le dio un poco de consuelo. Sonrió. La vida era larga.

# Mi héroe

*Nueva York*

*1973*

Dos semanas después de haber hecho el reportaje a los Hamilton, Dena y casi todas las personalidades de envergadura en el mundo de la televisión, exceptuando a Ira Wallace, asistieron a la cena que celebró la Fundación Heart en el Waldorf-Astoria. El hombre del año, según la Fundación Heart, era Howard Kingsley, la gran autoridad de los telediarios y uno de los últimos periodistas verdaderamente buenos del país. Lo presentaron como el hombre cuyo rostro y cuya voz apaciguaban y tranquilizaban a la población, asegurando que todo iba bien o levantando el ánimo ante alguna crisis. Dena también lo había vivido así. El rostro y la voz de Kingsley le resultaban tan familiares como si lo conociera de toda la vida.

Kingsley tenía sesenta y cuatro años, pero continuaba siendo un hombre apuesto y distinguido, en parte por su concentración, por su equilibrio personal y por su gran elocuencia. Su discurso de agradecimiento fue muy cordial. Destacó que su esposa lo había acompañado durante cuarenta años en las buenas y en las malas («casi siempre fueron buenas») y afirmó que, sin ella, hubiera acabado vendiendo seguros en Des Moines, Iowa.

Afirmó también que tanto su esposa como su hija, Anne, siempre habían sido «su puerto seguro en el océano tormentoso de la televisión». Los asistentes aplaudieron su breve discurso de pie durante cinco minutos, y Dena, aunque se consideraba una buena y experimentada profesional, se sintió emocionada de estar en la misma sala que él. En el transcurso de la cena, intentó descubrir qué tenía Kingsley que lo hacía tan distinto del resto de personajes de la televisión que había conocido. Cayó en la cuenta: integridad, eso era. No se trataba de lo que hiciese o dijese, sino de la sensación que transmitía de ser un hombre digno y respetable en cuya palabra se podía confiar. En realidad, no se diferenciaba de la mayoría de los hombres, pero en el ámbito de los noticiarios de televisión la integridad se iba convirtiendo poco a poco en una rareza, un bien escaso, que se asemejaba cada vez más a una luz en la oscuridad. Dirigió la vista hacia la esposa y la hija, y la invadió la sensación que le acometía siempre cuando veía a un padre con su hija: tristeza mezclada con envidia. Lo único que había visto de su padre era una fotografía. Envidiaba incluso a la hija de Ira Wallace. Por más que él fuese uno de los seres humanos más despreciables que Dena había conocido, al menos podía decirse que adoraba a su hija.

Cuando salían del restaurante, al acabar la cena, J.C. comentó:

—¿Sabes? Estamos invitados arriba, a la recepción que se da en homenaje a Kingsley.

—¿Qué recepción?

—Jeanette Rockefeller organiza una fiesta privada para algunos amigos. —J.C. se dedicaba a recoger fondos y conocía a un montón de gente. Dena respondió que no quería ir y él preguntó—: ¿Por qué no?

—No conoceré a nadie. No soy amiga de él. A lo mejor piensa que soy una intrusa o una pesada.

—No seas tonta. Jeanette es amiga mía, vamos.

—Ve tú y yo te espero.

Pero J.C. no se resignaba, y cinco minutos después, Dena se encontró en la fiesta a la que asistían los jefes de las tres televisiones nacionales, entre ellos Julian Amsley, director de la televisión en la que trabajaba Dena. Se horrorizó cuando Amsley la vio. «Pensaré que soy una arribista». Pero él le hizo una seña amistosa con la cabeza. Cuando hacía más o menos media hora que intentaba ocultarse en algún rincón, vio que Jeanette Rockefeller se acercaba a los presentes y los llevaba a conocer al invitado de honor. De repente, Dena se encontró en la fila junto a J.C. y quiso que la tierra se la tragase. Vio que Howard Kingsley se acercaba y estrechaba la mano a todos, dirigiéndoles al mismo tiempo unas palabras. Cuando le tocó el turno a Dena, sintió un deseo casi incontrolable de hacer una reverencia, pero logró mostrarse tranquila y decir:

—Felicidades, señor. Me ha gustado mucho su discurso.

Howard la miró con una leve sonrisa y asintió con la cabeza.

—Muchísimas gracias señorita —respondió. Cuando ella comenzaba a alejarse, la llamó—: A propósito, señorita Nordstrom, me interesó lo de los Hamilton. Buen trabajo. Vamos a comer algún día.

En el mismo momento en que la anfitriona presentaba a otro invitado, Dena consiguió balbucear:

—De acuerdo, gracias.

¿Había oído bien? ¿Kingsley había dicho: «Buen trabajo. Vamos a comer algún día» o eran alucinaciones suyas? Quizá había entendido mal y, en realidad, había dicho: «Mal trabajo. Me pareció una verdadera porquería». J.C. seguía detrás de ella y la cogió del brazo.

—¿Le has oído decir: «Vamos a comer algún día»?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Estaba allí mismo.

—Dios mío... ¿Qué crees que querrá?

J.C. rió.

—¿Qué creo que querrá? Decirte que eres la mujer con más talento de Nueva York.

—No seas tonto. ¿Ha dicho de verdad: «Buen trabajo»?

—Sí.

—¿Qué piensas que quería decir?

—Que opina que hiciste un buen trabajo.

—¿Y de verdad lo ha dicho?

—Sí, Dena. ¿Tendré que llevar ahora una grabadora encima para registrar estos elogios?

—No, pero es que nunca me imagino que alguien como él esté viéndome en la televisión. Es decir, creo que soy una simple entrevistadora de relleno. —Subieron al taxi y añadió—: Oye, no vayamos a casa, estoy demasiado emocionada. Vamos a tomar algo al bar Sardi. —Siguió hablando todo el rato mientras atravesaban la ciudad—. Todavía no puedo creerlo. ¿Sabes una cosa, J.C.? Nunca te lo he dicho, pero él es una especie de héroe para mí.

—Sí que me lo habías dicho.

—¿Ah, sí? La verdad es que con ir a la cena hubiera tenido suficiente, pero llegar a conocerlo, además... —J.C. soltó una risa de satisfacción. La emoción de Dena le hacía disfrutar—. No te rías, J.C., es verdad. ¿Nunca has querido ser como alguien que admirabas?

—Sí, como Hugh Heffner.

—No te hagas el tonto. Hablando en serio, ¿no te sorprende que haya sido tan amable conmigo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo sabía que él quería conocerte.

—¿Cómo lo sabías?

—Tuvo que aprobar la lista de invitados y dijo que quería, en especial, que tú asistieses a la recepción.

Dena gritó:

—J.C., te mataría. ¿Por qué no has avisado? ¿Por qué me has hecho quedar como una tonta? Podría haber ensayado algo que decirle en lugar de: «Felicidades. Me ha gustado mucho su discurso». ¡Qué idiotez! ¿Por qué no me lo advertiste?

—Porque si te lo hubiera dicho, te habrías muerto de los nervios y le habrías vomitado encima.

—¿Qué dijo? ¿Dijo explícitamente que quería conocerme?

—No. Dijo: «Me gustaría conocerla».

—J.C., esto es muy serio. Dime qué palabras pronunció exactamente... No inventes nada.

—Dena, cuando vio tu nombre como posible invitada, le dijo a Jeanette, y cito textualmente: «Sí, me gustaría conocerla».

Ya en el bar Sardi, después de tomar cuatro alexanders, aunque no enteros porque dos se le volcaron sobre el vestido, Dena miró fijamente a J.C.

—¿Qué querría decir con «me gustaría»?

Cuando llegó a su casa, tiró el vestido a la basura. Era caro, pero no le importaba. Seguía estando en las nubes. Se bañó, se acostó y trató de dormir, sin conseguirlo.

Deseó tener a alguien a quien poder llamar, alguien a quien contárselo. En momentos como aquéllos, en que más feliz se sentía, era cuando más echaba de menos a su madre.

## Vamos a comer algún día

*Nueva York*

1973

Dena había logrado contenerse y no contar a ninguno de sus compañeros de trabajo lo que había pasado cuando conoció a Howard Kingsley. Ahora se alegraba de haberlo hecho. Habían pasado dos semanas y no sabía nada de él.

Tal vez se hubiera olvidado de ella, o tal vez decía «Vamos a comer algún día» a todo el mundo. «¿Por qué no? —pensó Dena—. Yo seguramente sugiero ir a comer a diez personas cada día». Y rara vez lo decía en serio, a menos que considerase que le serviría para algo. Qué tonta había sido, una tonta egocéntrica, al imaginar que Kingsley iba a perder su tiempo con ella. Sólo era una imbécil sin talento ni experiencia en los telediaros, que intentaba ingresar en el estrellato a la fuerza. En ese momento, sonó el teléfono.

—¿La señorita Nordstrom?

—Sí, soy yo.

—Soy Howard Kingsley. La llamo para ver si dispone de tiempo el jueves para ir a comer juntos.

—¡Ah, sí...! A ver..., el jueves. Permítame que lo mire. —Simuló que consultaba su agenda y hojeaba unas páginas imaginarias—. Veamos..., el jueves, el jueves. —De repente, dejó de aparentar—. Pero ¿a quién pretendo engañar? Claro que tengo tiempo, señor Kingsley, y la verdad es que me gustaría mucho comer con usted.

Kingsley se echó a reír.

—Estupendo. Me gusta el Carlyle. Es un restaurante tranquilo con una comida buena. ¿Le parece bien?

—Sí, claro.

—Entonces el jueves a las doce y media. ¿De acuerdo?

—Perfecto. Allí estaré.

—Muy bien, hasta entonces.

Colgó y se enfadó consigo misma. ¿Por qué había dicho «Sí, señor»? «Pensaré que soy una idiota. Acuérdate de que no es más que un hombre de carne y hueso, como todo el mundo». Tomó una aspirina y notó que tenía las manos húmedas. No sabía por qué tomaba la aspirina, excepto por hacer algo. Entonces pensó que sería mejor comprobar que tenía tiempo ese día. Como si por él no estuviera dispuesta a anular una cita con quien fuese, incluso con la reina de Inglaterra o Paul Newman. La verdad es que hubiera sido una lástima tener que anular una cita con Paul Newman, pero afortunadamente no tenía que tomar esa decisión. El jueves no tenía compromisos.

Por fin llegó el día, al cabo de lo que le pareció una espera de ocho años. Mientras



se dirigía al Carlyle, Dena hablaba para sí. «Hace casi siete años que te dedicas a esto. No eres una aficionada; eres una mujer madura. No eres una niña. No te va a morder. Si te muestras nerviosa, lo pondrás nervioso a él. Estás espléndida. Masticas un chicle de menta que te garantiza un aliento maravilloso y no tienes granitos ni marcas en la piel. Llevas las uñas limpias, y no vas a pedir una copa a menos, por supuesto, que la pida él. En ese caso puedes tomar un Bloody Mary... No, dejaría aliento a tomate. ¿Qué sería adecuado? Algo ligero, pero no demasiado flojo». En el momento en que había decidido la bebida, el taxi frenó. Había llegado. Dio una generosa propina al conductor, acabó de masticar el último chicle refrescante, respiró hondo y entró en el restaurante. El *maitre* la reconoció enseguida.

—Señorita Nordstrom, el señor Kingsley la espera. Sírvase pasar por aquí, por favor. —La condujo al fondo del comedor.

Todos los empresarios, tanto hombres como mujeres, que llenaban el restaurante alzaron la vista y luego intentaron desviarla de la deslumbrante rubia de piernas perfectas. Es decir, todos menos una mesa de seis ejecutivos españoles que no se esforzaron lo más mínimo por disimular y se volvieron a mirarla. Kingsley se puso de pie cuando Dena se acercó a la mesa y le cogió la mano.

—Me alegra que haya podido venir. Seguramente es usted una persona muy ocupada.

—Gracias —replicó Dena—, me halaga, pero créame, no tan ocupada como usted piensa.

Él sonrió.

—Disfrútelo mientras pueda; pronto estará muy ocupada. ¿Le pido una copa?

Dena vio que él estaba bebiendo alcohol y aceptó, intentando mostrar un aire espontáneo.

—Claro. Otro Martini.

—Muy bien. —Llamó al camarero con una seña—. Jason, trae uno igual para la señorita Nordstrom. —Luego se dirigió a ella—: Es evidente que todos estos hombres me envidian y que las mujeres cuchichean porque me acompaña una mujer tan atractiva. Me ocurre lo mismo cada vez que salgo con mi hija, y reconozco que disfruto de ello.

Dena se relajó cuando se dio cuenta de que no tenía que preocuparse porque Kingsley quisiera seducirla. Había sido muy amable por su parte comunicárselo con tanta delicadeza.

—Señor Kingsley, vi a su hija la otra noche en la cena; es muy hermosa.

—Gracias. Tenemos la suerte de que no ha salido a mí y, en cambio, ha heredado la belleza de su madre.

El camarero sirvió el Martini, y Dena bebió un gran sorbo antes de percatarse de que contenía ginebra en vez de vodka. Pero siguió sonriendo para que él no advirtiese que le lloraban los ojos.

Aunque era un poco corta de vista, después de un sorbo podría haber leído sin

ningún problema las letras más pequeñas de la carta en la otra punta del salón. Kingsley le preguntó por sus comienzos en la televisión y por los sitios donde había trabajado. Le resumió su larga historia laboral y los empleos que había tenido hasta llegar a Nueva York. Les trajeron el almuerzo y, cuando terminaron de comer, él pidió un café para cada uno.

—Creo que la otra noche le mencioné lo de los Hamilton —comentó entonces.

—Sí, así fue.

La miró de frente y se aclaró la garganta.

—Tengo entendido que siguió su propio criterio con respecto a esa entrevista... que no siguió las directrices de la cadena, por decirlo de algún modo.

Dena se asustó. ¿Cómo lo sabía?

—Bueno, es que...

—Charles y Peggy Hamilton son amigos míos.

—Ah, ya entiendo.

—Me imagino que tuvo usted en cuenta que podía perder su trabajo por lo que hizo.

—Sí, lo sé.

—Fue muy atrevida al hacer una cosa así al principio de su carrera.

A Dena se le cayó el alma a los pies. Se sintió como una criatura de diez años.

—Supongo que sí.

—A mí me pareció una actuación de lo más correcta.

—¿Eso le pareció? Digo, ¿eso le parece?

Kingsley sonrió.

—Sí, eso me parece.

—Bueno, gracias. Pero en realidad no sé si fue tan correcta. Creo que lo que intenté fue salvar mi cuello sin perder mi trabajo.

—Tal vez haya intentado salvar su cuello y al mismo tiempo hacer méritos; pero a la vez se desvivió por salvar el cuello ajeno. No fue una decisión fácil. Yo me encontré una vez en una situación similar. Sea cual sea el motivo, su instinto la guió acertadamente. Tomó el camino adecuado y le salió bien.

—O no tanto —opinó Dena—. Mi jefe se enfadó mucho. Por un momento pensé que llegaría a echarme. Se lo aseguro... Mi jefe es muy duro.

—¿Ira Wallace?

—Sí, ¿lo conoce?

Kingsley asintió con la cabeza con cara de cansancio.

—Huy, si lo conozco. —Apoyó la espalda en la silla mientras parecía tomar una decisión—. Voy a decirle una cosa, señorita Nordstrom, me gusta usted; me gusta lo que veo. Es una persona con estilo, con presencia y con clase. Es exactamente lo que ellos quieren... pero es terrible ver que esos desgraciados se apoderan de usted. —Hizo una mueca—. Sea como sea, le aconsejo que les saque hasta el último centavo que pueda, porque ellos van a intentar robarle el alma. Como usted tuvo la delicadeza

de advertir a mis amigos, yo la advierto a usted. ¿Cree que el asunto de los Hamilton resultó difícil? Es sólo la punta del iceberg, un juego de niños al lado de lo que viene. Lo huelo, lo presiento y me da náuseas. —La miró a la cara—. Le explico que creo en la libertad de expresión. Estamos para mostrarle la verdad al público. Pero cuando se mete alguien como Wallace, empieza a contaminar la industria entera, y eso ocurre con más frecuencia cada día. Las personas como él no quieren noticias; quieren telespectadores, y para ello necesitan índices altos de audiencia y no les importa cómo conseguirlos. Imagino que usted ya está al tanto de todo eso.

—Sí —contestó Dena—. Estoy al tanto.

—Cubrí tres guerras y vi muchas muertes en aquel entonces. Pero esta nueva generación que toma el mando está formada por los desgraciados más fríos y mezquinos que he visto en mi vida. Para serle franco, me dan un miedo atroz. Acuérdesse de lo que le digo, tan pronto como puedan librarse de nosotros, los viejos, nos sustituirán por hombres y mujeres jóvenes y elegantes, como usted, que les hagan el trabajo sucio. Que hagan tragar a todo el mundo su basura mientras ellos se quedan ocultos en sus despachos facturando millones y riéndose de nosotros, mientras el país entero se viene abajo.

Los otros comensales del restaurante empezaron a mirar a su mesa, a medida que Kingsley alzaba la voz. Cuando se dio cuenta, se avergonzó y habló en voz más baja.

—Discúlpeme. No sé por qué le hago soportar mi perorata. Seguramente sólo soy un viejo estúpido que piensa lo peor.

—Señor Kingsley, no diga eso. Usted no es ni viejo ni estúpido, y tiene derecho a sentirse molesto.

Kingsley hizo una seña al camarero para que les llevara la cuenta y rió.

—Puede tutearme, por favor. ¿Sabe? Mi esposa dice que debería jubilarme. Tal vez tenga razón, pero no quiero dejar este medio ni esta cadena de televisión ni este país en manos de esos desgraciados, al menos por ahora. Ya sé que tarde o temprano lo conseguirán, pero hasta entonces alguien debe seguir recordando a la gente que no somos la escoria en que quieren convertirnos.

—Justamente por eso no puedes jubilarte nunca. Te necesitamos. Seguramente a mí no me escucharán.

Él sonrió mientras firmaba el cheque.

—Lo que intentaba decirle es que procure no dejarse utilizar. Ofrezca resistencia cuando pueda. —Hizo una pausa—. Y no vacile, llámeme si me necesita.

—No te quepa duda. Y también puedes tutearme.

Se levantaron y empezaron a salir del restaurante.

—Te agradezco mucho que hayas hablado conmigo. La verdad es que no creo que me ofrezcan un contrato nuevo. No estoy segura de tener la capacidad suficiente.

Howard abrió la puerta de cristal y, cuando salía a la calle, le aseguró:

—Claro que te van a ofrecer un contrato. Julian Amsley sabe darse cuenta de lo que tiene y no querrá perderte. —Dena lo miró, boquiabierta, y él añadió, sonriente

—: No, no tengo poderes de adivinación. Juego al póquer con Amsley los viernes, y a él le gusta hablar. —Mientras buscaba un taxi para ella, sugirió—: A propósito, ¿por casualidad te gusta navegar?

—¿Navegar? Ah, sí, me encanta navegar. —Se contuvo de nuevo—. Bueno, en realidad, me encantaría probarlo.

—Qué bien. Cuando mejore el tiempo, te llamaremos. Tenemos una casa en Sag Harbor y podemos llevarte un fin de semana.

Paró un taxi y la ayudó a subir. Antes de cerrar la puerta, le dio un último consejo.

—Ah, escucha. Con respecto al contrato, tienen planeado gastar doscientos mil al año. Que tu representante no lo arregle por menos. No quieren decírtelo, pero tus índices de popularidad están por las nubes. Van a ofrecerte cien mil. Pide cuatrocientos y acepta trescientos mil. A Amsley le encanta el riesgo de perder algo, y cuando se entere de que hemos comido juntos, se asustará lo bastante para gastar cien mil más.

Cerró la puerta del taxi y dio un billete de diez dólares al conductor.

—Hágame el favor de llevar a esta joven a donde ella diga, ¿de acuerdo? Y conduzca con cuidado, es una pieza de gran valor.

El conductor esbozó una sonrisa y contestó:

—Sí, claro, señor Kingsley.

Después de arrancar, el conductor exclamó:

—¡Howard Kingsley, por todos los santos! —La miró por el retrovisor—. La semana pasada llevé a Polly Bergen, de *What's My Line?*

—¿Ah, sí?

La miró fugazmente por el espejo y siguió.

—Sí. Y su cara me suena también. ¿No es famosa?

—No, sólo soy amiga del señor Kingsley.

El conductor movió la cabeza de un lado a otro.

—Una amiga muy agradable —comentó.

—Así es.

Dena se puso a reflexionar sobre la comida. Aún le resultaba difícil de creer que de verdad había estado con él y que él le había hablado y se había interesado por su carrera. Estaba encantada de que a Howard le hubiera parecido bien lo que había hecho con los Hamilton. Pero en el fondo se preguntaba si habría tomado la misma decisión de haber estado en juego su empleo.

No estaba segura. De hecho, nunca estaba segura de lo que sentía. Sólo sabía que esta vez había tenido suerte.

Una semana más tarde, Sandy la llamó y le dijo, entusiasmado:

—¡Adivina! Te han dado el contrato.

—Magnífico, Sandy.

—Sabía que lo conseguiríamos. Y escucha otra cosa: me he partido la cara, pero finalmente he conseguido que subieran hasta doscientos mil por año, y no sabes lo que habían propuesto al principio. ¿No es una excelente noticia?

—Sandy, diles que no trabajaré por menos de cuatrocientos mil.

Se hizo un silencio prolongado.

—Te propones matarme, ¿verdad?

Dos semanas después, Sandy volvió a telefonar. Hablaba con voz extenuada.

—Sólo he logrado llevarlos a trescientos mil.

—Muy bien —aprobó Dena—. Acepto.

—Dena, juro por Dios que si me muero de insuficiencia cardíaca, Bea y los niños se mudarán a tu casa.

# Una llamada desde Selma

*Nueva York*

1973

Dena trabajaba en la sala de edición preparando la entrevista a Bella Abzug cuando su secretaria le indicó por el interfono que tenía una conferencia de parte de la señora Sarah Jane Poole.

—¿Quién es?

—No lo sé, pero dice que es urgente.

—Bueno, por favor, pregúntale qué quiere. Estoy ocupada en algo importante.

Cinco minutos después, volvió a sonar el interfono y la secretaria insistió.

—Dice que usted la conoce, que es una amiga personal e íntima. Sarah Jane Poole.

—Vaya... No tengo la menor idea de quién es. Pásame la llamada.

Oyó una voz de mujer llena de entusiasmo.

—¿Dena?

—Sí, habla Dena Nordstrom.

—¡Soy yo!

—¿Quién?

—No me digas que te has olvidado de tu vieja compañera, la que compartió el cuarto contigo en la universidad, Sarah Jane Krackenberry Simmons, de Selma, Alabama.

—¿Sookie?

—¡Sí!

—¡Qué sorpresa! ¿Por qué no has dicho que eras tú? ¿Cómo voy a olvidarte, locuela? ¿Cómo estás?

—¡Muy bien!

—¿Sigues atada al mismo hombre?

Sookie lanzó una carcajada.

—Por supuesto. Ya sabes cómo soy, ¡nadie puede conmigo!

—¿Cómo está Earle?

—Muy bien. Pero estoy enfadada contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—¿Por qué? Mi suegra leyó que ibas a venir a Atlanta a recibir uno de esos premios importantes y no me has llamado para avisarme de que venías.

Al principio, Dena no entendió a qué se refería.

—¿Uno de esos premios importantes? Ah, te refieres a lo de la Asociación Femenina Americana de Radio y Televisión.

—Sí. ¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo? Quiero verte cuando pases

por aquí.

—Creí que seguías viviendo en Alabama.

—Claro que sí, pero no voy a permitir que te acerques tanto y no verte.

—¿Vives muy lejos?

Sookie rió.

—Dena, crees que vivo en medio del campo pero aquí tenemos unas magníficas autopistas. Estoy a sólo un par de horas de Atlanta. Puedo acercarme allí, ir a buscarte, y traerte a casa para que pases un par de días, y recordemos los viejos tiempos. Earle y yo estaríamos contentísimos de recibirte. Hace mil años que no nos vemos.

—Huy, Sookie, me encantaría, pero desgraciadamente sólo voy a pasar una noche allí, la de la cena.

—¿No puedes quedarte ni un día?

—De verdad que no, tengo que volver.

—¿Y no puedo verte? ¿Antes de la cena o después?

—Llegaré a punto de ir directamente a la cena y esas cosas duran mil horas. Tal vez no esté libre hasta la una de la madrugada.

—¿Y al día siguiente, entonces?

—Al día siguiente cojo el avión a primera hora.

—¿A qué hora?

—Pues no me acuerdo. A las nueve, a las diez, algo así.

—Bueno, iré a buscarte de todas maneras. No me importa verte sólo cinco minutos. Te conozco Dena Nordstrom; si no te engancho cuando estés aquí, quién sabe cuándo volveré a verte. Así que no te escaparás. Al menos, desayunaremos o tomaremos un café juntas, si no tienes más tiempo.

Dena no tenía salida.

—Bueno... Supongo que estaré cansada y...

—Escucha —la interrumpió Sookie—. No vas a morirme por perder una hora de sueño para ver a una vieja amiga. Puedes dormir después, en el avión. Con lo viejas que somos, no podemos desperdiciar una ocasión de encontrarnos. —Dena no pudo evitar echarse a reír—. Ya sabes que vosotros, los ricos y famosos, debéis aguantar a los viejos conocidos, así que tendrás que soportarme el resto de tu vida. Es la cruz que has de cargar, cariño. Eso te pasa por ser célebre. Además, ¿no puedes volver más tarde?

—Me encantaría, pero no. Tengo que grabar unos vídeos aquí, a las cinco.

—Bueno, está bien; de todos modos, iré. Necesito tenerte delante de mis ojos. ¿Tú no quieres verme? Imaginé que te morías por ver cómo estoy, ahora que soy vieja y débil.

Dena tuvo que rendirse.

—De acuerdo. Veo que no te resignas.

—Exacto. Ahora, dime dónde vas a alojarte e iré a buscarte donde sea. ¿Te parece

bien?

—Sí, pero ahora no estoy en mi despacho y no sé dónde van a instalarme. Tendré que llamarte para decirte dónde podemos encontrarnos y a qué hora.

—Será mejor que me llames, porque no pienso dejarte escapar. ¡Te seguiré el rastro, te guste o no, Dena Gene Nordstrom!

—Está bien. Oye, Sookie...

—¿Sí?

—Sigues siendo la chica más tonta que conozco.

—Bueno, algo es algo —rió Sookie.

Dena colgó y no pudo evitar sonreír. De todas sus compañeras de carrera, Sookie había sido su más íntima amiga, así que a lo mejor no era tan terrible verla. Incluso podía ser divertido.



## Los viejos tiempos

*Atlanta, Georgia*

1973

Una semana más tarde, Dena dio su discurso y se marchó al hotel, pero cuando se durmió eran ya las tres. Por la mañana, cuando la despertaron tuvo que hacer un esfuerzo terrible para levantarse. Lo que una semana antes le había parecido divertido ahora se le antojaba una pesadez. ¿Qué la había impulsado a quedar con Sookie para desayunar? Mientras se duchaba, pensó que el único consuelo era que al menos sólo tendría que escuchar, pues Sookie se encargaría de hablar todo el rato. Hizo las maletas, se puso rápidamente el impermeable sobre los pantalones y el jersey y bajó al bar del hotel.

Cuando entró en el bar vio a Sookie sentada en un rincón. La saludó exageradamente moviendo el brazo. La hubiera reconocido en cualquier sitio. Llevaba un elegante vestido amplio de algodón y el pelo rojizo corto y con flequillo, como en la época de la universidad. Parecía que el tiempo no había pasado para ella. Se levantó, se acercó a Dena, la abrazó y se puso a saltar, chillando como una adolescente.

—¡Dena, qué emoción! Me alegro mucho de verte. Ven, siéntate, que quiero mirarte bien. Estoy tan nerviosa que me va a dar un ataque de epilepsia. Estás aquí, en persona, y por más que me duela igual que antes, con la misma piel blanca y radiante, ¡esplendorosa! —Se sentaron a la mesa y Sookie le ordenó—: Quítate esas gafas oscuras, que quiero verte con detalle.

Aunque estaba cansada, Dena se alegró de ver a Sookie. Conservaba el carácter de una participante en un programa de preguntas y respuestas, y contagiaba su entusiasmo. Se quitó las gafas de sol, Sookie la miró de reojo y se echó atrás como si estuviera enfadada.

—¡Me lo imaginaba! Ni un gramo de maquillaje... Yo, que tengo que ponerme tanto maquillaje que podría pintar un buque de guerra para estar un poco presentable, y tú, ahí sentada, radiante y juvenil como siempre. Tenía la esperanza de verte al menos una o dos patas de gallo, pero no. —Se inclinó hacia delante—. Mírame a mí, cielo. Me salen patas de gallo a cada instante. Earle dice que son arrugas que se forman al reír, pero es evidente que no ve un comino. Cásate con un corto de vista si no quieres envejecer nunca.

—Sookie, estás estupenda.

—¿Tú crees? Soy una mujer vieja, casada y con hijos. Mi juventud quedó en el pasado; se la llevó el viento.

Dena rió.

—Parece que no ha pasado un día desde la última vez que te vi. Vamos, cuéntame

qué es de tu vida.

—Nada, lo mismo de siempre; crío a mis hijas y demás; nada en especial. Pero no hablemos de mí. Tú eres la que lleva una vida emocionante. Todavía no me creo que estés aquí. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado?

—No.

—Bueno, pues no pienso decírtelo. Pero quiero saberlo todo; háblame de la cena de ayer. ¿No estabas loca de alegría por el premio? ¡Qué honor! ¿Estuvo bien la cena?

Dena no le dio importancia.

—Estuvo bien para lo que son esas cosas.

—¿Te han dado un premio importante?

—No, sólo una placa.

—¡Oh! —Exclamó Sookie, sorprendida—. Bueno, yo me pondría muy contenta si me dieran un premio y me pidieran que pronunciara un discurso.

—Te aseguro que después de un tiempo, ya no.

—Sí, ¡cogería el premio y me iría corriendo como un ladrón!

—Hagamos una cosa —propuso Dena, sonriendo—. Para la próxima entrega, te pongo una peluca rubia y te mando a ti al frente. No hablemos de mí; ya sabes lo que hago. Quiero que me hables de ti.

—¿De mí? Pues todo sigue igual. Nos fuimos de la vieja casa de la madre de Earle, nos alejamos del centro y nos instalamos en una hermosa casita de las afueras que nos encanta. Y trabajo para la comunidad y cosas de ésas. —La camarera se acercó a tomar nota y Dena pidió un café. Sookie dijo—: No quiero nada con cafeína; estoy tan nerviosa que me desmayaría. Dena, ¿qué hora es? —Le aseguró que tenían tiempo todavía y dijo—: Pues tráigame un café Sanka helado.

—¿Cuántas hijas tienes?

—He tenido dos más desde la última vez que nos vimos. Estoy rodeada de niñas, ya tengo tres. ¿No te parece increíble? Tres niñas: Ce Ce, Dee Dee y Le Le. —Le enseñó una foto suya con tres Sookies en miniatura, con flequillo y todo—. Quería traerte todos los álbumes de fotos, pero Earle no me ha dejado.

—Son muy guapas.

Sookie sonrió satisfecha.

—Yo también lo pienso, pero soy su madre. Earle está loco de alegría; cree que, cuando crezcan, las tres serán *Miss Alabama*. Claro que tendremos que arreglarles las orejas antes de que lleguen a la edad del pavo.

—¿Qué quieres decir?

—En la foto no se nota, pero por desgracia las tres han heredado las orejas de la familia Poole. No sé si te acuerdas de cómo le sobresalen las orejas a Earle. Al principio, papá decía que parecía un taxi con las puertas abiertas. Gracias a Dios, son niñas, así que se las tapo con el pelo y no se nota.

Dena volvió a mirar la foto.

—¿Vestiste a las niñas igual que tú?

—Sí, pero no te burles. Ya sé que es muy cursi, pero Earle se presenta a concejal del municipio y le pareció que quedaba bien para el póster y la propaganda.

—No me digas que Earle se ha metido en política.

—Sí, dice que le sirve para el trabajo. Además, tiene una gran conciencia ciudadana. Quédate con la foto; tenemos mil copias.

—Gracias. ¿Y tú cómo estás, Sookie? ¿Sigues tratando de ser la persona más aceptada? En la universidad te morías por conseguir la aceptación de nuestros compañeros. Me acuerdo muy bien.

—Oye, no vengas a recordarme lo tonta que era. ¿Qué sabía yo de nada, cielo? Cuando ingresé en la Universidad Metodista del Sur, acababa de llegar de Selma. Y no era culpa mía, ya te acuerdas de mamá.

—Sí, claro, Lenore la Magnífica. ¿Cómo está?

Su amiga hizo un mohín de fastidio.

—Por desgracia, muy bien. Sigue aterrorizando a todas las personas en cien kilómetros a la redonda. Lo que digo es que era culpa suya. Me dijo que tenía que sacar las notas más altas o, si no, ser aceptada por todos mis compañeros. Me dijo: «Si no puedes ser inteligente, tienes que ser vivaracha». ¡Y vaya si fui vivaracha!

Mientras la camarera les servía el café, se acercó a la mesa una mujer que se dirigió a Dena.

—Disculpe, ¿me firmaría un autógrafo? Soy una gran admiradora suya.

Sookie se puso a conversar con la mujer alegremente mientras Dena revolvía en su bolso buscando bolígrafo y papel, pues la mujer no tenía.

—Dena y yo compartíamos habitación en la universidad, en la Hermandad Kappa.

—¿De verdad?

—Sí —continuó Sookie—. He venido en coche esta mañana desde Selma, Alabama, sólo para charlar con ella un rato. Hacía años que no nos veíamos. Pero está idéntica. Le he dicho: «Dena, yo estoy envejeciendo hasta quedarme encogida y tú estás igual».

Por fin Dena encontró un bolígrafo y un sobre viejo.

—¿Es para usted o quiere que se lo dedique a otra persona? —le preguntó.

—No, no, es para mí —contestó la mujer, y siguió hablando con Sookie—. Un primo mío se casó con una chica de Selma, Lettie Kathrine Wyndam.

—Ah, conozco a la familia Wyndam. ¡Son encantadores!

—Sí, Lettie era encantadora, sí.

Dena volvió a interrumpir.

—Disculpe, necesito saber a quién quiere que se lo dedique.

—Dedíquemelo a mí, por favor.

—¿Me diría cómo se llama? —Dena intentó no perder la paciencia.

—¡Oh... perdón! —se disculpó la mujer—. Ponga: Mary Lib Hawkins.

Sookie reanudó el diálogo.

—He intentado convencer a Dena de que venga a Selma a pasar unos días, pero está tan ocupada que tiene que regresar a Nueva York a grabar esta misma tarde. ¿Puede creer que la hacen trabajar un domingo? Para mí, que seguramente son ateos.

Mary Lib miró a Dena con compasión.

—Vaya, pobrecita.

—Aquí tiene —Dena le entregó el sobre—, y gracias.

—Gracias a usted. Espero que disfruten de la charla.

Sookie contestó por las dos.

—Gracias señora. Seguro que sí.

Cuando la mujer se fue, Sookie se dirigió a Dena, entusiasmada:

—¿Has visto lo amable que es? Seguro que se te acerca gente a todas horas. ¿No te sientes importante? ¡Yo me siento importante sólo por estar aquí sentada contigo! ¿No te gusta?

—No, la verdad es que no.

—Sí, te encanta que te presten tanta atención. ¿A quién no?

—Bueno, no está mal... —sonrió Dena—. Lo que pasa es que... a veces no tengo ganas de ser amable.

—Pues será mejor que seas amable conmigo, Dena Nordstrom, por todo lo que tuve que soportar por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

—No era nada fácil compartir el cuarto con la chica más guapa de la universidad. Es un milagro que no me haya dejado traumatizada para siempre. Yo me pasaba horas arreglándome el pelo para que me quedara bien y maquillándome, y tú te levantabas de la cama y estabas más guapa que nadie. ¿Recuerdas que comías como una lima mientras yo casi me moría de hambre? Sólo podía cenar una hoja de lechuga para que no me quedaran los muslos como un flan, y tú todavía no has engordado ni medio kilo. Debería matarte, en nombre de todas las mujeres. —Sookie rió—. Ah, Dena, ¿te acuerdas de aquel aparato eléctrico que compré para reducir los muslos, antes del baile de alumnos y exalumnos? Me enchufé horas y horas al aparato aquel y me salieron moretones; y de todas formas acabé pareciendo una bolsa de patatas cuando me puse el vestido.

—Sookie, eras una de las chicas más atractivas de la facultad, y lo sabes.

—¡Ja! En cuanto algún chico se fijaba en mí, pasabas tú por el lado y me dejabas tirada. Conseguí enganchar a Earle Poole porque era miope.

—No seas tonta. Earle te adoraba.

—No te olvides de Wayne Comer. Cuando te vio, me dejó como si tuviese viruela y empezó a perseguirte. Me hizo mucho daño.

—¡Por el amor de Dios, Sookie! Jamás quisiste a ese obsesivo. ¡Era un idiota!

—Bueno, ahora me doy cuenta. Ya que estamos, ¿con quién sales? ¿Alguien en especial?

—Sí, supongo...

A Sookie se le iluminaron los ojos.

—¿Lo conozco?

—No creo.

—Vaya, me imaginaba que podías tener una relación apasionada con algún actor de cine. Bueno, ¿entonces, estás enamorada?

—No. Ya me enamoré... y fue horrible. Nunca más. Prefiero ser la amada y no la amante. Te lo aseguro; es mi lema.

—Dena, ¿te acuerdas, en la universidad, de cuando yo estaba tan enamorada de Tony Curtis y tú de ese escritor... Tennessee Williams? Tenías una foto de él pegada en la pared de tu cama.

—Es verdad... ¿Cómo te acuerdas? Casi lo había olvidado.

—¿Cómo voy a olvidarlo? ¿No te acuerdas de que me hiciste acompañarte hasta San Luis, como en una especie de peregrinaje sagrado, para ver una fábrica de zapatos donde había trabajado? ¡Y llorabas como si fuese un altar!

—Es verdad. Era la International Show Company...

—Después cogimos un tranvía y fuimos a ver un espantoso edificio donde él había vivido.

—¡Dios mío! Se me había olvidado del todo.

Sookie se apoyó en el respaldo de la silla, satisfecha.

—¿Ves lo que te decía? ¿No te diviertes recordando los viejos tiempos? Dime la verdad, ¿no te alegras de haber venido? Estaba segura de que intentarías escabullirte y se lo dije a Earle: «Tratará de escabullirse». ¿Te alegras de no haber podido?

—Sí.

—Tenía que obligarte siempre a ser sociable. Si no hubiera insistido, no habrías formado parte de la Hermandad Kappa. De no haber sido por mí, no habrías conocido a nadie más que a aquellos extravagantes que estudiaban teatro. Tienes que admitirlo, ¿no es verdad?

—Supongo que sí.

—¿Recuerdas lo tímida que eras? Pero yo insistía en que salieras al mundo. En realidad, pensándolo bien, yo soy la responsable del éxito que tienes hoy. Y eso es lo que digo a todo el mundo... o sea que no te atrevas a contradecirme.

—Muy bien.

—Estoy bromeando, claro. Hablando en serio, Dena, ¿no te alegras de haber superado tu etapa teatral y de artista bohemia?

—¿De artista bohemia?

—Sí, ¿no recuerdas que estabas siempre en aquel estúpido cine, donde ponían montones de películas raras?

—¿Te refieres al Lyric?

—Sí. Me llevaste a ver una estupidez de película graciosa que ni siquiera era en inglés.

—¿*Hijos del paraíso*? Era francesa.

—Era horrible, fuera de donde fuera. Me llevabas siempre a sitios rarísimos, como si fuese tu muñeca, y yo te dejaba. Mamá me decía que tenía un carácter débil y a lo mejor era verdad, pero nos divertíamos, ¿no? Tú hacías cosas muy raras y siempre andabas como loca. ¿Te acuerdas de los líos en que nos metíamos por pasarnos la noche riendo? ¿Recuerdas a Judy Horne, la que tenía sinusitis? Nos daba golpes en la pared para que calláramos. ¿Y la fiesta de antiguos alumnos de Kappa, cuando te hiciste pasar por una alumna sueca de intercambio? Te disfrazaste y hablabas con acento extranjero. Fue espectacular.

—¿Eso hice?

—Sí, ay sí, ¡Dios mío! La semana griega y aquella canción delirante que escribiste para el número de la Hermandad Kappa. —Al ver que Dena la miraba con desconcierto, añadió—: ¡Claro! Nos hiciste poner unas bragas sobre los pantalones y cantamos todas juntas *Muchas bragas por todo*. Éramos tontas y saltábamos a la pata coja de felicidad. Nos reíamos las veinticuatro horas del día.

—¿De verdad? Sí que recuerdo que tú y yo nos lo pasábamos bien, pero no que estuviéramos tan alegres siempre.

—Sí. Nada te desconcertaba; eras alegre y despreocupada.

—¿Estás segura?

—Claro. Compartíamos la habitación, creo que hablo con conocimiento de causa.

—¡Qué curioso! Tengo la sensación de haber vivido con tristeza la etapa de la universidad.

—¡En absoluto! Tenías un poco de mal humor, nada más. Yo lo atribuía a tu carácter dramático. Siempre te daban los papeles principales de aquellas obras de teatro espantosas. Te pasabas horas en el teatro haciendo no sé qué, la noche entera, y yo tenía que bajar a hurtadillas y dejar la puerta de atrás sin cerrar para que pudieras entrar. Pasabas tanto tiempo allí que nos imaginábamos que tenías un novio secreto y no querías contárnoslo. Y te acordarás de la noche en que Mitzy McGruder y yo... por cierto, se casó... Por fin, fuimos al teatro sin que nadie nos viera y allí estabas, a las dos de la mañana, paseándote sola por el escenario. Cantabas, después reías y después bailabas. Era para morir de risa; resultabas de lo más cómico. ¿Qué hacías?

Dena movió la cabeza.

—Si lo supiera... Imagino que actuaba, jugaba con las luces, ¿quién sabe?

—Bueno, de todos modos, salió bien. Ahora, eres famosa. Oye, dime a quién has conocido.

—¿A qué te refieres?

—A los famosos. ¿Alguna vez has visto a Tony Curtis?

—No.

Sookie pareció desilusionada.

—¿Por qué no lo entrevistas alguna vez? Seguramente le gustaría a mucha gente. Debes escucharme, Dena, yo represento al público.

Entonces se acercó a la mesa una corpulenta camarera. Fijó los ojos en Dena y le preguntó cómo se llamaba. Dena alzó la vista.

—¿Perdón?

—¿Cómo se llama usted? Dicen por ahí que es usted famosa, o algo así.

—Es Dena Nordstrom. La habrá visto en televisión —contestó Sookie, de buen grado.

La camarera que no tenía ni idea de quién era Dena, dijo:

—¿Puede firmarme un autógrafo?

—Por supuesto. ¿Tiene lápiz y papel? —respondió Sookie, que a estas alturas ya tenía amplia experiencia.

La camarera le tendió su bloc de notas a Dena.

—Tome. Escríbalo en la parte de atrás. Es para Billie. —Se dio la vuelta y gritó—: ¡Thelma, ven a pedirle un autógrafo y dile a Dwayne que salga de la cocina! —Después le preguntó a Sookie—: ¿Puede firmarme uno para Dwayne?

—Dena, ¿puedes firmar uno a Dwayne? —Consultó Sookie, y luego preguntó a la camarera—: ¿Quién es Dwayne?

—El cocinero.

—Es el cocinero, Dena. No te molesta, ¿verdad?

—De acuerdo, pero dile que se dé prisa —respondió Dena mientras firmaba en el bloc de notas de la otra camarera.

Billie le tendió un trozo de papel.

—Tome, fírmelo aquí, está ocupado. Yo se lo llevo. —Dena firmó y la camarera se llevó el papel—. Gracias.

—Dena, me siento como una madre orgullosa —exclamó Sookie, radiante—. Siempre supe que serías famosa. Te lo decía a cada momento, ¿verdad?

—¿Me lo decías?

—Sí. ¿No te acuerdas de nada? —Su amiga la miró con aire pensativo—. ¿No sientes nostalgia de aquellos años? No me gusta tener que ser adulta. No aceptaría otra cosa por Earle y las niñas, claro, pero ¿no te gustaría volver atrás y no tener que preocuparte por nada, sólo hacer tonterías y salir con chicos? Todavía recuerdo las canciones de Kappa, ¿y tú?

Dena miró su reloj y se sorprendió de lo tarde que era.

—Mierda, Sookie, tengo que irme.

—¡Oh, no! —Lloriqueó Sookie—. No hemos hablado lo suficiente, ahora empezaba a ponerse interesante.

—Ya lo sé, pero volveremos a vernos muy pronto. —Le aseguró Dena—. Te lo prometo.

Sookie dio un salto.

—¡Espera! Casi me olvido. Tenemos que hacernos una foto para el boletín Kappa Key. —Hurgó en su bolso y sacó una cámara fotográfica—. Es un momento. —Llamó a Billie, la camarera, y le pidió que les hiciera una foto. Cuando se la hizo,

acompañó a Dena a la limusina y se despidió con un abrazo—. Prométeme..., prométeme que si alguna vez vienes por Alabama, me llamarás y me avisarás. Porque si no, me enteraré, me presentaré de improviso y te pondré en un aprieto.

Dena, riéndose, subió al coche.

—Te lo prometo.

—Ah, y otra cosa: si conoces a Tony Curtis, dile que tiene una gran admiradora en Selma.

—Por supuesto.

Cuando el coche arrancó, Sookie saludó con la mano.

—¡Te quiero mucho! —gritó.

En el avión, Dena pidió un Bloody Mary y reflexionó sobre la chica que había descrito Sookie. ¿Era posible que hubiera sido ella? ¿O Sookie se equivocaba? La muchacha que creía recordar había sido siempre melancólica y soñadora; tenía tendencia a llorar y a mirar las hojas que brillaban en los árboles durante horas; a desear algo con tanto ahínco que hasta sentía dolor. Pero Dena ignoraba qué deseaba y adónde habían ido a parar aquellos sentimientos. La verdad era que casi no recordaba a aquella chica. Pidió otro Bloody Mary y durmió hasta que aterrizó en Nueva York.



# Luces de la ciudad

*Nueva York  
Diciembre de 1951*

Cuando Dena tenía siete años, su madre consiguió un empleo en Bergdorf, en Nueva York, y la envió a un internado de Connecticut. A Dena no le gustaban aquellos pasillos largos, vacíos y oscuros, ni tener que esperar el momento de volver a encontrarse con su madre. Después de unos dos meses, la madre superiora escribió una carta a la madre de Dena para decirle que la niña no se integraba bien en su grupo de compañeras: «Tenemos en cuenta que nuestros internos echan de menos a su familia en cierta medida, especialmente si son hijos únicos, pero me temo que Dena es un caso difícil. Es evidente que la niña la adora a usted y es terriblemente infeliz en este lugar. Por lo común, recomendamos a los padres que den tiempo a sus hijos para que se adapten a un nuevo entorno, pero en su caso haré una excepción a las normas: ¿Es posible que Dena pase algunos fines de semana en su casa?».

A Dena le encantó el nuevo piso de su madre. Quedaba a un lado de Gramercy Park, en una bonita calle que tenía árboles en las aceras. Ella dormía en el sofá del cuarto de estar. El piso quedaba en la planta baja y las ventanas estaban prácticamente al nivel del suelo. Por la noche, la luz procedente de la farola de la esquina proyectaba sobre la pared de la sala unas figuras como de encaje, cuando la brisa agitaba las hojas de los árboles y las hacía bailar bajo la luz. Por la noche, muy tarde, cuando estaba acostada, Dena oía a las parejas que pasaban delante de las ventanas, las pisadas fuertes y sordas de los zapatos de hombre, y las agudas de los tacones altos de mujer que se clavaban en la acera, hasta que los transeúntes se alejaban. También oía las voces suaves y apagadas, la voz profunda del hombre y la risa de la mujer. A veces, cuando pasaba un coche, llegaba a sus oídos la música de una radio, y las luces del coche se colaban por entre los barrotes negros ornamentados de la ventana y convertían el pequeño cuarto de estar en un espectáculo mágico de luz y sonido. Dena estaba llena de sueños y de curiosidad. Siempre se preguntaba adónde iban aquellas personas y de dónde venían, y soñaba con todos los lugares maravillosos a los que tal vez iría un día. Deseaba vivir alguna vez en una casa como la que con frecuencia aparecía en sus sueños. Era una casa blanca, rodeada de césped verde, y su madre estaba allí y sonreía siempre. Aquella Navidad, su madre le había permitido quedarse una semana entera. Había sido una visita fantástica. Su madre la había llevado a comer a Horn & Hardart, donde eligieron la comida que se exhibía en unas pequeñas vitrinas, bebieron café caliente y comieron pastel. Fueron andando por la Quinta Avenida, mirando a los cientos de personas que andaban, a los hombres disfrazados de Papá Noel que había en cada esquina y los escaparates, llenos de pequeños objetos que daban vueltas y se movían al compás de la música. Llegaron

hasta Radio City para ver el espectáculo de Navidad, y Dena disfrutó, boquiabierta e hipnotizada por todo aquel despliegue. No había visto en su vida un camello de verdad, y las Rockettes llevaban unos uniformes rojos y dorados con los que parecían soldaditos de juguete vivos. Casi no podía respirar de lo que la fascinaban las luces, que cambiaban de un color a otro, también como por arte de magia. Mientras otros niños miraban el espectáculo, Dena se volvió para observar los haces de luz que llegaban desde el fondo del auditorio, desde unos reflectores blancos y brillantes, y que iluminaban el escenario y el telón. Y, como si con eso no bastara, su madre la dejó pasmada cuando le dijo que conocía a una de las Rockettes y que irían a verla al camerino.

Fueron a los camerinos y la amiga de su madre, una mujer muy amable llamada Christine, les mostró todo el teatro, desde la sala de ensayos, que tenía unos espejos enormes, hasta los vestuarios. Los camerinos estaban atestados de *rockettes*, músicos, tramoyistas y otras mujeres disfrazadas, pero Dena sólo quería saber una cosa: ¿quién hacía que las luces que estaban allá arriba, en la bóveda del auditorio, cambiaran de un color a otro, y cómo lo lograba? A Christine le hizo gracia que una niña tan pequeña hiciera aquella pregunta y le presentó a un hombre llamado Artie. Él le enseñó la consola de control principal, donde cuatro mil trescientos cinco interruptores de colores encendían y apagaban las luces ámbar, verdes, rojas y azules, y también le habló de los doscientos seis proyectores de luz. Dena lo escuchaba cautivada. Después cenaron con Christine en el bar privado del Radio City, donde comían las bailarinas y el personal de teatro. Por la noche, a Dena todavía le daba vueltas la cabeza. No había sentido tanto entusiasmo en toda su vida. Durmió junto a su madre, apretándole la mano toda la noche y soñando con las luces. Más adelante, dos meses después, su madre renunció al trabajo de un día para otro y se mudó a las Torres Altamont, en un barrio antiguo de Cleveland, Ohio, y Dena no la vio hasta el verano. Pero nunca olvidó aquella noche en el Radio City, y desde entonces la fascinaron las luces de todo tipo: la luz del sol, de la luna, de las lámparas, hasta el punto de que fue la iluminación lo que la llevó a interesarse por el teatro. En la universidad empezó a trabajar con las luces y descubrió con asombro cómo cambiaba el ambiente de una escena si convertía una sala alegre, iluminada con pura luz solar, en una sala oscura, ensombrecida y aterradora, sólo con mover una palanca. Entraba a escondidas en el teatro de la universidad en plena noche y manipulaba las luces durante horas. Aprendió a producir cualquier clima que buscaba. Aquel año se obsesionó con la luz, hasta que finalmente la luz se obsesionó con ella. Fue la primera vez en su vida que realmente sintió que tenía algo bajo su dominio. Y las luces la arrastraron hasta el mismo Nueva York.

# El boletín de la hermandad Kappa

Selma, Alabama

1973

¡Hola, Kappas!

Si queréis saber por qué estoy de tan buen humor, os contaré que éste es un año fabuloso para encontrar y reanudar viejas amistades, y nuestra nueva presidenta de incorporación, Leslie Woolley, nos dice que este año la incorporación tuvo más éxito que nunca: ¡Tenemos treinta y cuatro nuevas Kappas! Asistí al momento en que cada nueva protegida recibió su broche especial con una flor de lis, además de la bienvenida por parte de todas las Kappas residentes, que les prodigaron montones de abrazos y besos de Kappa. Cada integrante asignó a su protegida especial un alias Kappa para que se sintiera bien acogida. A continuación, las veteranas explicaron lo que significa Kappa para ellas. ¡Entonces sí que hubo lágrimas! Después salimos con las recién incorporadas y terminamos cantando la *Canción del porche*.

¡Y ahora llega la noticia más emocionante! El mes pasado tuve la oportunidad de volver a encontrarme con una de nuestras Kappas más famosas, en Atlanta. Acudió a recibir un premio de la Asociación Femenina Americana de Radio y Televisión. Por supuesto, de quién voy a estar hablando sino de ¡Dena Nordstrom! Mandó un saludo a todas las Kappas, y juntas rememoramos los tiempos en que compartíamos habitación. Allá, por la Edad Media. Ja, ja. La foto ha salido desenfocada pero la publico de todos modos.

Las Kappas seguimos arrasando, así que a todas las que tienen ambiciones les digo: ¡quizá algún día vuestras hermanas de Kappa os encuentren y os digan: te recuerdo de aquella época!

SOOKIE KRACKENBERRY POOLE

Promoción del 65

## Las palabras estimulantes de Ira

Nueva York

1974

Tras su primera comida con Howard Kingsley, Dena hizo cuanto pudo por cambiar el rumbo del programa, sin obtener grandes resultados. Era la cuarta vez que pedía a Ira Wallace que planificara una entrevista a la mujer ciega que acababa de ser nombrada maestra del año y la cuarta vez que él rechazaba su petición. Wallace afirmó, mientras su peluquero personal, Nate Albetta, le recortaba el poco pelo que le quedaba.

—Nadie quiere ver esas porquerías melosas y repugnantes, ¿verdad, Nate?

—A mí no me pregunte. No sabría decirle —respondió Nate.

—Sí que quieren, Ira —opinó Dena—. No lo sabes, pero existe mucha gente buena. No todo el mundo trata de despedazar a los demás. Tienes que salir de Nueva York y viajar por el país, y conocerás a algunas de las personas que forman parte de tu audiencia.

—¿Me dices que no conozco a mi audiencia? —preguntó Wallace—. ¿A mí? ¿Has visto las cifras de esta semana?

—No..., pero no me refiero a eso.

—Te diré una cosa, y esto lo aprendí de ese gran periodista, Walter Winchell: los chismes son como la droga; una vez que la gente se hace adicta necesita un poco todos los días, y si no las decepcionas las tienes enganchadas para toda la vida.

Dena hizo una mueca de fastidio.

—Vaya, excelente, Ira. ¿Por qué no lo grabamos en una placa de bronce y la colgamos de la pared? —Miró a Nate, que empuñaba la navaja—. Ya que estás, ¿me haces el favor de cortarle el cuello?

Nate rió; estaba acostumbrado a verlos discutir.

—Mira, chiquilla, tendrás que abandonar esa idea errónea que tienes sobre la naturaleza humana —sentenció Wallace—. Esto no es nada nuevo. La gente se muere por enterarse de los escándalos de los demás. Eso es lo que mueve el mundo y lo que te da de comer, o sea que te conviene que siga así. Tienes no sé qué fantasía sobre el amor fraternal, pero no existe. Crees que las personas son palomas blancas y puras que vuelan por las nubes, pero no lo son. Son unos cerdos y les encanta revolcarse en el barro y en la porquería.

—Qué apreciación tan agradable, Ira. Me alegro de que me lo hayas dicho. Empezaba a pensar que a lo mejor había un par de personas respetables en el mundo. Menos mal que me has salvado a tiempo.

Nate volvió a reír. Wallace siguió.

—Sí, sí, sí. —Volvió a encender su puro—. Puede parecerte gracioso, pero si no andas con cuidado, te pasarán por encima. Tienes la concepción idealista de que el

hombre es una criatura noble... y te crees toda esa tontería de que podemos cambiar la naturaleza humana. No puedes cambiarla, es pedirle peras al olmo. El mundo ha tenido un par de millones de años para cambiar y no ha cambiado, ¿o sí?

—No mucho.

—Ni lo hará. Al menos mientras vivas tú. Así que olvida todo eso.

—¿Nunca te sientes ni un poquito culpable?

Wallace alzó los brazos.

—¡Dios santo! ¿Qué es esto? —Miró a Nate—. Ahora estoy en una película de Frank Capra. Por favor, no me decepciones. No me digas que resulta que eres una fracasada.

—Ira, no busco decepcionarte. Sé que está bien mostrar la corrupción, pero me parece que no ves que la gente se queja de que el programa es cada vez más despiadado. Lo dice todo el mundo.

—Claro que lo dicen. Los ricos y los poderosos ya no pueden controlar a la prensa y eso los enfurece. Pero los villanos no somos nosotros, son ellos. La culpa no la tiene el puerco sino el que le da de comer.

—Sí, pero lo que estás haciendo con las cámaras ocultas es de una ética bastante dudosa.

—Oye, ¿quién decidirá lo que hay que retener? ¿Tú? ¿El presidente? No. ¿Howard Kingsley? No. Ya no nos pueden venir con esa mierda de que se retiene información por motivos de seguridad nacional. Les bajamos los pantalones, los dejamos al descubierto, y no les gusta. Por eso chillan como puercos. Y cuando enganchemos a alguien, y cuando digo «alguien» me refiero a cualquiera, aunque sea el maldito Papa, con las manos en la masa o en lo que no le pertenezca, lo denunciaremos. ¿Está bien, Nate?

—Está bien.

—La televisión será mucho más respetada. Podemos llevarlos a la gloria o a la ruina, y ahora lo saben. Puedes creer en mí. Haz lo que te digo y todos se pisarán para salir al aire contigo. Serás más famosa que muchos de los idiotas que entrevistas. Y te aseguro que seguirás trabajando mucho después de que esos cerdos se hayan quemado. —Levantó la mano para que Nate se detuviera y se inclinó hacia Dena—. ¿Te acuerdas de aquel tipo que estaba el otro día en la terraza de un edificio en la calle sesenta y siete? Cuando amenazó con saltar, se reunió un grupo de personas abajo, y después de media hora empezaron a gritarle: «¡Salta, salta!».

—Sí, me acuerdo. Fue repugnante.

—Sí, repugnante, pero es tu público, chiquilla, es tu «gente buena». Así que, cuando hagas una entrevista, recuerda que están ahí abajo esperando que pase algo. Quieren acción, y los índices de audiencia lo demuestran. ¿Crees que Winchell se sintió culpable? Claro que no, pero la gente se acuerda de él y no de esos esnobs del club de campo que se creían mejores que él.

—Ira, lo único que pregunto es por qué tenemos que dar tantos golpes

permanentemente. No es una guerra; es un programa de televisión y nada más. ¿No podemos intentar hacer algunos reportajes de interés humano siquiera por una vez?

—¿Quieres predicar? Ve a buscarte una iglesia. Esto no es la serie *Los Waltons*; es el telediario.

—Entonces ¿debo entender que la respuesta es no, que no va a haber información pedagógica?

—Sólo si el pedagogo también es pederasta —sugirió Wallace, haciendo una seña a Nate para que continuase—. Ésa sí sería una información.

No se podía discutir con Ira; estaba claro. Él tenía razón. Los índices de audiencia lo demostraban. Había sido el primero en apostar por la entrevistas con emboscada y en perfeccionar las noticias sensacionalistas. Al principio, todos se rieron de él, y después lo detestaron, pero ahora ya no. El mundo de las noticias televisivas cambiaba a pasos agigantados. En aquel momento, todos se peleaban por renovar el formato de los programas. Además, como le gustaba decir a Ira:

—Oye, iba a pasar en cualquier caso. Sólo que yo fui el primero al que se le ocurrió.

# Consulta

*Nueva York*

*1974*

Dena se despertó aterrorizada porque aquel día tenía consulta con el médico, pero no podía dejar de ir. El doctor se había negado a recetarle más medicamentos si verla antes. Qué mala suerte había tenido al elegir un médico tan escrupuloso. Después de la visita, Dena esperó, con unas tremendas ganas de fumar, a que el doctor Halling repasara sus notas y leyera los resultados de los análisis gastrointestinales que la había obligado a hacerse una vez más. No parecía satisfecho.

—Dena, tu úlcera no está cicatrizando como esperaba. De hecho parece que ha empeorado. —Mirándola a los ojos, le preguntó—: ¿No fumas?

—No.

—¿Ni tomas café o alcohol?

—No.

—¿Y sigues la dieta?

—Claro, al pie de la letra.

La semana anterior había comido un plato de avena.

El médico suspiró.

—Pues estoy desconcertado. Lo único que puedo deducir es que la causa es el consabido estrés. Así que, a estas alturas, no me queda más remedio que prescribirte reposo total en cama.

A Dena se le encendió la alarma.

—¡Reposo total! ¿Qué significa eso?

Él volvió a mirarla por encima de las gafas.

—Dena, significa lo que sabes que significa. Tienes que guardar cama por lo menos tres semanas. Sospecho que es la única forma de conseguir que disminuyas el ritmo de tu vida. Con lo que veo, nos estamos aproximando a un estado de riesgo. Podrías terminar con una úlcera sangrante y tener que recurrir a una operación de urgencia. O, peor aún, desangrarte.

—Pero todavía no sangra, ¿o sí?

—No, pero llegaremos a eso si sigue empeorando. No voy a dejar que te mates.

—Pero tengo que trabajar. En serio. Perderé el empleo si me detengo ahora. Estoy a un paso de triunfar.

—Dena, se trata de tu salud.

—Doctor, se lo prometo. Iré directamente a mi casa, me meteré en la cama, beberé batidos con leche y comeré puré de patatas; y me tomaré las cosas con calma. Se lo prometo. Llevo trabajando toda mi vida para llegar a donde estoy ahora. ¿No podemos hacer algo...? ¿No hay algún medicamento que pueda tomar?

El doctor Halling negó con la cabeza.

—No. Estás tomando todo lo que puedo darte y no sirve de nada.

—Es posible que de vez en cuando no haya comido lo indicado. Y he fumado un poco. Y voy corriendo de acá para allá, quizá demasiado, pero le prometo que me esforzaré. En la próxima visita me encontrará en perfecto estado. Por favor...

—No es lo más correcto, pero vamos a hacer un trato. Deseo que vuelvas dentro de dos meses... y si no has mejorado, te ingresaré en el hospital. ¿Entiendes?

—Claro que sí, entiendo.

—Y, mientras tanto, quiero que hables con un amigo mío, para ver si puede ayudarte a determinar qué te produce tanto estrés. Eres demasiado joven para estar así. Habla con él y veamos si descubre qué... te tiene así. Puede que no sea sólo el trabajo.

Cogió un bolígrafo y escribió un nombre y una dirección. Dena se sintió aliviada.

—Muy bien. Iré a ver a quien usted diga.

Cuando el doctor terminó de escribir, le tendió el papel, pero lo retuvo mientras insistía:

—Quiero que me prometas que irás a verlo al menos dos veces por semana... o te ingreso en el hospital ahora mismo.

Habría salido corriendo del consultorio si hubiera podido.

Llamó a un tal O'Malley aquella misma tarde, y tres días después acudió a la cita con él. Entró en el edificio y miró la relación de nombres que figuraba en el vestíbulo. «DR. GERALD O'MALLEY, PSIQUIATRA. PISO 17».

Se quedó estupefacta. ¡Un psiquiatra! ¿De qué diablos le hablaba el doctor Halling? Tuvo ganas de dar media vuelta e irse, pero no podía. Halling se enteraría si no iba a la consulta, o sea que no le quedaba más remedio que entrar y complacer a los dos.

Fue al piso diecisiete y llamó a la puerta.

—Pase —respondieron.

Entró en el despacho. Un hombre joven, no mucho mayor que ella, se levantó y le estrechó la mano.

—Buenos días, señorita Nordstrom. Soy el doctor O'Malley.

Tenía un pulcro aspecto de niño bien y usaba gafas de carey; tenía los ojos azules y la piel blanca, como de recién nacido. Parecía que lo hubiera vestido y peinado su madre aquella mañana, antes de ir a trabajar.

—¿Es usted el doctor?

—Sí. ¿Puede tomar asiento, por favor?

—No sé por qué —dijo mientras se sentaba—, pero esperaba encontrarme con un hombre mayor y con barba.

Él rió.

—Lamento desilusionarla pero nunca he tenido suerte con la barba. —Se sentó, sacó un cuaderno y un bolígrafo y esperó a que ella hablase. Era una actitud frecuente



en el doctor, como pronto descubriría Dena.

Finalmente ella habló.

—Yo... No he venido a ver a un psiquiatra. Es decir, no estoy aquí porque crea que necesito un psiquiatra, se lo aseguro. —Él asintió con la cabeza. Otra actitud frecuente—. Padezco úlcera de estómago y el doctor Halling me ha indicado que viniera. Sólo sufro de un poco de estrés, causado por el trabajo. —Él asintió amablemente con la cabeza y tomó nota. Ella se apoyó en el respaldo y esperó a que hablara él, pero siguió callado—. En fin, por eso he venido, por estrés originado por el trabajo.

—Ya —dijo él—. ¿Y qué es lo que hace?

—¿Sobre qué?

—¿De qué trabaja?

Dena se quedó sorprendida.

—¡En la televisión!

—¿A qué... se dedica?

—Salgo en directo. —Él asintió con la cabeza y esperó a que continuara. Se produjo una pausa más larga e incómoda—. A lo mejor me ha visto. Hago entrevistas en un telediario nocturno.

—No, lo siento. No tengo muchas ocasiones de ver la televisión.

Dena no podía creerlo.

—¡Oh, bueno! En fin, es un trabajo importante y... —de repente, le molestó tener que explicar quién era y qué hacía—. Seguramente el doctor Halling le habrá comentado el problema de mi úlcera. Dice que debo hablar con alguien debido al estrés. —Miró el diván—. ¿He de acostarme... o algo así?

—No, a menos que lo desee —contestó el doctor O'Malley.

—¡Ah, bueno...! ¿Puedo fumar?

—Preferiría que no lo hiciera.

Dena no podía soportarlo.

—¿Es usted alérgico o algo así?

—No, pero a una persona con úlcera no le conviene fumar.

Cada vez más irritada, comenzó a mover el pie derecho arriba y abajo, con las piernas cruzadas. Aquel tipo era un completo imbécil.

—Mire, el único motivo por el que estoy aquí es porque se lo prometí al doctor Halling. —Él asintió con la cabeza—. Así que no sé qué debo decir. ¿No quiere hacerme alguna pregunta?

—¿Hay algo que desee contarme? —preguntó con el mismo tono objetivo y desesperante.

—Ya se lo he dicho. Estoy muy agotada y tengo dificultades para dormir, y esperaba que usted me recetara algo. Eso es todo.

—¿Y qué le parece si antes hablamos un poco?

—¿De qué quiere que hablemos?

—¿Hay algo en concreto que la preocupe, de lo que le apetezca hablar?

—No, la verdad es que no. —Él la miró y esperó. Dena dejó vagar la vista por el consultorio—. Escuche, sin lugar a dudas, es usted muy amable, y no quiero herir su sensibilidad, pero en realidad no creo en absoluto en todo eso de ponerse a lloriquear por lo que tus padres hicieron cuando tenías tres años. Puede que a algunas personas les sirva, pero yo soy la persona menos traumatizada que conozco. —El doctor O'Malley seguía escuchando—. Sé perfectamente lo que quiero y lo he sabido desde los doce años. No soy rara ni siento atracción sexual por mi buzón ni nada de eso. No me preocupa nada. Lo único que tengo es un pequeño problema en el estómago. —Él asintió con la cabeza una vez más. Ella continuó—: No estoy deprimida, me va muy bien en el trabajo. No tengo deseos de saltar del puente de Brooklyn ni me creo Napoleón. Mis padres no me pegaban...

Mientras tomaba nota, el doctor O'Malley sugirió:

—Hábleme un poco de sus padres.

—¿Qué?

—Sus padres.

—No les pasa nada. Murieron, pero no me ataban a la cama ni nada de eso. Crecí perfectamente sana. La gente suele decir de mí, precisamente, que muestro seguridad y madurez. Y las personas acuden a mí para contarme sus problemas. De hecho, dicen que soy la persona más normal que conocen... y le aseguro que, en mi ámbito, eso es difícil.

—¿Es única?

—¿Qué?

—¿Tiene hermanos?

—No, ninguno.

—Entiendo —comentó él, anotando: «Hija única»—. ¿Qué edad tenía cuando fallecieron sus padres?

—Mi padre murió en la guerra, antes de que yo naciera. —Él esperó. Ella echó una ojeada al consultorio—. ¿Cuántos años hay que estudiar para ser psiquiatra?

—Bastantes —respondió el doctor O'Malley—. ¿Y su madre?

—¿Qué?

—¿Cuántos años tenía usted cuando murió su madre?

—No recuerdo. ¿Hay que estudiar menos años para ser psiquiatra que para ser médico de verdad?

—No. ¿Cómo murió?

Dena lo miró.

—¿Qué?

—Su madre.

—Ah, la atropelló un coche. —Comenzó a revolver en su bolso.

—Comprendo. ¿Cómo se sintió usted?

—Como se sentiría cualquier persona si su madre muriera en la calle. Pero se

supera. ¿Tiene usted un chicle o un caramelo?

—No, lo siento.

Aguardó a que continuara, pero Dena dejó de hablar. Al cabo de un minuto, se movió, más nerviosa.

—Mire, no he venido a que me analicen. No lo necesito. Lamento desilusionarlo, doctor, pero en esencia soy muy feliz. Tengo todo lo que quiero. Mantengo una relación de pareja muy buena. Me va estupendamente. Mi único problema es el estómago.

Él asintió con la cabeza y tomó nota. ¿Qué hacía con el cuaderno? ¿Jugaba al tres en raya? Cuando terminó la sesión, Dena estaba ansiosa por irse. Se preguntó de qué demonios iba a hablar con aquel tipo tan distante durante los dos meses siguientes. Era imposible conversar con él. Era un idiota, un cavernícola.

Y no veía la televisión, ¡por el amor de Dios!

## Mientras tanto, en Elmwood Springs...

*Elmwood Springs, Missouri*

1974

Norma, Macky y la tía Elnor estaban cenando en el comedor. Mientras Norma les alcanzaba el pan, comentó:

—Pobre Tot. Se pasó toda la mañana horneando el pastel, y después se le echó a perder... Mira que hay que tener mala suerte.

—Pobre Tot —asintió la tía Elnor, con una expresión de tristeza en el rostro.

—Imaginaos —continuó Norma—. *Blue Boy* tenía que hacer semejante cosa precisamente hoy, justo cuando la pobre Tot había hecho un delicioso pastel aromático para la cena de la iglesia.

—Los pasteles aromáticos que hace son muy buenos —afirmó la tía Elnor—. Hay que reconocerlo.

—Ah, sí. A nadie le salen los pasteles aromáticos como a la pobre Tot.

Macky preguntó:

—¿Quién es *Blue Boy*?

—Fue el que echó a perder el pastel —explicó Norma—. Ella fue a ponerlo en el plato y le dio por mirar y vio que había pisadas de pájaro por todo el pastel. Y era él que se había paseado por encima.

—¿Quién es *Blue Boy*? —insistió Macky.

—Ese estúpido periquito que tiene.

—No es azul —añadió la tía Elnor—. En todo caso, es más bien verde. Para colmo de males, tal vez la pobre Tot también sea daltónica.

Norma pensó un momento.

—Me parece que las mujeres no pueden ser daltónicas. Creo que sólo los hombres... Como sea, pobre Tot. Estuvo casada con ese borracho, y ahora esto.

—¿Por qué le dice *Blue Boy* si es verde? —quiso saber Macky.

—No sé por qué. No viene al caso. Lo que importa es, ¿qué hacía fuera de la jaula? Parece que tuvo que tirarlo y hacer uno nuevo.

—¿El pájaro?

—No, Macky. El pastel.

La tía Elnor dijo:

—Bueno, no sé por qué. Unas pisadas de pájaro no le hacen mal a nadie.

Norma la miró, asustada.

—No sé tú, pero te aseguro que yo no comería un pastel todo pisoteado por un pájaro con gérmenes. Quién sabe, hasta puede ser que el animalito haya hecho de las suyas en el pastel. Lo único que nos falta es que todos los que van a la iglesia se contagien alguna enfermedad de los pájaros y después, al día siguiente, les pase eso

en el pelo. Dijo que cuando Darlene la retiró del secador y comenzó a peinarla, se le caía a mechones. Dijo que tuvo suerte de que le quedara algo de pelo todavía.

—Por mi mesa se pasean pájaros y yo todavía no he muerto —reflexionó la tía Elnor—. Yo digo que tendría que haber alisado el pastel y ya está.

—Bueno, recuérdame que nunca más coma en tu casa. De todas formas, dijo que Darlene le puso demasiado tinte y tardó mucho en quitárselo o algo así. A la sobrina de Verbena le hizo lo mismo el año pasado. ¿Os acordáis?

Macky intervino:

—Por qué siguen yendo a esa peluquera es lo que me gustaría saber.

—Bueno, Macky, ¿te gustaría criar a cuatro hijos tú solo? Eso es lo que hace Darlene gracias a tu querido amigo, que desapareció como por arte de magia con esa auxiliar de dentista y la abandonó con cuatro chiquillos.

—¿Mi querido amigo? Norma, jugué a los bolos con él alguna que otra vez. Él tenía veinte años, y ni siquiera me acuerdo de su aspecto.

—Yo te diré qué aspecto tenía. Tenía aspecto de delincuente; eso mismo, con todos esos tatuajes. Y unos ojitos pequeños como guisantes. Escapa a mi comprensión por qué jugabas a los bolos con alguien así y te juntabas con un delincuente. ¿Es que la personalidad no cuenta en los bolos?

—¿Por qué estábamos hablando del pelo y terminamos con mis juegos de bolos?

La tía Elnor, que casualmente se servía otra porción de guisantes, afirmó:

—Esos chicos heredaron los ojos de guisante del lado paterno.

—Sí, pero el mayor no está tan mal —dijo Norma, y volvió a dirigirse a su esposo—: De todas maneras, Macky, ¿qué quieres que haga Darlene? ¿Qué no trabaje? ¿Que deje morir de hambre a sus hijos?

—No, claro que no. Es que me parece que todas vivís quejándoos de que es mala peluquera. ¿No puede conseguir otro trabajo, al menos algo que le salga bien, como camarera o una cosa por el estilo?

—No tiene la inteligencia suficiente para ser camarera. Bendita sea —opinó la tía Elnor.

—¿Hay que ser muy inteligente para ser camarera?

—Bueno, hay que tener la inteligencia suficiente para saber escribir los pedidos —respondió Norma—. Darlene dice que tiene el único empleo del pueblo para el que no necesita leer ni escribir. Yo leo las etiquetas de todos los productos antes de que me los ponga en la cabeza, te lo aseguro. La tía Elnor seguía triste.

—Pobre Tot... Ya tenía el pelo feo antes de que le pasara esto. La madre también tenía el pelo feo, demasiado fino.

—He leído que el noventa y nueve por ciento de los delincuentes lleva tatuajes —aportó Norma—. ¿Lo sabías, Macky?

—No.

—Pues así es. ¡Donde veas un tatuaje, ahí tienes un delincuente!

—Lo tendré en cuenta para decírselo al reverendo Dockrill. Él lleva un tatuaje.

Su mujer se quedó pasmada.

—¿El predicador presbiteriano?

—El mismo.

—Nooo... ¿dónde?

—En el brazo.

—¿Y qué dice?

—No me acuerdo.

—Es un cuento, no lleva ningún tatuaje.

—Sí que lo lleva. ¿Hay más mantequilla?

Norma se levantó y fue a la cocina.

—Macky Warren, es otro de tus cuentos. Lo haces para molestarme.

Macky rió y miró a la tía Elner.

—No es así, lleva un tatuaje.

—¿Cuándo se lo has visto? —quiso saber Norma.

—El verano pasado, cuando construíamos el nuevo parque de bomberos y él se quitó la camisa.

—¿En qué parte de brazo?

—Por aquí —contestó Macky, señalándose la parte superior del brazo.

—Bah, no lo creo. Nunca he oído hablar de ningún predicador presbiteriano que tuviera un tatuaje. Es puro cuento.

—Norma, no es cuento. No me importa si tiene la imagen de Marilyn Monroe tatuada en el trasero, pero te aseguro que es cierto...

—¿Me aseguras así, como si nada, que el reverendo John Dockrill tiene la imagen de Marilyn Monroe tatuada en el trasero?

—He dicho que no me importaría que así fuese. Ahora me arrepiento de haberlo dicho.

—¿En qué brazo? —preguntó Norma en tono suspicaz.

—Ay, no me acuerdo, ¿qué tiene que ver eso?

—Bueno, ¿era grande o pequeño?

—¿El brazo?

—No, el tatuaje.

—No me acuerdo.

—Macky, eres la persona menos observadora que he conocido en mi vida. Eres la única persona en el mundo capaz de verle un tatuaje a un religioso y ni prestarle atención.

—A lo mejor es un tatuaje religioso —arriesgó la tía Elner—. ¿Era una cruz o la Última Cena?

—Tía Elner, la verdad es que no lo recuerdo. No le presté tanta atención.

—Yo sé por qué no recuerda, tía Elner; porque jamás lo ha visto, ¡por eso! Será mejor que te cuides, Macky, o le diré a John Dockrill que has dicho que lleva un tatuaje.

—Puedes decírselo.

—Conozco a Betsy Dockrill y sé que no se casaría con un hombre tatuado.

—Como tú digas, Norma.

—Betsy... ¿Es la que se fue a la colonia religiosa de vacaciones?

—No, mi vida, ésa era Patsy.

—¿Quién?

—Patsy Henry. Las que tenían el parvulario en el porche trasero de la vecina Dorothy. La hija de Dorothy, Anna Lee...

—Ah, la amiga de Anna Lee. En casa de la vecina Dorothy. Sí, me acuerdo de ella, la que tenía la nariz chata.

—Exactamente. —Norma le dio la espalda a su marido—. Macky, te apuesto un mes de masajes en la espalda a que John Dockrill no tiene ningún tatuaje.

—No te conviene porque perderás.

—¿Ves tía Elnor? No quiere apostar. Te digo que es puro cuento, sabe que puedo llamar a Betsy ahora mismo y preguntarle...

—Adelante —insistió Macky.

—No me desafíes, sabes que puedo hacerlo perfectamente.

—Haz lo que quieras. Si quieres darme masajes en la espalda durante un mes, ¿quién soy yo para negarme?

—¿La llamo? —preguntó Norma a la tía Elnor.

—Bueno, si no te molesta. Ya me tienes intrigada.

—Muy bien, voy a llamarla. —Norma se puso de pie—. Allá voy... Voy a... — Esperó, pero su marido la miraba mientras seguía comiendo. Entró en la cocina y gritó—: Tu última oportunidad, Macky, tengo el teléfono en la mano... Estoy marcando. —Después de unos segundos de silencio, se oyó la voz de Norma—: Hola, Betsy... soy Norma. ¿Cómo estás?, qué bien. ¿Cómo está tu madre?, qué bien. No, nada. Estábamos aquí comiendo, está la tía Elnor... Fideos con jamón y queso, manzana asada y guisantes. Bueno, ya sé que es una pregunta de lo más ridícula, y creerás que estoy loca, pero leí un artículo acerca de los tatuajes... los tatuajes... sí... y, bueno, John no tiene ningún tatuaje, ¿verdad? Ah. Bueno, eso pensaba. No, no es por nada, es que nos preguntábamos si conocíamos a alguien que se hubiera tatuado. Ajá. Bueno, te dejo. Sé que estás ocupada. Nos vemos el jueves. Que sigas bien.

Norma volvió a la mesa, se sentó y siguió comiendo.

Macky esperó y finalmente preguntó:

—¿Y?

—¿Y qué? —preguntó a su vez Norma, sin mirarlo.

—¿Tiene un tatuaje o no? —quiso saber la tía Elnor.

Norma estiró un brazo y cogió un panecillo.

—Macky Warren, te mataría.

—¿A mí? ¿Por qué?

—He quedado como una estúpida por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

—La única vez que no vienes con un cuento... y permites que vaya y quede como una estúpida. Sabías perfectamente que él tenía un tatuaje.

—Te he dicho que llevaba un tatuaje; ¿no se lo he dicho, tía Elnor?

—Sí, ha dicho que llevaba un tatuaje.

—Tendrías que haberme detenido, me has dejado seguir a propósito y...

—¿De qué es el tatuaje? ¿De un cordero? —interrumpió la tía Elnor.

—No.

—Bueno, ¿de qué es?

—Es un corazón con un nombre dentro.

—¿Y qué pone?

—Pone «Wanda».

La tía Elnor se sorprendió.

—Wanda... Creía que el nombre de su esposa era Betsy.

Norma le clavó la mirada a Macky.

—Macky, te mataría.

—¿Quién será Wanda?

—No lo sé, y desde luego no lo he preguntado.

—Pobre Betsy.

—¿Por qué estás tan contento? —preguntó Norma a su esposo al ver que sonreía.

—Me parece que me apetecerá disfrutar de mi primera sesión de masajes después de la cena.

—¿Ves, tía Elnor, lo que tengo que soportar? —dijo Norma negando con la cabeza—. Bueno, esto me pasa por hacer apuestas tontas.

—Tal vez su madre se llamaba Wanda.

—No, tía Elnor —dijo Macky con una risa ahogada—. No creo que fuese el nombre de su madre.

Ella estaba desconcertada.

Norma, ¿te ha dado algún indicio de quién era?

—No, y tampoco le entusiasmó mucho que se lo preguntara, ha sido increíblemente incómodo para las dos. ¡Muchas gracias, Macky!

—No sé por qué no me has creído.

—¿A qué persona en su sano juicio se le ocurriría que un presbiteriano, en especial un pastor, pudiera llevar un tatuaje? No me dirás que pasa todos los días.

—A lo mejor es de la Biblia.

—No, tía Elnor —dijo Norma—. Me parece que en la Biblia nadie se llama Wanda.

—No era la esposa de uno de los apóstoles, ¿verdad?

—No, cariño. —Norma miró a Macky y frunció el entrecejo—. Te diré una cosa: agradece a todos los santos que no tuvieras tatuado el nombre de otra cuando me casé contigo.



—¿Qué?

—Que no tuvieras escrito el nombre de esa Annette, porque de lo contrario me hubiera divorciado de ti el primer día.

—Dios santo.

—¿Qué Annette? —preguntó la tía Elnor.

—Ninguna —contestó Macky.

—No te dejes engañar, tía Elnor.

—Una vez salí con una chica y según Norma aquello fue un gran amor.

Norma se levantó y comenzó a vaciar los platos.

—Según creo, salisteis dos veces.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto; no importa cómo.

Norma se dirigió a la cocina para sacar el arroz con leche de la nevera. Macky le guiñó un ojo a la tía Elnor.

—¿Sabes una cosa? Mañana me haré tatuar tu nombre en el pecho. ¿Está bien?

Norma gritó desde la cocina, mientras echaba crema sobre el arroz con leche.

—No te atreverás. Sólo me faltaría eso, que te tatuaras de pies a cabeza. Un día de éstos te escapas, te juntas con una pandilla de motoristas y empiezas a asaltar bancos. Lo único que me faltaría es estar casada con un delincuente.

Macky miró a la tía Elnor, que ya tenía la cuchara en la mano, lista para el postre.

—Esta mujer delira.

—Sí, pero hace un arroz con leche delicioso.

# Terapia

*Nueva York*  
*15 de diciembre de 1974*

Durante meses, Dena hizo el esfuerzo de asistir al consultorio del doctor O'Malley dos veces por semana, y dos veces por semana se quedaba callada frente a él, tremendamente aburrída. El doctor también permanecía en silencio, esperando que ella dijese algo interesante o que le sirviera para analizarla. Cuando Dena se decidía a hablar, hablaba sobre el clima, de temas de actualidad o de su trabajo. Aquel día, harta de sus propias palabras y con la vista perdida en el techo, como siempre, eligió poner en práctica sus habilidades.

—A ver, ¿por qué no me cuenta algo de su vida? Parece un poco joven para ser médico. ¿De dónde es? ¿Está casado? ¿Tiene hijos?

Él levantó la vista de su cuaderno de notas.

—Señorita Nordstrom, yo soy el médico y usted la paciente. Estoy aquí para hablar de usted.

—¿De qué quiere que hable? Dígame de qué quiere que hable.

—De lo que quiera, señorita Nordstrom, es su tiempo.

—Esto me resulta muy incómodo. —Mientras, él apuntaba algo en el cuaderno. «Incómodo»—. Usted se queda ahí callado y... Es decir... yo le pago. ¿No tendría que hablarme, hacerme preguntas? Vengo a que me ayude a eliminar mi estrés, no a aumentarlo. —Él sonrió pero siguió escribiendo. Después de unos instantes, Dena recurrió a otra estrategia—. ¿Sabe una cosa, doctor O'Malley?, es usted muy guapo. ¿Lo sabía? ¿Está casado?

Dena creyó notar que el doctor se sonrojaba ligeramente, pero dejó el bolígrafo y dijo, fríamente:

—Señorita Nordstrom, ya ha hecho todos los intentos que normalmente hacen los pacientes, pero tarde o temprano hablaremos de usted. Podemos empezar hoy mismo o la semana que viene o la siguiente, depende de usted.

—Pero yo ya hablo, cada vez que vengo, no hago más que hablar —protestó Dena, frustrada.

—Señorita Nordstrom, usted sólo habla de lo que hace. A mí me interesa lo que siente.

—¿Lo que siento con respecto a lo que hago? Me gusta mi trabajo. Es lo que siempre quise, desde que tengo uso de razón.

—No, ¿qué siente respecto de usted... fuera de su trabajo?

—¿A qué se refiere?

—No logro hacerme una idea definida de cómo es usted fuera del ámbito laboral. Necesito saber cómo se relaciona con los demás, cómo siente que se relacionan los

demás con usted.

—Es que se relacionan conmigo... por mi trabajo.

—Creo que confunde la profesión con la identidad personal. Quién es usted dejando a un lado su trabajo es a lo que intento llegar.

—Me parece que quiere ponerme una etiqueta. Mi trabajo no es tan simple. Es lo que soy. No soy un fontanero ni un albañil que terminan de trabajar a las cinco de la tarde. Mi trabajo ocupa las veinticuatro horas. A la gente le cuesta entenderlo. Vaya donde vaya, salgo por la televisión; así se «relacionan» conmigo los demás.

—No digo que los demás tal vez no puedan separarla de su trabajo, pero me pregunto si puede usted.

Dena miró por la ventana. Nevaba y los copos luminosos cruzaban el reflejo amarillo de los faroles. La visión le recordó otra tarde con nieve, en que ella y su madre caminaron por toda la ciudad, desde una zona cercana al centro hasta el piso de su madre, pero se desembarazó rápidamente del recuerdo. No le gustaba pensar en su madre. Y evidentemente no pensaba tocar el tema con el doctor O'Malley, no era asunto de él.

Al final de la sesión, el doctor cerró el cuaderno de notas.

—Señorita Nordstrom, lamento decirle que tenemos un problema. —Se corrigió—: Bueno, soy yo quien tiene un problema, un problema de horarios. Un antiguo paciente mío sufre una crisis grave y me voy a ver obligado a cederle su hora. —«Hurra», pensó Dena, y él continuó—: Pero he hablado con el doctor Halling y lo siento pero tengo que mandarla a otra doctora que, según creo, podrá ayudarla mucho mejor a superar sus problemas inmediatos. Me refiero al insomnio y al nerviosismo. La doctora está especializada en hipnoterapia y...

—¿Hipnoterapia? No quiero que me hipnoticen, sólo faltaría eso.

El doctor O'Malley dijo:

—Antes de negarse, opino que debería intentarlo. La hipnoterapia resulta muy útil para los problemas profundos... y... los problemas de relajación pueden resolverse muy bien con la hipnoterapia.

Dena puso cara de desagrado.

—Es que no me agrada la idea de que me visite una mujer. ¿No tiene un hombre para recomendarme?

—No. La doctora Diggers es la persona que recomendaría con total confianza. —Por fin O'Malley pareció relajarse un poco y dijo, en tono de confianza—: De hecho, ha sido mi terapeuta.

—¿Y qué le ocurre a usted? ¿Por qué ha necesitado un psiquiatra?

—Es necesario —contestó él, sonriendo ante el súbito interés de Dena—. Todos los médicos tenemos que analizarnos antes de titularnos. De todas maneras a casi todos nos viene bien.

—Ah.

—He hablado con ella y la atenderá el viernes, a la misma hora. Se llama

Elizabeth Diggers y me parece que le agradará.

Le entregó la tarjeta de la doctora Diggers.

—Bueno, en fin... Está bien, qué más da.

Él se puso de pie y le estrechó la mano.

—Bien, adiós, señorita Nordstrom... buena suerte.

Mientras volvía a su casa caminando bajo la nieve, Dena se sentía como si acabase de salir de la escuela, pero al mismo tiempo inexplicablemente triste y un poco rechazada. Aquella sensación no podía deberse a que no vería más al doctor O'Malley, pues eso la alegraba. Quizá fuese porque faltaba poco para Navidad. No le gustaba la Navidad. Siempre era igual, cientos de personas que la solicitaban. Ser soltera en aquella época del año era un sufrimiento. Tenía que inventar tantas excusas, tantas mentiras... J.C. ya estaba fastidiándola con su idea de que lo acompañara a casa de su familia, en Minnesota, y ella no tenía ninguna intención de pasar la Navidad con una familia ajena. Normalmente se quedaba durmiendo todo el día, y después tenía que mentir diciendo que lo había pasado de maravilla. Cada vez le resultaba más difícil.

Cuando llegó a la calle 45, la nieve caía con más intensidad y apenas veía lo que tenía delante. Dos calles más allá, levantó la vista y vio una enorme masa marrón que apareció delante de sus ojos y que casi la asustó. Se detuvo sobresaltada y se dio cuenta de que había estado a punto de chocar con un camello. Estaban sacando a un gigantesco camello de verdad de un camión para hacerlo entrar por una puerta lateral del Radio City Music Hall.

Mientras esperaba a que pasara el camello, vio de reojo los camerinos a oscuras. Le trajeron a la memoria algo que no quería recordar, de modo que cruzó la calle rápidamente.

Más adelante, en la calle 56, comenzó a reírse de sí misma. El primer titular de Ira hubiera sido: «Camello mata a estrella de la televisión a pisotones. Más información a las diez».

Y a Ira le habría encantado.

# La mujer de sus sueños

*Nueva York  
15 de diciembre de 1974*

Cuando Dena salió de su consultorio para no volver más, Gerry O'Malley se sentó de nuevo con una sensación de malestar. Mandarla a otro médico era lo último que hubiera querido hacer, pero desde el punto de vista ético y profesional no tenía otra opción. Se había enamorado perdidamente de Dena Nordstrom y no podía ser objetivo por más que lo intentara. El día en que Dena entró en su consulta por primera vez, su belleza casi lo dejó sin aliento. Pero ya había tratado antes a otras mujeres hermosas, por lo que no era sólo la belleza de Dena lo que le daba ganas de levantarse a cada momento para abrazarla. La Dena que veía bajo aquella despampanante coraza, aquella muchacha vulnerable y aterrorizada, la niña que ocultaba dentro aquella mujer, era lo que él quería rodear con sus brazos.

Dejarla ir fue lo más difícil que había tenido que hacer en su vida. Miró el reloj y llamó por teléfono.

—Liz, soy Gerry.

—Hola cariño. ¿Cómo estás, qué pasa?

—Quería avisarte que va a ir el viernes, o sea que te mando mis notas, ¿de acuerdo?

—Perfecto. ¿Cómo estás?

—Además de sentirme como un idiota total y de tener ganas de abandonar la profesión y tirarme a sus pies, estoy bien.

—Pobre...

—Sí. Por fin encuentro a una mujer tan sensual y hermosa como tú, y resulta ser mi paciente. Yo me enamoré de mi terapeuta. ¿Por qué ella no? —Elizabeth Diggers lanzó una risa grave y sonora—. Hablando en serio, te agradezco que la hayas atendido tan pronto. Liz, eres la única persona a quien se la confiaría.

—Con mucho gusto. Y Gerry... ¿quieres un consejo estrictamente profesional?

—Sí.

—Ve a tomarte unas copas.

—¿Se lo dices a un irlandés?

—Pensándolo bien, no. Me las tomaré yo. Ah, Gerry...

—¿Sí?

—Eres de los buenos.

—Gracias, Elizabeth.

Dena había confirmado la consulta con la doctora Diggers. Poseía una voz agradable,

parecía tener un poco más de personalidad que el doctor O'Malley. Su consultorio quedaba en el cruce de la calle 89 con Madison Avenue. El portero que hizo subir a Dena la reconoció. «Ah, qué bien —pensó Dena—, ahora todo Nueva York se enterará de que voy a una psiquiatra. A una hipnotizadora, para colmo». Si el próximo análisis que le pidiera el doctor Halling salía mejor, dejaría de ir.

Tocó el timbre del piso y, tras unos minutos, se abrió la puerta y apareció una mujer hispana y bajita.

—Pase por aquí, por favor. —La mujer la condujo por el pasillo central hasta el despacho de la doctora Diggers y llamó suavemente a la puerta—. Doctora Diggers, la paciente de las cinco.

—Adelante.

Dena se sorprendió. La doctora Diggers era una negra muy alta que iba en silla de ruedas.

—Buenas tardes, señorita Nordstrom, soy la doctora Diggers. —Sonrió—. ¿No le dijo Gerry que era una negra grandullona que iba en silla de ruedas?

—No.

—Claro, es un poco parco para hablar de cosas cotidianas —dijo y le tendió un platito con caramelos.

—Sí, ya sé —asintió Dena—. No, muchas gracias.

—¿Le molesta?

—¿Cómo dice?

—¿Cómo le hace sentir que yo sea negra?

La pregunta la cogió desprevenida a pesar de ser una experta en reacciones rápidas y mentiras.

—Me sorprende, nada más. No tenía voz de negra por teléfono. —Se dio cuenta de que había estado mal decir eso, pero era demasiado tarde—. ¿Cómo me hace sentir?, no me importa en absoluto. La que debería preocuparse soy yo, que soy la paciente... ¿Le molesta a usted que sea blanca? Si es así, dígamelo y me iré sin ningún problema. —La doctora Diggers estaba abriendo el ineludible cuaderno de notas y no respondió. Dena continuó—: Mire, si me está poniendo a prueba, no me importa de qué color sea usted, pero es mejor que sepa que no quiero venir aquí. Pero le he prometido a mi médico que me visitaría... y aquí estoy.

—Entiendo.

—Quiero empezar por ser sincera.

—Es un buen comienzo —aprobó Diggers—. Y, hablando claramente, no es que sea una prueba, pero ha aprobado.

—Si a los demás les molestara que usted sea negra, ¿no se lo dirían?

—No, la verdad es que no. Pero si les molesta, me doy cuenta por la forma de contestar.

—¡Entonces, es una prueba!

La doctora Diggers rió.

—Sí, supongo que tiene razón; es una especie de prueba. Tome asiento.

—¿Los caramelos también son una prueba?

—Ya ha vuelto a cogerme. —Finalmente, Dena se sentó—. Tengo unas notas que me ha pasado el doctor O'Malley, pero si no le molesta me gustaría obtener algunos datos básicos. Por cierto, he de decirle que la he visto en la televisión y opino que hace un trabajo excelente.

A Dena le gustó el comentario.

—Ah, gracias.

—Veamos, Gerry menciona que al parecer sufre usted de algunos síntomas somáticos causados por el estrés.

—¿Cómo?

—Problemas estomacales.

—Ah, sí. Pero intenté decirle que es por mi trabajo. De todas maneras, me parece que él no entiende. No sabe lo que es la televisión.

—Ajá. ¿Y el doctor Halling es su médico? —Dena asintió con la cabeza mientras echaba una ojeada al consultorio. Era una habitación agradable; tenía unas alfombras de color beis y un ventanal que ocupaba toda la pared. Se alegró al ver una pared llena de diplomas—. ¿Cuánto hace que tiene problemas de salud?

—¿Del estómago?

—Sí, u otros.

—Hace mucho, desde que tenía unos quince o dieciséis años. No iré a hipnotizarme, ¿verdad?

—Hoy, no.

—Ah, bueno, me pone un poco nerviosa.

—Veamos, señorita Nordstrom. Cuénteme un poco su historia.

—Bueno, empecé en la televisión local de Dallas cuando...

La doctora Diggers la interrumpió:

—No, me refiero a su historia familiar.

—¿Cómo?

—Hábleme de sus padres.

—Ah —suspiró Dena—. A mi padre lo mataron en la guerra... y mi madre murió.

—¿Cuántos años tenía usted cuando murió su madre?

—Catorce o quince, creo; me cuesta recordarlo.

—¿Le cuesta recordar la muerte o su edad?

—Las dos cosas. Ella permaneció enferma mucho tiempo, y yo estuve en un internado.

—Entiendo... ¿y qué era?

—La Academia del Sagrado Corazón, un internado católico.

—No, qué era lo que tenía su madre.

—Tuberculosis.

—Comprendo. —De repente, la doctora Diggers recordó algo que había leído en

las notas de Gerry—. ¿No hubo alguien de su familia que sufrió un accidente en un coche?

—Sí, mi madre, cuando iba a tratarse al hospital. La atropelló un coche. En realidad, un coche chocó contra el autobús donde iba. Pero vengo porque tengo problemas para dormir y quería ver si tal vez...

—¿Tiene parientes vivos?

—Uno o dos parientes lejanos. De la familia de mi padre. Una tía lejana y una tía mayor, creo... Pero no los veo con frecuencia.

—¿Y de la familia de su madre?

Dena se inclinó hacia delante para ver el cuaderno de notas.

—¿Lo anota para poder telefonarlos si me vuelvo completamente loca?

La doctora Diggers rió.

—No, tomo algunas notas para mí. ¿Y de la familia de su madre?

—No.

—¿No? —preguntó la doctora, levantando la vista.

—No. Murieron todos.

—Comprendo.

La doctora anotó: «Paciente agitada, mueve el pie».

Elizabeth Diggers había terminado de cenar y había dejado los platos en el fregadero, para que los lavara la empleada por la mañana, cuando sonó el teléfono. Se acercó en su silla de ruedas al teléfono que tenía instalado en la pared.

—Me preguntaba cuánto tardarías en llamar —dijo.

—¿Has visto a mi chica?

—Sí, sí.

—¿Y qué?

Se hizo un silencio.

—Te compadezco, querido. Eres el hombre más valiente que conozco o bien el más necio. —Él rió entre dientes—. ¿Estás seguro de que quieres cargar con todas las consecuencias?

—No, pero no tengo mucho donde elegir. Estoy tan loco por esa mujer que me siento ofuscado.

—Voy a hacer todo lo que pueda para ayudarla, Gerry, ya lo sabes. Pero tal como están las cosas, no estoy siquiera segura de que vuelva.

—¿No es la cosa más hermosa que has visto en tu vida?

—Sí, es una hermosa mujer, pero...

—Y es inteligente.

—Ah, sí, es inteligente. Lo único que me falta es que me preguntes cómo iba vestida.

—¿Qué llevaba puesto?



—No me acuerdo.

—Anda, sí te acuerdas, lo que pasa es que te gusta torturarme. De verdad, ¿no te parece que es de una belleza clásica?

—Sí, Gerry. Oscurece a la luna y a las estrellas. ¿Tiene alguna idea de lo que sientes?

—No, es decir, no creo. Y, sin duda éste no es momento de decírselo. Ya tiene bastantes problemas. ¿No opinas lo mismo?

—Claro. Pero te tiene obsesionado y eso no es bueno. Creo que debes distanciarte de ella y esperar a ver lo que sientes más adelante.

—Puedo decírtelo ahora mismo, Elizabeth, no cambiaré. Es cuestión de darle tiempo a ella. Así que te preguntaré una sola cosa más y después te prometo que me retiraré. ¿Qué opinas? ¿Me he equivocado en la evaluación?

—No mucho, me parece que has dado en el clavo. Cerrada. Definitivamente, síntomas de algún tipo de trauma de rechazo.

—Sí. Podría ser por la muerte de la madre; no me dejaba llegar al tema. Pero ahora está en tus manos.

—Muy bien, querido. Ya que ahora me toca a mí ocuparme de los sueños de esta mujer o, mejor dicho, de la mujer de tus sueños, haré todo lo que pueda.

—Gracias.

—Pero durante este tiempo, que puede ser largo, te sugiero que salgas con otras.

—Ah, ¿en serio? ¿Qué haces el sábado por la noche?

—Lo que hago siempre, bailar hasta caerme de cansancio. —Él rió—. Buenas noches, Romeo.

La doctora había intentado mantener una actitud profesional pero cuando colgó sintió compasión por él. Sabía que el amor no correspondido era la experiencia más triste y dolorosa que podía vivir un hombre —o una mujer—, y no podía hacer nada por ayudarlo.

## ¿Quién eres?

*Nueva York  
19 de diciembre de 1974*

La doctora Diggers se sorprendió cuando Dena acudió por segunda vez a su consulta. Apareció cinco minutos tarde y se desplomó en una silla. La doctora Diggers le sonrió.

—¿Ha vuelto para que le dé otra vuelta?

—Sí —contestó Dena, no muy entusiasmada.

—Entonces continuaré con la tortura.

—Qué más da. ¿De qué tenemos que hablar hoy?

—Bueno, me gustaría seguir tratando de conocerla un poco mejor, de saber algo sobre su pasado, al menos. ¿De dónde es usted?

—¿De dónde es usted? —preguntó por respuesta Dena.

—De Chicago, ¿y usted?

—¿Yo? Yo no soy de ningún sitio en especial.

—Qué extraño, no es lo que veo.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que siempre veo es que todo el mundo tiene que ser de algún sitio.

—Nací en San Francisco, pero fuimos de un lado para otro.

—¿De qué origen es?

—¿De qué que?

—De qué origen. ¿De dónde viene...? ¿Cuáles son sus raíces?

—¿Mis raíces? Como el libro. ¿Se refiere a mis antepasados?

—Sí. ¿De qué nacionalidad eran?

—No lo sé. Mi padre era sueco... o noruego, algo así.

—¿Y su madre?

—Estadounidense, supongo; nunca me lo dijo. Su apellido de soltera era Chapman, así que supongo que será... ¿qué? ¿Inglesa? No lo sé.

La doctora Diggers siempre se asombraba de que tan pocas personas se interesasen por su origen.

—¿No tiene curiosidad por saber más?

—La verdad es que no. Soy estadounidense, y esto es lo único que importa, ¿no?

—Está bien. ¿Cómo se describiría... además de como estadounidense?

—¿Qué?

—¿Cómo se describiría?

Dena estaba perpleja.

—Soy una persona de la televisión.

—No, personalmente. En otras palabras, si su trabajo terminara mañana, ¿quién

sería usted?

—Lo ignoro... Seguiría siendo yo. No veo adónde quiere llegar.

—Muy bien. Hagamos un juego. Quiero que me dé tres respuestas a esta pregunta: ¿quién es usted?

—Soy Dena Nordstrom, soy rubia... y... —le costaba seguir—. Y mido un metro sesenta y ocho. ¿Es otra prueba?

—No. Sólo me ayuda a hacerme una idea mejor de su imagen de sí misma. Me orienta sobre lo que tenemos que trabajar.

—¿Y he aprobado o suspendido? Me gustaría saberlo.

—No es cuestión de aprobar —respondió la doctora Diggers dejando el bolígrafo—. Pero piense en sus respuestas. Las tres describen su imagen.

—¿Y qué tendría que decir? ¿Qué otra cosa hay?

—No tiene que decir nada en concreto. Algunas personas responden: «Soy esposa, soy madre, soy hija». Usted en ninguna de las tres respuestas se ha conectado con una relación personal. Eso, de modo general, señala que puede tener un problema de identidad. Nuestro trabajo se va a centrar, en parte, en descubrir por qué. ¿Entiende a lo que me refiero? —Dena se asustó. ¿Un problema de identidad?—. Pero es una cuestión para pensar con mucho tiempo. Ahora, hablemos de sus problemas inmediatos. Dice usted que no duerme bien.

—Así es. Pero volvamos a lo anterior. Insisto, no quiero herir su sensibilidad, pero esta prueba, o lo que sea, está completamente errada. Sé muy bien quién soy. Siempre he sabido perfectamente lo que deseaba y lo que quería ser. Se lo dije una vez al doctor O'Malley.

—Le repito que no es una prueba —contestó la doctora Diggers—. Es sólo una pregunta.

Aquella noche, mientras la doctora Diggers revisaba sus notas, recordó la primera vez que le habían preguntado: «¿Quién es usted?». Habría respondido de inmediato y sin dificultad alguna. Soy mujer, soy negra, soy minusválida. Se preguntó si, después de tantos años, daría las mismas respuestas y en ese orden si volvieran a preguntarle. La doctora Diggers apagó las luces de su consultorio y se dirigió por el largo pasillo a la cocina, donde la esperaba la cena.

Por la noche, en su casa, Dena descolgó el teléfono y llamó a su amiga.

—Hola, Sookie, soy Dena.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—¿Estás ocupada?

—No, no hacía nada; sólo hojeaba mi Libro de cocina sureña para ver si me daba una idea de lo que podría cocinar para doscientas personas. En cualquier momento

meto a Earle Poole en una bolsa y lo tiro al río. ¿Qué cuentas tú?

—Nada. ¿Por qué te has enfadado con Earle?

—Bah, no creo que quieras enterarte.

—Sí quiero.

—Todos los años, hago una pequeña comida para mis amigas íntimas de la zona antes de Navidad. Nosotras solas, una comida tranquila... No somos más de quince o dieciséis. Le di las invitaciones a Earle y le dije que pidiera a Melba que las fotocopiara en el consultorio y las enviara. Y ella se las ha mandado a todas las personas del listado que tenemos para felicitaciones de Navidad, incluidos todos los pacientes de Earle. Así que sólo Dios sabe cuánta gente se presentará aquí la semana que viene.

—¿Qué vas a hacer?

—Prepararé millones de bollitos de queso y esperaré que todo salga bien. ¿Qué puedo hacer? Ahora, la cosa está en manos de Dios. Pero basta de hablar de mí. Espero que llames para anunciarme que este año vas a venir a pasar la Navidad con nosotros.

—No, no me viene bien. Creo que estaré trabajando.

—Oye, lo mismo dijiste el año pasado. ¿No puedes venir? Las niñas se llevarán una gran desilusión. Se mueren por conocerte. Piensa en las tres pobrecitas, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón destrozado.

—Sookie, no sigas. ¡Qué despiadada!

—¡Es que es cierto! Te miran cada vez que sales por la televisión y hasta le han puesto tu nombre a una mascota, al hámster *Dena*.

—Es una broma.

—No. Tu tocaya está ahí arriba, dando vueltas sin parar en su rueda.

—Bueno, diles que me halagan... creo. Es un gran honor.

—Sí, estás en el registro oficial del Salón de la Fama de los Hámsters.

—Escucha, te llamo para hacerte una pregunta.

—Está bien... ¿qué?

—Quiero que me des tres respuestas distintas a una pregunta. ¿Entiendes? Eso es lo que tienes que decir. No lo pienses, contesta las tres primeras palabras que te vengan a la cabeza.

—Muy bien.

—¿Quién eres?

—¿Qué? No seas tonta. Ya sabes quién soy.

—No, ésa es la pregunta. ¿Quién eres?

—¿Que quién soy?

—Sí. Tres datos descriptivos.

—Ah, perfecto... —Sookie pensó en voz alta—. A ver... ¿Quién soy? ¿Quién soy?

—No lo pienses. Contesta lo primero que se te ocurra.

—Bueno, ¡tengo que pensar! No puedo decir cualquier cosa.  
—Sí puedes, justamente de eso se trata, date prisa.  
—Bueno, muy bien. Soy Krackenberry por parte de padre, Simmons por parte de madre, Poole por mi esposo. Soy del sur. Soy Kappa.  
—Bueno, vale —interrumpió Dena.  
—Soy madre de tres hijas. Soy esposa.  
—Sookie... Sólo necesitaba tres.  
—Bueno, Dena, ¡es que soy más de tres cosas! Soy expresidenta de los Jóvenes Ayudantes, ex Doncella del Camino de Magnolia...  
—Ya está, ya has contestado a la pregunta.  
—Bueno, es la pregunta más absurda que he oído en mi vida. Tengo muchas otras respuestas. ¿Para qué es? ¿Para un programa?  
—Nada. Era un juego al que estaban jugando unas personas.  
—¿Quiénes?  
—Un grupo de gente que había en una fiesta. Es un juego para fiestas.  
—¿Te preguntaron quién eras?  
—Sí.  
—Bueno, espero que dijese que eras Kappa.  
—Fue lo primero que pensé, Sookie.  
—¿Qué más dijiste?  
—A ver... Ya me acuerdo: dije que era comunista y corruptora de menores.  
—¡No habrás dicho eso! —exclamó Sookie.  
—No.  
—Será mejor que no lo hayas dicho. Igual esa gente no entiende que lo dices en broma.

A la mañana siguiente, cuando Earle Poole bajó a desayunar, Sookie se sentó a la mesa y se quedó mirándolo. Él también la miró.

—¿Qué pasa?  
—¿Quién eres? —le preguntó ella.  
—¿Cómo?  
—¿Quién eres? Dame tres respuestas.  
Earle dejó el periódico sobre la mesa.  
—Mira, Sookie: si es por lo de las invitaciones, ya te he pedido disculpas.  
—No, no es por eso. Contéstame, y en serio.  
Earle suspiró.  
—Soy dentista... Soy esposo...  
—Una más.  
Él miró su reloj.  
—¡Y soy hombre muerto si llego tarde!

Cuando su marido se marchó, Sookie, todavía concentrada en el juego, llamó a su madre. Ésta respondió a la pregunta al momento y con voz resonante:

—¡Soy Lenore Simmons de Krackenberry!

—Necesito tres respuestas, mamá.

Su madre dijo:

—¡Sookie, ahí tienes tres respuestas!

## El programa de Navidad de la vecina Dorothy

*Elmwood Springs, Missouri*

*15 de diciembre de 1948*

La vecina Dorothy entró rápidamente en el cuarto de estar y se sentó, al tiempo que se encendía la luz roja que indicaba «En el aire».

—Buenos días a todos, y feliz quince de diciembre. Aquí, en Elmwood Springs, tenemos otra vez un día hermoso, espero que igual de hermoso que donde estén ustedes. Veo por la ventana que esta mañana la temperatura es sólo de tres grados, pero mi casa está calentita y acogedora. ¿Hay algo peor que una casa fría? Por suerte, Doc enciende la chimenea cuando se levanta. Voy a contarles que en estas mañanas heladas todos nos apiñamos en la cocina como pollos. Es difícil lograr que las galletas se cuezan con la suficiente rapidez... Mis canarios están tan bonitos y amarillos que parecen dos porciones de postre de plátano. Bueno, tengo una noticia de última hora. Jeannette y Nelson Eddy están a la espera... no, no de lo que ustedes piensan. Es otra película de éxito llamada *La época de las flores*, y pronto van a ponerla en el cine de Elmwood Springs, así que no se olviden de buscarla en el cine de su zona... ¿Tienen maceteros en las ventanas? La verdad es que no hay cosa más bonita ni más alegre en los días de invierno que ver hiedra en las ventanas... un toquecito de primavera durante todo el año. Si no tienen hiedra, pongan un poco de tierra en una maceta y siembren una semilla de limón, de naranja o de pomelo, y tendrán una fantástica plantita. Sin embargo, si buscan algo mejor, Víctor, el florista, ofrece estos consejos: las fucsias dan flores de muchas formas y colores; los pensamientos tienen colores que quedan bien en todas las ventanas y además vienen en distintos tamaños; las campanillas resisten bastante bien a las plagas... les encanta el sol... La hiedra inglesa necesita suelo ácido y sombra, y la violeta africana es siempre deslumbrante. Así que decídanse y vayan a buscar su planta hoy mismo... A ver... ¿Qué más tengo hoy, mamá Smith? —Mamá Smith tocó unos acordes de *Papá Noel llega a la ciudad*— Ah, claro... Papá Noel llega a la ciudad, por supuesto, y estará en el almacén de los hermanos Morgan, junto a la sección de juguetes, así que los que quieran hacerse una foto con él o explicarle lo que quieren que les traiga para Navidad, no se olviden de ir. *Princesa María Margarita* irá en cuanto terminen el programa de hoy para que le hagan una foto con Papá Noel. Y este año todos los socios del club de admiradores de *Princesa María Margarita* recibirán su foto... Vaya, no sé qué les parece a ustedes, pero este año la Navidad ha llegado muy rápido; apenas hemos pasado el día de Acción de Gracias y ya la tenemos a un paso. ¿No es rarísimo cómo pasa el tiempo? Algunos días no sé adónde va. Levanto la vista y es la hora de la cena, y eso que creo que acabo de lavar los platos del desayuno... Tengo que empezar a pensar en hacer mis muñequitos de jengibre y mis galletas de

caramelo para las visitas que quieran venir en Navidad... Y, además, recuerden que este año estamos preparando un arbolito con regalos para los niños pobres. Espero que todos puedan venir un momento a visitarnos. Siempre lo pasamos de maravilla, y tenemos planificadas un montón de cosas divertidísimas. Dixie Cahill va traernos a algunas de sus chicas para que bailen, y tendremos el coro de campanillas de la Iglesia metodista. Nos alegramos muchísimo de que por fin hayan conseguido la campana en *mi bemol*, que les da un sonido muy distinto, así que no se lo pierdan... Y comida, comida, comida y regalos para todos. Ah... y Ernest Koonitz nos acompañará con la tuba y tocará *Alegría para el mundo*. Eso será el veinte de diciembre en el Centro de los Veteranos de Guerra. Doc me ha avisado de que esta noche pondremos nuestro arbolito, así que después del programa tengo que subir a la buhardilla a buscar los adornos de Navidad... No es una cosa que me entusiasme mucho, o sea que si alguien ve a Bobby por ahí, por favor díganle que venga directamente a casa después del colegio. Necesito que me ayude.

»Bueno, a ver... Tenía algunos datos curiosos que darles... Ah, aquí hay un dato oportuno... y divertido... acerca de la poinsettia de Navidad. Las poinsettias nos han llegado de México. Las trajo a Carolina del Sur un hombre llamado Joell Robert Poinsette, y de ahí viene el nombre... Y nos alegramos de todo corazón de que nos la trajera. Pero tengan en cuenta que son venenosas, así que no las coman ni dejen que las mastiquen sus animales mascotas...

Aquella misma tarde, Dorothy, Anna Lee y Bobby se reunieron con Doc en el centro, en la farmacia Rexall. Todos juntos se dirigieron a elegir un árbol al terreno donde los vendía el Civitan Club. En casa, mamá Smith preparaba palomitas de maíz, y los adornos de Navidad habían salido ya de la buhardilla, del armario del fondo y del baúl de cedro que había en el vestíbulo, y estaban listos para que los colocaran en el árbol. Por la noche, a las diez, las ventanas de la casa lucían ya unos portavelas de cartulina de color crema con unas luces azules, y sobre las puertas se desplegaba un cartel hecho con letras de papel que decían: «FELIZ NAVIDAD». El árbol de la esquina estaba colmado de bolas satinadas de color verde manzana y rojo rubí, y otras azules con líneas blancas, además de cintas charoladas plateadas, tiras de palomitas de maíz, luces de colores y un ángel con alas, en la punta. Al pie del árbol había una sábana blanca enrollada, dispuesta para recibir regalos.

Como siempre, Dorothy fue la última en irse a dormir. Cuando se quedó sola en la oscuridad de la sala, le pareció tan bonito el resplandor de las luces de Navidad, que le dio lástima apagarlas y decidió dejarlas encendidas toda la noche.



## Dena analiza y hechiza

*Nueva York*

1975

Dena volvió a visitar a su médico. La úlcera no estaba muy bien, pero tampoco había empeorado, así que prometió seguir yendo a la consulta de la doctora Diggers. No le gustaba hablar a todas horas de ella, pero estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de evitar la temida prescripción de «reposo total».

En el consultorio de la doctora Diggers permanecía callada, como siempre, moviendo el pie. Hacía un rato que la doctora esperaba que dijese algo, lo cual la ponía incómoda. Finalmente, habló.

—Muy bien —dijo Dena—. Si no piensa preguntarme nada, la analizaré yo a usted. Al menos una de las dos sacará provecho.

—La idea es hablar de usted.

—No, por favor. Estoy harta de hablar de mí, de pensar en mí. Por favor, hablemos de usted por esta vez. Hábleme de su vida, parece usted una persona interesante.

La doctora Diggers miró el reloj. Quedaban cinco minutos. Aquel día no lograría sacar nada más a Dena.

—Perfecto, como desee. ¿Qué querría saber?

—Pues... veamos. —A Dena se le iluminaron los ojos, y se frotó las manos—. Bien, ¿cómo es ser negra?

La doctora Diggers sonrió. Los blancos siempre pensaban que eso era lo más importante en su vida. Dejó el bolígrafo.

—Para esa pregunta hay tantas respuestas como personas negras. Cada cual lo vive de una manera distinta.

—Yo no conozco a ninguna otra persona negra. ¿Cómo lo vive usted?

—La verdad es que me siento como en una entrevista.

—No, no es eso. Sólo tengo curiosidad, de verdad me gustaría saberlo.

—¿Cómo cree usted que se vive?

Dena negó con el dedo.

—Ah, no, no me cogerá, licenciada, o doctora, o lo que sea. Todos los psiquiatras son iguales, siempre contestan a una pregunta con otra pregunta. ¿Prefiere no hablar de eso, es muy delicado?

—No, claro que no.

—¿Los blancos le han hecho cosas terribles?

—He tenido unas cuantas experiencias desagradables. He sufrido bastante por los prejuicios.

Dena dio un respingo.

—¡Vaya por Dios! Lamento mucho que haya tenido que vivir eso. ¿Siente rabia?

—¿Rabia? No, pero entiendo a los que la tienen. Diría que me siento más herida que otra cosa. Cuando hablo de prejuicios, me refiero a algo generalizado. Los prejuicios pueden tener consecuencias terribles en todos los seres humanos, a veces los negros son tan intolerantes entre sí como los blancos.

—¿En serio?

—Pues sí. Yo lo he sufrido por parte de los blancos y también de los míos.

—¿Cómo? Póngame un ejemplo.

—Bueno, hay gente que me llama «Tío Tom» porque tengo amigos blancos y vivo en un barrio de blancos. Me acusan de querer ser blanca. —Rió—. Con lo negra que soy yo, jamás podré ser blanca, ¿verdad? Por otra parte, otros piensan que debería abandonar mi trabajo y dedicar mi vida a defender la causa de los negros. Los negros de piel clara me consideran demasiado negra, y otros negros creen que hablo como los blancos. Es algo de nunca acabar. Haga lo que haga, siempre hay alguien dispuesto a atacarme. —De repente, sonrió—. En cualquier momento me pongo a cantar *Ol' man river*, ¿verdad? Pero tengo muchos otros problemas además de ser negra.

—¿Se refiere a...? —comenzó Dena.

—¿A que estoy en silla de ruedas? Sí, pero sin tener en cuenta que mi propio paciente está tratando de analizarme, el hecho de ser mujer en una profesión de hombres siempre fue mi mayor problema. Sufrí muchos más prejuicios por ser mujer que por ser negra. No olvide que en este país los hombres negros obtuvieron el voto mucho antes que cualquier mujer, ya fuera negra o blanca, y que los hombres son hombres, más allá del color. Es un tema que puede enloquecer, si una lo permite.

—¿Por eso decidió ser psiquiatra?

La doctora Diggers rió y miró el reloj.

—¡Ya! Salvada por la campana. ¡Ya es hora! ¡Por suerte! Usted nunca deja de entrevistar a los demás, ¿verdad?

Al salir, Dena dijo en voz alta, para que la oyera la empleada doméstica de la doctora Diggers:

—Está respondiendo perfectamente al tratamiento doctora. Siga así, y estoy segura de que llegaremos a la raíz de sus problemas. No olvide continuar anotando lo que sueña. Nos veremos la semana que viene.

La doctora Diggers no pudo impedir echarse a reír. En general, no permitía a sus pacientes aquel tipo de juegos, pero no podía evitar que Dena Nordstrom la impresionara. Entendía que Gerry se hubiera enamorado de ella, tenía una personalidad muy atractiva y era verdaderamente tierna.

Qué pena que fuese tan cerrada.

# Un respiro necesario

*Selma, Alabama*

1975

Hacía seis meses que Dena trabajaba a un ritmo agotador y que casi todas las noches J.C. la llevaba de fiesta en fiesta, de una celebración a otra. Últimamente le costaba responder a las energías de él, que parecían inagotables. Volvía a dolerle el estómago, y aquel fin de semana no daba abasto a las varias fiestas que él había programado. Necesitaba descansar, pero sabía que en Nueva York no podría esconderse de J.C. Tenía que escapar, inventar una mentira bien pensada y marchar a algún lugar completamente insospechado.

Pero ¿adónde? ¿Cuál podía ser el lugar menos pensado, donde no corriera el riesgo de toparse con ningún conocido de él? Súbitamente se le ocurrió.

—Hola.

—Sookie, soy yo.

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás? ¿Qué cuentas?

—Escúchame, Sookie. ¿Estarás en casa el viernes por la tarde?

—Por supuesto. ¿Por qué?

—Siempre me pides que vaya de visita y he pensado en ir.

—¿En serio? —exclamó Sookie—. ¿Vas a venir a Selma?

—Sí.

—¡Ay, Dios mío! Voy a desmayarme, no puedo creerlo. ¿Cuánto tiempo podrás quedarte?

—Todo el fin de semana. ¿Te parece bien?

—¿Bien? Me parece maravilloso.

—Mira Sookie... Iré, pero tienes que prometerme una cosa.

—Lo que quieras. ¿Qué?

—Que no le dirás a nadie que voy.

—¿Por qué no?

—Sookie, estoy extenuada, de verdad. Necesito descansar, escaparme de la gente unos días.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Puedo decírselo a Earle?

—Claro que sí, tonta. Me refiero a los medios y a gente que no conozco. Sólo quiero encontrarme contigo.

—¿Quieres que mande a las niñas con mamá?

—No, quiero decir contigo, con Earle y con las niñas. No quiero ver a nadie más.

Sookie estaba desilusionada.

—Mira lo que son las cosas. Mi única amiga famosa resulta ser una ermitaña. Y no sé por qué, si todo el mundo te adora. Todos te consideran la persona más simpática, sociable e inteligente que hay, y creen que te encantaría conocerlos. Yo no les digo la verdad, claro está, que te importa un bledo.

—Tendrías que alegrarte de que no me conozcan. En ese caso, se darían cuenta de que últimamente no estoy muy simpática.

—Pero si eres simpatiquísima. ¡Es imposible que todos piensen lo mismo y se equivoquen! El mes pasado te eligieron la mujer más querida de la televisión. ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que a lo mejor tú estás equivocada y los demás tienen razón? Es una bobada... pero haré lo que me pides.

—Gracias.

—Pero recuerda que éste es un pueblo pequeño, así que será mejor que vayas siempre con una bolsa de papel en la cabeza. —Dena rió—. Estoy entusiasmada, y si necesitas descansar, el viaje te vendrá perfecto. Me encargaré de que nadie te moleste. Incluso me pondré un bozal.

En cuanto Dena bajó del avión en Selma, la envolvió una bocanada de aire caliente, casi tropical. El sol la cegaba, pero enseguida distinguió a Sookie, que llevaba puesto un gran sombrero negro y unas gafas de sol.

—¡Señorita Smith! —le gritó Sookie—. ¡Eh, señorita Smith, aquí estoy! —A Dena le hizo gracia la idea de pasar desapercibida. Mientras se dirigían al coche, Sookie le recitó su programa—: Muy bien, Dena. He hecho todo lo que me has dicho. Absolutamente nadie se ha enterado de que venías, a excepción de Earle y de Toncie, que trabaja en casa. Y las niñas tienen instrucciones de no abrir la boca. Así que te prometo que estarás tranquila. Quiero que descanses. Esta noche cenaremos en paz. Mañana le pediré a Earle que se vaya al club, y nosotras dos iremos a holgazanear todo el día a la piscina; también puedes dormir o hacer lo que te plazca. Mis deseos son órdenes para ti... Digo... Ay, ya sabes lo que quiero decir.

—¿Siempre hace tanto calor aquí?

—Cielo, esto no es nada. Espera a que avance el verano.

Se detuvieron frente a un coche azul del tamaño de una limusina.

—¿Es tuyo? —preguntó Dena.

—No, es uno de los productos que mi madre rechaza. Lo compró y después le pareció horrible y se lo regaló a las niñas.

—Pero si las niñas todavía son pequeñas, ¿no?

—Sí, pero a mamá le pareció que sería adecuado para cuando sean mayores. No preguntes, así es mamá.

—¿Podré verla?

—¿Quieres ver a mamá?

—Sin duda. Me cae bien tu madre, ya lo sabes. ¿No le has dicho que venía?

—¡No! Si supiera que has venido, irrumpiría en casa para atraparte y no podríamos detenerla ni con un tanque. Pero está bien... Si quieres verla, la llamaré y le diré que venga mañana media hora. Pero puede que te arrepientas, arremete como un tornado. Dios sabe que le hará muchísima ilusión.

—¿Tu hermano está aquí?

—¿Buck? No, está en Arabia Saudí trabajando en algo del petróleo.

Sookie tomó una carretera que parecía atravesar una arboleda de pacanas.

—¿Aquello son vacas? —preguntó Dena.

—Ya te he dicho que vivo en las afueras, cariño. Somos unos campesinos de Alabama.

Después de unos cinco minutos de pacanas, Dena vio una casa gigantesca al final de la carretera y de repente cayó en la cuenta de que la carretera por la que circulaban era el camino de entrada a la casa de Sookie. El coche se detuvo, y Sookie anunció:

—Hemos llegado.

Dena miró el imponente edificio blanco de dos pisos con columnas:

—¿A esto le llamas una «casita en las afueras»? ¡Santo Dios, Sookie! Parece la mansión de un gobernador.

Sookie le restó importancia con un ademán.

—Bah, no es tan grande. Si vieras la casa de Buck... —Bajaron del coche, y apareció una mujer vestida con un uniforme blanco—. Dena, te presento a Toncie.

Toncie sonrió de oreja a oreja.

—Yo la conozco, pero no he abierto la boca, señora.

—Gracias.

Entraron en el amplio vestíbulo de donde arrancaba una lujosa escalera que conducía a la planta alta. Sookie preguntó:

—¿Dónde paran mis mocosas? Están tan emocionadas por tu visita que por poco tengo que darles calmantes.

Toncie cogió el bolso de Dena.

—Están arriba —informó—. Las tengo encarceladas hasta que la señorita Nordstrom recupere el aliento.

Al instante, tres niñas pelirrojas vestidas con unos vestidos planchados y almidonados peinadas con un moño aparecieron en el descansillo de la escalera y se pusieron a espiar a Dena desde detrás de la baranda. Sookie miró hacia arriba.

—Huy, ahí están. Ya es demasiado tarde, te han detectado.

—Les dije que no bajaran hasta que usted las llamara —explicó Toncie.

—Bueno, no tienes más remedio que entregarte, Dena. Se mueren por acercarse. —Las llamó, mirando hacia arriba—: Vamos, chicas, bajad pero sin correr.

Las tres niñas, con los ojos abiertos como platos, estuvieron abajo en medio segundo. Se quedaron de pie admirando a Dena. Sookie las presentó:

—Ésta es Dee Dee, ésta es Ce Ce y ésta es la menor, Lenore... pero la llamamos Le Le. Niñas, ésta es la tía Dena.

Dena las miró.

—Bueno, hola, chicas.

Las tres dirigieron la mirada a su madre con una emoción incontenible.

—Bueno, vamos, salud —indicó Sookie.

—¿Puedo estrecharos la mano? —sugirió Dena.

Las tres niñas volvieron a mirar a su madre.

—No puedo creer que mis hijas se hayan vuelto tímidas de repente —dijo ésta—. Adelante, chicas, dadle la mano.

Las dos mayores, deslumbradas, soltaron unas risitas nerviosas, como si estrechar manos fuese lo más gracioso que hubieran hecho en su vida. La más pequeña se acercó y se abrazó a la pierna de Dena, y entonces las tres comenzaron a parlotear y a tirar de ella.

—Ven a ver nuestra habitación —insistieron, tratando de arrastrarla hasta el piso de arriba. La pequeña Le Le tiraba del cinturón de Dena con las dos manos.

—Bueno, bueno, niñas —intervino Sookie—, ya basta. Subirá más tarde, soltadla.

Las niñas desaparecieron entonces, acompañadas de Toncie. Saliendo de la cocina, en la parte posterior de la casa, había un patio largo y cubierto, lleno de muebles de mimbre y almohadones.

—Disculpa el desorden —dijo Sookie—, es que durante el verano prácticamente vivimos aquí fuera. De noche es tan bonito y se está tan fresco...

Atravesaron otro patio, donde había una piscina que parecía olímpica, y llegaron al lugar donde iba a alojarse Dena. Era una encantadora reproducción en menor escala de la casa principal, decorada en tonos pastel, aireada con ventiladores de aspas y adornada con flores frescas. Tan pronto como Dena entró, Sookie comenzó a excusarse:

—No es gran cosa, pero he pensado que aquí estarás más tranquila.

—Sookie, lo único que veo en mi vida son habitaciones de hotel. Para mí es excelente, te lo aseguro.

—¿De verdad?

—Sí.

Sookie se alegró un poco.

—Bueno... está bien. Ahora me voy, como te prometí, y haré el esfuerzo de apartarme de ti para que puedas dormir la siesta, ver la televisión o leer... o lo que se te ocurra... En la nevera hay té helado... He pensado que podríamos cenar a eso de las siete, ¿es muy temprano?

—No, es perfecto.

—Espero que te guste el pie y el morro de cerdo. —Dena se asustó y Sookie se apresuró a tranquilizarla, sonriendo—: Es broma. Tomaremos galletas de jamón, bollos y una buena ensalada cuajada... y Toncie ha preparado un pastel de pacanas. Espero que te guste el menú.

—Me encanta —asintió Dena, preguntándose cómo sería una ensalada cuajada.

—Ahora, descansa —le dijo, antes de marchar.

Dena sacó sus cosas, salió al patio cubierto y se dio cuenta de que Sookie había dejado sobre la mesa un montón ordenado de números antiguos de las revistas *Kappa Key* y *Southern Living*. Encendió el ventilador y se recostó. Cerró los ojos y, casi sin darse cuenta, se quedó profundamente dormida.

No se despertó hasta las once de la mañana del día siguiente. Entró en el cuarto de estar dando tumbos y sintió el olor del café recién hecho. Había una nota junto a la cafetera.

Entra cuando te despiertes... o cuando tengas ganas. Las niñas estarán en la escuela de baile hasta la una.

Un beso,

Sookie

Tardó una hora en tomar el café, arreglarse, vestirse y ponerse las gafas oscuras. Entonces, salió y se dirigió a la casa grande. Encontró a Sookie en la cocina.

—Lamento haberme saltado la cena.

—Bueno, gracias a Dios estás viva. Empezaba a preocuparme. Ya me imaginaba los titulares: «¡Famosa presentadora hallada muerta en casa de la familia Poole!».

—No, estoy viva, pero te aseguro que me siento drogada. ¿Me pusiste algo en el té helado?

—Ah, vaya, nos has descubierto. Te drogamos para poder tenerte aquí con nosotros y vender entradas para que la gente viniera a mirarte. —Sacó una pequeña taza plateada de la nevera y se la tendió a Dena—. Earle te ha preparado un *whisky* con menta antes de irse. Pensó que a lo mejor necesitabas un trago.

—¿Tan temprano?

—Sí, lo necesitas. Llamé a mamá y va a venir en un comando operativo a las dos. He tenido que amenazarla con la vida de sus nietas para que no dijera a nadie que estabas aquí. Y, por supuesto, Earle se moría de rabia porque lo he obligado a marcharse; quería quedarse y estar pendiente de ti.

—Earle me cae bien, es muy tierno.

—Sí que lo es, gracias a Dios. Me ha pedido que te avise de que si necesitas asistencia dentaria, te la proporcionará con gusto.

—Lo tendré en cuenta.

Lenore Simmons Krackenberry era una mujer alta y de buena presencia que siempre llevaba al cuello pañuelos con un broche, que daban la impresión de que llevaba una capa aún en verano. Tenía el cabello color plateado, impecablemente peinado hacia atrás, de manera que le formaba como dos alas en la cabeza. Por ese motivo, entre otros, sus hijos la llamaban en secreto «Victoria Alada». Cuando Toncie abrió la

puerta, Lenore entró como una tromba con los brazos abiertos, dejando una estela de perfume caro a cada zancada que daba y llamando a Dena con voz estridente y melosa.

—¿Dónde está esa preciosidad? No veo la hora de abrazarte, querida. ¿Dónde estás? Más vale que salgas antes de que me dé un ataque.

Sookie la oyó acercarse.

—Estamos aquí en el patio, mamá. —Y advirtió a Dena—: Prepárate para el ataque.

Pero Lenore ya se les había echado encima y sofocaba a Dena con sus abrazos.

—Ah, aquí estás. ¡Ven aquí y déjame darte un abrazo así de grande! —Dena se puso en pie y se encogió de dolor mientras Lenore la apretujaba y le incrustaba sus perlas en el pecho—. Cuando Sookie me llamó para decirme que habías venido, no podía creerlo, pero eres tú en persona. —Y volvió a estrecharla.

—¿Cómo está, señora Krackenberry?

—¡Ya ves, cariño, de maravilla! Francamente, ¡de maravilla! Ay, déjame que te vea bien. Sigues siendo hermosa como una muñeca. Mira qué piel, Sookie, así tendrías la piel si no te hubieras expuesto al sol, como te recomendé.

Lenore se sentó en una gran silla, se echó a un lado el pañuelo con una gracia especial y dijo:

—Toncie, ¿me servirías un vaso de té, guapa? Estoy extenuada de tanto conducir. Dena, ¿te parece bien que Sookie y Earle se hayan mudado tan lejos? Tardo prácticamente una noche entera en venir a ver a mis nietas.

—Mamá, estamos a veinte minutos del centro.

Toncie sirvió un vaso de té helado.

—Gracias... Bueno, daría lo mismo que vivieras en la ruta del Tabaco, que está aquí al lado. No me sorprendería que mis nietas se casaran con recolectores de patatas cuando sean mayores. ¿Dónde están las niñas?

—Arriba. He tenido que encerrarlas para que no volvieran loca a Dena.

Lenore preguntó a Dena.

—¿No son lo más hermoso del mundo? Esta primavera las llevaré a que les pinten unos retratos. —Después puso cara triste y susurró—. ¿Te han llamado mucho la atención sus orejas?

—En absoluto —respondió Dena.

—¡Mamá!

—¡Bueno, querida, es que tienen orejas de Poole! Se lo dije antes de que se casara con Earle, pero ya sabes que no me prestaba atención. Y eso que tenía a todos los chicos del estado a sus pies.

Sookie suspiró.

—No tenía a nadie a mis pies, mamá.

—Y supongo que te ha contado lo de su hermano Buck, que vive en la otra punta del mundo, rodeado de árabes y de camellos. Pobre Darla. Pero basta de hablar de



nosotros, ¿cómo estás tú, ángel mío? Emocionas a todo el mundo. Sookie ha jurado que no volverá a dirigirme la palabra si tocaba este tema, pero estoy literalmente desesperada tratando de contenerme y no hacer una fiesta en tu honor mientras estés aquí.

—Mamá...

Lenore alzó los brazos.

—No se lo he dicho a nadie, pero me mata saber que estás aquí, en Selma, y ni siquiera vas a salir en el periódico. Dime que sí, solamente, y en tres minutos traigo al alcalde con las llaves de la ciudad.

—Mamá, ya vale, basta... Me lo has prometido.

Lenore la miró con aire inocente.

—Ya sé... Pero me parece que necesita saber cuánto la adoramos. Qué tristeza. Podría haber traído al aeropuerto a las Doncellas del Camino de Magnolia, con orquesta y todo.

Sookie miró a Dena.

—¿Ves? Te lo dije, pero tú insististe.

—¿Qué le dijiste? —quiso saber Lenore.

—Señora Krackenberry, es usted muy amable —repuso Dena—, de verdad, pero he venido a pasar un fin de semana tranquilo.

—Ya lo sé, querida, y de ninguna manera pretendo revelar tu presencia contra tu voluntad. Vosotras, las profesionales, necesitáis descansar. Lo que ocurre es que me parece horrible no poder mostrarte nuestra hospitalidad sureña. Es que estamos muy orgullosos de ti. Yo, cuando te conocí, le dije a Sookie: «Esta chica llegará lejos». Es maravilloso que hoy en día las chicas jóvenes sean profesionales de tanto éxito. Mi padre no me dejaba trabajar... Ya sabes cómo eran los hombres en aquel tiempo, pensaban que éramos demasiado delicadas.

—Mamá, no sé como alguien pudo pensar que eras demasiado delicada.

Lenore abrió los ojos como platos.

—¡Eso pensaba mi padre! Y tu padre nunca me hubiese dejado trabajar, no tengo ningún reparo en decírtelo, lo lamento. Si hubiera tenido la oportunidad entonces, quién sabe a qué profesión podría haberme dedicado.

—La que hubieras elegido ya no estaba disponible, mamá.

—¿A cuál te refieres? —quiso saber Lenore.

—Ya existía la reina de Inglaterra.

La risa de Lenore fue estridente.

—Ay Dena, ¿ves qué mal habla de mí? Te aseguro que nada duele tanto como tener hijos desagradecidos, y yo tengo dos.

—Sí, mamá. Tu pobre vida es un suplicio. Te tratamos con tanta crueldad...

Lenore se acercó a Dena.

—Me acusan de ser una madre dominante. ¿Puedes creerlo? A mí, porque me intereso por ellos. Espero que tus hijos no se pongan en tu contra cuando sean

mayores.

—Mamá, admítelo, realmente eres dominante...

—¿Ves cómo es? Una vez que se le mete algo en la cabeza, empieza a creérselo.

—Sí, ya lo sé —dijo Dena, sonriendo.

—¿Ves, Sookie? Dena sabe cómo eres —dijo Lenore. Sookie miró a su madre y señaló el reloj. Lenore preguntó con aire inocente—: ¿Qué?

—Mamá... Lo prometiste.

—Bueno, está bien —suspiró Lenore—. Dena me hizo jurar que no me quedaría más de diez minutos. ¿Puedes creerlo? Echa a su pobre madre a la nieve en medio de los lobos.

—Mamá, fuera hace cuarenta grados.

—Ya entiendes lo que quiero decir. ¡Me voy! Pero, querida, vuelve cuando estés bien descansada y déjanos acapararte a lo loco. No resisto las ganas de ponerte la alfombra roja.

Las dos amigas la acompañaron hasta la puerta y, antes de salir, añadió:

—En fin, si necesitáis algo, llamadme, Haré que Morris se acerque a traeros lo que queráis. —Abrazó otra vez a Dena y dio un beso rápido en la mejilla a Sookie.

—Adiós, hija malvada. De todos modos, te quiero.

Se dirigió al coche, donde Morris, el chófer, la esperaba con el aire acondicionado encendido.

—¿Entiendes ahora por qué hablo tan rápido? —explicó Sookie mientras cerraba la puerta—. Tengo que luchar para poder decir algo.

—A mí me parece fantástica.

—Sí, es fantástica, pero agotadora. Ahora comprenderás lo difícil que ha sido hacer que no abriera la boca. Le obsesiona la idea de que todos se sientan bien recibidos en Selma. El año pasado, vino desde Richmond una funcionaria de las Hijas de la Confederación, y mamá hizo esperar de pie a las Doncellas del Camino de Magnolia durante tres horas, en un día más caluroso que hoy, hasta que llegó el avión. Dos chicas se desmayaron de insolación.

—¿Qué son las Doncellas del Camino de Magnolia? Suena como a flores.

Sookie rió.

—No, no son flores; son chicas, tonta, todas vestidas con ropa de antes de la guerra, con sombreros y sombrillas, ¿entiendes? Son una preciosidad.

—¿Cantan o hacen algo?

Sookie la miró como si estuviera preguntando una locura.

—No, no cantan; hacen reverencias.

—¿Reverencias?

—Claro, se inclinan hacia delante, así —explicó Sookie haciendo una gran reverencia—, cuando una persona baja del avión o del tren o de donde sea, estamos esperándola en fila y le hacemos una reverencia para darle la bienvenida.

Dena se quedó impresionada.

—¿Tú has sido Doncella del Camino de Magnolia?

—Por supuesto —respondió Sookie, mientras abría la puerta que daba al patio trasero y salía—. Y Buck hizo de coronel de la Confederación. Es que nos encanta disfrazarnos. Además, Victoria Alada nos obligó. Mandó a la costurera que hiciera para las niñas tres disfraces y sombreros en miniatura de Doncellas del Camino de Magnolia, pero ni se te ocurra mencionarlos porque querrán probárselos para que las veas. Querían ponérselos cuando llegaras, pero no las dejé.

—¿Por qué?

—No quería que pensaras que estamos más locos de lo que estamos.

Se sentaron junto a la piscina, bajo el toldo. Hacía otro día radiante.

—Es todo tan verde... —comentó Dena.

Sookie se sorprendió.

—¿Sí?

—Sí. Y es un lugar muy tranquilo.

—Cualquier lugar es tranquilo cuando se va mamá.

—Vale, Sookie, ya basta. Tienes mucha suerte de tener a tu madre y de haber vivido en el mismo sitio toda la vida. Seguramente conoces al pueblo entero, ¿verdad?

—Supongo que, entre la familia Simmons, la Krackenberry y la Poole, lo más probable es que seamos parientes de todos los habitantes.

—¿Cómo fue tu infancia?

Sookie tomó un sorbo de té.

—Como un circo de tres pistas con Lenore a la cabeza. La casa siempre estaba llena de gente. El club de *bridge* o el club del jardín siempre organizaban alguna reunión en nuestra casa, y los amigos de Buck entraban y salían permanentemente. ¡Pobre papá! Lo echo de menos. Era de lo más tierno; decía que el único motivo por el que podía vivir con Lenore era porque era sordo de un oído. Una vez Buck dijo: «Papá, ¿por qué no oyes por ese oído?», y papá le contestó: «Es una ilusión, hijo; es sólo una ilusión». Era genial.

—¿Fuiste a la misma escuela en primaria y en secundaria?

—No tenía opción.

—¡Qué maravilla! ¿Y en la escuela secundaria eras animadora o majorette o algo así?

Sookie la miró con espanto.

—Dena, no pensarás que he sido alguna vez majorette. De las animadoras sí, pero ¿de la banda? Jamás una Kappa ha sido majorette, Dena.

—Bueno, qué sé yo. ¿Cuál es la diferencia?

—Si no lo sabes, no voy a ser yo quien te lo explique. Francamente, Dena, a veces me pregunto dónde has estado toda tu vida.

Toncie salió al patio para servirles más té.

—Esas niñas están saltando como locas para que las deje salir, señora Poole.

Sookie y Dena miraron hacia el primer piso de la casa. En la ventana se veían unas caritas apretadas contra el cristal, observándolas con ansia.

—Míralas, parecen tres monitos.

Las saludaron con el brazo y, tal como había dicho Toncie, las niñas se pusieron a saltar como locas.

—Vamos, Sookie, déjalas bajar.

—¿Las soportarías, después de mamá?

—Sí, no las obligues a estar encerradas.

—Muy bien, si tú lo dices... —Sookie alzó la mano y ordenó a Toncie—: Libera a las prisioneras. Suelta de inmediato a las infieles.

Un minuto más tarde, las tres niñas, vestidas con unos bañadores de lunares blancos y rosa, salieron al patio gritando y corriendo hacia donde estaba Dena.

Dena pasó el resto del día en la piscina con Sookie y con sus hijas. Las pequeñas sólo se tranquilizaron cuando subió a su dormitorio y conoció a cada uno de los siete hámsters, miró todas y cada una de sus muñecas, de los juguetes, de los vestidos y de los pares de zapatos de Dee Dee, Ce Ce y Le Le. Entonces las niñas se fueron a dormir y las tres cayeron rendidas tras la emoción de aquél día agotador.

Ya eran más de las nueve de la noche cuando Sookie y Dena volvieron a bajar para relajarse.

—Espero que te hayas dado cuenta de que has estropeado a mis hijas para siempre. A partir de ahora no volverán a hacerme caso, me considerarán una vieja ama de casa anticuada.

—No seas tonta. Espero haberlas tratado bien, no sé comportarme con los niños.

—¿Lo dices en serio?, te adoran. Ya sé lo que pasará. Cuando sean mayores, se escaparán a Nueva York para darse la gran vida contigo, y yo terminaré como la pobre Stella Dallas, vieja y en bancarrota, escondida en el jardín y mirando por la ventana cómo se casan mis hijas con hombres ricos y famosos.

—¿De qué hablas? Ya eres rica.

—No es verdad, deja de decir eso. Querida, el padre de Earle era sólo un viejo médico rural, y mamá donó prácticamente toda nuestra herencia a los pobres.

—¿De verdad?

—Bueno, no es verdad, no lo donó todo. Creó un fondo fiduciario para las niñas. No salió corriendo a hacerse miembro del Cuerpo de Paz, como la madre de Jimmy Carter, ni nada por el estilo. Te aseguro que mamá vive bien, pero desde que murió papá, quién sabe lo que es capaz de hacer. Se le ocurre cualquier locura.

—¿Como qué?

—Cosas locas. Hace cinco años, empezó a instalarse aquí mucha gente, y a mamá le pareció que el Vagón de Bienvenida y el Club de Recién Llegados no hacían lo suficiente para su gusto, así que fundó el club Bienvenidos a Selma... y me dan lástima los pobrecitos que se instalan aquí. En cuanto llegan, las tropas Lenore van en fila hacia su casa y los apabullan como hormigas antes de que se acerque otra

persona. Yo le dije: «Mamá, no entiendo cómo no los matan de un susto». Estoy segura de que si viera acercarse a mi casa a Lenore Krackenberry y sus secuaces a todo vapor, emperifolladas con cintas y globos, y cantando a viva voz *Los que llegan a Selma*, me volvería por donde vine.

—¿Qué es lo que cantan?

—Una canción estúpida que escribió una amiga de mamá. «Los que llegan a Selma, Selma, Selma... bienvenidos sean, sean, sean». Es horrenda, pero bien sabe Dios que la gente se entera de que es bien recibida. —Sookie se puso en pie—. Prométeme que no me dejarás beber más de dos copas de vino. Earle dice que soy una borracha perdida y que me pongo tonta y hablo demasiado si tomo más de dos copas. Soy capaz de emborracharme y revelar todos los secretos familiares.

—¿Acaso tienes alguno?

—¿Algún secreto? ¿Hablas en serio? En Selma, querida, no podríamos tener un secreto ni aunque estuviera en juego nuestra vida. Mi vida es un libro abierto. Todo el mundo sabe que Buck está tocado, que mamá está loca de remate... y que tal vez yo misma tampoco estoy muy cuerda que digamos.

Dena estaba relajada y se sentía a gusto.

—Sookie, cuéntame cómo es tu vida aquí, en el sur.

—¿Mi vida? Es normal y corriente. Eres tú la que se codea con las celebridades. Nosotros somos normales y corrientes, aburridísimos.

—No, de verdad. Cuéntame, ¿qué hacéis?

—Hacemos lo mismo prácticamente todos los días, año tras año. Cenamos en el club una vez a la semana, vamos a la iglesia todos los domingos y comemos con mamá los domingos al mediodía... Así ha sido siempre mi vida, exactamente igual cada año que pasa desde el día en que nací.

A Dena le invadió una gran tristeza. Sookie no se daba cuenta de la suerte que tenía.

# La niña del vestíbulo

*Estados Unidos*

1948

Dena guardaba un recuerdo borroso de su niñez. No se acordaba prácticamente de nada. Su madre se había marchado de Elmwood Springs súbitamente, cuando ella tenía cuatro años, y desde entonces recorrieron distintas ciudades frías y vivieron en muchos cuartos solitarios de apartamentos. Algunas veces los edificios eran de ladrillos rojos y otras eran grises, pero siempre había muy pocos muebles. Aunque tenían nombres majestuosos, como el La Salle, el Royalton Arms, las torres Highland y el Park Lane, las casas nunca eran lo que habían sido en otro tiempo. Los asientos y las alfombras del vestíbulo estaban siempre desgastados y raídos, y los pasillos, vacíos. Incluso los barrios parecían opacos, con poca luz y a un paso del deterioro. En aquellos tristes apartamentos sólo había personas solitarias. Los jóvenes habían sufrido desilusiones amorosas, habían tenido algún amor y lo habían perdido o nunca habían tenido a nadie; los viejos se quedaban solos en sus habitaciones y únicamente salían para sacar a pasear al perro o comprar una lata de sopa de vez en cuando y calentarla en un plato. La vida de todos transcurría en aquellos cuartos, y comían fuera, en el comedor, en mesas individuales. La mayoría había adquirido el hábito de la lectura, de modo que la única presencia durante la cena era el libro de la biblioteca, y sus únicos acompañantes, los personajes del libro que leían aquel día.

Dena solía ser la única niña en aquellos edificios. Pero, por otra parte, nunca se quedaba el tiempo suficiente para conocer bien a nadie. Pasaba por la vida de la gente sin llegar a ser nunca nada más que la niña que se sentaba en el vestíbulo a esperar a que llegara su madre. Había vivido la mayor parte de su infancia en los vestíbulos, esperando a su madre, o esperándola en la sección de señoras del gran almacén donde trabajaba su madre en aquel momento, una vez que aprendió a viajar en tranvía y a ir al centro. Leía o pintaba, le era indiferente. Se sentía mejor sólo con estar cerca de su madre y volver a casa junto a ella. Su madre era la razón de su vida, y la adoraba. Le encantaba su aspecto, su voz, su fragancia. Le fascinaba todo lo que ella hacía. Le encantaba mirar cómo se maquillaba, cómo se vestía y se arreglaba el pelo. Cuando salían, no podía apartar los ojos de su madre; estaba muy orgullosa de ir con ella. Después del trabajo, cuando hacía buen tiempo, caminaban durante horas, miraban escaparates y luego comían en algún restaurante porque su madre no cocinaba nunca. Después de cenar, Dena se quedaba sentada preguntándose en qué pensaría su madre mientras tomaba café y fumaba un cigarrillo tras otro. A menudo su madre andaba muy rápido por la calle, y quien la hubiera visto habría notado que la niña iba unos pasos más atrás que la mujer, y que se esforzaba por seguir su ritmo.

# Despedida hawaiana

*Nueva York*

1975

Dena se despertó con el rostro bañado en lágrimas. Al principio no supo por qué, pero enseguida recordó el sueño, el sueño de siempre, que había aparecido otra vez. Ella montaba en un tiovivo y veía una casa blanca, pero la perdía de vista cuando daba la vuelta, y después tenía la certeza de que su madre se estaba muriendo y la necesitaba. Iba hasta el teléfono de prisa y trataba de llamarla, pero marcaba un número equivocado una y otra vez. O, si no, el teléfono no funcionaba. Entonces se desesperaba y despertaba llorando, sintiéndose perdida y desvalida. No comprendía esa sensación, ella no estaba perdida ni se sentía desvalida; de hecho, de las personas que conocía, era una de las que menos ayuda necesitaban y de las que más se valían por sí mismas. Bastaba preguntárselo a cualquier hombre que la hubiera amado. Dena no quería depender de nadie. Había cuidado siempre de sí misma y no deseaba necesitar a nadie ni que nadie la necesitase. Había sido buena en casi todo lo que había emprendido, era inteligente y aprendía rápido.

Para lo único para lo que no servía era para el amor, y lo sabía. La semana anterior había tenido que decirle a J.C. que no podía salir más con él, y había sido difícil. J.C. le caía bien, pero había resultado ser como los demás. Los hombres esperaban demasiado de ella, algo que no podía dar. Se había cansado de decirle que no iba a casarse con él y que nunca vivirían juntos, pero, como era típico, la mayoría de los hombres creían que no lo decía en serio y que cambiaría de opinión. Y ella nunca cambiaba. ¿Por qué tenían que acosarla y ser desagradables? No quería vivir con nadie. Le gustaba estar sola. Le desagradaba que trataran de retenerla e intentaran asfixiarla. Su trabajo era cada vez más difícil y las exigencias de J.C. habían ido en aumento.

Dena no tenía suficientes energías para defenderse de él y luchar por las entrevistas al mismo tiempo, por lo que le dijo que era mejor que buscara otra persona, pues no era justo que siguiera alimentando falsas esperanzas. Después de decírselo, él la convenció de que saliesen a cenar juntos por última vez.

Estaban en un reservado rojo del restaurante Hawaii Kai, de Broadway, bajo un farol rojo y verde con borlas también rojas. Dena se limitaba a hacer girar una diminuta sombrilla de papel mientras él le daba argumentos para explicarle que nunca sería feliz hasta que asumiera un compromiso serio con otro ser humano, y que él la conocía más que ella misma... Las cosas que se dicen. Tras dos horas de perorata y varias piñas coladas, a Dena se le ocurrió decir:

—¿Sabías que las luces del Radio City Music Hall se controlan con casi más de cuatro mil interruptores? Por no hablar de los doscientos seis proyectores de luz. ¿Y

te habías enterado de que las *rockettes* no tienen todas la misma estatura, de que es una ilusión óptica?

Finalmente J.C. entendió la situación, se dio cuenta de que Dena era una causa perdida y se dio por vencido. Cuando la acompañó a su casa por última vez, se despidió con un abrazo y la retuvo mucho rato. Eso la hizo sentir peor aún, pues no le gustaban las demostraciones de emoción ni de afecto. Siempre la avergonzaban o bien la incomodaban. Su madre, en realidad, nunca se había mostrado afectuosa con ella; no había sido como Dena quería. Siempre se había sentido torpe junto a su madre, tosca, desgarbada y poco atractiva. Su madre era tan centrada, tan retraída, tan capaz de controlar todas las situaciones... Dena nunca la había visto llorar. Tampoco la había visto reír muchas veces. Su madre era hermosa pero tenía un aire lejano, aislado, que asustaba a Dena ya de niña. Cuando era muy pequeña, subía al regazo de su madre, le cogía la cara con las manos y la miraba fijamente para ver si descubría cuál era el problema. Le preguntaba una y otra vez. Su madre la miraba sonriendo y le contestaba:

—Nada, cariño.

Pero Dena sabía que había algún problema. La abrazaba con fuerza y su madre reía y protestaba.

—Vas a estrangular a mamá.

Más adelante, cuando fue un poco mayor, trataba de abrazar todavía a su madre, pero cuando tuvo siete u ocho años dejó de intentarlo. Intentar abrazarla o besarla resultaba incómodo; nunca aprendió a hacerlo, y después de un tiempo ya no surgió espontáneamente entre ellas.

En su vida privada, no le gustaba acercarse mucho a los demás ni que los demás se le acercasen tampoco. Se sentía mucho más a gusto cuando tenía a alguien sentado enfrente que al lado, en un sillón, y mucho más cómoda cuando hablaba desde un estrado ante cinco mil personas que cuando conversaba con una sola. Si alguien intentaba aferrarse a ella, sentía claustrofobia.

Cuando entró en su casa y cerró la puerta, se hizo una promesa: no comenzaría ninguna otra relación. Era demasiado complicado.



# Madres y padres

*Nueva York*

1975

En su siguiente sesión con la doctora Diggers, Dena pensó que, ya que estaba allí, podía preguntarle sobre el sueño y, al menos, obtener algo a cambio de lo que pagaba.

—Quiero hacerle una pregunta, doctora Diggers. ¿Es normal que la gente tenga siempre el mismo sueño?

La doctora Diggers pensó: «Es la primera pregunta seria que me hace».

—Sí. ¿Por qué?

—Simplemente quería saberlo. Sueño muchas veces la misma tontería.

—¿Cuánto hace?

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo hace que tiene el mismo sueño?

—Pues, no sé. Desde que era pequeña, no me acuerdo. De todas maneras, es siempre igual. Veo una casa que tiene un tiovivo en el jardín de delante o a veces en el de atrás, y en ocasiones dentro de la casa, y yo quiero entrar pero no encuentro la puerta.

—¿Se ve usted a sí misma en el sueño?

—No. Sé que soy yo, pero no me veo. Me gustaría saber qué significa esa tontería, si es que significa algo.

—Quisiera saber si verdaderamente le gustaría conocerlo —apuntó la doctora Diggers.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Dena.

—Me parece que, de algún modo, sabe que no desea averiguar su significado. ¿Cómo le afectó perder a su padre?

Dena hizo una mueca de fastidio. Otra vez con la misma historia. Haces una pregunta sencilla y te devuelven las típicas preguntas de psiquiatra.

—Le he dicho mil veces que no me afectó de ninguna manera. No lo conocí, así que su muerte no me influyó en absoluto. Mire, no vengo aquí a lloriquear por lo que me pasó en la infancia.

—Ya lo sé. Viene sólo a comer caramelos. A ver, por milésima vez, ¿cómo era su madre? ¿Cómo la describiría?

—Pues... no sé.

—Inténtelo.

—No es más que un sueño estúpido.

—¿Era una madre cariñosa? ¿Mezquina? ¿Qué impresión le producía?

Dena comenzó a irritarse y a dar golpecitos con el pie en el suelo.

—Ya se lo dije... Era una madre normal, con dos ojos y dos orejas. ¿Cómo era su

madre?

—Soy yo quien pregunta. ¿Cree que le faltó decirle algo... antes de que muriera?

—Maldita sea —gimió Dena—. ¿Por qué tiene que ser todo tan rebuscado? Me parece que usted no entiende que se puede seguir viviendo sin que lo analicen a uno milímetro a milímetro. No digo que no haya personas que lo necesiten, pero yo no estoy entre ellas. No soy una persona débil, destrozada ni incapaz de actuar. Lo que pasa es que en este momento estoy muy presionada por el trabajo, pero eso no tiene nada que ver con ningún secreto profundo que esté encerrado en mi psique y, además, no ha respondido a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Cómo era su madre?

—Tenía catorce orejas y doce piernas, y era cuadriculada. Tengo que decirle, Dena, que es una paciente durísima de roer, pero que voy a conseguirlo. Parece decidida a no decirme absolutamente nada sobre usted, pero no voy a rendirme. Puede seguir ahí, parpadeando con sus ojos azules, todo el tiempo que quiera, no me rendiré. Por fin ha encontrado la horma de su zapato.

Dena rió. Aunque le costara admitirlo, la doctora Diggers le caía bien.

—¿Hay casos en que hayan matado a algún psiquiatra?

—Sí, claro. Yo siempre registro a mis pacientes por si traen armas.

Más tarde, cuando terminó la sesión, la doctora Diggers la acompañó hasta la puerta. Mientras Dena se ponía la chaqueta, comentó:

—Por cierto... He terminado mi relación con J.C.

—¡Vaya! —dijo la doctora Diggers.

—Sí. Era un hombre simpático, pero empezó a tomárselo demasiado en serio.

Al cerrar la puerta, la doctora Diggers sintió deseos de telefonar a Gerry para contarle aquello, pero no podía hacerlo. Dena era una paciente suya. Además, a él le convenía ignorar que Dena había terminado la relación con su novio. Le convenía olvidarla, aunque a la doctora no le parecía muy probable que lo consiguiese, al menos de momento.

Se dirigió a la cocina en su silla de ruedas, abrió el horno, sacó la cena y comió pensativamente. No estaba segura de que Dena pudiera conocer a un hombre del que fuera capaz de enamorarse. De momento, la muchacha buscaba el padre que nunca había tenido. «Dios mío —pensó Elizabeth Diggers—. Los padres... son un verdadero peligro. Si los queremos demasiado, pueden hacernos daño durante toda la vida, pero si lo odiamos con toda nuestra alma, nos descalabran. Y, en un caso como éste, pueden descalabrnos incluso sin haber estado presentes».

## Cartas a la familia

San Francisco, California  
Junio de 1943

Querida familia:

Ojalá estuvierais aquí y pudierais ver este lugar. Hay que subir y bajar colinas a todas horas, y hay millones de tranvías rojos y chinos de verdad. Es muy gracioso verlos por primera vez porque se parecen a los de las fotos. No tengo muy claro cuál es la diferencia entre los chinos y los japoneses. Nunca pensé que vería a unos y a otros en persona, aunque espero que podáis estar orgullosos de mí cuando me encuentre con los japoneses. Aquí tenemos varios soldados de Missouri y otros de Kansas. A uno lo había conocido en una reunión de excursionistas, así que estoy como en familia. Por fin me dieron un uniforme de mi talla. Supongo que aquí no están acostumbrados a los tipos fornidos del campo. Unos compañeros harán fotos para mandar a sus casas, así que tendré una para vosotros. Ahora os mando unas postales del Golden Gate y del barrio chino. El mar que hay aquí es el lago más grande que he visto en mi vida. Ja, ja. Fuimos a una discoteca que queda en el piso alto de un hotel y ¡Dios mío! qué hermosa vista, y me refiero a las chicas que hay aquí también; son muy, muy bonitas, pero es difícil acercarse a ellas. Somos demasiados los que revoloteamos a su alrededor, supongo. Vimos a Red Skeleton y a Esther Williams en persona... una belleza... ella; no él. Todos los que llevan mi mismo atuendo parecen buenos tipos, excepto mi sargento, pero, como nos dijo, nosotros tampoco le caemos nada bien, así que estamos igualados, aunque tengo razones para pensar que en el fondo es un hombre bastante bueno, y no me molestaría que estuviera conmigo cuando empecemos de verdad.

Os echo de menos y volveré a escribir pronto.

Con cariño, vuestro hijo,

Soldado Eugene Nordstrom

San Francisco, California  
Junio de 1943

Querida familia:

Bueno, ¿estáis listos para recibir una gran noticia? Mamá, ve a sentarte. Papá, prepara unas sales aromáticas. Ahí va la gran noticia. ¡He conocido a la mujer de mi vida! Estoy completamente seguro y siento que deliro. ¡Qué impresionante! ¡Qué bien me siento! ¿Ya os habéis recuperado? No me cabe duda de que queréis detalles, así que os mando un resumen. Bemis, un

compañero mío, iba a salir con una chica llamada Faye y lo acompañé a buscarla a la salida del trabajo. Trabaja en un gran almacén muy lujoso que hay aquí. Bemis y yo estábamos fuera, fumando mientras esperábamos, cuando miré el escaparate y la vi a ELLA. ¡Dios mío! Estaba detrás del mostrador de perfumes y casi me caigo de espaldas. Qué belleza. Salió Faye y, cuando le pregunté quién era aquel bombón, me dijo que se llamaba Marion y que no estaba casada ni tenía novio, por lo que sabía. Faye le preguntó si quería ir a tomar algo con nosotros, pero ella contestó que no. Te juro mamá, que no fue una conquista rápida. Tardé tres semanas en lograr que ella saliera conmigo. Eso fue hace diez días, y ya la he visto cuatro veces más, pero no hay duda de que estoy loco por ella. Todos los muchachos se burlan de mí... y dicen que ya se ha enamorado el campesino. Me ha dado una foto suya y por la noche, en el cuartel, no hago más que mirar la foto y soñar despierto. Todos los muchachos tienen envidia; os lo aseguro.

Mamá, reza por mí y cruza los dedos. Oye, qué suerte tengo. Soy el primer soldado con el que sale, y entre todos los seductores uniformados que merodean por la ciudad, me pregunto qué ha visto en mí.

Con cariño, vuestro hijo,

Soldado Eugene Nordstrom

P.D. Mamá, pronto te llegará por correo un perfume que te envío yo, pero que escogió ELLA.

San Francisco, California

Junio de 1943

Querida familia:

Son las dos de la mañana en el cuartel y os escribo desde las nubes, que es donde siempre estoy. Yo sí que soy un chico feliz. Ya sé que pensaréis que es muy rápido, pero en esto no soy ningún bruto. Es fantástica, lo máximo, lo mejor que hay, la mujer de mi vida, estoy absolutamente seguro, pero el trato es el siguiente. No sabemos cuándo nos van a embarcar, y tengo que actuar rápidamente y necesito mucha ayuda. Dice que necesita saber más de mí y de dónde soy, etc. Le hablé de vosotros dos y sé que os querrá, que sois mi as en la manga. Le hablé de Elmwood Springs y de Missouri y de lo hermoso que es y de lo mucho que le gustará, pero ahí es donde necesito la ayuda. Mamá, no puedo echarme flores sin parecer pedante, y sé que a ella no le gustaría. Es muy exigente, así que, mamá, si pudieras ayudarme te lo agradecería mucho y Estados Unidos te lo agradecería también, porque no estoy seguro de ser buen soldado si no la conquisto. Te mando su dirección. ¿Puedes escribirle y decirle que tú y papá estáis muy contentos de que la haya conocido, que te he hablado de lo agradable que es y que yo nunca había amado a una chica como

la amo a ella, y que soy una buena persona, de buena familia, y no un seductor cualquiera? También podrías mencionar que era muy popular entre mis compañeros de instituto, que fui capitán del equipo de baloncesto y que sacaba buenas notas en béisbol, fútbol americano y baloncesto... Sería divertido que le enviaras mi boletín de calificaciones, como si lo hicieras en broma, pues es muy inteligente y creo que resultaría importante. Mándale el de cuarto año, cuando saqué tres veces la nota más alta. También alguna foto simpática de cuando era pequeño, ¡no la de la bañera! ¿Por qué no le dices lo orgullosos que estabais cuando llegué al rango más alto de los Scouts?... No, déjalo, es demasiado cursi. Es una persona muy refinada y no creo que eso la impresione. Dile que te gustaría conocerla. No tiene familia y me parece que le caerás muy bien. Realmente necesito tu ayuda.

Hasta pronto. Tu hijo,

Soldado Eugene Nordstrom

P.D.: Mamá, ¿sería mucho pedir que también le mandaras tus galletas? Dile, además, que te gustó muchísimo su perfume. Tiene buen gusto, ¿no te parece? Una cosa más, envíale una foto tuya, cualquiera que tengas, para que vea lo hermosa que es mi madre. Por favor, mándalo todo lo antes posible a:

Señorita Marion Chapman  
1436 Grove Street  
San Francisco, California

## Tres telegramas

1943

SR. LODOR NORDSTROM

PAPÁ, ESCRÍBEME QUÉ LE DIJISTE A MAMÁ PARA QUE SE CASARA  
CONTIGO. NECESITO CONSEJOS. NO INVENTES NADA. EN SERIO.  
GENE.

QUERIDO HIJO MÍO, BISONTE HERIDO  
TRES PALABRAS SABIAS: DI LA VERDAD.  
PAPÁ

QUERIDO PAPÁ:  
SEGUÍ TU CONSEJO. DIJO QUE SÍ. HAZ LAS MALETAS Y PREPÁRATE.  
TELEGRAFÍO FECHA.  
GENE.

## Carta al señor Lodor Nordstrom y señora

1943

Queridos mamá y papá:

Lamento mucho que las cosas hayan salido así. No sabéis cuánto me hubiera gustado que estuviéseis aquí, conmigo, para poder presentaros a mi novia. Ojalá hubiésemos podido esperar, pero la realidad fue que sólo tenía cinco días para estar con ella antes de embarcarme. Sin duda a estas alturas Marion ya os habrá escrito y os habrá informado de la boda. No fue más que un trámite rápido en los tribunales, pero estuvieron presentes Bemis y Faye, mi sargento y algunos compañeros, así que asistieron algunas personas. Pero no fue la boda que me hubiera gustado ofrecerle, de modo que le he prometido que cuando vuelva lo haremos todo de nuevo en casa, en la iglesia, y tengo pensado volver, os lo aseguro. Como Marion me espera, sé que volveré, pero si por algún motivo pasa algo, si no vuelvo, quiero que sepáis que en las últimas semanas me ha hecho el hombre más feliz del mundo, así que, por favor, cuidádmela. Sus padres murieron y ella os necesitará mucho. Sé que puedo contar con vosotros y que la recibiréis con los brazos abiertos, como siempre habéis aceptado a todos mis amigos. Y después de un tiempo podéis alentarla a buscar a alguien que la quiera. Confío en vosotros dos para que lo consideréis profundamente. Sé que no es muy probable que me pase algo, pero todos los muchachos hablan del tema, o sea que por si acaso. No sé cuándo podré escribiros de nuevo, así que me parece mejor deciros unas cositas a cada uno.

Mamá, eres la mejor madre que le puede tocar a alguien, gracias por todo lo que has hecho siempre, en especial por quererme incluso cuando dejaba la casa hecha un desastre. Papá, eres mi mejor amigo y así será siempre, y si te llego apenas a los talones como hombre, será suficiente. Terminando con las cosas serias, quiero que nos busquéis una casa por el pueblo. Tal vez cerca de vosotros. Tal vez siga en venta la vieja casa de Darthsnider. ¿Podrías mirarlo, por favor? Le mando una palmada a nuestro querido perro patoso y pulgoso. Bueno, mejor os dejo. Si me notáis raro es porque siento miedo y orgullo al mismo tiempo. Tengo miedo porque no sé adónde nos mandan, pero estoy orgulloso porque estoy entre los que van, orgulloso porque defiendo a mi país.

Con cariño, vuestro hijo,

Eugene Lodor Nordstrom

# El telegrama

*Elmwood Springs, Missouri*

1944

Al mensajero fijo de la Western Union lo reclutaron en 1942, por lo que Macky Warren ocupó su puesto cuando sólo tenía doce años. Se presentaron unos cuantos chicos más, pero le dieron el trabajo a él, porque sólo había un uniforme y su talla era la que más se aproximaba a la del uniforme. Como a todos los chicos que no tenían edad suficiente para ir a la guerra, la idea de ponerse cualquier tipo de uniforme le entusiasmaba. Vestirlo lo hacía sentirse orgulloso e importante.

Elmwood Springs era uno de los pocos pueblos que tenían como telegrafista a una mujer. Bess Goodnight, cuya hermana, Ada Goodnight, era la jefa de la oficina de la Correos y Telégrafos, era una mujer pequeña con un gran sentido del humor, y a Macky le gustaba trabajar con ella. Estaba contento con su trabajo, resultaba divertido ir en bicicleta por todo el pueblo. Sin embargo, transcurrido un tiempo desde el estallido de la guerra, empezó a no resultar tan divertido. Aunque ni él ni Bess lo mencionaban, últimamente, cada vez que el telégrafo comenzaba a transmitir un mensaje, los dos sentían una angustia punzante hasta que Bess asentía con la cabeza para indicarle que era un telegrama normal y corriente y que no provenía del Ministerio de la Guerra.

La oficina de telégrafos y el salón de té de la señora Alma eran los dos únicos establecimientos que abrían en domingo y, después de ir a la iglesia, Macky se dirigía al centro a trabajar. Una vez pasada la hora del almuerzo en el salón de té de la señora Alma, el centro quedaba tranquilo y desierto hasta las cinco de la tarde, que era la hora en que abría el cine. Aquel día, Macky se encontraba sentado ante una mesa armando un rompecabezas del monte Rushmore con Bess Goodnight. Sólo les faltaba una pieza para terminar la cara de George Washington y la tenían delante de sus narices. Pero al parecer no era exactamente delante, pues habían probado unas treinta piezas distintas y hasta aquel momento ninguna encajaba. Bess buscaba entre las piezas desparramadas que quedaban cuando se puso en marcha el telégrafo. Se acercó, se sentó y comenzó a escribir a medida que el aparato transmitía el mensaje. Tal vez porque era domingo y no había actividad en la calle, el telégrafo parecía hacer un ruido más fuerte que de costumbre, casi furioso; castañeteaba como si estuviera enfadado. Por el entrecejo fruncido de Bess, Macky se dio cuenta de que el mensaje que llegaba no era bueno. El ruido del telégrafo se detuvo bruscamente. Bess miró el mensaje, después hizo girar lentamente la silla, colocó el papel amarillo en la gran máquina de escribir Royal y se puso a mecanografiar:

ESTIMADOS SR. LODOR NORDSTROM Y SRA.: EL MINISTERIO



DE LA GUERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA DEL NORTE LAMENTA INFORMARLES DE QUE SU HIJO, EL SOLDADO EUGENE ARTHUR NORDSTROM, PERECIÓ EN COMBATE...

Cuando terminó de pasar el mensaje completo, lo sacó de la máquina de escribir. Macky, que ya había ido a ponerse su sombrero, se arregló la corbata y aguardó de pie. Bess introdujo el telegrama en un sobre, lo selló y se lo tendió.

—Toma, hijo, será mejor que lo llesves. —Tenía los ojos húmedos mientras negaba con la cabeza—. No me gusta esta guerra.

Macky miró la dirección y supo enseguida de quién se trataba. Salió y montó en la bicicleta, que estaba apoyada contra la pared del edificio. Quería ponerse a pedalear, seguir adelante y no volver nunca más. Gene Nordstrom había sido un héroe de su infancia. Había enseñado a nadar a Macky cuando era socorrista en la piscina. Mientras pedaleaba, los vecinos que tenían un hijo o un esposo en el extranjero lo veían pasar conteniendo el aliento hasta que pasaba de largo. Cualquier telegrama que llegaba en domingo era portador de malas noticias. Tras la primera sensación de alivio al comprobar que el telegrama no era para ellos, venía una punzada de tristeza y pena por la familia a la que fuera dirigido. Macky se detuvo a la entrada de la casa de los Nordstrom, apoyó la bicicleta en el césped y subió las escaleras. Gerta Nordstrom se encontraba en la cocina cuando el muchacho llamó a la puerta. Su esposo, Lodor, estaba en el jardín trasero cultivando su huerto, como todos los domingos por la tarde.

—Un momento —gritó Gerta desde la cocina.

Se secó las manos con el delantal mientras cruzaba el vestíbulo. Cuando se acercó lo suficiente para ver a través de la puerta, se detuvo en seco, incapaz de dar un paso más, temiendo moverse. Invasada por aquel terror súbito, pensó que si no abría la puerta, si no tocaba el telegrama que Macky llevaba en la mano, tal vez las palabras que contenía aquel pequeño sobre amarillo no serían verdad. Se quedó inmóvil, sin dejar de agarrar el delantal.

—Señora Nordstrom... —le dijo Macky cuando la vio— tengo un telegrama para usted.

Los vecinos de la manzana que lo habían visto pasar salieron a los porches en silencio, uno a uno. Los Swenson, los vecinos de al lado, ya estaban fuera y la señora Swenson se tapó la boca con las manos cuando lo vio llegar.

—No, Gene no... Ese chico tan dulce no...

Su marido no dijo nada, pero dejó el periódico, se levantó, bajó la escalera y se dirigió a la casa de al lado. Había sido compañero de escuela de Lodor y quería estar junto a él cuando recibiera la noticia. Mientras tanto, Macky seguía de pie en la puerta de entrada, sin saber qué hacer. Volvió a llamar suavemente.

—Telegrama para usted, señora Nordstrom.

## **LIBRO SEGUNDO**

## A través de las ventanas

*Nueva York*

1976

Los almuerzos de Dena y Howard Kingsley eran ya un acontecimiento semanal, y Dena esperaba siempre con ansia aquel momento. Conversaban sobre teatro y sobre libros, casi sin mencionar el mundo de las noticias. Pero a medida que pasaban las semanas, Dena comenzó a notar en Howard un agotamiento que antes no había percibido. Nunca comentaba lo que sucedía en su trabajo, pero un día, mientras tomaban el café, dijo:

—Dena, ¿sabes qué tiene de malo la nueva camada que está haciéndose cargo de los telediarios? Que ninguno tiene una pizca de compasión. No les gusta la gente. —Clavó la vista en la taza—. Sí, se llevarán bien con algunas personas cercanas, con sus familias, por ejemplo, pero no les gusta la gente en general, el concepto de gente. Sólo se tienen lealtad a ellos mismos, y no se puede tener compasión si no se tiene cierta lealtad al ser humano.

Dena manifestó que estaba de acuerdo, pero se sintió falsa y mentirosa. Howard acababa de describirla a la perfección. No estaba segura de que le gustase especialmente la gente, y no sabía muy bien lo que era la lealtad. No se le ocurría a qué podía ser leal salvo a ella misma.

Cuando volvió a su casa por la noche, pensó durante un rato en las palabras de Howard. Después levantó el auricular y llamó por teléfono.

—Sookie, soy Dena.

—¡Dena! —Sookie llamó a gritos a su marido—: ¡Earle! ¡Es Dena! Dena, espera. Voy a hablar desde el dormitorio.

Oyó que su amiga le pedía a su marido que colgara el teléfono cuando ella descolgara. Mientras iba a la habitación, Earle cogió el teléfono.

—Dena, ¿cómo estás?

—Muy bien. Earle, ¿y tú?

Sookie apareció ya en la línea.

—Cuelga, Earle. Dena, ven aquí, al sur, que hace calor. Hoy hace casi treinta grados.

—¡Vaya!, aquí hace mucho frío. ¿Cómo estás?

—La verdad es que muy bien. Mamá está en Europa en una gira para ver arte religioso o algo parecido, pero estamos muy bien. ¿Qué dices, vienes a Atlanta pronto?

—Por ahora no tengo nada planeado. Sookie, te llamo porque... quiero hacerte una pregunta, y va en serio.

—¿Otra vez con esas cosas de quién soy?

—No, es algo que me intriga. ¿Cómo es ser leal?

—¿Qué?

—Sé que parece absurdo, pero no es un chiste. Quiero saberlo de verdad.

—¿Cómo es ser leal?

—Sí.

Sookie se esforzó por contestar con franqueza.

—¿Cómo es? Bueno, nunca lo he pensado. Supongo que no me imagino no ser leal. Pero ¿porqué me lo preguntas? Tú sabes cómo es.

—No lo sé. No creo haber sido leal a nada en toda mi vida.

—Aquí empiezas ya con tu carácter dramático. Claro que eres leal, boba.

—No lo soy.

—¿Y yo? Eres leal a mí.

—No, no lo soy, tú eres la que me siguió. Si tú no hubieras mantenido la relación conmigo, te habría perdido hace mucho tiempo.

—Mira, eso no me lo voy a creer —dijo Sookie—, aunque sea verdad. Me niego a creer eso de ti. No olvides que te conozco mejor que tú misma. Y por más que trates de no serlo, eres una persona maravillosa. Además, todo el mundo tiene que tomar partido por alguna cosa. Todos tenemos que estar dispuestos a luchar por algo... creo.

—¿Por qué estarías dispuesta a luchar, Sookie, ahora mismo, hoy?

—Bueno, por mi familia, por mis hijos... por la asociación de trabajo voluntario.

—¿Qué?

—Es una broma.

—No, va en serio, Sookie. Digamos, si hubiera otra Guerra de Secesión, ¿lucharías por el sur?

—Nunca pasará eso. Aquí se están instalando tantos yanquis que si tiras una piedra a la calle, le das a tres en la cabeza. Pero digamos que si pasara algo terrible, lucharía por el sur. No puedo evitarlo, es mi tierra. Pero lo mismo siento por mi familia y por mis amigos.

—¿Naciste con ese sentimiento o has tenido que cultivarlo?

—No sé, nunca lo he pensado. Lo siento y punto. Todos sentimos lealtad por algo, ¿no? Yo soy leal a mis amigas. Lucharía contra cualquiera que les hiciese daño.

—Sookie rió—. Earle sostiene que por eso hay tan pocos divorcios aquí. Dice que los hombres tienen miedo de lo que haríamos nosotras si alguno engañara a su esposa.

—¿Alguna vez has engañado a Earle o has pensado en hacerlo?

—Ay, Dena, ¿por qué me preguntas todas esas locuras? No querrás revelar mis secretos por televisión, ¿no?

—Claro que no. No quiero entrometerme; es que necesito saberlo de verdad. ¿Alguna vez has pensado en otro hombre que no sea Earle? Puedes decírmelo.

—¿Alguien como Tony Curtis?

—No, alguien que conozcas o que hayas visto.

—No, la verdad es que no. ¿Es poco refinado por mi parte? Sinceramente, Dena,

sé que me consideras cursi y anticuada, pero una vez que acaba la diversión y todas las reuniones y todas las despedidas de soltera, y estás ahí, en la iglesia, delante de tu familia y de tus amigos, y haces el juramento, es algo serio. Al menos, para mí. Me moriría de miedo si hubiera jurado por algo sin sentirlo. Sabes que soy cobarde. No sé cómo lo hizo Letty.

—¿Cómo hizo qué?

—Como se divorció de su esposo a los seis meses de casada. Dijo que le encantaban las despedidas de soltera y la luna de miel, pero que lo que no le gustaba era el matrimonio. De todas maneras, hablábamos de ti. ¿Por qué piensas que no eres leal, precisamente tú? Con sinceridad, Dena, a veces se te ocurren unas ideas disparatadas. ¿Acaso has olvidado que eres una Kappa? Claro que eres leal, boba.

Cuando colgó, Dena no se sintió mejor que antes. Sookie se equivocaba. Apenas recordaba a sus compañeras de estudios ni, a veces, los nombres de los colegios. Siempre había sido huraña y no se sentía ligada a nada ni a nadie. Tenía la sensación de que los demás habían llegado al mundo con una lista de instrucciones que les indicaban cómo vivir y que a ella se habían olvidado de dársela. No tenía la menor idea de lo que se esperaba que sintiese, por lo que se había pasado la vida fingiendo que era un ser humano, pero sin tener noción ninguna de lo que sentían los demás. ¿Cómo era querer de verdad a alguien, sentirse a gusto o cómodo en algún sitio? Dena era una rápida y buena imitadora, así que aprendió desde temprana edad a parecer una niña normal y feliz, pero en el fondo se había sentido siempre aislada.

Cuando era niña pasaba horas y horas mirando por las ventanas de las casas a las familias, o desde los trenes o los autobuses; veía a la gente que estaba dentro, tan feliz y satisfecha, y deseaba entrar, pero no sabía cómo. Siempre había pensado que las cosas a lo mejor cambiaban si encontraba el piso adecuado, la casa adecuada, pero nunca lo lograba. Viviera donde viviese, nunca se sentía en casa. De hecho, tampoco sabía cómo era «sentirse en casa».

¿Las personas se sentían solas en el mundo y fingían? ¿Ella era la única? Toda su vida había volado a ciegas y en aquel momento, de repente, se daba contra la pared. Permaneció sentada bebiendo una copa de vino tinto, pensando y preguntándose qué le ocurría. ¿Cuál era el problema?

# La llamada

*Nueva York*

1976

Dena ganaba tanto dinero que no sabía en qué emplearlo. Tenía una cuenta de ahorros, y uno de los primeros pasos que dio fue mudarse a un nuevo piso en Gramercy Park, un sitio donde siempre había querido vivir. Había viajado a Washington y a Filadelfia para cubrir el bicentenario de la Declaración de la Independencia, y no había podido terminar de decorar su nueva casa. Hacía ya un mes y medio que vivía allí y todavía no había colgado sus cuadros en el salón. Decidió pedirle a Michael Zanella, un diseñador de escenografía del estudio, que fuese a su piso el viernes por la noche para ayudarla. Michael estaba descalzo, de pie sobre el sillón e intentando poner un gran espejo en medio de la pared.

Dena comía un bocadillo mientras le daba indicaciones. Sonó el teléfono. Dio unas pasos hacia atrás y, antes de contestar, dijo a Michael:

—Un poco más hacia la izquierda... Hola —respondió, sin quitar la vista de la pared.

—¿Dena?... ¿Señorita Nordstrom?

—Sí.

—Habla Gerry O'Malley.

—¿Quién?

—Gerry O'... el doctor O'Malley.

¿Después de tantos meses?

—Ah, sí, doctor... ¿Cómo está?

Dena le hizo señas a Michael para que moviese el espejo unos milímetros hacia la derecha.

—Muy bien —contestó Gerry—. ¿Cómo le va a usted?

—Perfecto, doctor. —Mientras le dirigía un ademán de aprobación a Michael, preguntó—: ¿En qué puedo ayudarlo?

—Bueno, me gustaría decirle algo. En realidad, preguntárselo. Pero antes creo que se merece que sea completamente sincero y directo. Me parece justo que usted sepa lo que siento antes de tomar una decisión en cualquier sentido.

—Ya —dijo Dena, escuchando a medias. Se acercó al cuadro siguiente, lo tocó y señaló dónde quería colgarlo.

—Mire, ocurre que toda mi vida me han dicho que conocería a una mujer en algún sitio y que, sin importar cuánto supiera de ella ni cuántas veces la hubiera visto, sería la mujer indicada para mí. —Dena negó con la cabeza cuando Michael señaló el cuadro equivocado, y asintió cuando levantó el que quería—. Y desde hace mucho tiempo sé que usted es esa mujer. La verdad es que estoy... bueno... absoluta y

perdidamente enamorado de usted. Siento eso desde el momento en que vino a mi consultorio por primera vez.

—Ah, ¿sí? —Dena asintió moviendo los labios cuando Michael indicó el cuadro siguiente.

—Sé que esta llamada puede parecerle intempestiva, pero he esperado un poco para darle tiempo, quería llamarla antes... ¿le gustaría salir a cenar conmigo algún día? —No hubo respuesta—. Seguramente creerá que no estoy en mis cabales y que no hay razón para que la ponga en este aprieto... A lo mejor tiene una relación seria con alguien...

—Doctor O'Malley —dijo Dena—, ¿puedo llamarlo dentro de unos minutos?

—¿Cómo? Sí, claro.

—Es que estoy con una persona y...

—Ah... ah, disculpe. Por supuesto.

—Lo llamo más tarde.

Dena colgó sin poder creer lo que acababa de oír. Realmente la llamada era intempestiva, fuera de lo común. Tal vez hubiera oído mal, o él estuviese loco o borracho o quisiera hacerle una broma... No sabía qué pensar, así que olvidó el asunto de momento y se dedicó a terminar de colgar los cuadros mientras Michael siguiera ayudándola.

En cambio, Gerry estaba conmovido. Había hecho la llamada más importante de su vida y se había olvidado de darle el número de su casa. Como le daba vergüenza volver a llamarla, confió en que Dena buscaría su número en la guía telefónica. Pero ella no le telefoneó.

El domingo por la noche, Gerry llegó al piso de Elizabeth Diggers con una tarrina de helado en la mano.

—Hola, Gerry, pasa a la cocina. Estoy terminando de cenar.

—Vaya, disculpa.

—No pasa nada, acepto la compañía. —Entonces vio que llevaba una bolsa—. ¿Qué me has traído?

—Un helado.

—Qué bien, ideal para el postre. Tú sí que sabes conquistar a una mujer. Gracias.

—Gerry guardó el helado en el congelador y se sentó a la mesa—. ¿Qué pasa? Te noté bastante mal por teléfono.

—Elizabeth, me parece que he cometido una estupidez. Una solemne majadería, mejor dicho, y creo que es mejor que lo sepas.

—¿Qué has hecho?

—He telefoneado a Dena.

—Vaya por Dios... ¿Y qué?

—He quedado como un soberano idiota.

—Gerry, estoy segura de que no has quedado como ningún idiota —aseguró la doctora, al tiempo que se preparaba para lo peor.

Su experiencia profesional le había enseñado que los hombres enamorados, incluso los más inteligentes, eran capaces de cometer los actos más increíblemente estúpidos.

—No, sería más apropiado decir como «pedazo de inútil». He querido contártelo yo antes de que te enteraras por ella. En realidad, llamé sólo para oír su voz, pero cuando contestó, el asunto se me fue de las manos.

La doctora Diggers levantó la vista del plato.

—¿Qué le has dicho?

Gerry comenzó a caminar de un lado a otro de la cocina.

—Le dije... «Ya sé que esta llamada le parecerá intempestiva... pero desde el día en que la conocí estoy absolutamente enamorado de usted... Siempre me habían dicho que algún día conocería a la mujer que estaba destinada a mí...». Y que para mí ella era esa mujer...

Diggers apoyó con tranquilidad su tenedor en el plato.

—¿Eso le has dicho?

—Sí.

—Bueno —dijo la doctora Diggers. Después de un momento, preguntó—: ¿Y ella qué dijo?

—Dijo que si podía llamarme después, que en ese momento estaba con alguien.

—Vaya.

—Eso fue el viernes, y no me ha telefoneado. Sólo Dios sabe lo que pensará de mí ahora, y como, además, soy idiota, no le di el número de casa. En resumidas cuentas, ¿me suicido ahora o espero unos días?

—Creo que te quedan unos días —opinó la doctora Diggers sonriendo, pero pensó: «Pobre Gerry, ha metido la pata hasta el fondo».



## Por impulso

*Nueva York*

*1976*

En la sesión siguiente, Dena no mencionó la llamada de Gerry, y la doctora Diggers no podía hacerle preguntas, aunque no le faltaban ganas. Se encontraba atrapada entre su paciente y su amigo. Sentía mucho afecto por Gerry, de quien era su amiga desde hacía años. Se habían conocido cuando él estudiaba y ella todavía era profesora de la escuela universitaria de posgrado. Un día, comentó en clase que le gustaría poder participar en las manifestaciones por los derechos civiles que se estaban celebrando. Dos días después, Gerry entró y le dijo:

—Doctora Diggers, usted quiere ir a la manifestación y allí va a ir. Salimos mañana. ¡Si no puede andar, podrá rodar!

Gerry y dos amigos suyos pidieron prestada una furgoneta y la llevaron hasta Misisipi. Resultaba raro ver a aquel chico rubio y apuesto, de ojos azules, empujando a una mujer negra sentada en una silla de ruedas, pero fue una experiencia que ninguno de los dos olvidaría. Más adelante cuando se anunció la manifestación por el movimiento de liberación femenina en Nueva York, ella le telefoneó.

—¿Estás dispuesto a ir otra vez?

Él aceptó y lo pasaron de maravilla, en especial Gerry, a quien aquel día varias mujeres muy liberadas le tocaron el trasero. Gerry sería siempre especial para ella, y no le gustaba verlo sufrir. Pero no podía hacer absolutamente nada.

Una semana después de la llamada de Gerry, Dena volvió a su casa después de tomar unas copas con un relaciones públicas de lo más pesado, que intentaba convencerla de que entrevistara a su cliente. Buscó el número de Gerry, lo marcó y le dejó un mensaje.

—¿De modo que me llamas para decirme que estás loco por mí y después desapareces?

Al volver a casa, por la noche, Gerry se puso a escuchar sus mensajes. Había hecho el esfuerzo de salir, había esperado días enteros que Dena llamase hasta que, al final, se había resignado. Cuando escuchó el mensaje, se quedó de una pieza. Al menos, le dirigía la palabra; por algo se empezaba. Pero ¿qué significaba aquel mensaje, maldita sea? Ni lo sabía él, que era psiquiatra. Pero otra vez tenía esperanzas.

En cuanto a Dena, le había telefoneado como solía hacer en las cuestiones personales, por impulso. Eso, no significaba nada, ni para bien ni para mal.

También por impulso decidió organizar un cóctel e invitar a algunas personas a su piso nuevo el domingo. Aunque no lo dijo a nadie, era su cumpleaños. Habría olvidado la fecha si Norma, Macky y la tía Elner no le hubieran enviado unas tarjetas de felicitación de cumpleaños, como hacían siempre.

Había invitado a Ira Wallace y a su esposa. La señora Wallace le caía bien; era amable y algo bueno habría visto en Ira, aunque sólo Dios sabría qué. También invitó a su representante, Sandy Cooper, y a su esposa, y a algunas otras personas, entre ellas Gerry O'Malley.

El domingo, Gerry estaba hecho un manojito de nervios. Se cambió de corbata cinco veces y se arrepintió de haber ido a aquel peluquero, que le había cortado el pelo con raya al otro lado. Pero Dena lo recibió bien y se comportó como si no hubiera quedado como un idiota con su llamada, lo cual agradeció. Logró llegar al final de la fiesta sin hacer nada peor que volcar de una patada un vaso de Chardonnay que estaba en la mesa del centro, lo cual fue un milagro, dadas las circunstancias.

Dena, por su parte, lo miró unas cuantas veces sin que se diera cuenta y llegó a la conclusión de que no era feo. Dena buscaba a alguien con quien poder salir cuando necesitara un compañero. Alguien que fuese agradable y no perteneciera a su entorno. Podía probar con él.

## Se acerca el veredicto

Nueva York  
1976

La doctora Diggers sabía que Dena había salido con Gerry, pero Dena no había tocado el tema. Aquel día, sin embargo, cuando la doctora la acompañaba por el pasillo hacia la puerta, lo mencionó de pasada.

—¡Ah!, ¿le he dicho que me telefoneó el doctor O'Malley, el que me recomendó a usted?

—No —contestó ella—. No me ha hablado de eso.

Dena sacó su abrigo del armario.

—He salido con él un par de veces. Pero no habla mucho. Lo único que hace es quedarse sentado mirándome, mientras se le caen cosas al suelo. Está tan nervioso que me pone nerviosa a mí. —Se puso el abrigo—. ¿Sabe usted algo de él?

—Puedo decirle que está muy bien considerado tanto personal como profesionalmente.

—Estoy segura de que es un tipo excelente. Y es guapo, pero no es mi tipo. Resulta que es... bueno, es un poco aburrido.

—¿Aburrido, Gerry O'Malley?

—Al menos, para mí. Supongo que es que no tenemos nada en común. Ni siquiera ve la televisión.

—Entiendo.

—Es agradable, pero no quiero crearle falsas expectativas.

—No, claro que no.

Cuando Dena se marchó, la doctora Diggers se preguntó cuánto tiempo tardaría Gerry en ponerse en contacto con ella. Fueron exactamente tres semanas y un día.

Dena había rechazado un encuentro tras otro con él, y Gerry estaba desconcertado.

—Ya sé que no puedes intervenir, pero creí que le caía bien. Cenamos y fuimos a un par de espectáculos. Luego, de repente, dejó de salir conmigo y no entiendo qué pasó. Parecía que todo iba a la perfección. Fui un caballero, no le insistí sino que quise darle tiempo para que me conociera un poco más. No creo haber dicho nada inapropiado; la dejaba hablar a ella. La verdad es que no le encuentro explicación. Me sentía muy bien, en realidad. La última vez que la vi hasta me dio un beso de despedida en la puerta de su casa. No lo haría si me detestara, ¿verdad? A lo mejor está saliendo con otro.

Diggers lo dejó seguir hablando veinte minutos más. Finalmente decidió no hacerlo sufrir. Era lo único que podía hacer.

—Gerry, le parece aburrido.

Le cogió por sorpresa.

—¿Aburrido?

—Aburrido.

—Ah. ¿Abu...?

—Aburrido. Te lo cuento porque me lo dijo fuera de la sesión y no lo considero información confidencial de mi paciente. Pero ahí lo tienes.

—¿Es lo único que dijo?

—Gerry, no olvides que no te conoce. A mí jamás se me ocurriría pensar que eres aburrido. Pero ¿acaso sabe algo sobre ti?

—No, no mucho que digamos. Pero ¿qué voy a hacer? ¿Ponerme a hablar de mí? ¿Darle un curriculum? Dios mío. Liz, tal vez sí que soy aburrido.

Elizabeth Diggers se maldijo por haberse entrometido en el asunto.

—Gerry, ¿tendré que volver a analizarte? ¿Qué le ha pasado al señor Personalidad? Eres uno de los seres más graciosos e interesantes que conozco. Cuéntale cosas de ti. Vamos, da un paso al frente, querido.

Gerry colgó el teléfono y le dio mil vueltas al asunto, pero había una palabra que le rondaba continuamente por la cabeza. Hasta el tictac del reloj parecía decir a–bu–rri–do, a–bu–rri–do. Se puso la chaqueta y su gorra de béisbol preferida. Lo primero que haría sería comprar un televisor.

## ¿Por dónde se va al Carnegie Hall?

*Nueva York*

1976

Gerry no se daba por vencido, aunque Dena seguía negándose a salir con él. Algunas veces había aceptado, para terminar anulando la cita en el último momento. Por fin Gerry logró envolverla en un compromiso ineludible. La invitó a un concierto en el Carnegie Hall y, antes de colgar, insistió con vehemencia en que acudiera, lo cual no era normal en él.

—Dena, prométeme que no te arrepentirás en el último momento. Ha sido casi imposible conseguir las entradas. Por favor, dame tu palabra de honor de que vendrás.

—Escucha, Gerry. Es mejor que invites a otra persona. Con el trabajo que tengo no puedo comprometerme a nada.

—Intenta venir, por favor. Estas entradas me han costado un ojo de la cara. ¿Sí?

Dena miró su agenda. No le gustaba que la obligaran a fijar un cita.

—¿Cuándo dices que es?

—El viernes próximo, el día nueve.

—Tengo un cóctel a las cinco. ¿A qué hora empieza el concierto?

—A las ocho.

—De acuerdo, pero tendremos que encontrarnos allí.

—En el Carnegie Hall. A las ocho. Dena, si no llegas, avísame y...

—Bueno, iré. Estoy apuntándolo.

El viernes nueve, alrededor de las ocho menos cuarto, Dena miró su reloj y gruñó. Ya era tarde. No debía haber aceptado aquel encuentro. Seguramente él ya la estaba esperando allí y ella se encontraba en la otra punta de la ciudad. Se despidió de su anfitrión y, mientras bajaba el ascensor, se juró a sí misma una vez más que no haría planes con tanta anticipación. Llovía. Todavía le quedaba la alternativa de no ir y poner la excusa de que no había conseguido un taxi. Pero en cuanto subió a uno, cambió de idea. Le encantaba circular en coche por Nueva York cuando llovía; los colores de las luces adquirían un brillo borroso al otro lado de la ventanilla mojada y se reflejaban de una manera especial en la calle empapada. La ciudad tenía un aspecto tan suave y mágico que disfrutó del viaje en taxi.

Sin embargo, como tuvieron que atravesar el barrio de los teatros y llegar a la calle 58, se habían hecho las ocho y diez cuando Dena bajó del taxi. La acera del Carnegie Hall estaba desierta. Había entrado todo el mundo, excepto un hombre con un gorro de lana que tocaba el violín y otro que llevaba un ramo de rosas en la mano. Empujó la gran puerta de cristal y entró en el vestíbulo. El joven que tenía las rosas en la mano corrió tras ella.

—¿Señorita Nordstrom?

Dena se dio la vuelta.

—Sí.

—Señorita Nordstrom, debo conducirla hasta su asiento.

Lo siguió por la izquierda hasta un auditorio de reducidas dimensiones. El joven sujetó la puerta y la invitó a pasar.

—Por aquí.

El auditorio estaba vacío, pero el chico no le dio oportunidad de abrir la boca, sino que se limitó a guiarla por el pasillo, le indicó que se sentara en el asiento del centro de la cuarta fila, le entregó las rosas y un programa, y desapareció.

En el escenario sólo había un piano, un contrabajo y una batería. Dena miró a su alrededor pensando que se había equivocado de sitio. Echó una ojeada al programa y enseguida vio algo que la impulsó a leerlo con atención.

CONCIERTO ESPECIAL PARA DENA NORDSTROM, A CARGO DE G. O'MALLEY Y CÍA., CON LA ESPERANZA DE CAUSAR UNA IMPRESIÓN FAVORABLE A LA SEÑORA, QUE CUENTA CON LA DEVOCIÓN PERMANENTE DEL DOCTOR O'MALLEY.

Las luces del auditorio se apagaron gradualmente y se encendieron las del escenario, mientras Gerry O'Malley subía ataviado con una corbata negra y acompañado de otros dos hombres que vestían esmoquin. Hizo una reverencia y se sentó al piano. Al cabo de un instante, efectuó un ademán con la cabeza y el trío comenzó a tocar una vieja canción de Lerner y Lane elegida por él, que decía con exactitud lo que a él le había resultado imposible decir. Y se la cantó.

Eres como París en abril y mayo,  
eres Nueva York en un día plateado,  
una montaña en Suiza al atardecer,  
eres el lago Lomond cuando es otoño,  
eres la luna nocturna de Capri  
y el cabo Cod con su vista al mar.  
Eres cada lugar que me quita el aliento,  
y con razón,  
para mí tú eres todo.

Dena, horrorizada, quería que la tierra se la tragase, pero Gerry seguía cantando con muy buena voz.

Eres el lago de Como cuando la aurora es un resplandor,  
eres el Valle del Sol después de una nevada,  
un museo, un palacio persa,  
eres mi brillante aurora boreal,  
eres como estar en casa en Navidad,  
un mar tropical de azul tranquilidad.

Eres cada lugar que me quita el aliento  
y con razón,  
para mí tú eres todo.

Una de las muchas cosas que Dena no sabía de Gerry O'Malley era que se había costeadado los estudios universitarios trabajando con su propio grupo de *jazz*, con el que tocaba los fines de semana en distintas fiestas. Aquella noche había logrado que los otros dos miembros del grupo, un médico y un empresario, fueran a Manhattan a tocar con él.

Dena siguió sentada mientras él iba tocando todas las canciones de amor que sabía, algunas de las cuales eran muy divertidas y tenían letras escritas por él mismo, según le pareció a Dena. Aunque tenía ganas de salir corriendo, no le quedaba más remedio que sonreír. ¿En qué lío se había metido? O Gerry estaba completamente loco o creía que ella podía conseguirle trabajo en la televisión. En cualquiera de los dos casos la situación le producía vergüenza ajena. Sin embargo, al cabo de un rato comenzó a relajarse y a disfrutar.

Cuando el concierto terminó, Dena se puso de pie, aplaudió y le tiró las rosas al escenario. Él bajó y se acercó a su asiento.

—¿Qué tal? —preguntó, esperando con una sonrisa.

—¡Oye!, tocas muy bien. Maravilloso. ¿Qué puedo decir? Eres un gran pianista.

Él le presentó a los otros músicos, y Dena les aseguró que el concierto le había gustado mucho. Gerry les dio las gracias.

—Bueno, muchachos. Eso es todo por hoy. Os debo una. O dos. O veinte.

Todos se despidieron. Gerry llevó entonces a Dena a cenar al lado, al salón de té ruso. Había oído decir que a la gente del mundo del espectáculo le gustaba aquel sitio. Estaba contento de lo que había hecho.

—Me pareció que así podías conocerme un poco mejor... y yo podía explicarte lo que siento por ti.

—Gerry... ha sido muy amable por tu parte. No creas que no he disfrutado o que no te lo agradezco. Pero ¿no te parece que es un poco precipitado? No estoy preparada para iniciar una relación seria. Dedico prácticamente todo mi tiempo al trabajo y... bueno... no puedo. Por ahora. En este momento, no sé qué siento por nadie.

—Dena, no voy a irme a ningún sitio. Tómate todo el tiempo del mundo, el que necesites. Yo estoy aquí. Ya sea un año o cinco, cuando estés preparada. Te aseguro que soy el que menos quiere presionarte. Lo único que deseo es que sepas que seguiré aquí... y que estoy enamorado de ti.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto —contestó Gerry—. Te lo dije por teléfono. O eso intenté.

—Creí que era una broma. No sabía que hablabas en serio. Es decir, eres

psiquiatra. ¿No se supone que tienes las cosas claras? No sé qué decir.

—Dena, hablo en serio. Pero escucha, que yo sepa que eres la mujer de mi vida no significa que yo sea el hombre de la tuya. Lo único que pido es una oportunidad.

En su casa, Dena se quedó pensando en aquella noche. En su vida había oído discursos amorosos de muchos hombres, pero ninguno como aquél. Tenía que reconocerlo. Pero Gerry lo superaría, como les pasaba a todos. Hacía poco que se había enterado de que J.C. ya estaba formalmente comprometido con una azafata. Era cierto que todos decían que era una especie de Dena pero más joven, pero J.C. se había repuesto. El otro sólo necesitaba tiempo.

Entonces le asaltó un pensamiento terrible. ¿Y si en la cadena comenzaran a buscar una Dena más joven? Era una buena profesional, pero le convendría esforzarse por ser la mejor para asegurarse resultar irremplazable. No tenía tiempo que perder. Había muchas chicas más jóvenes y más fuertes aguardando a que diera un traspie. No tenía tiempo para empezar una relación con nadie, y mucho menos con un psiquiatra pianista que creía estar enamorado de ella. Si pretendía seguir en la cumbre, debía asestar el golpe en el momento justo, y el momento justo era aquél. Acababa de salir en la portada de la revista *TV Guide*, y se decía que podía ganar un premio Emmy.



# Gira

*Houston, Texas*  
1976

Dena había visitado diecisiete ciudades en diecisiete días durante una gira de promoción de veintiocho días para la televisión. Los directivos la habían considerado la persona ideal para visitar las televisiones locales del país, debido a su creciente popularidad. Sabían que el público estaría interesado y entusiasmado con Dena, por lo que el departamento de publicidad colmó su estancia en cada ciudad con entrevistas en televisión, radio y periódicos, además de programarle discursos en las comidas, otras apariciones y, en casi todos los casos, si cabía, un discurso durante la cena de despedida. Antes de volar de una ciudad a otra, Dena intentaba dormir tres o cuatro horas y al día siguiente comenzaba de nuevo la misma rutina. Al parecer, todas las ciudades tenían un programa matutino local que comenzaba a las siete. Dena sabía que iba a ser una gira extenuante, pero quiso hacerla. Sus índices de audiencia eran altos, pero deseaba aumentarlos.

Fue una suerte que también hubieran mandado a Jonni Hartman, la mejor publicista de la cadena. Además de caerle bien, era de lo más hábil para llevarla de un lugar a otro y experta en alejarla de los admiradores que buscaban autógrafos para toda su familia o de los entrevistadores que siempre querían que les dedicara más tiempo. Y sabía hacerlo sin dejarla mal parada. Por su parte, Dena había logrado encandilar a todo el mundo, hasta que llegó a Pittsburgh y volvió a dolerle el estómago. Trató de aliviarlo tomando Maalox y Tums.

Tan pronto como terminara de hablar en una gran cena de beneficencia que tenía lugar en Houston en honor del gran cirujano del corazón Michael E. DeBakey, Dena tenía que subir al hotel en un segundo, cambiarse deprisa y dirigirse de inmediato al aeropuerto para tomar el avión de las 10.45 a Dallas. Como siempre, iban con retraso, así que, viendo que el ascensor no llegaba, Dena y Jonni tuvieron que bajar los diez pisos por las escaleras a toda prisa con el equipaje a cuestas. Estaban a mitad del vestíbulo cuando el dolor la atacó con tanta fuerza que tuvo que detenerse, Jonni la pudo sostener antes de que se desplomara.

Cuando Dena volvió en sí, estaba con Jonni en un coche de la policía con la sirena en marcha, camino del hospital, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró en Urgencias, rodeada de médicos que la examinaban y mencionaban una posible cirugía de urgencia. Transcurridos unos minutos, los médicos y las enfermeras se hicieron a un lado como las aguas del mar Rojo cuando apareció el doctor Michael DeBakey, todavía con el esmoquin que llevaba en la cena, y se hizo cargo de la situación.

Sonrió y se dirigió a Dena mientras la examinaba:

—Bueno, señorita, parece que ha decidido quedarse con nosotros un tiempo, así que haremos todo lo posible para que se sienta a gusto. Sabrá que tuvo un éxito rotundo en la cena de despedida; unos cuantos médicos se ofrecieron a ocuparse de su caso. Pero les dije: «Mala suerte, chicos; vino en mi honor, así que será paciente mía». ¿Cuánto hace que tiene problemas en el estómago?

—No hace mucho —mintió Dena.

Él continuó examinándola en detalle y después avisó a su equipo:

—No es necesario prepararla. —Le cogió la mano a Dena—. Está fuera de peligro. Y lo que haré es darle una cosa que le calme el dolor, y aquí está la señorita Reid, que se encargará de cuidarla. —Se acercó una enfermera mayor y sonriente—. Le sacaremos sangre —continuó el doctor— y después la llevaremos arriba y la ingresaremos para controlarla. ¿De acuerdo? Pasaré a verla por la mañana.

Dena no había despertado todavía cuando llegó el doctor DeBakey al día siguiente. Jonni, hecha una piltrafa después de haber pasado la noche en la sala de espera, preguntó:

—Doctor, ¿está bien? No fue un ataque al corazón, ¿verdad?

—No, señorita Hartman. Está bien del corazón. Lo que tuvo fue un ataque grave de gastroenteritis, es decir, una inflamación de la pared del estómago, probablemente como consecuencia del estrés.

—Qué suerte que ocurrió aquí, doctor. Y disculpe que lo moleste... Es que necesito saber cuánto tiempo cree que tardará en recuperarse. No es por mí, pero el jefe de publicidad de la cadena ya me ha llamado más de diez veces para ver si puedo decirles cuándo podrá reanudar la gira. Necesitan saber cuántas ciudades tienen que cancelar y cuánto tiempo hay que esperar hasta que pueda dar al menos algunas entrevistas telefónicas. Confían que pueda incorporarse el miércoles en Denver.

El doctor DeBakey señaló el papel que tenía Jonni en la mano y quiso saber:

—¿Ése es el programa de la gira?

—Sí. —DeBakey se puso las gafas y lo examinó. Jonni explicó—: Como ve, todavía le quedan unas cuantas ciudades.

—Sí, sí, lo veo muy bien.

—Y necesitan saber lo antes posible.

—Ajá. ¿Y quién es el que quiere esa información?

—Mi jefe. Digamos que está muy alterado y espera que Dena pueda...

—¿De quién estamos hablando?

—Del señor Brill, Andy Brill.

—¿Tiene el número al que se lo puede llamar?

—Sí: 212-555-2866.

—Muy bien, señorita Hartman. Me pondré en contacto con él.

—Ay, gracias. Sería estupendo. La está cogiendo conmigo, y ya le digo que yo no puedo hacer nada.

—No se preocupe, así es. Vaya a descansar. —DeBakey, alto y delgado, anduvo

por el vestíbulo, sacó unas almendras del bolsillo y se las comió. Se detuvo para hablar con un médico residente, controló a tres pacientes más y entró en su consultorio privado. Le dio el número de teléfono a Sylvia, su secretaria, y le pidió—: ¿Podría llamar a este tipo? —Cuando la secretaria lo llamó por el interfono, el médico levantó el auricular y habló—: Señor Brill, habla el doctor DeBakey desde Houston.

—Qué bien. Gracias por llamar —contestó Andrew Brill en tono impaciente.

—Tengo entendido que le urge recibir un informe sobre el estado de la señorita Nordstrom.

—Así es. Necesitamos tener una idea de cuándo podrá continuar la gira. La gente la espera en todo el país. Ya hemos perdido Dallas, pero pensaba que tal vez pudiéramos hacer algunas entrevistas por teléfono esta tarde. ¿Le parece que hay posibilidades de que vuelva, digamos, el martes, o como mucho el miércoles?

—Permítame que le haga una pregunta, señor Brill.

—¿Sí?

—¿Ustedes quieren matarla? La señorita Hartman me mostró el plan de la gira. ¿Cómo quiere que un ser humano lleve ese ritmo?

—Sí, bueno, me parece que usted no entiende. Hace más de seis meses que lo programamos. Tenemos compromisos.

—Señor Brill, creo que es usted quien no entiende. La chica sufre de agotamiento extremo y de problemas estomacales causados por el agotamiento y el estrés.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que, mientras sea paciente mía, no saldrá del hospital por lo menos durante dos semanas. Podrá volver a trabajar aproximadamente dentro de un mes. ¿Prefiere que se lo envíe por escrito? No tengo ningún problema. Pero si se reincorpora antes y tiene algún problema de salud, estoy perfectamente dispuesto a declarar que se dio aviso a la cadena.

—¿Aviso? ¿Tiene idea de cuánto nos costará cancelar esta gira? No podemos...

DeBakey lo interrumpió:

—Si tiene alguna otra pregunta, por favor no dude en llamarme a mi consultorio cuando lo considere necesario, a cobro revertido.

Rojo de ira, Brill colgó con violencia y gritó a su ayudante, que esperaba para saber si Dena tomaría el avión de la mañana.

—Ese hijo de puta dice que la tendrá allí dos semanas. ¿Quién diablos se cree que es?

Media hora después, en una reunión de urgencia con los abogados de la cadena de televisión, Brill se enteró de que el doctor DeBakey era exactamente quien se creía que era, uno de los médicos más poderosos y respetados del mundo. Sabían que no podrían comprarlo y temían contradecirlo, al menos en público.

# Matar un grillo

*Elmwood Springs, Missouri*  
*8 de febrero de 1976*

Macky y Norma Warren volvían de la iglesia cuando oyeron sonar el teléfono. Norma contestó con el bolso todavía colgado del hombro.

—¿Es usted la señora Warren? —le preguntaron.

—¿Sí?

—Señora Warren, mi nombre es Jonni Hartman y trabajo como relaciones públicas de la cadena de televisión. Llamo para informarle de que su pariente Dena Nordstrom se encuentra en el hospital.

Norma no la dejó terminar. Tapó el auricular con la mano y gritó a su marido.

—¡Macky, te dije que no mataras al grillo! ¡La Pequeña está ingresada! —Volvió al teléfono—. Ay, Dios mío... ¿Qué tiene?

—Señora Warren, no quiero asustarla, pero...

—No me diga que ha tenido un accidente. No podré soportarlo. Quedaré hecha pedazos. Espere... Hable con mi esposo. —Y arrojó el teléfono a Macky como si quemara. Él cogió el teléfono mientras Norma gimoteaba detrás—: Si ha muerto, no me lo digas. No podré resistirlo. Sabía que pasaría algo así.

—Norma, cálmate. Hola, soy su marido. ¿Qué sucede?

—Señor Warren, soy Jonni Hartman, y no deseo asustarlos. Los llamo para avisarles de que Dena está ingresada pero se encuentra bien, por si escuchan algo en los telediarios. Estoy con ella en el Centro Médico de Houston, en Texas, y el doctor DeBakey acaba de examinarla y dice que ha sufrido un ataque muy grave de gastroenteritis.

Macky asintió con la cabeza.

—Entiendo. ¿Corre peligro?

—¡No me digas que está a punto de morir! —volvió a gimotear Norma.

—En absoluto, señor Warren. Se trata únicamente de un dolor de estómago muy fuerte, por lo que sé. El doctor dice que sólo necesita descansar.

—Comprendo.

—Si se ha muerto —dijo Norma alzando los brazos— no quiero enterarme.

—Señorita Hartman —dijo Macky—, ¿me espera un segundo? —Apoyó la mano en el auricular y se dirigió a su mujer—: Norma, no se ha muerto. ¡Cállate y déjame hablar con esta señora! —Ella se tapó la boca con las manos para no hablar—. Señorita Hartman, puedo ir para allá cuando haya un vuelo.

—Verdaderamente no me parece necesario. Creo que lo mejor es esperar y ver cuánto tiempo la tiene ingresada el doctor. Puede que le hayan dado ya el alta cuando usted llegue.

—Entiendo. ¿Cómo se encuentra ahora? ¿Podemos hablar con ella?

Norma no pudo controlarse.

—¿Pregunta por nosotros? Macky, pregúntale si quiere hablar con nosotros.

—Señor Warren, el doctor le ha dado un medicamento y ahora está durmiendo. Y parece que el doctor no quiere que la molesten. Ha puesto un cartel en la puerta de su habitación que dice: «Prohibidas las visitas». Ni siquiera me dejan entrar a mí.

Macky volvió a asentir con la cabeza.

—Ya. ¿Y la familia? ¿No sería mejor que estuviéramos presentes cuando se despierte?

Norma se sobresaltó y se apretó el bolso contra el pecho.

—¡Virgen santa! Está en coma. Lo sabía...

—Norma, está bien. Vamos, siéntate.

—Señor Warren, no quiero que se preocupen. La atiende el mejor médico del país, el doctor Michael E. DeBakey.

Macky se sorprendió.

—¿El médico de los trasplantes de corazón? —Previó la reacción de su mujer y la tranquilizó antes de que gritara «trasplante de corazón»—: No, Norma, no es el corazón, es el médico.

—¿El médico? ¿Al médico le han hecho un trasplante de corazón?

—Norma, el médico está bien.

Su mujer se levantó.

—Ay, no lo soporto, Macky. No haces las preguntas que hay que hacer. Dame el teléfono. Señorita Hartman, soy Norma otra vez. ¿Es bueno ese médico? Porque aquí en el pueblo podemos conseguir un médico que se encuentre en buen estado de salud.

Macky movió la cabeza, incrédulo, y habló con voz tranquila y firme.

—Dame el teléfono y ve a sentarte.

A regañadientes, su mujer le pasó el auricular justificándose.

—Bueno, son cosas que hay que preguntar.

—Señorita Hartman, le agradecemos mucho que haya telefonado y también le agradecería que nos llamara mañana para informarnos de cómo está.

—¿Mañana? —interrumpió Norma—. Dile que nos llame dentro de una hora. Mañana tal vez haya muerto.

—Por supuesto, señor Warren, y le aseguro que está fuera de peligro.

Macky colgó. Norma quiso quitarle el teléfono de las manos, pero no llegó a tiempo.

—¿Por qué has colgado? No sabemos dónde está.

—Sí lo sabemos, en el Centro Médico de Houston.

—¿Houston, Texas? ¿Texas? ¿Qué hace en Texas?

—No lo sé, cariño, pero ya está bien, así que tranquilízate.

—Macky, no sé cómo puedes quedarte ahí parado como si nada. La Pequeña está ingresada en un hospital de vaqueros de la otra punta del país, con un médico

enfermo. ¿Será posible?

—Norma, no está tan lejos.

—No podemos contárselo a tía Elnor. Se pondría muy mal. Y hasta puede darle un ataque al corazón también a ella. Lo único que nos faltaría ahora sería tener a dos personas ingresadas al mismo tiempo.

Macky la cogió por los hombros y la llevó al sillón.

—Norma, escúchame. Está en uno de los mejores hospitales del país y la atiende uno de los mejores médicos. Lo único que tiene es un dolor de estómago muy fuerte. Eso es todo. El doctor ha dicho que tiene una gastroenteritis.

—¿Una qué?

—Gastroenteritis.

—Nunca he oído hablar de esa enfermedad. ¿Cómo la ha cogido?

—No lo sé, cariño.

—¿Es algo típico de Texas?

—No creo.

Norma se levantó de un salto y se acercó al teléfono.

—Voy a llamar al doctor Clyde para preguntarle.

Mientras Norma marcaba, Macky dijo:

—Me rindo. Haz lo que quieras. De todos modos te saldrás con la tuya.

—Macky, tráeme un poco de helado de vainilla en un plato, que estoy hecha un manojo de nervios —pidió Norma—. Mira cómo me tiemblan las manos... casi no puedo ni marcar el... ¿Tootie? Soy Norma Warren. ¿Está ahí? Bueno, dile que necesito hablar con él ahora mismo. Sí, así es. Macky, dame dos bolas, que estoy... Ah, doctor Clyde... soy Norma, y necesito hacerle una pregunta. ¿Hay una enfermedad llamada gastro... inter no sé qué? Espere... Macky, ¿gastro qué?

—Enteritis, creo.

—Dice que enteritis, cree. Macky, ¿la mujer ha dicho «gastroenteritis»? Sí, eso. —Apartó el teléfono—. Dice que sí, que existe, pero es un trastorno, no una enfermedad. No, doctor, no somos nosotros; es la Pequeña... —Macky volvió a la cocina y le alcanzó el pote con helado mientras cogía el bolso de Norma—. Gracias, cariño. No, hablaba con mi marido. ¿Qué tipo de trastorno? —Repetía en voz alta todo lo que oía—. Es una inflamación de la pared del estómago... ya... por exceso de ácido. Generalmente es consecuencia del estrés. ¿Has oído, Macky? Bueno, entonces Macky tenía razón cuando decía que la Pequeña trabajaba mucho, y ahora mire lo que ha pasado. No puede morir de eso, ¿no? Ah, dice que no, que no lo cree. Bueno, gracias al cielo. Me... ah... Claro, sí. En ese caso, mejor que siga trabajando. Gracias, doctor. —Y colgó.

—¿Ves? No se va a morir. ¿Te sientes mejor ahora?

—Todavía no.

Una hora después, levantó el auricular y marcó el número de la tía Elnor mientras Macky se preparaba un bocadillo de jamón y queso.

—Tía Elner, ¿dormías la siesta? Soy Norma. Ve a ponerte el audífono, cariño. ¿Me oyes bien? Bueno... ahora que sabemos que está fuera de peligro, podemos contártelo. ¿Estás sentada? Entonces, siéntate. ¿Ya está? No quiero que te caigas de un síncope. Bueno, todo empezó ayer por la noche, más o menos a las diez y media. Hacía como una hora que estábamos acostados y oímos que había un grillo en el cuarto de estar, y Macky se levantó sin ponerse las gafas, lo pisó y lo mató. Yo sé que trae mala suerte matar un grillo, ¡quizá por eso la Pequeña ha terminado ingresada en el hospital!

# La cautiva

*Houston, Texas  
10 de febrero de 1976*

Cuando llevaba unos días ingresada, Dena comenzó a encontrarse mejor y empezó a desesperarse por salir y proseguir su gira. El doctor DeBakey iba a verla todas las tardes, y un día Dena le dijo que debía darle el alta y dejarla continuar la gira en las ciudades que faltaban. El doctor le cogió la mano.

—Ya sé que estás desilusionada por no poder volver al trabajo. Te sientes un poco mejor y crees que ya estás en condiciones de levantarte y echar a correr otra vez. Me han dicho lo mismo tantos pacientes, que ya he perdido la cuenta. Que no pueden quedarse sin hacer nada, que necesitan seguir trabajando para conseguir tal o cual puesto, tal dinero, tal éxito o el objetivo que se hayan impuesto. Pero voy a decirte una cosa: no hay nada por lo que valga la pena arriesgar la salud. La mayoría de mis pacientes me llegan cuando sus médicos ya no pueden hacer nada por ellos. Si vieras lo que yo veo cuando los opero... Aquí he atendido a algunas de las personas más ricas y poderosas del mundo: actores de cine, empresarios, reyes que me rogaban que los salvase, pero era demasiado tarde. Te aseguro que no hay nada en el mundo que importe tanto como la vida y la muerte, y esto no tiene vuelta de hoja.

Dena no se dejaba convencer.

—Lo entiendo perfectamente y de ahora en adelante me tomaré las cosas con calma, pero usted no comprende la importancia que tiene esta gira. La cadena de televisión depende de mí. Es un compromiso. No puedo hacerles esto.

—Voy a decirte otra cosa —sonrió el doctor—. Quizá los de Nueva York traten de hacerte creer que no pueden continuar sin ti, pero sí que pueden. Acepta la recomendación de un viejo y piensa que por grande que sea el éxito, no vale la pena exigirte a ti misma lo que te estás exigiendo. Cuando ingresaste en el hospital, tenías el número de glóbulos rojos y la presión tan bajos que no sé cómo te mantenías en pie y, mucho menos, cómo podías dar conferencias. No es mi intención asustarte, pero te garantizo que, si sigues como hasta ahora, no vivirás más de cinco años. Este empeoramiento es una advertencia de que tu organismo no puede seguir manteniendo este ritmo. Y cuando la lesión sea permanente, no podrás recobrar la salud. Tienes que disminuir la marcha ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde. He telefoneado a tu familia, y el señor y la señora Warren han acordado que vendrán a buscarte el jueves en coche para llevarte a su casa y cuidarte allí un tiempo.

Dena se sobresaltó.

—¿Qué?

—El dietista ha dado instrucciones a la señora Warren sobre lo que puedes comer.

—Doctor DeBakey, usted no entiende... No sé ni quiénes son. Es decir, apenas



los conozco. Somos parientes..., pero no puedo instalarme en su casa.

—Vaya... ¿No tienes ningún otro familiar?

—Puedo cuidarme yo sola.

—No, no puedes. Necesitarás que alguien te prepare las comidas, que mantenga alejada a la gente y que no te deje hablar por teléfono. Otra posibilidad es que te quedes en el hospital, con nosotros; también puedo ponerte una enfermera durante las veinticuatro horas e ingresarte en nuestra clínica de convalecencia. Tú eliges. Sea como sea, tienes que hacer reposo.

—¿Por qué no puedo hacer reposo en Nueva York?

—No quiero que te acerques a Nueva York en tres semanas por lo menos. No es que desconfíe de ti, querida. Es que no confío en las personas con las que trabajas. Bien, es decisión tuya.

Así fue como el jueves por la tarde Dena se encontró envuelta en una manta, en el asiento trasero de un Oldsmobile marrón y beige, camino de Elmwood Springs, Missouri. Mientras atravesaban todo Texas y parte de Missouri, oía parlotear a Norma alegremente sin darle respiro, refiriéndose a personas que ella no conocía ni tenía ningún interés en conocer. Pero estaba demasiado concentrada en planear su huida.

## Una visita estimulante

*Elmwood Springs, Missouri*  
*13 de febrero de 1976*

Dena se despertó la primera mañana en un dormitorio extraño. Una mujer que no había visto nunca estaba sentada en una silla en la otra punta de la habitación, mirándola fijamente y abanicándose con una bolsita de papel de estraza.

—Te has alegrado de salir de ese hospital, ¿verdad, cariño? —dijo la mujer, en cuanto abrió los ojos.

—Sí —logró balbucear sin saber quién podía ser aquella viejecita.

—A nosotros nos alegra muchísimo que estés en casa, que es donde tienes que estar. Mil veces le pregunté a Norma: ¿cuándo sale la Pequeña del hospital y viene a casa? No envidio a nadie que esté hospitalizado. ¿Te he contado que Norma me llevó al hospital a hacerme un chequeo?

—No. —Dena se preguntó si habría entrado en otra dimensión.

—Me colocaron en una camilla más dura que un saco de melones. No te lo puedes imaginar: hacía todo lo que una quisiera, subía y bajaba, se ponía horizontal y también inclinada; hacía de todo menos bailar la polca y darte el beso de buenas noches. Mientras me tenían allí ingresada, me examinaron de arriba abajo, por todos los lugares posibles, y cuando terminaron le dije al médico: «Usted es como aquel programa de televisión, *Viaje a las estrellas*». «¿Por qué?», me preguntó. Y le contesté: «Porque ha estado en lugares en los que ningún hombre se había atrevido a aventurarse».

Norma entró en la habitación con una bandeja.

—Buenos días —saludó.

—Le estaba hablando a la Pequeña de mi estancia en el hospital, cuando me examinaron y el médico dijo que mis análisis estaban todos bien. Quién sabrá qué quiso decir. Pero Norma se tranquilizó, ¿eh, Norma?

—Sí, todos tenemos que hacernos un chequeo una vez en la vida —reconoció Norma, de mala gana.

—Tiene miedo de que me muera —dijo la viejecita, guiñando un ojo a Dena.

—Aquí tienes, cariño —anunció Norma, colocando la bandeja delante de Dena—. Trata de comer esto. —Dena se sentó y miró el plato de leche, en el que flotaba una tostada. Norma fue a abrir las ventanas—. Hablando en serio, tía Elner, puedes estar tranquilamente regando los guisantes y al minuto siguiente desplomarte de un síncope. O quién sabe, puede caer el avión setecientos siete con destino a San Luis en el que viajas. Búrlate de mí todo lo que quieras, pero nunca se sabe lo que puede pasar.

—Con más razón hay que disfrutar cada momento. No es bueno desperdiciar

todos los minutos de tu vida preocupándote. Nos lo dice la Biblia: «¿Quién de vosotros puede por más que se preocupe, añadir un codo a la medida de su vida?». Lucas doce, veinticinco.

—Bueno, a Lucas le servía. A él no le volvíais loco tú y Macky las veinticuatro horas del día. ¿Quieres más té helado?

Dena negó con la cabeza y tía Elner levantó el vaso, insistiéndole.

—Toma un poco más mientras puedas. —Cuando Norma salió de la habitación, continuó—: Le bordé ese versículo en un mantelito pero no le gustó. A esta chica cualquier cosa le pone los nervios de punta. Si no la llamo antes de las siete de la mañana, me da por muerta. Yo le digo: «Norma, cuando me llegue el día de irme de este mundo te llevarás una decepción. Ni te vas a sorprender, de tantos años que llevas practicando». —La tía Elner señaló unos trofeos que había en un estante y que pertenecían a Linda, la hija de Norma—. Ya sabes que la pobre Dixie Cahill murió el año pasado.

—No, no lo sabía. —No tenía la menor idea de quién era Dixie Cahill.

—Pues sí. Claro que hacía tiempo que había pasado de los ochenta, pero siguió dando clases hasta el último día. La enterraron con las zapatillas de baile y sus bastones. —Volvió a entrar Norma y la tía Elner preguntó—: ¿Vas a llevar a la Pequeña a cenar fuera mientras esté aquí?

—Claro. Puede ir a donde quiera. Pero he de controlar su dieta. Tengo instrucciones específicas.

—Ya sabes que el restaurante donde servían bagre cerró.

—Sí. No duró mucho que digamos, ¿verdad?

—No —asintió la tía Elner—. Ya le dije a Verbena: «Por más que pongan un bagre luminoso en la puerta, todo el mundo sabe que allí estaba antes el depósito de cadáveres. Nadie querrá comer pescado en el lugar donde fueron a ver a sus parientes amortajados, por buena que sea la comida». —Dena no podía creer lo que oía, pero la tía Elner prosiguió—: Pequeña, desde la última vez que estuviste aquí, quitaron del pueblo el depósito de cadáveres de Hatcher y ahora han puesto una funeraria nueva para coches.

—¿Perdón? —exclamó Dena, que para aislarse trataba de comer.

—Hay una ventana para mirar los restos desde el coche —intervino Norma—. Es una bobada que se le ocurrió a James Hatcher.

—Vas en el coche, pero en lugar de pedir una hamburguesa con patatas fritas, miras a un pariente muerto —explicó la tía Elner—. Me parece que yo me haré incinerar, gracias. No quiero que me anden mirando sin que lo sepa. ¿Y si Darlene me dejara el pelo ralo? Ya sabes cómo nos horrorizamos todos cuando le hizo el flequillo a la señora Alexander; todos nos olvidamos de que se había muerto y nos quedamos mirándole el flequillo. Es muy probable que Darlene me hiciera algún peinado llamativo, y yo no podría hacer nada para evitarlo. Al menos mientras viva, puedo ir a mi casa y lavarme el pelo, pero cuando me muera, tendré que soportar un peinado

horrible toda la eternidad. ¿Te acuerdas de lo que le hizo a esa pobre mujer de la Iglesia de Cristo?

—Oh, sí —respondió Norma—. Fue terrible.

—Se echaba siempre el pelo atrás y se hacía moño, y jamás se ponía una gota de maquillaje. Ya puedes imaginarte lo que pensaron las otras mujeres de la Iglesia cuando la vieron allí acostada, con flequillo y sombra azul en los ojos. —Y añadió—: Te digo que mientras Darlene esté aquí, la gente tendrá miedo de morirse. Lo que yo me pregunto es: ¿a quién se le ocurre peinar a los muertos?

Hubo una pausa, luego Norma dijo:

—¿Quién sabe? Supongo que es un trabajo tranquilo porque nadie se queja. Pero tampoco se sabe si la cliente quedó conforme, ¿verdad?

—Sí —dijo la tía Elner—, y en su caso seguro que es una bendición. De todas maneras, no pienso arriesgarme. Que me incineren. Verbena y yo hemos ido a la nueva funeraria y ya hemos hablado con James. Nos ha dado un folleto para que nos informemos bien.

—¿Cuándo?

—El otro día, cuando volví de celebrar los setenta y cinco años de mi graduación en el instituto y sólo quedábamos tres antiguas alumnas. Me di cuenta de que me convenía pensar en las posibilidades que tengo.

—¿Y Verbena también prefiere la incineración?

—No, ella fue a mira ataúdes. Dice que hace cincuenta años que se pone crema Merle Norman en la cara, por lo que estará guapa, y que ni loca quiere terminar hecha cenizas después de todo lo que ha hecho por su piel. Yo le dije: «Tendrás la cara perfecta, Verbena, pero si te peina Darlene no quedarás bien».

—¿Y qué te respondió?

—Nada. Pero volviendo a mí, pienso que es una gran estupidez gastar dinero en un ataúd que sólo voy a usar una vez. Prefiero gastar el dinero en la tienda... o darlo a obras de caridad.

—El tío Will te compró una póliza de entierro, tía Elner. Ya está pagada.

—Ya lo sé, pero ahora prefiero que me den el dinero. ¿Crees que me lo darán, o primero tengo que morirme?

—Tía Elner, hablar de la muerte me da escalofríos, y no creo que la Pequeña quiera escuchar eso que dices de chamuscarte toda.

—Pero Norma, si no te chamuscas. Lo dice el folleto. Es como una luz blanca tan luminosa como mirar al sol; ves la luz brillante y después desapareces... Una sola luz brillante y ya está. —Chasqueó los dedos—. Así, sin más. Esto me atrae mucho más que un ataúd oscuro. Y también me dan una lápida y un lugar en el cementerio para que puedan venir a adornarme en Pascua, así que por eso no te preocupes. Y cuando te preguntes, dónde estoy, levanta la vista, mira el sol y allí estaré.

»Bueno, me parece que me voy a casa —continuó la tía Elner—. No quiero alargar mi visita de bienvenida. Sólo he querido venir a animarte un poco. —Dio una

palmadita a Dena en la mano—. Volveré mañana. Hasta puedo traerte mis folletos sobre la incineración para ver qué piensas.

—Vamos, tía Elner. Dejémosla descansar un poco —dijo Norma.

—Hasta luego, cariño. También puedo traerte a mi gato, *Sonny*, si te apetece.

—Tía Elner, ni se te ocurra traer al gato y llenarme la casa de pulgas.

—Adiós... Gracias por venir —saludó Dena con una débil sonrisa.

Cuando cerraron la puerta, pensó: «Tengo que salir de aquí».

# Amor inesperado

*Elmwood Springs, Missouri*  
*14 de febrero de 1976*

En la segunda mañana de su estancia, Dena tuvo otra visita. A las ocho llamó a la puerta de la calle el doctor Gerry O'Malley. Iba vestido de trovador del siglo xv, con las correspondientes calzas rosas y sombrero con pluma, provisto de una mandolina y una docena de rosas rojas. Macky salió a abrir.

—Hola. ¿Qué se le ofrece?

Gerry se sentía un auténtico imbécil desde que había llegado, pero estaba decidido a cumplir su propósito.

—Señor Warren, soy amigo de Dena y me gustaría verla unos minutos.

—Está arriba. ¿Puedo decirle quién... o qué la busca?

—Ejem... bueno... es que es por el Día de los Enamorados. Se trata de una sorpresa.

—Muy bien. Espere un segundo, por favor. Voy a ver si puedo hacerla bajar.

Macky se cruzó con su mujer, que salía de la cocina.

—No te imaginas lo que hay en el porche —le dijo, en un susurro.

Gerry desparramó las rosas delante de la puerta y bajó al jardín a esperar a Dena. Se dio cuenta de que desde la ventana de la sala lo espiaba una mujer, pero no era Dena. Ella seguía profundamente dormida cuando Macky llamó a su puerta.

—Pequeña, abajo hay alguien que ha venido a verte.

Dena se despertó sobresaltada.

—¿Qué?

—Tienes visita.

—¿Quién? —preguntó sentándose en la cama.

—Dice que es una sorpresa. Te trae una cosa.

—¿Y no puedes alcanzármelo?

—No... no creo. Me parece que tienes que ir a buscarlo tú misma.

Dena se levantó y se puso la bata. En el piso de abajo, Macky tuvo que arrancar a Norma de la ventana.

—Ven, doña Chismosa. Vamos a la cocina.

Pero ella no tenía intención de moverse.

—Es mejor que uno de los dos se quede aquí. ¿Y si es un loco?

—Es verdad que está loco —rió Macky—, pero no es peligroso.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el pobrecito está ahí fuera temblando a más no poder.

Dena bajó y se acercó a la puerta. Al principio no vio a nadie, pero al mirar al suelo observó las rosas, dispuestas en forma de corazón y con una tarjeta en el centro.

Salió al porche, oyó una música y entonces vio a Gerry O'Malley en el jardín, vestido con un disfraz muy ridículo, tocando la mandolina y cantando algo sobre el amor. Dena no podía dar crédito a lo que le estaba pasando.

Allí, en el porche, en bata muriéndose de frío, a la vista de los vecinos que empezaban a asomarse a las ventanas a curiosear, le parecía imposible lo que veía y oía.

Cuando acabó la canción, Gerry se quitó el sombrero, efectuó una reverencia, se subió a un coche y se marchó. La dejó allí, sin acabar de despertarse y sin saber qué hacía Gerry O'Malley en Elmwood Springs, Missouri, a las ocho de la mañana. ¿O acaso era una alucinación? Se agachó para coger la tarjeta y leyó.

NO QUIERO PRESIONARTE, SÓLO RECUERDA QUE TE ADORO  
FELIZ DÍA DE LOS ENAMORADOS.  
UN BESO. GERRY.

Recogió las rosas y entró en la casa. Norma asomó la cabeza desde la cocina.

—¿Quieres hacer pasar a tu amigo? Tiene las puertas abiertas.

—No, gracias. Ya se ha ido. Aquí tienes unas flores, si te gustan.

—¡Oh, qué hermosas! Las pondré en un florero para que las coloques en tu habitación. Dime si no ha sido muy amable trayéndotelas. Parecía muy agradable —comentó Norma, muerta de curiosidad por saber quién era, pero sin atreverse a preguntar directamente.

Dena comenzó a subir hacia su habitación.

—Es agradable, pero empiezo a creer que está un poco loco.

Norma volvió de un salto a la cocina, donde Macky tomaba una taza de café.

—¿Lo ves? ¿Qué te he dicho? La Pequeña también piensa que es un loco. Te lo he advertido y no me has creído. —Miró las flores y buscó un florero bajo la encimera—. Pero las rosas son bonitas, digas lo que digas.

—No he dicho ni media palabra, Norma.

Gerry había recorrido ya unos treinta kilómetros desde Elmwood Springs y seguía un poco nervioso y agitado. Conducía a quince kilómetros por hora más de lo que establecía el límite de velocidad cuando sobrepasó a un agente de tráfico de Missouri. El agente tragó el último sorbo de café, masticó el último bocado de rosquilla, puso en marcha la sirena y comenzó a perseguir al vehículo infractor. Gerry oyó la sirena y le dio un vuelco el corazón cuando miró por el retrovisor. Era el único coche que circulaba por la carretera. Durante una milésima de segundo pensó escapar, pero como era buen ciudadano se limitó a detenerse con un gruñido. El agente, un hombre grandullón, bajó del coche, tosió y se acercó lentamente al coche.

—Buenos días —saludó, con amabilidad.

Miró al interior del coche y se preguntó a quién demonios había detenido en la carretera nacional 34. Gerry intentó comportarse como si no ocurriera nada fuera de lo normal.

—Buenos días. ¿Ocurre algo, agente?

—¿Me permite la documentación del coche y su carnet de conducir?

—Es un coche alquilado. Lo he contratado esta mañana en Kansas City, y mi carnet está en el asiento trasero, en mi chaqueta. ¿Se lo enseño?

El agente no quería arriesgarse.

—¿Podría bajar del coche, por favor?

Gerry bajó, abrió la puerta de atrás, sacó el carnet de la billetera y se lo entregó al agente. Éste lo leyó y habló con toda la calma que permitían las circunstancias, teniendo en cuenta que su detenido llevaba unos pantalones de paje ceñidos y unos zapatos de punta con cascabeles, como si acabara de caerse de una carroza de desfiles.

—Espéreme aquí; voy a comprobar su carnet.

Gerry se quedó al lado del coche rezando para que no pasara ningún vehículo más, pero pasaron varios coches y un camión, y todos redujeron la velocidad para mirar. Unos minutos más tarde volvió el agente.

—Bueno, parecer que no es usted un delincuente, salvo por exceder la velocidad máxima en carretera —dijo, devolviendo el permiso de conducir a Gerry.

—Gracias —contestó éste—. ¿Puedo volver al coche ya?

—Claro. Cuando quiera. —Los zapatos de Gerry tintinearón cuando subió. El agente dijo—: Aquí, en el condado de Jefferson, no se ven muchos hombres con calzas rosas. Me gustaría saber si ese atuendo se debe a algo o es que en Nueva York se visten así.

—Es una larga historia.

—Bueno, no tengo prisa. No voy a ningún sitio.

—A ver, ¿usted está casado? —preguntó Gerry.

—Sí. Aquí no se salva nadie. Me engancharon y me amarraron como a todos. ¿Por qué?

—Entonces, sabrá que hoy es el Día de los Enamorados.

—¿Sí...? —exclamó el agente, esperando a que continuara.

—Seguramente, hará algo especial para su esposa. Para sorprenderla, por ejemplo.

—Recibe una tarjeta mía todos los años, pero no hago nada más. Si apareciera disfrazado así, mi esposa creería que me falta un tornillo.

—He venido hasta aquí en avión para dar una sorpresa a mi... bueno... a la que me gustaría que fuese mi novia.

—Ya —asintió el agente—. Debía haberme dado cuenta de que esto tenía que ver con una mujer. Tienes treinta y cinco años y te hace vestirte como un perro de circo, hijo.



Gerry no tenía argumentos para defenderse.

—Bueno, ¿qué quiere que le diga?

—Es un disfraz curioso. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo alquilé.

—Ja. Me gustaría saber qué piensa ella.

—No sería equivocado asegurar que a estas alturas piensa que soy bastante imbécil.

—Tengo que darle la razón a ella, amigo. ¿Y si no hubiera estado en casa? Habría sido un desperdicio. ¿Por qué no planeaste quedarte un tiempo?

—Es una larga historia.

—Ya te he dicho que no tengo que ir a ningún sitio.

—Estoy intentando no presionarla.

—Ajá.

—No está segura de lo que siente por mí.

—Entiendo. ¿Y qué posibilidades tienes? ¿Cincuenta por ciento?, ¿veinticinco por ciento?

—Yo diría que veinticinco por ciento, quizá.

—¿Ése es el sombrero del disfraz? —preguntó el agente, señalando el sombrero que estaba en el asiento, junto a la mandolina.

—¿Te molesta que lo mire?

—No. Aquí tiene.

Gerry se lo alcanzó. El agente lo examinó con atención.

—Parece de terciopelo, ¿no?

—Supongo. Quizá sea de pana.

—¿Qué tipo de pluma crees que es?

—No tengo ni idea, diría que es una especie de penacho.

—Un penacho —repitió el agente, intrigado—. Que me parta un rayo. —Y le devolvió el sombrero—. ¿Cómo se te ocurrió ponerte esa... ridiculez?

—No lo sé. Me pareció romántico o así. Ya sabe que a las mujeres les gusta que seamos románticos.

—No sabría decirte. Mi esposa me dijo que nuestro matrimonio no tenía nada de romántico. ¿Has viajado en avión con el disfraz puesto?

—No; he parado en una estación de servicio y me he cambiado. —Gerry empezaba a perder la paciencia—. Mire, ¿es necesario todo esto? ¿No puede ponerme una multa y ya está? O llevarme a la cárcel, o lo que tenga que hacer.

—Cálmate, hombre. No voy a ponerte ninguna multa. —Rió—. Y te digo una cosa: si te metiera en la cárcel, no te salvarías; así vestido, tendrías muchos más amores de los que te imaginas. Allí se sienten todos muy solos, y seguramente a algunos les parecerías un bombón, con esas calzas rosas. No, era simple curiosidad. ¿Cuánto hace que vas detrás de esa mujer?

Gerry se sintió aliviado porque no le multaran, pero tenía ya los nervios de punta.

—Un año o algo así. O más. ¿Le importa que fume?

—De ninguna manera, adelante. —Gerry le ofreció un cigarrillo—. No, gracias, ya lo dejé. A ver, la cosa es así. Según he entendido, has venido en avión desde Nueva York; luego en coche hasta aquí; has parado y te has puesto este disfraz únicamente para cantarle una canción a una mujer que quizá esté interesada en ti y quizá no. ¿Es así?

—Más o menos, sí.

—Dices que has alquilado el disfraz. ¿Dónde?

—En Nueva York, en un establecimiento de disfraces para teatro.

—¿Eres actor o algo parecido?

—No, soy... bueno, no, no soy actor.

—¿Y de qué demonios es la ropa?

—Es un... disfraz de trovador. Viene con calzas y jubón. Es un vestido antiguo.

—¿De la época de Robin Hood? —preguntó el agente.

—No, de antes. Siglo quince, me parece. Al menos, eso me dijeron.

El agente miró la mandolina que descansaba sobre el asiento.

—¿Eres músico? ¿Sabes tocar eso?

—No, la verdad es que no. Aprendí una sola canción.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Es un viejo madrigal inglés. ¿Sabe lo que es un madrigal?

—Claro que sé lo que es un madrigal. ¿Cómo se titula?

—No creo que lo conozca.

—Ponme a prueba.

—*Oh, tú, mi bella dama adorada* —murmuró Gerry.

—A ver, otra vez.

—*Oh, tú, mi bella dama adorada* —repitió, en voz un poco más alta.

—No, no lo conozco. ¿Y la has sorprendido?

—Como nunca.

—¿Qué ha dicho?

—No ha dicho nada. Solamente le di las rosas, le canté el madrigal y me fui.

—Vaya. Y ahora vuelves a Kansas, coges un avión y te vas a tu casa. En un solo día.

—Sí.

—¿Cuánto te costará este viajecito?

—No lo sé con exactitud.

—Más o menos.

—Bueno, supongo que sumando el avión, el alquiler del coche, de las flores... el alquiler del disfraz... y la mandolina... unos quinientos o seiscientos dólares, poco más o menos.

—¡Huy! ¿Tienes una foto?

—¿Una foto?

—Sí. Quiero ver una foto de esa chica.

—No, aquí no. La tengo en casa.

—¿Es rubia, pelirroja o qué?

—Rubia.

—Hombre, claro, ahí lo tienes. Siempre lo mismo.

—Es hermosa, pero no es sólo eso. Es sumamente inteligente. No se trata de una rubia tonta, si es lo que pensaba.

El agente negó con la cabeza.

—Sí que estás enamorado, ¿no, amigo? Y tú tampoco eres feo. ¿Por qué no se decide?

—Para empezar —contestó Gerry—, le parezco un poco aburrido.

—¿Aburrido? Serás otras cosas, hombre, pero aburrido, seguro que no.

—Gracias. Muy amable.

—Yo, en tu lugar, buscaría a alguien que no tuviera dudas sobre quererme; saldría con otras, intentaría entretenerme.

—Ya lo he probado y no funcionó. No, lamentablemente, es la mujer de mi vida. Pero yo no sé si soy el hombre de su vida, ¿entiende? Así que lo único que puedo hacer es esperar.

—Entiendo. —El agente se llevó las manos al cinturón y miró al horizonte—. Bueno... Me alegro de no estar en tu lugar. Sé perfectamente cómo son las mujeres desde que Edna me eligió como víctima.

—¿Puedo irme? —preguntó Gerry, esperanzado.

—Espera un minuto.

Sacó el cuaderno y escribió algo.

—¿No ha dicho que no iba a multarme?

—Sí lo he dicho —respondió el agente, sin levantar la vista—. Pero me dejas con la intriga de cómo terminará este asunto. —Le entregó una tarjeta a Gerry—. Éste es mi domicilio particular. ¿Por qué no me escribes unas líneas y me lo cuentas?

Gerry cogió la tarjeta y leyó:

AGENTE RALPH CHILDRESS  
CARRETERA 173  
ARDEN, MISSOURI

—Muy bien.

—Puedes irte, pero ten cuidado con la velocidad, ¿me oyes?

El agente Childress se quedó mirando cómo se alejaba el coche. Pensó: «Me habría encantado llevarlo; los muchachos no lo creerían». Volvió a su coche y redactó el informe: «14 de febrero, 8.36. Detención de un hombre blanco enamorado, con

atuendo del siglo xv: calzas rosas y jubón, disfrazado de trovador». No sabía con certeza cómo se escribía «jubón». Lo tachó y añadió: «Sombrero con penacho y zapatos en punta con cascabeles pequeños. Primera infracción. Puesto en libertad con amonestación».

## El rescate

*Elmwood Springs, Missouri*  
*19 de febrero de 1976*

Era el jueves por la mañana, muy temprano, y hacía casi una semana que Dena permanecía en Elmwood Springs. Era la primera vez que Norma la dejaba bajar a desayunar.

—Buenos días —dijo al verla—. Tienes muy buen aspecto. Pasa y siéntate. Voy a servirte café, pero si me prometes que le pones mucha nata.

—Te lo prometo.

Norma estaba contenta.

—Me alegro mucho de que te haya vuelto el color a las mejillas, por fin. Nunca olvidaré el aspecto que tenías cuando entramos en la habitación del hospital. Por un momento pensé que quizá habías muerto.

—Ya lo sé —dijo Dena, riendo—. Me acuerdo.

—Por eso grité de aquella manera. No tenía intención de despertarte. Le dije al doctor DeBakey: «Siempre fue muy blanca, lo heredó de su padre (tu padre era muy blanco), pero está pálida como una sábana, así que no me digan que goza de buena salud». ¿Qué prefieres: crepes, barquillos o tostadas? Puedo prepararte las tres cosas si quieres, dímelo. A Macky estoy haciéndole crepes, pero puedes comer lo que quieras. Es tu primer desayuno fuera de la cama.

—Yo también tomaré crepes.

—¿Estás segura?

—Sí, me apetecen. ¿Dónde está Macky?

—En el jardín, pescando.

—¿Tenéis un estanque?

—No, solamente practica ahí fuera, y te advierto que cuando te note un poquito mejor, empezará a fastidiarte para que vayas a pescar con él. Para mostrarte sus supuestas habilidades. Pero no es necesario que vayas; tenlo en cuenta. Si no tienes ganas, dile que no, y punto. Esta mañana me ha preguntado al levantarse: «¿No te parece que, si sale a pescar, la Pequeña se sentirá mejor?». Yo le he dicho: «Macky, no empieces a insistirle para que vaya al río y esté al lado del agua todo el día. Lo que quieres es una excusa para enseñarle los cebos». Así que si te pregunta si quieres ver su colección de cebos, dile que no, gracias, si no quieres morirte de aburrimiento cinco horas. Huy, ahí viene.

Macky entraba por la puerta trasera y se alegró de verla.

—Mirad quién se ha levantado.

—Nunca había dormido tanto.

—Te hacía falta, Pequeña. Estabas exhausta. Si te encuentras en condiciones, el

sábado podríamos dar una vuelta por el río.

—Macky, ¿puedes dejarla comer las crepes? No quiere ir, ¿verdad?

Dena estaba en un apuro.

—Bueno... No tengo inconveniente. Lo que ocurre es que no sé nada de pesca.

A Macky se le iluminó la cara.

—No importa. Puedo darte unas lecciones. Cuando tengas ganas, acércate a la ferretería y elegiremos algunas cositas.

—Macky... no quiere pasarse cinco horas mirando cebos. ¿O sí?

Los dos miraron, y ella balbuceó:

—Bueno...

—Claro que no quiere, Macky.

—Norma, deja contestar a la chica —dijo él.

—No, no tengo inconveniente —aseguró Dena—. Me parece interesante.

—Pues ven esta tarde, si te parece.

—No puede ir esta tarde.

—¿Por qué?

—Porque le prometí a la tía Elnor que la llevaría de visita a su casa. —Norma miró a Dena—. No te importa, ¿verdad, Pequeña?

Dena no tuvo otro remedio que ir a visitar a la tía Elnor a su porche. La anciana les sirvió enseguida unos vasos de té helado y Norma se fijó con atención en la bebida, que tenía un tono marrón distinto del habitual, oscuro por arriba y más claro en el fondo.

—¿Qué té es éste?

—Es té instantáneo, es que no tenía otro. Esta mañana he usado la última bolsita. Disculpad, pero no me importa eso que dicen, que el instantáneo no es tan bueno como el de verdad.

—No te preocupes, tía Elnor —dijo Norma—. Está estupendo, en serio.

—No tengo ni idea del sabor que tendrá. Hace un par de años que guardo el bote, o tal vez cinco, pero no creo que nos intoxicemos. —Rió—. Y en ese caso, moriremos las tres juntas. ¿Cómo estás, tesoro? ¿Te dejan descansar?

—Sí, sí.

Norma bebió un sorbo de té, intentando no hacer ninguna mueca. Miró a Dena y, sin que la tía Elnor se diera cuenta, le hizo una seña para que no se tomase el té.

—No te ha molestado nadie por ahora, ¿verdad?

Dena dejó el vaso.

—No, la verdad es que no.

—Y mejor será que no te molesten —dijo Norma, en tono amenazador—. O tendrán que vérselas con el señor Macky Warren. Te aseguro, tía Elnor, que nunca habrás visto a gente comportarse de una manera tan tonta. Ahora entiendo por qué

esos pobres actores de cine viven encerrados. Por cada llamada telefónica mía, recibo cien para que Dena haga esto o aquello... para que dé un discurso en algún club, para que haga una entrevista para el periódico o para hacerle alguna foto. Si esto es lo que tienes que soportar todos los días, no sé cómo aguantas. Con razón estás cansada. Si a mí me dieran la lata así, acabaría tirándome de los pelos. Hasta Mary Grace llamó desde San Luis para que la Pequeña fuese a la compañía telefónica a dar una charla.

—Te acuerdas de Mary Grace, ¿verdad, Pequeña? —quiso saber la tía Elner.

—No, no creo haberla visto en mi vida.

La tía Elner pareció sorprenderse.

—Tienes que haberla visto. Es tu prima.

—No, tía —explicó Norma—. La Pequeña no es familiar directa de Mary Grace. Mary Grace es parienta nuestra por parte del tío Will.

—Ah, claro. Entonces no tenías por qué conocerla.

Dena aprovechó la oportunidad para preguntar:

—Dime, ¿tú también eres mi tía? ¿Cuál es el parentesco? Estoy un poco confundida.

—Tu abuela, Gerta Nordstrom, era hermana de la tía Elner, así que ella es tu tía abuela —informó Norma—. La otra hermana, Zela, era mi madre, así que ella es mi tía... y yo soy tu tía segunda por parte de padre.

—Entonces, ¿qué es Macky? —dudó la tía Elner—. ¿Mi sobrino?

—No, cielo. Tú y Macky no tenéis lazos de sangre. Es tu... yo diría que es tu sobrino político. A ver, voy a simplificártelo, Pequeña. Tu padre Gene, era mi primo hermano, así que tú serías mi sobrina segunda, y Macky es tu tío segundo político. Es así, ¿no? O tal vez seas mi prima segunda, ¿verdad, tía Elner?

—Ay, ya no sé nada más.

—Bueno, la madre de Gene era mi tía Gerta, así que... Espera un momento. Tía Elner, creo que eres mi tía abuela.

—Entonces, ¿quién es Mary Grace? —insistió la tía Elner.

—Es tu sobrina por parte de tu marido.

—Ah, claro. Cada vez que pienso en la pequeña Mary Grace me viene a la memoria aquella cena en San Luis. ¿Cuántos años tendrá la pequeña Mary Grace ahora, Norma?

—Unos sesenta y siete.

Dena se preguntaba cuál sería la manera más rápida de escapar de allí y volver a Nueva York.

—Ésa sí que fue una cena, ¿verdad, Norma?

—Ah, sí. Un restaurante italiano de categoría, Gitto's.

—Nunca lo olvidaré. Cuéntale a la Pequeña lo que pedimos.

—Yo pedí carne picada con cebollas, con guarnición de puré de patatas, espinacas y crema de calabaza. Mary Grace comió un pescado con cabeza y todo. Y me miraba a mí. Yo le pedí a Mary Grace que le diera la vuelta para el otro lado. Por lo que

cobraban, podían haberle cortado la cabeza, pero así lo sirven en Europa.

—Sí, y tú pediste hígado encebollado. —Norma se dirigió a Dena, que no salía de su asombro—. Imagínate, podía haber comido lo que se le ocurriera y pidió hígado encebollado.

—Es que me gusta el hígado encebollado. ¿Cuánto tiempo te quedas, Pequeña?

—Todavía no lo sé.

—Norma, creo que tú y Macky tendríais que viajar a San Luis antes de que la Pequeña se vaya y llevarla a cenar a Gitto's. A mí no me importaría volver a ir, ¿y a ti?

—Cariño, si la Pequeña vive en Nueva York, seguro que va a miles de restaurantes bonitos. No necesita hacer la caminata hasta San Luis para cenar fuera.

—Verbena dijo que Merle y ella fueron a comer a esa nueva crepería de la autopista y que cenaron muy bien. ¿Y si vamos allí?

—Como diga la Pequeña. Nosotros no tenemos inconveniente en ir a donde ella quiera.

—Si te gustan las crepes, Verbena dice que ese sitio es el mejor.

Cuando volvieron a casa de Norma, Dena dijo con naturalidad:

—¿Sabes? La verdad es que me gustaría ir a ver lo de la pesca. ¿Es difícil encontrar la ferretería?

Norma se echó a reír.

—No, el centro es una sola manzana. Es imposible perderse. Está a continuación de la floristería. ¿Quieres que te lleve en el coche?

—No, gracias, iré paseando.

El motivo verdadero de ir al centro no era mirar los cebos. Quería buscar un teléfono. En cuanto dio la vuelta a la esquina, entró en la farmacia Rexall y llamó a su representante a Nueva York.

—Señor Cooper, tiene una llamada a cobro revertido de Dena Nordstrom. ¿Acepta?

—Sí, pásemela. ¡Hola! ¿Cómo te encuentras? ¿Estás descansando?

—Sácame de aquí.

—¿Qué?

—Quiero que me saques lo antes posible.

—Todavía te quedan un par de semanas para volver a trabajar.

—No me importa. Sácame de aquí ahora mismo.

Colgó y salió de la cabina. Fuera la esperaban varias personas que querían darle la bienvenida y decirle cuánto se alegraban de verla en casa. Pasó por un sitio que le resultó ligeramente conocido. Al menos, creyó recordar el olor. Era la panadería que, según decían había pertenecido a sus abuelos, y que seguía llamándose «Panadería y pan sueco Nordstrom», aunque los dueños eran nuevos. Apoyó la cara contra el cristal, usó las manos como anteojos y miró dentro. Pero no reconoció nada. Se le hacía extraño caminar por la calle, pues la gente salía de las tiendas y la saludaba



como si fuesen viejos amigos. Gente que no había visto nunca. Todos sabían quién era, pero cuando le hablaban, los mayores la llamaban «la hija de Gene» y los más jóvenes «la sobrina de Norma» o «la sobrina nieta de la tía Elnor». Era la primera vez en su vida que no la llamaban Dena Nordstrom.

A cada momento la detenía alguien para contarle que se había criado con su padre, o que éste había sido repartidor de periódicos y era un muchacho muy agradable. Al parecer, todos tenían algo que contar sobre su padre o sus abuelos y querían que ella lo supiera. Por último, creyendo que habían pasado horas, llegó a la ferretería.

Macky no tardó en mostrarle todos sus cebos de pescar y en explicarle cómo se llamaba cada uno y para qué pez se usaba.

—Macky, ¿tú conociste a mi padre? —le preguntó Dena de pronto.

—Muy bien —aseguró él—. Y a tus abuelos. Buena gente.

Aquel día, Dena quedó gratamente sorprendida. Elmwood Springs era un pueblecito muy bonito, y las personas que se le acercaron parecían muy simpáticas. De pronto, se preguntó qué habría impulsado a su madre a irse de allí. ¿Qué había sucedido?

Aunque todo el mundo quería hablarle de su padre o de sus abuelos, o contarle que cuando era pequeña y entraban en la panadería la veían siempre sentada en el mostrador, nadie mencionaba a su madre. Era casi como si su madre nunca hubiera estado allí.

Aquella noche, después de la cena, Norma sacó los anuarios del colegio de su padre que había guardados y un álbum con todas sus fotos, pero tampoco encontró ni rastro de su madre. A la mañana siguiente, durante el desayuno, Dena abordó la cuestión.

—Norma, ¿qué sabías tú de mi madre?

La mujer no estaba preparada para la pregunta; era la primera vez que Dena hablaba de aquel tema.

—Bueno, Pequeña, no mucho. ¿Qué te gustaría saber?

—Pues... cómo era cuando estaba aquí, cosas así.

Norma introdujo un plato en el lavavajillas, lo cerró y se sentó frente a ella.

—Sólo puedo decirte lo que sé. Yo estaba en el instituto, creo... o quizá había terminado. Claro que la recuerdo. Lo que pasa es que no estuvo aquí mucho tiempo y no era muy abierta con los demás. Pero sí me acuerdo que íbamos a la casa de la tía Gerta a verte, y ella siempre estaba muy orgullosa de ti y te compraba todos los juguetes que te puedes imaginar.

—¿Te resultaba simpática?

—Sí, mucho. Pero no olvides que yo era muy joven y no llegué a conocerla mucho.

—¿Y la tía Elnor?

—La tía Elner podría contarte más que yo. Podemos hablar con ella, si quieres.

—Sí, me parece que me gustaría.

Después del desayuno, se presentaron otra vez en el porche de la tía Elner.

—Tía Elner, me gustaría saber si te acuerdas de mi madre.

—Yo ya le he contado todo lo que recuerdo —explicó Norma.

—Tesoro, déjame sentarme y rebuscar en la memoria... ¡Dios mío! Eso sí que fue hace mucho, ¿verdad? Pero claro que me acuerdo de ella. Recuerdo el día en que llegó. Tú eras muy pequeña. Fuimos a la estación a buscar a la esposa de Gene. Él había dicho en sus cartas que era muy guapa, pero no nos imaginábamos que lo fuese tanto. Estábamos todos allí y entonces bajó del tren aquel ser encantador. Creímos que estábamos soñando. Parecía salida de una revista. Llevaba un vestido de hilo y el pelo recogido, y una elegante boina ladeada sobre un ojo. Ay, era la viva imagen de la moda. Digamos que nunca habíamos visto a nadie así en Elmwood Springs. Aquel hermoso pelo rojo y aquella piel blanca lechosa, y aquellos ojos verdes... tú has heredado los ojos de Gene, pero tienes el cuerpo de tu madre. Era alta, y recuerdo su imagen; tenía el porte de una reina. —Sofocó una risa—. La verdad es que sentí un poco de vergüenza. Allí estábamos, sus nuevos parientes; y yo tan gorda, con un vestido hecho en casa y mis viejos zapatos de cordones, que tuve ganas de esconderme. Pero ella nos reconoció y todos nos moríamos de ganas de verte. Eras la hija de Gene, y digamos rompiste el hielo. Cuando te vimos nos llenamos de alegría. No se podía negar que eras hija de Gene, con aquella melenita rubia y aquellos ojazos azules. Tu madre te había puesto la ropa más elegante del mundo, un vestidito de color rosa con encajes, y te había atado un gran lazo en la cabeza. Parecías una de aquellas muñecas que compraba Norma para Navidad, ¿verdad?

—Claro que sí. Eras una belleza.

—¿Qué impresión os causaba mi madre? —quiso saber Dena.

—A ver... Era tímida. No dejaba que te hicieran fotos. Yo decía que con lo bonita que eras había que hacerte una foto, pero ella no quería.

—¿Era antipática?

—No, no, era muy dulce y muy amable... pero un poco reservada. ¿No te parece, Norma?

—Sí, creo que era eso. Pero era muy simpática, ¿eh?

—Sí, muy simpática y muy agradable —recalcó la tía Elner—. Saltaba a la vista que no era una de esas chicas caprichosas que traían algunos de los muchachos. Además de guapa, tu madre era refinada y culta, y escribía muy bien. Tenía mucha educación y una buena familia, pero nunca hablaba de ella y nosotros no le preguntábamos. No queríamos meter el dedo en la llaga; pensábamos que si quería, nos lo contaría. Y después de haber perdido a toda su familia en un incendio, perdió a Gene... No sé cómo lo aguantó. ¿Y tú, Norma?

—Siempre esperaba que hablase del tema, pero jamás lo mencionó, mientras estuvo aquí.

—Seguro que fue terrible para una chica como ella, quedar sola en el mundo, sin ningún pariente vivo. No sé cómo consiguió salir adelante, pero estaba claro que la tragedia la había afectado; siempre estaba un poco triste. No decía nada, pero se notaba que no lo había superado.

—Leí en el *Reader's Digest* que cuando una persona sobrevive a una tragedia, se siente muy culpable por ser la que ha quedado viva —dijo Norma—. Debería haber buscado ayuda, pero en aquella época no había esas cosas, como ahora. La verdad es que se la veía nerviosa, ¿verdad, tía Elnor?

—Yo no me atrevería a decir nerviosa. Estaba un poco intranquila y miraba atrás como si algo la preocupara... como si estuviera conteniéndose en vez de relajarse y pasarlo bien. Tú eras su única alegría, lo único por lo que se le iluminaban los ojos. No mostraba mucho sus emociones. No lloraba, o por lo menos nosotros no la vimos llorar. Consiguió un empleo y se dedicaba a trabajar todo el día, y después volvía a casa y jugaba contigo por la noche. Aparte de esto, no salía nunca ni se encontraba con nadie. Hasta que un día, cuando tú tenías cuatro años, se fue de golpe y porrazo. Empaquetó tus cosas, te sacó del parvulario y desapareció. Dijo que quería conseguir un trabajo mejor y que en Elmwood Springs no podía. Se esfumó y no volvió más. Tus pobres abuelos se quedaron destrozados.

—¿Visteis alguna vez algún conocido suyo? —inquirió Dena—. ¿No hubo nadie que viniera a visitarla?

—No... nadie —hizo memoria la tía Elnor—. Nunca vino a verla nadie, excepto ese italiano, aquella vez.

Norma la miró.

—¿Italiano? Nunca me has hablado de ningún italiano.

—Bueno, me olvidé. Creo que era italiano, griego o algo así, un extranjero. Lo vi muy poco, desde detrás de la puerta, pero tenía el pelo lacio y brillante. Subió al porche, llamó a la puerta y preguntó si tu madre vivía allí. Gerta fue a buscarla y te aseguro que, fuera quien fuese, a tu madre no le caía bien, pues ni lo hizo pasar. Tu madre tenía muy buenos modales y no hacía esas cosas, pero en cuanto lo vio, lo hizo salir a la acera y lo alejó de casa. Yo estaba allí sentada, en la sala, y no pude por menos de mirar. Los veía a través de la puerta corredera. A tu madre no le gustó que apareciera, te lo aseguro. Parecía que estaba furiosa con él. Y debió de decirle algo desagradable, porque a los diez minutos el hombre se marchó. Ella volvió a casa muy alterada y con la cara roja.

Norma no salía de su asombro.

—¿Nunca dijo quién era?

—No.

—¿Y no se lo preguntaste?

—No, Norma. No me meto en la vida de los demás. Siempre digo que hay que hacer y dejar hacer. Ella no quiso contarlo y nosotros no se lo preguntamos.

—¿Estás segura de que no dijo nada? No puedo creer que no hablase una palabra.

—Norma, eso fue hace treinta años.

—Intenta hacer memoria.

—Puede que dijese algo... a ver si me acuerdo. Puede ser que dijese: «Perdón»... Sí, exactamente, eso dijo. Te repito que tu madre tenía unos modales maravillosos. Me imagino que era un antiguo novio que se había enterado de que había muerto el marido y se presentó para convencerla de que saliera con él.

—¿Volvió alguna vez más? —preguntó Dena.

—No, que yo sepa. Pero tu madre se fue del pueblo al poco tiempo, así que no te puedo asegurar que no volviera a molestarla. Pero el pobre hombre no tenía culpa, ella era una hermosura.

—¿Y no oíste nada? —insistió Norma—. ¿No sabes sobre qué discutieron?

—Pues los oí muy bien, pero no entendí lo que decían. Hablaban en otro idioma.

—¿Los dos?

—Claro, cariño. No puede ser que una persona hable en un idioma y la otra en otro distinto.

—¿En qué idioma hablaban?

—Eso era lo curioso —contestó la tía Elner—. Como os he dicho, el hombre parecía italiano, pero hablaban en alemán.

Norma tenía sus dudas.

—A ver, tía Elner, trata de recordar. ¿Estás segura de que era alemán? ¿No podía ser italiano o español?

—No —aseguró la tía Elner—. No olvides que el padre de tu tío Will era de la familia Shimfessle y no sabía más que alemán, así que distingo el alemán. Estoy completamente segura de que hablaban alemán. La Pequeña sabía que su madre hablaba alemán, ¿verdad, tesoro?

—Sí... lo sabía —titubeó Dena. De repente sintió angustia y mintió sin saber por qué. No tenía idea de que su madre hubiera hablado alemán. Cambió de tema rápidamente y no volvió a mencionar el asunto.

A la mañana siguiente, le llegó un telegrama.

LAMENTO INFORMARLE DE QUE SU QUERIDO REPRESENTANTE Y MIEMBRO DESTACADO DEL MUNDO DEL ESPECTÁCULO, SANDY COOPER, FALLECIÓ SÚBITAMENTE AYER POR LA NOCHE. POR FAVOR, REGRESE A NUEVA YORK DE INMEDIATO.

JULIAN AMSLEY, PRESIDENTE.

Bajó del avión en el aeropuerto de La Guardia aquella misma noche, delante de Sandy, que la aguardaba.

—¿Qué? ¿Cómo se me ve para estar muerto?

—¡Guapísimo! —respondió Dena, besándolo, entusiasmada por encontrarse al fin en Nueva York.

Una de las primeras cosas que hizo al volver a su piso fue escribir una carta.

Estimado Gerry:

Muchísimas gracias por las flores. Sé que te tomaste la molestia de llevármelas y te lo agradezco de verdad. Sin embargo, me parece que sería injusto por mi parte ser un estorbo para que emprendas una relación con una mujer que de verdad merezcas. Te aprecio demasiado para darte falsas esperanzas.

Espero que podamos ser amigos en el futuro y te deseo lo mejor en todo lo que hagas.

Atentamente,

Dena Nordstrom

# Rumores

*Nueva York  
Mayo de 1976*

La cadena encargaba entrevistas cada vez mejores a Dena a medida que transcurrían los meses. Sandy, su representante, oyó de fuentes fidedignas que la dirección estaba pensando en colocarla como presentadora del telediario de la seis. Ira Wallace también estaba satisfecho con el trabajo de Dena. Los índices de audiencia seguían subiendo, y los de arriba también estaban contentos. Los costos de producción resultaban insignificantes frente al presupuesto de un espacio dramático de una hora de duración. De repente, los telediarios se convirtieron en un gran negocio.

Por otra parte, la competencia era cada vez más fuerte y las entrevistas de Dena se hicieron progresivamente más escabrosas. Esto la intranquilizaba, especialmente cuando recordaba que Howard Kingsley podía estar viéndola.

Pete Koski había ganado las elecciones de gobernador de su estado, fundamentalmente porque había sido un ídolo deportivo. Después de dedicarse a la política durante doce años, terminó ganándose el respeto de su partido. Entonces se rumoreó que iban a pedirle que se presentara a la presidencia en las elecciones siguientes. Ira convocó a Dena para darle las instrucciones para realizar la entrevista. Cuando ella se sentó en su despacho y vio la cara de Ira, comprendió que su jefe se traía algo entre manos y se preparó para lo peor.

—Usted, que es un macho de pies a cabeza, una estrella de la política, un supergobernador, tiene, en cambio, un hijo más delicado que una rosa. En el ejército lo echaron de una patada en el trasero por hacerse la princesa y jugar a las casitas con otra princesa. Pero papá Koski lo arregló todo para que no figurase en su expediente. ¿Qué te parece atacar con esa bomba de relojería?

—Escucha, Ira. ¿Por qué no me dejas hacer una sola entrevista sin intentar transformarla en una emboscada?

—¡Es la verdad! —gritó Wallace, defendiéndose—. Capello ha sacado ese maldito informe de los archivos de los militares y ha conseguido una declaración de uno de sus amantes.

Dena lo miró fijamente.

—Ira, te dije que no quería trabajar con Capello. Me has mentado. No lo echaste, ¿verdad?

—¿Creías que iba a dejar de trabajar con el mejor hijo de puta de la profesión sólo porque a ti no te caía bien? ¿Qué piensas, que soy imbécil? Te lo quité de la vista, ¿qué más quieres? Escucha, no te estoy pidiendo nada, es una orden. Trabajas para mí, no para Howard Kingsley, ¡para mí! Haces las preguntas que yo te ordeno.

—¿Qué tiene que ver Howard Kingsley en todo esto?

—No te hagas la inocente conmigo. Todo el mundo sabe qué hay entre vosotros. ¿A quién crees que le tomas el pelo?

—Ira, espero que no lo digas en serio. Sabes que no es verdad.

—Oye, lo que hagas es asunto tuyo, pero no trates de reírte de mí.

—Ira, das asco. ¿Lo sabías? Verdadero asco.

—Ah, ¿sí?, qué terrible. Mientras tanto a tu sagrado gobernador lo han pescado en abuso de poder. Sobornó al Ejército de los Estados Unidos. Eso sí que es un delito, nena, así que no vengas a hacerte la arrogante. ¡Siéntate!

Dena comprendió entonces que la crueldad de Ira Wallace no tenía límites.

—No se te puede ofender, ¿verdad? No te importa lo más mínimo lo que piensen de ti los demás; ni siquiera lo que piense yo.

—Yo veo a la gente como es; tú la ves como te gustaría que fuese pero no es. Y te lo advierto, si quieres seguir en cabeza en la profesión, te conviene superar esta etapa Doris Day que estás pasando, o las nuevas te echarán a patadas. Aquí tengo una cosa para que la leas. —Le puso delante de los ojos una copia de un alta médica y de las notas privadas de un psiquiatra del ejército—. ¿Ves? Está reconocido. ¿Qué más quieres?

Dena lo miró con incredulidad.

—Ira, no podemos usar esto. Es ilegal.

—Ya lo sé, caramba. Sólo quería que lo vieras, ya que tanto te preocupas por principios. Así que ahí los tienes, tus malditos principios.

—¿Cómo lo ha conseguido Capello?

—No se lo pregunto; no me interesa. Lo consiguió y punto. Sólo te queda hacer la pregunta.

—Ira, ese tipo debería estar en la cárcel... y allí acabarás tú también si no tienes cuidado. Y yo caeré contigo. Me niego a hacer la pregunta.

—¿Definitivamente?

—Definitivamente —asintió Dena con firmeza. Ya había destrozado la carrera política de un hombre y no tenía intenciones de volver a hacer lo mismo.

Wallace se apoyó contra el respaldo del asiento y movió la cabeza, consternado.

—No te entiendo. Te incorporo al seno de mi familia, impulso tu carrera y no me guardas lealtad, ni un poco de lealtad. —Abrió un cajón, sacó un cortapuros y cortó la punta de otro cigarro—. La verdad, chiquilla, es que empiezas a preocuparme. Y eso no me gusta nada. Porque cuando me preocupo, me pongo a rebuscar.

—¿Qué quiere decir eso?

—Puedes imaginártelo.

—Entiendo. Es una amenaza. Si no hago tus trabajos sucios, buscarás a otra persona que los haga, ¿no es eso?

—No, no es ninguna amenaza. Si no quieres hacer la entrevista, ¿qué puedo hacer? ¿Obligarte? Se la daré a Larry, que no pone tantos reparos. —Cuando Dena salía, añadió—: De paso, parece que tu amigo Kingsley va a retirarse.

—¿Cómo?

—Se retira, así como te lo digo. Lo ponen de patitas en la calle.

—¿Qué...?

—¿Cómo es el dicho? Los locutores viejos no mueren, es su público que se evapora.

—Ira, no digas esas cosas, ni siquiera en broma. Sabes que es mentira.

—Me duele verte sufrir por tu novio, pero van a mandarlo con su música a otra parte. Lo sé de fuentes fiables. Estoy al tanto de todo lo que pasa en el mundillo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No importa quién ha sido. Van a darle un ultimátum: o se retira o lo echan oficialmente.

—No te creo.

—Pues es así. ¿Sabes lo que hacía el hijo de puta mientras se las daba de íntegro? Eliminaba partes enteras de las notas. El viejo carcamal intentaba controlar las noticias. —Rió secamente—. En fin, lo van a echar de menos, pero durante una semana o dos como mucho. Ese tipo es un farsante y todo el mundo lo sabe. Ya era hora de que le dieran una patada en el culo al muy mojigato y moralizador.

Dena volvió a su despacho, llena de rabia por las palabras de Wallace sobre Howard y, en especial, sobre su supuesta relación con él. ¿Acaso Ira intentaba desprestigiarla y hacerla caer, o todos pensaban igual? Meditó unos instantes. Luego llamó por el interfono a Arnie, un compañero editor que le caía bien, y lo invitó a tomar una copa después del trabajo.

Arnie era un tipo esbelto y larguirucho, con una nuez de Adán protuberante y unas gruesas gafas de montura negra. No podía creer que fuese tan afortunado de compartir una copa con aquella diosa en un bar de la Quinta Avenida. Cuando terminaron su segunda bebida, Dena le preguntó si había escuchado rumores acerca de ella y de Howard Kingsley. Arnie se puso incómodo, pero ella insistió.

—Dime la verdad. Necesito saberlo.

—Sí... creo... —vaciló Arnie—. Bueno, creo que se ha dicho algo.

—¿Qué es lo que se ha dicho? ¿Acerca de...?

—Nada. —Se aclaró la garganta y tragó con dificultad—. Ya sabes cómo corren las habladurías; cómo son las bromas de siempre.

—¿Qué bromas?

—Bobadas, ¿entiendes?

—No, no entiendo —insistió Dena—. Dímelo.

Arnie tartamudeó y enrojeció.

—No me parece conveniente.

—Arnie, tienes que contármelo.

Él se retorció en la silla y recorrió el salón con la vista.



—Bueno... cosas del estilo de... y yo no lo dije, pero... —Bajó la voz y le confió, casi como si estuviera disculpándose—: Había una broma... Adivina: ¿qué es viejo y arrugado, tiene buenas tetas y va a la cama los viernes? Claro que nadie lo culpaba. Todos los hombres nos habríamos batido en duelo por ti si hubiéramos pensado que teníamos alguna posibilidad.

Dena se sintió perpleja, humillada, asqueada. ¿Eso pensaban todos? ¿A eso reducían su amistad con Howard? ¿A una bromita obscena de oficina, a un chiste verde de adolescente? Cuando Arnie vio su expresión se asustó.

—Oye, Dena, no vas a enfadarte conmigo, ¿verdad?... Tú me lo has preguntado.

—No, no me enfado contigo, Arnie. Ira tiene razón: me parece que ignoro cómo es la gente en realidad.

## Qué maravillosa es la gente

*Elmwood Springs, Missouri*

1949

La vecina Dorothy saludó a sus oyentes con voz vehemente.

—Buenos días a todos... ¿Cómo están hoy en sus casas? Nos alegra mucho que nos acompañen los vecinos de la radio porque, como dice la pequeña Annie Rooney, hoy va a ser un día inolvidable. Así que sírvanse una taza de café y pónganse cómodos. Como todos saben, éste es uno de nuestros días preferidos del año. Hoy es nuestro día llamado «Qué maravillosa es la gente», y se lo dedicamos por completo a todos ustedes, los que integran este maravilloso mundo que tenemos.

»Todos los años les pedimos que nos manden cartas contándonos la acción más hermosa que haya hecho un vecino, y esta vez hemos recibido cientos... Pero antes de pasar a nuestras cartas, queremos dar las gracias especialmente a cada uno de los que han enviado dinero para la perra lazarillo de Beatrice. La verdad es que me emociona lo cariñosos que son. Muchísimos oyentes han contribuido con dinero ganado con el sudor de su frente, y yo sé cuánto les cuesta ganarlo; gracias a todos los que vendieron pasteles o huevos y a los *scouts*, que lavaron coches, y gracias por las diferentes cosas que organizaron para hacer realidad este deseo. Hoy anuncio con alegría que el viernes por la tarde llegó la perra de Beatrice. Se llama *Honey* y es de raza labrador y de color amarillo. La criaron y la adiestraron el señor Dan Martin y su familia, de Elgin, Illinois, y... ¡ay!, ojalá todos hubieran estado presentes... El señor Martin venía caminando por la acera con *Honey*, y cuando subió las escaleras con ella, la perra parecía conocer ya a Beatrice. Estábamos todos juntos en el porche, pero *Honey* se acercó a Beatrice y se sentó a su lado, como si supiera ya quién era su ama. El señor Martin dijo: «La asociación de perros lazarillos se enorgullece de entregarle a su perra... que a partir de este momento será su compañera fiel hasta el final». En ese acto puso la correa en manos de Beatrice y dio un paso atrás. Ojalá hubieran visto ustedes la cara de Beatrice cuando *Honey* le acarició la mano con el hocico... Bueno, no tengo palabras para describirla... Sin duda al señor Martin le cuesta entregar a *Honey* a otra persona, ya que la ha criado desde que era cachorro, pero va a quedarse con nosotros una semana para enseñarle a Beatrice a caminar con *Honey*... Así que todos los que fueron tan amables y generosos paseen por la calle, si quieren presenciar un verdadero milagro, y los verán a los tres por la acera. Ayer fueron hasta el centro, pasaron ante la peluquería, ante el cine, dieron la vuelta a la esquina y volvieron... Les aseguro que me enorgullece formar parte de la especie humana.

»Y, ahora, será mejor que pasemos a las cartas, porque queremos leer a nuestros oyentes la mayor cantidad posible... Así que empezaremos con ésta, que mandó el reverendo Raymond Rodgers de Sedilia, Missouri. Nos escribe: «Querida vecina

Dorothy: cuando volví a mi congregación después de ejercer de capellán del ejército en la guerra durante cuatro años, no estaba convencido de poder seguir siendo pastor de la iglesia. Había vivido tantas experiencias horribles en el extranjero que se había debilitado mi fe, y cuando llegué no era el mismo hombre de cuatro años antes. Con tristeza expresé lo que sentía ante la congregación, dispuesto a renunciar al cargo de pastor. Pero al día siguiente me sorprendió un telegrama que recibí y que decía: "No se preocupe, pastor. Nosotros tampoco somos la misma congregación de hace cuatro años". Lo firmaban todos y cada uno de los miembros de la iglesia. No es preciso decir que sigo aquí»... Bueno, reverendo, parece que tiene usted una congregación excelente... La siguiente carta la manda Glaydes Speller, de Moorland, Indiana. «Querida vecina Dorothy: Hace seis años, mi marido y yo estábamos con nuestra hija, que se encontraba gravemente enferma, ingresada en el hospital y a punto de ser operada del corazón. Estando allí, lejos de casa, nos enteramos de que un tornado había destruido nuestra granja por completo. Estábamos acongojados y, cuando volvimos para ver los daños, imagínese nuestra sorpresa al ver una nueva casa blanca y flamante, construida exactamente donde había estado la anterior. Dentro había muebles nuevos, en los mismos sitios que los viejos. Ningún miembro de nuestra comunidad reconoce habernos ayudado y todos niegan su participación. ¡Qué alegría fue llevar a nuestra hija a la nueva casa! No pasa un día en que no me despierte en nuestro hermoso hogar sin acordarme de la amabilidad de mi comunidad. Espero que lea esta carta para poder dar las gracias a todos mis buenos vecinos».

»Bueno... Agradezco el cariño y la preocupación de los vecinos de Moorland. Verdaderamente hicieron una buena acción. Ya volveremos con más cartas, pero antes, en honor a ustedes, Ernest Koonitz, el director de la banda de Elmwood Springs, homenajeará con un solo de tuba a todos los buenos vecinos que existen. Así que escuchémoslo, acompañado por mamá Smith al órgano, en su versión de *Qué grandioso eres, Señor*.

# El último día

*Nueva York*

1976

A medida que pasaban las semanas, Howard Kingsley se intranquilizaba más. Empezaba a cansarse de tener que tratar con el último director del telediario, Gordon, un sujeto arrogante, de treinta y cinco años de edad que no respetaba en absoluto a Howard y no veía la hora de deshacerse de él. Gordon quería a alguien a quien poder dominar. Al principio se había guardado de molestar a Howard, pero cuando los índices de audiencia decayeron levemente, comenzó a hacerle la vida imposible. Las grabaciones aparecían en distinto orden, los carteles indicadores dejaban de funcionar, los rótulos que indicaban el inicio de emisión se encendían demasiado tarde; todo estaba calculado para que Howard quedara mal, y así fue. Pero los de arriba tenían un problema: ellos tenían prisa también por cambiar el rumbo del telediario, por actualizarlo; pero Howard era la gran estrella de la pequeña pantalla y no podían echarlo sin más. Por ello intentaban apresurar su decisión de retirarse y aparentaban no darse cuenta de lo que le ocurría a Howard en el estudio. Aun dispuestos a renunciar a unos puntos en los índices de audiencia, necesitaban una excusa para justificar la determinación de quitarlo del programa. No obstante, Howard resistió con obstinación y luchó todo lo que pudo. Hasta que el corazón le dio un pequeño susto.

El problema no fue muy grave, pero bastó para que la esposa y la hija de Howard le suplicaran que abandonase la televisión antes de que fuera demasiado tarde. Él detestaba tomar aquella decisión, pero sabía que tenía las de perder. Así fue como un lunes por la mañana Howard subió al despacho del presidente. Ned Thomson III se levantó del sillón para recibirlo en la puerta.

—Howard, ¿por qué no me has llamado? Podía haber bajado, ¡por el amor de Dios! ¿Cómo estás? Toma asiento.

—Estoy bien, muy bien —contestó Howard.

—¿Quieres café o té?

—Nada, gracias —dijo Howard sentándose—. Sólo vengo a decirte que he decidido retirarme. He querido avisarte con tiempo para que dispongas de un par de meses para hacer los ajuste oportunos.

—Pero Howard... ¿estás seguro? —Thomson simuló sorprenderse—. Es decir, tan de repente... ¿Estás decidido? ¿Podemos hacer algo para que cambies de idea?

—No, absolutamente nada.

—No sé. Esto es un jarro de agua fría. Es decir, eres el alma de esta cadena; caray, esta televisión eres tú. ¿No podemos hacer nada nosotros?

—Sí, una cosa. Quiero que guardes la mayor discreción posible. Deseo que me

prometas que no se organizarán homenajes ni premios ni nada por el estilo. Quiero irme con el menor revuelo posible. ¿Lo haríais?

—Por supuesto. Se hará como tú quieras. Respetaremos lo que decidas, de esto no te quepa duda.

Howard se levantó.

—Muy bien.

—Pero cuando dices un par de meses, quieres decir... ¿dos, tres? ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Dos.

—Entiendo. En fin, después de tantos años... Empezaste aquí antes que papá, incluso... Todavía no puedo creerlo. Pero si es tu decisión...

—Así es. —Howard hablaba con firmeza.

Thomson se acercó a la puerta y le puso la mano en el hombro.

—Lo único que me queda por decir es que será un suplicio buscar a alguien que te reemplace. Resulta imposible reemplazarte. Eres una institución. Va a ser difícil.

Howard lo miró a los ojos.

—Entonces, ¿por qué no coges el teléfono y le dices a ese hijo de puta que contrataste para deshacerte de mí que yo estoy fuera y su muchacho dentro? No creo que eso sea muy difícil, ¿o sí?

Ned se quedó mirando a Howard mientras éste pasaba por el lado de su secretaria y se alejaba por el pasillo. Llamó a la cabina de control. Contestó el director del telediario.

—Dos meses, Gordon. Llama a David... y dile que se prepare. Voy a ordenar a los de publicidad que lo pongan todo en marcha. Ha entrado aquí, sin más, y me ha dicho que se retiraba. ¡Pum!, así, de golpe. Sí, y escucha, tal vez te convenga dejarlo en paz. Me parece que se huele algo raro y no podemos arriesgarnos a que diga nada. Todavía posee mucho peso en la junta. Es mejor que salgamos de este asunto con las manos limpias.

Exactamente dos meses más tarde, Howard concluyó su programa como de costumbre.

—Y así termina otro día. —Pero aquella noche, después de anunciar el fin del programa, siguió hablando. En la cabina, el director del telediario dio la orden a la cámara tres de que tomara un primer plano. Howard se quitó las gafas, miró a la cámara y dijo—: Como algunos sabrán, esta noche termina para mí lo que ha sido una carrera con tantas emociones y gratificaciones como es posible imaginar. Me enorgullece y me enterece el apoyo y la confianza que me han brindado durante todos estos años, y sólo espero haber sido digno de esta misión. Les deseo lo mejor, y que Dios los bendiga. Buenas noches y adiós.

La cámara se alejó mientras Howard volvía a ponerse las gafas y recogía los papeles que había en su escritorio, como había hecho tantas veces. Arriba, en la cabina, algunas personas se habían reunido para observar la despedida. Cuando la

emisión del telediario terminó, todos guardaron silencio. Abajo, en el estudio, tampoco se oía un zumbido. Howard se puso de pie, se quitó el micrófono y en silencio estrechó la mano de algunas cámaras y de su maquilladora, que se había acercado a la mesa. Después caminó hasta el borde del plató de filmación, donde su esposa y su hija lo esperaban para llevarlo a casa.

## Carta a una famosa

*Elmwood Springs, Missouri*

1976

A estas alturas, Dena ya se había olvidado de su estancia en Missouri, pero sus familiares todavía la tenían muy presente. La secretaria de Dena dejó una carta en su escritorio.

Querida Pequeña:

Sé que te piden muchas cosas y no quiero molestarte, pero ya que viviste en nuestro pueblo, se me ocurrió que tal vez estés dispuesta a ayudarnos.

Resulta que me han nombrado presidenta de la comisión que trata de reanimar el centro de Elmwood Springs. Es una organización que se dedica a salvar nuestra zona comercial. Como sabes, muchos pueblos de todo el país están sucumbiendo ante los grandes centros de compras. A los comerciantes pequeños se les hace difícil competir con las grandes tiendas Kmart y Wal-Mart que se están inaugurando, y muchos pueblos van decayendo y viniendo a menos, y ya las tiendas de nuestro pueblo cierran una por una. La ferretería de Macky, el Rexall, la peluquería y el restaurante Trolley Car son lo único que nos queda. Todas las demás desaparecieron. Desde la última vez que estuviste aquí, ha cerrado el almacén de los hermanos Morgan y también Víctor, el florista. A todos los que vivimos aquí desde nuestra infancia nos parte el alma caminar por el centro y ver todos los sitios tan vacíos. Esperamos reunir el dinero suficiente para hacer publicidad a escala nacional y atraer a los pequeños comerciantes que tengan interés en mudarse a la zona del Medio Oeste. Ello me lleva al motivo de esta carta, Pequeña: el quince de junio, el Club Lions y el Club Rotario patrocinan el día de Elmwood Springs, que se llevará a cabo en la plaza. Habrá pescado frito, atracciones, juegos, artesanía y actividades durante todo el día con personas famosas del pueblo, y a las seis de la tarde haremos una gran subasta de objetos famosos. Como tú eres nuestra única famosa de verdad, quería preguntarte si podías mandarnos algo. Estoy segura de que atraería mucho dinero, y es para una buena causa.

Cualquier cosa que mandes nos vendrá bien: una foto con autógrafo, alguna prenda que te hayas puesto en el programa, o un bolígrafo, o ¿por qué no?, el guión con autógrafo de alguna entrevista que hayas hecho. Agradeceremos lo que puedas mandarnos. No quiero molestarte sabiendo que estás tan ocupada, pero podría haber sido peor. Algunos miembros de mi comisión querían organizar un «Día de Dena Nordstrom», hacer un desfile y ponerte a la cabeza, pero dije que no. Le comenté a Macky: «Justo lo que le

hace falta a la Pequeña es venir en avión hasta aquí para desfilas a lo largo de una sola manzana».

Un beso,

NORMA

P.D.: Wayne Newton nos va a mandar un par de gemelos que usó en escena en Las Vegas, y Liberace, Phyllis Diller y Debbie Reynolds también han prometido enviar algo.



## Unos días en el campo

*Condado de Bucks, Pensilvania*

1976

Cuando Howard Kingsley se retiró, él y su esposa Lee invitaron a Dena en noviembre, a pasar el Día de Acción de Gracias en su granja del condado de Bucks, Pensilvania. En cuanto llegó, Dena se dio cuenta de que Howard había cambiado mucho. Se veía mucho más relajado y parecía un verdadero campesino por la ropa que llevaba: unos pantalones de color caqui y una gruesa camisa a cuadros rojos y negros. Después de pasar medio día con ellos, Dena también comenzó a relajarse un poco. La casa, construida en 1789, era de piedra y tenía un terreno de ocho hectáreas. Como no sabía cocinar, pasó el Día de Acción de Gracias caminando con Howard por el campo, dando la vuelta a la casa e internándose en el bosque. Allí vio faisanes y codornices por primera vez en su vida. Fue una tarde de otoño maravillosa.

Mientras caminaban, Dena le preguntó qué vida llevaba después de haberse retirado. Él se echó a reír.

—Por las mañanas me despierto con unos dolores y una artritis tales que apenas puedo levantarme de la cama. Voy al baño, me pongo ante el espejo para mirarme la cara, que antes era bastante pasable, y la imagen que veo es la de un tipo viejo, canoso y con el cuello arrugado, lo cual es muy deprimente. Pero después pienso: «Howard, hoy puedes decir lo que te dé la gana...», y eso me levanta el ánimo; te lo aseguro. Es lo que deseo para todos, que lleguen a vivir los años que hacen falta para tirar de las orejas a todos los idiotas del mundo. Vale la pena llegar a viejo. Se lo recomiendo a todos.

—Pareces diez años más joven.

—Eso no lo sé, pero te aseguro una cosa: hacía mucho que no me sentía tan bien.

—¿Tienes nostalgia alguna vez?

—Por raro que parezca, no. Ni un ápice. De hecho, lamento no haberme retirado hace años. Estoy empezando a darme cuenta de lo mucho que me perdí de vivir. No veo la hora de ir a pasar el verano a Sag Harbor. ¿Te he preguntado si navegas?

—La primera vez que fuimos a comer.

—Ah.

—Pero no he subido a un velero en mi vida.

—Eso hay que remediarlo, señorita. De entrada pensé que no me gustaría dejar de trabajar, pero ahora sí que me agrada. He dedicado más de cincuenta años al trabajo y supongo que eso es suficiente para cualquier hombre. —Sonrió y se corrigió—: O mujer.

—Cincuenta años. Es mucho tiempo.

—Sí, pero no olvides que eran otras épocas. Empecé en una radio pequeña, de

doscientos vatios, en Sidney, Iowa.

Howard se detuvo de súbito y le hizo una seña para que no hiciera ruido. Señaló a una cierva con su cría que los miraban inmóviles al otro lado del campo, hasta que, en un instante, salieron corriendo a ocultarse en el bosque. Dena estaba asombrada.

—¡Vaya! ¿Hay muchos ciervos por aquí?

—Pues sí. Les pusimos un bloque de sal allí atrás. Una vez llegué a ver veinticinco juntos.

—Nunca los había visto así, sueltos.

—Creía que venías del campo.

—En realidad, no. Pasé toda mi infancia viviendo en pisos en distintas ciudades. Mi madre trabajaba en grandes almacenes.

—Entiendo. Bueno, tendrás que venir aquí con más frecuencia y salir para coger color en las mejillas. —Caminaron un rato más—. El mundo ha cambiado mucho desde la época de aquella radio pequeña hasta hoy. La televisión..., bueno. Recuerdo cuándo empezó. —Apartó una rama con el brazo para que Dena pudiera pasar—. Murrow y yo nos entusiasmamos mucho con el maldito invento. Caray, qué ingenuos éramos; creíamos que la radio instruiría y elevaría a los seres humanos, que salvaría a la humanidad de la ignorancia y detendría las guerras. Me alegro de que Murrow no haya llegado a ver lo que pasa hoy porque temo que esto va a ir de mal en peor. —A continuación rió entre dientes—. Después de retirarme he descubierto otra cosa que no sabía de la televisión: que es mil veces más fácil estar dentro que verla.

Llegaron al arroyo y Dena miró el agua. Era tan transparente que le parecía que podía ver las piedras de color marrón y beis, redondas y pulidas, como a través de un cristal. Howard sacó un vaso plegable que llevaba en el bolsillo trasero y lo sumergió en el agua.

—Quiero que bebas un poco.

—¿Se puede tomar así, sin más, directamente del arroyo?

—Claro que sí, pura como está. Pruébala.

Dena tomó un sorbo. Estaba helada y era la mejor agua que había bebido.

—Es excelente.

—¿Te das cuenta? Lee dice que tendríamos que embotellarla.

—Tiene razón. —Caminaron hasta un tronco para sentarse, pero Dena vaciló—. ¿Por aquí hay serpientes?

—No. Ya se nota que eres de ciudad. Las serpientes hibernan.

—No existe la posibilidad de que me sienta encima de una y la despierte, ¿verdad?

—No te preocupes. —Se sentaron y escucharon el rumor del arroyo—. Teníamos una pequeña granja a unos quince kilómetros del pueblo y mi padre decía: «Tan pronto como el hombre se aleja demasiado de la naturaleza, empieza a meterse en problemas». Tenía razón, por supuesto, pero en aquel momento yo no pensaba lo mismo. Entonces lo consideraba sólo un viejo conservador, un campesino simple que

no sabía nada. Me moría por limpiarme la tierra de los zapatos y emprender mi camino hacia la gran ciudad. Ver el mundo, tener éxito. Pero cada día que paso aquí fuera, pienso en él. Me doy cuenta de que mi padre, aunque yo pensaba que no valía mucho, vivió la vida de una de las mejores formas posibles. Nunca fue cruel con nadie, educó a sus hijos, amó a su esposa y trabajó la tierra. —Howard parecía absorto en sus pensamientos—. No hablaba mucho de sí mismo. Pero inmediatamente después de Pearl Harbor fui a casa a visitarlo antes de embarcarme, y salimos a caminar por la granja. Nos pusimos a hablar de la guerra, y me contó algo que yo no sabía, que le había ocurrido durante la Primera Guerra Mundial. Me explicó que una noche que estaba solo en las trincheras, esperando a que llegara su relevo, oyó de golpe un ruido. Levantó la vista y vio a un joven soldado alemán que se le acercaba arrastrándose. Cuando vio el uniforme alemán, dice que se asustó tanto que cerró los ojos y apretó el gatillo. Sólo vio que el chico le caía encima. Le había dado en el cuello. Era muy joven, no tendría más de dieciséis o diecisiete años, y estaba tan asustado como él. Mi padre se quedó sentado toda la noche, junto a aquel chico que se desangraba, sin poder hacer nada para ayudarlo, excepto darle la mano y tratar de consolarlo.

»Ninguno de los dos entendía el idioma del otro, pero hablaron toda la noche. Lo único que logró averiguar fue que el muchacho se llamaba Willy. Justo cuando estaba a punto de salir el sol, el chico llamó a su madre y murió allí mismo, apretando la mano de mi padre. Aquélla fue la primera vez que lo vi llorar. Lloró por un chico que había matado hacía más de veinticinco años. Pero yo tenía tanta prisa y tanto entusiasmo por ir a la guerra que lo único que se me ocurrió fue preguntarle si le habían dado una medalla por matar un alemán. Me dijo que sí, que le habían dado una medalla, pero que lo primero que hizo cuando subió al barco para volver fue tirarla por la borda. Dijo que en la guerra no había héroes, sólo supervivientes. En aquel momento, no entendí a qué se refería, hasta que vi la gloria de la guerra con mis propios ojos. Y muchos años más tarde, cuando mi padre llevaba un par de días en coma y estaba a punto de morir, me senté al lado de su cama, le cogí la mano, y de repente abrió los ojos y me miró. «Hola Willy», me dijo. Creo que vio a aquel chico alemán.

Howard cogió una piedra y la miró.

—No estoy seguro, pero se dicen tantas cosas acerca de la muerte... La gente afirma que ve... Tal vez fue sólo que mi padre llevaba a aquel muchacho en la mente, pero creyó que lo veía y falleció en paz. —Howard miró su reloj—. Será mejor que volvamos. Lee empezó a cocinar hace tres días y si llegamos tarde, me matará.

—Sería maravilloso que de verdad después de morir pudiéramos ver a las personas que conocimos. A mi padre lo mataron antes de que yo naciera. Me encantaría poder conocerlo. He visto fotos tuyas, pero él no tendría ni idea de cómo soy yo. Supongo que si tuviera la oportunidad de verme no me reconocería siquiera. Sería una persona más para él.

Howard le sonrió.

—En nombre de todos los padres del mundo, estoy seguro de que estaría muy orgulloso de ti.

Empezaron a llegar a casa.

—Gracias por enseñarme este sitio... —dijo Dena—. Es maravilloso. En Nueva York te olvidas de que hay otro mundo a sólo un par de horas. El aire es tan distinto... ¿Qué es lo que huele tan bien?

—El humo de la leña. Lee ha encendido la chimenea. Voy a decirte una cosa —continuó Howard—. Si no hubiera tenido esta casa y el velero en Sag Harbor, dos sitios que me han anclado durante todos estos años, no sé si hubiera podido seguir adelante. Hay que salir de esa locura una vez cada cierto tiempo, porque, si no, se va perdiendo la perspectiva. Empezamos a creer que Nueva York, Los Ángeles y el interior de un estudio de televisión son todo el país. Es necesario relacionarse con las personas, hablarles, averiguar qué piensan. Según mi experiencia, a veces tienen más sentido común los hombres corrientes que toman café en grupo en un bar que algunos de los hombres más cultos e inteligentes del planeta. Si quieres saber lo que ocurre de verdad en este país, pregúntales a ellos y te lo dirán.

En aquel momento, los nietos de Howard salieron corriendo de la casa, contentos de verlo.

—Abuelo, rápido. No nos dejan comer hasta que llegues tú.

—Ya he llegado —dijo él, riendo—. Ya he llegado.

## Volver a nacer

*Selma, Alabama*

1977

Sookie telefoneó a Dena al despacho y le dijo que necesitaba hablar con ella lo antes posible y que se trataba de un asunto de suma importancia, que no podía explicarle por teléfono.

—Es algo de lo que tenemos que hablar en persona.

Dena se asustó un poco y le pidió que la orientase sobre el asunto de que se trataba. Sookie se negó a darle pistas, excepto que había pasado algo que quería compartir con ella, pero sólo cara a cara.

—¿Puedes venir pronto?

—Bueno, voy a intentarlo, Sookie. Volveré a llamarte.

Dena habló con su secretaria y juntas programaron de nuevo un viaje que debía hacer a Seattle, Washington, de modo que incluyera una escala de una noche en Atlanta, lo cual no fue fácil de combinar. Dena estaba preocupada. Fuera lo que fuese, parecía grave.

El viaje iba a resultar pesado, pero, por primera vez en su vida, Dena trataba de ser una buena amiga. Sin embargo, le hubiera gustado que Sookie abandonara su absurda negativa a poner un pie en cualquier estado del norte del país. Llegó a Atlanta agotada.

Sookie había reservado una mesa apartada en el comedor del hotel, un salón formal y agradable, prácticamente vacío. Se sentaron frente a frente. Esperaron a que el camarero tomara nota de lo que comerían.

—A ver, Sookie —preguntó Dena, entonces—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Cuál es el problema?

Su amiga adoptó una expresión grave y comenzó un discurso que tenía bien ensayado o que había pronunciado ya muchas veces.

—Dena, tengo que contarte algo de mí.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, Sookie, lo que sea.

—El veintidós de mayo invité al Señor a entrar en mi vida, y desde entonces lo he aceptado por completo como mi Señor y Redentor.

—¿Qué dices?

—Como eres mi mejor amiga, quería compartir contigo la noticia de que ahora tengo una relación personal con Jesucristo.

—Sookie, no hablas en serio, ¿verdad?

Su amiga se inclinó hacia delante.

—Claro que hablo en serio. No es un tema para hacer bromas.

No era un chiste, y Sookie esperaba que Dena dijera algo, pero ésta no podía

pronunciar palabra.

—Vaya... bueno, esto... espero que seáis muy felices. Es decir... ¿qué quieres que te diga? ¿Eso era lo que tenías que contarme?

—Una parte. La otra que quería compartir contigo es que, hace dos semanas, Jesús me habló al corazón y me dijo que es necesario salvarte. Me gustaría poder ser testigo personal de Cristo y presentártelo.

Dena se horrorizó sólo de pensarlo y comenzó a buscar desesperadamente al camarero para pedirle una copa.

—¿Sabes qué, Sookie? Me parece fantástico y si es tu camino, perfecto... Cada loco con su tema. Pero no me interesa nada esa cuestión de la Biblia. —El camarero llegó enseguida y Dena pidió un vodka doble. Después miró a Sookie—. ¿Ya no bebes, o qué?

Sookie la miró simulando timidez.

—Claro. Tomaré un vaso de Chablis. Hasta Jesús bebía vino.

—No puedo creer que me hayas hecho venir hasta aquí para decirme esto. ¡Maldita sea, Sookie! Pensaba que era algo importante.

Sookie abrió los ojos con asombro.

—Bueno, es importante para mí.

—No puedo creer que me hables en serio.

—Creí que te alegrarías por mí. No parece alegrarte mucho.

—Tienes razón, Sookie —aceptó Dena—. Debería emocionarme descubrir que mi mejor amiga, que yo creía sensata, me avisa de la noche a la mañana de que tiene una línea telefónica directa con el cielo y conversa todo el día con Jesucristo. ¿Cómo te has vuelto de repente tan religiosa?

El camarero les sirvió las copas que habían encargado.

—Dena, siempre he sido cristiana. Eso lo sabías, ¿no te acuerdas? Siempre iba a estudiar la Biblia en la universidad, los miércoles por la noche, no te olvides, y siempre iba a la iglesia. Pero nunca querías acompañarme. Yo lo intentaba, pero tú te dedicabas a todo aquello del teatro. No es nada nuevo; sólo que ahora he asumido verdaderamente el compromiso de vivir como una auténtica cristiana y de ayudar a predicar el Evangelio.

Dena seguía mirándola con los ojos desorbitados, incapaz de creer lo que oía. Sookie continuó.

—Después de todo, Dena, fue el mismo Jesús quien dijo que a menos que un hombre vuelva a nacer no podrá entrar en el Reino de los Cielos, y deseo que tú vayas allí con nosotros. Me preocupas. Quiero salvar tu corazón. —En aquel momento, el camarero les sirvió la comida. Casualmente el entrante de Dena consistía en corazones de alcachofa. Mientras intentaba saborear la comida, Sookie insistió—: Sí que crees en Dios, ¿verdad? No me digas que ni siquiera crees en Él...

—Sookie, te quiero mucho, pero será mejor que no hablemos de este tema. Me harás decir cosas que preferiría no decir. Cambiemos de conversación. ¿Cómo están

las niñas?

Era evidente que Sookie estaba desilusionada, pero aceptó su derrota con elegancia.

—De acuerdo. Te prometo que no hablaré más del asunto. Pero no vas a ganarme por cansancio, Dena; pase lo que pase, rezaré por ti.

—No reces.

—Sí, rezaré. No pienso irme al cielo sin ti... y tengo mis artimañas.

De vuelta a Nueva York, en el avión, Dena continuaba atónita por lo que le había revelado Sookie. Debían haberle hecho un lavado de cerebro. Inmediatamente después del aterrizaje, cogió un taxi para dirigirse al estudio. Abrió el bolso para pagar al conductor y vio unos folletos que sin duda Sookie había introducido sin que ella se diera cuenta. Uno decía: «¿Tienes la salvación?», y el otro: «Jesús te está buscando». Sólo había otro motivo por el que había merecido la pena el viaje: ver la cara que pondría Ira Wallace cuando le dejara los folletos encima del escritorio. Pero cuando entró en su despacho, su secretaria le entregó una noticia que acababa de llegar al teletipo.

SAG HARBOR-HOWARD KINGSLEY, EL PRESENTADOR DE NOTICIAS RETIRADO, CONOCIDO COMO «LA CONCIENCIA DE LOS TELEDIARIOS», FALLECIÓ AYER POR LA NOCHE EN SU CASA, A CAUSA DE UNA INSUFICIENCIA CARDÍACA, A LA EDAD DE 68 AÑOS.

# Despedida

*Sag Harbor, Long Island*  
1977

Lee Kingsley telefoneó a Dena para decirle que iban a esparcir las cenizas de Howard durante una ceremonia íntima que tendría lugar a bordo de su velero, el *Lee Anne*.

—Queremos que nos acompañes. Sé que a Howard le hubiera gustado porque te apreciaba mucho. Te pido por favor que vengas.

Dena aceptó. Se encontraron en la casa de Sag Harbor y subieron al velero cerca de las cuatro de la tarde. Estaban Lee; Anne, la hija de Howard, su esposo y sus dos hijos; Charles, el amigo íntimo de Howard, con su esposa, y seis o siete amigos de la pareja que no conocía. Nunca había asistido a un funeral y le ponía nerviosa no saber cómo comportarse ni cómo se desarrollaba. Pero Lee condujo la ceremonia con el buen hacer que la caracterizaba e hizo que todos se sintieran cómodos. Anne se había acercado enseguida a Dena para decirle:

—Me alegra mucho que hayas podido venir a acompañarnos. Papá tenía una opinión excelente de ti.

Zarparon con el agua tranquila y serena, y únicamente se oía el ruido de las gaviotas que seguían el velero. Echaron el ancla y Lee sirvió champán. Poco después, cuando el sol comenzaba a ponerse, Lee se levantó.

—Como todos sabéis, Howard se enamoró de este sitio desde el día en que vinimos por primera vez, hace treinta y siete años. Le agradó el pueblo y la gente, y en este velero pasó alguno de sus momentos más felices. Cuando se sentía preocupado, subía al barco y navegaba por aquí durante horas. No hablábamos mucho de la muerte, pero tengo la sensación de que le gustaría que sus restos descansaran aquí. Una vez le pregunté por qué nunca se alejaba más de la costa y me contestó: «Lee, me encanta dejar la vista perdida en el horizonte, despejar las ideas y pensar en lo que hay más allá, pero no quiero olvidar mi casa». Y me parece que así vivió. Con la vista en el horizonte, pero sin olvidarse de su casa.

Uno a uno, los presentes pronunciaron unas palabras rememorando a Howard. Dena estaba demasiado conmovida para hablar. El último en hablar fue un amigo, John.

—La verdad es que he pensado cien cosas que podía decir y que me gustaría decir de Howard; hablar acerca de la clase de hombre, la clase de amigo que fue. Pero la verdad... sigo oyendo su insistente voz cuando me decía: «Venga, John. No queremos tu prosa sentimental ni tu verborrea de escolar». Así que no haré más que despedirme: adiós y buen viaje, marinero.

El sol comenzaba a ocultarse en el cielo cuando los presentes vieron cómo un suave viento repentino desparramaba las cenizas por el agua, al tiempo que



escuchaban el disco preferido de Howard, que puso Lee. De un hombre tan serio, pocos hubieran adivinado que su canción preferida era una de Cole Porter. Mientras las últimas cenizas desaparecían, se oyó la voz de Fred Astaire cantando:

You're the top... you're the coliseum,  
you're the top... you're the Louvre museum,  
you're a melody from a symphony by Strauss,  
you're a Bendel bonnet, a Shakespeare sonnet,  
you're Mickey Mouse<sup>[1]</sup>.

Todos alzaron las copas para brindar por Howard, excepto Dena, que perdió la compostura y rompió a llorar desconsoladamente. Trató de contenerse pero no lo consiguió; ver cómo desaparecían las cenizas había despertado algo en su interior. Aquello era... definitivo.

Nadie podía estar más sorprendido por aquella repentina explosión de emociones que la misma Dena, que se enorgullecía de controlarse en cualquier ocasión. Experta como era en eludir los sentimientos, ahuyentarlos o rehuirlos, ahora estaba horrorizada. «¿Qué pensarán? Soy la que menos lo conocía». Algunos de los presentes se le acercaron, pero ella no hacía más que decir:

—Disculpen. No sé qué me pasa.

Un hombre la abrazó y la animó. Sabía que estaba quedando en ridículo, pero no podía dejar de llorar. Por último se le acercó Lee, la hizo sentarse y trató de consolarla. Pero Dena lloraba como nunca lo había hecho en su vida, procurando no hacer ruido, intentando parar. Necesitaba un pañuelo y no tenía. Quería morir. Iban a pensar que de verdad había sido amante de Howard por la forma en que se comportaba.

Cuando dieron la vuelta para volver a la costa, vieron que detrás de ellos se habían alineado veleros de distintos tipos y tamaños. Estaban anclados, quietos y en silencio, con las banderas a media asta en señal de duelo por su vecino. Permanecieron inmóviles en el agua hasta que el *Lee Anne* pasó y después zarparon en una sola hilera y navegaron lentamente trazando un círculo alrededor de la zona donde se habían esparcido las cenizas de Howard. Más tarde se dirigieron al muelle.

Ante aquella ceremonia, Dena sollozó aún más. Cuando llegaron a la casa, tuvieron que acostarla en una cama, en una habitación contigua al cuarto de estar. Lee le llevó un paño frío y húmedo y se lo puso sobre los ojos, enrojecidos e hinchados.

—Disculpa... No sé lo que me pasa. Te ruego que me disculpes —balbuceó Dena.

Intentó calmarse por fin mientras oía que en la sala los demás hablaban, reían incluso, y brindaban. Una situación extraña: se esforzaban por mostrarse valientes, conversaban sobre temas cotidianos, como si eso aliviara la pérdida. Oyó que los niños jugaban a la pelota con el perro, que estaba entusiasmado por las visitas. Parecía una escena irreal. Howard ya no estaba, pero la vida continuaba, y lo único que quedaba era una silla vacía. Al pensarlo se echó a llorar otra vez. Un rato después, Lee volvió, se sentó en la cama y le cogió la mano.

—¿Cómo estás?

—No lo sé... Disculpa —contestó Dena, moviendo la cabeza con pesar.

—No pasa nada, Dena. Son cosas que ocurren. Algo te toca y despierta recuerdos, alguna pérdida del pasado. Está bien. No te apresures y sal de la habitación cuando tengas ganas.

Cuando Lee se fue, trató de pensar. ¿Qué era lo que la hacía llorar y la entristecía tanto? ¿Era la muerte de Howard? Sin embargo, no había llorado cuando se enteró. Se impresionó y se disgustó, pero no lloró. Lo apreciaba, lo respetaba, iba a echarlo de menos, pero no tanto como para desesperarse de aquel modo. ¿Tenía que ver con las despedidas? ¿Guardaba relación con su padre? Le parecía que no, puesto que ni siquiera lo había conocido. ¿Qué ocurría? Tal vez simplemente la entristecía vivir en un mundo en el que no estuviese Howard.

## Dos cartas

*Nueva York*  
1977

Después del funeral de Howard Kingsley, Dena llegó a su casa aproximadamente a las doce y media de la noche y, tan pronto como cruzó el umbral, se puso el camisón, abrió una botella de vodka y se bebió gran parte del contenido. Alrededor de las cuatro de la mañana, borracha como una cuba, se le ocurrió que por fin le diría a Ira Wallace lo que pensaba de él. Se sentó frente a la máquina de escribir y redactó una carta.

Estimado gusano:

¿Cómo te atreves a decir esas barbaridades sobre Howard Kingsley? No eres digno de cepillarle los zapatos, gusano. Crees que las buenas personas son idiotas. Te ríes de cualquiera que tiene integridad... rebajas a todo el mundo, quitas la dignidad a todos. Si alguien merece respeto y admiración en este país, tú vas a enlodarlo para arrastrarlo al fondo del pozo contigo. No te importa a quién haces daño. No guardas lealtad a nadie salvo a ti mismo... Porquería... La gente aprenderá a odiar a los demás y a desconfiar, como haces tú, y si llega un día en que sea peligroso salir de casa, ¿qué te importará a ti? No olvides que sé dónde está tu dinero, gusano, evasor de impuestos, gusano calvo, y tampoco te considero un buen ciudadano, gusano gordo con cara de tortilla. Dimíto. Hasta la vista, adiós, auf Wiedersehen... y enhorabuena. No sé cómo alguna vez me caíste bien, pedazo de basura, fumador de puros apestosos.

Atentamente,  
Dena Nordstrom

P.D.: Howard era el mejor. ¡Tú eres de lo peor!

Dena terminó de escribir alrededor de las cinco y media de la mañana. Sintió que se había quitado un gran peso de encima; se sentía libre. Se acostó y durmió plácidamente por primera vez en muchas semanas. Aproximadamente a la una de la tarde se despertó con una resaca de las peores y un terrible dolor de estómago. Preparó un café, tomó un Maalox y tres aspirinas, y leyó la carta que había escrito. Qué cantidad de moralina. Una mierda. ¿Quién era ella para acusar a los demás? ¿Acaso se imaginaba que podía situarse al mismo nivel que Howard Kingsley? Qué montón de palabrería moralista y santurrón... La invadió el pánico al pensar que podía haber salido a echarla en el buzón. Gracias a Dios, no la había enviado. La noche anterior estaba completamente segura de creer todas aquellas tonterías, pero

ahora se daba cuenta de que lo único que había hecho era descargar pensamientos de Howard. La noche anterior, el vodka la había convencido de que de verdad creía en lo que había escrito. Pero en aquel momento no sabía ni por casualidad qué pensaba ni qué sentía en realidad respecto a nada. ¿Quién diantres era para emitir juicios? ¿Acaso le importaba alguien más que ella misma? Ira Wallace al menos quería a sus hijos, pero de ella no podía decirse nada parecido. Al menos él amaba a alguien. Rompió la carta en pedazos y la tiró a la papelera. Había una hoja en blanco en la máquina de escribir. Mecnografió algunas frases antes de tomar un Valium y volver a acostarse.

A quien pueda interesar y a quienes no les importe un bledo: ¿Quién diablos soy? ¡Socorro! ¡Socorro! Bombero, salve a mi hijo. Bla bla bla, a quién le importa, a quién le importa, a quién le importa. ¡Dejadme en paz!

En el otro extremo de la ciudad, Gerry O'Malley garabateaba una más de las tantas cartas que había empezado, apoyado en la encimera de la cocina y con la gorra roja de béisbol puesta.

Querida Dena:

Hay muchas cosas que quiero decirte, pero las palabras no bastan para transmitirte lo que siento en el corazón. Soy como un pintor que imagina un hermoso cuadro lleno de colores vívidos, pero al que sólo le dan palillos y barro con que pintarlo. Me gustaría saber cómo llegar a ti. No quiero palabras que sólo rocen la superficie de lo que siento por ti. Hay demasiadas palabras que se dicen desde el pensamiento y, como una gran carga de fuegos artificiales, estallan y mueren. Quiero palabras que produzcan una explosión larga y profunda que te sacuda hasta los huesos y resuene eternamente en tus oídos. Así es como quiero hablarte. Quiero que me oigas atravesar tu piel. Quiero que bebas mis palabras como espeso vino tinto, alcanzar cada parte de ti hasta que no quede un solo lugar intacto. Quiero estar en tus huesos, en tus músculos, en todos tus rincones, hasta en las puntas de tu pelo. Quiero que sepas que te amo en todas las células de tu cerebro, en cada pensamiento del sueño y de la vigilia. Quiero estar en el aire que respiras... para que con cada aliento sepas que hay un ser en este planeta que es tuyo, que sabe quién eres, que te ama para toda la eternidad y, si hay algo después de la eternidad... incluso después.

Dejó de escribir, releyó sus palabras y pensó: «Es la sarta de imbecilidades más repugnante y vergonzosa que he leído en mi vida». Arrugó el papel y lo tiró al cubo de la basura, junto con los otros, para empezar de nuevo.

Querida Dena:

Sé que lo que sigue puede sorprenderte, pero desde el primer día en que te vi no pude dejar de

Se detuvo y rompió el papel. Se dijo en voz alta:

—¿Por qué no llamas de una buena vez, idiota?

Cogió el teléfono y marcó el número de Dena. Pero ella había desconectado el teléfono.

# Amor verdadero

*Nueva York*

*1977*

Una de las muchas cosas que Dena no sabía de Gerry O'Malley era que él creía en el amor. Su padre y su madre se habían amado con locura, así que Gerry sabía que existía y cómo era. Su padre era militar tenía un puesto importante en el Pentágono, y su madre muchas veces se iba de su casa de Middleburg, Virginia, para viajar a Washington y pasar la semana con él. No les gustaba estar separados, aunque sólo fuese unos días. Gerry y su padre adoraban a la madre. Era tan inquieta, tan vivaz, tan divertida... hasta que nació la hermana de Gerry, con parálisis cerebral. Entonces su vida cambió. La hermana requería una atención constante y la madre, que había sido el alma de todas las fiestas de Washington, dejó prácticamente de salir de casa. Mandaron a Gerry al colegio militar a los doce años de edad.

La enfermedad empeoraba a medida que su hermana crecía, y por más que su madre intentaba cuidar de ella, no podía. Finalmente, se vieron obligados a llevarla a una escuela especial situada en otro estado, donde recibía atención médica durante las veinticuatro horas del día. La madre quedó destrozada cuando no tuvo más alternativa que separarse de su hija. Cuando Gerry volvía de la escuela, notaba que su madre bebía cada vez más, y su padre bajaba solo a desayunar diciendo que aquel día su madre se encontraba mal. Él y su padre nunca habían afrontado el tema, y en consecuencia no se hablaba de él.

Un año más tarde, su madre dejó de salir de la habitación. Gerry sólo vio llorar a su padre un día, después de una visita que le hicieron a la clínica de reposo. Cuando salieron, el padre apoyó la cabeza en el volante y sollozó. Gerry sabía que lloraba porque había tenido que dejar primero a su hija y después a su esposa, que se había refugiado poco a poco en otro mundo hasta dejarlo completamente solo.

Su madre murió de alcoholismo agudo el primer año que Gerry pasó en la universidad. Su padre, tras años de presenciar la lenta destrucción de su esposa y sintiéndose inútil, se hundió en el desánimo y también se aisló del mundo. Gerry quedó con una gran sensación de desamparo, sin saber qué hacer para llegar a él. Dado que quería ayudarlo, pero no sabía cómo ni qué decir ni hacer, decidió dejar de estudiar música y pasarse a la psicología. Unos años más tarde, su padre volvió a casarse. Resultó una situación agradable. Estaba acompañado, aunque la relación no era de amor. Jamás sintió lo mismo que por su primera esposa. Gerry sabía que había que tener coraje para vivir así. Conocía por la experiencia familiar lo hiriente y peligroso que podía llegar a ser, pero la vida no le dio ocasión de elegir. Reconoció a la mujer que amaba en un instante, la recordó como se recuerda un viejo sueño y se sintió perdido y recuperado al mismo tiempo. Su vida cambió tan radicalmente como

si se hubiera acostado en un sitio y hubiera despertado a la mañana siguiente en la otra punta del mundo; un mundo ligeramente conocido pero nuevo y deslumbrante, con el brillo y la frescura que parecía tener el mundo en la infancia después de la lluvia, cuando salía el sol; un lugar de infinitas posibilidades. Casi había olvidado ya aquel viejo sueño de encontrarla. Pero los sueños son capaces de atravesar con un solo impacto el lugar más oscuro de todos, la pared más gruesa que exista. Y allí estaba, y se llamaba Dena.

Desde el momento en que cruzó el umbral de su consultorio aquella primera vez, sintió que su vida anterior, que había planificado hasta el último detalle, quedaba atrás como un vago recuerdo. Supo que seguiría a aquella mujer a donde ella quisiera llevarlo. Aquel momento fue casi místico; no necesitó luchar ni defenderse ni lamentarse, porque estaba tan seguro de aquel sentimiento como de las cosas que le habían pasado. Sabía que intentar detenerlo resultaría tan fútil como hacer fuerza para no deslizarse por una montaña de cristal. Sintió que caía, pero no tuvo angustia ni terror, sino la expectativa dulce y febril de aterrizar junto a ella, en sus brazos.

En cambio, la causante de aquella sobrecogedora actividad interior no tenía noción de lo que ocasionaba. Dena Nordstrom no creía en el verdadero amor, ni en ningún otro. Gerry se quedó paralizado cuando leyó en el periódico que Dena salía con Julian Amsley, el presidente del canal de televisión. Cada vez que aparecía una foto de los dos juntos en el periódico, lo cual ocurría con frecuencia, se le caía el alma a los pies. Pero no podía hacer nada.

## ¿Para qué están los amigos?

Atlanta, Georgia

1978

Seis meses después de la muerte de Howard, Dena dio una conferencia en la Universidad Femenina de Misisipi, y después Sookie la llevó a Atlanta. Dieron vueltas en el coche mirando las casas, haciendo tiempo hasta que llegara la hora en que Dena debía coger el avión a Nueva York.

—Ojalá hubiera prestado más atención a lo que pasaba en el mundo cuando estudiaba —se lamentó Sookie—. Así quizá no me sorprendería tanto lo que ocurre ahora. En aquella época, sólo me ocupaba de caer bien a todo el mundo.

—Y le caías bien a todo el mundo.

—Sí, pero con esfuerzo, no como tú. Tú resultabas simpática instantáneamente. No sé por qué, pero no tenías que mover ni un dedo. Mi caso era distinto. Debía ir corriendo de acá para allá, sonreír, participar en un montón de cosas. No descansé hasta después de casada.

—Sookie, hoy todavía sigues corriendo y metiéndote en todos los grupos que existen.

—¡No es cierto! Te sorprenderías de saber todas las actividades en las que no participo. Y disfruto mucho en los grupos en los que intervengo. Oye, no olvides que a Earle le conviene, para su trabajo, tener una esposa activa en la comunidad. Además, ¿qué otra cosa voy a hacer? ¿Quedarme sentada en casa mirando la pared? ¡Mira aquella casa! ¿No te parecen los bojes más hermosos del mundo?

—¿Los qué?

—Ya te los has perdido. Este año, mis bojes están raquíuticos.

Dena no tenía la menor idea de lo que significaba «bojes».

—Sookie, ¿has estado alguna vez un tiempo sola? ¿Realmente sola?

Su amiga reflexionó un segundo.

—¿Para qué?

—¿Nunca te sacan de quicio los demás?

—No. Nunca... la verdad es que no, excepto mamá, por supuesto. —De repente Sookie observó algo interesante—. ¡Mira! ¿A quién se le ocurre pintar la casa de ese color?

Miró una casa pintada de azul, con los postigos de un tono morado.

—Sí queda raro. Ahora en serio, Sookie, me interesa mucho saber por qué.

—¿Por qué? Son los nuevos ricos. En Atlanta constituyen una plaga. No tienen gusto. Benditos sean.

—No, te pregunto por qué te cae bien la gente.

—Vaya una pregunta tonta de verdad. ¿Por qué no iba a caerme bien la gente? Es



lógico que a uno le agraden los demás; a todos les gustan los otros, ¿no?

—No estoy muy segura de que a mí sí.

—Por supuesto. Siempre te ha resultado simpática la gente.

—¿Tú crees? Tal vez ya me haya cansado.

—No me digas que te has vuelto bohemia, como Margo.

—¿Como quién?

—Sí, mujer, ya te conté lo de Margo, aquella chica de Selma que se fue a estudiar al norte.

—No me acuerdo.

—Sí que te acuerdas. La que volvió completamente cambiada y extraña. La que se hacía la aburrida delante de los demás, que se vestía siempre de negro...

—No...

—Bueno, es igual. La cuestión es que no quería participar en nada, ni siquiera en el grupo de voluntariado. Sólo le apetecía quedarse sentada leyendo o cosas por el estilo. Al final, un día fui a verla y le dije: «Margo, ¿qué te pasa? ¿Es que te has cansado de la humanidad?». Cerró el libro que leía, me miró y ¿sabes lo que me contestó? «No me he cansado de la humanidad. ¡Lo que me ha decepcionado es el hombre!». Acto seguido ¡se metió en la casa y me dejó en el porche como una idiota! Supongo que cuando habló del hombre, se refería también a la mujer, porque desde entonces no ha cambiado. Se compró una casucha mezquina en medio del bosque y ahora cría esos perros dogos horripilantes. No me gusta decir esto, pero me parece que es rara.

Dena sonrió.

—Entonces supongo que yo también soy rara. No me molestaría vivir en una casa en medio del bosque, completamente sola.

—A mi entender, con la vida que llevas ahora ya estás demasiado tiempo sola. Necesitas tener a alguien con quien hablar, con quien compartir tus pensamientos más íntimos.

—No te preocupes. Tengo una psiquiatra a la que pago un montón de dinero por compartir mis pensamientos más íntimos.

Sookie se impresionó y estuvo a punto de sacar el coche de la carretera.

—¿Psiquiatra? No me digas que vas a una... ¿Lo ves? Ya sabía yo que algo funcionaba mal.

—Todo funciona bien. Hay mucha gente que va al psiquiatra. Además, no es psiquiatría propiamente dicha. Es hipnoterapia.

—¿Cómo?

—Hipnoterapia. Me hipnotiza.

—¡Dios mío, Dena! Espero que sepas lo que haces. Earle opina que la mayoría de esos psiquiatras de Nueva York son comunistas hechos y derechos. Nunca sabes lo que él puede decirte mientras estás hipnotizada.

—Ella.

—Bueno, ella. Igual te convierte en espía o algo parecido. Ten cuidado; últimamente hay subversivos por todas partes.

—Sookie, ¿de dónde sacas esas cosas?

—Las leo.

—Ay, Sookie.

—Intentan eliminar el cristianismo, y cuando lo logren, verás. Subirán los impuestos, nos retirarán las armas, sin que nos demos cuenta pondrán a un comunista o un socialista en la Casa Blanca, y entonces llegará el fin.

—Sookie, asegúrame que no crees de verdad en lo que dices.

—Cielo, están intentando prohibir los rezos en las escuelas, en este mismo momento, mientras conversamos.

—Me parece que eso tiene que ver con la separación de la Iglesia y el Estado.

Sookie dio la vuelta a la esquina.

—Ésa es una excusa barata que dan para convertirnos en una nación sin Dios y para corromper a nuestros hijos.

A Dena comenzó a dolerle la cabeza.

—De cualquier modo, no me importa mucho.

—Pues debería importarte. Estamos hablando de tu país, de tus hijos y de mis hijos. ¿Te gustaría que un día regresaran de la escuela y te asesinasen mientras duermes?

—Yo no tengo hijos.

—Bueno, algún día querrás casarte y tenerlos. Debes empezar a pensar en eso.

—No me casaré.

—Sí, claro. Ahora dices eso. Pero un día conocerás a alguien y perderás la cabeza por él. Y será mejor que me elijas como dama de honor o no volveré a dirigirte la palabra. Eres la única amistad de la que puedo presumir, así que no oses pedirle a ninguna de tus amigas actrices que me suplante.

—No te preocupes, porque no va a haber ninguna boda.

—¿No quieres tener hijos?

—La verdad es que no.

—No te creo. Todas las mujeres queremos casarnos y tener hijos.

—Tú los tienes y yo los disfruto. No siento la necesidad de procrear.

—¡Dios mío! ¿Y por qué no?

—Porque cualquier idiota puede casarse y tener hijos; no es un gran logro.

—¡Muy bien, muchas gracias!

—No me refería a ti. Ya me entiendes.

Sookie no salía de su asombro.

—No puedo creer que no quieras casarte. Pensaba que tenías las cosas más claras.

—Créeme, tenemos personalidades distintas. Es lo que no me canso de decirte; siempre ha sido así.

—¡No, no siempre!

—Sí, siempre.

—¿En qué sentido? —inquirió Sookie.

—Para empezar, a todas horas te volvías loca por los chicos.

—¡Es mentira!

—Sookie, no lo niegues. Te acostabas con un paño frío en la cabeza si el tonto de turno no te llamaba.

—No era así. Puede que alguna vez. ¿Y qué tiene que ver con que no quieras casarte?

—¿Has oído hablar de la liberación de la mujer? No todas pensamos en casarnos.

—Ya lo sé, pero no desearás estar sola el resto de tu vida. Y acabar confinada en un bosque criando una jauría de perros asquerosos. No necesitas a ningún psiquiatra, Dena Nordstrom. Yo te digo qué problema tienes sin que me pagues un centavo. Crees que no te cae bien la gente, pero sí que te gusta; lo que ocurre es que la temes; por eso te quedas sola.

Dena suspiró.

—Sookie, estoy rodeada de un montón de personas todo el día. Te aseguro que no estoy sola.

—Yo hablo de lo que pasa por la noche, cuando vuelves a tu casa. Y en las vacaciones, por ejemplo. ¿Con quién pasas la Navidad?

—Por favor, no empecemos con eso otra vez. No necesito tener hijos sólo para pasar la Navidad con alguien. Puedo ir a miles de sitios.

—Sin embargo, no vas, a eso me refiero. Jamás vienes a Selma a pasar la Navidad con nosotros. ¿Sabes lo que pienso? Creo que te quedas en ese piso que tienes, completamente sola. Eso me imagino.

—Sookie, no soy como tú. Me gusta estar sola, en serio. Y basta de hablar de mí. Ya sufro bastantes presiones para, además, tener que escuchar esas tonterías sobre mi soledad y mi tristeza, que sacas de alguna revista de decoración. ¿Por qué no podemos tener una charla amena sin que fastidies a todas horas?

Sookie condujo en silencio durante bastante rato.

—Dena, tengo que contarte una cosa.

Dena se dio cuenta, por el tono, de que iba a ser algo que no le gustaría y se quejó.

—No, por favor. No me hables de ninguna nueva experiencia religiosa.

Su amiga tenía una expresión preocupada. Observó por el espejo retrovisor, se detuvo a un lado del camino y apagó el motor. Después miró al frente, y respiró profundamente con los ojos cerrados.

—No es nada de eso. Dena, sé lo de tu madre.

—¿Qué?

—Ya está, ya lo he dicho. Sé que me arriesgo a perder tu amistad, pero antes de que te enfades conmigo, te aclaro que no tenía ninguna intención de averiguarlo. Fue un accidente.

—¿De qué estás hablando?

—Fue una tontería, pero... bueno..., las chicas de la universidad creíamos que tenías un novio oculto. Y... me hicieron buscar para ver si guardabas alguna carta de amor escondida... Sin querer, leí por error la carta de tu abuelo. —Dena sintió que enrojecía y que se le aceleraba el corazón—. Ya sé que hice mal... y lo siento... —Dena no dijo nada—: ¿Tienes ganas de matarme?

Entonces, una mujer con el pelo corto, castaño y rizado, vestida con una bata verde de algodón, salió de una casa y las miró con curiosidad. Sookie le sonrió y la saludó con la mano. La mujer respondió al saludo, bajó las escaleras y se acercó al coche. Sookie murmuró «Santo cielo» y bajó la ventanilla.

—¿Vienen a ustedes a traerme el presupuesto? —preguntó la mujer.

—No, señora, es que nos hemos perdido.

—Ah, creí que buscaban mi casa. Estoy esperando a los de Sears para que me pasen el presupuesto por unas alfombras. Pero no son ustedes, ¿verdad?

—No, señora —contestó Sookie. La mujer miró a Dena—. Hemos parado aquí un momento, pero ya nos vamos. Suerte con su alfombra.

—¿No quieren pasar? —propuso la mujer—. Si se han perdido pueden llamar por teléfono, y de paso les enseño la habitación donde voy a poner la alfombra para que me den su opinión.

Consciente de que debían marchar, Sookie encendió el motor.

—Gracias, pero ya nos arreglamos.

La mujer se dirigió a Dena.

—Su cara me suena... ¿Es usted pariente de los Larkin?

—No, no es de aquí —se apresuró a decir Sookie—. Va de paso para coger el avión. Es totalmente desconocida.

—Ah —suspiró la mujer, levemente desilusionada. Se alejó del coche diciendo—: Vuelvo a entrar por si me están llamando. Encantada de conocerlas.

—Igualmente..., suerte con la alfombra.

—Espero que no me cueste una barbaridad. Pero supongo que ya me lo dirán ellos, ¿no? Si es que vienen.

Sookie arrancó y se despidió con la mano. Siguió conduciendo, apesadumbrada, mientras Dena encendía un cigarrillo en silencio.

—Si no dices algo, me va a dar un síncope. En algún momento tendrás que abrir la boca. No sé de qué puerta sale tu avión... Mírame, estoy tan nerviosa que me está saliendo urticaria.

—¿A quién se lo has contado? —preguntó Dena.

—¡A nadie! —la respuesta fue categórica—. ¿Crees que se lo contaría a alguien? ¡Ni a ti te lo he dicho hasta ahora! Siempre quería contártelo, pero no me atrevía. Quería serte simpática, y tú me decías a todas horas que pasabas las vacaciones con tu madre y os divertíais como locas. No podía decirte que sabía que era mentira. Te invitaba a mi casa, pero nunca aceptabas y no sabía qué hacer. En aquella época yo

era una cabeza hueca, apenas sabía lo que quería estudiar, y mucho menos podía entender un asunto como ése. Ignoraba qué debía hacer y por eso no dije nada.

Dena dio otra chupada a su cigarrillo.

—¿Se lo has contado a Earle?

—¡A Earle! —Sookie se horrorizó—. ¿Por qué demonios había de contárselo a Earle? No, no se lo he contado a nadie. ¿Crees que traicionaría a una amiga? Soy una buena amiga, Dena, y lo sabes. Y si no lo sabes a estas alturas es porque no confías en nadie. ¿No venían las Kappa a contármelo todo a mí? ¿Y las Pi Phi también? ¿Y revelé alguna vez una sola palabra, aunque me muriera de ganas? No, no pensaba traicionar a ninguna de mis hermanas, y te aseguro que sé muchas cosas. Antes preferiría que me arrancaran la lengua. Dices que no te conozco, pero la verdad es que eres tú la que no me conoces a mí. Soy tu amiga, te guste o no. —A Sookie comenzó a temblarle la barbilla; estaba al borde de las lágrimas—. Discúlpame por haber leído esa carta... pero no te traicionaría nunca, y me hieres si me crees capaz de hacerlo.

Dena apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Me espíaste. ¿O cómo se llama eso?

—No era espíar. Creí que se trataba de cosas de novios. A eso no se le llama espíar.

—¿Y si hubiera estado saliendo con un hombre casado?

—No seas tonta. Sabía que no salías con un hombre casado. ¡Por Dios!

—¿Cómo lo sabes?

—No eres del tipo de gente que hace esas cosas.

—¿Cómo lo sabes? —repitió Dena.

Su amiga la miró como si acabara de perder la razón.

—Pues porque eres una Kappa, ¡por eso! —Sookie miró hacia arriba y vio el rótulo de un establecimiento que servía comidas a los coches—. ¿Podemos parar aquí un momento? Estoy muy nerviosa.

Aparcó y apagó el motor. Se les acercó una chica a atenderles y Sookie pidió una Coca-cola grande. Dena no quiso tomar nada.

—Escucha, Dena, estás molesta conmigo, pero quiero que sepas por qué me preocupo por ti y te doy la lata. Es por eso. Me da la impresión de que continúas mintiéndome cuando me dices adónde vas y qué haces en las vacaciones. Estás sola demasiado tiempo, y eso no es bueno. No me importa lo que digas. Y esto no lo he sacado de ninguna revista de decoración.

—Sookie, sabías lo de mi madre. Entonces, ¿por qué insistes tanto en la vida feliz y fantástica de los viejos tiempos, si conocías la verdad?

Su amiga alzó las manos.

—No me lo preguntes. Siempre me he sentido culpable por eso. Supongo que no era capaz de afrontar que de algún modo te estaba decepcionando porque no podía encarar la situación. Tendría que haberte ayudado, como mínimo. No sé cuál es el

motivo. ¡Tú eres la que va al psiquiatra! Pregúntale a él, pero no le digas mi verdadero nombre.

—A ella.

—Bueno, a ella; o mátame de una vez. Tengo defectos; ¿qué más puedo decir? Soy una persona débil y con defectos, como dice mamá. Lo único que sé es que he hecho todo lo que he podido... aunque no ha sido mucho. Dena, no tienes idea de lo mal que me he sentido todos estos años; comprenderé que no vuelvas a dirigirme la palabra. Me suicidaré y mis hijas quedarán huérfanas, pero lo entenderé. Dame un cigarrillo.

—Tú no fumas.

—Empezaré ahora. ¿Qué más da, si acabo de perder a mi mejor amiga?

—Sookie, no has perdido a tu mejor amiga.

—¿No? Gracias a Dios...

—Al fin y al cabo, yo te mentía.

—¡Exactamente! —Sookie la miró a los ojos—. ¿Por qué me mentías? Yo era tu mejor amiga.

—Déjame beber un poco. —Cogió su vaso y bebió un sorbo—. Me daba vergüenza.

—¿Te daba vergüenza? ¿Por qué? Tú no tenías la culpa. Además, eso no es para avergonzarse.

—No estoy avergonzada.

Sookie la cogió de la mano.

—¿No te parece mejor que hablemos? Habrá sido terrible para ti.

—No hay nada de que hablar. Ya no pienso en ello. Fue hace mucho tiempo.

—¿Has llegado a averiguar lo que ocurrió?

—No. Escucha, Sookie: muy pocas personas saben lo que pasó. Y quiero que siga siendo así. No me gustaría que saliera a la luz. No porque esta cuestión me disguste sino porque no quiero hablar de ello con desconocidos, ¿entiendes?

—Claro —dijo—. En primer lugar, no le importa a nadie. En segundo lugar, no querrás que la gente te tenga lástima ni compasión. Te entiendo perfectamente, y en lo que a mí respecta es asunto archivado. Sabes que puedes confiar en mí con los ojos cerrados.

Cuando llegaron al aeropuerto, Sookie la despidió con un abrazo. Dena se detuvo un instante antes de irse y, aunque le costaba expresar lo que sentía, dijo:

—Sookie, la verdad es que eres una buena amiga.

—¡Hace años que vengo diciéndotelo, boba!

# Un griego que hace regalos

*Nueva York*

*1978*

Julian Amsley, el presidente del canal de televisión en que trabajaba Dena, había nacido en la parte baja de la zona este de Manhattan, igual que Ira Wallace, y sus padres habían sido inmigrantes pobres de primera generación. Tanto Amsley como Wallace eran ambiciosos y tenaces, y de jóvenes se propusieron salir de los barrios bajos costara lo que costase. La diferencia entre ambos radicaba en la finalidad y los métodos que habían empleado. Wallace perseguía el dinero y el poder por el mero hecho de tenerlos, y no le importaba lo que los demás pensasen de él. En cambio, Amsley quería el dinero y el poder para obtener las cosas que deseaba, para ser aceptado por la sociedad y para alejarse lo más posible de los sórdidos bares griegos en que su padre había trabajado como friegaplatos. Ya a los dieciocho años se cambió el nombre, Julio Andropoulos, por el de Julian Amsley, y trabajó y reunió dinero para tomar clases de dicción. Se casó con la hija del director de una televisión, comenzó a trabajar allí y, gracias a los contactos y al nombre de su suegro, ascendió con rapidez y acabó consiguiendo finalmente el puesto de su viejo suegro.

Por la noche, analizaba a la gente de la «alta sociedad» como si cursase una carrera universitaria. Se fijaba en la forma en que vestían, en las tiendas donde compraban la ropa, en los nombres que ponían a sus hijos y en los colegios a los que los llevaban. Investigó dónde y cómo vivían y qué les gustaba. Aprendió francés y estudió arte, música y teatro. Contrató a la decoradora favorita de la gente elegante, Sister Parish, para que le decorase el piso y el chalet situado en los Hamptons, y solicitó el consejo de expertos para comprar una colección de arte. Pagó al hijo borracho y arruinado de una de las mejores familias para asegurarse de que lo invitaran a las mejores fiestas. Entonces necesitó el domicilio adecuado y la esposa adecuada. Se divorció de la primera, se casó con otra mujer y consiguió misteriosamente un piso en un edificio cuya junta de vecinos jamás hubiera permitido el ingreso a nadie sin su previa aceptación y, menos, por supuesto, si pertenecía al mundo del espectáculo. Amsley tuvo que comprar el edificio, pero merecía la pena. Había tardado décadas en conseguirlo, pero al final había llegado a poseer la riqueza y la afabilidad necesarias para casarse con mujeres hermosas y elegantes con la intención de que, de una u otra forma, sus cualidades se le pegaran, lo transformaran y lo elevaran por arte de magia a su categoría. Pero el desprecio por uno mismo termina destruyendo el propio mundo. Una vez que se propuso conquistar a las dos mujeres más destacadas y de las «mejores familias», y logró casarse con ellas, sólo le inspiraron desprecio. Y ambas terminaron dejándolo. Amsley lo tenía todo: dinero, fiestas, la compañía de mujeres atractivas, pero lo que más codiciaba, la clase, se le

escapaba y seguía fuera de su alcance. Había tratado de comprarla, de conseguirla por medio del matrimonio, de imitarla, pero nada había dado resultado. Era como intentar atrapar el humo. Por más esfuerzos que hacía, su criado negro tenía más clase en el dedo meñique que Amsley en el cuerpo entero, y no lograba comprenderlo.

Una noche, Julian se encontraba sentado junto a la mesita blanca que ocupaba el centro de su enorme y fría cocina, rodeado por los mejores artilugios de acero inoxidable que pueda imaginarse. A solas, a las tres de la madrugada, bebía un vaso de leche y, con la vista fija en la pared, se preguntaba qué podría obtener ahora para intentar llenar aquel vacío negro que sentía en el estómago. Aunque llevaba puesto un pijama de seda negra que costaba ochocientos dólares, una bata de cachemir de mil quinientos y unas zapatillas de cuero, a pesar de su atuendo y de su corte de pelo de doscientos dólares, seguía sintiéndose el chiquillo hambriento de la Tercera Avenida; seguía corriendo; seguía tratando con desesperación de coger una manzana del carro que pasaba. Y últimamente Dena Nordstrom era la manzana reluciente que intentaba coger.

La presentadora de un concurso con la que salía desde hacía dos años le había golpeado la cabeza con un gran cenicero de ónix mientras dormía, porque no quería casarse con ella. Esa misma semana, la presentadora volvió a Texas y se casó con el dueño de la segunda tienda de Cadillacs más grande de Dallas y Fort Worth, que siempre la había esperado. Amsley buscaba otra belleza que la sustituyera, ¿y quién mejor que Dena Nordstrom? Era exactamente lo que le gustaba. Una chica con clase y difícil de conquistar.

Al día siguiente, Dena recibió lo que Julian enviaba siempre y siempre le daba resultado: diamantes. Y se los devolvió. Rechazó sus invitaciones, una tras otra, hasta que, varias semanas después, Julian le dijo una cosa que la hizo cambiar de parecer. «Si sales conmigo tendrás más relieve, más influencia. Puedo presentarte a todas las personas importantes. Tómallo como un negocio, aunque sólo sea eso».

Eso la atrajo, porque no era amor. Pero tampoco era una cosa sencilla; Amsley era un hombre mayor, pero no inofensivo. Intentaba demostrar que continuaba siendo un griego viril, y le resultaba agotador quitárselo de encima.

Sin embargo, desde que empezó a salir con él y a moverse en sus círculos, tenía la sensación de estar ascendiendo de nivel. Pero las presiones aumentaron. Los amigos de Amsley tenían la idea errónea de que, como Dena asistía a sus fiestas, pertenecía al mismo mundo. Pero no. Dena era una trabajadora. Para ella, la vida social era parte de su trabajo. A la mañana siguiente a cualquier fiesta, mientras las esposas adineradas se ocupaban de ir de compras, hacerse la cirugía estética o dormir hasta tarde, Dena trabajaba en el estudio de la televisión... y ese tipo de vida empezó a agotarla. Otra vez.

Al principio la impresionó el mundo de supuesta «gente guapa» con el que la había relacionado Amsley. En general eran personas activas e inquietas, siempre en movimiento, en busca de placer, en busca de posesiones y en busca de publicidad...



Corrían a todas horas en manada de un lugar a otro, de Palm Beach a París, y de allí a Mónaco o a Marruecos; a cualquier sitio que consideraran el nuevo lugar de moda. Pero al cabo de un tiempo se dio cuenta de que casi todos los supuestos miembros de la jet set no sólo se aburrían sino que también aburrían a los demás. Y eran tan cínicos que la estaba volviendo cínica a ella también.

La verdad era que desde que había muerto Howard parecía que se le había apagado una luz interior, y se sentía más perdida y sola en el mundo que nunca. Necesitaba alguien que la inspirara por dentro, que la estimulara. Pero ¿quién?

Había una sola persona en el mundo a la que no había visto nunca y a la que verdaderamente le hubiera gustado conocer. Nunca se había animado a intentarlo. Un día particularmente triste, un lunes por la mañana en que se sentía al borde del abismo, cogió el teléfono y llamó a su representante. La respuesta la dejó estupefacta.

—Señorita Nordstrom, el señor, por lo general, no queda con nadie ni concede entrevistas, pero nuestro común amigo Howard Kingsley tenía tan buena opinión de usted, que haré todo lo posible.

Dena colgó. Era un regalo del cielo, en el caso de que hubiera creído en el cielo.

## Patio de Dos Hermanas

*Nueva Orleans, Louisiana*

1978

Dena cogió el avión a Nueva Orleans por la noche y al llegar se instaló en el Hotel Bourbon Orleans, pero no pudo dormir. A la mañana siguiente, sonó el teléfono de la habitación y le habló una voz aguda y suave.

—Señorita Nordstrom, tengo entendido que ha venido usted hasta aquí con el sólo propósito de mantener un diálogo enriquecedor conmigo. ¿Es así?

—Sí, señor Williams, exactamente.

—Bueno, no estoy en condiciones de garantizarle que el diálogo vaya a ser muy enriquecedor. Lo único que puedo asegurarle es que esta mañana sigue laténdome el corazón, de modo que pasaré a buscarla alrededor de las once y media. ¿Le parece bien?

—Sí, señor, lo esperaré abajo.

Colgó. Si alguien le hubiera dicho que un día iba a verse arreglándose para encontrarse con Tennessee Williams, no le hubiera creído. A las once de la mañana estaba ya en el vestíbulo, sentada bajo una palmera. Miraba hacia la calle Orleans con el deseo de verlo antes que él la viera a ella. Llevaba un vestido ligero de seda blanca y el aire acondicionado del hotel la estaba ya congelando cuando la sobresaltó una voz.

—Señorita Nordstrom, mi nombre es Robert. El señor Williams y yo vamos a llevarla a comer.

Tennessee Williams estaba junto a la recepción del hotel. Parecía una versión más pequeña del conde de Montecristo, como si se hubiera escapado de otro siglo. Hasta su actitud parecía de otra época. Pero cuando hablaba se advertía que estaba bien situado en el presente.

—Señorita Nordstrom, bienvenida a Nueva Orleans. Robert nos acompañará por la calle, por si me ocurre algo. Espero que no la moleste.

—Claro que no, de ninguna manera.

—He pensado que podemos dar un paseo y después ir a comer, si le apetece.

—Encantada, es la primera vez que vengo a Nueva Orleans.

Salieron a caminar bajo el sol radiante, en un día tan húmedo como claro. Mientras le explicó la presencia de su acompañante.

—Robert es mi hombre de la limpieza. —Ante el asombro de ella, rió y continuó —: Cuando acaba el festival de Mardi Gras, unos hombres de la limpieza recogen de la calle todos los restos y desechos que quedaron en el desfile. Yo soy un desecho que quedó de algún desfile antiguo. Si me caigo en la calle, Robert me recogerá. — Williams celebró su propio chiste.

A Dena le pareció que se sentía cohibido, por lo que intentó seguir hablando de temas triviales.

—¿Y le ocurre a menudo eso de terminar en el suelo?

A Williams le brillaron los ojos.

—Señorita Nordstrom, en este momento estoy en el suelo, aunque no enterrado. No enterrado del todo, al menos no por ahora. Pero no puedo garantizarle nada durante la tarde.

Los tres caminaron por la calle; una rubia alta y distante, un hombre de baja estatura con un sombrero de paja y unas gafas oscuras; y Robert, un joven de estatura mediana vestido con pantalones grises y chaqueta granate. Todos los transeúntes reconocían a Williams. Se acercaron a la catedral de San Luis y al parque Bienville, y él le fue resumiendo la historia de Nueva Orleans, mientras Dena estaba más interesada en hablar de él que de la ciudad.

—Señor Williams, sé que la pregunta que voy a hacerle es una estupidez, pero usted es sin duda el dramaturgo vivo más famoso de Estados Unidos. ¿Qué se siente siendo tan famoso?

Williams señaló un balcón de un edificio de St. Peter's Street.

—Allí vivo yo. Allí tengo mi pequeño hogar. —La llevó a ver el Hotel Cornstalk Inn y le mostró la reja de hierro forjado que lo rodeaba. Dena se dio cuenta de que no parecía tener ganas de contestar a su torpe pregunta. Williams se ajustó las gafas e indicó con la mano un restaurante que quedaba en la misma calle.

—Entremos en el restaurante Patio de Dos Hermanas. ¿No le parece un nombre magnífico?

Atravesaron un recinto largo y oscuro que desembocaba en el restaurante. El jefe de comedor se alegró de recibirlos. Se acomodaron en un patio encantador y se les acercaron tres camareros a quienes Williams conocía. Dena y él pidieron un cóctel y Robert, un té helado.

—Es que él tiene que conducir —explicó Williams al camarero con una risita.

Cuando tuvo su copa, pareció relajarse.

—Señor Williams, volviendo a... lo que decíamos antes... —Dena sacó su cuaderno y a él pareció divertido.

—Sí, claro. Me preguntaba por esa maldita prostituta, la fama.

Dena alzó el vaso y lo miró fijamente.

—Sí.

—La fama es como un tiburón que tiene mil ojos y espera el momento de comernos, de devorarnos. Comer y nadar, comer y nadar. La fama mata, querida. La fama es un lugar incómodo; la gente corre hacia ella o bien se aleja de ella, pero no es un sitio donde se pueda vivir tranquilamente. Nadie lo disfruta.

—¿No cree que hay personas a las que les gusta ser famosas?

Él bebió un sorbo de la copa.

—Supongo que habrá personas insensibles, a las que no les importa exponer su

vida a la mirada del público. Pero no conozco a ningún artista verdadero que sea capaz de sobrevivir ni de crear sin cierta intimidad. Hay que tener la posibilidad de salir del rebaño y formarse ideas distintas. ¿Está de acuerdo?

—Sí, sí —asintió Dena—, completamente.

—Pero están los que se proponen destruir la intimidad y matar el pensamiento individual. Robert opina que hago demasiado hincapié en mi argumento, pero es un argumento que necesita mucho más énfasis. Tiene que existir intimidad, incluso en relación con las personas conocidas.

—¿En qué imaginaba que consistía ser famoso, señor Williams?

—No imaginaba nada. Lo único que quería era escribir obras de teatro. No estaba preparado para la fama, porque para eso no hay nada que nos prepare, querida. Luchamos durante años por seguir adelante, inadvertidos, hasta que un día nos levantamos y de repente todos los habitantes del planeta quieren conocernos. Pero enseguida entendemos que no quieren conocernos; quieren que nosotros los conozcamos a ellos. Cuántos chicos hermosos. —Señaló con la cabeza una mesa llena de hombres jóvenes y elegantes, lo cual era insólito, que lo miraban y cuchicheaban—. Ésos no me buscan a mí, buscan una porción de esa fama candente. Resulta asombrosa la cantidad de jóvenes que hacen lo que sea para llamar mi atención, como pájaros machos que se pavonean frente a la hembra y exhiben el plumaje. —Rió—. Y lo hacen en serio. Tienen la idea, equivocada, por supuesto, de que si llegaran a gustarme, alcanzarían el estrellato de la noche a la mañana. Hace mucho que dejaron de tener en cuenta ese ingrediente llamado talento. Pero no me extraña. Mire cómo son las cosas. Los que no tienen talento contratan a los que tampoco tienen talento, y todos se desesperan por la fama a cualquier precio. Pero a cualquier precio la fama es muy cara, querida; carísima. —Alzó la mano y enseguida apareció un camarero—. Dos cócteles más, por favor, y que el mío venga sin zumo de naranja. Quiero dar mi naranja a algún necesitado.

—Señor Williams, le agradezco que haya aceptado esta entrevista conmigo.

Él sonrió.

—Me aseguraron que no venía usted con malas intenciones. Ya casi no concedo entrevistas. Claro que ahora no importa; de todos modos las escriben. —Llegaron las copas—. Las llamo «artículos masturbatorios» porque las hacen sin mí. —La expresión de sus ojos cambió cuando fijó la vista en una pared de ladrillos que estaba al otro lado del patio—. Una de esas entrevistas fue particularmente molesta. La persona que la escribió puso las mentiras más atroces acerca de mí y no sé qué marinero. A raíz de eso, empezaron a pasar por mi casa de Key West energúmenos que tiraban piedras y me decían de todo... Bueno, digamos que fue una experiencia de lo más dañina y desagradable, que me apedrearán por algo que surgió de la imaginación retorcida de otra persona. Pero ¿qué se puede hacer? —Se estremeció con un temblor—. Hoy, la vida pública es tan implacable como la cirugía del corazón; un desliz, un error, y eres hombre muerto. La fama puede ser difícil para los

fuertes y los invulnerables, pero cuando se tiene un secreto o una debilidad que sale a la luz, vivir con miedo a la exposición pública puede ser devastador; puede matar, querida. Yo sé que me puse enfermo porque tenía miedo de que cierta información publicada afectara a mi familia, a mi madre y a mi hermana, y mis temores se hicieron realidad, claro. Pero ahora nadie está a salvo. Hay un sinnúmero de personas sin escrúpulos que ofrecen dinero a cambio de información personal sobre cualquier famoso. Todas las personas con las que usted haya entrado en contacto a lo largo de su vida son bombas de relojería que en cualquier momento pueden estallar y hacerle daño, incluso las personas que no la conocen. —El camarero le sirvió una nueva copa—. Y no se puede hacer nada al respecto. Algunos aseguran que estuvieron conmigo, que se acostaron conmigo, que vinieron a mi casa... y todo eso, mientras todavía estoy vivo, querida. Imagine lo que escribirán cuando me muera. —Súbitamente adoptó una expresión triste y apoyó el vaso sobre la mesa—. Ni siquiera conozco a muchos de los que escriben esos libros. Pero que los amigos trafiquen con nuestra vida a cambio de dinero abre una herida que no se cierra. En cierto modo, me parezco a un perro al que le han dado muchos golpes y muy fuertes. Ya no confío en nada del orden de lo humano, me siento absolutamente desconcertado. —La miró—. ¿Por qué traiciona una persona a otra y habla en público de cuestiones personales e íntimas? Es la máxima traición, ¿no cree? —Miró al vacío—. Me da asco, pero ocurre todos los días. Los amantes traicionan a los amantes, los hijos traicionan a los padres. Una vez dije que no me repugnaba nada del orden de lo humano, pero me equivocaba. Esto me asquea, y me producen la misma repugnancia el escritor, el editor, el supuesto periodista y el público, que a fin de cuentas es el que compra el libro. La persona famosa termina confundida y desequilibrada con motivo. Por un lado tiene grandes admiradores y, por el otro, a un gran grupo de personas que sienten envidia y desprecio porque a uno lo reconocen y a ellos no. No fue la belleza lo que mató a la bestia, querida; fue la fama.

—¿Qué ocurre con sus verdaderos seguidores, los verdaderos admiradores de su obra?

—Supongo que hay algunos, por supuesto, pero casi nunca los veo. No son de los que pisotean a quien haga falta con tal de llegar a mí. Puede que alguno de mis admiradores esté en la mesa de al lado en un restaurante, pero jamás invadirá mi intimidad. La gente que me gustaría conocer es la que no conozco nunca, mientras que los indeseables pasan por encima de ellos y me separan de la gente amable y tímida con la que desearía hablar.

Dena se sintió incómoda.

—Señor Williams, ¿ha tenido alguna vez algún ídolo?

—Por supuesto, muchos, pero jamás se me ocurriría correr tras ellos para pedirles un autógrafo. Nunca se me ha ocurrido hacer nada que no fuese apreciar y disfrutar su obra. La obra, querida, eso es lo que se ofrece, no la vida. Son dos cosas distintas. Ahora, las personas conocidas terminan muertas o denunciadas, y si no, las fábricas

de relaciones públicas las magnifican hasta la exageración. Más, cuando su tiempo termina, los entrevistadores las empujan del pedestal y se las comen vivas haciéndoles preguntas inapropiadas. Es peor que arrojar cristianos a los leones... ¡Piedad! Necesito refuerzos para proseguir la conversación. —Alzó la mano, y de inmediato llegó otra bebida. Entonces pareció alegrarse—. Voy a explicarle una cosa: los indios no permitían que les hicieran fotos porque creían que la gente intentaba robarles el alma. ¡Tenían razón! —Y lo repitió en voz tan alta que se oyó en todo el restaurante—: ¡Los indios tenían razón!

—Me parece que deberíamos pedir algo de comer —sugirió Robert haciendo una seña al camarero.

Williams dirigió una mirada al muchacho y otra a Dena.

—Robert se preocupa por mi salud. A no ser que esté tratando de engordarme para matarme.

Un camarero anunció:

—Señor Williams, hoy tenemos unas ostras verdaderamente hermosas.

Los ojos de Williams se iluminaron.

—¿Hermosas? Vaya fenómeno más extraordinario, no he visto una ostra hermosa en mi vida. ¿Ves, Robert? La belleza es subjetiva. —Se dirigió al camarero—. ¡Tráigame once ostras hermosas y una fea! —Rió de forma estentórea y todos pidieron ostras Rockefeller. Dena creyó que estaba borracho, pero él reanudó la conversación exactamente donde la habían interrumpido—. El límite entre la vida pública y la vida privada desapareció a causa de la rápida decadencia de los buenos modales y de la cortesía. Hoy se dan una crudeza y una tosquedad que pasaron súbitamente a ser las formas de comportamiento aceptadas e incluso deseables. Pero está usted hablando con una reliquia de la guerra que hubo antes de que tomaran el poder los caníbales. Soy sólo un alga vieja que sigue aferrada al muelle podrido y destartado de la galantería. —El camarero se acercó a servirles la comida. Cuando dejó la bandeja en la mesa, Williams le dijo—: Señálame la fea, Louis.

—Es ésta, señor Williams.

—Perfecto, la dejaré para el final. —Cuando el camarero se fue, Williams continuó—: Louis tiene alma, cualquiera que detecte la belleza de una ostra es un poeta. Déjale una buena propina, Robert, hay que recompensarlo. —Terminaron de comer—. Aaah, como en la vida real. A veces lo más feo es lo más delicioso.

Se recostó en la silla.

—Señor Williams, ¿cree usted en Dios?

La misma Dena se sorprendió por la pregunta y de inmediato se preguntó por qué la había hecho. A él pareció divertirse.

—¿Dios? Bueno, o es el desgraciado más mezquino que ha existido, o el más descuidado. No se puede negar que tiene un talento sobrenatural para mirar a otro lado y para hacerse el sordo. Pero yo continué intentando agarrarme a un hilo y no volverme mezquino y amargado, como el pequeño Truman. No me sorprendería que

Capote empezara a morder a la gente un día de éstos. —Rió—. ¡Y eso sí que sería una mordedura venenosa, querida! Lo único que sé es que nuestra civilización es el resultado de la lucha y de la definición de la verdad suprema.

—¿Cuál es?

—Tenemos que ser amables y perdonarnos los unos a los otros porque de lo contrario no sobreviviremos. Pero hasta para los más religiosos parece existir una gran mancha que cubriera el mundo, una incapacidad para aprender de la experiencia. La civilización y tantos esfuerzos como fueron necesarios para crearla, y cualquier matón puede echarla abajo en un segundo. Y el mundo está lleno de matones. Pero supongo que debemos seguir resistiendo porque, quién sabe, tal vez un día... No me pida respuestas, querida, yo también las busco, en todos los rincones. La gente viene aquí año tras año a buscar respuestas, pero yo no las tengo. Me arrebataron el cuerpo y el alma, y sólo queda un saco de huesos entre los que usted puede husmear. Ha llegado demasiado tarde.

Dena cerró el cuaderno de notas lentamente.

—Señor Williams, le he mentado. En realidad, no he venido a hacerle una entrevista. No sé a qué he venido... aparte de porque me encantan sus obras. Creo que quería preguntarle cómo sobrevivir. ¿Cómo sobrevive usted?

—¿Cómo? —Guardó silencio mucho rato—. Gracias a un esfuerzo deliberado, por mi parte, de generar un pequeño entorno de insensibilidad. También están el sexo, la bebida, las drogas, todo lo que sirva para amortiguar el golpe, para tapan el resplandor y silenciar el ruido, todo lo que sirva para mantener el mundo a raya. Incluso recurrí a la demencia, por supuesto; dentro o fuera del manicomio, todos estamos locos, pero al menos vigilan a los que están dentro, que ya es algo. Debe usted preocuparse por los que están sueltos, los que fabrican las bombas capaces de hacer volar ocho veces el mundo en pedazos. Si ése no es motivo suficiente para encerrar a alguien en una institución psiquiátrica, no sé cuál lo será. —Empezó a debilitarse la voz—. La tierra, querida..., a veces pienso que es un depósito de chiflados. Quién sabe qué planetas nos descartaron como desechos de fábrica, por no poder adaptarnos a otras sociedades de planetas más civilizados. Quizá vivimos en el lado oscuro de la luna y lo ignoramos.

Parecía hallarse en otro mundo, y Dena se dio cuenta de que estaba cansado. No quería prolongar demasiado el encuentro y cogió el bolso para despedirse.

—Señor Williams, le agradezco infinitamente el tiempo que me ha dedicado. Ha sido usted muy amable al atenderme, muchas gracias.

Cuando Dena se levantó, Williams intentó hacer lo mismo, pero perdió el equilibrio y Robert tuvo que ayudarlo a sentarse de nuevo. Williams la miró.

—Señorita Nordstrom, me encuentro en la vergonzosa situación de no poder acompañarla al hotel, pero Robert irá con usted. ¿Le molesta?

—No, no hace falta, por favor. Sé volver sola.

—De ninguna manera; Robert puede recogerme a la vuelta. He disfrutado mucho

con nuestra comida. No veo la televisión, pero me han dicho que va usted camino de la fama y el éxito, así que supongo que nuestro encuentro ha sido el de dos desconocidos que se cruzan en un camino estrecho, uno procedente del frente de batalla y otro dirigiéndose hacia allí. —Iba a decir otra cosa, pero vacilé—. De todos modos, no creo que desee escuchar los balbuceos de un dramaturgo borracho y fracasado.

—Señor Williams —respondió Dena—, no es usted ningún fracasado. Y me agradecería escuchar cualquier cosa que usted dijera.

A Williams se le humedecieron los ojos y desvió la vista.

—Entonces, le advertiría; le diría, corra, querida. Dé media vuelta y corra para salvar la piel antes de que sea demasiado tarde.

Cuando ella y Robert salieron del restaurante, Dena vio la imagen de Williams reflejada en el espejo del vestíbulo; un hombre pequeño, solo, con la mano en alto para pedir otra copa. Sufrió al ver que él también había sufrido.

Aquella noche volvió a soñar que intentaba buscar a su madre.

Cuando se despertó en la habitación del hotel, a la mañana siguiente, se sentó en la cama unos minutos. Sintió que la recorría un sudor frío al recordar las palabras que le había dicho Tennessee Williams. Cuando se tiene un secreto, el miedo a la revelación pública puede hacerse devastador.



# LIBRO TERCERO

## El secreto de Sookie

*Dallas, Texas*

1963

Cuando su fotografía apareció en la portada de la revista *Seventeen*, a Dena le surgieron ofrecimientos de becas para estudiar teatro y declamación en varias universidades del país, pero su profesor preferido le aconsejó que aceptara la de la Universidad Metodista del Sur, en Dallas. Tan pronto como puso un pie en la universidad, Dena se convirtió en la estrella. En cualquier sitio, la gente no dejaba de mirarla, y todas las hermandades luchaban para ganársela. Pero ella no parecía darse cuenta ni tener conciencia del impacto que causaba en los demás. Los muchachos y los profesores tropezaban cuando ella pasaba junto a ellos, y las chicas se lamentaban en secreto por no poseer aquello que confundían con refinamiento y madurez. Pero, en realidad, Dena era tímida y se sentía incómoda con las personas de su edad. Era siempre simpática y agradable, pero no resultaba fácil de conocer en profundidad. Siempre parecía en parte distante y alejada. Tenía una sola amiga íntima: su compañera de cuarto, Sarah Jane Krackenberry, pero no hablaba de sí misma ni siquiera con Sookie. Lo único que Sookie había podido averiguar era que Dena había estudiado en varias escuelas distintas y que su madre daba mucha importancia al trabajo y era la encargada de compras de un gran almacén de Chicago, por lo que viajaba mucho. Dena había mencionado también a unos parientes de Missouri, pero Sookie nunca llegó a conocerlos.

A veces Dena era divertida en las fiestas, pero en general vivía en su propio mundo de ensueño y andaba por la universidad sin advertir que la mayoría la consideraba un enigma, un misterio por resolver. No le interesaban mucho los chicos y pasaba su tiempo libre casi siempre sola, en el cine o en el teatro de la universidad, trabajando. Las compañeras de su hermandad, desesperadas por salir con chicos estaban perplejas y no entendían por qué rechazaba a los muchachos más apuestos de la universidad para quedarse haciendo decorados teatrales o viendo el ensayo de alguna obra ridícula. Pronto llegaron todas a la misma conclusión: seguramente tenía un novio secreto y deslumbrante. Sookie y Margaret McGruder llegaron al extremo de espiar a Dena en el teatro una noche, pero Dena estaba sola sobre el escenario, aparentemente ensayando. La teoría del novio secreto corrió como reguero de pólvora y la curiosidad alcanzó el punto límite, en especial para Margaret MacGruder y Sally Ann Sockwell, que se morían por saber quién y cómo era el chico, y no podían contenerse. Un sábado por la tarde, en que estaban seguras de que Dena se encontraba en un ensayo, recorrieron a hurtadillas el pasillo del sector Kappa, disfrazadas con unos impermeables y unas gafas oscuras, y llamaron a la puerta de Sookie y Dena.

Sookie abrió la puerta, vestida con una bata verde y con unos rulos rosas sujetos a su cabello rojizo. Estaba haciéndose una limpieza de cutis y parecía acabar de introducir la cara en un barril de cemento, pero las muchachas estaban acostumbradas a tales espectáculos. Sookie intentó hablar sin que afectara a su máscara de barro.

—¿Qué pasa?

—Sookie —explicó Margaret—, vamos, sabemos que Dena ha de tener cartas de amor, o alguna pista, una foto de él, ahí dentro. Queremos ver si encontramos algo.

Sally Ann, que salía con Buck, el hermano de Sookie, le suplicó:

—Por favor... no aguantamos más no saber quién es y cómo es. ¡Me juego la cabeza a que es un dios griego!

—No va a enterarse, te lo prometo —insistió Margaret McGruder—. No se lo contaremos a nadie.

—¡Nooooo! No pienso dejaros entrar para espiar las cosas de mi compañera de cuarto.

—Por favor, nosotras sí que lo haríamos por ti. Por favor. No desordenaremos nada, ni se enterará de que hemos estado aquí.

—No, no puedo. Si se da cuenta, me mata.

Margaret trabó la puerta con el pie antes de que Sookie la cerrara.

—No vamos a irnos hasta que nos dejes pasar. Sabes que tú también te mueres por conocerlo. Vamos, Sook, no tardaremos más de un minuto.

Sookie, que en general era fácil de manipular, se puso firme.

—No. Si tiene que espiarla alguien, seré yo, no vosotras. Yo soy su compañera de cuarto.

—Está bien —concedió Sally Ann—. Esperaremos aquí y vigilaremos por si viene alguien. Y no se lo contaremos a nadie. Queda entre nosotras.

—¿Lo juráis?

—Por supuesto, por nuestro honor de Kappas. ¿Crees que vamos a traicionar a una hermana?

—Está bien —dijo Sookie, mirando a un lado y a otro del pasillo—. Pero os quedáis aquí fuera y llamáis si se acerca alguien. Si me descubren, os mato.

A Sookie no le gustaba espiar, pero también se moría de curiosidad. Ahora, por lo menos, tenía dos cómplices. Se acercó y, sigilosamente, abrió el primer cajón del escritorio de Dena. Metió la mano y palpó en busca de algún papel, pero no encontró nada. Así revisó los cinco cajones, sin éxito. Buscó debajo de la cama y debajo de las almohadas. Nada.

Hasta que se acordó. Dena guardaba algunos papeles en una caja que estaba en el estante superior de su armario. Se subió a una silla, bajó la caja y comenzó a investigar entre los papeles. No había ninguna carta sino sólo boletines de calificaciones, un par de anuncios de obras de teatro, apuntes de las clases, un artículo de periódico sobre Tennessee Williams y una carta mecanografiada de la junta de becas. Por último, en el fondo, encontró una carta y el corazón comenzó a latirle con

fuerza. El sello postal era de la semana anterior y la letra del sobre parecía de hombre. Abrió el sobre con cuidado, emocionada y llena de culpa. El contenido de la carta acaparó su atención.

1420 Pine Street  
Kansas City, Missouri  
21 de septiembre de 1963

Querida Dena:

Espero que te encuentres bien. Yo estoy aquí, en el Hospital de Veteranos, sometiéndome a un tratamiento. Se trata de una institución que depende de la Asociación de Veteranos de las Fuerzas Armadas. Ya sé que este año ha sido malo para nosotros. Pequeña, te escribo para decirte que no tengo buenas noticias sobre tu madre, aunque tampoco son terribles. Acabo de recibir el informe final de ese tal Pinkerton, que me dice que después de dos años ya no puede seguir investigando; pero afirma, con bastante certeza, que tu madre está viva y continúa en el país. Mientras siga inscrita en la Oficina de Personas en Paradero Desconocido, continúan existiendo posibilidades de encontrarla.

No te hagas vieja nunca. La enfermera Watson es buena. Me saca a pasear con correa, así que me paso toda la tarde dando vueltas y más vueltas a la manzana con los otros perros. Echo de menos mi casa, pero tía Elner siempre me manda mi provisión de novedades e higos en conserva. Que te vaya bien en los estudios. Cuídate. Adjunto un cheque por unos dólares que he logrado escamotear.

Como siempre, con cariño, tu abuelo,

Lodor Nordstrom

Sookie dobló la carta con cuidado, volvió a guardarla en la caja y colocó ésta de nuevo en el estante de arriba. No hacía falta ser la alumna más inteligente de la universidad para saber que no debía haber visto aquella carta. Se sentía una traidora por haberla leído. Aguardó unos instantes y después se acercó a la puerta e informó a las otras de que no había encontrado nada. Sally Ann y Margaret se fueron completamente desilusionadas. Cuando pasaron las Navidades, Dena volvió de las vacaciones y le contó lo bien que lo había pasado con su madre; Sookie no dijo nada.

# Una carta en una caja

*Elmwood Springs, Missouri*

1963

Tras la muerte del abuelo de Dena, Macky revisó todas sus pertenencias y papeles en busca del certificado de propiedad de la tumba o de cualquier cosa que necesitara y le fuese útil en su calidad de albacea testamentario. Para examinarlo todo tuvo que abrir una caja metálica.

Dunbar & Straton  
Compañía de Investigaciones  
Chicago, Illinois

Asunto: Marion Chapman  
Sexo femenino, raza blanca  
Fecha de nacimiento: diciembre de 1920  
Washington D.C.  
nº. 8674

Estimado señor Nordstrom:

De acuerdo con todos los datos que suministra el certificado de matrimonio y el número de la seguridad social de su nuera, así como por su fecha y lugar de nacimiento, no hemos encontrado a ninguna persona de nombre Marion Chapman nacida en tal fecha en Washington D.C. que figure en los registros oficiales. Hemos revisado y verificado repetidas veces nuestras fuentes nacionales de investigación y sólo hemos dado con once mujeres llamadas Marion Chapman, nacidas alrededor de esa fecha, todas las cuales han sido localizadas y consultadas. Según nuestros archivos y la investigación efectuada, la persona que buscamos no existe. Si posee algún otro dato que pueda sernos útil, estaremos satisfechos de ayudarle en el futuro.

Atentamente,

A. A. Dunbar

Macky habló del asunto con Norma y ambos decidieron no contárselo a Dena. Como dijo Norma:

—¿De qué le serviría saber que la persona que ella creía que era su madre no existió?

# Un plato que se sirve frío

*Nueva York*

*1978*

Dena Nordstrom había acabado con la única oportunidad que Sidney Capello tenía de triunfar en la televisión nacional. Sin embargo, como una rata encerrada en un laberinto, éste se movilizó rápidamente en otra dirección. En el mundo de la prensa amarilla, donde la velocidad es primordial, Capello había llegado a la cima en una abrir y cerrar de ojos. Pero estaba cansado de trabajar de manera independiente; pelear por el precio de sus informaciones con los editores le ocasionaba demasiadas complicaciones, de modo que eliminó a los intermediarios y abrió su propio periódico. Entonces, liberado de la carga muerta de la ética, la conciencia o el miedo a la ley, y dispuesto como estaba a hacer lo que fuera con tal de generar noticias, Capello no tardó en lograr que su periódico sacara una gran ventaja a todos los demás. La mejor economía era no inquietarse por los acontecimientos. En menos de un año, su periódico, producido a un coste muy bajo, vendía más que cualquier producto de supermercado, y su público lector era cada día más amplio. Y Capello estaba firmemente decidido a mantenerse en el primer puesto a pesar de la creciente competencia.

No le producía ningún remordimiento robar correspondencia, intervenir líneas telefónicas, sobornar o incluso colocar a sirvientas, jardineros o chóferes en las casas de los famosos. Su avidez por acceder a la información sobre la vida privada no tenía límites, y los archivos de FBI parecían libros de cuentos infantiles al lado de sus archivos. Sabía quién se acostaba con quién, cuándo, dónde y cómo; además, siempre conseguía uno o dos «testigos» y, si era menester, por medio de dinero conseguía a la «otra persona» involucrada, aunque esa persona no hubiese estado verdaderamente presente. Tenía acceso a informes médicos, extractos bancarios y conversaciones telefónicas privadas. Sabía cómo inflar casi cualquier esbozo de acontecimiento hasta convertirlo en escándalo, en menos que canta un gallo. Pero el principal motivo del éxito de Sidney era su capacidad de organizarse para el futuro, de guardar siempre algo para los días de escasez. Tenía su archivo de «seguros» repleto de rumores, fotos y documentos que podía aprovechar cuando llegaran aquellos días de escasez. Si en una semana había pocas noticias, se limitaba a sacar cualquier cosa que hubiera dejado en suspenso, le añadía unos hechos falsos y lo echaba adelante. Una gran actriz entrada en años perdió el papel principal de una película cuando aparecieron dos fotos suyas, una tomada antes y otra después de su cirugía plástica, a todo color, en la primera plana de la publicación de Capello, solamente porque aquella semana había sido floja. A Sidney le gustaba estar en la cumbre y, además, llevaba lo que él llamaba «Archivo Explosivo», formado por bombas de relojería preparadas con

anticipación y listas para usar. Enviaba a su personal a recoger datos sobre cualquier persona que, por remota que fuese la posibilidad, pudiera hacerse famosa; niños actores, músicos, funcionarios públicos, voluntarios. Le costaba caro, pero ¿qué importaban treinta mil dólares si una sola noticia vendía millones de ejemplares? Quería llevar ventaja a todos los demás: cuando alguien era catapultado al estrellato, él ya estaba preparado gracias a su plan. Fue así como se había originado el archivo sobre Dena Nordstrom, que luego quedó en suspenso mientras transcurría el tiempo, a la espera del momento oportuno para utilizarlo. Por lo general, Capello se dedicaba estrictamente a la gestión económica, pero en ese caso se interesó personalmente por la historia de Nordstrom. De no haber sido por Dena, él podría estar trabajando como productor de televisión. Había asignado su archivo a Barbara Zofko, su investigadora más costosa y abnegada. Y valió la pena, porque lo que descubrió Barbara superaba las mayores fantasías de Capello. En aquel momento, sólo le quedaba sentarse a esperar el momento justo, y si alguien tenía paciencia, era él. Se trataba de un trabajo sucio, pero no era chantaje. Si alguien se lo preguntaba, él contestaba que no eran más que noticias sobre el espectáculo y noticias a modo de espectáculo, y que corría mucho más dinero en el mundo de la prensa amarilla que en el chantaje. Y era legal. Casi daba orgullo ser estadounidense.

Si Sidney Capello era la abeja reina, Barbara Zofko era el zángano perfecto. Le calzaba como un guante. Era una mujer de cuerpo un tanto deforme, gruesa, con la piel blanca y brillante, y levemente marcada por la viruela; ni fea ni guapa sino con un rostro con el que podían cruzarse mil personas cada día sin recordarlo. Esta característica jugaba en su favor. Por otra parte, era la persona idónea para aquel trabajo, pues no tenía lazos afectivos que interfirieran su labor.

A Barbara Zofko no le importaba comer sola; más aún, le gustaba. Siempre estaba concentrada exclusivamente en su trabajo y en la comida siguiente. Tenía un apetito insaciable y era capaz de comer una bolsa de galletas, un pastel entero y una docena de rosquillas de una vez. En realidad, el hambre era lo que la había convertido en lo que era. Zofko provenía de un pequeño pueblo minero de las afueras de Pittsburgh y tenía seis hermanos. Su padre era un miembro taciturno, su madre ya era vieja a los treinta años de edad, y a Barbara siempre le faltó un poco de todo: amor, dinero, comida. En consecuencia, por más que comiese, nunca se llenaba. Siempre le quedaba la sensación de tener sólo un poquito de hambre, y por eso era el mejor perro sabueso de Capello. Ya hacía varias semanas que se ocupaba de aquel caso y, por el momento, lo único que había descubierto sobre Dena Nordstrom era que había asistido a distintas escuelas de todo el país y que todos se acordaban de ella, pero muy pocos retenían muchos datos acerca de su vida. La investigación se estaba poniendo difícil. No hay cosa más ardua que hacer puntería en un blanco móvil, y esta celebridad de la televisión no había hecho otra cosa que moverse de una ciudad a

otra desde los cuatro años. No había completado sus estudios universitarios, y además, cuando Barbara consiguió una lista de sus compañeras de hermandad universitaria y las rastreó por todo el territorio nacional, fue en vano. No hubo ni una que dijese algo malo de ella, y algunas aseguraron que había sido una persona maravillosa. Como si eso fuera poco, la mujer de Alabama que había sido su compañera de cuarto le habló tanto que casi la dejó sorda. Se pasó horas y horas explicándole lo maravillosa que era Dena. A Zofko le costó poner fin a aquella conversación telefónica. Se le ocurrió que habría una especie de conspiración. Había recorrido la trayectoria de Dena por todas las televisiones locales, y nada. Todo el mundo decía lo mismo: «una buena chica»; «sabíamos que le iría bien». Otro callejón sin salida.

Era hora de dirigirse a los familiares directos. Cuando Barbara reservó una habitación en el único lugar de Elmwood Springs donde era posible alojarse, lo primero que pensó fue «almejas fritas». Siempre le habían gustado las almejas fritas que servían en los restaurantes Howard Johnson, así que no la desanimaba tener que pasar unos días allí. Cuando llegó al hotel, fue una desilusión enterarse de que no había servicio de camareras en las habitaciones, pero se puso de buen humor cuando vio el folleto de la Internacional de Crepes y le dijeron que no quedaba muy lejos. Deshizo su equipaje y se dispuso a hacer lo que siempre hacía en una ciudad que no conocía: ir al supermercado más próximo, coger una canasta y merodear en el sector de panadería y confitería como un gran tiburón blanco para aprovisionarse de una amplia variedad de dulces que le durasen hasta el día siguiente. Por la mañana, llamó a la puerta de Norma Warren.

—¿Señora Warren?

—¿Sí?

—Usted no me conoce, pero vengo de Jefferson City, de la oficina del gobernador, y me gustaría saber si puedo hablar con usted sobre su sobrina... Dena Nordstrom. —Al ver que Norma se sorprendía por lo inesperado de la visita, tal como esperaba, Zofko, continuó—: Es confidencial.

—Bueno, por supuesto. Pase.

Se acomodaron en el cuarto de estar.

—Señora Warren, este año el estado de Missouri está preparando un Salón de la Fama de Missouri, y su sobrina recibirá el primer premio a la Mujer del Año de Missouri.

—¡Aaah! —se entusiasmó Norma—. ¿En serio? ¡No me diga!

—Sí. Pero no lo anunciaremos a los medios de comunicación hasta el mes que viene, así que tengo que pedirle que mantenga estricta reserva.

—Sí, por supuesto. Entiendo. Qué honor.

—Queremos que sea una sorpresa.

—¿Para Dena también? —preguntó Norma susurrando.

—Sí, para ella en especial.



—Entiendo. Soy una tumba. ¿Habrá una cena o algo así?

—¿Cómo dice? —preguntó Zofko mientras sacaba la grabadora y el cuaderno de su bolso.

—¿Habrá cena... o banquete para la entrega de premios?

—Ah, sí. Veamos. Lo que necesito, señora Warren, es que me dé algunos datos para la biografía oficial.

—¿Le parece que será formal?

—Sí, tengo entendido que así será, y si tiene fotos que nos sirvan, de la escuela o...

—¿Dónde será? ¿Aquí, o en Jefferson City?

—En Jefferson City.

—Ah. ¿Cree que podremos asistir? ¿Está invitado el público?

—Recibirán invitaciones.

—¿Cuándo será?

—Todavía no se ha fijado la fecha, pero les avisaremos.

—Estoy tan emocionada que me parece que voy a desmayarme. ¿Cree que podremos conseguir una entrada más, para tía Elnor? No tenemos inconveniente en pagarla. Es su tía abuela, y la verdad es que para ella sería fantástico. ¿El gobernador irá?

—Veamos. Tengo entendido que el padre nació en Elmwood Springs...

—Estoy tan emocionada que no le he ofrecido nada —se disculpó Norma poniéndose de pie—. ¿Quiere un café o alguna otra cosa?

—No, gracias. Estoy bien. Bueno, tráigame una coca-cola, si tiene.

Dos horas después, Norma seguía hablando de lo querida que había sido Dena cuando era pequeña.

—Su madre trabajaba, así que yo llevaba a la Pequeña al parvulario que quedaba en la casa de la vecina Dorothy y la iba a buscar todos los días, y ella era una dulzura. Me acuerdo de la fiesta que organizamos cuando cumplió cuatro años, y le hicimos un pastel enorme. La madre la vistió como a una muñeca.

Zofko reaccionó a la palabra «pastel»; se dio cuenta de que se moría de hambre una vez más e intentó ir al grano.

—Señora Warren, ¿de dónde dice que era la madre?

—No sabría decirle. La verdad es que no lo sé.

—¿Nunca lo dijo? —insistió Zofko, alerta.

—No. Pero era encantadora.

—¿Y dice que falleció?

Norma asintió con la cabeza y cambió de tema:

—Y, por supuesto, cuando conocimos a Wayne Newton estábamos encantados. Fue gracias a la Pequeña. Nos trató tan bien...

—Señora Warren, ¿cuándo murió la madre de Dena?

—Pues no podría decírselo con exactitud.

—¿Y cuándo se fue de Elmwood Springs?

—Cuando tenía cuatro años y medio... creo.

—Se refiere a Dena. ¿Dónde le parece que puedo obtener más datos acerca de la madre?

—Bueno, en realidad basta con decir que no era de Missouri.

Zofko decidió dejar el tema a un lado por el momento. Ya tendría tiempo de verificar la información.

—Señora Warren, creo que ya es suficiente. Le devolveremos las fotos tan pronto como saquemos copias. Muchas gracias por su ayuda.

—No es nada. ¿Sabe una cosa? Disculpe, pero no recuerdo su nombre.

—Barbara. —Se puso de pie, le dio la mano y añadió—: Felicidades.

—Ojalá siguiera vivo su padre para ver este día —dijo Norma acompañándola hasta la puerta—. Dígale al gobernador que estamos de lo más entusiasmados. Ah, Barbara, usted estará en la cena, ¿no?

—No le quepa duda.

—¡Espero que estemos en la misma mesa!

Después de cerrar la puerta, Norma fue corriendo a la cocina y llamó a su marido al trabajo.

—Macky, tengo un secreto. Pero no puedo abrir la boca. Espera a enterarte y te morirás de la emoción. No puedo hablar más. Tengo que colgar.

Después de conversar dando vueltas sobre los mismos temas con la tía abuela de Dena, la señora Elnor Shimfessle, Barbara Zofko se fue de Elmwood Springs sin nada más que dos frascos de higos en conserva, unas cuantas raciones de almejas fritas en el estómago y varias fotos de escuela. Por lo demás, el viaje había sido un fracaso total. Los parientes eran gente insulsa, típica de pueblo, religiosa y respetada. Nada que le sirviera. El padre, Gene, se había metido en problemas una vez por nadar en el depósito de agua del pueblo junto con otros chicos. Decididamente, nada que pudiera dar lugar a algo turbio, ni siquiera en manos de Capello. El único punto de donde se podía llegar a sacar algo era la madre. Barbara notó que tanto la señora Warren como la señora Shimfessle le brindaron muy poca información al respecto y se mostraron reacias a hablar de ella. Las dos le dieron la misma respuesta a las preguntas que hizo sobre ella: «No podría decírselo con exactitud».

El único hecho que tenía para investigar era que la madre, después de irse, entró a trabajar en unos grandes almacenes. Quién sabía dónde. Pero Zofko tenía sus recursos. Consiguió el número de la Seguridad Social de la madre y comenzó a rastrearla desde el primer empleo que obtuvo hasta el último. Consiguió todos y cada uno de los registros de empleo en los que figuraba y llegó a hacerse copias de los datos de los empleos. Siempre decían lo mismo: Nombre: Marion Chapman Nordstrom. Fecha y lugar de nacimiento: 9 de diciembre de 1920, Washington D.C.

Padres: fallecidos.

Su registro de empleos era extraño. Solicitó el alta en la Seguridad Social en 1942, comenzó a trabajar en una tienda de vestidos de Nueva York y conservó aquel empleo hasta 1943, cuando entró en Gumps, de San Francisco. Al parecer, a partir de entonces saltó de un trabajo a otro, de ciudad en ciudad. Revisando los registros de las tiendas, Zofko se las ingenió para encontrar los nombres de varias mujeres que habían sido empleadas en unos grandes almacenes de Chicago que seguían existiendo, y luego viajó a Chicago y dio con una de ellas, que todavía continuaba en la ciudad y en la misma tienda. Se llamaba Jan, era delgada y muy blanca, fumaba demasiado y se mostró dispuesta a hablar.

—Le diré lo que pueda... pero ya hace años que no trabajamos juntas... pero siempre me intrigó saber qué habría pasado con la señorita Chapman. Lo último que supe fue que se había mudado a Boston, pero sí, claro que me acuerdo de ella. Ah, la, señorita Chapman siempre iba al último grito.

Zofko le preguntó a qué se refería, y Jan contestó riendo:

—Me refiero a que era la mejor. Sí, la señorita Chapman era la viva imagen de la moda, sin lugar a dudas. Se vestía impecablemente. Le aseguro que todas nosotras admirábamos su esmero. Nunca se le corría un milímetro del maquillaje ni la veíamos despeinada por un segundo. No se daba aires ni nada por el estilo, sino que era de lo más agradable, si bien podría decirse que se retraía o más bien que se alejaba de nosotras, en cierto sentido. De más está decir que yo era joven (no tendría ni dieciocho años), pero recuerdo que todas queríamos ser iguales a la señorita Chapman, vestirnos como ella, caminar como ella, hablar como ella. Pero sí era especial. Siempre nos preguntábamos por qué tenía que trabajar una persona como ella. Es que con aquella presencia y aquella clase que tenía... Yo en su lugar me habría enganchado con un rico y habría renunciado al empleo para no trabajar nunca más en mi vida.

A Zofko la sorprendió que usara el apellido de soltera, y preguntó:

—¿No sabe si estaba casada?

—No, nunca me enteré. Si estaba casada, no lo mencionó jamás. No tenía vida social. No creo que saliera de su casa más que para venir a trabajar. Y no porque no tuviera oportunidades. Algunas de aquellas mujeres de sociedad, es decir, ricas, siempre la invitaban a sus fiestas, pero no iba. Siempre era muy respetuosa, pero no asistía nunca. Vestía a algunas de las mujeres más acaudaladas de Chicago. Sí, la señorita Chapman era el último grito de la moda. Si les decía que un vestido les quedaba bien, lo compraban sin preguntar más. ¿Así que el gobierno le entregará un cheque importante?

—Sí.

—Vaya por Dios. No sé qué puede hacer para localizarla, pero si la encuentra mándele saludos de Jan, de la sección de calzado. No creo que se acuerde de mí, pero mándeselos de todos modos.

Una semana después, Zofko localizó a una tal Eunice Silvernail en Birmingham, Michigan. Vivía con su hermana en un hogar para ancianos. Zofko le explicó que estaba buscando información que pudiera orientar a la Dirección de Impuestos acerca del paradero de Marion Chapman. La gente no ponía reparos en ayudar siempre que hubiese dinero en juego. La señora Silvernail y su hermana, sentadas en el pequeño cuarto de estar, comían tarta de cerezas y charlaban sobre los viejos tiempos mientras le mostraban a Zofko el reloj que le había regalado la empresa a la señora Silvernail cuando se jubiló. Finalmente, Zofko les recordó el objetivo de su visita, y la señora Silvernail dijo:

—¿Sabe una cosa? Cuando me llamó, revisé mis cosas porque me parecía tener una foto de la señorita Chapman; todos los años nos hacían una foto a las empleadas. Encontré la de aquel año, pero ella no salía. No sé por qué... tal vez justo aquel día estaba enferma. Sé que entonces trabajaba allí, y claro que me acuerdo bien de ella. ¿Qué clase de información busca?

Zofko dio otro bocado a la tarta que habían servido las hermanas sobre la mesa de centro.

—Cualquier cosa, lo que recuerde.

La señora Silvernail cerró los ojos e hizo memoria:

—Siempre usaba Shalimar... Lo sé porque aquel año yo trabajaba en el mostrador de perfumes, antes de pasar al de lencería, y le hacían el descuento por empleada. ¿Sabe una cosa? Trabajé con tanta gente que es difícil tener presentes todos los detalles, pero de eso sí me acuerdo. Y era una mujer muy guapa, de voz encantadora, y trabajaba en la sección de ropa de vestir. Es que aquí hay muchísimas mujeres ricas, y todas compraban ropa en la sección de ella, y le aseguro una cosa, era tan elegante como sus clientas. Incluso, en algunos casos, más elegante. Estaba a la misma altura.

—¿Sabe si tenía novio? —quiso saber Zofko, que ya estaba cansada de oír siempre lo mismo.

—No, no le interesaban los hombres —respondió la señora Silvernail—. Estoy completamente segura. El hijo del dueño, Marcus, un hombre apuesto, le había echado el ojo, pero ella no le daba ni la hora. Estaba loco por ella, la siguió hasta su casa y se enteró de que había estado casada y tenía una hija. Le suplicó que se casara con él prometiéndole que pondría cien mil dólares al nombre de la niña, que le compraría una casa, un coche, lo que quisiera, lo que se le ocurriese, pero ella lo mandó a freír espárragos. Usted ya sabe cómo son los hombres, si les parece que no pueden conquistar a una mujer, se enloquecen por convencerla. Pero él nunca lo logró. ¡Santo cielo! Yo, en su lugar, creo que me habría casado con él. Es decir, ¿cuántas ocasiones así se le presentan a una en la vida? Claro que entonces yo todavía no había conocido a mi esposo, pero ella no quería saber nada de él, y ocurrió tal cual se lo estoy contando. Y poco después se fue. No me sorprendería que aquello hubiera tenido algo que ver con su partida. De todas maneras, al final él se casó. Se casó con

aquella chica de... la sección de bolsos... no me sale el nombre, pero... No sé nada más.

Al día siguiente, Zofko ya estaba otra vez sentada en su piso y comiendo un paquete de Fritos mientras observaba el esquema que había dibujado. No pensaba darse por vencida. Leyó y releyó las copias de todos los registros de empleo y de todas las solicitudes de trabajo que había obtenido, y esta vez se dio cuenta de algo que antes no había notado: la tienda de vestidos Lili aparecía incluida en todas las referencias hasta 1946, cuando de repente dejó de figurar en las solicitudes de empleo. ¿Por qué omitía mencionar aquel trabajo? ¿Podría haber pasado algo allí que la impulsara a huir? ¿Qué había ocurrido en aquel empleo que no quería que descubriesen? ¿Por qué se había ido? ¿La habían echado? ¿Tal vez por robar? ¿O por tener un romance con un hombre casado? Zofko empezaba a albergar esperanzas. Fue a la biblioteca de Nueva York y consultó en la sala de referencias los anuncios aparecidos en los periódicos de 1937 y 1938, hasta que lo encontró: «Exclusiva Tienda de Vestidos Lili, ropa para la mujer exigente», Park Avenue, 116. Revisó los registros de la ciudad y buscó la dirección y la lista de dueños. Los datos que obtuvo le indicaron que el edificio de Park Avenue, 116, había pertenecido a un tal Rickter, William J., que lo vendió a Steiner, Lili Carlotta en 1935, y volvió a manos de Rickter, William J., el primer dueño, en 1944. Los datos le facilitaron la tarea. Llamó a una mujer que trabajaba en el Departamento de Censos de Nueva York y que también integraba la lista de colaboradores pagados de Sidney, y le pidió que le mandase todo lo que tuviera acerca de Lili Carlotta Steiner. Luego volvió a su despacho y se dispuso a esperar. Cuando llegó un mensajero con la información, Zofko abrió apresuradamente el sobre, como si se tratara de un paquete de confites M & M, y devoró el contenido con un deleite similar:

Steiner, Lili Carlotta

Lugar y fecha de nacimiento: Viena, Austria, 1893 Se mudó a Nueva York, residió en la zona de Yorkville, en la calle Ochenta y cinco este, número 463. Fue dueña y encargada de una tienda de vestidos de moda hasta el momento de su arresto. Mantuvo una estrecha relación con miembros del Partido Nazi de Estados Unidos, fue acusada de espionaje y el 13 de diciembre de 1946 fue declarada culpable y cumplió una condena de diez años en prisión. Murió en 1962 a los sesenta y nueve años de edad en Milwaukee, Wisconsin.

Cuando Capello leyó la información que Barbara le entregó, la miró a la cara y le dijo:

—¿Qué me queda por decir? Mejor, imposible. Eres invencible. —Barbara Zofko estaba encantada. Le gustaba complacer a su jefe. Capello preguntó—: ¿Cuánto tiempo trabajó para Steiner?

—Unos ocho meses.

—Es suficiente, más que suficiente —se regodeó Capello—. Escríbelo: Hitler, holocausto, campos de la muerte, todo el paquete.

Zofko volvió a su despacho, se sentó y ensayó algunos titulares y frases posibles:

«El vergonzoso pasado nazi de Dena Nordstrom...», «Su madre fue criminal de guerra...», «Líder de la quinta columna nazi...», «Hija de espía nazi trabaja en la televisión estadounidense». «Su madre fue amiga personal de Hitler, según revelaciones exclusivas...», «Contribuyó a la causa nazi...», «Criminal de guerra nazi confiesa y asegura que una gran celebridad televisiva es hija de una espía nazi...».

Más tarde terminaría de redactar el borrador, pero en aquel momento necesitaba ir a comer. Después de todo, no había prisa. Todavía Nordstrom no era tan célebre como se esperaba. Tenían tiempo, tiempo para adornar el expediente, para añadir «pruebas». Y, por supuesto, tiempo para una buena comida. Barbara se merecía una recompensa por todo su trabajo y por haber conseguido el germen de una gran noticia. No era perfecta, no estaba completa y tal vez no fuese verdad, pero serviría. Cuando terminó, la puso en el archivo con las demás. Aquella pequeña granada de mano esperaría hasta el momento en que Sidney Capello decidiera detonarla y arrojársela a Nordstrom, la americana número uno.

# El banquete

*Kansas City, Missouri*

1978

Después de la visita de Barbara, Norma fue en coche hasta Kansas City pensando en comprar vestidos de fiesta para ella y para la tía Elner en el Plaza. Le pareció que a Macky podían alquilarle un esmoquin en Jefferson City. Dado que era la capital del estado, seguramente tendrían una casa de alquiler de trajes, pero de todas maneras llamó para quedarse tranquila, y así era, en efecto, y disponían de varios esmóquines de la talla de Macky. Guardar un secreto como aquél era difícil para cualquiera, pero para Norma era un suplicio, y prácticamente tuvo que sellarse la boca para no contárselo a Macky. Se moría de miedo de hablar dormida, ya que le había prometido a Barbara que no se le escaparía ni una palabra delante de nadie.

Día tras día escudriñaba los periódicos en busca del artículo que anunciara que habían nombrado a Dena Mujer del Año de Missouri. Y todas las mañanas se apresuraba a buscar la correspondencia con la expectativa de encontrarse con la invitación al banquete.

Después de varios meses, comenzó a pensar que tal vez ya lo habían anunciado y el periódico de Elmwood Springs no lo había publicado, por lo que decidió averiguar. Llamó a la oficina del gobernador de Jefferson City y pidió hablar con Barbara. Al otro lado, la voz le preguntó:

—¿Sabe el apellido?

—No, pero trabaja para el gobernador.

—¿En qué área?

—Se encarga de los premios —contestó Norma, esforzándose por no dejar escapar ningún dato.

—No sé de quién se trata, señora.

—Es que no me dijo el apellido. ¿Quién se encarga de los banquetes?

—¿De la organización de actos?

—No, de redactar los programas.

—No sé de quién se trata, señora.

—Bueno, ¿hay alguna Barbara que trabaje ahí?

Silencio.

—Señora, voy a pasarle con Relaciones Públicas. Aquí, en la lista, hay una tal Barbara Thomas.

—¿Es corpulenta?

—No sé, señora. Yo soy la operadora.

—Relaciones Públicas —atendieron.

—¿Con Barbara, por favor?

—¿De parte de quién?

—Si no le molesta, creo que no puedo decírselo...

—Un momento.

—Hola. Habla Barbara —contestó una mujer.

—Barbara... ¿es usted? —susurró Norma.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy yo, la de Elmwood Springs. ¿Entiende? La parienta de... ya sabe quién.

—Disculpe. ¿Quién habla?

—¿No hay nadie en la línea? ¿Puedo hablar tranquila?

—Sí.

—Habla Norma Warren, la tía de ya sabe quién, de Elmwood Springs.

—¿De dónde?

—De Elmwood Springs. Usted vino a visitarme hace unos seis meses.

—No creo. Yo nunca...

—Sí, ¿no se acuerda... del...? —Y Norma deletreó la palabra «premio».

—¿Qué premio?

—¿No se acuerda de que vino por la biografía?

—Me parece que se equivoca de persona.

—¿Usted es corpulenta y tiene el pelo negro?

—No.

—Ay, pues, ¿y no conoce a una chica corpulenta de pelo negro llamada Barbara?

—No.

—Trabaja ahí. Es la encargada de preparar el gran banquete.

—¿Qué gran banquete?

—Bueno, si usted no lo sabe, no puedo decírselo. ¿Me pasaría otra vez con la operadora? Parece que me equivoqué de Barbara. Disculpe. Y, por favor, no diga que he llamado.

—No se preocupe.

Norma habló con la otra Barbara que trabajaba en la oficina del gobernador, pero tampoco era la que buscaba. Norma estaba totalmente confundida. Llamó a la tía Elner para preguntarle si alguna vez había ido a su casa una mujer llamada Barbara.

La tía Elner, que también había jurado guardar silencio, respondió con cautela:

—¿Quién pregunta?

—Yo.

—Bueno, no puedo decirte nada. Lo único que te digo es que no te sorprendas si te llega una invitación por correo un día de éstos, y no puedo hablar más sobre el tema.

La tía Elner y Norma siguieron esperando, pero nunca llegó nada.



# Marion Chapman

*Filadelfia, Pensilvania*

1954

La tienda de vestidos La Salle, de Filadelfia, donde trabajaba la madre de Dena, no figuraba en la guía telefónica. Los que necesitaban saber el número lo sabían. Bajo su bóveda azul y blanca se paseaban clientes que poblaban las mejores casas, clubes y escuelas de Filadelfia, del barrio Main Line, de Palm Beach o de cualquier lugar de donde fuesen. La señora Porter, una clienta de esa categoría que deseaba sólo lo mejor y estaba en condiciones de pagarlo, siempre insistía en que la atendiera la señorita Chapman. Desde el primer momento había notado que Chapman era una mujer que sabía lo que hacía. En una ocasión, la señora Porter se encontraba sentada en el borde de un sillón redondo, en el centro de un salón rodeado de espejos, eligiendo el vestuario para un viaje a Europa que haría una de sus nueras. Como siempre, estaba vestida impecablemente, con un traje negro hecho a medida que se ceñía perfectamente a su figura pequeña y elegante. Los zapatos negros y angostos que llevaba resaltaban el hecho de que, pese a que tenía más de setenta años, conservaba las piernas y los tobillos perfectos que caracterizan a las mujeres de buen linaje y de las familias más ricas.

Mientras su nuera, Margo, se probaba los conjuntos que seleccionaba la señorita Chapman, la señora Porter expresaba su conformidad con un ligero movimiento de cabeza. En realidad, le interesaba más estudiar a la señorita Chapman, como ya venía haciendo desde hacía tiempo. Todo comenzó cuando Gamble, su segundo hijo, que ya no estaba casado, empezó a cortejar a Marion Chapman, aunque sin obtener resultados. A medida que transcurrían las semanas, la señora Porter había observado que la señorita Chapman se comportaba sorprendentemente bien en todo momento. Nunca era demasiado complaciente y siempre se mostraba agradable, pero tenía algo que la hacía levemente reservada, levemente distante. Era alta e increíblemente atractiva, tenía una piel inmaculada, casi de porcelana, y se recogía el pelo castaño rojizo de tal modo que le remarcaba la nariz aguileña y el perfil perfecto. A primera vista, tenía el porte exacto de una mujer profesional, pero si se la analizaba en detalle, la única minucia que no concordaba con la imagen de vendedora ecuaníme e impasible eran los ojos. Aquellos ojos escondían alguna otra historia. Tenían una cierta expresión, una tristeza, casi una preocupación por algo que no tenía ninguna relación con el presente.

Una vez que Margo hubo completado su guardarropa, la señora Porter le indicó:

—Margo, espérame en el coche, por favor. Saldré en unos minutos. —Y cuando su nuera se fue, la señora Porter dio un golpecito en el sofá, a su lado—. Señorita Chapman, siéntese. Me gustaría hablarle.

La señorita Chapman se mostró reacia:

—Señora Porter, si es acerca de Gamble, le aseguro que...

—No, claro que no —la interrumpió la señora Porter, negando con la mano—. Hace muy bien en rechazarlo. Es una calamidad con respecto a las mujeres. Más bien, al contrario, me sorprende que haya tenido el buen tino de elegirla. La mayoría de sus mujeres son idiotas.

Abrió su cigarrera, puso un cigarrillo en una pequeña boquilla negra y lo encendió. La señorita Chapman se sentó.

—¿Se trata de la ropa? ¿Se...?

—La ropa es excelente —volvió a interrumpirla la señora Porter—. Margo tiene su buen tamaño, y usted ha conseguido disimularlo magníficamente. No; de lo que quiero hablar es de usted. —La señorita Chapman puso cara de susto, pero no se le movió un pelo. La señora Porter dio una calada a su cigarrillo, volvió la cara y echó el humo hacia el otro lado, para después mirar a la señorita Chapman a los ojos. Le dijo, lisa y llanamente—: Señorita Chapman, soy demasiado vieja y demasiado rica para andarme con indirectas. ¿Qué hace usted aquí?

La señorita Chapman parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Usted está fuera de lugar aquí. Lo sé yo y lo sabe usted. Hace un tiempo que vengo observándola. Y, con toda franqueza, usted me fascina. No es una vendedora normal y corriente; nadie sale del colegio secundario hablando francés tan bien como usted. Se ve que usted tiene alcurnia, así que no me diga que sus padres eran trabajadores llanos. Yo crío caballos, señorita Chapman, y distingo un purasangre a un kilómetro de distancia. —Viendo que se sonrojaba, continuó—: Por favor, no lo tome a mal. Jamás pretendería entrometerme en su vida privada. Esas cosas me parecen de muy mal gusto. Pero esto sí lo sé. Probablemente usted podría tener a cualquier hombre de la ciudad si lo quisiera, pero tal vez no quiera un hombre, por el motivo que sea; a mí no me importa. Pero, mientras tanto, también sé que tiene una hija a la cual mantener. Y también sé cuánto le pagan aquí, y no puede resultarle fácil. —Dio otra chupada a su cigarrillo—. Lo que le propongo es lo siguiente. Tengo muchísimo dinero, y Dios sabe que dispongo de influencia y de contactos. Déjeme comprarle su propia tienda. Donde usted quiera; usted es la que decide. Pero al menos permítame ofrecerle un trabajo en el que no dependa de otros. —A la señorita Chapman se la veía preocupada—. Y no se preocupe porque esto tenga algo que ver con mi hijo; es estrictamente entre usted y yo. Usted tiene talento y clase, y sabe hacer su trabajo. No hay absolutamente ningún motivo por el que no pueda tener su propia tienda. Estoy segura de que en pocos años puede conseguir una buena posición. Con la cantidad de ropa que compra mi familia, tendrá suficiente trabajo. — Pareció que la señorita Chapman iba a hablar, pero la señora Porter se lo impidió—: No lo decida hoy mismo. Tómese un tiempo para pensarlo. Puede darme una respuesta hacia el final de la semana. —Quitó el cigarrillo de la boquilla y lo apagó

en el gran cenicero de cristal que tenía delante—. Pero le diré lo mismo que les diría a mis propias hijas: no cometa la estupidez de rechazar mi oferta. Puede devolverme el dinero o no. No importa.

Marion Chapman todavía estaba desconcertada mientras iba colgando la ropa en el probador. De todas sus clientas, la señora Porter le caía mejor que la mayoría, pero aquella propuesta la había cogido desprevenida. Desembarazarse de Gamble había sido delicado, pero ella ya había hecho frente a ese tipo de situaciones. En cambio, aquello era otra cosa. Tal vez porque la señora Porter tenía algo que le inspiraba confianza y que incluso la hizo contemplar la posibilidad. Ojalá pudiera. Significaría una nueva vida, seguridad; podría hacer muchas más cosas por Dena, comprarle todo lo que quisiera. Le daría la oportunidad de salir de aquellos aparthoteles venidos a menos. Podrían tener una casa encantadora, un lugar adonde Dena pudiera llevar a sus amigos.

Aquella noche, cuando volvió del trabajo, Dena la esperaba en el vestíbulo. Fueron a cenar a la vuelta, a un pequeño restaurante, y Dena le preguntó qué le pasaba, en qué estaba pensando. Pero ella respondió:

—Nada, mi vida. Es que estoy cansada. Eso es todo.

Una vez que volvieron a casa y Dena se fue a dormir al sofá del cuarto de estar, Marion Chapman se sentó en la oscuridad y miró a su hija dormida. La luz que entraba por la ventana bañaba a Dena con un brillo casi plateado, y su madre le veía el pelo y la piel blanca. Últimamente había comenzado a descubrirle más rasgos de su padre. Cada día se parecía más a Gene, los mismos ojos azules, el mismo cabello. Mientras fumaba en la oscuridad, el recuerdo la llevó a 1943 y a San Francisco. Una chica que trabajaba con ella salía con un infante de marina, y el amigo de éste según decía la había visto a través del escaparate y se moría por conocerla, pero aquel año la ciudad rebosaba de chicos desesperados por salir con alguien antes de embarcarse, y a ella no le interesaba. Sin embargo, la compañera de trabajo le dio la lata durante varias semanas para que al menos lo conociera, hasta que finalmente, con tal de que la chica la dejase en paz, aceptó encontrarse con él en la última planta del Mark para tomar una sola copa. Aquella noche, cuando salió del ascensor en el Mark, él estaba esperándola con una caja envuelta en celofán y atada con un lazo violeta, que contenía una orquídea.

—Señorita Chapman, soy Gene Nordstrom —se presentó—. No sabía qué comprarle. La chica de la tienda me dijo que tal vez le gustara este regalo.

Sin lugar a dudas, el muchacho no era como ella se lo había imaginado. Parecía que hubiera salido de un anuncio para reclutar infantes de marina. Era altísimo, como de un metro noventa, y tenía ojos azules y pelo rubio clarísimo. El lugar estaba atestado de militares con sus chicas, y tuvieron que abrirse paso a la fuerza para llegar a la mesa que les correspondía, junto a la ventana. Él le dijo:

—Espero que le guste. Llegué temprano para conseguir un buen sitio. Hace un par de horas que estoy aquí. Este lugar se llena rápido.

Ella echó una ojeada.

—Sí, así es.

—Pedí una botella de champán rosado. ¿Le parece bien? Tal vez ésta sea mi única oportunidad de tomar esa bebida. —Tan pronto como el camarero se lo sirvió, sacó la billetera y le enseñó una foto—. Ésta es la panadería de mi padre, y los que están en la puerta son mis padres. —El padre era alto, y la madre era regordeta y sonreía. Le alcanzó otra foto y comentó—: Ésta es mi tía Elner, y éste es mi perro, Tess. No creo que haya oído nombrar a Elmwood Springs, ¿no?

—No —respondió—. He oído hablar de San Luis. ¿Queda muy lejos?

Él rió.

—Lejísimos. Pero a usted le gustaría Elmwood Springs. ¿Ha oído hablar de la vecina Dorothy?

—¿De quién?

—La vecina Dorothy... de la radio. Supongo que aquí no llega su programa. De todas maneras, de allí vengo, de Elmwood Springs. No es muy grande, pero tenemos lo indispensable. Tenemos un cine y un lago. Espero que alguna vez pueda ir. Seguramente le gustará. No sé por qué hablo tanto de Elmwood Springs. Quizá eche de menos mi pueblo. Le pareceré de lo más aburrido.

—No, de ninguna manera.

Ella no tenía la intención de enamorarse y casarse, pero la alegría y el entusiasmo por la vida que irradiaba él eran tan contagiosos que ella empezó a pensar que su vida podía ser distinta. Tal vez podría dejar atrás su pasado y vivir feliz para siempre, en un pueblo situado en el centro del país, haciendo borrón y cuenta nueva.

Pero fue un sueño transitorio. Después de que murió Gene, se dio cuenta de lo ilusa que había sido al imaginarlo. Y cuando nació la hija de ambos, Dena, tomó una decisión. Resolvió llevar a Dena a Elmwood Springs, dejarla con los padres de Gene y sencillamente desaparecer de su vida.

Pero las cosas no le salieron como las había planeado. El día en que bajó del tren, ya era demasiado tarde. Por más que intentó dejar a Dena, no pudo. Cada día que pasaba, sabía que tenía que irse, pero a medida que transcurría el tiempo, la vida en Elmwood Springs de alguna manera le daba la sensación de que quizá allí estuviera a salvo. Los Nordstrom no le hacían preguntas y la recibían con los brazos abiertos.

Casi había comenzado a olvidar quién era en realidad y qué había hecho, cuando de repente se hizo realidad su peor pesadilla. Después del cuarto cumpleaños de Dena, Theo las encontró y fue a llamar a la puerta de los Nordstrom.

No tendría que haber contraído matrimonio ni tenido un niño; debería haber dejado a Dena el primer día. ¿Dónde había tenido la cabeza? ¿Dónde la tenía en aquel momento? No podía quedarse en Filadelfia ni en ningún otro lado eternamente. Tenía que seguir moviéndose. No podía volver a arriesgarse porque comprometía el futuro

de Dena.

Una semana después, la señora Porter llamó al La Salle y preguntó por la señorita Chapman. La dueña le contestó:

—Lo siento, señora Porter, pero ya no está aquí. ¿Puedo ayudarla en algo?

—¿Quiere decir que ya no trabaja ahí? ¿Qué pasó?

—No lo sé a ciencia cierta, señora Porter. Un día llamó para avisar que estaba enferma y, al día siguiente, como no vino a trabajar, llamé para preguntar cómo estaba, y el hombre de la recepción me dijo que se había mudado y que no había dejado ninguna dirección. No sé qué pensar. Tengo un cheque con su sueldo, pero no sé adónde mandárselo. Lo siento, señora Porter. Sé que a usted le caía bien.

—Sí —dijo la señora Porter—. Sí, muy bien.

# Una noche en el teatro

*Nueva York*

1978

Dena fue con Julian Amsley a ver el musical *Mame*, una representación a beneficio del Fondo de Actores, a la que parecía haber asistido todo Nueva York. Era una noche de esplendor, y Dena admitió que se sentía bien cuando caminaba por el corredor y la gente susurraba a su paso:

—¡Ahí está Dena Nordstrom!

Llevaba un vestido sencillo pero elegante y sobresalía en medio de la multitud aunque no ostentara las joyas caras ni la cirugía estética de las mujeres que se habían casado con hombres ricos. Una vez sentada, estaba disfrutando plenamente de la obra cuando, en mitad del primer acto, comenzó a sudar súbitamente y a sentir que le faltaba el aire. Se le aceleró el corazón y le zumbaban los oídos; todo se distorsionó y se tornó irreal. Le pareció que el público se le echaba encima... y le costaba respirar. Sintió que se moría, o que iba a desmayarse.

Se levantó y trató de llegar al corredor, pisando a los que estaban sentados. Julian la miró e hizo ademán de levantarse, pero Dena desapareció antes de que pudiera preguntarle qué le pasaba.

Una vez logró llegar a los servicios, fue corriendo hasta el lavabo y se apoyó en él, pero la cabeza seguía dándole vueltas. Cuando la empleada vio que estaba pálida como un fantasma, se preocupó:

—¿Se siente bien, señorita? —Todavía con dificultades para respirar, Dena abrió el grifo del agua fría y se mojó la cara. La mujer le ayudó a sentarse y le dijo—: Quédese sentada y respire lo más hondo que pueda. —Dena seguía temblando, pero empezó a sentirse un poco mejor mientras la empleada le hablaba y le aplicaba toallas frías en las muñecas—. Se habrá acalorado allí dentro. Trate de relajarse. Ya se le pasará.

A Dena nunca le había ocurrido algo así.

—No sé qué me pasó. Creí que perdía el conocimiento.

—Tal vez comió algo que no le sentó bien, o quizá esté incubando una gripe. O puede que ser que esté embarazada; muchísimas mujeres se desmayan cuando están embarazadas. —Una acomodadora anciana que había visto a Dena entrar corriendo en el baño llamó a la puerta. La empleada preguntó—. ¿Sí? ¿Quién es?

—Soy Fern... ¿Está bien la chica?

—Sí.

—¿Necesita algo?

—Necesito algo de beber —contestó Dena—. Pídale que me traiga algo de beber.

La empleada gritó:

—Fern, ve a la barra y pídele un *brandy* a Mike.

—Doble —añadió Dena.

La idea de un posible embarazo la devolvió a la realidad. Julian la volvía loca, y el mes anterior se había emborrachado en una fiesta en casa de él, y después le pareció que tal vez finalmente se había acostado con él, pero no estaba segura de los detalles, y a la mañana siguiente no preguntó. Prefería no saber.

Cuando llegó la copa, se la bebió de un trago. Se quedó sentada en la silla, inmóvil, mirando hacia delante. Por fin, miró a la empleada a la cara y juró solemnemente ante una completa desconocida:

—No volveré a salir con otro griego en toda mi vida.

La empleada, una mujer corpulenta y de piel morena que nunca había salido con un griego, le hizo una seña de aprobación.

—No me extraña, querida.

Dena se levantó, le dio cincuenta dólares de propina y también algo de dinero a Fern y a Mike, el barman, antes de coger un taxi a su casa dejando a Julian sentado en su lugar de la tercera fila, sin tener la menor idea de lo que le había ocurrido.

A la mañana siguiente se despertó con un miedo mortal, y por primera vez se alegró de tener hora con la psiquiatra el mismo día. Realmente necesitaba hablar con alguien.

Le contó a la doctora Diggers con todo lujo de detalles lo que le había pasado la noche anterior, incluso la idea de su posible embarazo. La doctora la escuchó mientras tomaba nota. A Dena la irritaba que la doctora se mostrase tan tranquila e impasible.

—Me encanta que usted se quede ahí sentada, garabateando o haciendo no sé qué, mientras yo estoy tal vez al borde de la muerte. Quizá lleve en el vientre un niño griego que ni conozco.

—No estás embarazada —afirmó la doctora Diggers.

—¿Y usted cómo lo sabe? No estuvo presente. Ese hombre es como un conejo.

—Dena, tuviste un ataque de angustia.

—¿Un qué?

—Lo que me has descrito es un ataque de angustia típico y habitual.

—¿Está segura?

—Sí, estoy segura.

—Gracias a Dios —suspiró Dena con alivio—. Pero un momento. ¿Por qué iba a tener un ataque de angustia?

—¿A ti qué te parece? —replicó Diggers automáticamente.

—No sé... Ni siquiera sé de qué se trata, y por eso se lo pregunto.

—Bueno, ¿estás angustiada por algo en particular?

—No, estoy muy bien. Todo me va de maravilla. ¿Por qué iba a tener un ataque

de angustia de un momento para otro? —Diggers no respondió, y Dena continuó—: Estaba ahí sentada, pasándolo bien, y de repente ¡zas! Fue horrible. No sé de dónde vino ni por qué. ¿Por qué tiene ataques de angustia la gente?

—A veces es por una causa externa, y otras es inconsciente, cuando hay algo reprimido que trata de salir.

—Fantástico. Ahora resulta que me ataca el inconsciente. No me basta con tener que defenderme de Julian Amsley todas las noches, y ahora también me persigue mi inconsciente.

—Hablemos un poco de lo que pasó ayer por la noche. Dime exactamente qué estabas haciendo.

—Le dije que estaba sentada, viendo el musical.

—¿Qué estabas viendo en aquel momento? ¿Te acuerdas?

—Mame.

—¿Qué parte de la obra?

—Pues no sé. El primer acto. ¿Por qué?

—Trata de recordar qué pasaba exactamente en el momento en que empezaste a sentirte angustiada.

—¿Y eso que tendrá que ver?

—Tal vez nada. Pero compláceme y haz memoria.

Dena se tomó unos minutos para pensar y contestó:

—Tenía que ver con la Navidad. Cantaban que querían que llegara la Navidad, y había un árbol. Es lo único que recuerdo.

—Ah, sí. Entonces era la canción *Queremos que llegue la Navidad*. Conozco ese musical. —La doctora Diggers escribía—. Voy a hacerte una pregunta. ¿Hay alguna cosa que tenga que ver con la Navidad o con un árbol de Navidad que despierte algo en ti? —Dena la miraba inexpresivamente, y la doctora siguió—: ¿Qué te haga recordar algo? ¿Te pasó algo en la época de Navidad que te hiciera sentir mal o...?

—No. Ni siquiera me gusta la Navidad. ¿Por qué me hace todas esas preguntas?

—¿Qué hacías con tu madre para Navidad? ¿Os reuníais con la familia?

—No, no me acuerdo de lo que hacíamos. Nada. No hacíamos nada.

Dena comenzó a sentir un sudor frío. Se le secó la boca y súbitamente tuvo pánico.

—¿Dena? ¿Qué te pasa?

—No sé.

—¿Te sientes angustiada?

Dena tenía las uñas clavadas en la silla y su respiración se había vuelto pesada.

—Un poco... No sé por qué.

Diggers se acercó inmediatamente en su silla de ruedas.

—Bueno, bueno, cálmate. Estás bien; estoy contigo. Levántate y camina. Vayamos a la cocina a mojarte la cara. No dejes de mirarme; estoy aquí, a tu lado.

Llegaron a la cocina y Dena se refrescó la cara y se aferró al fregadero tal como la



noche anterior. La mujer que trabajaba como empleada de Diggers estaba en un rincón de la cocina, sin decir nada. Diggers le ordenó:

—Louisa, ve al botiquín y tráeme un Valium de diez miligramos. —Se lo dio a Dena, la hizo acostarse en el sofá y se quedó hablándole—: Estás bien. Sigue respirando y relájate. Se te pasará; te lo prometo. —Dena sintió que se calmaba, y Diggers le explicó—: Yo pasé por lo mismo. Sé que tienes miedo, pero estás bien.

—Esto es repugnante.

—Sí, ya lo sé.

—¿Ya pasó mi hora?

—No —contestó Diggers—. ¿Puedes quedarte sola un momento? Ya vuelvo. Si me necesitas, no dudes en gritar.

Se dirigió al consultorio, llamó al portero de la planta baja y le dijo que no hiciera subir al siguiente paciente. Después le asignaría otra hora. Volvió al cuarto de estar.

—¿Tengo que irme? —quiso saber Dena.

—No. Quédate quieta.

Se quedaron sentadas, en silencio. Unos cinco minutos después, Dena dijo:

—Sí me pasó algo en Navidad pero... lo olvidé hace mucho tiempo. Nunca pienso en ello. Creía que lo había superado.

# Navidad

*Chicago, Illinois*

1959

Cuando Dena tenía quince años, su madre vivía en Chicago en un gran edificio de ladrillos rojos llamado Berkeley. El internado al que asistía Dena quedaba en las afueras de Baltimore, y ella no veía la hora de ver a su madre para las fiestas. La había llamado una y otra vez desde la escuela, pero nunca la encontraba en casa. Llamó a los grandes almacenes donde estaba empleada, y le dijeron que ya no trabajaba allí. Su madre cambiaba de trabajo con frecuencia y a veces se olvidaba de contárselo, por lo que Dena le escribió una carta para avisarle de la hora a la que llegaría su tren. Mientras cruzaba el país, bullía de entusiasmo. Le encantaba pasar en tren por los pueblos, ver los adornos de Navidad y mirar por las ventanas hacia el interior de las casas. Cuando por fin llegó a la estación, Dena fue la primera en bajar del tren. Miró a un lado y a otro del andén, pero su madre no estaba. Esperó casi dos horas. No sabía qué hacer. Quizá su madre no hubiera recibido la carta o tuviese que trabajar hasta tarde. Entonces salió y cogió un taxi hasta el piso de su madre. Se le salió el corazón por la boca cuando vio el nombre de su madre escrito en el cartel que estaba junto al portero electrónico. Tocó el timbre. Pero no le contestaron. El aire estaba helado, y el viento era tan frío que dolía. Ya estaba oscureciendo cuando llegó un hombre que sacó una llave y abrió la gran puerta de cristal que permitía el acceso al vestíbulo. Dena le preguntó:

—Disculpe. ¿Podría decirme si hay un encargado o algo así? Necesito entrar en el piso de mi madre. No tengo llave, y ella todavía no ha llegado.

El hombre la dejó entrar y le señaló una puerta marrón, diciéndole:

—Toca ese timbre.

Dena vio que decía «SRA. F. CLEVERDON, ADMINISTRADORA». Abrió la puerta una mujer cuarentona que llevaba puesto un delantal.

—Hola, soy la hija de la señora Nordstrom, acabo de llegar y me gustaría saber si mi madre dejó una llave para mí.

La mujer sonrió.

—Bueno, no, querida, no dejó ninguna llave. Pero te acompañaré arriba y te abriré la puerta. Tu madre está en el sexto piso. Espera a que encuentre la llave.

—Gracias. Supongo que tuvo que quedarse hasta tarde en el trabajo... por la Navidad.

—Me imagino. Las tiendas siguen abiertas hasta tarde. Gracias al cielo, no tengo que meterme en medio del barullo. Ya he hecho todas mis compras... bueno, todas las compras que tengo pensado hacer. —Fueron en el ascensor hasta el sexto piso, atravesaron el corredor hasta el piso D, y la mujer abrió la puerta—. Ya hemos

llegado. Seguramente tu madre se alegrará de verte. Que lo paséis bien.

—Gracias.

Dena entró en el piso, encendió las luces y se dio cuenta de que había cartas sin abrir en el suelo. Su carta estaba encima de las demás. Entonces se le ocurrió que a su madre la habrían enviado a otra ciudad a hacer compras para la tienda. Era algo que hacía muchas veces, y probablemente ya estuviera volviendo a casa.

Cuando entró en el dormitorio, Dena percibió un olor conocido —el Shalimar de su madre— y se sintió como en casa. Le gustaba aquel piso. Tenía una cocina y un cuarto de estar de buen tamaño. Los muebles se parecían mucho a los de todos los demás pisos amueblados en que habían vivido, levemente gastados, pero cómodos al fin. Entonces descubrió que su madre había puesto un arbolito blanco de cerámica sobre la mesa del cuarto de estar, junto a la ventana. Tenía lucecitas minúsculas de colores. Lo enchufó y se encendieron las luces: rojas, verdes, azules. Decidió dejarlo encendido; así, si su madre miraba hacia arriba al llegar y lo viera, tendría una sorpresa.

Después de sacar sus cosas, abrió el armario para colgar el abrigo. En el suelo había cuatro regalos de Navidad bellamente envueltos, y cada uno decía: «Para Dena. De mamá». Dejó los regalos que llevaba para su madre junto al árbol y se sentó a esperarla, intrigada por saber qué contenían los paquetes, en especial el grande. Cada vez que oía la puerta del ascensor y pasos en el pasillo, contenía el aliento; estaba segura de que era ella. Pero no. Todos seguían de largo. Aproximadamente a las diez de la noche, se moría de hambre, y no había nada en la nevera, así que escribió una nota y la dejó apoyada en el árbol de Navidad. «¡Mamá, ya he llegado! Voy a comprar algo para comer y enseguida vuelvo».

Se puso el abrigo y tuvo que dejar la puerta abierta porque no tenía llave. Caminó hasta un bar y compró un bocadillo de queso, una Coca-cola y una porción de pastel de chocolate, pero cuando volvió al edificio, la puerta estaba cerrada con llave y no pudo entrar. Tocó el timbre del piso de su madre, con la esperanza de que ya hubiese llegado. No hubo respuesta, por lo que tuvo que volver a tocar el timbre de la administradora.

A la mañana siguiente, se levantó, se vistió y dio vueltas por el piso todo el día, para matar el tiempo. Cada vez que salía, dejaba la misma nota en el mismo lugar. Dos días después, llamó insistentemente al colegio hasta que por fin alguien contestó. Dena preguntó si había llamado su madre para dejarle un mensaje. Le dijeron que no.

La mañana de Navidad, se levantó temprano y preparó café. Se peinó, se puso el vestido elegante, se quedó sentada junto a la ventana y esperó a que sonara el teléfono. Cada vez que oía puerta del ascensor, le daba un vuelco el corazón. Sentía que aquella vez sería su madre. Y de nuevo se le venía el alma a los pies cuando el que fuese seguía de largo hacia otro piso. Se quedó sentada todo el día. La ventana estaba helada, pero el piso se mantenía caliente. A eso de las seis de la tarde, fue a la cocina y calentó la porción congelada de pavo con puré de patatas que había

comprado en la tienda. Comió y miró el programa especial de Navidad de Perry Como en el viejo televisor en blanco y negro del cuarto de estar. Esperó hasta las once y entonces se dirigió al armario, sacó sus regalos, los puso en el suelo y los abrió. Dejó el más grande para el final. Recogió todos los papeles y se fue a dormir.

Esperó durante el resto de las vacaciones. Día tras día, seguía convencida de que su madre entraría de un momento a otro. Pero a medida que pasaban los días, iba perdiendo aquella sensación, hasta que, cuando terminó la semana, Dena estaba insensible. El último día, hizo las maletas, llamó un taxi, se puso de nuevo el abrigo de lana azul que le había regalado su madre para Navidad, cerró la puerta y bajó a esperar al taxi en el vestíbulo. La señora Cleverdon salió a cambiar una bombilla eléctrica que se había quemado en el corredor y vio que Dena se iba.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó con amabilidad.

—Sí, señora.

Arriba, en el sexto «D», había una nota sobre la mesa: «Mamá, estuve aquí. Un beso. Dena». Tres semanas más tarde, la nota que dejó en la mesa del cuarto de estar seguía allí. La señora Cleverdon se lo dijo por teléfono. Su madre no había vuelto. Su madre había desaparecido de la faz de la tierra. Pero Dena no lloró. Ni una sola vez. En el colegio, si alguien le preguntaba cómo le había ido en Navidad, mentía. Hacía como si no hubiera pasado nada. Tardó años en admitir que su madre no volvería.

Para la Navidad siguiente, sus abuelos quisieron que fuese a pasarla con ellos, pero Dena se fue en tren a Chicago y estuvo toda la semana sola, en una habitación del Drake. El primer día, cogió un taxi hasta el Berkeley y permaneció frente al edificio un largo rato, hasta que decidió volver al hotel. El día de Navidad se vistió con su mejor ropa, bajó y cenó en el comedor del Cape Cod. Ocupó una mesa situada junto a la ventana y pidió langosta. Nunca la había probado, y decidió hacerlo. La gente se fijaba en aquella bonita chica que estaba sola con una langosta, tratando de abrirla y preguntándose cuál era la parte que se comía, pero sin darse cuenta de que todas las miradas se posaban en ella, porque pasó la mayor parte del tiempo mirando por la ventana como si espera ver a una persona conocida.

# Mi sombra y yo

Nueva York

1978

—¿Y no supiste nada más de tu madre? —preguntó la doctora Diggers.

—No. Nadie supo nada. De cualquier manera, aquello fue hace mucho tiempo y no tiene nada que ver con lo que pasa ahora.

—Espera un momento. Así que no sabes si está viva o muerta.

Dena no le dio importancia.

—No lo sé ni me importa. La verdad es que, sea como sea, no me afecta.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Porque... —Dena levantó la vista— no es algo de lo que me enorgullezca.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Es vergonzoso.

—Hablemos del tema.

—Mejor no. No me interesa el pasado. Ni siquiera me acuerdo de la mayoría de las cosas que pasaron. ¿Para qué? Mire, ya soy mayorcita para abrazar un osito de peluche y lloriquear por mi mamá. No tengo tiempo para eso; es lo único que puedo hacer para mantener la cabeza despejada sin dispersarme ni quedarme estancada en épocas pasadas. A cada uno le corresponde tener una madre y un padre y, si tiene suerte, crece y se acabó; supera esa etapa y se hace adulto. Yo no tuve la mejor de las infancias, pero no voy a hacer alardes. No me gustan los llorones. Y no necesito que me tengan lástima.

Diggers se acercó a Dena en su silla de ruedas.

—Yo sí te tengo lástima, cariño. Y tienes derecho a tenerte lástima a ti misma. Lo que te pasó fue terrible. —Era la primera vez que la doctora Diggers la llamaba de otra manera que no fuese «Dena», y eso la cogió por sorpresa—. Tendrás que hablar con alguien. Ya que estás aquí puedes hablar conmigo. ¿Está bien?

Dena dijo maquinalmente.

—Bueno.

—Así me gusta. Sé que te cuesta hablar de esto, pero tenemos que hacerlo. Tenemos que encarar el tema de frente y no barrerlo bajo la alfombra, porque hasta que te enfrentes con lo que ocurrió y lo resuelvas, no sabrás qué sientes respecto de nada. No quiero mentirte, será un proceso largo y difícil... pero tenemos que empezar por algún lado. —Era la primera vez que Dena la escuchaba en serio—. ¿Estás dispuesta a comenzar a trabajar conmigo ahora mismo?

—Sí.

Aquella noche, Elizabeth Diggers pensó más en Dena. Se había encariñado mucho con ella. Todavía era capaz de mirarla con una distancia fría y profesional, pero también sentía algo más: algo que excedía la relación habitual entre médico y paciente. Las personas que se sienten solas saben reconocer a los que son como ellos. La doctora sabía qué se escondía tras aquella cara bonita, tras aquellos ojos que no revelaban nada. Cuando miraba a Dena, veía a la quinceañera que nunca había salido de aquella habitación. Todavía estaba allí sentada, mirando por la ventana, y seguía esperando a que llegara su madre. El trabajo de Diggers consistía en entrar en aquella habitación, coger a aquella chica de la mano y sacarla. Llevarla fuera, al sol y al aire libre, para que pudiese seguir creciendo. Diggers conocía todos los nombres clínicos, todos los términos médicos y psicológicos para catalogar el problema que aquejaba a Dena, pero se podía resumir en términos sencillos y humanos. Le habían hecho daño, y ella nunca se había recuperado.

Sesión tras sesión, Dena cerraba los ojos y trataba de recordar, pero parecía estar bloqueada. ¿Cómo había sido de pequeña? Incluso le costaba acordarse de su madre. Se esforzaba todo lo que podía, pero no lograba evocar más que la sombra de una persona que aparecía y desaparecía velozmente del cuadro. Recordaba edificios, olores, corredores largos, nombres; el Sheridan... el Royal Arms... Las Torres Bradbury; cenas a solas en grandes ciudades: el Windsor Arms... el Drake; tardes que pasaba en la sección de señoras de los grandes almacenes, leyendo, pintando, esperando que su madre terminara de trabajar para tenerla toda para ella sola, para dormir a su lado. El Altamont, las Torres Highland, el Hillsborough. Se acordaba de haber pasado por escaparates llenos de sillones cálidos y suaves, de mesas suntuosas, oscuras y brillantes, de hermosos maniqués vestidos a la última moda con zapatos, sombreros, guantes, vestidos, pieles. Park Lane, Torres Ritz, Ridgemont. Se acordaba de haber esperado temblando el tranvía delante del escaparate donde se exhibían esmóquines, fracs y sombreros de copa. Escaparates que mostraban cientos de frascos de cristal distintos: azules, verdes y transparentes, llenos de perfumes de color ámbar. Recordaba haber viajado en cientos de tranvías distintos por varias ciudades.

Pero ¿quién era su madre? ¿En qué había pensado, qué había sentido? ¿Dena la había querido, y ella había querido a Dena de verdad? ¿Acaso no sabía que tenía una niña que la adoraba y la necesitaba? Se había esfumado en la ciudad, se había ido y, por más que Dena lo intentara, la mujer que recordaba era como alguien que hubiera visto en una película y no una persona de carne y hueso. Por momentos se preguntaba si su madre había existido realmente, si no estaría rememorando fragmentos de una película. Tenía una gran confusión. Era como si su niñez no hubiese existido nunca, y ella sencillamente se hubiera despertado, ya adulta.

Pero la doctora Diggers perseveró y volvió a hacerla las mismas preguntas una y otra vez.

—¿Cómo te sentiste cuando tu madre no volvió a casa?

El tiempo pasaba y Dena perdía la paciencia.

—¡Qué estupidez! ¿Por qué tengo que hablar de lo mismo a todas horas? Estoy tan cansada que me dan ganas de gritar. No quiero seguir más con esto.

La doctora Diggers dejó el bloc de notas a un lado.

—¿Por qué vienes a verme, Dena?

—Si quiere que le diga la verdad, vengo a verla porque se niega a darme mis malditas recetas para el Valium si no vengo. ¿Por qué cree que vengo, si no? ¿Por los caramelos?

—Creo que vienes porque estás asustada. Necesitas tener un espacio donde puedas dar rienda suelta a lo que quieres decir y descargarlo con alguien con quien te sientas segura, alguien que sea capaz de darse cuenta de las mentiras que dices. Si quieres, sal de aquí y encontrarás cientos de médicos que no tendrán reparos en darte todos los tranquilizantes y estimulantes que les pidas; con tu encanto, puedes conseguir lo que se te ocurra y tomar todas las pastillas del mundo. Puedes hacer eso sin dificultad. Puedes volverte adicta a los medicamentos o al alcohol, y también puedes tirarte por una ventana, o pasar por esto, superarlo y, según espero, sentirte mejor.

—¿«Según esperas»?

—Dena, en la vida no hay garantías. Pero me parece que estás progresando.

—Está bien. Sé que mi madre no me quiso como se esperaba. Me dejó. ¿Y eso para qué me sirve? Sigo sintiéndome como un trapo. No me hace mejor. Ya no me importa. ¿Por qué no puede aceptar eso? ¿Por qué no entiende que lo único que quiero es olvidarme del tema?

—Puedes hacer eso, puedes tapanlo con todos los parches de mundo, pero así no llegarás al fondo de lo que te produce angustia y trastornos en el estómago. Y lo admitas o no, señorita Hueso Duro, vienes aquí porque quieres estar mejor. Entonces ¿qué te parece si empezamos de nuevo?

Dena, recapacitando, dijo por fin, con aire de resignación:

—Bueno, pues deme unos de esos caramelos asquerosos, entonces. Pero usted sabe que la odio.

—Sí, ya lo sé —replicó la doctora Diggers, riendo.

—No; lo digo en serio.

—No me cabe duda. Ahora, volvamos a donde estábamos.

Transcurrieron las semanas hasta que un día, de súbito, Dena se puso a llorar desconsoladamente.

—¿Qué tienes? —preguntó la doctora Diggers—. ¿En qué estás pensando?

—Yo... siempre pensé que volvería... pero no volvió —logró decir Dena mientras sollozaba—, y no sé en qué me equivoqué.

Por fin Dena dejó de oponer resistencia. Gracias a la hipnoterapia de la doctora Diggers, comenzó a relajarse y a poder recordar un poco más en cada sesión. Una vez, la doctora la durmió más profundamente. Con los ojos cerrados, Dena casi logró ver a su madre. Pero seguía siendo una figura borrosa. Entonces, dijo:

—Me había llevado de compras. No sé en qué ciudad estábamos... tal vez en Nueva York. No sé, pero me acuerdo que pasamos caminando por una gran tienda que tenía muchos pianos en el escaparate. Ella se detuvo, y entramos... y se paseó por toda la tienda, mirando los distintos pianos... y hacia el fondo vio uno... que supongo que le gustó. Se sentó y lo abrió, y tenía una expresión extraña en el rostro.

—¿Cómo? Descríbela.

—No sé... como si yo no estuviera allí, o algo por el estilo. Y de repente se puso a tocar una canción. Yo me sorprendí muchísimo porque ni siquiera sabía que tocaba el piano. Tocó una especie de vals, y recuerdo que parecía contenta. Yo nunca la había visto tan... bueno... no estaba exactamente contenta. Parecía que estuviera en otro mundo. Se podría decir que estaba transportada. El viejo que trabajaba allí abrió la puerta de su oficina y se quedó escuchando hasta que terminó. Con un acento fuerte, le preguntó: «Estimada joven, ¿dónde aprendió a tocar así?».

»Le pidió por favor que tocara algo más, pero ella le dijo que era la única canción que sabía, y nos fuimos. Le pregunté: «Mamá, ¿por qué no me has dicho que sabías tocar el piano?», pero ella no le dio importancia. Seguramente tocaba bien; si no, no se hubiese acercado el hombre.

—¿Alguna vez te habló de sus padres?

—No... Sólo dijo que habían muerto en un incendio.

—¿Alguna vez has visto fotos de ellos, o de tu madre cuando era pequeña?

—No. Dijo que todo se había quemado.

—¿No tenías curiosidad?

—Ella no quería hablar de sus padres. Eso la disgustaba. Así que no le preguntaba.

—Siempre intentabas no disgustar a tu madre, ¿no? ¿Te acuerdas de eso?

—Sí...

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque... ya le causaba bastantes problemas.

—¿Por qué piensas eso?

—Bueno, tenía que cuidar de mí.

—Volvamos a tu sensación de miedo. ¿De qué tenías miedo?

—Ya le he dicho que no lo sé.

—¿Había algo que te hiciera pensar que tu madre estaba asustada?

—No. —Diggers aguardó, y Dena dijo—: Creo que tuvo miedo de aquel hombre, una vez.



—¿Qué hombre?

—Un hombre que vio... cuando todavía vivíamos en Nueva York. Volvíamos a casa y nevaba. Dimos la vuelta a la esquina y, cuando llegamos al edificio se detuvo en seco. La miré y vi que tenía la vista clavada en un hombre que hablaba con el recepcionista. Nos daba la espalda, y lo único que vi fue a un hombre corpulento con un impermeable negro a cuadros. Le pregunté:

»—¿Qué pasa? —Y antes de que terminara la frase, me cogió del brazo y me llevó casi a rastras—. ¿Qué pasa, mamá? ¿Qué ocurre? —pregunté.

»—Cállate y déjame pensar —me contestó.

»Caminaba tan rápido que yo tenía que correr para no quedarme atrás. En aquel momento sentí pánico, así que le pregunté:

»—¿He hecho algo mal, mamá?

»—No —dijo ella—. Vamos.

»Enseguida me ordenó que saliera a la calle y parara un taxi.

»—¿Yo? —le pregunté—. ¿Cómo hago?

»—Ve y haz señas. ¡Date prisa!

»Fui corriendo hasta la esquina y me puse a hacer señas, pero no paraba ningún taxi. Volví corriendo al hotel y le dije:

»—No paran.

»Ella me preguntó:

»—¿Viene alguien?

»Miré para todos lados y vi que no se acercaba nadie. Me llevó al metro prácticamente corriendo; cogimos el primero que pasó y ella se quedó mirando al frente. Yo estaba convencida de que había hecho algo malo y me puse a llorar. Me preguntó:

»—¿Por qué lloras?

»—Tengo miedo —contesté—. No sé qué pasa.

»—No, Dena, no pasa nada. Sólo vi a alguien a quien no quería ver; eso es todo. No seas tan sensible.

»—¿Quién es?

»—No es nadie; un hombre con quien trabajaba, nadie importante. Es que no lo quiero ver; eso es todo —contestó.

»—¿Por qué? —le pregunté, y me contestó.

»—Me presiona para que vuelva a trabajar con él, y yo no quiero.

»—¿Y por qué no se lo dices y ya está?

»—Prefiero no herirlo. Ahora deja de hacer tantas preguntas.

»Entonces levantó la mirada y vio a qué altura estábamos. Se puso de pie y nos bajamos en la estación siguiente, cogimos otro metro y fuimos hasta Greenwich Village. Nevaba mucho y nos costaba caminar, pero llegamos hasta la calle Doce Oeste, o tal vez a la Once. Entramos en un bar y ella hizo una llamada. Cuando volvió, había recuperado la compostura. Me dijo:

»—Vamos a ver a Christine.

—¿Quién era Christine?

—Una amiga de mi madre que era bailarina del Radio City. Me dijo:

»—Nos ha invitado a dormir a su casa. Qué divertido, ¿no?

»Vivía en un sótano en St. Luke's Place, y se alegró mucho de vernos. Me dejó jugar con su gato, *Milton*, y después me puso una bata larga que tenía, y dormí en un colchón que me preparó, y mamá durmió en el sofá. Más o menos al amanecer, me desperté. Miré y vi que mi madre estaba sentada junto a la ventana. Recuerdo que me volvió esa sensación de frío y miedo en la boca del estómago. Yo sabía que ella estaba triste, pero no sabía por qué. Tenía miedo de preguntarle porque pensaba que tal vez fuese por mí. Quizá se arrepentía de tener una hija. No sé por qué pensaba eso, pero así era.

—Dena, contaré hasta tres, y cuando te despiertes te sentirás descansada y tranquila... Uno... como si hubieras dormido horas y horas... Dos... tranquila y serena... Tres. —Dena abrió los ojos lentamente—. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien —contestó bostezando—. Lamento desilusionarla, pero creo que no me ha hipnotizado. Me acuerdo de todo lo que me ha dicho.

Diggers sonrió. Lo mismo decían todos los pacientes a los que hipnotizaba.

# Producciones Wall-Cap I

*Nueva York*

1978

Ira Wallace escuchaba una idea que le proponía Capello para un informativo de televisión. Aunque Wallace no confiaba en Capello, cuanto más información tenía acerca de la idea, más le gustaba. Capello especificaba:

—Cubrimos todo lo que pasa en Hollywood; de mis archivos puedo sacar material para años de trabajo. Lo presentamos como un programa de noticias, chismes auténticos, titulares de impacto, datos punzantes, paralizantes, escandalosos. Te aseguro que es una mina de oro. Es lo que quiere la gente.

Le arrojó una copia del balance anual de su periódico de mala muerte.

Wallace le echó una ojeada. Las ganancias eran asombrosas.

—No sé —dijo—. Parece una buena idea, pero sabes que Winchell intentó hacer un programa de chismes como ése en los primeros tiempos de la televisión, y no funcionó.

Capello respondió de inmediato:

—Claro que no funcionó. Winchell era demasiado duro. Nosotros venderemos con persuasión, ponemos a una chica guapa o con un buen peinado en el sillón, le decimos que sonría, y te garantizo que triunfamos. Lo único que hay que hacer es presentarlo bien.

—¿Hablas de la cadena?

—No; hablo de vender el material periodístico. Ahí está el dinero. El material es nuestro y lo vendemos sin restricciones. Podemos cubrir casos que las televisiones no tocarán.

Wallace sospechaba.

—¿Vender el material periodístico? ¿Y para qué me necesitas?

—Por tu experiencia. Con mis contactos para conseguir noticias y tu experiencia en televisión, podemos apoderarnos de todos los grandes mercados en cinco años. Alguien lo hará tarde o temprano... Si nos apresuramos y lo hacemos bien, nos reportará millones, tal vez miles de millones, Ira.

Wallace se apoyó en el respaldo y volvió a encender su cigarro.

—Puede ser que tengas razón. Quieres conseguir un presentador auténtico, reconocido... ¿Un David Thorenson, quizá? ¿Ya hablaste con alguien al respecto?

—No, eres el único... por ahora. Necesito tirar adelante el proyecto lo antes posible, Ira.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

Wallace miró a Capello. Hacía años que el gusano asqueroso no veía la luz del sol

y tenía la piel de un tono blanco azulado y los ojos del color de un espectro. Wallace, que no era ningún adonis, sentía náuseas de sólo verlo. Pero pensó, mientras intentaba controlar las ganas de vomitar: «Rata de cloaca, algún día te cortarán el cuello de un tajo, y me gustaría presenciar ese momento». Pero, mientras tanto, Wallace tenía la inteligencia suficiente para distinguir una idea luminosa.

—¿Cómo lo arreglamos?

—Sesenta, cuarenta.

—¡Joder! —exclamó Wallace.

—Oye, sin mí, no hay programa.

Después de trabajar durante dos meses y tratar con una cantidad interminable de abogados, Sidney Capello e Ira Wallace quedaron asociados y se formó Producciones Wall-Cap. Cuando el negocio empezó a ofrecer perspectivas buenas, muy buenas, volvieron a tocar el tema de la persona con talento. Capello atacó con artillería pesada.

—Quiero a Dena Nordstrom.

—Sí, claro, y yo quiero a la reina de Inglaterra, pero no puede ser.

—¿Por qué no? Tiene público, tiene presencia, tiene clase. Con ella tendríamos audiencia incorporada. Daría legitimidad a la cosa. Popular y refinada al mismo tiempo.

—Sidney, en este momento es la presentadora de noticias más reconocida de la profesión. Cualquiera elegiría a Nordstrom. Pero no te hagas ilusiones. La conozco, no aceptará. En primer lugar, te odia a muerte. Y en segundo lugar, te odia a muerte, así que quítatela de la cabeza. Buscaremos otra rubia.

—Por preguntar no se pierde nada, Ira. Nunca se sabe. La gente cambia.

—Sí, pero no tanto. Además, está con un ataque de escrúpulos. Se pegó al imbécil de Howard Kingsley y él le fastidió la cabeza. Te aseguro que no hay nada que hacer.

Pero Capello no se daba por vencido. Ya hacía años que pensaba dura y largamente en el día en que Dena trabajase para él, y la idea le deleitaba. Al cabo de una semana, Wallace cedió:

—Está bien, le preguntaremos. Supongo que preguntando no se pierde nada.

El representante de Dena, Sandy Cooper, tenía los ojos desorbitados.

—¿Director ejecutivo a cargo de la producción?

—Exactamente, chaval —contestó Wallace sonriendo—. Estás a cargo de todo el personal, y tienes cien empleados si quieres. ¿Qué dices? Tengo que actuar rápidamente, no puedo perder el tiempo. —Cooper estaba ocupado calculando cuánto dinero podría ganar en cinco años. Wallace lo ayudó—: Estamos hablando de una garantía de cinco millones durante dos años con opciones y gratificaciones. Y eso puede ser sólo el comienzo. ¿Qué te parece? ¿Quieres pasarte la vida contando centavos?

—No, pero...

Capello, que estaba sentado en un rincón, intervino:

—Cuéntale lo mejor, Ira.

Sandy miró a aquel hombre que no le habían presentado. Wallace dijo:

—Lo que dice Sidney es que esto es un paquete. También queremos a tu clienta.

—¿Dena?

—Sí, y estamos dispuesto a ofrecerle un contrato que la convertirá en la mujer mejor pagada de la televisión. Mira, sabemos que harán falta algunas negociaciones para quitarla de la cadena, y no tenemos inconveniente en compartir las ganancias, sin contar el sueldo. Que ella sea propietaria de una parte de la empresa. Ya sé que tal vez no nos convenga, pero... —Wallace se encogió de hombros—. Dirás que estoy loco o que soy un sentimental pero quería que ella fuese la primera beneficiada. ¿Entiendes? No es que me deba nada, pero le tengo afecto; qué quieres que te diga.

—¿Para qué me necesitan a mí? —quiso saber Cooper.

—Bueno, puede que tengamos un pequeño problema.

—Además de la televisión, ¿qué problema?

Wallace señaló a Capello con el pulgar.

—A ella no le cae bien mi socio.

Sandy Cooper, que no era idiota, lo entendió perfectamente.

—Entonces, en otras palabras, o entrego a Dena o quedo fuera, ¿no?

No hubo respuesta.

Una vez que Cooper se hubo ido, Wallace volvió a advertir a Capello de que lo más probable era que Dena los rechazase, pero Capello no pareció preocupado.

—Tal vez haga falta un poco más de persuasión... pero creo que aceptará el ofrecimiento.

No podía decírselo a Ira, pero casi estaba en condiciones de garantizar que era un trato hecho. Él sabía negociar.

Al día siguiente, Sandy Cooper le pidió a Dena que se encontrara con él después del trabajo, ya que tenía una oferta que hacerle. Ella le preguntó:

—¿No puedes decírmelo por teléfono?

—No; es demasiado grande, demasiado importante. Podría cambiarte la vida.

A las siete de la tarde, se encontraron frente a los estudios de televisión, en un restaurante de la Sexta Avenida. Pidieron algo para beber; Dena tomó un batido de chocolate porque últimamente la úlcera estaba ocasionándole problemas. Cooper pidió un *gin-tonic* porque estaba nervioso. Después de un sorbo, comenzó:

—A ver, Dena, ¿te gustaría ser millonaria a los treinta y cinco años? —Como Dena tenía treinta y cuatro, le prestó atención—. Déjame terminar antes de abrir la boca, ¿de acuerdo?

Y pasó a hablarle del telediario que le habían ofrecido para ella, cómo sería el

trato, cómo tendría parte en los beneficios del programa y cuál sería el mínimo de su garantía. Dena, que sabía cuánto dinero podía ganarse vendiendo material periodístico, se sintió intrigada.

—¿Quién lo produce? ¿Tienen el dinero?

—Es una empresa nueva, que acaba de formarse. Pero tienen el dinero y la experiencia. —Cooper miró hacia todos lados y le confió—: En realidad no podría contártelo hasta que lo anuncien, pero se trata de Ira Wallace... y un socio.

—¿Ira?

—Sí. Dimitirá del cargo en la televisión y montará su propia empresa. Y sabes que él sabe lo que hace, y que tiene el dinero de respaldo, pero lo mejor es... No quiero que esto influya en tu decisión por sí o por no, pero me ofreció el puesto de director ejecutivo.

Dena se apoyó en el respaldo de la silla. Había algo raro. Sabía que Ira consideraba que Sandy era un imbécil. ¿Por qué querría incluirlo?

—Espera un momento. ¿Cómo se llama la empresa?

Cooper no podía eludir la pregunta; tarde o temprano tendría que decírselo.

—Esto... Producciones Wall-Cap.

—¿Producciones Wall-Cap? ¿Quién es Cap?

—Bueno, eso es lo que Ira creyó que tal vez podría caerte un poco mal. Dijo que no te cae simpático ese tipo; pero caray, Dena, donde hay tanto dinero en juego, no es necesario que todos te caigan bien. Yo odio, aborrezco y desprecio a Ira Wallace. ¿Quién no? Pero eso no me impediría trabajar con él.

—¿Qué tipo? ¿A quién te refieres?

—Un tipo llamado Capello.

Dena se horrorizó:

—¿Capello, Sidney Capello? ¿Hablas en serio? —Sandy asintió con la cabeza, tímidamente—. Ni lo sueñes. De ninguna manera.

—Está bien, es cierto que no tiene la mejor reputación del mundo. Pero se trata de muchísimo dinero. ¿No puedes intentarlo, al menos?

—Sandy, por nada, repito, por nada del mundo voy a trabajar para ese cochino.

Al verle la cara, Sandy se dio cuenta de que sus posibilidades de ser director, que ya eran pocas, se habían reducido a cero.

## Sobres comerciales

*Nueva York*

*1978*

Barbara Zofko atravesó el corredor con su andar torpe y volvió a su despacho. Se sentó, se arremangó el jersey gris, dejando al descubierto los gruesos antebrazos, se quitó los zapatos y puso una hoja en la máquina de escribir. A continuación, abrió el cajón y sacó una galleta de chocolate.

Estimada señorita Nordstrom:

Corro el riesgo de perder mi trabajo, pero no puedo seguir sin hacer nada, tengo que advertirle... Sidney Capello es peligroso. Por favor, no lo contradiga. La destruirá. Sé por qué lo digo. ¡Es un malvado y está dispuesto a publicar esta información! Le ruego que recapacite acerca de su decisión,

una amiga

A continuación, cogió un sobre comercial e introdujo en él una copia del expediente de Dena Nordstrom. Tanteó con los pies en busca de sus zapatos, los encontró y volvió al despacho de Sidney. Él le dio el visto bueno con un ademán.

Aquel viernes por la noche, el portero de Dena le entregó el sobre diciendo:

—Señorita Nordstrom, hoy vino una mujer a dejarle esto.

Ella lo cogió y dio las gracias.

Mientras el ascensor la llevaba al piso dieciséis, se sacudió unas gotas de lluvia que le habían caído en la manga del abrigo y abrió el sobre.

Durante toda su vida había convivido con un terror aplacado, un miedo de algo desconocido, y en aquel momento lo tenía delante de sus ojos. Aquella sombra esquiva que siempre la acechaba como un gran perro negro finalmente la había alcanzado. Cuando se abrieron las puertas del ascensor en su piso, Dena apenas pudo dar un paso. Estaba aterrorizada, y el corazón le latía con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse al suelo. Cuando llegó a duras penas a la puerta de su piso, la mano le temblaba exageradamente, y le costó trabajo introducir la llave en el cerrojo. Una vez dentro, apoyó la espalda contra la pared y se dejó resbalar hasta quedar sentada en el suelo. No podía creerlo. Quizá a alguien se le hubiera ocurrido hacerle una broma pesada. Claro que aquello no podía ser verdad. Pero ahí estaba, por escrito, y vinculado al nombre de Capello.

Sentada en el suelo, se quedó pensando en el asunto y, poco a poco, comenzó a percatarse de que tal vez no fuese ninguna broma.

Podía ser verdad. Podía ser el motivo por el que su madre había vivido tan asustada y se había movido tanto de una ciudad a otras. Entonces Dena recordó lo

que le había oído a la tía Elner: que su madre hablaba alemán. Tuvo náuseas y el sudor la empapó. Era como si alguien hubiese abierto una escotilla y ella cayese directamente al vacío.

Nordstrom, Marion Chapman.

Madre de la presentadora estadounidense Dena (Gene) Nordstrom, 1939, Nueva York.

Sospechosa de tener conexiones nazis.

Empleada e íntima colaboradora de Steiner, Lili Carlota, alta dirigente del partido nazi de Estados Unidos y condenada por espionaje el 13 de diciembre de 1946, que pasó diez años en prisión y murió en 1962.

Chapman tenía contacto con conocidos miembros del partido nazi de Estados Unidos, sospechosos de espionaje.

Chapman/Nordstrom, dada por desaparecida en enero de 1960, actualmente en paradero desconocido.

Aquello le estaba ocurriendo a otra persona. Todo parecía irreal. Después de unos instantes, se levantó del suelo y llamó a la planta baja. Preguntó al portero cómo era la mujer que había dejado el sobre. Él contestó:

—No me acuerdo con exactitud. No tenía digamos... nada de especial.

Dena se quedó sentada en el sofá, sin salir de su turbación. Se dio cuenta de que aunque aquella información sobre su madre no fuera verdad, no importaba. Si alguna vez se publicaba aquel material, su carrera quedaría destruida. En un abrir y cerrar de ojos terminaría todo aquello por lo que había luchado. Lo mismo le había pasado a un amigo que era locutor de telediario en Kentucky. Un periódico publicó la noticia de que su padre había pertenecido al Ku Klux Klan, y la carrera de su amigo se acabó al día siguiente.

Dena sabía qué podía hacerle Capello y cuánto poder tenía. Dado que él contaba con aquella información, negarse a trabajar con él significaría para Dena jugar a la ruleta rusa con su propia vida.

Pasó toda la noche inquieta, pensando qué hacer, intentando idear una manera de llegar a algún tipo de acuerdo con tal de salvarse. Tal vez le conviniera aceptar el puesto. Tal vez pudiera trabajar para él.

Pero sabía que, por más que se esforzase, y aunque quería progresar y no deseaba que mancharan su nombre ni el de su madre, no podría trabajar para él. No podría formar parte de la basura que, sin lugar a dudas, pondrían al aire Sidney e Ira con el objetivo de conseguir audiencia. Howard Kingsley se lo había advertido, y tenía razón. Dena no podía hacerlo, no sólo por ella sino por Howard, que había puesto demasiada fe en ella. Además, la verdad era que, aunque aceptara el trabajo, Capello no dejaría nunca de amenazarla. La dominaría de por vida. Y ella prefería antes la muerte.



Cuando Sandy volvió a llamar, cumpliendo órdenes de Capello, Dena se mostró particularmente valiente. Estaba tan atemorizada como siempre, pero de todas maneras dijo que no.

Pero todo tiene su precio.

# Secretos que matan

Nueva York  
1978

El lunes por la mañana, cuando la mujer de la limpieza entró en el piso de Dena, no esperaba encontrarse con aquella escena. Había sangre por todas partes. Estaban manchadas las paredes, el suelo, todo el vestíbulo. Parecía que hubiera tenido lugar una matanza. Cuando vio a la señora tirada en el suelo, junto a la puerta de la cocina, en medio de un charco de sangre seca, salió gritando a voz en cuello:

—¡Han matado a la señora Nordstrom! —Bajó los dieciséis pisos corriendo por la escalera y dando alaridos—. ¡Un crimen, un crimen!

El portero llamó a la policía de inmediato. Se resistía a subir solo, temiendo que el asesino todavía estuviera en el piso. Cuando llegaron los policías, entraron empuñando sus armas, pero no había nadie a excepción del cadáver de Dena, o al menos lo que parecía ser su cadáver. Pero cuando llegó el médico y comenzó a revisarla, levantó la vista y ordenó:

—Llamen a una ambulancia. Esta chica está viva.

Los enfermeros le encontraron el pulso débil. Había perdido tanta sangre que el médico de guardia no se mostró muy esperanzado, pero de todas maneras le hizo una transfusión. La examinaron en busca de heridas de bala o de arma blanca, pero no encontraron nada. Más tarde, descubrieron que tenía úlceras sangrantes, una de las cuales había sufrido una hemorragia, y Dena se había desangrado. La sometieron a una cirugía de urgencia.

Por grave que fuese su estado, estar inconsciente representó al menos cierto alivio para el martirio que vivía. Había tratado de quitarse la carta de la cabeza, pero no dejaba de atormentarla. Dena pensaba constantemente en el momento en que ocurriera lo que tal vez ocurriría. Cuando fue al supermercado, estaba tan asustada que prefirió no mirar los periódicos expuestos junto a la caja registradora. ¿Se acabaría todo de la noche a la mañana? Durante la noche la persiguió la idea de que era verdad lo que había leído. ¿Cómo podía ser cierto? Pero había tantas preguntas sin respuesta... ¿Por qué su madre hablaba alemán? ¿Quién era aquel hombre que apareció en Elmwood Springs? ¿Quién era el que estaba en el vestíbulo, de quien su madre tenía tanto miedo? ¿Por qué su madre nunca dejó que le tomaran una foto? ¿Por qué nunca le había contado que sabía tocar el piano? Repasó todos aquellos datos una y otra vez, como si fuesen parte de una película proyectada incansablemente. No lograba quitarse el asunto de la cabeza. Parecía que todos los datos sobre su madre, que tanto le había costado recordar, se volvían sospechosos. Canceló todos sus compromisos, incluida la sesión con la doctora Diggers. La única forma que tenía de conciliar el sueño era beber hasta desmayarse. A las cuatro de la

mañana del lunes, se incorporó en la cama y comenzó a vomitar sangre sin poder parar. Trató de arrastrarse hasta el vestíbulo para llamar al portero, pero perdió el conocimiento.

Durante varios días su situación fue delicada. Estuvo en cuidados intensivos e incluida en la lista de pacientes en estado crítico. Nadie sabía si lograría salir, pero los médicos consideraban que, después de haber perdido tanta sangre, era un milagro que siguiera viva. Y Dena que no creía en Dios y mucho menos en las plegarias, estaba incluida en los ruegos de las personas menos pensadas y en los lugares más inesperados. Cuando anunciaron en los telediarios que la habían ingresado de urgencia y que su estado era delicado, Peggy Hamilton llamó a su esposo, Charles que se encontraba en Rusia en medio de una cruzada mundial. Aquella noche, cinco mil rusos o más, que apenas hablaban inglés, agacharon la cabeza y rezaron por una mujer de Nueva York que no conocían. Elizabeth Diggers y toda la congregación de la Iglesia Baptista Episcopal Metodista Africana de la calle 105 rezaron por ella. Sandy Cooper hizo lo que hacen muchas personas cuando temen perder algo: hizo cientos de promesas y juramentos que cumpliría si ella se salvase. Cuando Norma se enteró, se asusto tanto que dejó a un lado la histeria y llamó de inmediato a su pastor. Aquella noche, los asistentes a las tres iglesias de Elmwood Springs hicieron lo único que podían hacer: rezar por ella. Se registraron llamadas que preguntaban por Dena a la línea telefónica de Plegarias Unidas. En Selma, Alabama, Sookie, que en aquel momento era amiga personal de Jesucristo, tenía mucho que decir y, para no correr riesgos, alertó a los grupos de estudios bíblicos de Kappa de todo el país que rezaran una plegaria especial por su hermana. La madre de Sookie, Lenore, dio instrucciones a todos los miembros de la junta de la filial de la Coalición Internacional de Cristianos y Judíos para que rezaran y pidiesen a todos sus conocidos que también orasen por ella. Después, pasó completamente por alto la autoridad del pobre arzobispo Lipscomb al decirle a Sookie:

—Esto es demasiado grave para andar dando vueltas. Necesitamos ir directamente al estrato superior.

Al día siguiente, llegó un telegrama al Vaticano:

ESTIMADO SANTO PADRE:

NECESITO QUE VUESTRA SANTIDAD RECE POR UNA AMIGA NUESTRA QUE SE ENCUENTRA EN ESTADO CRÍTICO. SE LLAMA DENA NORDSTROM Y NECESITO QUE LO HAGA YA, SI NO ANTES. MUCHAS GRACIAS POR ADELANTADO. SRA. LENORE SIMMONS DE KRACKENBERRY SELMA, ALABAMA.

De todas maneras, si Dios hubiera estado escuchando, probablemente la plegaria que más habría funcionado habría sido la de la tía Elner, que hablaba con Dios todos los días. Salió al jardín, miro hacia el cielo y dijo:

—Por favor, no te la lleves ahora, Señor. Apenas empieza, y la pobre ya ha tenido muchos contratiempos. Si necesitas a alguien de familia, llévame a mí. Yo estaría encantada de verte, y no tengo nada planeado excepto preparar unas conservas. Aparte de eso, no tengo ningún otro compromiso que me impida subir.

Después de tres días, a Dena la quitaron de la lista de pacientes críticos. Si fue gracias a todas las plegarias o a la destreza de los médicos, nadie lo pudo asegurar. Pero, como dijo Elnor de las plegarias, «mal no le pudieron hacer».

Muchas cosas pasaron durante aquellos largos días, cosas de las que ella nunca se enteró. Las visitas iban y venían. Los periodistas y los admiradores trataban de entrar, pero no se lo permitían. Como siempre ocurre cuando una persona famosa se pone enferma, corrieron rumores de que había intentado suicidarse, de que había tomado una sobredosis de drogas, de que había sufrido un colapso nervioso, de que Julian la había encontrado en la cama con otro y la había despedido. Ninguno de estos rumores era verdad, pero todos dieron algo de que hablar a los chismosos, tanto profesionales como aficionados.

Julian Amsley llamó varias veces y envió flores todos los días, e incluso fue una vez al hospital. En cambio, Gerry O'Malley fue todos los días. Un día, estaba sentado fuera de la habitación de Dena cuando se acercó un médico residente que él nunca había visto antes, que entró en la habitación. Gerry se preguntó qué haría allí dentro, pero cuando vio que se disparaba el flash de una cámara, supo la respuesta. El hijo de puta había hecho una foto. El «residente» salió y se dirigió rápidamente hacia la escalera, pero Gerry se levantó de un salto y lo atrapó justo cuando el hombre comenzaba a bajar. En voz baja, para no molestar a los demás pacientes de la unidad de cuidados intensivos, Gerry lo amenazó:

—A ver, amigo, haz el favor de darme esa cámara.

—A la mierda —contestó el tipo sin detenerse.

Gerry lo cogió por la parte de atrás de la bata y lo llevó escaleras abajo hasta el descanso, donde una enfermera oyó un fuerte chasquido, como si alguien hubiera pisado una rama. Un minuto más tarde, Gerry subió la escalera con una cámara, volvió a la silla y se sentó de nuevo.

A los cinco minutos, al residente falso, que acababa de perder la posibilidad de ganar muchísimo dinero por la venta de aquella foto, le diagnosticaron fractura de brazo. Tuvo suerte. Cuando se va a la academia militar, como había ido Gerry, se aprende alguna cosa que otra. El tipo tendría que haberse alegrado de que no le hubiera partido el cuello.

Pero Dena jamás supo que Gerry había estado allí.

# Levántate y vive

Nueva York  
1978

Cuando Dena despertó, no sabía dónde estaba. No lograba entender, hasta que oyó una voz familiar:

—Bueno, hola, señorita Hueso Duro. —La doctora Diggers estaba en su silla de ruedas, junto a la cama. Sonrió y añadió—. Nos diste un buen susto a todos.

Dena estaba aturdida.

—Ah, ¿sí?

—Sí. ¿Te acuerdas de algo?

—No... me parece que... no.

—Tuviste una hemorragia y te desmayaste. ¿Te acuerdas de eso? —Dena seguía confundida—. Sigue durmiendo y descansa. Te pondrás bien.

Macky y Norma habían hecho las maletas y esperaban que el médico les dijera que podían ir, pero éste les pidió que esperasen un poco hasta que Dena se recuperara. Sookie no hizo caso al doctor, y al día siguiente, su hermano, Buck, la llevó en avión a Nueva York. Cuando Sookie entró en la habitación, empezó a llorar. Dena parecía un fantasma. Había perdido siete kilos en pocos días. Después de un momento, cuando se hubo tranquilizado, Sookie se sentó junto a la cama y dijo:

—Dena... tienes que ponerte bien. ¡Si te mueres ahora que he puesto el pie en el norte del país sólo para verte, me enfadaré mucho!

Sookie le había levantado el ánimo, pero por la noche, cuando Dena se quedó completamente sola, volvió a sentir aquel viejo pavor. Sabía que no podía quedarse en Nueva York. Tenía que salir, alejarse cuanto pudiera de Capello. Necesitaba tiempo y distancia para tratar de decidir lo que haría. Debía haber algo o, si no, el miedo terminaría por matarla. Sookie le rogó que volviera a Selma por un tiempo, pero Dena, para su propia sorpresa, le dijo una cosa de lo más extraña, algo que nunca pensó en decir:

—Sookie, te lo agradezco muchísimo, pero la verdad es que quiero volver a mi casa, ¿entiendes? Necesito ir a mi casa por un tiempo.

Consultó a la doctora Diggers, que estuvo de acuerdo:

—Dena, me parece que es lo mejor que puedes hacer en este momento.

Y fue una buena señal que a la mañana siguiente le llegara el siguiente telegrama:

TU HABITACIÓN ESTÁ LISTA. ¿CUÁNDO VIENES?

UN BESO.

NORMA Y MACKY

El día anterior a su partida, llamaron a la puerta de su habitación y entró Gerry O'Malley con un gran ramo de rosas.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Hola. Pasa. Estoy bien. O casi bien.

—Me he enterado de que estuviste muy grave.

—Sí, así fue... Pero salgo mañana, y me voy a Elmwood Springs.

—Sí, eso me han dicho. —Y dejó las flores sobre una silla.

—Gracias. Son hermosas. Le pediré a una enfermera que las ponga en un florero.

Gerry se alegró de ver que Dena tenía mucho mejor aspecto que la última vez, cuando todavía no había vuelto en sí. Había recobrado el color en las mejillas, y verla sentada allí en la cama, con el mismo aspecto que siempre había tenido, lo dejó sin aliento. De repente se puso nervioso.

—Bueno, me han dicho que estuviste muy grave.

—Sí, así fue. Tuve una úlcera sangrante.

—Eso me dijeron. Elizabeth Diggers me dijo que estuviste muy grave.

—Sí, así fue.

—Bueno, se te ve bien. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor.

—Pasé a ver cómo estabas. ¿Cuándo crees que volverás?

—No sé. No estoy segura.

—Ya... bueno. Si hay algo que pueda hacer mientras no estés, pídemelo. Tienes mi número. Puedes llamarme... y... bueno... llámame para contarme cómo te va. Si te parece. O llama a la doctora Diggers. ¿Nos mantendrás al tanto?

—Claro.

Gerry salió del hospital hecho trizas. Por la mirada de Dena, se dio cuenta de que estaba en otro mundo. No sabía cuándo volvería a verla, ni siquiera sabía si volvería a verla alguna vez, y no podía hacer absolutamente nada al respecto. Tenía la sensación de que era en vano, pero estaba tan enamorado que esperaba que algún día, tal vez otro año, ella le diera otra oportunidad.

Aquella noche, Dena no pudo dormir. Acostada en la habitación mientras esperaba que se hiciera de día, pensó en lo que le había preguntado Elizabeth Diggers la primera vez. ¿Quién eres? Entonces pensó que lo sabía. Pero ¿quién era en aquel momento? No tenía idea. En algún momento había perdido su propio rastro.

Era como la fachada de un edificio bombardeado, en pie pero vacío por dentro. Lo único que sabía era que lo que le había dicho el doctor DeBakey era verdad. Si no frenaba un poco, moriría. Poco le había faltado.

A la mañana siguiente, el bueno de Buck volvió a Nueva York, pasó a buscarla y la llevó en avión a su casa. A Elmwood Springs.

# El trébol de la suerte

*Elmwood Springs, Missouri*

1978

Era estupendo estar allí. Qué tranquilo su dormitorio. El clima era templado. Se acostó con las ventanas abiertas y durmió profundamente toda la noche. El cuarto día, se despertó a las siete y se sintió con fuerzas suficientes para levantarse. Bajó a la cocina, donde Norma le preguntó:

—Pequeña, ¿qué haces levantada tan temprano?

—No podía volver a dormirme, pero me siento mejor.

—Bueno, la cocina está hecha un desastre, pero pasa, si lo soportas. —Dena vio que había una taza y un plato en el fregadero, pero aparte de eso, la cocina estaba impecable, como siempre. De todas maneras, Norma, horrorizada, enjuagó la taza y el plato rápidamente y los puso en el lavavajillas—. Disculpa por el desorden. Es que esta mañana me retrasé un poco. Tía Elner ya ha llamado tres veces para preguntar cómo estás. Quiere que vayas a visitarla. Está muy entusiasmada porque encontró un trébol de cuatro hojas en el jardín y quiere enseñártelo, como si nunca en tu vida hubieras visto un trébol de cuatro hojas.

Dena se sentó a la mesa y enseguida tuvo un mantelillo individual de plástico rojo y blanco delante.

—En realidad, creo que nunca he visto uno.

—¿En serio? Bueno, es algo que la tiene alterada. —Norma abrió la nevera y sacó los huevos y la leche—. No entiendo cómo le da la vista para encontrar un trébol de cuatro hojas. Imagínate, a su edad. Yo no podría verlo ni siquiera con las gafas puestas, pero ella tiene vista de lince. Se pasa el día diciendo que no necesita gafas, pero el año pasado quise que le hicieran un control, así que la llevé al oculista, el doctor Mitton. La hizo sentarse y le preguntó:

»—Señora Shimfessle, ¿hasta qué distancia ve? —Y ella le contestó:

»—Bueno, doctor, veo hasta la luna. ¿A qué distancia queda?

Después de un buen desayuno, Dena decidió ir hasta la casa de la tía Elner. La gente la saludaba con la mano al pasar y le daba los buenos días. Cuando se detuvo en el porche, oyó que la tía Elner cantaba en la cocina. Llamó a la puerta. La tía Elner y *Sonny*, el gato, salieron a abrir.

—Bueno, bueno, Pequeña, ¡pasa! —Elner tenía puesto un vestido floreado azul y blanco, gastado por el uso, y unos zapatos blancos con cordones. La casa olía a tocino. Elner la invitó—: Toma asiento si encuentras uno. Espera, que voy a apagar el tocino. —Dena pasó a la sala y se sentó. Elner volvió para preguntarle—. ¿Prefieres ir a sentarte en el porche? Soy muy mala ama de casa. Norma dice que parece que alguien tuvo un ataque de epilepsia en todas las habitaciones. Ya no quiere venir aquí

porque dice que le pone los pelos de punta. Dice que, si no la dejo limpiarme la casa, no vendrá más, pero cada vez que limpia después me paso una semana entera sin encontrar nada. Te ofrecería tocino, pero tengo órdenes estrictas de no darte de comer. En todo caso tengo algo que quiero darte. —La tía Elnor volvió con un pequeño recipiente blanco lleno de agua, en la que flotaba un trébol de cuatro hojas —. Lo encontré esta mañana y dije: se lo daré a la Pequeña para que le traiga suerte.

—Gracias tía Elnor. Eres muy amable.

—Bueno, no es nada, mi vida. Bendita seas. Necesitas atraer un poco de buena suerte. ¿Cómo te va? Se te ve bien. Pero me preocupas. ¿Comes lo suficiente? ¿Norma te da de comer?

—Como muchísimo, y más.

—Bueno, qué maravilla. Me preocupaba. ¿Quieres que te prepare un bollo?

—No; estoy bien tía Elnor.

—Norma come menos que un pajarito, y para colmo se pasa el día corriendo de aquí para allá, limpiando, fregando y barriendo.

—No cabe duda de que es una buena ama de casa.

—Demasiado buena, diría yo. Es obsesiva con la limpieza. Yo le dije: «Norma, si te diera un ataque al corazón antes de lavar los platos del desayuno, primero los lavarías y después llamarías a la ambulancia». Pero te digo una cosa: cuando las cosas se ponen feas, te conviene estar cerca de ella. Las tonterías la vuelven loca, pero cuando hay un desastre natural, se tranquiliza mientras todos los demás se desesperan. Ahí es donde Norma se luce.

—¿Qué tipo de desastre natural?

—Cualquier tipo, el que se te ocurra. Hace un tiempo, en la época de aquellas inundaciones terribles, cuando tanta gente perdió su casa, Norma fue al auditorio del colegio y organizó allí un refugio y un hospital en menos que canta un gallo. Y lo hizo funcionar. Reservó una línea telefónica de ayuda para que la gente llamara, organizó grupos de hombres que salieran en botes a buscar a todos los que faltaban, repartió la comida y los medicamentos, salvó montones de vidas.

—¿En serio?

—Pues sí. Cuando por fin logró llegar la Cruz Roja, ella lo tenía todo bajo control. Le dieron premios, pero no te lo contará. Pero te lo aseguro, en caso de desastre natural, te conviene estar con Norma Warren. Tiene preparada una caja de herramientas para terremotos que no te imaginas.

—¿Aquí hay terremotos?

—Hubo uno hace cien años, pero si alguna vez llega a haber otro, Norma está lista. Está preparada para un tornado, una sequía, inundaciones, la bomba atómica, la guerra bacteriológica... ¡Está lista para lo que se te ocurra!

—Está bien; es bueno saberlo.

—No vas a volver corriendo a Nueva York, ¿verdad?

—No estoy segura.



—Ojalá te quedaras aquí con nosotros. Nadie te molestará; Macky Warren ya se ha encargado de eso. En realidad, todo el pueblo se encargará de ello. Ésta es tu casa. No es necesario que te molesten hasta el hartazgo en tu pueblo natal.

Mientras Dena volvía a casa con su trébol de cuatro hojas, se preguntaba qué haría. Muchas personas le habían ofrecido un lugar donde quedarse. Lee Kingsley le ofreció su casa de huéspedes de Sag Harbor para el verano; los Hamilton tenían una casa en Sea Island, Georgia; y el hermano de Sookie, Buck, y su esposa la invitaron a su casa de Mobile Bay. Dena pensó que le haría bien estar sola, pero en aquel momento se daba cuenta de que era... maravilloso estar rodeada de parientes. Comenzó a albergar la idea de quedarse tal vez en Elmwood Springs por un tiempo. Quizá incluso podía buscar una casa para alquilar por unos meses.

Cuando llegó a casa de Norma, abrió el listín telefónico y vio un pequeño anuncio en la sección de negocios, que se reducía a dos páginas. Había la foto de una mujer con sombrero que hablaba por teléfono, y decía: PARA TODAS SUS NECESIDADES INMOBILIARIAS, LLAME A BEVERLY. Dos semanas más tarde, cuando Macky y Norma viajaron a otra ciudad para asistir a una convención de ferreteros, Dena llamó a Beverly.

Beverly apareció con un ancho sombrero y a bordo de un gran Lincoln azul. El asiento del acompañante estaba atiborrado de folletos, anuncios clasificados, carteles y listas. Estaba eufórica por la posible clienta, y más tratándose de Dena, y le hizo sitio rápidamente arrojando todos los papeles al asiento trasero.

—Bueno, encantada de conocerte. Cuando mi esposo y yo nos instalamos aquí, nos dijeron que eras del pueblo, y siempre he deseado que volvieras. —Beverly era una tromba, y en una hora ya lo habían visto todo. Visitaron un dúplex, incluso un bloque de apartamentos y varios pisos nuevos que quedaban lejos, junto al centro comercial, pero a Dena no le gustó ninguno. Eran demasiado fríos e impersonales. Beverly, desorientada, dijo—: Aquí no tenemos tantos pisos en alquiler.

—¿Tienen casas? —preguntó Dena.

—¿Casas? ¿Querías alguna en alquiler?

—No sé. Puede ser. ¿Hay alguna en alquiler?

—Veamos. Tengo una casita... pero está lejos, en el campo. Y eso no te sirve. Tengo una en el pueblo. Puedo enseñártela si quieres. Digamos que no sé en qué estado se encuentra, pero podemos ir a ver.

Se dirigieron al barrio más antiguo del pueblo. Había grandes olmos al borde del camino, y Beverly aparcó delante de una casa blanca que tenía un toldo verde y blanco que rodeaba el porche delantero. Revolvió su gran bolso negro y buscó entre los montones de llaves que tenía.

—La otra chica de la oficina tiene el catálogo. La dueña es amiga suya... Estoy segura de que por aquí está la llave. Voy contándote. —Y comenzó a dar detalles acerca de la casa mientras seguía buscando—. La casa perteneció a la familia. La hija y su familia vivieron aquí hasta hace un par de meses, cuando el marido tuvo un enfisema y se puso tan mal que tuvieron que mudarse a Arizona... Si he perdido la llave, me muero... Como iba diciéndote, dijeron que la alquilarían... —Finalmente se dio por vencida—. No tengo la maldita llave, pero seguramente podremos entrar de todos modos. —Bajaron del coche—. Tal vez sea un poco grande para ti, pero está en un barrio antiguo muy bonito. Hoy en día no se ven muchas casas con dos columpios, ¿no? —Mientras Beverly intentaba abrir la puerta, Dena notó que la ventana tenía algo escrito, apenas legible. Se acercó para mirarla de cerca y, con esfuerzo, distinguió la frase Radio WDOT, en el 66 del dial. Beverly, que sacudía y empujaba la puerta con toda su furia, vio que Dena miraba y le explicó—: Dicen que una mujer que vivía aquí tenía un programa de radio, pero eso fue antes de que llegáramos nosotros. —Finalmente, con un empujón más, se abrió la puerta—. Ya está. Me parecía que no la habían cerrado con llave. Pasa.

Dentro estaba oscuro, ya que todas las cortinas estaban cerradas, y mientras Beverly recorría la sala abriéndolas, Dena notó un olor especial, un olor dulce, como si estuvieran haciendo un pastel. La casa conservaba las persianas venecianas originales. Las cortinas del cuarto de estar eran gruesas y tenían un estampado verde, amarillo y granate con dibujos que parecían hojas de palmera. Habían dejado algunos muebles. Había un pequeño escritorio en la sala, junto a la ventana; una mesa para el teléfono en un pequeño nicho que se abría en el vestíbulo contiguo a la sala; varias lámparas de Aladino viejas, amarillas y con flores blancas; y en la sala una lámpara de pie que todavía tenía la pantalla original, granate, con volantes de seda granate en los bordes superior e inferior. Beverly la encendió, y la vieja lámpara despidió una luz suave y amarilla, de un tono casi dorado, no como el resplandor azulado y potente de las lámparas modernas.

A medida que Beverly encendía más lámparas, parecía que la luz inundaba la casa con un brillo tenue y tranquilo que a Dena, sin saber por qué, la apaciguaba. Recorrieron el pasillo y Beverly encendió la única bombilla eléctrica que colgaba del techo, mientras decía:

—Mira ese viejo baúl de cedro. Me encanta el olor de esos muebles. ¿A ti no? —Entraron en uno de los dormitorios. A Beverly le costó abrir la puerta del armario, pero como era profesional, pasó por alto el viejo pomo que le quedó en la mano de tanto tirar, para señalar otra ventaja—: Una de las maravillas de estas casas viejas es que todos sus armarios también son de cedro. —Dena echó una mirada al interior del armario, que era enorme y no tenía rastros de humedad, además de conservar el olor fresco a naftalina después de tantos años. Beverly le mostró un platito blanco que contenía doce bolas de naftalina y se sorprendió—: Mira eso. Hacía años que no veía algo así. —Era evidente que Beverly no había entrado nunca en aquella casa, pero le

salía tan bien fingir que Dena no pudo por menos que admirarla por su esfuerzo—. Lo bueno de estas casas viejas es que las construyeron para que duraran.

—¿Cuándo te parece que la construyeron?

—Yo diría que tal vez alrededor de mil novecientos veinticinco, o como máximo en los años treinta, supongo, por los travesaños de las puertas y por el empapelado. Creo que el empapelado es original. Recuerdo que mi abuela tenía el mismo, así que seguramente fue en los años veinte.

En el segundo dormitorio había una cómoda. Dena abrió un cajón y la invadió un olor a talco antiguo. Los techos estaban a una altura de tres metros y medio. Hacía tanto tiempo que Dena vivía en pisos y habitaciones de hotel que ya se había olvidado de los techos altos. Le parecía raro tener todo aquel espacio ahí arriba. Los suelos, de un hermoso roble, estaban en perfectas condiciones. No quedaba ninguna alfombra, pero los lugares donde habían estado se veían claramente. Dena descubrió unas pequeñas manchas marrones en el empapelado de algunos dormitorios, pero, por lo demás, la casa estaba muy bien conservada. Todos los baños tenían aquellas bañeras enormes, con patas, y grandes lavabos de pedestal.

La araña del comedor tenía cuatro pantallas de cristal opalino con escenas decorativas, y en el techo del cuarto de estar había un plafón de cristal redondo de color de rosa que le gustó.

Fueron a ver la parte trasera de la casa. Cuando entraron en la cocina, Dena comentó:

—¿Sientes el olor? Aquí estuvieron haciendo un pastel o algo así.

Beverly olfateó, pero contestó:

—No, no huelo nada. —La cocina era inmensa, y había una sola bombilla eléctrica bajo la cual estaba la mesa de madera. El fregadero era grande, de esmalte blanco, y la encimera estaba bordeada por un volante que tenía dibujos florales. Había además una gran nevera y un horno O’Keefe & Merritt, en perfecto estado. Beverly dijo—: Mira este precioso horno. —Y encendió un quemador. Las llamas se alzaron de inmediato—. ¡Y funciona! —Dena abrió un cajón y encontró un libro de cocina de O’Keefe & Merritt. Salieron por la cocina a un gran porche trasero con mamparas y vieron que, después del jardín, había un campo. Beverly exclamó—: ¡Mira, un viejo columpio para enamorados! Me encantan, ¿y a ti?

—Sí, claro —respondió Dena, que no tenía la menor idea de lo que era un columpio para enamorados.

—Dicen que en el jardín había una gran torre de radio que se veía desde kilómetros a la redonda.

—¿En serio? —Dena volvió al porche delantero y se sentó en el columpio que había junto a la ventana que tenía la inscripción, y esperó a que Beverly terminara de cerrar la casa y saliera para decirle—: Me la quedo.

—Bien. ¿Cuándo la quieres?

—Hoy, si es posible.

—Ah —dijo Beverly.

Aquella tarde, después de firmar el contrato, Dena volvió a recorrer la casa. Todavía no podía creer que realmente había alquilado toda una casa vacía, ella que no recordaba haber vivido en una casa nunca en su vida. Pasó de habitación en habitación. Abrió las alacenas de la cocina y encontró algunas tazas con sus platitos, y tres platos que tenían escrita la frase *Comedor Trolley Car* en el borde. Había varios cuadros colgados en las paredes, y algunos floreros de cristal azul con forma de violín situados en las ventanas, con una especie de plantas secas que colgaban. En la pared del porche trasero había un calendario de 1954 con la foto de un niño en pijama que tenía un neumático en una mano y una vela en la otra, y abajo decía el nombre del patrocinador: Goodyear Tire Co. En la sala vio un cuadro de un chalet con una valla blanca llena de flores, y en la sala contigua al porche delantero colgaba una foto de Dana Andrews que alguien había recortado de una revista y después enmarcado. En el corredor había un dibujo de un indio montado en un poni y mirando hacia abajo, al borde de un acantilado, con un epígrafe: FIN DE LA TRAVESÍA.

En la buhardilla halló una cama de perro, cajas de adornos de Navidad y unos trofeos de concursos de natación que decían: PRIMER PUESTO, SALTO EN CASCADA, 1947, 1948, 1949. Por lo demás, no quedaban rastros de la gente que había vivido allí, excepto los olores que parecían haber impregnado las paredes y los suelos. El porche trasero seguía despidiendo el olor dulce y penetrante de las uvas Kool-Aid. Dena se sentó en el cuarto de estar, en una silla que encontró, y miró los rayos de sol que se filtraban por las viejas persianas venecianas y se proyectaban en el suelo. Se quedó allí hasta que oscureció, y entonces encendió una lámpara. No quería irse. Había un aire, un clima, algo en el ambiente que le daba una sensación de tranquilidad. La casa tenía un olor conocido y hasta le resultaba familiar, casi como si alguna vez hubiese estado allí. El aire de la casa albergaba el recuerdo tenue de un sueño que habría podido tener.

# Una nueva amiga

*Elmwood Springs, Missouri*

1978

Al día siguiente, Merle, la amiga de tía Elner, le llevó un par de colchones viejos y un espantoso sofá marrón que Dena había comprado en una tienda de beneficencia de la calle principal, para tener un lugar donde dormir y donde sentarse hasta que decidiera cómo quería amueblar la casa. Le pidió prestadas unas sábanas y unas almohadas a Norma. Una vez que Merle se hubo marchado, Dena fue al almacén y compró café, nata, leche, huevos y algunos platos congelados, volvió a la casa y dio vueltas por todas las habitaciones. Beverly le había dejado una cafetera, una caja de copos de maíz y algunos plátanos. Dena encontró un cubo y una botella de jabón líquido Octagon bajo el fregadero y los usó para limpiar las persianas venecianas. Estaban en perfecto estado y conservaban los tiradores de plástico originales con forma de campanillas, que colgaban de los gruesos cordones. Mientras limpiaba, miró hacia arriba y vio que había un gato blanco y negro sentado al otro lado de la ventana, mirándola. Dena fue hasta la puerta de entrada y la abrió, y el gato entró en la casa como un relámpago o como alguien que trata de conseguir el mejor asiento en un bus lleno. En el cuarto de estar había una papelera de hojalata verde, tumbada, con la foto de un perro cócker, y el gato se metió adentro, se acomodó y se quedó dormido de inmediato, ofendido por haber tenido que esperar tanto tiempo para entrar en la casa. Dena le tenía un poco de miedo y no lo molestó.

Apenas pasadas las tres, Dena oyó que llamaban a la puerta y decían:

—Yuju... —Una mujercita de unos sesenta y cinco años que había junto a la puerta la saludó—: Soy Tot, tu vecina de al lado. No voy a molestarte. Sólo quiero dejarte esto y me voy. Sé que estás ocupada.

Dena abrió la puerta de corredera.

—No estoy ocupada. Estaba limpiando un poco, nada más. Pase, por favor.

—Bueno, voy a dejarte esto en la cocina. Me imaginé que tal vez no quisieras salir, así que te traje esto por si tienes hambre. Sé que estás mal del estómago y por eso te hice un pastel de pollo a la crema. Si necesitas algo, lo que sea, pégame un grito. —Tot ya había llegado a la cocina y ponía la comida en la nevera—. Cuando tengas hambre, caliéntalo un poco y ya está. No voy a molestarte, te lo prometo; sólo quería que supieras que estamos al lado. —Mientras se dirigía a la puerta, miró hacia el cuarto de estar y comentó riendo—: Vaya, así que *B.T.* está aquí. Es mi gata. Espero que no te moleste. No le cae bien cualquiera, pero parece que se ha encariñado contigo. Eso trae buena suerte, ¿sabes?, pero si te incomoda, échala. Aunque te adelanto que no te servirá de nada. Espero que te guste esta casa. Es un lugar encantador. —Tot ya había llegado a la puerta—. No me gustaba en absoluto

verla desocupada. Anna Lee y el marido tuvieron que mudarse a Arizona.

Por fin Dena pudo decir algo:

—Sí, ya me lo contaron.

—Todos los vecinos estamos encantados de tenerte con nosotros, y no vamos a molestarte. No te acuerdas de mí, pero yo recuerdo cuando eras una criatura. Bueno, acércate si necesitas algo.

Dena se quedó mirando a Tot hasta que ésta entró en su casa. Después volvió a la sala y siguió con las cortinas. Las abrió y descubrió el contorno de la alfombrilla redonda que había antes en el suelo y, más evidente, el de un sofá. Cerca de las seis y media, se sintió cansada. Salió al jardín, y desde el columpio miró cómo se ponía el sol sobre el campo. Cuando volvió a entrar, se acordó del pastel, encendió el horno para calentarlo y se lo comió casi todo.

Sentada a la mesa, sintió el silencio que reinaba en la cocina. Lo único que oía era el tictac del reloj colgado sobre el horno. Sintió que algo le rozaba la pierna bajo la mesa, y casi dio un salto del susto. Miró hacia abajo y vio a la gata, que se frotaba contra su pierna, mientras la miraba a la cara y maullaba. Dena le dijo:

—Vamos, minina... mejor será que te vayas a tu casa. —Fue hasta la puerta trasera y la abrió, insistiendo—: Vamos, minina, a casa, vamos... —pero la gata no hacía más que mirarla. Dena se quedó con la puerta abierta, pero el animal ni se movía. Finalmente, cerró la puerta, volvió a sentarse e intentó terminar de comer, pero la gata no dejaba de mirarla ni de maullar, así que le dio la mitad de lo que quedaba, esperó a que se lo comiera y después volvió a abrir la puerta—. ¿No tienes que hacer tus necesidades ni nada?

Pero la gata se limpiaba las patas sin prestarle la menor atención. Dena recorrió toda la casa encendiendo las luces una a una. Las cuatro pantallas de cristal opalino de la pequeña araña de latón que colgaba en la sala se habían puesto amarillentas por el paso del tiempo y dejaban pasar una luz de un tono bellísimo. El comedor tenía un mirador con cortinas de festones transparentes que quedaban hermosas de noche. Anduvo de una habitación a otra pensando en los muebles que podía poner. Un lugar tranquilo. Después de un rato, salió al porche delantero y se sentó en el columpio. La gata apareció por la puerta, salió, bajó los escalones y se paseó por el jardín. Después de unos minutos, volvió y se sentó en el porche con Dena. Era una noche cálida y suave, pero soplaba una leve brisa que renovaba el aire, y a Dena le llegaba el olor de las flores que comenzaban a abrirse al lado de la casa. Pasaba algún que otro coche, pero por lo demás no había actividad.

Aproximadamente a las once de la noche, Dena entró con la gata. Fue al baño y llenó la bañera, que era blanca y profunda y tenía un tapón blanco y redondo sujeto por una cadena de metal. Tardó mucho en llenarse, y cuando Dena se sumergió, el agua le llegaba casi al cuello, y eso le dio la risa. Era como meterse en una pequeña piscina. Después del baño, fue al dormitorio, sacó un camisón de la cómoda y notó que olía ligeramente a talco. Cuando se inclinó para correr las mantas, la gata subió a

la cama de un salto y se acurrucó bajo la sábana. Al cabo de un instante, Dena sintió que le empujaban el brazo y oyó que la gata ronroneaba, feliz y satisfecha de tenerla como compañera de cuarto. Ella estiró el brazo y la acarició. La última vez que había dormido con un gato había sido aquella noche, hacía muchos años, en el piso de Christine, la amiga de su madre, cuando *Milton* se acomodó junto a ella en el cuarto de estar. Qué sensación tan agradable.

## El pastel redondo

*Elmwood Springs, Missouri*

1978

Por la mañana, Dena fue a buscar una planta de hiedra que la tía Elner quería que pusiese en la ventana. La tía Elner rebosaba de alegría por ver que la tendría tan cerca.

—Estoy muy entusiasmada de que vivas en la vieja casa de la vecina Dorothy. Ay, mi vida, escuché tantos programas de los que se emitían allí.

—¿Había un estudio o algo así?

—No sé si era un estudio o no —contestó la tía Elner mientras se sentaba en la cocina—. Era en el cuarto de estar, simplemente. De ahí salía el programa al aire, todos los días, de nueve y media a diez, como un reloj suizo. No me lo perdía nunca.

—¿Qué era? ¿Cómo un informativo? —preguntó Dena y cogió un bollo.

—¿Un informativo? Supongo que se lo puede llamar así. Pero la vecina Dorothy tenía de todo en el programa. Tenía música, había un órgano en el cuarto de estar, que tocaba mamá Smith, pero cuando murió, lo regalaron a la iglesia. Y pasaba todo tipo de gente para cantar, tocar o lo que le viniera en gana. También daba consejos para la casa, recetas y charlas.

—¿Qué clase de charlas?

—Bueno, de todo tipo: Ruby Robinson, la enfermera de la radio, daba charlas sobre salud... y Audrey daba charlas religiosas. El que quisiera salir al aire podía hablar. La gente metía la cabeza por la ventana y hablaba de cualquier cosa.

—¿Qué quiere decir «cualquier cosa»?

La tía Elner rió.

—No sé. Tal vez alguien había perdido a su perro o quería anunciar una comida comunitaria, o lo que fuere.

—¿Qué es una comida comunitaria?

—¿No sabes lo que es una comida comunitaria? ¿En Nueva York no las hacen?

—No sé. ¿Cómo son?

—Es una cena a la que cada uno lleva algo para comer. En la iglesia hacemos una el primer viernes de cada mes. ¿Por qué no vienes? Es divertidísimo. Nunca sabes qué puede haber para comer. Cambia todos los meses. Una vez fue Bess Truman.

—¿A la comida comunitaria?

—No, al programa «La vecina Dorothy». Iban personas de lo más diversas, y además la gente mandaba cartas. Había concursos en los que uno ganaba un paquete de harina. Y escribió un libro de recetas muy bueno. El mío lo perdí, pero tal vez Norma todavía tenga el suyo.

—¿Cómo era?



—¿Quién?

—La vecina Dorothy.

—Bueno, era una mujer amable. Tenía dos hijos...

—¿Qué voz tenía?

—Muy dulce, como si se alegrara de que uno la escuchase. Qué lástima que entonces no hubiera grabadoras, porque me encantaría volver a escuchar uno de los viejos programas. No sabes cómo echo de menos escucharla. Me había acostumbrado. La vecina Dorothy me hacía mucha compañía, te lo aseguro. No es que no me gustara estar en la granja mientras vivía Will, pero una de las desventajas de vivir en el campo es que me sentía muy sola. Mi vecina más cercana vivía a dieciocho kilómetros. Will no era muy hablador, y yo me moría por escuchar la voz de alguien. De no haber sido por el programa de la vecina Dorothy, me habría sentido el doble de sola. Era como si fuera a visitarme una vecina todos los días. Con ella resultaba más llevadero pasar los días sin compañía allá, en medio de la nada. Y de noche, desde la granja se veía la luz roja de la torre de radio que tenía en el jardín. No sé cómo llamar a un programa como aquél, pero siempre me hacía sentir mejor. Come todos los bollos que quieras, mi vida. Se los iba a dar a los pájaros.

Dena cogió otro y lo untó con mantequilla y mermelada.

—¿Alguna vez la viste en persona, Tía Elner, a la vecina Dorothy?

—Sí, miles de veces. Era muy amiga de tu abuela. —La miró—. Ahora que lo pienso, tú también la viste. ¿No te acuerdas?

—No. ¿Cuándo?

—Pues muchas veces. Anna Lee, la hija y su amiga Patsy tenían un pequeño parvulario allí fuera, en el porche trasero. Aquél era tu jardín de infancia. ¿No recuerdas que ibas allí?

—¿Estás segura de que se trataba de mí?

—Sí, estoy segura. Incluso me acuerdo de una vez, cuando habrías cumplido los cuatro años, que soplaste las velas de tu pastel allí, con todos tus amiguitos del jardín. Tu madre te vistió como una muñeca china; trabajaba en el almacén de los hermanos Morgan y te conseguía unos vestidos preciosos. Fueron tus abuelos; tu madre salió antes del trabajo para poder asistir; fui yo; fue Norma; fuimos todos.

Dena se sorprendió.

—¿En serio?

—Estabas tan contenta... Eras una niña alegre y tan dulce... nada consentida.

—¿Yo era alegre?

—Sí. Creo que fue la etapa más feliz de nuestra vida, cuando teníamos a nuestra Pequeña con nosotros. Fue terrible perderte, te lo aseguro.

—No me acuerdo de ninguna fiesta de cumpleaños.

—Siempre te hacían fiestas de cumpleaños. A lo mejor tengo una foto con las cosas de Gerta. Creo que aquel día sacamos una foto, si no me equivoco. Espera, voy a buscar esa caja. Voy a buscar en el cajón de abajo, a ver si la encuentro. —Dena

oyó que abría y cerraba cajones, hasta que al final gritó—: ¡Aquí está! —Volvió a la cocina y le alcanzó una foto—. Mira. Dime, si no eras una niña alegre, que me parta un rayo.

Dena miró. Era una foto de una niña rubia sentada a la cabecera de una mesa llena de niños. La niña era ella, y allí estaba su madre, apoyada en la pared con los brazos a la espalda. Tenía la cabeza vuelta hacia Dena, sonreía y miraba con amor. La foto había captado a su madre desprevenida. Dena nunca la había visto mirarla así; nunca había sentido el amor que en aquel momento veía.

En la foto había otra cosa que le llamó la atención. Era un pastel que tenía encima algo que parecía un tiovivo en miniatura.

—¿Qué es eso?

—Te la hizo la vecina Dorothy. Te hizo uno de sus famosos pasteles de tiovivo. Era blanco y rosa. Lo recuerdas, ¿no?

Mientras volvía a su casa, Dena intentaba recordar qué era, qué le hacía recordar aquel pastel y que, sin embargo, no podía precisar. Se trataba de algo que había visto antes. Entonces, de repente, cayó en la cuenta. Ya sabía qué era.

Cuando Dena llegó a la casa, salió al porche trasero y se quedó allí, mirando la foto que tenía en la mano, y lloró. Era el mismo tiovivo con el que hacía años soñaba. Aquél era el lugar al que intentaba volver, el lugar donde una vez había sido feliz.

## ¡Bienvenida a este mundo, Pequeña!

*Elmwood Springs, Missouri*

1944

—Buenos días a todos. Aquí en Elmwood Springs hace otra vez un día precioso, y apenas hemos podido contenernos esperando esta mañana... Hoy estamos tan llenos de buenas noticias que creerán que todo es invento mío. En primer lugar, quiero comenzar dando una gran bienvenida al mundo a la pequeña señorita Dena Gene Nordstrom, que pasó a integrar el género humano ayer a las cuatro de la tarde. La niña es la flamante nieta de Lodor Nordstrom: hija de su hijo, Gene. Todos recordamos qué mal momento pasamos cuando perdimos a Gene en la guerra... Pero gracias a un milagro recuperamos un pedacito de él; una parte de él sigue viva... y es lo mejor que nos podía pasar. Gerta dice que, tan pronto como la niña Dena pueda viajar, su madre la traerá a Elmwood Springs, y no vemos la hora de tenerte aquí, así que date prisa y ven para que podamos darte una verdadera bienvenida. Además, ayer nos llegó una carta de Canadá. La señora D. Yaeger dice que el mes pasado estaba cambiando el dial y de pronto nos escuchó a la perfección... El clima era ideal para la radio. No se desmayen, pero Bobby ha obtenido la nota máxima en conducta. No me pregunten cómo. Y tenemos muchísimas noticias más, y de las mejores. Tenemos a la ganadora del concurso «¿Quién es la visita más interesante que tuvo?». A que no se esperan esto... Ya sé que no está bien llevar el agua a nuestro molino, pero mamá Smith y yo estamos muy orgullosas de Doc. Es que ha ganado el premio Rexall a la destreza en la preparación de medicamentos, por segundo año consecutivo. Así que, si nos están escuchando en la farmacia... Doc: estamos muy orgullosos de ti.

»Y ahora, aquí están las mellizas Goodnight, que les cantarán aquel viejo éxito, *Dejaré una luz encendida en la ventana, mi amor, porque sigo enamorada de ti.*

## Todavía no

*Elmwood Springs, Missouri*

1978

Los días pasaban, y Dena, sentada junto a la gata, que resultó llamarse *Bottle Top III*, pensaba en lo que haría con su vida. Hasta entonces no se había detenido a pensar mucho en la vida, excepto en lo tocante a su trabajo y a su búsqueda del éxito. Nunca se le había ocurrido qué podría hacer sin ninguna de estas dos cosas. ¿Qué le quedaba? ¿Quién le quedaba? Para empezar, se había olvidado incluso del motivo por el que quería tener éxito. ¿Y por qué se sentía tan destruida si pensaba en una vida sin éxito? ¿En qué cambiaba la cosa, de todas maneras? ¿En qué cambiaba la cosa si ella seguía viva o no, para el caso? Ya que nada dura, ¿qué razón había?

Después de la primera semana en la casa nueva, Norma le llevó un viejo volumen del *Libro de cocina de la vecina Dorothy*. Últimamente, Dena pasaba horas mirando la foto de la mujer sonriente de la tapa. Parecía que le clavara la vista a Dena. Se la veía tan llena de vida... pero ya no estaba. ¿Dónde estaba? Primero estaba, después no, y sólo quedaba un lugar donde había vivido. Dena empezó a pensar en el pasado. ¿Ya no existía? ¿O, de noche, cuando la oscuridad y el silencio lo envolvían todo, regresaba? Cuando la casa estuvo vacía, volvió a reinar el pasado de repente e inundó las habitaciones. ¿Seguía allí la vecina Dorothy, en algún rincón, con la voz todavía en el aire? Dena no lo sabía. Lo único que sabía era que sentía la presencia de algo en aquella casa. No se sentía sola. Quizá había alguien o quizá, pensó, estaba volviéndose loca poco a poco. Pero fuera lo que fuese, no la asustaba, y le producía alivio, no miedo.

Mientras tanto, esperaba y escuchaba. Algunas veces creía oír cosas. Ocurrió la primera semana, a primera hora de la mañana. Cerca de las cuatro y media, se incorporó en la cama y habría jurado que oyó una voz en la cocina. Miró a su lado, *Bottle Top* estaba en la cama con ella, así que no había sido la gata. Se levantó y, mientras caminaba por el corredor, habría jurado que olía a café recién hecho. Pero cuando llegó a la cocina y encendió la luz, no había nadie. En algunas ocasiones, le parecía oír que una voz cantaba, que la puerta se cerraba con fuerza o que alguien hacía rebotar una pelota contra la pared, pero cuando iba a fijarse, nunca encontraba a nadie. A medida que transcurrían las semanas, Nueva York y todos los personajes como Ira Wallace y Sidney Capello parecían cada vez más lejanos. Cuando llegó a Elmwood Springs, tenía los nervios tan alterados que cualquier ruido fuerte la sobresaltaba. Sin embargo, ya se sentía segura allí, a miles de kilómetros del mundo real, de las luces hirientes y de los ruidos penetrantes. Sus oídos fueron acostumbrándose a la quietud y comenzó a oír otros sonidos: pájaros, grillos y, por momentos, los niños que jugaban. Oía las campanas de la iglesia y recientemente

había aprendido a distinguir incluso cuáles sonaban, las de la iglesia Unitaria, la Metodista o la Luterana. Cada una tenía su sonido característico.

Por la noche se quedaba sentada durante horas y horas hasta tarde, con la sola compañía de la luz anaranjada que despedía el aparato de radio, escuchando las agradables voces de personas desconocidas que hablaban de Dios, del clima o de los cultivos. Le producía tal sensación de intimidad estar a oscuras con aquellas palabras acerca de Dios, que casi comenzó a pensar que podrían ser verdad. Los días de Dena eran largos. Antes no sabía que los días pudieran ser tan largos. Se despertaba al amanecer y, por la tarde, miraba cómo se ponía el sol y cómo salían la luna y las estrellas, lo cual no dejaba de asombrarla.

Se quedaba en distintos lugares de la casa para ver la luz desde todos los ángulos posibles. Por la noche comenzó a experimentar con la iluminación de cada habitación. Le encantaba que la luz de las lámparas se proyectase sobre las paredes de pino color miel que revestían una de las habitaciones; le parecía de lo más estimulante.

Algunas veces salía y se quedaba en el césped mirando hacia el interior de la casa con sus luces encendidas, y la invadía una gran nostalgia, un sentimiento tan fuerte que la hacía verter lágrimas. Se quedaba llorando, sola y sin saber por qué lloraba ni de qué tenía nostalgia. Comenzó a sentirse como si hubiera ido al dentista y se le estuviese pasando el efecto de la anestesia; le dolía, pero el dolor era a la vez placentero. Poco a poco empezaba a sentirse como la niña que era antes, la que se había perdido por el camino.

Se acercaba el otoño, y los de la televisión insistían en llamar a Sandy para saber cuándo volvería Dena. Ella envió un telegrama.

QUERIDO SANDY:

DILES QUE ME DISCULPEN, PERO TENDRÁN QUE EMPEZAR LA TEMPORADA DE OTOÑO SIN MÍ. ME DOY CUENTA DE QUE NO PUEDO VOLVER EN ESTE MOMENTO. TODAVÍA NO.

UN BESO.

DENA.

## El intermediario

*Elmwood Springs, Missouri*  
1978

La doctora Diggers había recomendado a Dena que no se precipitase a tomar decisiones relacionadas con su futuro. Sin embargo, a medida que pasaban las semanas y Dena comenzaba a sentirse más fuerte, le quedaban cada vez menos dudas acerca de lo que tenía que hacer en primer lugar; tenía que descubrir la verdad sobre su madre. Debía averiguar por ella misma qué había ocurrido. Por doloroso que pudiera ser, tenía que saberlo, y sólo después podría decidir lo que haría a continuación.

Pero necesitaba ayuda. Necesitaba a alguien de confianza, alguien que no estuviese en el mundo de la televisión, que no la traicionara vendiendo información, dándole datos a la prensa o simplemente hablando. ¡Dios mío!, ojalá Howard no hubiese muerto.

El 21 de septiembre, estaba sentada en el jardín, en el columpio para enamorados, cuando le vino un nombre a la cabeza; Gerry O'Malley. Cuanto más pensaba en la idea, mejor le parecía. No lo conocía tan bien, pero confiaba en él. Para empezar, no estaba relacionado con el mundo de la televisión. Además, ella había sido paciente suya, por lo que cualquier cosa que dijese debía ser información confidencial, ¿o no? Aquella noche, cuando la llamó la doctora Diggers, Dena le comentó:

—Usted conoce muy bien a Gerry O'Malley, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Confía en él?

—Por él pondría las manos en el fuego. ¿Por qué? —Dena le contó que había decidido averiguar qué había pasado con su madre. La doctora Diggers estaba satisfecha; era lo que había estado esperando—. Me parece muy bien. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Gracias, pero el problema es que no puedo buscarla yo misma, por motivos obvios. Lo que necesito es encontrar a alguien que haga de intermediario y esté dispuesto a decir que la persona que busca es parienta de él, de modo que no aparezca mi nombre. ¿Cree que Gerry me ayudaría si se lo pidiera?

Diggers creía que Gerry sería capaz de saltar de espaldas desde el edificio de la Chrysler si Dena se lo pidiera.

—Llámallo. Ahora —le contestó.

Él atendió de inmediato.

—Gerry, soy Dena.

—Ah, hola —dijo él—. ¿Ya has vuelto?

—Todavía estoy en Missouri.

—¿Piensas volver pronto?

—De eso se trata, Gerry. No lo sé. Tengo un problema. A decir verdad, un problema grave... y necesito ayuda.

—Vaya —dijo él, mientras se ponía su gorra de béisbol preferida—. ¿Qué pasa?

—Ella le contó la historia de la desaparición de su madre y le leyó la carta que le había enviado Capello. Gerry preguntó—: ¿Quién es ese idiota?

—Es un hombre que conozco, y es peligroso.

—Pero es una sarta de tonterías que usa para asustarte. Sabes que no es verdad. ¿Por qué no le pides que lo demuestre?

—Porque no sé si es verdad o no.

—¿A qué te refieres?

—Bueno... Es que mi madre hablaba alemán.

—¿Y?

—Y no quería que le hicieran fotos.

—Dena —dijo Gerry—, hay mucha gente que no quiere que le saquen fotos. Que no te atemorice ese cretino. Tu madre no era más espía que yo.

—Gerry, no la conociste. Ni siquiera yo la conocí, en realidad. Siempre he sentido que había algo... raro. ¿Por qué otro motivo saldría corriendo una persona?

—Puede haber mil motivos distintos. Tal vez conoció a un tipo. Tal vez quería dejar de ser madre; es algo muy normal. Quién sabe cuál fue su motivo. Pero Dena, no puedes permitir que ese imbécil te aparte de tu trabajo. Si no quieres volver, es una cosa, ¡pero esto es un chantaje! No puedes dejar que se salga con la suya.

—Es lo que tengo que hacer —insistió ella—. No tengo otra salida.

—Claro que tienes otra. Vamos, seguramente hay otra posibilidad. Consulta con un abogado. Demándalo por calumnias e injurias.

—No conoces a Sidney. Le encantaría que lo demandase para que todo quedara plasmado en documentos.

—Pero lo que dice no es verdad.

—No es necesario que sea verdad. Además, no quiero que todos los periódicos ensucien el nombre de mi madre. Y si aparece mi nombre, el asunto saldrá en los informativos. No puedo hacer nada; te lo aseguro. ¿No lo entiendes? No puedo luchar contra él. Me moriría. Ya no tengo fuerzas suficientes.

Gerry se dio cuenta de que ella tenía razón.

—No, claro que no puedes. ¿Qué tengo en la cabeza? Discúlpame; es que me dan ganas de matarlo. Pero no te preocupes, ya se nos ocurrirá una manera de que no resultes afectada. Deja de pensar en ese enfermo mental; no vale la pena que vuelvas a disgustarte por su culpa. Concentrémonos en lo que podemos hacer para que no tengas que pensar más en este asunto. Lo primero que tenemos que hacer es averiguar qué le paso a tu madre y después ya pensaremos en lo que podemos hacer con lo que

resulte. Dena, ¿confías en mí?

—Sí.

—Muy bien. Quiero que te quedes tranquila y dejes que me haga cargo del asunto. Puedo llamar a un amigo que tengo en Washington, que estudió conmigo y sabrá exactamente qué hacer. Y te juro que también puedes confiar en él. Cuanto antes nos enteremos, mejor, para que no tengas que andar con dudas ni suposiciones y conozcas directamente la verdad. ¿Está bien? ¿Estás lista?

—Sí... creo que sí.

—Todo este tiempo conviviste con esto sin compartirlo con nadie, pero ya no estás sola. Estoy contigo. ¿Entiendes?

Dena sintió que le habían quitado cien kilos de encima.

—Sí.

Macky, Norma y la tía Elnor estaban en la sala cuando Dena les contó que había decidido buscar más información acerca de su madre. La reacción de la tía Elnor fue decir:

—Pues era toda una belleza, te lo aseguro. Cuando bajó de aquel tren... todos dijimos lo mismo, ¿no, Norma?

Norma miró a Macky con expresión de terror. Macky se adelantó, se acercó a Dena y le dijo, con consideración:

—Pequeña, si eso es lo que quieres hacer, entonces es lo que tienes que hacer.

Norma se puso muy nerviosa, se levantó y opinó:

—Creo que es mejor que vayamos todos a pasear. No sé vosotros, pero yo estoy ahíta, y dicen que es bueno caminar después de comer mucho.

—Siéntate un momento, Norma —le ordenó Macky—. Dena, ¿es por algún motivo en especial, además de que seguramente querrás saber qué le ocurrió?

Ella no les había hablado de la amenaza de Capello.

—Es que me parece hora de averiguar. Me gustaría saber si existe la posibilidad de que siga viva. Sé que mi abuelo contrató a unas personas que no la encontraron, pero ¿cuánto hace? ¿Más de veinte años? Ahora hay muchísimas formas nuevas de rastrear a la gente.

—Entonces ¿estás decidida a ocuparte de esto? —le preguntó Macky.

—Sí, eso creo. A menos que haya algún motivo por el que no deba hacerlo...

—Ay —gimió Norma—, ya sabía que íbamos a tomar la decisión equivocada, hiciéramos lo que hiciéramos. Se lo dije a Macky en aquel momento. Ahora mirad lo que pasó.

—Norma, cálmate. Nadie tomó ninguna decisión equivocada. Ve a buscar la caja.

Dena inquirió a Macky:

—¿De qué habla?

Norma se puso de pie y se encaminó al dormitorio, mascullando:



—Me dará un colapso nervioso antes de morir. No me cabe duda.

La tía Elner, que no comprendía muy bien lo que pasaba, seguía sonriendo.

—Voy a decirte algo acerca de tu madre. Era una belleza. Llevaba una boina ladeada, como si fuera una crepe con una red encima.

Norma volvió y entregó a Macky una caja de metal, diciéndole:

—Aquí tienes. Dásela tú. Yo no puedo.

—¿Qué es? —quiso saber Dena.

—Es una carta, Pequeña —respondió Macky—, de la agencia de detectives que contrató tu abuelo. En aquel momento me pareció que no te serviría de nada verla, pero ahora, si vas a ocuparte de esto, es necesario que te enteres.

Sacó la carta del sobre. Norma preguntó:

—¿Alguien, además de mí, quiere más café? Ya sé que no me hace bien, pero tengo que tomar algo.

Dena paseó la vista por la carta. Había una frase que saltaba a la vista: «Según nuestros archivos, la persona que buscamos no existe».

—Macky, ¿qué significa eso?

—Significa que, por alguna razón, usaba un nombre que no era el suyo.

—Quizá no le gustaba el nombre real —dijo la tía Elner—. Yo, si no me hubiera casado con un Shimfessle, nunca me habría hecho llamar así. Me habría cambiado el nombre por Jones... ¡pero a ellos no se lo dije!

A la tarde siguiente, sonó el teléfono de Dena.

—¿Señorita Nordstrom?

—Sí.

—Habla Richard Look, del Departamento de Estado.

A Dena le dio un vuelco el corazón.

—¿Sí?

—Me comentó Gerry O'Malley que usted necesita ayuda para localizar a alguien.

Para Dena fue un alivio que no la llamase con información específica. No estaba tan preparada como creía para descubrir la verdad. Se sentó, y la gata subió de un salto a su regazo.

—Sí. ¿Qué le contó Gerry?

—Señorita Nordstrom, sólo para que lo sepa, Gerry me dijo todo lo que sabía acerca de la situación, y entiendo perfectamente que es necesario la confidencialidad. Le aseguro que su nombre no estará vinculado a la investigación.

La palabra «investigación» la puso incómoda, pero dijo:

—Gracias. Es usted muy amable. ¿Le habló de la carta?

—¿Lo de la espía alemana? Sí, pero no se preocupe, tenemos experiencia en ese tipo de cosas. Investigaremos a fondo pero sin comprometerla a usted; no le quepa duda. Lo único que necesito pedirle es que me envíe todo lo que tenga, papeles,

cartas, fotografías, nombres de amigos o personas que puedan haberla conocido. A veces las personas dicen mucho más que los documentos. ¿Puede hacerlo?

—Sí, puedo hacerlo.

—Perfecto. Entonces comenzaremos por aquí.

Lo único que podía enviarle era la foto, más la carta que Macky le había dado la noche anterior, la carta que le había llegado acerca del archivo de Capello y el nombre de pila de una mujer que había sido *rockette*. Por lo demás, su madre no tenía otros amigos de los que ella tuviera conocimiento.

En el mismo momento en que echó la carta al correo, se arrepintió. Mientras volvía a pie a su casa, volvió a pensar en el motivo por el que su madre se habría cambiado el nombre. ¿Había sido espía? ¿Y si aún vivía, en algún lugar? ¿Y si la encontraban y la arrestaban? ¿Y si la ejecutaban? ¿Y si ella terminaba siendo responsable de la muerte de su propia madre? Cuando llegó a la casa, el pánico que la invadía era absoluto, y temblaba tanto que apenas pudo marcar el número.

Gerry estaba atendiendo a un paciente, y Dena le dejó un mensaje. Miró el reloj. Tenía que esperar veintiún minutos más hasta que él escuchara sus mensajes y le devolviera la llamada, y durante veintiún minutos se lavó la cara con agua fría y caminó de un lado a otro. Cuando finalmente llamó Gerry, estaba al borde de la histeria, con un pánico tal que no podía sentarse, por lo que estaba acostada en el suelo, mientras la gata le caminaba por encima creyendo que se trataba de un juego.

Gerry la tranquilizó:

—Dena, cálmate. Escúchame. No es demasiado tarde... No pasó nada. Si quieres llamo a Richard ahora mismo y dejamos todo como está.

—No quiero seguir con esto. He cambiado de idea.

—Perfecto. No tienes ninguna obligación. Nadie te está apuntando con un arma.

—¿Puedes llamarlo?

—Por supuesto. Como tú quieras.

—¿Puedes llamarlo ahora mismo? Dile que deje el asunto, por favor... antes de que haga nada. Dile que no abra la carta.

—Muy bien. Voy a llamarlo ahora. —Y, cinco minutos más tarde, Gerry volvió a llamarla—. Bueno, está todo bien. Me dijo que no procedería.

—¿Cree que estoy loca?

—No.

—¿Se enfadó conmigo? ¿Qué dijo?

—Dijo que haría lo que quisieras. Cuando necesites su ayuda, si es que la necesitas, allí estará. ¿Está bien?

—Gerry, discúlpame. Supongo que no estoy tan preparada como creía. ¿Te desilusiono?

—Claro que no. Me llamaste, ¿o no?

—No sé de qué tengo tanto miedo, pero sé que ahora no puedo hacer esto.

—Ya está resuelto.

—Gerry, ¿estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado contigo, Dena. Pero quiero que busques ayuda por este asunto. ¿Por qué no hablas con Elizabeth?

Dena concertó una sesión telefónica con la doctora Diggers para la tarde siguiente, y le contó todo lo que había pasado. La doctora Diggers dijo:

—Pero, por lo que me cuentas, el amigo de Gerry te aseguró que podía tratar de buscar algunas respuestas y que no estarías comprometida, ¿verdad? ¿No quieres saber?

—Sí. Pero... es más que eso. Siento que está mal, que no debo inmiscuirme en el pasado de mi madre porque, fuese lo que fuese, no quiso que yo lo supiera. Siento que tal vez estoy traicionándola, ¿entiende? Me siento culpable por andar a hurtadillas tratando de descubrir cosas. Me hace sentir tramposa o vil o... no sé, mal...

—Entiendo —dijo la doctora Diggers—. Te sentirás desgraciada por el resto de tus días porque no querías que tu madre se molestase contigo o tuviera problemas por tu culpa. Dena, haz frente a los hechos. Tu madre te abandonó. Tenías quince años. Deja de intentar protegerla. Era un ser humano horrible y despreciable. Tendrías que odiarla. No te quería, te abandonó, no le importabas y te dejó sin motivo. Era una perra desalmada.

Dena sintió que le subía la sangre a la cara.

—Oiga, ¿qué dice? Usted no sabe si fue así. Nadie sabe con certeza si fue así... Tal vez haya tenido un buen motivo.

—¡Dena, a eso voy! Nadie lo sabe, y nunca lo sabrás porque una parte de ti no quiere saberlo. Es que, cariño, lo que descubras, sea lo que sea, no será fácil. No podemos volver atrás y cambiar los hechos. Lo único que nos queda por hacer es tratar de que el presente sea lo más placentero posible.

—Entonces ¿dice que me conviene seguir adelante?

—No puedo decirte lo que debes hacer. Depende de ti. Lo único que puedo decirte es que, si sigues adelante, no hay ningún motivo para que te sientas culpable. No eres una extraña ni intentas lastimarla o delatarla, eres su hija. Tienes derecho a saber. Y, más allá de las razones por las que te dejó, y hubiera hecho lo que hubiera hecho, esa mujer era tu madre. Y seamos realistas, aunque esté viva, ¿cuántas posibilidades crees que hay de descubrir que fue una espía? —Dena no contestó—. Te lo diré. Más o menos una en un millón. Pero mientras tanto no te castigues por haberte echado atrás; es mejor que vayas paso a paso y que hagas lo que crees que puedes controlar. ¿Estás fumando?

—No —contestó Dena, apagando el cigarrillo.

Una semana más tarde, Dena llamó a Nueva York, sorprendida de hacerlo. Respondió una mujer:

—Teatro Radio City Music Hall. Oficina de Personal.

—Quisiera saber si puede ayudarme. Estoy tratando de localizar a una persona

llamada Christine... Creo que el apellido era Blasco o algo así. Era *rockette* y trabajó ahí hacia mil novecientos cincuenta o cincuenta y uno. Sé que en aquella época vivía en Greenwich Village, y quisiera saber si tiene su dirección actual o sabe cómo puedo ponerme en contacto con ella.

—Tengo que buscar en los archivos y volver a llamarla.

—¿Puedo esperar? Es una llamada de larga distancia.

—Puede que tarde mucho tiempo.

—No me importa. La espero.

Después de unos minutos, la mujer cogió el auricular otra vez.

—Encontré a un tal Christine Blanco, pero no tenemos su dirección actual. La única que tenemos es la que nos dio en aquella época: St. Luke's Place, número veinticuatro.

—Claro. ¿Tiene alguna idea de cómo puedo hacer para encontrarla?

—No, pero algunas de las chicas estaban siempre en contacto. Tal vez alguna sepa. Tenían una especie de club.

—¿Tiene algún número?

—Pruebe con Hazel Fenner, de East Lansing, Michigan. Su número es 517-555-9785. Tal vez ella pueda ayudarla.

Se puso al teléfono Hazel Fenner, una mujer alegre. Una vez que Dena le explicó la situación, repitió el nombre:

—¿Christine Blanco? ¿Christine Blanco? ¿Era una rubia bonita?

—Sí.

—Sí, ya la recuerdo. Entraba en escena cuando salía yo. Divertidísima... Espera un momento, yo sabía su apellido de casada. ¿Cómo era? Ay, yo lo sabía, pero después no la volvimos a ver. Bueno, se me borró el nombre por completo. No puedo ayudarte, querida, pero me parece que tal vez Dolly se acuerde. Creo que ellas dos siguieron en contacto durante un tiempo. Será mejor que le preguntes a Dolly. Llámala... y dile que me debe una carta.

A continuación, Dena llamó a la señora Dolly Berger de Fort Lauderdale, Florida, al número que le había dado Hazel. Dolly le dijo:

—Sí, antes nos enviábamos tarjetas de Navidad, pero dejamos de hacerlo. Si esperas, quizá encuentre el nombre en una de mis listas viejas. Un momento. — Después de unos instantes, Dolly levantó el auricular en otra habitación—. Hola, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy aquí.

—Tendrás que esperar un rato mientras leo. Te diré una cosa, chica, te das cuenta de que estás vieja cuando, en tu lista de tarjetas de Navidad, la mitad de las personas están tachadas. Tengo la sensación de que la gente está muriendo en masa. —Dena se sintió apesadumbrada, ya que no se le había ocurrido que quizá Christine hubiera

muerto. Pero Dolly anunció—: ¡Aquí está! ¡Lo encontré! Creía que podía tenerla todavía. Bueno, no estoy segura de que siga viviendo allí, pero ésta es la última dirección que tengo. ¿Tienes dónde escribir?

—Sí.

—El nombre es Bruce, y la dirección es Massachusetts Avenue 4023, Washington D.C. El código postal es 200019. Cuando hables con ella, dile que Dolly sigue viva. Y, como decimos siempre, coleando.

—Por supuesto, señora Berger. Y muchísimas gracias. Ah, por cierto, Hazel dice que usted le debe una carta.

Era un paso pequeño, pero al menos era un paso.

# El barrio

Washington D.C.

1978

Una semana más tarde, Dena iba en coche, mirando cómo caía la lluvia contra el parabrisas y oyendo la voz de Gerry, aunque sin prestarle atención. Gerry le decía que llamara a la puerta y que, si la mujer estaba en casa, él la esperaría en el coche o entraría también, lo que ella quisiera. Aparcaron frente al lugar donde, según Richard Look, que lo había verificado, aún vivía una tal señora Bruce. Massachusetts Avenue era una arteria ancha y residencial que atravesaba una zona que tenía aspecto de haber sido, en otra época, un bonito barrio de clase media alta, pero que había comenzado a decaer. Algunas de las casas mostraban ese dejo de abandono y descuido, y tenían barrotes de hierro forjado en las ventanas y en las puertas. El número 4023 estaba separado de la acera por un largo jardín que llevaba a una casa de dos pisos con fachada de ladrillos rojos. Washington era una ciudad fría y oscura, en la que todo transmitía depresión, incluso los árboles, algunos de los cuales no eran más que postes negros y pelados bajo el cielo gris. Pasaron una o dos veces por la misma manzana antes de aparcar, pero no vieron un alma. Richard Look había aconsejado a Dena que apareciera sin previo aviso ya que, si la señora Bruce supiera que la mujer para la que trabajaba su madre había sido condenada por espionaje, tal vez no estaría dispuesta a conversar con Dena sobre los viejos tiempos. Entonces había estado de acuerdo con Look, pero cuando llegaba la hora, se puso nerviosa.

Gerry miró el cielo desde el interior del coche y opinó:

—No creo que deje de llover pronto. Mejor será que vayas y acabes de una vez. ¿Qué piensas?

—Sí, supongo que tienes razón —contestó ella y, mirándolo, le preguntó—: ¿Cómo era la seña? Me olvidé.

—Si es ella y necesitas que entre contigo, vuélvete, saludame con la mano, y yo iré. Si no, me quedaré aquí esperándote.

Ella abrió la puerta repitiendo:

—Saludo si te necesito, no saludo si no. Deséame suerte.

Mientras subía los cuatro escalones de cemento, pensó: «Un cobarde muere mil veces, y un héroe una sola. Ésta es sólo una entrevista más; eso es todo».

Llegó a la puerta, respiró hondo y tocó el timbre. Esperó bajo la lluvia, y nada. Volvió a llamar, siguió esperando, y nada. Vio que la lámpara de la mesa del vestíbulo estaba apagada. Tal vez no estuviera en casa. Aliviada y desilusionada al mismo tiempo, llamó una vez más, brevemente, esperó un rato y se dio la vuelta para irse, pero oyó que se acercaban pasos a la puerta. Una figura que no distinguió encendió la lámpara y entreabrió ligeramente la puerta, sin abrir la reja exterior. Bajo

la tenue luz, Dena notó que era una mujer de aspecto majestuoso que llevaba recogido el cabello, plateado por las canas, y que tenía puesto un abrigo.

—¿Sí?

—Disculpe la molestia. Busco a la señora Bruce.

La mujer contestó con cierto recelo:

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarla?

Por un momento, Dena no supo cómo contestar:

—Bueno... Tengo entendido que usted conocía a mi madre, Marion Chapman.

—¿Quién? —preguntó la mujer, frunciendo el entrecejo.

—Marion Chapman. Usted la conoció alrededor de mil novecientos cincuenta o cincuenta y uno... —Como la mujer no reaccionaba, Dena continuó—: Tenía una hija, y las dos fueron a verla al Radio City Music Hall. —La mujer no daba señales de recordar—. Y una vez pasamos la noche en su piso de Greenwich Village, en St. Luke's Place. Usted tenía un gato llamado *Milton*.

Dena oyó el fuerte chasquido del cerrojo de hierro. La mujer abrió la puerta y se quedó mirándola con asombro.

—¿Dena? ¿Eres Dena?

—Sí.

La expresión le cambió por completo.

—Por todos los santos. Bueno, pasa, pasa.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó Dena, entrando en la casa.

—Claro que sí. No puedo creerlo. Pensé que querías venderme algo. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Me trajo un amigo.

La señora Bruce vio el coche aparcado enfrente.

—¿No quieres hacerlo pasar?

—No. Se quedará esperándome.

—A ver, dame tu abrigo. Pasa al cuarto de estar y siéntate. Ya vuelvo. ¿Quieres un café o un té?

—No, nada, gracias.

—Mírame, todavía tengo el abrigo puesto. Acabo de volver de una reunión de la iglesia y, cuando entraba por la puerta trasera, me pareció oír el timbre. Déjame ir a la cocina para cerrar con llave. Dejé las llaves en la puerta. Un segundo.

—Vaya tranquila.

Dena pasó al cuarto de estar y tomó asiento. Había una iluminación tenue, y la decoración era muy formal, con muebles que parecían haber estado allí durante muchos años. Christine volvió alisándose el pelo.

—Ojalá me hubieras avisado que venías. No tengo nada de comer para ofrecerte. A ver, espera, que enciendo más luces. Qué sorpresa. Me sonó tu cara, pero no sabía dónde te había visto. —Mientras Christine encendía las lámparas, Dena tuvo ocasión de mirarla bien. No se parecía en absoluto a la mujer que había imaginado. Tenía

aspecto conservador, con un vestido gris y un collar de perlas. Por algún motivo, Dena esperaba verla rubia y un poco más llamativa. Era una mujer reservada en la forma de hablar y de comportarse. Sus rasgos bien podían ser griegos o italianos; la edad le sentaba bien, y todavía era considerablemente atractiva. Christine se sentó frente a ella y le hizo la pregunta inevitable—: Ahora dime, ¿dónde está Marion? Ya empezaba a pensar que las dos habíais desaparecido de la faz de la tierra. ¿Y cómo está?

Como buena entrevistadora, Dena quería hacerla hablar un poco más antes de contestar, por lo que respondió con otra pregunta:

—¿Cuánto hace que no se ven?

—Demasiado. Dejamos de estar en... —Pero no terminó la frase. En aquel momento se dio cuenta—. Espera un momento... Yo te conozco. ¡Eres Dena Nordstrom!

—Sí —dijo Dena sonriendo.

Christine apoyó la espalda en el sofá, llevándose la mano al corazón.

—¿Eres tú? ¿Terminaste siendo Dena Nordstrom? Es decir que eras tú la persona que he visto todos estos años. Ay, no puedo creerlo. —Rió—. Con razón me sonaba tu cara. Así que te miraba por televisión y ni siquiera sabía que eras tú. —Christine no dejaba de mover la cabeza de un lado a otro—. Y te acordabas de mí después de tantos años. Bueno, es un halago.

—Claro que me acordaba. ¿Cómo olvidarme de que conocí a una *rockette* de verdad? Fue todo un acontecimiento para mí. Tal vez usted no lo recuerde pero yo sí.

—Por supuesto que lo recuerdo, y también que cuando tu madre te llevó al camerino. Eras así de alta —le mostró extendiendo el brazo—. Tu madre te hacía ir muy bien vestida, con lacitos en el pelo, pero lo único que querías era mirar el tablero de luces. El iluminador estaba encantado de que le hicieras tantas preguntas.

—¿Se acuerda de la noche que pasamos en su casa?

A Christine le cambió el semblante con la sola mención de aquella noche, y asintió con la cabeza comprensivamente, como si las dos compartieran el mismo recuerdo, pero no dejó ver nada más.

—¿Cómo me encontraste después de tantos años?

Sonó el teléfono en la cocina, pero Christine no mostró la menor intención de levantarse.

—Por increíble que parezca —contestó Dena—, llamé al Radio Music City Hall y me dijeron que llamara a una tal Hazel, que me pasó el nombre de Dolly Berger, que tenía su apellido de casada y su dirección.

Christine sonrió y quiso saber:

—Dolly Berger... ¿Cómo está?

—Parecía estar bien, y quiere que usted le escriba.

El teléfono seguía sonando. Christine dijo:

—Qué cosa, justo cuando tengo visitas. Discúlpame. Voy a librarme de quien sea.



Dena echó un vistazo por la sala. Sobre la repisa de la chimenea, Christine tenía fotos de personas que parecían extranjeras, pero por lo demás la sala era fría, casi austera.

—Era mi vecina —anunció Christine al volver—. No le funciona la caldera, y por eso le dije que puede venir a ver la televisión en el sótano. Tiene llave, así que no nos interrumpirá. —Se sentó—. Todavía no me has dicho nada de tu madre. ¿Está bien?

Aquella sería la parte tramposa. Dena necesitaba confirmar cuánto sabía Christine.

—Justamente, vengo por mi madre. Me gustaría saber cuándo fue la última vez que la vio o supo algo de ella.

—Pues creo que habrá sido... bueno... sé que fue antes de casarme —rememoró Christine—. Me casé en mil novecientos cincuenta y tres. Recuerdo que le escribí a la última dirección que me dio (creo que os habíais mudado a Boston o a Filadelfia para ese entonces) y nunca he vuelto a tener noticia de ella. ¿Por qué? ¿Está bien? ¿Le pasó algo? —Christine estaba nerviosa—. No... murió, ¿no?

Dena se dio cuenta, por la preocupación genuina que expresaba el rostro de Christine, de que no escondía nada, a no ser que fuese la mejor actriz que Dena hubiera visto en su vida.

—Ése es el problema. No lo sé. No sé dónde está ni si está viva.

En aquel momento, apareció una mujer negra y baja por la puerta, saludando:

—Soy yo.

Mientras la mujer se dirigía a la escalera que llevaba al sótano, los ojos de Christine se fijaron en Dena, a la espera de una explicación. Una vez que Dena le contó toda la historia de aquella Navidad en Chicago, Christine se mostró afligida.

—¿Y no te dejó una nota ni nada?

—No, nada. Sólo mis regalos... y desapareció para siempre.

A Christine se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pobre niña. —Se sentó, apesadumbrada—. Pobre chiquilla. —Dena le alcanzó un pañuelo de papel. Christine se secó las lágrimas—. Discúlpame. Es tan terrible que me parte el alma oírlo. Pero no me sorprende. Siempre me pareció que ocurriría algo así.

—¿No la sorprende? —preguntó Dena con la mayor calma posible.

—No. Desde el principio, ella estaba muerta de miedo porque pensaba que podían descubrir quién era. Y porque podían difamarte o expulsarte de la escuela. —A Dena comenzó a latirle con fuerza el corazón. Christine dobló y volvió a doblar el pañuelo—. Muchos desaparecían de un momento a otro, se esfumaban, no soportaban la presión. Siempre se cuidaban las espaldas y nunca confiaban en nadie. —Miró a Dena—. Pero dejar a una hija... —Y se puso a llorar otra vez—. Ay, pobre chica, por lo que habrá pasado.

Dena se puso blanca como una sábana. Sintió que estaba a punto de desmayarse. Aquello no era lo que tenía que pasar; era una sensación extraña. Las peores cosas

que imagina la gente casi nunca se hacen realidad, pero la peor pesadilla que había tenido se desenvolvía delante de sus propios ojos. Maquinalmente dijo:

—Pero ella confiaba en usted.

—Sí, ella sabía que yo nunca se lo había contado a nadie —dijo Christine sonándose la nariz—. Escucha, la forma como quisiera vivir su vida era asunto suyo, pero había muchísimas personas que no sentían lo mismo y que no veían la hora de descubrirte y ponerte en evidencia. —Dena, que ya estaba con el piloto automático puesto, asintió con la cabeza como si entendiera a qué se refería Christine, que continuó—: Y cuando salió en el periódico todo aquel lío con Theo, casi se volvió loca del miedo que tenía. Estaba convencida de que le tocaría a ella. —Christine desvió la mirada—. Creo que tal vez haya tenido miedo después de eso.

Dena volvió a la realidad.

—¿Theo? ¿Quién es Theo?

—El hermano, Theo —dijo Christine, con total naturalidad, dando por sentado que Dena estaba enterada de su existencia.

—Espere un momento —dijo Dena—. ¿Mi madre tenía un hermano que también era nazi?

Christine frunció el entrecejo.

—¿Nazi? Theo no era nazi; era violinista. ¿De dónde sacaste eso?

—Bueno, ¿no es lo que dijo usted?

—¿Qué?

—¿No acaba de decir que mi madre era espía nazi?

—¿Espía? —repitió Christine, completamente confundida—. No sé a qué te refieres. Tu madre no era espía nazi. ¿Quién te dijo semejante cosa?

—¿Mi madre no trabajaba para una mujer llamada Lili Steiner, que tenía una tienda de vestidos en Nueva York?

—Recuerdo que cuando llegó a Nueva York, tu madre trabajó para una mujer llamada Lili no sé cuántos. Pero ¿eso qué tiene que ver con el espionaje?

—A Lili Steiner la condenaron a prisión porque era espía, y estuvo diez años en la cárcel.

Christine dijo con firmeza:

—Bueno, no me importa por qué hayan condenado a esa mujer, pero tu madre no era nazi. Conozco a tu familia prácticamente desde que nací. Quien te haya dicho eso, seguramente está tomándote el pelo. Tu madre era tan nazi como yo. —Volvió a sonar el teléfono de la cocina. Christine se puso de pie—. No; ella odiaba a los nazis. Tu pobre abuelo tuvo que escapar de Viena y dejar todo lo que tenía para huir de ellos. —El teléfono seguía sonando—. Voy a cogerlo. Mi vecina espera una llamada de los que arreglan la caldera. —Y añadió mientras se alejaba—: Además, si no se hubieran ido de Europa en aquel momento, probablemente hoy no estarías aquí hablando conmigo.

A Dena le daba vueltas la cabeza. Se sentía como si la hubieran catapultado de un

lado a otro del universo en medio segundo. Entonces, ésa era la verdad: ¡su madre era judía! Por eso se había cambiado el nombre, por eso no existía ninguna persona llamada Marion Chapman. Era lo que menos se hubiera imaginado... pero ¿por qué tanto problema por eso? ¿Por qué no se lo había contado su madre? ¿De qué tenía tanto miedo? Seguía habiendo algo raro. No tenía sentido; debía de haber alguna otra cosa. Por la cabeza de Dena pasaron cientos de ideas distintas a una velocidad increíble. Si su madre no había sido espía alemana, ¿de quién huía? Entonces, otra idea... tal vez su madre había tenido algo que ver con el arresto de Lili Steiner. Quizás ocurrió lo contrario, ¡quizás su madre fuera espía estadounidense! Tal vez los nazis de posguerra la buscaran para vengarse. Tal vez por eso tuvo que cambiarse el nombre; era posible que hubiera formado parte de un plan de protección del gobierno.

Christine se acercó a la escalera que bajaba al sótano y gritó:

—Lucille, ha dicho que vendría dentro de media hora.

—Gracias —contestó Lucille.

—¿Estás segura de que no quieres un café o un té? —preguntó Christine.

Dena estaba tan distraída que ni le contestó.

—No entiendo. ¿Por qué se cambió el nombre?

—Mucha gente se lo cambiaba. Yo también.

—Pero ¿por qué? No le veo el sentido. Es decir, cambiarse el nombre para toda la vida por un motivo como ése...

—Ya sé, pero debes tener en cuenta que las cosas eran muy distintas entonces. No era fácil para ninguno de nosotros. Yo lo sé. —Dena miró a Christine, sabiendo ya la verdad, y le pareció que tenía cierto aspecto de judía. Christine continuó—: No conseguíamos trabajo, no nos dejaban entrar en casi ningún lado. Tu madre no era la única. Había miles de personas que hacían lo mismo. Yo también lo hice durante un tiempo. Blanco no era mi verdadero apellido. Si me miraban mal, yo decía que mis padres eran españoles. Durante la Depresión, cuando la gente se desesperaba por conseguir trabajo, era sorprendente la cantidad de españoles y de cubanos que buscaban empleo.

—¿Cree que mi padre lo sabía?

—No —contestó—. Tengo la certeza de que no lo sabía.

—¿A él le habría importado?

—Nunca se sabe. Pero no; creo que lo único que quería tu madre era casarse, tener un hijo y olvidarse del tema. Al pobre doctor Le Guard se le vino el mundo abajo; primero Theo y después tu madre...

—¿Quién era el doctor Le Guard?

—Tu abuelo.

Dena intentó recuperarse.

—Bueno, yo sabía algo de mi abuelo, pero no sabía que era médico.

—Sí —dijo Christine, casi con reverencia—. Tu abuelo era uno de los médicos más respetados de Washington.

—¿En serio?

—Sí. Fue el jefe de sala del Hospital Freeman, que está por aquí, y presidente de la Facultad de Medicina de Howard durante años. Era muy conocido.

—¿En serio? —Fue lo único que logró balbucear Dena, otra vez.

—Eso es lo que lo entristeció tanto, perder a sus dos hijos de esa manera. —Dena escuchaba a medias; era la primera vez que oía el verdadero apellido de su madre, y lo repetía mentalmente una y otra vez. Christine añadió—: Tu abuelo era apuesto. Claro que Theo también.

—Le Guarde —dijo Dena mirando a Christine—. No me parece un apellido judío. ¿Por qué tuvieron que cambiárselo?

—¿Judío?

—Sí. ¿Por qué iban a cambiárselo? Parece más bien francés.

—¿Judío? —volvió a preguntar Christine, cada vez más perpleja—. El doctor Le Guarde no era judío.

—Ah, ¿no? ¿Mi abuela, entonces?

—No, ninguno de los dos. ¿De dónde sacaste la idea de que eran judíos?

Dena sintió que en cualquier momento volvería a sentirse catapultada por el universo. O bien se había vuelto completamente loca o bien Christine intentaba confundirla a propósito.

—¿No acaba de contarme que mi abuelo tuvo que irse de Viena huyendo de los nazis, o yo estoy loca?

—Sí, te dije que tuvieron que irse pero no que fuesen judíos.

—¿A qué se refiere, entonces?

En aquel momento era Christine la que estaba desconcertada.

—¿No me dijiste que sabías lo de tu abuelo?

—Dije que sabía que tuve un abuelo. Pero lo único que me contó mi madre acerca de su familia fue que murieron todos calcinados en un incendio.

—¿Un incendio? ¿Qué incendio?

—¿No era verdad?

De repente, Christine se dio cuenta de lo que pasaba, y su rostro adoptó una expresión casi de terror. Se tapó la boca con la mano y exclamó:

—¡Ay, por todos los santos! Pensé que lo sabías.

—¿Que sabía qué? Me parece que hemos mantenido dos conversaciones distintas al mismo tiempo. Pensé que me estaba diciendo que usted y mi madre eran judías. ¿No es eso lo que acaba de contarme?

—No —contestó Christine y negó con la cabeza.

—Entonces usted tampoco es judía.

—No.

—No es judía. —Dena escudriñó la cara de Christine una vez más en busca de alguna respuesta—. ¿Es italiana? ¿Por eso se cambió el apellido? —Christine no le respondió, pero Dena reaccionó al mismo tiempo que pronunció la palabra

«italiana»—. ¿Es eso? ¿Tiene algo que ver con la mafia? ¿Mi madre estaba involucrada en la mafia y por eso tenía miedo? ¿Ella y su hermano eran criminales o algo así? Mire, estoy totalmente en ascuas; tiene que ayudarme. No es mi intención entrometerme, pero necesito saberlo. No es sólo por mí; hay alguien que trata de chantajearme. No tengo intención de poner a nadie en peligro, ni a usted ni a mi madre; soy yo quien necesita saberlo. Qué le ocurrió... Por qué se fue...

Era evidente que Christine no sabía qué hacer.

—Dena, por favor, no me preguntes nada más. Se lo prometí a tu madre.

Dena abrió los ojos de par en par.

—¿Entonces sí estaba en la mafia!

—No, tu madre no estaba en la mafia.

A Dena comenzaron a palparle las sienes.

—Entonces ¿qué pasaba? No me imagino qué puede haber sido tan terrible... para irse así... ¿Qué era lo que no quería que yo supiese y...?

De pronto, Dena dejó de hablar. Poco a poco, comenzó a darse cuenta de lo que Christine había dado por sentado que ella sabía desde el principio. Lo que tenía delante de los ojos había sido totalmente claro desde el comienzo. Algo que había pasado por alto hasta aquel mismo instante. De repente, se le empezó a aclarar todo, y las cosas comenzaron a encajar una por una, como bolas de billar que caen en los agujeros... y todo cobró sentido: la vecina y fotos raras que había visto en aquella casa. Christine no era ni italiana ni griega ni nada. Christine era una negra de piel clara. Dena estaba en un barrio negro y ni siquiera lo había sospechado.

Dena y Christine se quedaron sentadas unos instantes mirándose, cada una conmocionada por otro motivo. Después de un tiempo, Dena salió y le hizo señas a Gerry para que bajara la ventanilla.

—Gerry, me parece que será mejor que entres.

Gerry bajó rápidamente del coche.

—¿Te dijo algo?

—Sí. No lo vas a creer...

—¿Qué?

—Espera.

# Montaña rusa

Washington D.C.

1978

Más tarde, cuando volvieron al hotel, Dena estaba extenuada. Se sentó como si hubiera montado en una montaña rusa gigantesca en un parque de diversiones durante cinco horas, dando miles de vueltas. Aunque se dio un baño caliente y se acostó, la cabeza seguía dándole vueltas. Gerry se registró en el hotel con su nombre, pero pidió una *suite* con dos dormitorios separados. A las ocho y media de la noche, la llamó desde su habitación.

—¿Cómo estás? ¿No quieres que te pida algo para comer?

—No. Quiero dormir un poco. —Después preguntó, por enésima vez—: ¿Puedes crearlo?

—Bueno... no es lo que esperábamos.

Poco después, mientras Gerry releía la revista *Qué pasa en Washington*, sonó el teléfono. Se levantó de un salto, fue corriendo al baño y descolgó lo antes que pudo para que Dena no se despertase. Era Macky Warren, que quería saber cómo iban las cosas. Dena había avisado a Gerry que era probable que llamaran, y le pidió que les contara lo que ocurría. Gerry dijo en voz baja:

—Bueno, encontramos a la mujer que buscábamos.

—Fantástico. ¿Qué dijo?

—Señor Warren, ¿me esperaría un momento? —Fue a su dormitorio, cerró la puerta y cogió de nuevo el auricular—. Le dijo a Dena que su madre era negra.

—¿Que era qué?

Macky tenía la certeza de que había oído mal.

—Negra... ¿entiende? De piel clara, pero negra, como Lena Horne. No sabía qué le pasó, pero al menos ahora sabemos el verdadero apellido de la madre, y por algo se empieza. Dena está durmiendo en la otra habitación, pero ya los llamará cuando sepamos algo más.

Macky volvió sin apresurarse al cuarto de estar, donde había dejado a Norma y a la tía Elner cascando pacanas. Norma estaba ávida de novedades como un pájaro que espera un gusano.

—¿Y? —preguntó, con los ojos bien abiertos. Macky se sentó y abrió el periódico, con la esperanza de rehuir la conversación. Norma insistió—: ¿Qué dijo?

—No hablé con ella. Hablé con el amigo. Ella dormía.

—Sí. ¿Y?

—Dice que encontraron a la mujer.

—Encontraron a la mujer. Sí. ¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué le dijo de su madre?

Macky intentó decirlo como si no le diera mucha importancia.

—Le dijo que la madre de Dena era negra.

Ella lo miró con expresión de incredulidad.

—¿Que era qué?

—Negra.

Norma cerró los ojos.

—Macky, ¿por qué haces esto? Sabes que me saca de quicio. Dime lo que dijo de verdad.

—Ya te lo dije.

—Macky, eso no tiene gracia. ¿Qué dijo?

—Norma, no estoy haciéndome el gracioso. Dijo que la madre era negra.

Norma lo miró de soslayo y preguntó:

—¿Cómo que negra?

—Exactamente eso. Negra.

—¿Quieres decir que hacía de negra, como Amos y Andy, los del programa de radio?

—No, dijo que era negra, más bien como Lena Horne.

—Bah, te lo estás inventando —dijo Norma con un ademán de incredulidad—. Probablemente ni hayas hablado con él.

Macky la miró por encima del periódico y le aseguró:

—Créeme, él me dijo que era negra. Es lo que les contó la mujer. Yo no hago más que repetirlo.

—Vamos, no seas ridículo. ¡Era tan negra como yo!

Norma rompió una pacana para dar más firmeza a su afirmación y arrojó la cáscara en el recipiente que tenía en el regazo.

—Norma, me has preguntado y te he contestado.

—Bueno, él se equivoca. ¿No te parece que alguien se habría dado cuenta si Gene se hubiera casado con una chica de color? ¿No crees que al menos una persona la habría mirado cuando bajó del tren y habría comentado: «Mirad, Gene se casó con una chica de color»? Ni una sola persona dijo eso, ¿no, tía Elnor?

—No que yo recuerde.

—Claro que no, porque era blanca, ¡por todos los santos! Esa mujer la confundió con otra persona. ¿Cómo se puede ser negro si uno es blanco? No tiene sentido, y nunca he oído semejante locura. Que no me vengan con Lena Horne.

La tía Elnor levantó la vista, desorientada.

—¿Qué tiene que ver Lena Horne con esto? ¿Estaba con ellos?

—No tiene nada que ver con esto, tía Elnor —respondió Norma—. Es algo que inventó Macky sólo para sacarme de mis casillas. Está decidido a hacerme perder la cordura. Sigue así, Macky, que cuando esté ingresada en el hospital echando espuma por la boca por fin se cumplirá tu deseo.

Macky lanzó un suspiro.

—Como quieras, Norma. Te dije la verdad y no me crees, así que olvídale.

Pasaron unos minutos. Norma partió dos pacanas más.

—Vaya ocurrencia decir que una persona blanca es negra. Yo la conocí; tú no.

—Norma, no lo digo yo. Lo dijo la mujer. ¡Yo qué sé!

—Bueno, no deberías transmitir datos falsos como éstos. ¿Cómo se puede ser negro si se tienen los ojos verdes? Contéstame.

—No lo sé, Norma.

—No, no esperaba que lo supieras.

La tía Elnor intervino:

—Bueno, sea lo que fuere, era una belleza. ¿No es lo que se dice, que lo negro es hermoso? —Vació su recipiente lleno de cáscaras en la bolsa de papel que estaba a sus pies—. Y os digo otra cosa: que tendrían que volver a pasar el programa de Amos y Andy por la radio. Adónde fueron a parar Amos y Andy es lo que me gustaría saber.



## ¿Quién era mi madre?

Washington D.C.

1978

Al día siguiente a su primer encuentro, Dena volvió a ver a Christine. Se sentaron en la cocina a tomar café.

—Anoche, cuando te fuiste —dijo Christine—, me devané los sesos tratando de pensar quién puede saber dónde está Theo. Llamé a mi hermano y a algunas personas que lo conocieron, y todos me dijeron lo mismo. No tienen la menor idea. ¿Y tu madre? Bueno, sólo Dios sabe. Sé que soy la única, además de Theo, que sabía que tu madre se hacía pasar por blanca. —Bebía con sorbos lentos—. Es que no sé qué decirte. No sabría ni por dónde empezar. Estoy tan sorprendida como tú. Lo único que sé es que tu madre te adoraba; me llamaba por teléfono para contarme todo lo que hacías, lo guapa que eras... Eras lo único que la mantenía viva. Después de que murió tu padre, eras lo único que le importaba.

—Si yo le importaba tanto, ¿por qué se fue sin más ni más? ¿Cómo pudo hacer una cosa así?

—No sé —dijo Christine suspirando—. Tu madre era una chica complicada, incluso de muy joven.

—¿Cómo era?

Christine sopesó sus palabras.

—Bueno, ella y Theo eran distintos de los demás. Cuando digo «distintos», no lo digo en el mal sentido; es que los habían educado en Viena.

—¿Qué hacían en Viena?

—Tu abuelo fue a estudiar medicina, y allá conoció a tu abuela.

—¿Mi abuela era negra?

—No, era alemana hija de un médico, tenía mucho dinero. No creo que tu abuelo se hubiera ido de Viena de no haber sido por la guerra. Por más que fuese rubio de ojos verdes, su visado decía «Negro», y no olvides que Hitler odiaba a los negros tanto como a los judíos.

—¿Cuántos años tenía mi madre cuando volvieron?

—Theo ya tenía catorce o quince años, así que ella debía de tener diez u once. Entonces, puedes imaginarte cómo los afectó. No creo que ninguno de los dos hubiera visto negros de verdad antes de venir aquí. Supongo que fue difícil para ellos. Un día eran niños vieneses rubios y, en un abrir y cerrar de ojos, pasaron a ser chicos negros que vivían en un barrio de negros. Pero tu madre era una señora, hablaba francés y alemán a la perfección, y tocaba el piano. Tanto ella como Theo se portaban de maravilla. —Sonrió—. No como yo. Yo tenía más o menos la edad de tu madre, y creo que ella quería jugar y divertirse, pero no sabía cómo hacerlo. Mucha gente creía

que ella y Theo eran engraidos, pero no era así; sólo que los habían educado en otra cultura. Y, ay, cómo querían a su padre. Él estaba muy orgulloso de sus hijos.

—¿Se acuerda de él?

—Sí. El doctor Le Guarde y mi padre eran muy amigos e iban a los mismos clubes. Nos encantaba pasar las horas en su casa. Era un lugar hermoso, decorado con muy buen gusto; cuando se ponía un pie en aquella casa, era como ingresar en otro mundo. Me acuerdo que a tus abuelos les encantaba la música, y siempre sonaba algo en su casa: Brahms, Schumann, Strauss. Y las fiestas que daban... Una biblioteca que no tenía parangón, como decía mi padre, y las obras de arte. Compraban un montón de cuadros maravillosos de Europa. Casi nunca salían; su casa era su refugio.

—¿Cómo era mi abuelo?

—Era apuesto, alto, muy distinguido.

—Entiendo. —Dena quería hacer la pregunta siguiente, pero temía que sonara como un insulto—. Bueno, ¿cómo era de oscuro?

Christine no se ofendió.

—Más o menos tan oscuro como tú cuando tomas el sol. Tenía verdaderas venas azules.

Christine rió y giró el brazo.

—Tenía la piel tan clara que se le veían las venas. Su madre fue una de esas cuarteronas de piel clara de Nueva Orleans y se había casado con un francés. Mi madre tenía venas azules. Mi hermana, Emily, es blanca como tú. Yo heredé el color de mi padre, y él tampoco se alegró. En verano, si yo volvía apenas bronceada, se ponía furioso.

»—Hermana —me decía—, si te pones más negra, te mando a Harlem con los demás negritos.

»No le gustaba la piel oscura.

—¿Por qué no?

—No sé. No le gustaba y punto. Así era él. La primera vez que llevé a mi esposo a casa para que mi padre lo conociera, casi le da un ataque. «Demasiado negro, demasiado negro», dijo. —Entonces rió y añadió—: Pero a mí no me importaba. Tal vez me casé con él sólo para fastidiar a papá.

—¿Y Theo cómo era?

—¿Theo? Bueno, si es posible que un hombre sea hermoso, Theo era hermoso. Yo estaba enamorada de él. Se parecía más a la madre con aquellos enormes ojos castaños y aquellas pestañas largas. Yo me sentaba a verlo ensayar con el violín durante horas y horas. —Añadió otro terrón de azúcar a la taza—. Pero él nunca se fijó en mí ni en ninguna chica, que yo sepa. Lo único que le importaba era tocar aquel violín.

Dena hacía todo lo posible por seguir el hilo.

—Si la madre de mi madre era alemana de pura raza y el abuelo era francés, ¿cuánta sangre negra tenía mi madre?

—Como una gota, si es que se puede hablar de sangre negra, porque no se puede. La sangre es roja o azul. Pero con eso bastaba. En aquella época, un dieciseisavo de sangre negra era demasiado. Ante la ley, se era negro de todas formas.

—¿Crees que a mi padre le habría importado?

Christine se encogió de hombros y respondió:

—No lo sé. Pero así era siempre, no se sabía cómo lo tomarían los demás. Y no te olvides de que eso fue en los años cuarenta, y en algunos estados era ilegal casarse con alguien de otra raza. Se podía ir a la cárcel por ello. Las cosas eran muy distintas en aquel entonces. Pero yo tuve suerte. Cuando era pequeña, nunca me tomé muy en serio la cuestión de la raza. Incluso me cambié el apellido por el de «Blanco»; para mí era como una broma. Yo quería divertirme, y lo logré. Tenía intención de ser *rockette*, y no pensaba permitir que una ley estúpida me lo impidiera. Si los hacía sentir mejor creer que era española, que lo creyeran.

—¿Por qué no me lo contó mi madre? A mí no me habría molestado en absoluto.

Christine esbozó una sonrisa de tristeza y cansancio.

—Claro que te habría molestado. Quizá no tanto como creía tu madre, pero a ella le parecía que era mejor para ti no conocer su historia; y te habría molestado porque, no te engañes, había personas en aquella época que, si hubieran sabido lo de tu madre, te habrían mirado con otros ojos.

Dena estaba pasmada.

—¿A mí?

—Sí, a ti también. Habría sido un estigma. A muchísimas personas no les importaba que la cantidad de sangre que tuviera tu madre fuera mínima; lo único que les importaba era que la tenía, por remota que fuese.

—¡Pero eso es una completa idiotez!

—Tal vez sí, pero tienes que pensar en todas las ventajas que podrías haberte perdido si los demás lo hubieran sabido. En todos lados donde estuvieras la gente cuchichearía a tus espaldas, y ella lo sabía. Piensa en una cosa, ¿podrías haber ido a las mismas escuelas, salido con los mismos chicos, entrado en los mismos lugares? Bueno, a fin de cuentas quizá lo habrías logrado por tu belleza y tu talento, pero todo el mundo habría tenido eso en mente al mirarte. Aunque no hubieran dicho nada, lo habrían tenido presente.

—A mí no me hubiera importado. No habría cambiado mis sentimientos por mi madre.

—No, puede ser que no, pero habría cambiado tu forma de ver el mundo. Y la forma en que el mundo te veía. Siempre te preguntarías qué pensaban los demás, por agradables que fueran. Te preguntarías qué era lo que no decían delante de ti. Eso te cambia; te lo aseguro. Yo he tenido que padecerlo durante toda mi vida. Lo que intentaba hacer tu madre era evitarte esa pena.

—¿Alguna vez mi madre le dijo por qué decidió esconder su identidad para siempre?

—No, pero supuse que sentía lo mismo que Theo. Supongo que hicieron lo que debían, en realidad, porque desde que llegaron nunca se adaptaron. En especial Theo. Siempre tiraron de él a un lado y a otro hasta que ya no supo qué era ni quién era. Finalmente lo partieron en dos, tuvo que elegir entre su padre y la música. No quería ser un nuevo músico negro sino sólo un músico. Y te aseguro que no habrían permitido que un negro ingresara en ninguna orquesta sinfónica. En aquella época no. Ni siquiera hoy en día se ven tantos.

—No, la verdad es que no.

—Yo podría haber escondido mi identidad para siempre si hubiera querido, pero me sentía más cómoda con mi gente. De todas maneras, no juzgo a los que lo hicieron. Cuando se llega a mi edad, se comprende que la vida es dura, y si se tiene una oportunidad en este mundo, ¿por qué no aprovecharla? Pero aun así, no te queda duda de que esconder la identidad no era fácil. No envidio a los que lo hicieron. Era como irse a otro país y no poder volver nunca más. No podían ir ni siquiera al entierro de su propio padre, y en el caso de tu madre esconder la identidad fue particularmente difícil. No podía hacerse pasar por una blanca de la alta sociedad, porque era necesario nacer en aquel círculo, así que tuvo que bajar un escalón. Oye, con el entorno y la formación que tenía, aquella chica no tenía por qué trabajar en ningún gran almacén. Yo no sabía que estaba haciéndose pasar por blanca hasta el día en que me topé con ella.

»En aquel tiempo yo tenía un novio blanco muy apuesto —continuó Christine mientras se ponía de pie y cerraba la puerta de la cocina—, y fuimos a Saks, en la Quinta Avenida, a comprar mi regalo de cumpleaños. Él quería regalarme un vestido bonito, así que yo dije: «¿Por qué no?». Entonces, ahí estaba yo sentada, y se acerca tu madre a atendernos. Bueno, la miré y ella me miró, y me di cuenta de quién era y ella se dio cuenta de quién era yo, pero ninguna de las dos abrió la boca. Al día siguiente volví y entonces fue cuando me habló de ti y me contó lo que había pasado con tu padre. Seguimos en contacto durante algunos años y después no la vi más.

»A decir verdad —suspiró—, estoy tan cansada de todo este asunto de la raza que no sé qué hacer... las cosas que le hace a la gente. —Y apartó la mirada—. No te imaginas los insultos que tuvo que soportar mi pobre esposo durante toda la vida debido al color. Era uno de los hombres más amables y refinados que existieron en la historia de la humanidad, y tener que recibir aquellos maltratos, incluso por parte de mi padre... No sé qué le pasó a tu madre; tal vez todo eso la acabó extenuando. Me gustaría poder ayudarte más, pero supongo que nunca sabremos qué pasa por la cabeza de los demás. No sé qué originó la huida de tu madre, pero sea cual fuere la causa, estoy segura de que tuvo un buen motivo. Porque sé que te quería.

Después de pasar la mañana con Christine, Dena subió a su coche, y Gerry le preguntó mirándola:

—¿Cómo estás?

—Bien. —Pero no era verdad. Christine la había conmovido de un modo extraño. Tenía algo que había entristecido a Dena profundamente; algo en la mirada. A veces, Dena le había visto la misma mirada a su madre. Se puso a llorar—. Discúlpame. No sé qué me ocurre.

—No te preocupes, Dena. Estás pasando por muchas cosas en este momento. Está bien.

—Me cayó muy bien.

—Ya sé.

—No sé por qué lloro por eso.

Había obtenido mucha información en dos días, pero aún no había descubierto qué le había pasado a su madre en aquella Navidad. Sin embargo, al menos tenía algunos datos más para transmitirle a Richard Look.

Aquella noche, mientras Gerry la acompañaba al avión, la tranquilizó:

—Richard dijo que tiene mucho material para trabajar, más del que esperaba, y te prometo que, tan pronto como me avise que ha encontrado algo, te llamaré.

Cuando llegaron a la puerta de embarque, ella le estrechó la mano diciéndole:

—Gerry, no sé cómo darte las gracias por todo. Has sido muy bueno conmigo. No podría haber hecho esto sin ti... y quiero que sepas que te estoy muy agradecida.

—Oye, para eso estoy aquí —dijo él, quitándole importancia, y le sonrió y la saludó con la mano cuando se iba.

Gerry tenía tantas ganas de subir al avión con ella, que se sentía casi mareado, pero sabía que debía dejarla ir. No pensó en nada más que en Dena durante su viaje en coche a Nueva York.

En el avión, Dena no pudo pensar en nada excepto en una familia que hasta el día anterior no sabía que tenía.

## Breve historia familiar

Washington D.C.

1913

El joven vestido con esmero, con zapatos brillantes y cabello recién cortado, había hecho más de dos horas y media de cola en la oficina de empleo y cuando por fin llegó su turno, dio un paso adelante, ansioso, con el sombrero en la mano y los ojos azules llenos de esperanza, y dijo:

—¡Buenos días!

La mujer que estaba sentada al otro lado del escritorio no se tomó la molestia de levantar la vista y respondió a su alegre saludo con la voz apagada y monótona del aburrimiento y la indiferencia que prevalecen entre los empleados públicos, una voz que extingue hasta la llama más pequeña de entusiasmo con la misma eficacia que un jarro de agua fría.

—Nombre.

El chico trató de recuperarse.

—James Alton Le Guard.

—Deletréelo.

—J-A-M...

—El apellido —interrumpió la mujer cerrando los ojos.

—Ah, sí, disculpe. L mayúscula, E. Separado: G mayúscula, U-A-R-D-E.

—¿Ciudadano de Estados Unidos?

—Sí, señora, pero viví en...

—Lugar y fecha de nacimiento.

—Nueva Orleans, once de octubre de mil ochocientos noventa y cinco.

—Estudios.

—Secundarios, pero pienso...

—Experiencia.

El joven se movió y aclaró la garganta.

—Ninguna, en realidad... Éste será mi primer trabajo si lo...

—Raza.

—¿Cómo dice?

La mujer repitió la palabra, en volumen más alto, como si él fuese sordo.

—Raza... ¿De qué raza es?

El joven, confundido por la pregunta, buscaba desesperadamente la respuesta acertada.

—Es que... no estoy seguro de lo que quiere decir. ¿Raza humana, será? ¿Está bien?

La mujer miró el reloj.

—Negro o blanco.

—Pero ¿no se da cuenta con sólo mirarme?

Ella le dirigió una mirada cansada e inexpresiva.

—Ése no es mi trabajo, señor. ¿Negro o blanco? —El joven se frotó las palmas de las manos, sudorosas, en el pantalón. Ella esperó y finalmente insistió—: Señor, lo repito una vez más. ¿Negro o blanco?

El joven se puso colorado.

—Bueno, es que creo que no soy ninguna de las dos cosas. ¿No puede poner «ninguna de las dos»?

La mujer estaba perdiendo la poca paciencia que tenía.

—Mire, hay cincuenta personas detrás de usted. Decídase, una o la otra —dijo, y esperó.

—Bueno, creo que mi abuelo tenía algo de sangre negra, pero...

—¿Cuánto?

—No sé, no mucha. Un poquito, creo.

—¿La mitad, más de la mitad?

—Tal vez la mitad; no estoy seguro...

La mujer puso un sello con la letra «N» junto al nombre.

—¿Algún problema de salud?

—Pues... no. Pero espere un momento. Me parece que eso no está bien. Creo que tiene que poner «blanco»; soy más blanco que otra cosa... Mi padre es blanco.

—Yo no hago las leyes. Yo sólo trabajo aquí. —Volvió a sellar el formulario y lo dejó sobre el escritorio para que él lo cogiera—. Sección D. Tome asiento y espere a que lo llamen por su nombre. —Miró hacia detrás de él—. El siguiente.

—Espere. ¿Adónde voy?

—Sección D, al fondo. Hágase a un lado, por favor.

James se dio la vuelta y miró el gran cartel que decía «Sección D», y vio a diez o doce hombres negros con ropa de trabajo gastada y harapienta. Sintió que lo empapaba un sudor pegajoso.

—Señorita, creo que hay un error. Yo siempre he sido blanco. Esto es...

Ella no lo miró.

—Si quiere un empleo, vaya a esperar a la sección D; si no quiere, perfecto. A mí no me importa. Es cosa suya. Circule, por favor.

—Pero ¿no hay algún otro lugar, un lugar intermedio en el que se pueda esperar?

Ella dejó el formulario del joven a la derecha del escritorio y le hizo una seña al hombre siguiente para que se adelantara.

—¡El siguiente! ¡Adelante, por favor! —Un hombre mayor y enjuto dio un paso al frente y lo miró. Ella preguntó—: Nombre.

El joven se hizo a un lado y clavó la vista en su formulario. Se había caído de la mesa y estaba en el suelo. Después de unos instantes, se agachó, recogió el papel y se dirigió lentamente a la Sección D, donde se sentó en un banco de madera junto a un

hombre negro que antes lo había saludado con el sombrero.

—Bueno, mirad lo que tenemos aquí —dijo el hombre en voz alta, con una sonrisa socarrona, para que lo oyeran los demás—. Mirad quién es negrito como yo. Eres un negrito blanco y bien vestido, pero negrito al fin. La ropa elegante y los ojos azules no te han servido de nada. —Rió—. No eres más que un negrito... como yo... No eres más que un negrito blanco.

Algunos asintieron con la cabeza y rieron. El joven miró al frente, apretó los dientes y trató de contener las lágrimas ardientes que le nublaban la vista.

La cadena de circunstancias que llevaron a James Le Guardé a la sección D comenzó en 17 de junio de 1808. Su abuela, una mulata de las Indias Occidentales, había huido de Santo Domingo escapando de los numerosos levantamientos políticos. Huyó junto con la familia para la que trabajaba y llegó al puerto de Nueva Orleans llevando en una bolsa todas sus pertenencias, y en el vientre, al hijo del dueño blanco de la plantación.

Al entrar en Nueva Orleans como negra libre, le confirieron la categoría de *femme de colour*, que la ponía automáticamente por encima de la población negra esclava.

Su hija, Marguerite Delacroix, la madre de James, fue una hermosa cuarterona pelirroja de Nueva Orleans. Ella, a su vez, se casó con un joven francés de Alsacia-Lorena, llamado Philippe Le Guardé, que se había enamorado de ella en unos célebres bailes de cuarterones que se organizaban en Bourbon Street.

Cuando su hijo James tenía cinco años, se mudaron a Francia. El chico era muy inteligente, y a los dieciocho años estaba decidido a volver a su lugar de origen y ser un médico excelente para enorgullecer a sus padres. Había leído acerca de todas las maravillas de Estados Unidos y tenía la esperanza de forjarse un futuro esplendoroso. Obtuvo una beca y, cuando llegó a la universidad, no tenía mucho dinero, y se enteró de que tal vez podría conseguir un trabajo allí mismo. Lo único que debía hacer era inscribirse en la oficina de empleo y conseguir un permiso de trabajo.

Ni siquiera había pensado en la raza. En Francia no era negro. Su madre apenas había mencionado la cuestión.

Dos días después, lo llamaron de la oficina de incorporaciones. Lo atendió un hombre que tenía una copia de su permiso de trabajo en la mano.

—Señor Le Guardé —comenzó con un tono de disculpas—, me temo que hay un problema. He revisado los informes que recibimos sobre usted, y no mencionaban que usted fuese negro.

—No, señor, es un error. No soy negro. Intenté decirle a la mujer que mi abuela tenía algo de sangre negra, pero yo no. Cometió un error. Intenté explicárselo, pero se negó a escucharme.

El hombre miró al joven. No le gustaba tener que hacer aquello como parte de su trabajo. Ya se había encontrado con casos similares y nunca eran agradables.



—Señor Le Guarde, lo siento, pero aquí no aceptamos negros. Es nuestra política. Pero haré lo siguiente: le escribiré una carta a mi amigo de la Facultad de Howard para ver si pueden incorporarlo.

James estaba atónito. Acababa de llegar de Francia, donde había estudiado, tal como su padre, en el establecimiento católico más estricto, y donde le habían enseñado que mentir era pecar contra Dios. Nadie le había dicho qué significaba aquella letra «N» al lado del nombre; no le avisaron que se convertía en el hecho más importante en la vida de una persona. No entendía que en Estados Unidos un dieciseisavo de sangre negra neutralizaba toda la sangre blanca de una persona y la convertía en negra ante la ley. ¿Quién podía entender semejante cosa?

—Pero aquí me aceptaron, y yo quería estudiar aquí.

—Lo siento, pero es lo único que puedo hacer por usted. Howard es una facultad muy buena, y me parece que se sentirá más contento con su gente. Sus notas son excelentes, y sé que algún día usted será un orgullo para su raza.

James salió de la oficina con sus informes, una carta de recomendación y las palabras «un orgullo para su raza» resonándole en los oídos. No sabía qué hacer. No tenía dinero para volver a Francia. Unas semanas después, ingresó en la Facultad de Howard, se encontró que allí había algunos negros de piel clara y ojos azules, y finalmente aceptó que su destino era la voluntad de Dios y trató de tomárselo de la mejor manera posible.

Después de graduarse, James se inscribió para estudiar con un médico de Viena cuyos artículos admiraba, y se llenó de regocijo cuando lo eligieron entre más de cien jóvenes. En su formulario de inscripción faltaba la palabra «raza». No se la preguntaron, y él no se ofreció a decirla. Después de todo, Europa no era como Estados Unidos. Se especializó en Viena durante dos años, en los cuales trabajó a las órdenes de su mentor, el doctor Theodore Karl Lueger. Cuando no estaba en el Hospital General de Viena, estaba en la casa del doctor Lueger, donde lo invitaban con frecuencia. Algunos sábados salía con la hija de Lueger, Gisele, y un grupo de amigos a dar vueltas en tranvía por la Ringstrasse y a subirse a la gigantesca noria, desde donde se veía todo Viena. Era una ciudad espléndida, una época espléndida para los jóvenes, y se enamoraron. Gisele estaba perdidamente enamorada del médico estadounidense y quería casarse con él. James no tenía esa intención, porque no quería llevarla a una patria en que había segregación racial. Pero Gisele, que tenía el cabello negro, ojos oscuros y piel más oscura que la de él, se rió cuando se lo dijo. No era posible que él fuese negro si tenía los ojos azules y cabello claro, lacio, color miel. Él no logró hacérselo entender. Cuando intentó explicar al doctor Lueger que, debido a la raza, no podría trabajar en un hospital para blancos ni vivir en un barrio blanco, el médico lo escuchó con atención y, una vez que James terminó de hablar, se quitó lentamente las gafas, las limpió con el pañuelo y dijo con tranquilidad:

—Doctor Le Guarde, si no quiere casarse con mi hija, tenga la hombría de decírselo, pero no se escude en una falsedad tan increíble.

James se sentía desgraciado y culpable por dejar que las cosas hubieran llegado tan lejos con Gisele. Era demasiado tarde para echarse atrás sin que ambos sufrieran. Anduvo durante toda la noche por las calles de Viena, atormentado porque no sabía qué hacer. A orillas del Danubio, contempló las estrellas brillantes que se reflejaban en el agua oscura, desanimado y confundido. Pero cuando se elevó el sol sobre la ciudad, ya había tomado una decisión. Sabía lo que haría. Después de todo, les había dicho que era negro, ¿no? Había sido sincero. Pero no podía llevar a Gisele a Estados Unidos. No; la quería demasiado. No la sometería a eso. Se casaría con ella, se quedarían en Viena y tendrían hijos allí, donde estarían a salvo del prejuicio. Pero James no contaba con Adolf Hitler.

Cuando el doctor Le Guardé volvió a Washington para tomar posesión del cargo de jefe de sala del hospital Freeman, inmediatamente apareció en la lista de los que W.E.B. Du Bois llamó «el diez por ciento con más talento». No tardó en formar parte de la Liga Urbana, la Asociación Nacional para el Beneficio de las Personas de Color, la Asociación de Educación de Estados Unidos, La Sociedad Musical y Literaria Boule y todos los clubes y organizaciones de la élite negra. Lo consideraban uno de los aristócratas negros de más prestigio en Washington, y él veraneaba en los puntos turísticos más exclusivos: Sarasota Springs, Highland Beach, Maryland. Se movía en círculos refinados.

Pero su esposa y sus hijos no estaban contentos. Con el correr de los años, el doctor Le Guardé se convenció de que tenía el deber de intentar ser un orgullo para su raza, de ayudar a su gente, mientras que sus hijos no compartían esas convicciones.

El doctor Le Guardé pensaba con frecuencia en aquella mañana en la que le pusieron el sello con la letra «N» en el permiso de trabajo. Había sido un segundo, pero aquel segundo y aquella letra habían cambiado el curso de su vida y de la de sus hijos. Y aun en aquel momento, sentado en su consultorio tantos años más tarde, seguía preguntándose si había hecho bien en decir la verdad. Después de ver que su esposa había muerto sintiéndose desgraciada y fuera de lugar, y que sus hijos estaban atormentados, se preguntaba si mentiría en el caso de que tuviera la oportunidad de volver atrás.

Era muy religioso, pero aun así no sabía la respuesta. Lo único que sabía era que había perdido a su adorado hijo. Su querido hijo Theo se había ido, y en aquel momento tal vez perdiera también a su hija, Marguerite. Sentía que se le escurría, que lo abandonaba.

Abrió el cajón de su escritorio, sacó lo único que le había quedado de Theo y lo relejó, como había hecho casi todos los días durante cinco años.

Querido padre:

Por favor, perdóname, pero no puedo seguir siendo tu hijo. He tratado de sentir lo mismo que tú, pero no soy como tú; no me siento hermanado con la raza negra, y abogar por una causa con la que no me siento identificado no les serviría a ellos y, sin lugar a dudas, me destruiría a mí. Que los que estén seguros y tengan convicciones más profundas alcen la voz y den el ejemplo. Yo debo tener la oportunidad de realizarme por mí mismo sin verme obligado a cargar con toda una raza encima.

¿No ves, padre, que no sería un hombre que toca el violín, sino un hombre de color que toca el violín? Sería una curiosidad y cada movimiento que hiciera, una causa política. La música no juzga al que la interpreta, pero la gente sí. Me dices que es pecado mentir, pero toda mi vida es una mentira, padre. Estoy atrapado entre dos mentiras. No soy negro, no soy blanco, no soy nada; algo intermedio, que no encaja en ningún lado. Digo una mentira sólo para no decir la otra, pero miento siempre, diga lo que diga. Dices que se cumpla la voluntad de Dios, pero no creo en un Dios que dice que debo sacrificar mi oportunidad en esta vida por una ley escrita por el hombre. No te dejo a ti; dejo a la raza negra, que nunca hizo otra cosa que tomar a mal mi piel blanca y acongojarse. Ésa no es mi gente, padre. Ellos no son dueños de mi talento. Es mío y sólo mío. Me voy a donde pueda ser libre. Por favor, no me busques. Olvídate de mí. Siempre te querré.

Theo

Al anciano se le llenaron los ojos de lágrimas. Pobre Theo. Como si pudiera olvidarse del hijo que adoraba, del chico que había tenido en sus brazos... Dobló el papel amarillento.

No era un caso raro. Miles de personas habían cedido a las presiones de la segregación y se habían escurrido silenciosamente al mundo blanco, pero esa vida tampoco era fácil.

## Dena Nordstrom, periodista

*Elmwood Springs, Missouri*  
1978

Tan pronto como llegó a casa, Dena llamó a la doctora Diggers y le contó lo de su madre.

Diggers se sorprendió tanto como Dena al enterarse.

—Bueno, la verdad es que entre todas las cosas que sospechaba, no figuraba ésta, y tendría que haberlo supuesto. ¡Y más yo! Cuando comencé a ejercer, la mitad de mis pacientes ocultaban su identidad. Sí, desgraciadamente sé de qué se trata, y te aseguro que era una porquería. No importa si era un judío que se hacía pasar por cristiano o un negro que se hacía pasar por blanco; era un asunto difícil, por cualquier lado por donde se lo mire. Pero lo que quiero saber es cómo te sientes.

—Traicionada, supongo. Confundida. Perdida, como si en realidad nunca hubiera conocido a mi madre.

—Cariño, hubo una gran parte de ella que no conociste. Pero al menos ahora tenemos una muy buena explicación del motivo por el que parecía tan distante. Con razón sentías que no estaba por ti. Probablemente estuviera muerta de preocupación las veinticuatro horas del día. Ocultar la identidad es un tema complicado, que lleva aparejados muchísimos problemas graves: culpa, confusión de identidad, sensación de aislamiento, engaño, abandono. Ocasiona mucho estrés; a algunas personas las hace perder la razón.

—Todo eso lo entiendo, pero lo que no entiendo es por qué no me lo contó. Yo podía haberla ayudado.

—No puedo saber la razón con certeza, pero sí te digo que no fue porque no confiara en ti; fue simplemente por miedo. Cuando la gente vive atrapada en una mentira como ésa, empieza a volverse paranoica. Es probable que la asustara confiar en cualquiera.

—Pero yo no era una cualquiera. Era su hija.

—Sí, pero no te olvides de que eras su ser más querido. Quizá tuviera miedo de perderte, de que no la quisieras si te enterabas. Lo he visto en otros casos. La gente termina alejando a aquellos que no quiere perder al mismo tiempo que trata de retenerlos. Escucha; no digo que lo que hizo tu madre haya estado bien, pero hay algo que la excusa, tenía un buen motivo para estar asustada. Tienes que entender cómo eran las cosas en aquella época; cuando ella era pequeña, no existía la integración. Los blancos y los negros seguían viviendo en mundos completamente distintos.

—Ya lo sé, pero aquello fue en mil novecientos cincuenta y nueve. ¿No se dio cuenta de que estaba cambiando las cosas, de que salían leyes nuevas?

—No, no creo. Por lo que me contaste de tu madre, sospecho que no se daba

cuenta muy bien de lo que pasaba a su alrededor. Las personas que ocultan su identidad están tan concentradas en cubrirse las espaldas, en no dejar rastros, que no se dan cuenta de otras cosas. Es probable que ella estuviera encerrada en ese mismo temor, con la misma película que se repetía una y otra vez en su mente, y no pudiera ver más allá.

—¿Cree que eso tuvo algo que ver en su desaparición?

—Quizá sí. Las personas que han huido de una vida muchas veces vuelven a hacerlo.

—Pero ¿por qué en aquel momento? ¿Por qué en Navidad? ¿No podía haber esperado?

—Cariño, pudo haber sido por mil motivos distintos. Tal vez conoció a alguien o llegó a un punto límite, después de vivir con tanta tensión todos los días. Lo que pasa es que cada uno lleva la tensión de manera distinta. Pero una buena posibilidad es que se le hubiera acumulado con el correr de los años, que ella ya no pudiera aguantar más presión y un día tuviera una especie de choque psicológico y perdiera el contacto con la realidad. Para decirlo con palabras corrientes, puede ser que un día perdiera el juicio y se esfumara. Son cosas que pasan. Hay gente que va de compras y no vuelve, desaparece de la faz de la tierra.

—¿Eso es lo que cree que ocurrió?

—Bueno, lo supongo a partir de lo que sabemos. Pero lo importante es que llegues a comprender que sus problemas no tenían nada que ver con lo que sentía por ti. Te dio todo el amor de que era capaz de dar en aquellas circunstancias. No fue suficiente para ti, pero ahí está; es injusto y es una porquería, pero así es la vida; al menos ya conocemos el origen básico de tus problemas. Lo que tenemos que hacer ahora es tratar de superarlos y seguir adelante con tu vida. Así pues, dime: ¿cuándo vuelves a Nueva York?

—No estoy segura. Todavía no he pensado en ello.

—No, es probable que sigas conmocionada. Por favor, toma la decisión con tranquilidad. ¿De acuerdo?

Aquella noche, Norma y Macky le llevaron la comida caliente para la cena.

Cuando Dena les contó lo que decía la doctora Diggers, Norma dijo, aliviada:

—Me alegra que por fin hayas descubierto qué ocurrió. Siempre he tenido miedo de que hubiésemos hecho algo nosotros o de que no le hubiéramos caído bien a tu madre.

Durante los tres días que siguieron, Dena se sintió constantemente aturdida. Pero una semana más tarde, cuando comenzaba a ordenársele la mente, se despertó a medianoche y se sentó en la cama. Había algo que estaba mal. Había algo que no encajaba. Era demasiado buena periodista para saber cuándo faltaba una pieza en una historia. La teoría de la doctora Diggers le había parecido buena al principio, pero era

demasiado sencilla, demasiado rápida.

Sabía que su madre la quería; por tanto, no se habría ido a menos que hubiera pasado algo terrible. Su madre era fuerte. Seguramente había otra causa más allá de la tensión. Alguna otra cosa de la que su madre tuviera miedo. Pero ¿qué? Todavía quedaban muchas preguntas sin respuesta.

¿Por qué se había ido de Elmwood Springs de la noche a la mañana en 1948? ¿Quién era el hombre que hablaba alemán?

Cuando salió el sol, hizo su primera llamada telefónica.

—Christine, habla Dena.

—¡Ah, hola! ¿Cómo estás?

—Tengo que hacerle una pregunta. Me dijo que en los periódicos había salido algo acerca de Theo, el hermano de mi madre, y me gustaría saber si puede decirme en qué año fue y cómo se llamaba el periódico.

—Ay, caramba. Debió de ser a principios de los cuarenta, pero no tengo idea de cómo se llamaba el periódico. Sé que era uno de los más importantes. Pero sí me acuerdo del nombre de una mujer que escribía en él. ¿Te sirve?

—Sí.

—Ida Baily Chambless.

—¿Quién era?

—Nadie, una estúpida que se las daba de columnista de noticias de sociedad. Yo nunca leí su columna, pero papá decía que era una cretina de Georgia que creía que todo el mundo debía invitarla a todas partes. Tuvo un enfrentamiento con tu abuelo muchos años antes y entonces decidió perseguir a Theo para vengarse. Hacía creer a los demás que estaba emprendiendo una cruzada, pero la verdad es que estaba celosa y nada más. Si ella no podía hacerse pasar por blanca, que los demás tampoco pudieran. Querida, tuve suerte de que no fuera detrás de mí.

—¿Vive?

—No, gracias a Dios. Papá decía que se buscó que la mataran.

A Dena le dio un brinco el corazón.

—¿La mataron? ¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo. Yo todavía vivía en Nueva York. Sería en mil novecientos cuarenta y ocho, más o menos.

A Dena le dio dos brincos el corazón. Aquél era el año en que se fue con su madre de Elmwood Springs con tanta prisa.

# Una mujer desdeñada

Washington D.C.

1936

Ida Baily Chambless, sexta hija de una lavandera de Smyrna, Georgia, tenía mucha facilidad para la redacción. Su estilo era «casi poético», como escribió una profesora al calificar uno de sus trabajos: «Arrancados del seno de la madre África y diseminados». A medida que transcurrían los años, fue ascendiendo gracias a sus esfuerzos hasta que terminó escribiendo para uno de los periódicos negros más sobresalientes de Washington.

Disfrutaba de su poder, viendo cómo trataban de complacerla aquellos que se desesperaban por que sus nombres aparecieran en la columna que escribía: «Opiniones de sociedad: bofetadas para los enemigos, besos para los amigos».

Cuando el doctor Le Guard y su familia se mudaron a Washington, la señora Chambless no veía la hora de conocerlos. Pero no la habían invitado a su casa, deshonra que pretendía remediar haciendo varias menciones notorias de los Le Guard en su columna. Así se darían cuenta de que, entre todos los habitantes de Washington, a ella debían incluirla en sus asuntos. Sin embargo, después de un año y medio, aún no la habían invitado, y ella se moría por entrar en la casa de los Le Guard. Aunque la fachada del edificio de ladrillo de cuatro plantas era discreta, se imaginaba que por dentro era espectacular. Estaba al tanto de muchos de los acontecimientos sociales gracias a un florista que le brindaba información, por ejemplo, cuando la señora Le Guard encargaba arreglos florales para una fiesta.

Una vez, la señora Chambless se enteró de que se había organizado una reunión musical, y perdió la paciencia. Pensó que, después de todo, tenía el derecho y el deber de informar a sus lectores acerca de la vida social de un médico negro tan distinguido. Los perdonaría por haber omitido invitarla y asistiría de todas maneras. Así fue como, la noche de la fiesta, Ida Chambless, una mujer corpulenta de piel oscura y cara redonda y chata, vestida de punta en blanco y con la cabeza adornada con plumas de avestruz, se presentó sin invitación y pasó a tomar nota. A medida que se desplazaba de una habitación a otra, iba creciendo su desencanto. La casa era insulsa y la ropa de los invitados también; de hecho, con el correr de las horas, si bien todo el mundo la trataba con gran amabilidad, comenzó a sentir que aquella era una de las fiestas más aburridas a las que había asistido en su vida. Lo único que la impresionaba eran las obras de arte y la música. Era evidente que aquellos pobres infelices necesitaban ayuda. Al día siguiente, en su columna, describió la casa de los Le Guard generosamente. La ropa que llevaban las mujeres la noche anterior, descolorida y apagada, repentinamente adquirió tonos de color magenta, verde lima, violeta, azul marino y rojo. Según la señora Chambless, las invitadas de la fiesta

estaban cubiertas de joyas y gargantillas de diamantes. El collar de perlas de una sola vuelta que llevaba la señora Le Guardé pasó a ser de doce vueltas. El comentario sobre Brahms y Strauss decía que su música era vivaz y animada. Además, comentó a sus lectores que por todos lados destacaba la vajilla bañada en oro y las reliquias de plata de la familia del doctor Le Guardé, como también preciosos tapices y obras de arte que colgaban de todas las paredes. La señora Chambless pensó: «Si con esto no se dan cuenta de cuánto me necesitan en su vida, no se darán cuenta nunca». Varios días después, llegó una carta del doctor Le Guardé. Vaya, ahí estaría la nota de agradecimiento y tal vez, además, una invitación perenne a todas sus futuras fiestas. Abrió el sobre impreso y, a medida que leía, su sonrisa de satisfacción iba desdibujándose.

Estimada señora Chambless:

Aunque no me cabe duda de que no tuvo intención de ocasionarnos daño alguno, su informe público acerca de una reunión privada fue del todo inoportuno. Aunque pretendió elogiarnos con sus exageraciones y con las descripciones del interior de mi casa y de la vestimenta de los invitados, debo solicitarle con el mayor respeto y corrección que por favor en el futuro se abstenga de escribir acerca de mi familia y de mis amigos. La publicidad sobre nuestro domicilio y el inventario de su contenido, en parte real y en parte imaginario, me ha ocasionado una gran preocupación por mi familia, dado que han aumentado los robos y los delitos de toda clase. Soy una persona particular, no una persona pública, y las ocasiones en que mencionó usted mi nombre me han causado incomodidad. No me cabe duda de que entenderá lo que le pido y lo respetará. Le saluda muy atentamente,

Dr. James A. Le Guardé

La señora Chambless se sintió como si le hubieran dado un bofetón. Cuando tenía nueve años, una niña blanca le había dado un bofetón, y la sensación era la misma; sin embargo, esta vez tenía recursos y podía devolverlo con un fuerte golpe capaz de derribar a cualquier hombre. ¿Aquel médico le decía a ella, Ida Baily Chambless, que no era aceptada en su casa? ¿Que no era bien recibida? ¿Ida Baily Chambless, que tenía abiertas las puertas de las casas de hombres más adinerados que él? ¿Con quién se creía que estaba tratando? ¿Pensaba que podía ofenderla, humillarla y decirle que no la aceptaba? Ni hablar; el doctor se arrepentiría de lo que había hecho aquel día. Ella tenía poder y lo utilizaría de lleno contra aquel hombre y su familia blancuzca, insignificante y de sangre rosa. ¿Cómo se atrevía aquel seudonegrócrata autoproclamado, cara de besugo, a creer que era mejor que ella? En un instante, la carta le hizo recordar todos los insultos, todas las heridas, todos los desaires, todas las humillaciones que le habían hecho sufrir en la vida. Cegada por la furia, subió corriendo a sentarse frente a la máquina de escribir para redactar otra columna.



A los pocos días, frente a la casa del doctor Le Guardé pasaban grupos de jóvenes que gritaban y silbaban, e incluso había algunos que se habían excedido en la bebida y arrojaban pintura negra en el umbral de la entrada.

Muy bien. Ida Baily Chambless no permitiría que se olvidara jamás de que la había insultado. ¡Los acecharía a él y a su familia hasta la tumba y aun después!

# Carlos Maurice Montenegro

*San Francisco, California*

*1942*

Cuando Carlos comenzó a tocar, Joseph Hoffman supo de inmediato que el joven que tenía delante era uno de los violinistas más extraordinarios y con más talento que había oído en su vida. Inmediatamente se convirtió en su mecenas, y así, en menos de seis meses, Carlos Montenegro fue nombrado primer violinista de la Orquesta Sinfónica de San Francisco.

Entre millones de músicos en el mundo, sólo un puñado supera lo que está escrito sobre el papel y trasciende lo que parece humanamente posible, y Carlos era uno de ellos. Su profesor sabía que Carlos estaba destinado a ser uno de ellos, uno de los grandes, tal vez para consagrarse junto a nombres tales como Heifetz y Menuhin. Lo único que le hacía falta era que lo guiara la persona adecuada, y esa persona era Joseph. Si se le trataba de la manera adecuada, aquel chico podía llegar a cambiar la fisonomía de la música clásica. Tenía el aspecto de un actor apuesto y el talento de un ángel.

Si se le podía achacar algún defecto, era su belleza casi excesiva, que hacía que las mujeres no pudieran quitarle los ojos de encima cuando tocaba. Carlos nunca hablaba de su vida ni decía de dónde venía, pero como era una figura tan romántica, corría el rumor de que probablemente fuese hijo de un conde español. Muchas volvían a sus casas soñando con aquellas hermosas manos, aquellos dedos largos y delicados y la sombra de las pestañas que le caía sobre la mejilla. Pero también había otra cosa que preocupaba a su profesor. Sin el violín, a Carlos se lo veía extremadamente tímido e inseguro. Parecía contentarse sólo con tocar en la orquesta y componer. Pero Hoffman estaba ansioso por exponer semejante talento a los ojos del mundo, y asumió la tarea de hacer participar una de las composiciones de Carlos en un concurso internacional de música que tendría lugar en Quebec.

Quería que el chico concretara su futuro y aumentara su confianza. El ganador tendría la posibilidad de dar conciertos durante todo un año por el mundo entero. Lo único que necesitaba Carlos era aquella oportunidad para salir de gira, y entonces tendría el mundo a sus pies. Un mes más tarde, para gran alegría de Hoffman y para sorpresa del muchacho, ganó el concurso. Pero poco después se encontraría con otra sorpresa.

## OPINIONES DE SOCIEDAD

*Por Ida Chambless*

Hoy tenemos una noticia emocionante. Me sopló un pajarito que el feliz titular que la semana pasada que decía «Estadounidense gana concurso

internacional de música» debería corregirse por: «Negro estadounidense gana concurso internacional de música». El célebre galardonado no es otro que Theodore Karl Le Guardé, que recientemente adoptó el melodioso seudónimo de Carlos Maurice Montenegro, por motivos «artísticos», sin lugar a duda, ya que Le Guardé es un noble apellido negro. Su padre es el doctor James A. Le Guardé, un distinguido médico negro que desde hace años ejerce aquí, en Washington.

A pesar del nombre artístico del señor Le Guardé y de su ausencia de nuestra noble ciudad, no podemos dejar de gritar desde la terraza más alta que uno de los nuestros va camino de la fama. Quiero que todos los lectores sepan que esta columnista estuvo quemándose las pestañas y, después de mucha persuasión y de mover unos cuantos hilos, con inmensa dicha y salvos al mundo está en condiciones de anunciar que Theodore Le Guardé, alias Carlos Maurice Montenegro, acaba de recibir el nombramiento de «Negro del Año» por parte de este periódico. Nos enorgullece que conquisten tantos hitos quienes comparten nuestro patrimonio negro, y no les quepa duda de que esperaré a que vuelva a nuestra noble ciudad para darle un cordial saludo de «Bienvenido. ¿Dónde estabas?». ¡Haceos a un lado, Cab Calloway, Duke, Jelly Roy y Louie, y dejad sitio a otro de nuestros genios!

Ida Baily Chambless se regodeaba con su victoria. El precioso hijo blanco y puro del doctor Le Guardé sería negro, quisiera o no. Hacía tiempo que sabía lo de Theo, pero había esperado el momento oportuno. Astutamente, sabía que era mucho más dañino atacar a la gente cuando le iba bien que cuando estaba metida en problemas.

Cuando los periódicos de todo el país publicaron la foto de Theo, junto con el anuncio de prensa de que lo habían nombrado Negro del Año, todas las esperanzas de que triunfara como músico clásico quedaron hechas trizas. Sus colegas habían quedado pasmados cuando se enteraron de la noticia, e incluso algunos se sentían traicionados. De repente lo veían como alguien que había fingido ser lo que no era, un impostor que les había mentado. Otros se compadecían de él y decían que no les importaba, pero no era verdad. Todavía eran los años cuarenta, y en Estados Unidos muchos blancos no conocían a ningún negro que no fuese una sirvienta o un maletero. El día anterior, había sido el joven encantador e increíblemente apuesto de origen español y sin duda aristocrático; en aquel momento era un especie de fenómeno curioso. Todos comenzaron a buscar signos y pistas de sangre negra, y pronto los encontraron, aunque no existieran. Hasta la joven que el día anterior estaba tan enamorada de Theo, lo miraba de otra manera porque se sentía engañada. Seguramente, el padre de Theo no sería más que un empleado de ferrocarril que había intentado ingresar en la sociedad de San Francisco haciéndose pasar por lo que no era. Probablemente todas las noches él volvía en secreto a su mundo y se reía de ella junto a sus amigos negros.

Claro que Theo nunca había dicho que provenía de una familia adinerada, y la sociedad lo había descubierto, pero los hechos cambiaron al mismo tiempo que las actitudes. Hoffman se sintió apenado por él y fue a buscarlo de inmediato, pero Theo había cerrado las puertas de su piso con llave y no lo dejó entrar. No quería hablar con nadie. El día siguiente a la publicación del artículo, los periódicos negros de todo el país enviaron fotógrafos y periodistas que solicitaban entrevistas. De la noche a la mañana, lo llenaron de invitaciones de parte de las principales organizaciones negras para que sumara su nombre a todas las causas por la raza negra, para que pronunciara discursos en todos los actos. Estaban orgullosos de él y, como escribió el Washington Bee: «Nos regocijamos con su triunfo y añadimos una estrella más a la corona de logros de la raza negra».

En cambio, los periódicos blancos adoptaron otra línea. El epígrafe de la foto decía: «Negro disfrazaba su origen».

La Comisión Internacional de Música llamó a una reunión de emergencia y por votación unánime mantuvo su decisión, pero Europa estaba en guerra, por lo que la mayoría de los conciertos de Carlos estaban programados en Estados Unidos, y uno a uno empezaron a cancelarse.

Estimados miembros de la Comisión:

Nos parece conveniente que el señor Montenegro restrinja sus conciertos al círculo de teatros que estén en condiciones de recibir a las personas de su raza. Nuestra política no nos permite hacer lo mismo.

Filarmónica de Atlanta

Estimados miembros de la Comisión:

Nos han engañado respecto a la raza de su ganador, razón por la cual nuestro contrato queda rescindido. Responderemos con acciones legales a cualquier intento de estafa y de deshonor o poner en evidencia a nuestros patrocinadores.

Club de Música de Chicago

Después de recibir telegramas y cartas similares durante varias semanas seguidas y de verse sujeta a una presión considerable, apareció el siguiente comunicado de prensa:

La Comisión Internacional de Música ha vuelto a reunirse por segunda vez y ha anunciado hoy que ha retirado el premio en efectivo y ha cancelado todos los conciertos de Carlos Montenegro, el reciente ganador del primer premio. Un portavoz de la Comisión aseguró que la decisión fue tomada con gran pesar y que no se debe al hecho de que el músico sea negro, sino a que lo

ocultó ante la Comisión.

Su hermana Marguerite trabajaba en Nueva York. Cuando leyó lo que le había ocurrido a Theo fue de inmediato a San Francisco, pero cuando llegó él ya se había esfumado.

# ¡Conque ésas tenemos!

*San Francisco, California*

1942

Después de irse de San Francisco, Theo vagabundó sin rumbo fijo por todo el país, recorriendo bares oscuros y sucios y durmiendo en sofás de desconocidos. Trató de trabajar en una fábrica, pero después de unos días sufrió lo que los médicos denominaron un colapso nervioso y pasó un año en la sala de caridad de un hospital situado en las afueras de Lansing, Michigan. Una vez que le dieron el alta, emprendió camino a Washington, lavando platos, barriendo suelos, haciendo lo que fuese para sobrevivir. Cuando llegó a la ciudad, logró rehacer bastante su vida dando clases particulares de violín a hijos de diplomáticos adinerados. Con frecuencia pensaba en su hermana. La última vez que le había escrito, ella vivía en Nueva York. Theo esperaba que ella tuviese una vida segura y feliz. Esperaba que al menos uno de los dos fuese feliz.

Durante los cuatro años siguientes, vivió aproximadamente a un kilómetro de distancia de su padre, pero en la práctica habría dado lo mismo que viviera a dos mil kilómetros. Quería ver a su padre, pero no que su padre lo viese a él. Ya había puesto en evidencia a su padre y le había causado mucho sufrimiento, así que, por más que lo echara de menos, no podía enfrentarse con él. A veces compraba un ejemplar de *Washington Bee*, únicamente para ver si mencionaban a su padre. Fue así como se enteró de su muerte. El día del entierro, fue a la Iglesia de San Agustín y se quedó en un rincón escuchando al cura que alababa a su padre por ser un gran hombre y un excelente médico. No hizo mención de sus dos hijos. Era como si nunca hubiesen existido.

Theo se fue antes de que terminara la ceremonia, temblando de pies a cabeza, arrepentido, apesadumbrado, furioso. Se odiaba a sí mismo. ¿Cómo había podido hacer algo así? ¿Cómo le había dado la espalda a su padre? Deseaba poder volver el tiempo atrás, pero ya era demasiado tarde. En aquel momento estaba solo como un perro; no tenía más que a su hermana. Pero ¿dónde estaba?

Aunque Theo no lo sabía, había otra persona que se preguntaba lo mismo. Había llegado a oídos de la señora Chambless que se había detectado a un hombre parecido saliendo de la iglesia pero nadie había visto a su hermana, lo cual confirmaba lo que ella sospechaba. Dos días después del entierro, escribió:

## OPINIONES DE SOCIEDAD

1948

Sumergí la cuchara en la espesa sopa de la historia de la raza negra en nuestra noble ciudad y saqué un sabroso bocado. Descubrí que nuestro reacio genio

musical negro, Theodore Le Guard, tiene una hermana, Marguerite, que prácticamente se hizo humo. ¿Es posible que haya escogido el mismo sendero de traición hacia la sociedad blanca? Como los niños que juegan al escondite, alguna vez tiene que salir. Es triste que haya gente de nuestra raza que no tenga el decoro de salir y darse a conocer por propia voluntad, y si soy la elegida para espolearlos a todos ustedes y hacerles recordar su deber, si recae sobre mí esta dura tarea, que así sea.

No se nos permitirá sentarnos a la mesa de la aceptación hasta que se sienten todos los negros. Y un consejo para todos los otros, los que descansan sus hermosas cabecitas sobre las almohadas blancas del engaño... No descansen, ya que tienen los días contados. ¡Hay un ejército de gente honrada que se dedica a descubrirlos y traerlos con vida!

Aquella noche, Theo Le Guard, con el recorte de la columna periodística en el bolsillo, se dirigió a la casa de Chambless, situada en el parque Le Droit. La casa estaba a oscuras, a excepción de una luz que había encendida en el primer piso. Llamó a la puerta y no obtuvo respuesta. Intentó abrirla y descubrió que no estaba cerrada con llave; de hecho, se abrió de par en par. La señora Chambless rara vez echaba llave a las puertas. No tenía miedo. ¿Quién se atrevería a robarle? Entró y cerró la puerta. Oyó el sonido de la máquina de escribir y lo siguió hasta la habitación del primer piso, donde la vio sentada, con una bata rosa, totalmente absorta en su trabajo. Se quedó en la puerta, mirándola. Ella no lo oyó hasta que lo tuvo delante. Cuando vio que aparecía ante sus ojos un hombre pálido como un fantasma, casi se desmayó del susto. Se llevó la mano al pecho y dejó escapar un alarido:

—¡Santo cielo! Casi me matas de miedo. ¿Para qué vienes y te entrometes así? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres a estas horas de la noche? —Escudriñó el cuerpo demacrado que tenía delante y preguntó, perpleja—. ¿Quién eres? ¿Te conozco?

En aquel momento, cuando por fin tenía a la mujer frente a frente, Theo comenzó a temblar exageradamente y tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

—¿Por qué... por qué hace esto... por qué me destrozó la vida?

De repente, la señora Chambless vio quién era y se apoyó en el respaldo de la silla con una sonrisa burlona y satisfecha.

—Pero qué maravilla. Mira a quién tenemos aquí. Dime si no es el mismísimo Theodore Le Guard en persona. —Entonces cambió de expresión y entornó los ojos mientras se inclinaba hacia delante y le decía con una voz llena de desprecio—: Escúchame: si se te echó a perder la vida fue porque la echaste a perder tú, no yo. Tú y esa familia engreída que tenías. ¿Crees que no estoy a tu nivel? Bueno, Eleanor Roosevelt no cree que no esté a su nivel... ¡Ahora fuera de aquí! —Lo echó con un ademán y continuó escribiendo. Enseguida añadió—: Y dile a esa hermana tuya que tienes que ahora le toca a ella.

En aquel momento se desató algo en el interior de Theo; sintió dentro de su

cabeza un rugido tan potente que le impidió oír los alaridos que profería Ida Baily Chambless mientras él la cogía por el cuello y apretaba. Algo hacía erupción, una furia terrible, candente, devastadora, que se abría paso con gran estruendo. Estaba sacudiendo a la mujer hasta estrangularla y no podía contenerse.

No recordó nada más hasta que salió al aire frío, empapado en sudor. Caminó un kilómetro y medio sin saber adónde se dirigía hasta que llegó al monumento a Lincoln. Mientras miraba la estatua, de repente oyó gritos de mujer en su cabeza y vio la cara grotesca de Ida Chambless, con la lengua fuera y los enormes ojos desorbitados, y entonces tuvo arcadas y vomitó sobre el césped hasta que no le quedó nada más que bilis amarilla. Se miró las manos y comenzó a sollozar.

Tenía que llegar a la casa de su padre. Tenía que encontrar a su hermana; ella lo escondería. Con ella estaría seguro. Cuando estuvo frente a la casa, vio que todas las puertas y ventanas estaban cerradas con llave. Salía el sol. Desesperado, dio la vuelta hasta la parte trasera, rompió una de las ventanas del sótano y entró. En plena oscuridad, subió hasta el cuarto de trabajo de su padre. Casi todo estaba guardado en cajas. Fue hasta el escritorio y rompió la cerradura. Metiendo la mano, notó que todavía había papeles y cartas. Encendió una cerilla y encontró la carta que le había escrito a su padre, además de otro sobre, que también estaba dirigido a su padre. Si bien el nombre del remitente era extraño, reconoció la letra de su hermana. La carta había sido enviada desde Elmwood Springs, Missouri.



# Vivir en la mentira

*San Francisco, California*

*1942*

Marguerite Le Guardé, la madre de Dena, no había planeado mentir acerca de su identidad. Simplemente sucedió. Había viajado a Nueva York para ayudar a una amiga a escoger su ajuar. Cuando habló con la dueña de la tienda en alemán, Lili Carlotta Steiner notó de inmediato que la joven era oriunda de Viena, como ella. Deslumbrada por aquella hermosa chica que evidentemente sabía de ropa elegante, Steiner le ofreció un empleo en el acto. Entusiasmada, Marguerite escribió a su padre pidiéndole permiso para quedarse durante el verano. Su padre le contestó que sí. Acababa de morir la madre de Marguerite, y él pensó que el cambio le haría bien.

Mintió por primera vez cuando fue a conseguir el permiso de trabajo. Inventó el nombre de Marion Chapman, combinando el nombre de una amiga y el apellido de otra. ¿Por qué arriesgarse a que la reconocieran? Por entonces su padre era conocido en la profesión médica, y el apellido había salido en la prensa varias veces en relación con diversas organizaciones negras. ¿Por qué soportar la humillación de tener que convencer a los demás de que era la hija de un famoso médico negro? Nunca se lo creerían y, además, el trabajo era sólo por unos meses.

Sin embargo, a medida que pasaban las semanas, resultó que le gustaba trabajar con Lili. Le gustaba ser Marion Chapman y no tener que preocuparse de nada más que de ser una empleada normal y corriente. Lili le había encontrado un pequeño piso en la zona de Yorkville, en un barrio predominantemente alemán. Comía comida alemana, escuchaba la música que conocía y, como le escribió a su padre, «era casi como haber vuelto a Viena».

No se había enterado en absoluto de las actividades políticas que llevaba a cabo Lili. Para ella, era sólo una buena mujer que le había dado trabajo. Lo único que sabía o que le importaba aquel verano era que, por mucho que echara de menos a su padre, en Nueva York era más feliz. Le gustaba estar otra vez rodeada de su gente. Pero aquella sensación no duraría mucho; cuando leyó en el periódico que Theo había perdido el premio, se sintió destrozada porque sabía que él estaría deshecho. Él vivía para la música. Ella adoraba a su hermano, pero éste nunca había sido fuerte sino delicado e inestable, y temía que pudiera hacerse daño a sí mismo. Trató de llamarlo, pero no lo localizó, y entonces cogió urgentemente un tren a San Francisco. Tenía que encontrarlo y estar con él, pero cuando llegó, él ya había vuelto a desaparecer. Se quedó en San Francisco y, con las referencias de su empleo anterior, comenzó a trabajar en unos grandes almacenes, con la esperanza de que Theo volviera. Pero no volvió. Finalmente, consideró que era en vano seguir esperando y decidió volver a su casa de Washington, con su padre. Entonces conoció a Gene Nordstrom. No tenía

planeado enamorarse, pero desde la primera vez que salieron, y él pidió aquel insulso champán rosado, no pudo evitarlo. Desde el principio tuvo intenciones de hablarle a Gene de su padre y de su hermano. Quería decírselo, pero después de lo que le ocurrió a Theo cuando la gente se enteró de sus orígenes, tuvo miedo y, cuanto más se enamoraba, más la asustaba la idea de perderlo. No sabía cómo reaccionaría ante el hecho de que ella tuviera sangre negra, aunque no fuese más que una gota. Gene era tan abierto que probablemente no le importara, pero ella había aprendido que, en lo que hace a la raza, nunca se sabe. Desde que ocultaba su identidad, había oído cosas de lo más terribles en boca de personas que parecían amabilísimas. Y así, siguió posponiéndolo.

Se preocupaba cada vez que se cruzaban con una persona de raza negra por la calle o cuando veían a un grupo de soldados negros, ya que temía que Gene dijese algo despectivo, pero nunca dijo nada.

Entonces él le propuso matrimonio. Ella sabía que debía decírselo antes de casarse. Tenía que darle la oportunidad de echarse atrás si quería, pero estaba en guerra y todo ocurría rapidísimo. La ciudad entera estaba en medio de un frenesí, y en aquella época los muchachos se embarcaban todos los días. Aquel año parecía que todos los habitantes de San Francisco tuvieran mucha prisa por casarse, desesperados por pasar unos días en pareja antes de que los hombres se fuesen a la guerra y tal vez no volvieran nunca. Una vez que les confirmaron que la unidad de Gene se embarcaría próximamente, ya no había tiempo para contárselo, o al menos eso se decía.

A la mañana siguiente, cuando llegaron a los juzgados, había una cola que daba la vuelta a la esquina, y las parejas estaban ansiosas mirando el reloj. Ella le dijo al empleado que no tenía su partida de nacimiento, que se había destruido en un incendio. El empleado se molestó, pero de todas maneras les extendió la licencia de matrimonio. Ella sabía que no debería haber mentido, pero aquel día se sentía locamente enamorada, y Gene se iba. Al igual que cientos de chicas de la ciudad, no pensaba con mucha claridad en el futuro; lo único que querían era casarse aquel día.

Sólo cuando transcurrió una semana desde la partida de Gene, se dio cuenta de la gravedad de sus actos, y entonces la acometió el remordimiento. ¿En qué había estado pensando? ¿Por qué lo había hecho? ¿Había estado tan aturdida para creer que realmente era Marion Chapman, que no existía Marguerite Le Guardé? ¿Había sido tan estúpida para pensar que él nunca se enteraría?

Era necesario que Gene lo supiera, pero no era un asunto que pudiera comunicarle por carta. Pensó en desaparecer, simplemente, pero no podía hacerlo. Lo amaba demasiado. Tenía que contárselo en persona. Se juró a sí misma que se lo diría tan pronto como volviese. Pero él no volvió.

Hacía sólo un mes que había muerto Gene cuando se dio cuenta de que estaba embarazada. Después de pasar muchas noches llorando y pensando en qué hacer, tomó una decisión. En aquel momento no podía volver a Washington. No quería que

su hijo viviera lo que habían pasado ella y Theo, no saber de qué mundo ni de qué raza eran. Quería que su niño creciera alejado de aquellos problemas, alejado de ella. Era lo menos que podía hacer por el hijo de ambos. Una vez naciera, lo llevaría a la casa de los padres de Gene, a Elmwood Springs. Cuando les escribió una carta a los Nordstrom, se pusieron locos de contento.

Entonces haría eso: llevaría al niño y, después de unos días, pensaba irse, desaparecer. Y sería como si Marion Chapman nunca hubiese existido.

Su plan consistía en volver a Washington, con su padre, y reanudar su vida de antes. Él estaba viejo y enfermo, y la necesitaba. Ella llevó a su hija a Elmwood Springs, pero lo único que no había planeado, que no había tenido en cuenta, era cuánto querría a aquella niña rubia que tenía los ojos de Gene.

Por más que lo intentó, no pudo irse. Cada día que pasaba, sabía qué era lo que debía hacer, pero no lo hacía. Finalmente escribió a su padre contándole qué había hecho y por qué no podía volver. Aquello la angustió, pero su niña la necesitaba. Los Nordstrom la habían recibido con los brazos abiertos y sin preguntarle nada de su pasado. Lo único que les importaba era que allí estaban la esposa y la hija de Gene. Resultó que la vida de pueblo en el campo era tan maravillosa como se la había descrito Gene. Tenía su empleo en el almacén de los hermanos Morgan y disfrutaba viendo cómo crecía su hija con tanta felicidad. Dena acababa de celebrar su cuarto cumpleaños de edad cuando, súbitamente, a su madre el mundo se le vino abajo una vez más.

Cinco días después de la fiesta de Dena, Theo llegó a Elmwood Springs y fue a buscarla a la casa. Al principio ella se enfadó con él por aparecer así, sin previo aviso, pero luego Theo le mostró la columna que había escrito Ida Baily Chambless sobre ella, en la que decía que quería conocer su paradero. No aguantó más y le confesó que la había matado y que tal vez lo buscara la policía. Cuando Marion oyó aquello, la horrorizó pensar que la policía pudiera seguirlo hasta la casa. Él le suplicó que lo escondiera, que le permitiera quedarse, pero ella se negó y lo echó. Aunque lo quería mucho, su prioridad era pensar en Dena. No podía dejar que los Nordstrom fueran objeto de una investigación por homicidio, descubrieran su verdadera identidad y supieran que les había mentado desde el principio. Imploró a Theo que no se le acercara, pero lo vio en tal estado que temió que volviese.

Al día siguiente, se fue con Dena de Elmwood Springs. Tenían que alejarse de Theo lo más posible. Pero ¿adónde huir? No podía irse del país. En su pasaporte austríaco figuraba su verdadero nombre, Marguerite Le Guardé, y no podía conseguir uno nuevo a nombre de Marion Chapman. No existía nadie que se llamara así. No tenía ningún documento que pudiera usar a modo de identificación, y no quería que Dena tuviera conexión alguna con el apellido Le Guardé. Estaba atrapada en sus propias mentiras. Así fue como ella y Dena comenzaron a mudarse de un lugar a otro para que Theo no las encontrara, pero no fue fácil. Una vez tras otra, daba con ellas. Cada vez estaba más desesperado y necesitaba sumas más grandes de dinero, y cada

vez ella le aseguraba que no lo ayudaría nunca más, pero volvía a hacerlo. Y, aunque estuviera muy asustada, le partía el alma echarlo. Él era lo único que tenía después de la muerte de su padre. No pasaba un solo día en que no pensara en él, y la carcomía la culpa. Pero era demasiado tarde para deshacer el pasado. Tenía que pensar en Dena. Había hecho todo lo que podía para protegerla, incluso darles la espalda a su hermano y a su padre. Había vuelto a hacerse llamar Chapman en lugar de Nordstrom en el trabajo, de modo que, si llegara a haber problemas, ella y Dena tuvieran apellidos distintos. Destruyó todas las fotos de Gene y de ella y quemó su licencia de matrimonio.

Durante los años que siguieron, vivió acosada por el miedo de que algún día arrestaran a su hermano. Había imaginado aquella horrible escena una y otra vez. Atraparían a Theo, y saldrían a la luz todos los detalles del crimen y de su familia. A ella le seguirían el rastro y la encontrarían, difundirían su foto en todos los periódicos, y el escándalo las perseguiría a ella y a Dena durante el resto de sus días. No podía confiárselo a nadie, ni a su única amiga, Christine; ni siquiera a su propia hija. Vivía aislada en su mundo, y aquello comenzó a traer consecuencias.

Como no podía fiarse de nadie ni hablar con nadie, sus temores empeoraron a medida que pasaban los años. Las muestras de amistad simples e ingenuas por parte de sus compañeros de trabajo o cualquier intento que hiciera alguien de acercársele comenzaron a asustarla. No quería que nadie tuviese demasiada información, por si la policía estaba buscando a su hermano. La extenuaba cubrirse las espaldas permanentemente para protegerse de peligros que en realidad no existían.

A su hermano, Theo, no le iba mejor. Se pasó los diez años siguientes huyendo de una policía imaginaria por todo el mundo. En todos lados veía agentes al acecho entre las sombras, a la espera del momento de caerle encima. En 1953, con dinero que le dio su hermana, se las arregló para pasar al Canadá y subirse a hurtadillas a un vapor con destino a América del Sur, y tras dos años más, logró trabajar y reunir el dinero suficiente para volver a Viena, donde se quedó a vivir, oculto en un sótano húmedo situado en un barrio venido a menos.

Aunque ninguno de los dos hermanos tenía forma de enterarse, la policía de Washington había cerrado la investigación por el homicidio de la señora Ida Baily Chambless dos meses después del crimen. A los policías no les resultaba particularmente interesante. Consideraban que aquellas personas siempre se mataban entre ellas, y siempre y cuando no molestaran a nadie de raza blanca, a los policías les importaba un bledo. Algunos informes habían registrado la presencia de un hombre blanco en el barrio la noche del crimen, pero la policía los tomó como un rumor. Ningún blanco en su sano juicio daría vueltas por aquella zona a aquellas horas, a menos que buscara una sola cosa. Y, una vez que los policías vieron el cadáver, supieron de inmediato que la mujer no habría atraído a ningún hombre, ni blanco ni negro, para eso. Uno de los policías comentó a su compañero:

—Esta mujer es tan fea que me sorprende que no la hayan matado antes.

## Viena, ciudad de mis sueños

*Chicago, Illinois  
Diciembre de 1959*

Últimamente Marion Chapman estaba más asustadiza y alterada que nunca. La llamada telefónica que había recibido unos días antes de parte de una desconocida que quería publicar la foto de Dena en la tapa de la revista Seventeen la había conmocionado tanto que le costaba hacer los preparativos para la Navidad de Dena. Faltaba sólo una semana, pero la seguían atormentando las mismas preguntas: ¿Cuál era la verdadera razón por la que aquella mujer quería publicar la foto de Dena en una revista? ¿Y por qué había mencionado un póster de la madre y la hija juntas? ¿Acaso alguien intentaba vincularla con su hija? ¿Y por qué la madre superiora le había dado su número de teléfono a aquella mujer? ¿Acaso sabía algo? ¿Le había dicho algo a Dena? Se le ocurrían miles de posibilidades distintas. Estaba tan distraída que tuvo que envolver de nuevo el último regalo de Dena, pese a que era experta en eso. En los últimos días, incluso en el trabajo, hasta las tareas más simples le parecían tan difíciles que apenas podía ejecutarlas.

Había comenzado a guardar la última caja en el armario cuando sonó el teléfono y la sobresaltó. ¿Quién podía llamar a aquella hora de la noche? ¿Aquella mujer, otra vez?

Pero no. Era una llamada de larga distancia, desde Viena. Theo estaba ingresado y agonizaba. El hombre que llamó dijo que Theo había dado el nombre de ella como pariente, y que si quería verlo le convenía ir de inmediato.

Cuando cortó la comunicación, le latía el corazón con tal fuerza que apenas era capaz de pensar. Lo único que sabía era que tenía que verlo. Él la necesitaba, y no había tiempo que perder. Hizo una bolsa rápidamente, salió corriendo bajo la lluvia helada y cogió un taxi al aeropuerto. Por suerte había guardado su pasaporte austríaco. Tras dieciocho horas de insomnio y preocupación, llegó al hospital.

Cuando la llevaron a la sala correspondiente, se alarmó de sólo ver al hombre que le señalaba la enfermera. Al principio no estaba segura de que fuese su hermano. Estaba tan pequeño y viejo, y tenía un rostro tan desencajado que no podía ser Theo.

Pero sí era. Al acercarse, le reconoció las manos y los dedos largos y delicados. Eran la única parte de su cuerpo que no había envejecido y conservaba su belleza. Se le caían las lágrimas mientras permanecía sentada a su lado y apretaba la mano de lo que quedaba de él. Se quedó junto a su hermano durante tres días, hasta que murió.

Ella no sabía con certeza si en algún momento Theo tuvo conciencia de que había estado con él o de quién era la persona que le apretaba la mano, pero al menos no murió solo en una sala de caridad.

Durante aquellos tres días, se sintió impotente, desgastada por completo de pensar

que Theo, precisamente él, que podría haber brindado tanta alegría y belleza al mundo, hubiera terminado así; que hubiese vivido torturado y hubiera tenido que cometer un homicidio por aquella sola gota de sangre. Pobre Theo. Le dolían todos y cada uno de los huesos por el remordimiento de no haberlo ayudado más.

Dos días más tarde, estaba sola, de pie, temblando de frío en un pequeño cementerio de los suburbios de Viena, mirando la diminuta lápida que decía:

**THEODORE KARL LE GUARDE**  
**MÚSICO**  
1916–1959

Había acabado. Ya había hecho todo lo que debía hacer. En aquel momento podía volver a casa a ver a Dena.

Mientras caminaba hacia la salida de cementerio, se levantó un viento súbito y ella creyó oír que caía una ramita de un árbol. Se dio la vuelta para buscarla, pero no vio nada. Había pasado varios días sin dormir y en aquel momento ardía de fiebre, pero a medida que avanzaba comenzó a invadirla un sentimiento raro, casi eufórico, una extraña sensación de alivio, casi como si de repente le hubieran quitado de encima todo el peso y la tensión. Entonces miró hacia arriba y se dio cuenta de que el cielo se había puesto totalmente azul y se había despejado.

Volvió a coger el tranvía y pasó por el jardín botánico que quedaba cerca del parque Schonbrunn, donde los llevaban tantas veces a ella y a Theo cuando eran pequeños. Bajó cerca del hotel, pero en vez de entrar prefirió dar un paseo.

Había estado tan dedicada a Theo que hasta aquel momento no había caído en la cuenta de una cosa: ¡estaba en casa! Súbitamente le pareció que la ciudad entera tenía una luminosidad especial, los colores eran más intensos y los sonidos le llegaban extrañamente amplificadas, como si salieran de una vieja radio o de un fonógrafo.

Caminó hasta el piso donde pasó su infancia, en la Lothringerstrasse. Alzó la vista y recordó los buenos tiempos, la música, la risa. Siguió caminando hasta la Alsarstrasse y pasó por el hospital central, donde habían ejercido como médicos su padre y su abuelo; por el paseo de la Elisabethstrasse, junto al Danubio; por el Café Central, el Café Mozart, y en todos lados oía música. No veía los edificios bombardeados, sino sólo lo que recordaba. Por aquel entonces Viena estaba ocupada por las tropas francesas, inglesas, estadounidenses y rusas, pero ella no se percató de su presencia. Para ella, el aroma del café mezclado con las fragancias dulces y fuertes de los pasteles y del pan caliente no habían cambiado. Cuando subió a la gigantesca noria de sesenta metros de altura y contempló toda la ciudad, sintió que volvía a tener diez años y a ser feliz. Se alegraba mucho de que la guerra no hubiera destruido su hermosa ciudad. Viena estaba prácticamente igual que antes de que ella se fuera.

Caía la tarde cuando volvió al hotel. Al dar la vuelta a la esquina, se detuvo sin poder creer a quién veía. Era su amiga de la infancia, María, que observaba los

juguets de Navidad animados de un escaparate. Le veía la cara claramente bajo las luces parpadeantes. La llamó, corriendo hacia ella.

—¡María! ¡Soy yo, Marguerite!

Los padres de la niña miraron a la mujer que confundía a su hija con una tal María y se dieron cuenta de que no estaba en sus cabales. Se apresuraron a coger a la niña de la mano y se perdieron en medio de la multitud.

Luego entró en el Hotel Sacher, pidió su llave y subió.

Quince minutos más tarde se metió en la bañera llena de agua tibia. A pesar de la fiebre, se sentía muy relajada y al mismo tiempo llena de vida. Otra vez estaba en la ciudad en la que había sido feliz mucho tiempo atrás. Se estiró para abrir la pequeña ventana y escuchó los ruidos de la ciudad. Se oía la voz de una soprano que ensayaba en una de las salas de la Staatsoper de enfrente. Ella sonrió, se recostó y esperó a que la bañera se vaciara por completo.

Por primera vez en muchos años, no tenía miedo. Aquella mañana, frente a la tumba de Theo, se había dado cuenta de que era la última Le Guardé. La única que quedaba. Aquella única, última gota de sangre que corría por sus venas era el nexo que podía vincular a Dena con los Le Guardé. Aquella gotita de sangre era todo lo que quedaba. Cerró los ojos y apretó la hoja de afeitar entre los dedos. Sabía lo que tenía que hacer.

Qué sencillo era. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

¿Dónde estaba la gota?, se preguntó. ¿Estaba al lado izquierdo? ¿Dónde se agazapaba? ¿Se quedaba fija en un lugar o se desplazaba por todo su cuerpo, deslizándose y escondiéndose, resuelta a acecharla año tras año? Se la quitaría de encima de una vez por todas. Primero el lado izquierdo: el tobillo y después la muñeca. Tenía que dejarla escapar. A continuación, el lado derecho. Y ya estaba. Se recostó y esperó. Sintió que la invadía una extraña sensación de tranquilidad a medida que la sangre comenzaba a salir, y se preguntó si sentiría la gota cuando abandonara su cuerpo, tan roja, escurriéndose por la bañera blanquísima, alejándose de ella y perdiéndose por el desagüe. Pronto aquella gota se habría ido. Qué alivio sacársela por fin. Entonces ella y Dena serían libres. Recostada, inspiró el aire frío que acariciaba su cuerpo desnudo, y esperó. Mientras yacía en aquella posición, una débil melodía comenzó a sonarle una y otra vez en la cabeza, como un vals triste... ¿Qué era? Se puso a tararearla suavemente.

¿Qué era? Ah, sí, ya se acordaba. Era un viejo vals. *Viena, ciudad de mis sueños*. Un vals de su infancia. Sí, no tardó en oír la música, que sonaba muy baja al principio y después cada vez más fuerte, tanto que ahogaba los ruidos de la calle y del piano de enfrente, hasta que la envolvió el sonido de toda una orquesta y resonó la letra de tanto tiempo atrás. Sentía que se balanceaba al son de la música. Pero ¿dónde estaba? Abrió los ojos y se fijó... Bailaba con su padre en el salón dorado, bajo las arañas de cristal, y allí estaba su madre, al otro lado, sentada en una sillita dorada, vestida de satén y seda. Lucía piedras relucientes en el cuello y las orejas, y se mecía al ritmo

del vals, sonriéndoles. Marguerite volvía a tener diez años y bailaba con su padre. Levantó la vista para apreciarlo, tan elegante con su esmoquin y sus guantes blancos, tan joven y feliz; y ella, tan orgullosa de ser su pareja de baile, tan contenta de bailar otra vez, que se sintió ligera, libre, mientras daban pasos y vueltas. Él la levantaba cada vez más alto, cada vez más arriba, y al ritmo del vals se elevaban aún más, en giros y remolinos, subiendo como una peonza hasta el cielo; ya bailaban entre las estrellas centelleantes... cada vez más alto hasta que danzando, surcaron el cielo estrellado y se perdieron de vista. La música siguió sonando por unos instantes y luego poco a poco...

Sólo había tratado de librarse de una gota de sangre. Tenía la intención de volver a encontrarse con la niña que en aquel momento la esperaba en el piso de Chicago, y de que vivieran felices. No quería matarse. Simplemente sucedió.



# Unas palabras garabateadas

*Elmwood Springs, Missouri*

1978

Tres semanas después de su viaje a Washington, sonó el teléfono.

—Señorita Nordstrom, soy Richard Look. —Ella cerró los ojos y esperó a que pronunciara la siguiente frase—. Tengo noticias de su madre, y debo decirle que no son buenas.

Ella se sentó y escuchó mientras él le leía el informe.

Look le dijo que se lo enviaría. Tres días más tarde, cuando llegó el sobre enorme y funesto, Dena lo dejó en la mesa de la cocina. No quería abrirlo. La información que contenía era demasiado impresionante, brutal, definitiva. Ella sabía que, una vez que lo abriera y viese los datos plasmados en el documento oficial, tendría que aceptar que eran ciertos.

Su madre se había autodestruido por culpa de una situación que pocos años más tarde no tendría ninguna importancia. Qué injusto era que la vida de una persona pudiera cambiar de una forma tan drástica por una simple cuestión de tiempo. La vida de su madre se había venido abajo por una cosa tan estúpida y variable como los prejuicios de una época. Si su madre hubiera nacido en otro momento de la historia, tal vez no habría vivido tanta desdicha innecesaria. Si todo aquello hubiera ocurrido unos años después, Dena podría haber tenido a su madre junto a ella.

Se levantó y dio una vuelta a la manzana. Su vecina, la pobre Tot, estaba de rodillas en el jardín, trabajando en su plantación de begonias. Tenía puestos unos vaqueros rojos, la camisa de bolos de su marido y un sombrero de paja, y gritó a Dena:

—Oye... ¿No te parece un día hermoso? Creo que tendremos un veranillo de san Martín, ¿no?

Dena no tenía la menor idea de lo que quería decir, pero contestó:

—Sí, estoy de acuerdo con usted.

Cuando volvió, se sentó y abrió el sobre. Dentro había otro con una carta adjunta:

Estimado señor Look:

En referencia a su consulta del 27 de noviembre pasado, hemos obtenido los siguientes datos:

Le Guarde, Theodore: 43 años de edad, motivo de muerte desconocido.  
Cementerio Central, parcela 578

Le Guarde, Marguerite Louise, 39 años de edad, motivo de muerte,

aparente suicidio por cortaduras múltiples con hoja de afeitar, Hotel Sacher.

Lamento informarle de que, después de una investigación exhaustiva, no se ha podido localizar el paradero de los restos de Marguerite Le Guardé. En la fecha de su deceso se hizo el intento de encontrar a sus parientes, pero dado que nadie se presentó, se respetó la política de incinerarla y, muy probablemente, enterrarla en alguna de las diversas tumbas municipales. Lamento que nuestra investigación no haya podido proporcionarle resultados más gratificantes.

Dado que la consulta fue hecha en nombre de un familiar de la fallecida, adjuntamos algunos efectos personales que no habían sido reclamados hasta el momento.

No dude en llamarme si puedo serle útil.

Atentamente,

Dieter Kleim  
Dirección de Archivos Forenses  
Viena, Austria

El sobre estaba lacrado con un sello rojo. Dena respiró hondo y lo rompió. Contenía el pasaporte de su madre. Debajo de la foto decía: «Marguerite Le Guardé. Lugar de nacimiento: Viena, Austria. Año de nacimiento, 1920». También había un pasaje de tren, unos doscientos dólares estadounidenses y algunos billetes en moneda extranjera, unos recibos y un papel doblado con el membrete del Hotel Sacher. Dena lo abrió y leyó la nota que su madre había escrito de prisa para ella misma: «Pagar cuenta del hospital... Llamar a Dena... Decirle que espere en el piso». Volver a ver la letra de su madre después de tantos años y darse cuenta de que planeaba volver la conmovió. Deseó poder decirle que no importaba nada, decirle cuánto la quería y la necesitaba. Pero no podía. Sólo podía quedarse sentada llorando mientras la gata afligida por verla afligida a ella, no dejaba de frotarse contra su cuerpo.

# LIBRO CUARTO

## Debilidad por la gente

*Elmwood Springs, Missouri*

1978

La doctora Diggers aconsejó a Dena que se tomase todo el tiempo posible antes de llegar a ninguna decisión importante, ya que le convenía reflexionar mucho antes de pasar a la acción.

Una vez que se enteró de lo de su madre, lo puso en práctica. Tenía muchas cosas en las que pensar. Estaba triste, pero más que nada sentía que ya no era la misma de sólo unas semanas antes. Se dio cuenta de que en realidad no sabía mucho de la vida. Todo lo que antes daba por seguro ya no lo era. Todo lo que antes consideraba importante ya no importaba.

Un día estaba paseando con la tía Elnor por el jardín trasero de la viejecita, que al pasar iba regando sus tomateras.

—Tía Elnor —quiso saber Dena—, ¿te gusta la gente?

—Muchísimo, sí, mi vida, claro que me gusta. —Giró la cabeza hacia la izquierda—. Ahora que lo pienso, supongo que hasta podría decirse que las personas son mis mascotas. Me vuelven loca de contenta. Para mí no hay nada más bonito que un grupo de los *scouts* más pequeños, o que una mesa llena de vejetes. Antes les pedía a Norma y Macky que me llevaran al salón de té de la señora Alma para sentarme a mirar cómo iban a cenar los tempraneros. —La tía Elnor, siguiendo la hilera de plantas, miró al cielo, que estaba poniéndose ligeramente gris hacia el oeste—. Fíjate qué cosa: cuando me pongo a regar, llueve. Como te decía, iba al salón de Alma a escuchar cómo conversaban. Qué majos. —Rió quedamente—. Y ahora estoy muy vieja y la señora Alma ya no está; cerró... Es cierto que en Howard Johnson tienen un especial para tempraneros... Pero sí, me gustan las personas.

»A decir verdad, la mayoría me da lástima. A veces me sentaría y me pondría a llorar hasta más no poder... Pobrecitos los humanos... los lanzan al mundo violentamente y no saben de dónde vienen, ni qué se espera que hagan, ni en cuánto tiempo deben hacerlo. Ni adónde irán a parar después. Pero benditos sean; la mayoría se despierta cada día y sigue intentando encontrarle un sentido a las cosas. Es imposible no quererlos, ¿verdad? Lo que no entiendo es por qué son tan pocos los que se vuelven locos de remate.

—¿Crees en Dios, tía Elnor?

—Por supuesto, mi vida. ¿Por qué?

—¿Cuántos años tenías cuando empezaste a creer? ¿Te acuerdas?

La tía Elnor contestó después de una pausa:

—Nunca he pensado en no creer. Nunca lo he puesto en duda. Supongo que creer es como las matemáticas, al algunos les salen como por un tubo y a otros les dan

trabajo. —La tía Elnor descubrió algo y, mientras metía las manos lentamente en el delantal, dijo—: Espera un momento, querida. No te muevas. —Sacó una pistola de agua de plástico verde y apuntó al gato, *Sonny*, precisamente cuando estaba a punto de abalanzarse sobre un gran tordo que, distraído, comía alpiste. El chorro de agua le dio a *Sonny* en la nuca y el gato salió disparado—. No me gusta hacer esto, pero es lo único que funciona. No soporto verlo cazar uno de mis pájaros. —Volvió a guardar la pistola de agua en el delantal—. Tiene un alcance de veinte metros. Me la compró Norma en la Rexall. Sí, ya sé que a muchas personas les da trabajo saber si realmente existe Dios. Se ponen a pensar y se preocupan durante toda la vida. El Señor tuvo que crear personas inteligentes, pero no creo que con ello les haya hecho ningún favor, porque parece que los inteligentes empiezan a cuestionar las cosas de entrada. Pero yo no. Yo tuve suerte. Agradezco a Dios todas las noches porque tengo el cerebro justo, no soy ni muy tonta ni un genio. Tu padre siempre hacía preguntas.

—Ah, ¿sí?

—Recuerdo que un día me preguntó:

»—Tía Elnor, ¿cómo es que sabes que existe Dios? ¿Cómo estás tan segura?

—¿Y qué le dijiste?

—Le contesté:

»—Bueno, Gene, la respuesta está en las yemas de tus dedos.

»—Me preguntó:

»—¿Qué quieres decir?

»—Y le respondí:

»—Bueno, piensa una cosa. Cada ser humano que nació desde que el mundo es mundo tiene huellas digitales completamente distintas. No hay dos iguales. NI una sola de los miles de millones se repite jamás. ¿Quién si no Dios, puede concebir esos modelos distintos y seguir inventando otros nuevos año tras año, por no hablar de las combinaciones de colores de todos los peces y los pájaros?

Dena sonrió.

—¿Y él qué te dijo?

—Dijo:

»—Sí, tía Elnor, pero ¿cómo sabes que Dios no repite las huellas digitales antiguas y nos las vuelve a poner a nosotros?

Rió.

—¿Ves lo que te digo? Sí, no cabe duda de que Dios es grande. Cometió un solo error, pero fue muy grave.

—¿Cuál fue?

—El libre albedrío. Fue su gran equivocación. Nos dio la opción a ser buenos o malos. Nos hizo demasiado independientes... y no se les puede decir a las personas qué tienen que hacer, porque no prestan atención. Se les puede decir hasta el hartazgo que sean buenos, pero a la gente no le gusta que la sermoneen, salvo en la iglesia, donde sabe lo que va a oír y va preparada para eso.

—¿Qué es la vida, tía Elnor? ¿Nunca te pones a pensar para qué es todo esto?

—No, la verdad es que no. Me parece que tomamos una sola decisión importante en la vida: si seremos buenos o malos. A esta conclusión llegué hace mucho. Claro que tal vez me equivoque, pero no pienso perder el tiempo en preocuparme por eso; pienso divertirme mientras siga aquí. Vivir y dejar vivir. —*Sonny* comenzó a desplazarse otra vez milímetro a milímetro hacia el gran tordo, y la tía Elnor sacó el arma y apuntó—. *Sonny*, un paso más y estás muerto.

Dena no pudo por menos que reír.

# La decisión

*Elmwood Springs, Missouri*

1978

Los abogados de la cadena de televisión habían notificado a Sandy que, a menos que Dena volviera en una semana, le rescindirían el contrato y la reemplazarían. Aquél era el día en que tenía que tomar la decisión, y no le resultó tan difícil como había creído. En realidad, la decisión ya estaba tomada. A fin de cuentas, Dena no tenía opción.

Sandy, su representante, esperaba la llamada en su despacho.

—Sandy, no puedo.

—¿Estás segura? Sabes qué significa esto. Piénsalo bien.

—Ya lo sé y ya lo he pensado. Lo que pasa es que no podría volver, aunque quisiera. Ya no serviría para ese trabajo.

—¿Cómo que no servirías? Eres la mejor de la profesión. Puedes volver a la cima en cuestión de semanas. No has perdido tanto tiempo.

—No, pero he perdido otra cosa. Ya no tengo el mismo impulso de antes. Sé demasiadas cosas, Sandy. Cuando uno vive la otra cara de este asunto y sabe lo que se siente, no puede volver nunca más. —Dena inspiró profundamente—. Antes, podía hacer mi trabajo, seguir adelante y no pensar en las consecuencias. Pero ya no, sería demasiado lenta, vacilaría, pensaría demasiado. Más allá de lo que hubiera hecho el entrevistado, lo trataría con demasiada clemencia. No podría hacer las preguntas que es necesario que haga sin considerar el daño que podría estar ocasionando.

—¿Qué harás?

—No sé. Quitarme de en medio, supongo, y sentarme un rato.

—¿Y tu piso?

—Lo dejaré.

—¿Dónde vivirás?

—Aquí.

—¿En Dagwood Springs?

—Elmwood Springs, sí.

Sandy colgó y suspiró. Era una pena; la echaría de menos. En la televisión la echarían de menos. Por un tiempo, tal vez una semana, hasta que una de las cientos de nuevas chicas rubias y parecidas a Dena ocupara su espacio, y entonces todo sería como si ella nunca hubiese existido.

Un mes más tarde, el día en que cumplía treinta y cinco años, Norma la llamó por teléfono por la mañana.

—Dena, ¿ya has salido hoy?

—No, ¿por qué?

—Tienes que salir... y mirar para arriba.

—¿Por qué?

—Lo único que puedo decirte es que te asomes.

Dena se puso un jersey y se dirigió al jardín. Alzó la vista y alcanzó a ver un inmenso dirigible gris con un luminoso que formaba la misma frase una y otra vez en letras doradas: «FELIZ CUMPLEAÑOS... LO ERES TODO PARA MÍ. UN BESO. GERRY».

No pudo sino esbozar una sonrisa. Le vino a la mente la mirada de Gerry cuando cantó en su honor en el Carnegie Hall, y sintió ternura. Entró y lo llamó.

—Gerry, recibí tu mensaje. Ahí va el mío: estás loco. ¿Lo sabías?

—No es exactamente el término clínico que usaría, pero es acertado. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Escucha, Gerry: ¿por qué no vienes de visita, tal vez un fin de semana? ¿Puedes?

—¿Cuándo?

—Ven este fin de semana.

—Vale. ¿Hay algún hotel allí?

—Puedes quedarte aquí. Tengo cuatro dormitorios.

Se hizo un silencio breve, y enseguida contestó:

—Perfecto.

Lo consideraba un buen amigo. Hablaban por teléfono con frecuencia desde que ella se enteró del pasado de su madre, y él la había apoyado, tal como prometió. Le gustaba la idea de verlo. De hecho, a medida que se acercaba el fin de semana, se moría de ganas de que llegase. Cuando caía la tarde del viernes, él apareció en el porche de Dena con su bolsa. Justo en el momento en que iba a tocar el timbre, se abrió la puerta, una mano lo cogió de la corbata y lo hizo entrar de un tirón, y Dena lo rodeó con los brazos y lo besó. Y ella misma se sorprendió, porque sintió que eran el uno para el otro. Era como si hiciera años que estuvieran besándose. Dena no sabía si el motivo era que había estado sola durante mucho tiempo, pero le pareció apuesto. Mucho más de lo que recordaba.

Pasó un buen rato hasta que se dio cuenta de que, si se invita a alguien, hay que servirle algo de comer, así que para la cena preparó el único plato que sabía cocinar: raviolis de lata precalentados, y Gerry le aseguró que estaban deliciosos. Después de la cena, salieron a sentarse en el porche y charlaron hasta la una y media de la mañana. Cuando se prepararon para ir a dormir, él le dijo:

—Quiero aclararte que estoy dispuesto a dormir en la habitación trasera, como un caballero. ¿De acuerdo?

Ella se sintió aliviada en cierto sentido, porque de repente se había puesto un poco nerviosa. Se dieron las buenas noches.



Al cabo de veinte minutos, lo llamó:

—¿Gerry?

—¿Sí?

—Creo que sería bueno que entraras y durmieras conmigo. No haremos nada; sólo dormir juntos. ¿Te parece? —Gerry recorrió el pasillo con su almohada en la mano, y apareció con un pijama infantil, de pies a cabeza, ceñido y de color azul. En cuanto lo vio, Dena soltó una carcajada—. Qué ridículo... ¿De dónde lo sacaste?

—Me lo mandó Elizabeth Diggers al consultorio, el jueves. —Desfiló como un modelo y le preguntó—: ¿Te gusta? ¿Estás segura de que puedes estar tranquila al lado de un tipo como yo?

—Eres el hombre más bobo que he visto en mi vida. Métete en la cama.

Gerry se quitó las gafas y las puso en la mesilla de noche, después se acostó en su lado de la cama, se acomodó y sintió el cuerpo de Dena junto al suyo. Y se sintió tan aliviado de encontrarse por fin donde hacía tanto tiempo que quería estar, que se relajó completamente por primera vez desde que había recibido la llamada de Dena, y se quedó profundamente dormido. A las siete de la mañana siguiente, Dena se despertó y lo vio dormido a su lado como un niño, con aquel pijama azul, y cuando se dieron cuenta estaban haciendo el amor. Y por tratarse de la primera vez que lo hacían, fue sorprendente. No se imaginaba que él fuese tan apasionado ni que ella misma pudiera sentirse totalmente desinhibida. Hacía años que no se acostaba con alguien estando completamente sobria. Era una nueva experiencia, y le gustó. Por su parte, Gerry, que hacía muchísimo que esperaba aquellos momentos, estaba absolutamente deslumbrado. Hacer el amor con Dena era aún mejor de lo que había imaginado, lo cual ya era mucho decir. Dena se quedó dormida otra vez, pero él estaba demasiado agitado para dormir. Bajó al vestíbulo, se duchó, se afeitó, se vistió y volvió a subir. Como ella seguía durmiendo, pasó por delante de la puerta de puntillas, salió al porche y decidió ir a dar un paseo hasta que ella se despertase.

Eran las nueve y media, y Gerry entró en la farmacia Rexall, tomó un café sentado en la barra y luego anduvo por la calle principal. Cuando volvió, ella seguía durmiendo, así que se sentó en la sala a esperar. Sin embargo, después de unos cinco minutos, no aguantó más. Entró en el dormitorio, se sentó en una silla y se puso a mirarla, todavía asombrado de que fuese ella, y de que él estuviese realmente allí. Dena abrió los ojos y lo vio allí sentado y vestido.

—Oye... ¿Cuánto hace que estás levantado?

—Más o menos una hora —contestó él acercándose y sentándose en la cama—. Fui a caminar al centro.

—¿En serio?

—Es un pueblo magnífico, ¿lo sabías?

Y, mientras él se explayaba acerca de lo magnífico que era el pueblo, ella no dejaba de mirarlo, hasta que lo interrumpió:

—¿Sabes a quién me recuerdas?

—No. ¿A quién?

—Estuve tratando de darme cuenta de desde anoche, cuando viniste con ese pijama tan ridículo. Me recuerdas al pequeño Donald, un muñeco que tenía, un gran muñeco con forma de niño.

—No sé si tomarlo como un cumplido o no.

—Pues es un cumplido. Dormí con él durante años y años.

—¿Hay algo que deba saber acerca de ti y ese muñeco?

—No, bobo. Aquello fue en los años cuarenta... Además, no era anatómicamente perfecto.

—Uf, gracias a Dios. Al menos no tengo que competir con el pequeño Donald.

—No —le aseguró ella—. Ya has ganado, sin lugar a dudas.

Él se inclinó y le dio un beso largo, suave y tierno, y a Dena, a la que nunca le gustaba que la besaran por la mañana, le gustó.

Gerry volvió el fin de semana siguiente, y Dena, aunque no sabía qué sentía por él, se alegró de verlo. Esta vez Gerry paró en el camino, hizo las compras y cocinó. Le dijo que esperara en el cuarto de estar y se sentase a la mesa cuando él la llamara. Gerry puso la mesa, cosa que a ella nunca le salía bien, porque no recordaba a qué lado iba cada cosa, pero lo que más la impresionó fue la ensalada. Gerry preparó una ensalada natural. El plato principal era pollo al horno en salsa cremosa, judías verdes y patatas, y tarta de queso que había comprado en el avión de Nueva York. Entre un bocado y otro, Dena exclamó:

—¡Qué delicia! ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

—No quería decírtelo, pero tuve un romance con la famosa cocinera Julia Child.

—Te hablo en serio.

—No sé; fui sacando cosas de todos lados. No es tan difícil. Sólo hay que seguir la receta.

—Yo no sé cocinar. Siempre comíamos fuera.

—No sé cómo podrías cocinar en esa cocina, no tienes utensilios. Tenemos que salir a comprar algunas cosas.

—¿Como qué?

—Ah, pues ollas, sartenes, cubiertos, un abrelatas y cosas por el estilo.

—Ah.

—Me preocupa que no comas bien. Necesitas comida fresca, y no todos esos alimentos congelados que tienes en la nevera.

—Dice «congelado fresco».

—Dena...

—Voy a comer en casa de Norma dos o tres veces por semana, así que supongo...

—No. Tienes que tomarte el tiempo de preparar algo sano todos los días. ¿Comes fruta fresca? —Dena hizo una mueca de desagrado—. Bueno, necesitas comer fruta y verdura todos los días. Tienes que comenzar a recuperarte.

—Me pregunto cuándo desplegarás un cuadro de los grupos básicos de alimentos

y me darás una conferencia con un puntero.

A la mañana siguiente, Gerry entró en la ferretería. Macky lo reconoció de inmediato, pero esperó a que se acercara. Gerry fue hasta el mostrador y le habló:

—¿Señor Warren?

—Sí, señor.

—Señor Warren, soy Gerry O'Malley. No sé si me recuerda.

—Ah, sí. ¿Cómo está?

Como si fuese fácil olvidarse de aquel hombre vestido con calzas rosas y sombrero de pluma que se le apareció en el jardín.

Gerry se acomodó las gafas.

—A decir verdad, tenía la vaga esperanza de que no me recordara.

—Oiga, no se preocupe, compañero —le dijo Macky, sonriendo—. Todo vale en el guerra y en el amor, ¿verdad? ¿En qué puedo ayudarlo?

Entonces a Gerry lo asaltó un pensamiento: iba a comprar ollas, sartenes, utensilios de cocina y un termómetro para carnes, y el hombre lo tomaría por chiflado. Pero Macky no hizo ningún comentario, sino que lo ayudó a elegir todo lo que necesitaba, y se divirtió mucho viendo que Gerry se esforzaba por hacerse el viril mientras buscaban agarradores, una espátula y un robot de cocina. Incluso mantuvieron un diálogo muy largo acerca de las ventajas y las desventajas de la sartén antiadherente comparada con la de hierro. Al final, compró las dos.

Una vez que Gerry seleccionó todo lo que necesitaba y Macky hizo la cuenta, Gerry miró el total y preguntó en tono serio:

—¿No le debo nada más? Me llevo un montón de cosas.

—Sí, está bien, con el descuento. Y además incluyo algunos regalos de parte mía y de Norma. Tenemos que equiparla bien.

—Bueno, gracias. —Mientras Macky guardaba las compras en bolsas, Gerry dio unas vueltas más y volvió al mostrador—. Veo que tiene una buena colección de anzuelos y moscas para pesca. ¿Se pesca bien por aquí?

A Macky se le levantaron las orejas.

—Ni se imagina. Hay uno de los mejores lugares del país para pescar con mosca, a menos de una hora de aquí. El mes pasado saqué un pez de cinco kilos.

—¡Anda! ¿Con qué?

—Con un cebo artificial giratorio mediano.

—No me diga.

—Pues sí. —Se acercó de inmediato, como una mosca a la miel—. Oiga, si quiere dar una vuelta por allí algún día, lo llevaré con mucho gusto.

—Fantástico. Acepto la invitación.

Aquella tarde, Gerry se puso a recorrer la casa otra vez. Dena entró en el cuarto de trabajo y lo vio dando golpecitos en las paredes. Él comentó:

—Mira, esto es pino de Georgia. Y estos suelos son de roble. Esta casa es sólida como una fortaleza, ¿sabías? Ya no las construyen así. Es una casa excelente. He

subido a la buhardilla, y no hay ni asomo de humedad.

Dena se sintió satisfecha. Al parecer, a él le gustaba la casa tanto como a ella.

—Me gustaría saber cuántos años tiene —dijo:

—Yo diría, por los picaportes y por las ventanas, que se construyó a principios de los años veinte —sugirió él, examinando las puertas del cuarto—. Creo que en algún momento esto fue un salón. ¿No te encantaría saber quiénes vivieron aquí y todo lo que pasó en esta casa?

—La mujer que me la alquila vivía aquí, y su madre tenía un programa de radio en el cuarto de estar.

—¿Eso te dijo? ¿Un programa de radio?

—Sí, y en el jardín trasero había una torre de radio enorme.

—Increíble.

—Estoy pensando en comprarla.

—¿En serio? Bueno, es una casa excelente.

El fin de semana siguiente, Gerry los invitó a todos a cenar a la Casa de las Crepes. Mientras iban en coche, Norma comentó desde el asiento trasero:

—Me gustaría decirle que para mí es la primera vez. Nunca había conocido a ningún psiquiatra, y mucho menos comido crepes con él.

—Ah, ¿sí? —preguntó Gerry mirándola por el espejo retrovisor.

—Sí. En Elmwood Springs nunca hemos tenido psiquiatra. No porque no lo necesitemos, pero es que, aunque hubiera un psiquiatra, no iría a consultarlo nadie.

—¿Y por qué?

—Porque todo el mundo conoce los coches de los demás. Nadie se atrevería a aparcar delante del consultorio.

La tía Elner viajaba en el asiento delantero, con el bolso en el regazo y contenta por la excursión. Salió en defensa de Elmwood Springs:

—Una vez tuvimos una loca, Mabel Basset, tan loca como cualquiera. ¿No recuerdas, Norma, que siempre estaba espantando moscas imaginarias? Se la llevaron al manicomio, pero no creo que estuviera loca en serio; creo que sólo estaba cansada. Tenía siete hijos. —Y, dirigiéndose a Gerry, añadió—: No me cabe duda de que usted en su trabajo habrá conocido a muchísimas personas locas, ¿verdad?

Dena tenía los ojos cerrados y se mordía el labio.

Macky intervino:

—Me parece que acaba de conocer a un par.

—No le hagan caso —dijo Norma—. Y, si entre nosotros hay algún loco, es por culpa de él.

El día de Nochebuena, Gerry volvió a Elmwood Springs y ayudó a Dena a decorar la casa con todos los viejos adornos de Navidad que encontraron en la buhardilla y en el baúl de cedro. Por la noche, después de beber una copa de licor de huevo, fueron a la iglesia para asistir a la ceremonia de medianoche.

Macky, Norma y la tía Elner les habían guardado asientos. La tía Elner tenía

puesto un broche de Rudolph, el reno de nariz roja, que le había regalado su amiga Merle. Más tarde, mientras volvían caminando, comentaron que era una Nochebuena fría y perfecta. Parecía que alguien hubiera dado brillo a las estrellas, de tanto que brillaban. Cuando doblaron la esquina de la Primera Avenida Norte, vieron a una manzana de distancia, las velas azules que iluminaban las ventanas, y a Dena la casa le pareció idéntica a una divertida película de Disney.

Antes de ir a dormir, Dena volvió al cuarto de estar para apagar todas las luces de Navidad. Pero cuando se quedó mirándolas, le gustó tanto cómo brillaban y burbujaban en la oscuridad que decidió dejarlas encendidas toda la noche.

El lunes siguiente, después de que Gerry volvió a Nueva York, Norma llamó a Dena.

—Bueno, no diré nada porque no es asunto mío, pero si me preguntas, parece muy buena persona. Y es lo único que voy a decir al respecto...

Pero por supuesto no fue así.

*Seis meses más tarde*

## **Parque de caravanas Blue Skies**

*Arden, Missouri  
22 de junio de 1979*

Ralph Childress había ido a la oficina a recoger las cartas y estaba sentado en su cuarto de estar, revisándolas. Como siempre, la mayoría eran cuentas, pero vio una carta escrita a mano dirigida personalmente a él, en un sobre con membrete del Hotel Halekulani, de la playa de Waikiki. Y pensó: «¿A quién diablos conozco yo que pueda haberse ido hasta Hawai?».

Nota al agente Ralph Childress:

Tal y como le prometí, aquí está la información actualizada sobre la situación del trovador del siglo xv que usted detuvo en la Interestatal 24 de Missouri el 14 de febrero de 1976.

Me complace comunicarle que la mujer en cuestión y yo nos casamos hace una semana y en este momento estamos disfrutando de una maravillosa luna de miel.

Una historia con final feliz.

Con afecto,

Gerry O'Malley

El agente Childress rió.

—Bueno, que me parta un rayo. Al final, el tipo la conquistó. Un tonto más en el mundo.

Edna Childress entró en el cuarto de estar con un perro chihuahua en una mano y la revista *TV Guide* en la otra.

—¿Me arreglarás la antena o tendré que contratar a alguien por mi cuenta? Vas a hacerme perder la telenovela.

Él guardó la carta en el sobre.

—Bueno, está bien, baja esos humos, mujer. Ahora voy. ¿No puede uno sentarse a leer sus cartas sin que lo atormenten?

Abrió el armario, sacó unos alicates y se dirigió a la puerta.

—Si lo hubieras hecho cuando te lo pedí en vez de esperar tanto, no necesitaría fastidiarte. ¿Alguna vez se te ocurrió?

Él se alejó mascullando:

—Sí, se me ocurrió.

Ella encendió el televisor y se acercó a la ventana para poder avisarle con un grito cuando se viera bien. Le desagradaba fastidiar al pobre Ralph, que era un buen hombre. Pero aquel día no podía perderse la telenovela, porque en aquel capítulo Faren saldría de la amnesia y recordaría quién era en realidad.

# La sorpresa de Gerry

*Elmwood Springs, Missouri*

1984

Estimado doctor O'Malley:

He hablado del tema con mi hermano Robert y convinimos en vender la propiedad al precio que usted propuso. Si bien siempre cuesta deshacerse de la casa materna, sabemos que a nuestros padres les complacería saber que usted y su esposa están, como dice usted, «enamorados» de la casa y que sienten lo mismo que nuestra familia. Entiendo que esta adquisición será una sorpresa para su esposa con ocasión de su quinto aniversario de matrimonio, por lo que trataré directamente con Beverly tal y como usted solicitó. Les deseo que tengan tantos años de felicidad como mis padres cuando vivían allí, en la Primera Avenida Norte, 348

Afectuosamente,

Anna Lee Horton  
Tucson, Arizona

Con copia a: Robert Smith  
Beverly Cartwright



## Y así...

*Elmwood Springs*

*Junio de 1979*

A los treinta y cinco años, Dena Nordstrom, que pensó que nunca podría sentir amor por nada, se había enamorado de una casa, de un pueblo y de un psiquiatra. Y ella resultó más sorprendida que nadie. A excepción, tal vez, de Sookie.

Cuando Dena le contó las novedades, Sookie gritó al otro lado del hilo:

—¡Vas a casarte! Lo sabía; te lo dije. ¿No te lo dije? ¡Hurra y aleluya! Ya he elegido mi vestido y lo tengo a punto. Es de color melocotón. Y a las niñas podemos ponerles conjuntos que combinen. Serán unas princesas cuando entren en la iglesia. Claro que mamá tendrá que ir también; ya lo sabes. Buck nos llevará en avión. Ay, Dena... ¿por qué no vienes a casarte aquí? Al menos déjame organizarte una despedida de soltera. Te harán regalos de los mejores... nada de alpaca y cosas así. Espera un momento. ¿Con quién te casas?

—Con Gerry O'Malley.

—¡El psiquiatra neoyorquino! ¡Madre mía!

—Sí, el mismo —dijo Dena, riendo—. Pero la buena noticia es que su madre nació en Virginia.

—Virginia... —repitió Sookie, con un tono levemente esperanzado—. Bueno, es un estado limítrofe, pero... ¿quién era antes de casarse?

—¿A qué te refieres?

—¿Cuál era su apellido de soltera?

—Espera. Gerry, ¿cuál era el apellido de soltera de tu madre?

—Longstreet. ¿Por qué?

Sookie se quedó sin aliento.

—Dena, escúchame. Esto es muy importante. ¿Está él ahí, a tu lado?

—Sí.

—¿Te oye?

—No.

—Procura no marearlo, pero pregúntale si eran los Longstreet algodóneros o los Longstreet madereros.

—Gerry, ¿eran lo Longstreet algodóneros o los Longstreet madereros?

—Los algodóneros. ¿Por qué?

—Dice que los algodóneros.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Sookie.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó Dena.

—Te casas con un descendiente directo del general James P. Longstreet; ahí es nada.

—¿Y quién es?

—¿Que quién es? Es uno de los generales más famosos de la Confederación. Espera a que se lo cuente a mamá. ¡No me digas que no soy amiga personal de Jesucristo!

Mientras tanto, en Nueva York, tal como había predicho Sandy, la cadena de televisión seguía adelante sin ella. Habían contratado a otra rubia guapa. Y también Producciones Wall-Cap había contratado a otra rubia atractiva para que condujera su primer programa, que marchaba viento en popa con unos índices de audiencia altísimos. Evidentemente, el público estaba dispuesto a ver un programa de «noticias» sensacionalista. Y no tardaron en surgir por todas partes otros programas que lo imitaban, hasta que el telediario habitual llegó a parecer tan aburrido como había sugerido Sidney Capello. Vender material periodístico estaba resultando una mina de oro.

De cuando en cuando, Dena se preguntaba dónde estaría Capello, y la realidad era que en aquel momento Capello no estaba en ningún lado.

Aquel otoño llovió en Nueva York durante cinco días seguidos.

Los servicios municipales no daban abasto, cuidando de que las cloacas de la ciudad estuvieran libres de porquería y no se obstruyeran. Mike Mecelli estaba exhausto. Hacía tres días con sus noches que ni él ni su equipo pegaban ojo. Cuando el camión llegó al cruce de la calle 48 con la Novena Avenida eran las cuatro de la mañana. Mike se puso el impermeable amarillo, bajó del camión y localizó la tapa de hierro de la alcantarilla de la calle 48; la levantó y la hizo a un lado.

Sacó la linterna, la encendió y vio que el agua corría como un torrente. Parecía circular sin ningún problema, pero el caudal era abundante y tenían que revisar la cloaca para estar seguros. Volvió al camión un instante para avisar al resto del equipo, que estaba en la cabina del gran camión, y en aquel momento, Capello, que había estado trabajando hasta tarde preparando una nota acerca del hijo natural de un actor de cine, salió de la oficina, se dispuso a cruzar la calle, cayó por el agujero y se hundió en el agua helada y torrencial. Antes de que pudiera darse cuenta de lo ocurrido, salió propulsado a noventa kilómetros por hora por debajo de Manhattan. Capello gritó, pero la tormenta y el bramido del agua hacían tanto ruido que nadie lo oyó. La corriente lo arrastró hasta el río Hudson, que lo llevó a Nueva Jersey, donde se encontró su cadáver tres días después.

Su entierro fue muy concurrido, pese a tratarse de un hombre tan odiado como él. Pero como dijeron unos cuantos, incluido Ira Wallace:

—Sólo vinieron para confirmar que era verdad que el muy cretino había muerto.

Al final, la paranoia y la codicia de Sidney Capello salvaron muchas reputaciones. Tenía el temor neurótico a que alguien de la oficina husmeara en sus archivos, donde se cocinaban a fuego lento los futuros escándalos que se servirían en el momento

oportuno, que se los había llevado a su casa y los había escondido entre sus viejos papeles del impuesto sobre la renta. Una vez que lo enterraron, un grupo de limpieza fue a su piso y lo tiró todo a la basura; información y rumores, verdaderos y falsos, destinados a destruir a los demás, no se darían a conocer nunca. Entre ellos estaban el archivo de Dena y unas cuantas fotos de la hija de Wallace, su propio socio, retozando desnuda en una habitación de un hotel de Chelsea junto con tres miembros del grupo de *música heavy metal* conocido como Pit Bull.

Y las demás personas que estaban incluidas en el archivo ya se encontraban a salvo. Barbara Zofko, la única persona que también tenía conocimiento de su existencia, había dejado de trabajar para Sidney y se había hecho un nombre como autora de biografías no autorizadas de famosos. Pero dos años antes, Barbara estuvo a punto de morir en Rumplemeyer, cuando se atragantó con el rabillo de una cereza que coronaba el postre que devoraba en aquel momento. Mientras estaba acostada en el suelo de baldosas blancas, con la cara azulada y con una mujer de uniforme blanco y rosa encima, golpeándole el pecho, le pasó toda la vida por delante. Se despertó en el hospital y se enteró de que había tenido una ataque cardíaco causado por el esfuerzo que había hecho para impedir el ahogo. Sin embargo, lo que la cambió no fue la experiencia de haber estado cerca de la muerte, sino el hecho de que su médico la obligó a adelgazar cuarenta y cinco kilos. Así, varios días después de haber salido del hospital, siguió el consejo del médico e ingresó en Gordos Anónimos. Seis meses más tarde, en Los Ángeles, California, la secretaria de Frank Sinatra abrió una carta que decía:

Estimado señor Sinatra:

En estos momento integro un programa de recuperación en doce etapas y, como parte de ese programa, estoy compensando a todas aquellas personas a las que pude haber hecho daño en otro momento. Le pido perdón si mi libro le ocasionó cualquier tipo de perjuicio a usted o a su familia.

Por favor, acepte mis disculpas.

Atentamente,

Barbara Zofko

P.D.: Me gustaría saber si puedo tener el honor de que me conceda una entrevista próximamente o si podría recomendarme a algunos amigos suyos. Su ayuda me serviría de mucho. Gracias.

También recibieron cartas parecidas Elizabeth Taylor, Nancy Reagan, Robert Redford, Jackie Kennedy Onassis, Dolly Parton, Priscilla Presleey, Cher, Marlon Brando y Michael Jackson.

Pero, aunque Sidney Capello y Barbara Zofko hubieran quedado fuera de combate, aparecieron centenares como ellos.

Y como había anunciado Howard Kingsley, los presentadores de telediarios no tardaron en pasar noticias que cinco años antes ni se les habría ocurrido aceptar. La industria de las noticias había entrado en un frenesí tan descontrolado que los seres humanos comenzaban a acechar en masa a otros seres humanos. Los *talk shows* ofrecían dinero a cualquier persona que saliera al aire a hablar de los detalles de su vida sexual o que apareciera por la televisión discutiendo con todos sus parientes al mismo tiempo. Estaba claro que había llegado el momento oportuno para que prosperase aquella idea del fin de la vida privada. Resaltar lo peor de la conducta humana se convirtió en un gran negocio y, cuanto más competían los programas por subir los índices de audiencia, más hacia el fondo del barril se hundían.

De todas maneras, la vida en Elmwood Springs transcurría sin grandes cambios. De cuando en cuando llegaba alguien al pueblo preguntando por Dena Nordstrom y tratando de averiguar dónde vivía, pero la respuesta era siempre la misma:

—Mire, amigo, la verdad es que no tengo ni idea. Ni siquiera estoy seguro de que siga viviendo aquí.

O, si no, contestaban:

—Me han dicho que volvió a Nueva York.

Años después, cuando Dena y Gerry viajaron a Nueva York para invitar a cenar a Elizabeth Diggers y para ver algunos espectáculos, Dena pasó por la calle 58, donde había vivido, y una mujer la detuvo y le preguntó:

—Oiga, ¿es usted esa chica que salía por la televisión?

Dena esbozó una sonrisa y respondió:

—No, no soy yo.

Mientras seguía caminando, Dena se dio cuenta de que apenas se acordaba de aquella chica.

Y llegó al hotel sonriendo.

# Epílogo

*Elmwood Springs, Missouri*  
1987

A principios de los años ochenta pasó algo maravilloso gracias a la campaña «Elmwood Springs es un buen lugar para vivir», que llevaba adelante Norma Warren. El periódico *USA Today* publicó una nota que incluía al pueblo en una lista de los diez mejores lugares para vivir de Estados Unidos. De repente, comenzaron a llegar hordas de jóvenes profesionales y otras personas que buscaban alejarse de la inseguridad de las grandes ciudades y volver a los pueblos pequeños. Se construyeron nuevas escuelas, se recuperó el centro comercial y se reabrió el cine, donde comenzaron a pasar algunas películas extranjeras. La panadería Nordstrom pasó a manos de una joven pareja de Boston que le cambió el nombre por el de Pan y Cosas, y Macky instaló una máquina de café en la ferretería. Se abrió un instituto universitario y Gerry ingresó como jefe del departamento de psicología, por lo que dejó de viajar a Kansas City todos los días. Y Dena se inscribió en un curso para aprender a cocinar, que le gustó.

Por supuesto, todos los días había miles de periódicos y de informativos que rebosaban de homicidios, escándalos, conspiraciones y fatalidades. Y todos los días, entre Malibú y Manhattan, millones de buenas personas, alegres amables, seguían viviendo en paz, sin prestarles demasiada atención. De hecho, mucha gente había empezado a apagar el televisor o a mirar películas viejas. Pero tal vez la mejor noticia del pueblo fue que, en 1986, se instaló una antena de radio en el jardín de la casa de la vecina Dorothy, y una mujer cuya voz resultaba conocida comenzó a transmitir desde su casa. No era un gran programa; simplemente había de todo un poco: noticias, invitados, entrevistas y hasta recetas. Pero, aunque la emisora WDOT tenía sólo setecientos vatios de potencia, dado que el terreno era llano, los días apacibles y fríos, cuando el cielo estaba despejado y hacía buen tiempo, la señal viajaba como por un túnel atravesando el Medio Oeste y llegando hasta Canadá, e incluso la captaban todos los barcos en alta mar. Y las noticias eran por lo general buenas.



FANNIE FLAGG, nació el 21 de septiembre de 1944 y creció en Birmingham, Alabama, U.S.A. A los 14 años empezó a actuar en un grupo de teatro en esa misma ciudad. Cinco años más tarde producía y escribía para programas de televisión y pronto se distinguió como actriz y escritora de televisión, cine y teatro. Su primera novela, *Daisy Fay and the Miracle Man*, estuvo 10 semanas en la lista de los más vendidos de The New York Times y su segunda novela, *Fried Green Tomatoes at the Whistle Stop Cafe*, estuvo 36 semanas en la misma lista. Esta última novela fue llevada a la gran pantalla por Universal Pictures en 1991, siendo Fannie Flagg la escritora del guión cinematográfico junto con Carol Sobieski. Dicho guión fue nominado a diversos premios como The Academy Guild of America y The Writers Guild of America y ganó el prestigioso Scripters Award. Flagg también publicó la versión audio de este título lo que le mereció un Grammy.

# Notas

[1] Eres lo más grande... eres el coliseo.

eres lo más grande... eres como del Louvre el museo,

eres una melodía de una sinfonía de Strauss,

eres una gorra de Bendel, un soneto de Shakespeare,

eres Mickey Mouse. <<